

M A R B . P R A T

LA ORDEN DEL DÉCIMO FARO



Libro Diez

La saga de Los Zuccarelli

La Orden del décimo faro

Saga de *Los Zuccarelli*, Libro Diez

MAR B. PRAT

Todos los derechos reservados. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, acontecimientos, organizaciones y entidades son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia.

Advertencia: Esta historia en ocasiones puede contener lenguaje fuerte y descripciones explícitas de escenas de violencia. La autora no pretende ofender a nadie ni causar ningún tipo de daño a los lectores.

Libro no recomendado para menores de dieciséis años.

Escrito, corregido, maquetado y editado por Mar B. Prat.

Diseño de cubierta: Mar B. Prat

Primera edición en digital: 20 de diciembre de 2022

Segunda edición en digital: 20 de junio de 2023

Primera edición en papel: 20 de octubre de 2023

Copyright © 2023 Mar B. Prat
Todos los derechos reservados.

SINOPSIS

A pesar de todos los viajes, de las reuniones, de las cenas, de la *Incoronazione* de Alice, de cada conversación y de cada intento de los Zuccarelli para defender la unificación de las familias: ha empezado una guerra. Los conflictos con la familia Patricelli cada vez son más violentos y por primera vez en años hay una guerra civil en las familias. Los Zuccarelli han intentado evitarlo sin éxito y ahora deberán prepararse rápidamente para defender la unificación de las cinco familias, y también sus propias vidas.

En medio del caos y como ha ocurrido tantas veces ya, aparecerán nuevos aliados, amistades que pueden ser peligrosas y tratos que esconden el verdadero intercambio de favores. Los Zuccarelli no solo viajarán a donde sea que tengan que hacerlo, sino que de alguna forma también lo harán en el tiempo. Y todo ello mientras la matriarca de la familia tiene su propia lucha y cada uno de los Zuccarelli debe afrontar sus propios retos. Lo más importante es que se mantengan juntos, pero es probable que no solo la guerra que hay fuera de casa les divida.

*Cuando escribí este libro no sabía que se convertiría en una terapia para mí,
que me devolvería lo que para mí significa escribir:
ser yo misma y que nada más importe.
Si estás pasando por una época difícil de tu vida,
espero que los Zuccarelli te ayuden a distraerte.
Este libro es para ti y para todos los que,
como nosotros, queremos dejar atrás este horrible año.*

PRÓLOGO

Creo que no soy la única que aprecia el silencio de nuestra casa cuando finalmente regresamos a ella. Sigo a Madison por el recibidor y después paso por su lado cuando ella se detiene para quitarse sus zapatos. Violet le ofrece rápidamente su brazo, y después la morena la devuelve el gesto porque no es la única harta de los tacones. Easton deja su saco negro encima del banco del arco bajo las escaleras, con evidentes ganas de quitárselo. Brayden ya hace un buen rato que ha perdido el suyo, el chaleco y la pajarita. Sorprendentemente, Tyler todavía lo lleva todo, pero se me escapa una risa cuando veo cómo casi arranca su pajarita del cuello de su camisa delante de Grayson, teatralizando el gesto, por lo que Grayson rueda sus ojos.

—Finalmente.

Me giro cuando escucho el susurro de Jaxson y entonces veo cómo se sienta en el banco junto a las escaleras. Mephisto enseguida se acerca, porque Jaxson tiene a Alice en sus brazos, durmiendo con tranquilidad. Pocas veces Alice se duerme en el coche, o no protesta cuando va en uno, pero hoy estaba casi asegurado de que iba a ser un viaje fácil para ella. Está agotada.

—Ha ido bien —dice Violet acercándose a ellos y se sienta a su lado—. Demasiado.

—No empecemos —pide Tyler.

—Tu hermana tiene razón —dice Brayden y mira el jardín con las manos en los bolsillos de sus pantalones—. ¿Qué hora es? Tengo hambre.

—No me hables de comida, por favor —pide Easton con una mueca.

—Has bebido demasiado —le dice Jaxson.

—¿Había otra forma de sobrevivir a eso? —pregunta Easton.

—No hagas esto... —añade Tyler entonces y se ríe.

Lo dice porque Easton se agacha despacio hasta que se echa en la alfombra, y levantarse de aquí va a serle difícil en un rato.

—¿Qué hacemos? —pregunta Grayson.

—Dormir —le responde Easton y cierra sus ojos.

—¿Qué quieres hacer a estas horas, Grayson? —le pregunta Brayden—. Son las siete de la mañana.

—No lo sé, podemos empezar con la fiesta...

—No me hables de fiestas —le interrumpe su melliza.

—Pero hoy es su cumpleaños. Tendremos que hacer algo, digo yo.

—Increíble que ya haya pasado un año, eh —susurra Violet mirando a Alice y después veo cómo sube su mirada a Jaxson.

—Sí —susurra él.

Por un instante, todos nos quedamos en silencio de nuevo. Pero ahora no apreciamos la calma que no hemos tenido en horas, sino que creo que todos pensamos en cómo ha cambiado nuestra vida en tan solo un año. Cómo ha cambiado gracias a Alice, de hecho. Y solo dejo de pensar en ello porque Mephisto empuja su hocico contra mi mano pidiendo caricias y me trae de regreso al presente.

—¿Quieres tu desayuno o estás igual de cansado que nosotros, Me?

—¿Qué os parece si descansamos un poco y después...?

Tyler detiene su propuesta porque escuchamos el tono de llamada. Me asusto porque es el de Jaxson y Alice se retuerce un poco en sus brazos por el estridente sonido. Debería asustarme

porque es Elise quien llama a Jaxson.

— ¿Qué ocurre?

En otras ocasiones también le diría algo a Jaxson por responder a Elise sin ni siquiera saludarla. Pero escucho otro tono de llamada, y Easton no protesta aunque visiblemente estaba muy tranquilo descansando en la alfombra.

— ¿De quién es este...?

Tyler de nuevo no finaliza su pregunta cuando escuchamos un tercer tono de llamada. Y Violet se levanta del banco porque ha dejado su bolso bajo el arco de las escaleras.

—Sí, soy yo —dice la rubia en pocos segundos—. No, está ocupado en este momento —añade y se gira para mirar a Jaxson.

—Te escucho, Chapman, dime.

¿A Brayden también le han llamado? Porque habla por teléfono también.

— ¿Qué está pasando? —pregunta Madison—. Que alguien diga algo.

—Tenemos que irnos —anuncia Jaxson—. Ahora.

—Dame, dame —le dice Grayson acercándose a él enseguida—. Sht —susurra cuando Alice se retuerce brevemente por el cambio de brazos.

—Vamos a bajar ahora, Elise. Mantenme informado.

— ¿Qué está pasando? —repite Madison.

—Hay tres helicópteros acercándose y no son nuestros —explica Jaxson finalmente—. Hay que bajar. En marcha.

Madison no necesita más explicaciones, pero yo no entiendo nada. Ella empieza a acercarse a las escaleras, y Grayson le sigue inmediatamente, con Mephisto con ellos porque Alice también se va. ¿A dónde?

—East, vamos —pide Jaxson y le ofrece su mano para que se levante del suelo—. Hay que bajar.

—No, voy a derribar esa mierda —replica Easton en cuanto está en pie.

—Easton —le llama Jaxson y tira de su camisa blanca.

Él se deshace de su agarre y se va a toda prisa hacia el pasillo, previsiblemente a la sala de sus ordenadores.

—Espera, Chapman —pide Brayden y se acerca a Jaxson—. Podemos derribarles —le susurra sujetando su móvil contra su pecho—. Tú puedes hacerlo, yo también, Ty se las apañará...

— ¿Qué tengo que hacer? —pregunta el aludido.

—Vamos a bajar —insiste Jaxson—. No podemos derribarles —añade para Brayden—. Estamos demasiado cerca del campus. Vamos a tener que dar explicaciones de todas formas, pero si nosotros damos el primer paso, vamos a tener que hacerlo con más problemas.

—Pueden cargarse el campus entero —le susurra Brayden.

—Por eso necesito que tú bajes abajo —insiste Jaxson—. ¿Letta? —le llama—. Venga, vamos.

—Infórmame de todo —dice Violet y se acerca a nosotros — ¿Qué está pasando? Porque...

—Abajo —le interrumpe Jaxson—. Ahora —añade—. ¿Meyers?

—Señor —le responde él apareciendo de la nada como siempre.

—Abajo con nosotros. Ahora.

—Sí, señor. Puedo ir a cerrar las...

—No —rechaza Jaxson—. Abajo —repite—. ¡EASTON!

—Yo voy a por él —le propone Brayden.

—Bray —le llama Violet con angustia.

—Vamos —le susurra su hermano acompañándola con sus manos suavemente.

—Ele.

— ¿Qué está pasando? —le pregunto a Jaxson cuando se acerca a mí.

—Tranquila —me susurra cuando está conmigo.

— ¿Tres helicópteros? —le pregunto siguiéndole hacia las escaleras.

—Sí —afirma—. No son nuestros. Por lo que tenemos que bajar y protegernos.

—Tenemos un refugio —susurro—. ¿Un refugio...?

Me mira brevemente, y después señala los escalones porque ciertamente ni les había visto. Pero no subimos las escaleras, nos vamos hacia la puerta del sótano para bajar las que hay tras ella.

—Cuidado con tu pie —me pide.

—El refugio es por si los helicópteros bombardean la casa, ¿no? —le pregunto.

Jaxson no me responde porque con una mano se agarra a la pared y con el otro brazo sostiene mi cuerpo cuando me tropiezo. Ahora me ayuda a bajar las escaleras con dicho brazo rodeando mi cintura.

—Sí —me responde—. Me extrañaría que hiciesen eso, no es el mejor vehículo aéreo para hacerlo, pero por si acaso debemos protegernos.

—Y tenemos un refugio...

—Sí —afirma.

Las estridentes luces del sótano me molestan, y subo el bajo de mi falda con mis manos para no tropezar una segunda vez. No me sorprende tener que ir hacia la puerta metálica del fondo, o que haya una parte desconocida para mí en este espacio que durante mucho tiempo evité conocer. Supongo que tampoco debería sorprenderme que una de esas puertas nos permita bajar más escaleras, o descubrir un perfecto refugio. Hay algo familiar en él. Las paredes blancas. Los sofás. La cocina. La mesa. Una armería que me da miedo.

Y entonces sé por qué me parece familiar. Se parece mucho a ese refugio que había bajo la casa de Kenneth Luzio, lo que pasa que es infinitamente más pequeño porque no veo coches, ni helicópteros, y el espacio es mucho más pequeño.

—Lo recordaba más grande —dice Grayson.

Alice.

Jaxson aleja su brazo de mí cuando ve que quiero ir con Grayson y Alice. Cuando no veo a Mephisto con ellos me preocupo, porque creo haberle visto con ellos. Me calmo cuando veo a mi perro explorando el espacio que para él es una novedad. *No eres el único, Me, no eres el único.*

— ¿Estás bien? —me pregunta Grayson.

Le respondo alzando mis brazos porque necesito a mi hija. Alice duerme en medio del caos.

— ¡¿Qué cojones hacías?!

Y es otro momento en el que mi hija ni se inmuta con los gritos de su padre. Yo siento alivio cuando veo a Easton y a Brayden con todos nosotros. Me asusto de nuevo cuando escucho el fuerte ruido que hace la puerta metálica cuando se cierra. Intento pensar que no estamos bajo tierra, o no contar las puertas metálicas como esa que he visto abiertas, y que ahora están cerradas. Pero no veo las ventanas, la luz artificial es ciertamente molesta, y todo este sitio es demasiado...blanco.

— ¿Soy yo o este sitio era más grande antes? —pregunta Brayden.

—Estaba intentando protegernos a todos —dice Easton y le entrega una bolsa negra a Jaxson—. Si tienen esto, sean quienes sean, estamos jodidos.

Easton pasa junto a nosotros entonces, con prisas, y veo a dónde se dirige. Aquí abajo, en la

esquina del fondo, hay una réplica en pequeño de la sala de ordenadores de arriba.

—Tiene razón —le susurra Brayden a Jaxson.

Brayden también se acerca a los ordenadores, no sin antes saludar a Violet, y ella se agarra a su mano enseguida porque sé que no va a alejarse mucho de él. Ellos dos no son los únicos que van junto a Easton. Lo hacemos todos, y abrazo a Alice intentando encontrar la calma que ella sí tiene en sueños.

—Tranquila —me dice Jaxson en voz calmada situándose a mi lado—. Este es un sitio seguro.

—Están entrando por el norte —anuncia Easton.

No veo nada. En las pantallas que hay colgadas en esta pared veo imágenes de nuestra casa. El jardín. La glorieta. La entrada. El porche de la cocina. La rampa del garaje. El camino que se adentra en el bosque.

—Los caballos —le susurro a Jaxson—. Hackamore —añado—. El...el campus.

—No hay tiempo —me explica—. Sht —susurra y peina mi cabello con una mano aunque tengo cada mechón todavía en su sitio del perfecto recogido.

—Aquí están —dice Brayden entonces.

Veo el helicóptero negro entonces. En otra pantalla veo otro. Y en otra el tercero. Espera, ¿son diferentes o son el mismo?

—Vienen a la casa —añade Brayden en un susurro.

—Eso es bueno —dice Tyler y le miro sorprendida por su comentario—. Es mejor que el campus —añade mirando las pantallas fijamente—. Nosotros tenemos un refugio nuclear, ellos no.

¿Ha dicho un...? Miro a Jaxson, pero está demasiado concentrado en las pantallas también. Hasta que me nota, y acaricia de nuevo mi cabello perfectamente peinado. No escucho absolutamente nada, pero veo ahora sí tres helicópteros sobrevolando parte de nuestro bosque. Y acercándose a nuestra casa.

—Tranquila, estamos a salvo —me susurra Jaxson.

Agradezco que no peine de nuevo mi cabello, sino que ahora rodea mi cintura con su brazo y besa mi frente suavemente. Me calmo un poco, pero ver a los helicópteros cada vez más cerca... Sé que estamos en un sitio seguro, pero la imagen me produce escalofríos.

— ¡Ay! —protesta Madison entonces y le miro enseguida—. ¿Qué cojones, East?

Madison se agarra al brazo de Grayson y entonces alza su pierna derecha porque ha recibido un pisotón en su pie. East se lo ha dado, porque se levanta de su silla y se aleja de aquí.

— ¿Qué haces? —le pregunta Jaxson y deja de abrazarme—. ¡East!

—Voy —propone Brayden y se sienta en la silla desocupada—. Mierda, están a una sola milla de aquí.

Miro a Easton y entonces veo cómo se aleja más. Se agarra al respaldo de un sofá blanco y con la otra mano intenta quitarse su corbatín. No puede con una, por lo que necesita las dos y lanza el corbatín de cualquier manera cuando lo consigue.

—East, ¿estás bien? —le pregunta Grayson.

Se aleja de nosotros, por lo que Madison necesita un nuevo apoyo y por suerte Violet es rápida ofreciéndole su mano.

—Podemos derribarles, Zucca —dice Brayden.

—No —rechaza Jaxson—. Vete a comprobar qué le pasa —añade para Tyler.

—Que ha bebido demasiado —susurra Madison y se agarra a la mesa—. Joder, que voy descalza —protesta con dolor.

—Rezad —susurra Violet entonces—. Están en el jardín ya.

Me doy la vuelta porque no puedo verlo. No puedo verlo y no quiero verlo. Easton se tambalea hacia la cocina, y abre un armario con torpeza. Grayson ya ha llegado junto a él, y Tyler empieza a correr cuando escuchamos el fuerte golpe.

— ¿Qué hacéis? —pregunta Brayden—. Nos están atacando, joder.

Me alejo de las pantallas enseguida. Mephisto llega junto a Easton, Grayson y Tyler antes que yo y Alice. Easton me da miedo. Está apoyado contra el armario que intentaba abrir y tiene sus dos manos en su cuello.

—Tranquilo —le dice Tyler agachado a su lado—. Agua —añade para Grayson.

Mi mejor amigo consigue lo que seguramente Easton buscaba abriendo ese armario: una botella de agua. Pero después se incorpora y es él quien empieza a abrir cajones y armarios, y esta vez él tampoco consigue lo que quiere.

—No...puedo...

—Sí puedes respirar —dice Tyler en voz calmada.

— ¿Qué es eso?

— ¿Son...?

— ¡LA MADRE QUE...!

—Lo sabía. ¡Es que lo sabía!

—Elise, les quiero en el suelo cuando sea seguro.

—Tranquilo, East, soy yo —dice Grayson en voz calmada —Pongo un poco de agua en tu nuca. Está fresquita.

—No...

— ¡Tyler!

Escucho las corredizas entonces. Violet.

—Tyler, son...

Se detiene en seco, casi resbalando porque ella también está descalza y la cola de su vestido blanco es larga.

— ¿Qué ocurre...?

—Silencio —le pide su hermano—. Diles que se callen.

—Son Patricelli, Ty, son...

—No me importa eso ahora —le interrumpe Tyler—. Tiene un jodido ataque de ansiedad, diles que se callen. Ahora.

—Cállate.

— ¿Qué cojones, Madison?

—Cállate —ordena la morena de nuevo—. ¿Ty, ayuda?

—No —rechaza Tyler—. Silencio.

— ¿Qué demonios le ocurre a Easton ahora? —pregunta Brayden—. No es el jodido momento.

— ¿Te encargas tú? —le pide Tyler a Grayson.

—Enseguida —le responde Grayson y le da la botella de agua—. E, vamos —me pide—. Vamos a dejarles espacio —añade—. ¿E?

Creo que es la primera vez que Grayson se queda con Alice sin querer hacerlo. Como mínimo, está confundido. Me agarro a la encimera para agacharme con cuidado, y le dedico especial atención a mi pie derecho por la bota ortopédica y a no sentarme muy cerca de Easton.

—East —susurro.

Parpadea con la mirada perdida. Está pálido, sudando, y sus manos tiemblan.

—Tranquilo —le digo mientras desabotono su camisa porque soy más rápida que él en este

momento—. No pasa nada. Estás en casa. Estamos protegidos.

— ¿A quién...? —dice—. ¿A quién han matado ahora? —pregunta con dificultades.

—A nadie —le responde Tyler—. Respira. Poco a poco.

—Duele —susurra y pone una mano en su pecho—. No puedo...

—Sí, puedes —le dice Tyler—. Poco a poco. Vamos a pensar en algo que te guste.

—No...no puedo...

—Sí puedes respirar. Poco a poco.

—Las bolas rojas...

Easton abre su boca buscando aire con desesperación.

—Sí, muy bien. Eso es —le felicita Tyler—. Vamos a pensar en la fiesta de Alice. Había la piscina de bolas de colores. ¿Qué más? —le pregunta.

—Las bolas rojas... —repite Easton.

—No, no. Poco a poco. Coge aire poco a poco —le pide Tyler—. Lo estás haciendo muy bien —le felicita—. También había las camas elásticas...

— ¿A quién...?

—Respira poco a poco —le pide Tyler y Easton tiembla en un escalofrío.

— ¿Quién hay en...en...en...?

—No te preocupes por eso. Zucca se encarga —le dice Tyler—. Zucca se encarga —repite—. Eso es. Respira poco a poco. Estamos todos.

—Las bolas rojas...

Oh Dios mío. Easton no está hablando de las bolas de la fiesta de Alice que organizamos en el jardín. Está refiriéndose a las bolas de Navidad, de color rojo, que otro helicóptero repartió por nuestro jardín. Unas bolas que tenían restos humanos en su interior. Restos humanos de Vanessa Alonzi.

—East —le llamo—. East, no pienses en eso.

Tyler me mira sorprendida ahora.

—Estamos en casa. Estamos a salvo —le explico y cuando me agarro a su mano noto el sudor frío y cómo tiembla impulsivamente—. Estamos en casa. Soy Eleanor, estás conmigo.

—Las...las bolas...

—Tyler también está aquí —le explico—. Y Jaxson, Alice, Letta, Madi, Bray, Grayson... —enumero—. Incluso a Mephisto tenemos por aquí.

—Las...las...

—No, Vanessa no está en esas bolas.

Easton coge aire con dolor, alejando su mano de la mía. Flexiona sus piernas entonces, abrazando sus rodillas, y apoya su cabeza en ellas. No es la mejor posición para que pueda respirar bien, especialmente cuando ya tiene dificultades haciéndolo. Pero es lo que necesita ahora. Y cuando miro a Tyler, lo entiende.

Hace unos meses, Grayson, Easton, Alice, Mephisto y yo nos encerramos en el vestidor, el de nuestra habitación. Porque un helicóptero se acercaba a casa. Easton no podía disparar ni defenderse porque sus manos estaban todavía muy mal después del secuestro de Jenna. Tenía que decirle a Grayson qué hacer mientras los tres vimos cómo ese helicóptero llenaba nuestro jardín de bolas de Navidad. Bolas de navidad rojas. Los restos del cuerpo de Vanessa Alonzi estaban en ellas, triturados como si fuese...

—Eleanor, cuidado —me susurra Tyler.

No entiendo por qué me avisa hasta que veo que Madison está junto a nosotros, y sostiene una aguja que me da miedo. De acuerdo que eso no es muy difícil, pero me impresiona tanto que me

quedo quieta mientras ella usa esa aguja y el contenido del tambor de la jeringa.

—Tranquilo, East, tranquilo. Soy yo, Madison.

Tyler le ayuda y entre los dos acompañan a Easton suavemente. Me muevo ayudándoles, para que Easton esté como hace un rato arriba en la alfombra, descansando en el suelo. Solo que esta vez, descansa de verdad.

—Gracias —le agradece Ty a Madi—. ¿Qué ha pasado?

—El jardín está lleno de tréboles. Son Patricelli.

Patricelli. Tyler se incorpora mucho más rápido que yo y, en un acto muy impropio de él, se aleja sin ofrecerme su ayuda. Lo hace Madison, y me asiente una vez con su cabeza antes de arrodillarse de nuevo junto a Easton.

—¿Estás bien? —me pregunta Jaxson cuando regreso con el grupo—. ¿East?

—No hay otra vez bolas de Navidad llenas de los restos de Vanessa, ¿verdad? —le pregunto.

—Mierda —maldice Brayden—. Ha sido eso.

—Nunca más voy a vestirme de verde —anuncia Grayson—. O a usar verde en general.

Las pantallas de la pared están teñidas de verde. Nuestra casa lo está. Nuestro jardín. La glorieta. Es todo verde. Jaxson me ofrece una silla, y se lo agradezco porque la necesito. Durante mucho rato, veo cómo nuestros equipos llegan al jardín, a la casa, paseándose por cada rincón. Veo a Elise en las pantallas varias veces, hablando con su móvil porque Jaxson tiene ocupada su línea. Y hay verde. Verde por todas partes.

—Señora Zuccarelli.

Hace unas horas estaba en una fiesta con la doctora Hattersley, escuchando música tradicional siciliana, tomando una copa, comentando lo extrovertida que estaba siendo mi hija cuando a veces siente vergüenza de una persona que ha sido su pediatra desde hace meses. Ahora veo cómo la doctora Hattersley y su equipo se llevan a Easton en una camilla hacia la clínica del sótano.

—Señora —insiste la doctora—. Estaré con el señor Capuzzo en todo momento.

—Gracias —le susurro.

—¿Necesita ayuda? ¿Quiere que le acompañe...?

—No, gracias —rechazo—. Gracias —insisto de nuevo.

Hay dos mujeres junto a las escaleras, una de ellas hablando por teléfono, esperando nuevas órdenes. Me saludan, pero esta vez me cuesta corresponderles incluso con un asentimiento de cabeza porque tengo que agarrarme a la pared para subir las escaleras. Hay demasiada gente en mi casa. En el recibidor. En la cocina. En el porche.

Y definitivamente hay demasiado verde.

El verde nunca ha sido de mis colores favoritos, pero empecé a tenerle mucho cariño cuando me mudé a Oregon. Aquí, con las cuatro estaciones muy marcadas, con los bosques, la naturaleza...el verde es un color predominante, y he descubierto tonalidades de él que ni siquiera había visto en la vida real. Ahora me gusta el verde. Sé que con la llegada de la primavera será un color predominante. Me gusta ver el jardín de ese tono tan bonito, con algunas flores silvestres que tiñen el césped de otro color.

Pero definitivamente hay demasiado verde.

Es un verde artificial casi, intenso. Cuando me agacho lo entiendo. Los tréboles no son reales. Son de papel. Y hay un montón. Hay los suficientes para que la glorieta de casa no sea de madera, sino de color verde. Los suficientes para que el jardín tenga la misma tonalidad de verde, de una manera realmente homogénea. Y cuando me alejo, y me atrevo a mirar nuestra casa, bueno, veo la fachada como siempre, pero todo es verde. Es como con la nieve del invierno, que

lo tiñe todo de blanco, pero hoy todo es verde.

Todo es demasiado verde.

—Ele.

Me giro cuando escucho a Jaxson. Ha perdido el corbatín, pero no el saco ni la camisa o el chaleco. No veo sus pies, y sí escucho el ruido que hace cuando camina por este manto de tréboles de papel.

— ¿East está bien? —me pregunta.

—Con la doctora —le respondo—. ¿Qué...quién ha...?

—No lo sé —me responde—. Pero solo es papel, no es tóxico, y Elise ya está organizando a alguien que venga a limpiar todo esto.

— ¿Alice?

Se pone a mi lado entonces y alejo mi mirada un poco. Están allí. Están reunidos allí. Violet habla por teléfono, Brayden lo hace con dos hombres en un lado, mientras que Grayson, Madison y Tyler miran algo en un iPad. Lo sorprendente es que como siempre Mephisto solo tiene curiosidad por lo que invade nuestro jardín, y Alice es capaz de seguir durmiendo en brazos de su padrino tranquilamente.

— ¿Qué ha pasado? —le pregunto a Jaxson—. Esto...esto es papel, ¿no?

—Era la distracción —me confirma.

Ciertamente vamos a estar distraídos limpiando todo esto.

—Han atacado la Torre Zuccarelli en Los Angeles —añade—. Está en llamas.

Oh Dios mío.

—Ven, tranquila —me propone y me acerca su cuerpo con su brazo.

Con su apoyo, me permito poner una mano frente a mi rostro creando una visera porque él me guía hacia el resto de nuestra familia. El resplandor del verde me molesta muchísimo.

— ¿Estás bien, E? —me pregunta Grayson cuando llego con ellos.

Se acerca a mí entonces y le agradezco que me devuelva a Alice. De verdad que sigue sorprendiéndome que pueda dormir así en medio de esto, o cuando su padre grita por teléfono, pero después se despierte porque yo cierro una puerta suavemente o subo la cremallera de mi abrigo.

Noticias de última hora desde Downtown LA. Una torre de fuego y humo en un edificio de oficinas en el centro de Los Angeles.

El aviso ha llegado alrededor de las ocho de la mañana y los bomberos están luchando intensamente en un incendio que está arrasando un edificio de oficinas propiedad de Zuccarelli International.

El fuego se extiende desde la segunda planta hasta la octava y como pueden ver en las imágenes todo el edificio está en llamas. Algunos testigos han declarado que el fuego ha empezado en la fachada norte y que se extiende rápidamente por todo el edificio.

Por lo que sabemos hasta el momento, algunas personas habrían conseguido escapar, pero es muy probable que muchas más estén atrapadas en el edificio.

Ahora mismo hay cientos de bomberos desplazados a esta zona mientras que todavía se desconocen las causas que han originado este terrible incendio.

Veronica Cohen está allí con más detalles de este horrible incendio. Veronica, buenos días.

—Ha sido provocado —me explica Jaxson bloqueando el iPad enseguida.

Incluso con la pantalla en negro, sigo viendo esa torre en llamas. Esa torre que conozco. Admito que nunca le he tenido especial cariño, pero verla en llamas es aterrador.

Abrazo a Alice con cuidado porque no quiero despertarla, pero dando las gracias por la

oportunidad que tengo. No sé cómo se acuerdan otros padres del primer cumpleaños de sus hijos, pero el 20 de marzo de 2017 mi hija cumple su primer año de vida, y empieza una guerra contra los Patricelli.

CAPÍTULO 1

Diez minutos. Diez minutos es lo que necesito en conseguir que Alice se duerma tranquila en su cuna. Ha protestado un poco cuando le he puesto su pijama, pero sé que descansará mejor con él. Y necesitaba la distracción de su rutina de noche para intentar calmarme yo también. No ha funcionado. Aunque para mi hija empiece una noche de descanso, hace horas que ha amanecido y nosotros no podemos acostarnos en nuestras deseadas camas ahora mismo. Yo necesito varios minutos en el baño para mí misma, pero soy consicente de que no tengo muchos. En la salita de la habitación está casi toda mi familia. Violet se pasea pisando la cola de su vestido blanco. Madison tampoco se ha quitado el suyo, y acaricia la tela de su falda distraídamente. Tyler también lo hace, sentado a su lado en el sofá, con la mirada ausente. Por el contrario, Brayden mira fijamente un iPad, también con la ropa formal todavía, aunque se nota que ha despeinado su cabello a propósito por la tensión del momento. Como era de esperar, Grayson está impecable. Observa el jardín frente al ventanal, y no necesito acercarme a él para comprobar que el jardín sigue de un verde artificial. Jaxson sí lo hace a su lado. Los dos tienen una postura corporal férrea, ambos con sus manos escondidas en los bolsillos de los pantalones, pero Jaxson se gira en cuanto me oye y asiento con mi cabeza para confirmarle que Alice finalmente duerme tranquila.

Yo necesito sentarme porque estoy muy cansada, así que aprovecho que Brayden solo ocupa el reposapiés del diván del sofá para acomodarme y poder descansar mis piernas. Tampoco rechazo el iPad cuando me lo ofrece.

Incendio en la Zuccarelli Tower

Downtown, Los Angeles

Imágenes en directo

Da miedo. Da muchísimo miedo. No es de mis sitios favoritos en el mundo, pero ver cómo la torre Zuccarelli se quema da muchísimo miedo. Especialmente porque sé que hay gente atrapada en ella. ¿Quién está tan enfermo como para provocar algo así? Si hay algo evidente es que este fuego ha sido provocado. ¿Por qué?

—Tenemos que irnos —defiende Violet.

— ¿Qué? —le corresponde Madison.

—Tenemos que irnos —repite la rubia—. Hay que gestionar esto y no podemos hacerlo desde aquí.

—Letta, tenemos el jardín lleno de tréboles verdes todavía —le recuerda Grayson mirándola.

—Hay un edificio nuestro en llamas con gente que trabaja para nosotros en él —resume muy bien Violet—. Ya hay víctimas, Grayson. No podemos quedarnos aquí sin hacer nada.

—Hay gente gestionando eso —le recuerda Grayson—. No podemos irnos a California ahora. Es precisamente lo que quiere quien sea que... —añade y se pierde en sus palabras—. Los tréboles eran una distracción, y todo esto lo han hecho para que nos vayamos precisamente a California.

—Es nuestra empresa, Grayson, nuestro edificio —insiste Violet.

—Es peligroso, mi amor —le susurra Brayden—. Es muy peligroso.

—Es más peligroso para la gente que está muriendo atrapada en un edificio en llamas —replica Violet—. Zucca, di algo. Por favor, tú sí tienes que ver que tenemos que ir.

—Iré solo —dice Jaxson y entonces se apoya en el ventanal con su espalda.

—No —rechazo enseguida y me mira—. No —insisto avanzándome a lo que quiere decirme.

—Hay que ir —defiende—. Esto no es un problema técnico de los ascensores, que Internet no funcione, o que haya una brecha de seguridad que podamos solucionar desde aquí.

—Zucca, es jodidamente peligroso —dice Brayden—. Quien sea que ha hecho esto, no lo ha hecho por la gente que sigue atrapada en ese infierno en llamas. Lo ha hecho por nosotros.

—Irnos a California es una mala idea —apoya Tyler.

—Hay gente que ya ha muerto —recuerda Violet—. Habrá una investigación policial, otra de los bomberos, tenemos que eliminar cualquier prueba que pueda darnos más problemas, hay que conseguir que esto no parezca provocado, porque si lo descubren será peor. Y para que no sea provocado, tiene que haber un fallo. Un fallo nuestro. Un fallo que va a costarnos dinero, que va a ponernos en el centro de atención, y que puede repercutirnos, y mucho, en la empresa.

—Me estás dando más motivos para no ir a California —le dice Brayden—. Podemos gestionar todo esto desde aquí. Ya hay un equipo encargándose de todo esto.

—Es la torre Zuccarelli —le recuerda la rubia—. Es *Zuccarelli International* —añade—. Él es Jaxson Zuccarelli —dice señalando a Jaxson—. Y todos nosotros somos accionistas mayoritarios. Pero hay inversores, y otros accionistas, y más gente que necesita explicaciones. No podemos quedarnos en casa, pero especialmente él no puede hacerlo.

—Es peligroso de cojones, Zucca —dice Madison energéticamente—. Han hecho todo esto...

—Madison —interrumpe Violet—. Si la empresa se hunde, y podemos hundirnos con esto, si se abre una investigación policial y no estamos allí colaborando y con la certeza de que no van a encontrar nada, eso va a ser igual de peligroso.

—Esto es un escándalo y un grave problema —defiende Madison—. Sé eso y lo más importante es que hay gente allí dentro —añade—. Pero no seríamos ni los primeros ni los últimos que no estamos en primera línea para gestionar esto.

—Es más, ir a por la foto es casi igual de desastroso —añade Brayden.

—Y puede ser una provocación —susurra Tyler.

—Yo no voy a dejar que esto se hunda —dice Violet con firmeza mirando a Jaxson—. Tenemos que ir allí y ya vamos tarde.

—Voy a ir —repite Jaxson.

—No —replica Grayson.

—¿Tú no puedes comprender que necesito ir, que las formas, la reputación y la imagen de la empresa pueden afectarnos gravemente? —le pregunta Jaxson sorprendido—. No voy a hacerme una foto, pero hay que ir.

—Es territorio Patricelli —defiende Brayden.

—Pensaba que no había diferentes territorios —replica Jaxson.

—Zucca, vienes de la coronación de tu hija como futura líder de cinco familias, territorio Patricelli incluido, y mira qué está ocurriendo —responde Brayden—. Que no digo que no esté a favor, pero no se está quemando Chicago, o Boston, o Nueva York. Se está quemando la torre de Los Angeles. Los Patricelli llevan meses dando problemas. Nos han distraído con tréboles y ahora ocurre todo esto. ¿Qué van a hacer cuando llegues a California? Porque la imagen de la empresa, el dinero, o lo que sea no van a importar cuando te tengan cerca.

—Esto va a reabrir la investigación de los allanamientos —dice Violet.

—¿Qué? —pregunta Tyler con confusión.

—En noviembre de 2015, cuando Jenna estaba por aquí —sigue Violet—, hubo allanamientos simultáneos en las cuatro ciudades —nos recuerda—. Tuvimos que dar una rueda de prensa, tuvimos que inventarnos todo eso del grupo que intentaba frustrar nuestros objetivos empresariales, tuvimos que colaborar con la policía...y fue un desastre porque en pocas semanas

nos secuestraron. ¿Quién se encargó de gestionar eso? Un equipo. Y ahora ocurre esto.

—Joder —maldice Madison.

—Da igual quienes sean. Si la policía se mete de nuevo aquí, y es la segunda vez en dos años que se abre una investigación policial por nuestra empresa, estamos jodidos de verdad —añade Violet—. Y estamos oficialmente en una guerra. En ese edificio hay dos tipos de personas. Los que solo trabajan en alguna de nuestras empresas, y es gente que tiene familiares que querrán explicaciones, y que naturalmente merecen. Pero hay otro tipo de personas. Las que también trabajan de otra manera. Y si no estamos allí, si no mostramos apoyo real y no encerrados aquí de resaca después de la impresionante fiesta que hemos organizado, y a la que ellos no vinieron, los familiares de esta gente suponen un peligro real, y quien sea que ha organizado esto va a estar esperándoles.

—A nosotros también van a estar esperándonos —recuerda Grayson.

—Es el precio que tenemos que pagar por tener el nombre en la puerta —le dice Jaxson—. O estar en lo más alto. Y no podemos escondernos, especialmente ahora. Especialmente yo.

—Lo siento mucho por esa gente, Zucca, de verdad —le dice Brayden—. Pero sabes muy bien que son daños colaterales. Esto es por nosotros.

—Y están haciendo esto porque no puedo ser líder —le recuerda Jaxson—. Letta lo ha explicado muy bien. Necesito ir por la empresa. Necesito ir porque tenemos que ser los mejores amigos de la policía. Necesito ir para meternos en la investigación. Y necesito ir porque, con o sin torre Zuccarelli, California todavía es vuestra —añade para los hermanos Patricelli—, y vosotros dos todavía estáis conmigo.

—Y voy a venir contigo —le apoya Violet.

—Nena —protesta Brayden.

—Confío en ti cuando se trata de seguridad. Por favor, confía en mí con esto. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí y...

Violet se ve interrumpida cuando la puerta se abre. Easton camina con dificultades y veo que Meyers discretamente cierra la puerta tras él porque le habrá acompañado hasta aquí, por suerte. Easton realmente se ve muy cansado.

—Lo siento —se disculpa.

—¿Estás mejor? —le pregunta rápidamente Jaxson.

—¿En serio la torre en Los Angeles está quemándose con gente dentro? —pregunta Easton sin responder.

—Sí —le confirma Tyler.

—¿Y qué hacéis aquí? —pregunta Easton—. No sabía cuanto tiempo llevaba durmiendo y cuando me lo han contado pensaba que ya estabais en California.

—¿Crees que deberíamos ir? —le pregunta Brayden—. Es jodidamente peligroso. Tu equipo ya está trabajando en ello, y hemos pedido refuerzos.

—Yo ciertamente puedo hacer lo mío aquí, pero especialmente tú necesitas estar en California —responde Easton y mira a Jaxson—. Está por todas partes.

—Sí, incluso hay un helicóptero de *KTLA 5* volando cerca —le explica Brayden—. Te juro que solo molestan.

—No, no solo son los canales locales —dice Easton—. En serio, ¿por qué no tenéis la tele encendida? —se pregunta mientras se acerca.

Es evidente que busca el mando de la tele y la enciende. Esta tele siempre la usa Jaxson, por lo que *siempre* hay un canal de noticias cuando la enciendes. Easton casi nos marea cuando va cambiando de un canal a otro. Tiene razón, ahora también hay canales nacionales que están

retransmitiendo la noticia.

Señal en directo desde la Zuccarelli Tower, en Downtown Los Angeles. Más de doscientos bomberos continúan trabajando a esta hora contra este fuego que se ha desatado a las ocho de la mañana, hora del pacífico. Toda la zona ha sido evacuada, pero todavía hay gente atrapada en el interior del edificio. Las llamas se han extendido desde el segundo piso hasta el octavo y el incendio todavía no está controlado.

—Yo me voy —anuncia Violet—. Vosotros haced lo que queráis, pero esto es, de lejos, el peor problema que hemos tenido jamás en la empresa.

—Letta, espera —le pide Brayden levantándose rápidamente del reposapiés del sofá.

Pero tiene que seguirla hacia el pasillo porque Violet deja la salita con un objetivo evidente.

—Hay que ir, ¿no? —le pregunta Madison a Tyler y el rubio asiente con su cabeza—. Vengo contigo entonces —añade—. Dame dos minutos para quitarme de una vez este incómodo vestido —le pide mientras se levanta del sofá.

—¿Necesitas ayuda con eso? —se ofrece Tyler con una sonrisa.

—Un poco —le responde Madison sorprendiéndose.

—¿Seguro que quieres ir? —le corresponde él levantándose también del sofá.

—Sí, claro. Si vas tú, vengo contigo. ¿Qué es lo peor que puede pasarme, que intenten asesinarme? Oh, espera, ya hicieron eso hace unas semanas.

—No bromees con esto —le pide Tyler con evidente dolor.

—Pero tengo a mi escudo personal favorito —le contesta Madison y se va feliz hacia el pasillo.

Sí, sí, *feliz*. Los dos lo parecen, de hecho.

—Ni siquiera tengo la energía para burlarme de estos dos —protesta Grayson—. Y de lo cursis que son.

—Casi les prefería peleados —susurra Easton—. Empiezan a ser bastante peor que este con lo de “nena” con ella —añade y nos señala a Jax y a mí respectivamente con su cabeza.

—¿Qué piensas? —le pide Grayson a Jaxson.

—En algo para justificar que llevamos dos horas de retraso en aparecer por allí —le responde Jaxson mirando la tele.

—Tienes un rato en avión hasta allí para pensarlo —le recuerda Grayson.

—Helicóptero —le corrige Jaxson—. Vuelo directo, y salimos desde casa.

—Zucca, no puedes aparecer en helicóptero —le dice Grayson—. Créeme, amo las grandes entradas, pero este no es el momento.

—¿Puedo quedarme aquí? —pregunta entonces Easton sorprendiéndose muchísimo—. No voy a ser tan útil allí —añade para Jaxson—. Y puedo trabajar con el equipo desde aquí.

—Espera, ¿yo necesito venir también? —interviene Grayson—. Porque viene Madi.

—Lo que quieras —le responde Jaxson—. Dudo que Madi, Ty ni Brayden hagan algo más que acto de presencia. A Letta la necesito, y bastante la verdad —añade—. Pero sí, puedes quedarte —le concede a Easton.

—Gracias —agradece el pequeño—. Tened cuidado y estamos en contacto —añade.

—Asegúrate de que no tengan nada —añade.

—Hecho —dice Easton—. Es lo único bueno de esta mierda —añade mirando el edificio en llamas que sigue apareciendo por la tele—. El fuego lo destruye casi todo.

—Asegúrate de todas formas, por favor —insiste Jaxson.

Easton asiente con su cabeza y entonces se va, todavía a pasos lentos y con movimientos

débiles.

—Es líder Capuzzo. ¿De verdad es buena idea que se quede? —le pregunta Grayson a Jaxson en cuanto Easton cierra la puerta.

—Le necesito más frente a un ordenador que como accionista —le explica Jaxson—. Y no está bien, así que le prefiero lejos de todo.

—Por supuesto que no está bien. Ha tenido un ataque de ansiedad, Zucca.

—No es eso —susurra Jaxson mirando la puerta que ya ha cerrado Easton—. Hay algo más. Y lo de antes también era algo más.

—El recuerdo de esas bolas de Navidad con el cuerpo de esa pobre chica es algo que fácilmente puede haberle perturbado —defiende Grayson.

—Te digo que hay algo más.

—¿Quieres que me quede para vigilarle? —se ofrece—. Oh, espera, Alice —añade—. Así también me quedo con ella.

—Vete —le pido y ambos me miran—. Líder Luzio —le recuerdo.

—¿Vais a separaros? —pregunta Grayson—. ¿Ahora?

—No vamos a llevar a Alice —defiendo.

—La dejamos en casa de los nonni, está la zia también —propone Grayson.

—No perdamos más tiempo —propongo—. Y no dejéis que me lo piense mucho.

Veo la mirada que le da Grayson a Jaxson antes de irse. Grayson tampoco es la persona con más disimulo, cuando no hace un esfuerzo en ello, vaya.

—Nena —dice Jaxson en un tono en sintonía con la mirada de Grayson de hace unos instantes.

—No quiero llevarla allí.

—Yo tampoco —me corresponde y se sienta en el reposapiés.

—Y me da miedo dejarla aquí. De verdad, creo que puedo ayudar más aquí y tú allí. Así que vete con ellos, y no voy a pensar mucho a dónde os vais. Además, Easton se queda, no le veo bien, y está todo el follón en el jardín.

—Meyers está ocupado con eso —me recuerda.

—En serio, creo que puedo ayudar más aquí.

—Ele, ¿qué ocurre? Porque no te gusta vernos a todos salir por la puerta y quedarte en casa.

—No está Zoey, me imagino que Elise viene contigo, Meyers tiene lo suyo, East también, y no quiero llevarla a ella...

—¿Estás segura de ello?

—No me gusta la idea de verte salir por la puerta en una situación así.

—Ni a mí dejarte en casa —me corresponde.

—Pero creo que es lo que debemos hacer, y tú también lo sabes. Sinceramente, creo que no sería una buena ayuda ahora mismo. Si la policía está implicada... y ver a East así...

—Te ha hecho pensar en Vanessa también.

—Sí —susurro—. Y está en California —le recuerdo—. Esa pobre gente —añado y miro la tele—. Tienen sus familias, y sus familias...

Jaxson se mueve por el sofá entonces para acercarse y me abraza con suavidad hacia su cuerpo.

—Vete pronto porque te necesitan, y porque no quiero pensar mucho en ello —le pido.

—Ten cuidado.

—No me robes las frases —protesto y se ríe un poco.

Escucho perfectamente el golpe en la puerta. Cuando se abre, veo a Elise en otro de sus

impolutos trajes negros. Es evidente que viene a buscar a Jaxson, y él se levanta del sofá cuando lo comprende también.

—Dame dos minutos —le pide Jaxson y entra silenciosamente en nuestra habitación.

—Señora Zuccarelli —me saluda Elise y asiente con su cabeza.

—Elise, espera por favor —le pido.

Enseguida me mira con preocupación, y se queda junto a la puerta mientras yo me levanto del sofá. Me acerco a los cajones bajo el televisor y después saco la bolsa de allí. Cuando me doy la vuelta, la mirada de preocupación de Elise se ha transformado en curiosidad.

—Ya conseguiste librarte de esto el año pasado —le recuerdo.

—Estaba usted muy ocupada, señora, y no quería ser un estorbo para usted —me corresponde en este tono que me pone nerviosa, y además después sonrío cuando ve qué consigue.

—Feliz cumpleaños —le deseo y le entrego la bolsa plateada.

—Muchas gracias, señora Zuccarelli —me agradece y asiente con su cabeza.

Abre la bolsa enseguida y, como esperaba, saca la grabadora antes que el propio regalo que compré para ella. Mira el pequeño objeto negro con curiosidad y muerdo mi labio para no reírme antes de tiempo. Entonces escucho mi propia voz sin abrir mi boca.

¡Feliz cumpleaños, Elise! El otro regalo espero que te guste más, pero este es más importante. Hoy quiero enseñarte a decir mi nombre. Repite conmigo: E-LE-A-NOR. Otra vez: E-LE-A-NOR.

Me río cuando Elise también lo hace. Se siente bien poder hacerlo.

—Gracias, señora Zuccarelli —me agradece y sonrío cuando escucha mi suspiro—. Con permiso —añade y ahora yo asiento con mi cabeza.

—Elise —le llamo antes de que se vaya.

—Señora —me corresponde.

Creo que soy muy evidente con mi mirada. Ya no hay risas, ni regalos de cumpleaños, ni mis intentos frustrados de que esta mujer sea algo más informal conmigo. Pero ella, una vez más, comprende qué le digo con mi silencio. En concreto, qué le pido por cómo ha cambiado el día.

—Por supuesto, señora —me promete antes de asentir con su cabeza.

Después se da la vuelta y me quedo sola en la salita. Regreso al sofá y ni siquiera me doy cuenta de que Jaxson ya está listo hasta que apaga el televisor y dejo de ver esas horribles llamas en la pantalla. Verle a él en un traje negro siempre me transmite lo mismo: calma por la familiaridad del color, y miedo por el motivo por el que viste esta ropa.

Realmente espero que se metan todos en los coches de forma rápida para no pensar mucho en que, una vez más, voy a ver cómo se alejan de la casa y yo voy a estar dentro.

—Después de hoy, voy a tener que subirte el sueldo —le dice Jaxson a Violet mientras ambos se acercan a una de las enormes *Chevrolet*.

—No te preocupes, mi boda va a salirte muy cara —le promete ella y consigue que Jaxson sonría un poco.

—Tendrías que venir con nosotros.

Me sobresalto un poco porque Madison me asusta por detrás, especialmente su tono. Después veo cómo Tyler pasa por su lado, coge el bolso que ella sostenía, y lo lleva con él hacia el segundo coche.

—Ten mucho cuidado, por favor —le pido a mi hermana morena.

Y una vez más se van de casa, y tengo que esperar a que regresen.

CAPÍTULO 2

Necesito descansar. Bueno, descansar en una cama también, pero necesito un descanso de la tele. Por suerte, Alice sí sigue durmiendo y ni siquiera Mephisto quiere bajar conmigo. La casa está silenciosa, pero en el jardín hay mucho ruido. Sigue habiendo verde por todas partes. Limpiar todo esto está siendo muy difícil. Por suerte, Meyers supervisa que en algún momento nuestro jardín sea de nuevo como era.

—Señora —me saluda alejándose del ventanal del recibidor.

—Hola, Meyers —le correspondo—. ¿Quieres un té?

—No, señora, gracias. ¿Le apetece tomar uno a usted?

—No, gracias. Era solo para hablar de otra cosa —le explico y me corresponde con compasión.

Cuando llego a su lado, veo cambios en el jardín, aunque el verde sigue siendo el color predominante.

— ¿Hay más gente? —le pregunto.

—Sí, señora —me confirma—. Se acercan lluvias para mediodía, y he pedido refuerzos para que progresen con rapidez en la limpieza.

Lluvia con tréboles de papel es una malísima combinación, eso seguro. Creo que voy a salir yo también, porque además necesito distraerme. Ha sido una buena idea pedir ayuda a más gente con todo este caos. Pero ahora son más los que me miran.

—Con su permiso, señora —se despide Meyers.

No sé qué dice, pero es evidente que ha salido al jardín para que la gente regresase a hacer lo que estaba haciendo.

—Eleanor.

Me giro cuando escucho la voz de Easton y entonces le veo agitado.

— ¿Qué haces aquí? —me pregunta.

— ¿Sabes algo? —le correspondo.

— ¿Qué haces aquí? —insiste.

—Creo que voy a salir a ayudar para limpiar el jardín —le explico—. ¿Sabes algo? —insisto ahora yo.

— ¿Qué haces aquí, en casa? —especifica.

—No me he ido.

—Veo eso —nota—. ¿Por qué no te has ido?

—Tú tampoco te has ido —replico—. Y Alice está durmiendo arriba.

— ¿Y? Podría haberse quedado conmigo, y Meyers, o sino la zia está en casa de los nonni todavía y podría haber venido.

— ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

—No tengo nada. ¿Por qué no estás en California? —me pregunta—. Y buscad ya a una niñera, en serio. O la busco yo.

—Easton.

—Después te quejas cuando dices que lo único que haces es cuidar de tu hija —añade pasando por mi lado.

Da dos pasos más antes de darse la vuelta.

—Lo siento —se disculpa—. Pero sabes que tengo razón —añade en un tono más calmado—.

Deberías estar en California.

— ¿Por qué no has ido tú?

—Tengo más trabajo aquí que allí —defiende—. ¿Quieres un té? Necesito un café —me explica y se aleja hacia la cocina.

—La verdad, Easton —pido.

—Tengo trabajo aquí y tú deberías estar en California.

Alice me salva porque escucho gracias al vigilabebés que se despierta. Empiezo a pensar que Jaxson tenía razón y que a Easton le ocurre algo que no nos cuenta. No es el momento, así que me voy arriba. Pero antes de llegar en la cima de las escaleras ya sé que ese llanto de Alice ha sido una falsa alarma. Soy lo más silenciosa posible cuando entro en la salita, y enciendo la tele con el volumen bajo para que, como mínimo, ella pueda seguir descansando.

No sé cuánto tiempo paso pendiente de mi móvil y de la tele. La información que repiten una y otra vez los reporteros, o las constantes imágenes escalofrantes del edificio se confunden en mi cabeza. Pero entonces, Jaxson está en la tele y solo me fijo en él.

Hace un rato que ha llegado porque me ha llamado en el coche, pero en las imágenes veo cómo sale de un coche negro con Violet siguiéndole.

Están viendo imágenes de hace escasos minutos de Jaxson Zuccarelli llegando al centro de mando de los equipos de emergencia situado muy cerca de la torre Zuccarelli. Recordemos que Jaxson Zuccarelli es presidente y CEO de Zuccarelli International, la empresa propietaria del edificio. Las oficinas situadas en esta torre también pertenecen al grupo empresarial que preside Jaxson Zuccarelli y en las últimas plantas del edificio hay un ático residencial propiedad también de la familia Zuccarelli.

Sabemos en este momento que varios miembros de la junta directiva de Zuccarelli International también están en la zona, aunque de momento solo hemos visto a Violet Patricelli, CCO de Zuccarelli International, la mujer que ven en pantalla junto a Jaxson Zuccarelli. Estamos a la espera de si la directora de comunicación puede darnos más detalles sobre esta terrible tragedia que se está produciendo ahora mismo aquí en Downtown Los Angeles.

Muchas gracias, Kelly, estamos en contacto para cualquier novedad. Horribles imágenes las que nos llegan desde este devastador incendio en la torre Zuccarelli desde el centro de Los Angeles y que sigue sin estar controlado.

Entonces escucho la lluvia.

Me levanto del sofá para comprobar que, efectivamente, empieza a llover, con fuerza además. En escasos minutos, el jardín se queda vacío. Y como he dicho antes, la lluvia con los tréboles de papel no son una buena combinación. Es irónico, aquí llueve torrencialmente, y en la tele veo las llamas y el humo que no se detienen.

Me acerco al sofá nuevamente cuando escucho mi móvil, y me sorprende que la llamada entrante sea de Leo.

—Hola —le saludo.

—Bua, Eleanor, acabo de verlo por *Instagram*. ¿Estáis bien?

—Sí, nosotros sí. Te he mandado un mensaje porque sabía que te asustarías.

—Lo sé, lo siento, acabo de verlo. Es que estaba durmiendo.

Leo apenas tiempo para nada últimamente. Con los ajetreados meses de este inicio de año que he tenido yo, y su intensa agenda de trabajo, último semestre de universidad, y el resto de su vida es difícil coincidir. Pero sabía que se preocuparía, y lo ha hecho porque para eso llama.

— ¿Estás bien, tú?

—Sí. Joder, qué mierda. He visto que hay muertos, ¿no?

—Sí —le confirmo—. No sé mucho todavía.

—He visto a tu marido. La gente está fatal en serio. Te juro que había dos chicas en la cola de la cafetería fijándose en él y no en la jodida torre de humo.

—Ya —susurro.

— ¿Quién ha sido ahora?— me pregunta—. Mataste a esa mujer, el amigo de tu suegro también está muerto... —enumera—. La fiesta ha ido bien, ¿no? —me pregunta—. Mierdaaaa —maldice—. Feliz cumpleaños por la parte que te toca. Iba a venir para traerle un regalo, pero ni idea de cuándo regresaréis, ¿no?

—Tranquilo —le calmo—. La fiesta ha ido bien, sí, pero es... —añado—. Un poco largo —le explico—. Y estoy en casa.

— ¿En casa, aquí?

—Sí —afirmo—. No me he ido con ellos. Bueno, Easton está conmigo también.

— ¿Y eso?

—Alice está durmiendo —le explico—. ¿Leo? ¿Estás aquí?

—Sí, sí —me confirma—. Em, no te ofendas, pero con la pasta que tenéis, ¿no tenéis a nadie para que se quede con la niña?

—No es cuestión de dinero, es cuestión de confianza.

— ¿Quieres que venga yo? —me pregunta.

—No, tranquilo, gracias. De verdad, puedo hacer más aquí que allí.

—Ya, pero me parece raro. Y sé que me falta tiempo para todo, de verdad, pero si no teníais a nadie más y no querías llevarte a la niña, yo puedo quedarme —añade—. Ahora es más fácil que cuando era un bebé.

—No te creas —me burlo y se ríe un poco conmigo—. Gracias, Leo.

— ¿Quieres que venga un rato? No tengo clase hasta las doce.

Alejo mi móvil cuando noto la llamada entrante, pero no es Jaxson ni nadie que está en California.

—Em, Leo, ¿puedo ser en otro momento? Es que...

—Tranquila, es un caos estés donde estés. Pero avísame si puedo hacer algo.

—Gracias, de verdad —le agradezco.

Me despido de él sin prisa, por lo que yo tengo que realizar una llamada cuando terminamos esta.

— *¿No estás en California?*

—*Hola, Alessandro* —saludo.

—*Hola, chica* —me corresponde—. *¿No estás en California?*

—*No, estoy en casa.*

— *¿Por qué?*

—*Porque nos hemos dividido en función de cómo podía ayudar más cada uno. Alice sigue durmiendo.*

— *¿Y para qué estamos nosotros?* —me pregunta.

—*Alice está agotada.*

—*Hubiésemos podido venir* —especifica.

—*Hasta antes de que llegase la lluvia, la casa estaba llena de gente.*

—*Me las he apañado para que nadie me viese* —replica—. *Chica, ¿qué no estás contándome?*

—*Nada.*

—*Así que estás bien.*

—*Dentro de lo que puedo estar, sí* —le confirmo.

—*Perfecto, entonces coge el coche y ven.*

—*Alice está dormida.*

—*Ella puede quedarse en casa.*

—*¿Y con quién se queda? No me he ido para poder estar con ella.*

—*Es que si no quieres dejarte ayudar por nosotros, vais a tener que buscar a una niñera. Porque tú tendrías que estar en California ahora mismo, y no vigilando a una niña que, por lo que cuentas, está durmiendo. Algo me dice que te has pasado la mañana con la tele encendida.*

—*¿Con quién has hablado?*

Alguien ha tenido que decirle que estoy en casa. Si Alessandro lo hubiese sabido desde que he decidido no subirme a ese helicóptero, me hubiese llamado entonces. Han pasado horas.

—*Tyler.*

Bueno, si algo hay que reconocerle a Alessandro es que cuando ve que no le queda otra que ser sincero, lo es.

—*El chico se ha ido sin ti, os ha dejado aquí a las dos, y está inusualmente tranquilo por el hecho.*

No se refiere a Tyler.

—*A él le tengo más lejos* —añade—. *Así que, ¿me lo dices o vienes a casa y lo hablamos?*

Alice me salva. Esta vez no es una falsa alarma.

—*Tengo que dejarte, se está despertando* —le explico a Alessandro.

—*Qué oportuna es tu hija a veces* —dice divertido—. *Digna hija de sus padres.*

—*Y digna nieta de su bisabuelo* —le replico—. *Gracias por llamar, Alessandro. Estamos bien.*

—*No me creo ni una palabra, chica.*

Pero tiene que conformarse con eso porque Alice tiene suficiente de su cuna. De hecho, cuando llego a la habitación, se sostiene en pie agarrándose a los barrotes y no me gusta predecir la idea que tenía en mente.

—*Hola* —le saludo.

Cuando alza una de sus manos, pierde el equilibrio y cae sentada en su colchón. No le gusta en absoluto. A Mephisto tampoco, porque como siempre se pone más histérico que ella con los llantos. Tranquilizarles a ambos me lleva un rato, y tengo que sobornar a mi hija con el peluche del león porque le distrae y le calma. El peluche me hace pensar en Tyler, pero intento aparcir el asunto para más tarde.

—*¿Un poco mejor?* —le pregunto a mi hija.

Después limpio sus lágrimas con una mano, pero ella aleja su cabeza porque le molesto. Miro sus largas pestañas que me dan una envidia considerable y, en general, le observo mientras acaricia el león de peluche. Pierde su chupete entonces, pero ella misma se lo pone de nuevo y sigue concentrada con su distracción. Un año ya.

—*¿Vamos a desayunar?* —le propongo.

Me mira fijamente entonces y es increíble que cada día se parezca más a Jaxson.

—*¿Vamos a desayunar?* —le repito—. *¿Sí?*

El asentimiento de cabeza por su parte es suave, pero se nota. Sé que solo es un número, pero es como si ayer ella hubiese sido todavía mi bebé y ahora es una niña. Una niña que quiere acariciar a su perro, que le habla sin realmente entender qué le dice, que pide su comida, que coge la cuchara y le molesta si tú intentas hacerlo, y que señala las fotos de la pared de las

escaleras porque cuando pasamos por allí después de su desayuno reconoce las caras.

—Aquí está la zia Madi —le explico cuando la señala—. El zio G, sí.

La insistencia con la que señala Grayson es algo que a él le haría sonreír. Pero Alice toca la fotografía cuando reconoce a su padre.

—Papà —le explico—. Papà.

Ella toca la foto varias veces más, insistiendo en Jaxson. Hasta que ve la persona que está junto a Jaxson.

— ¡Oa! —grita contenta.

—Sí, la nonna —le confirmo.

Ver a Dona causa auténtica felicidad en mi hija.

— ¿Vamos a ver a la nonna?

—Oa —repite señalando a Dona porque la reconoce sin lugar a dudas.

— ¿Vamos a ver a la nonna? —le pregunto—. ¿Sí? —añado y entonces asiente con su cabeza.

— ¿Qué dices de ir a ver a la nonna?

Alejo la mirada de mi adorable hija, lo siento, no puedo ser parcial, y entonces veo cómo Easton sale por el pasillo de abajo.

—Vamos a acercarnos —le explico.

— ¿Ahora?

—Sí —afirmo—. Si está viendo las noticias, se distraerá con Alice.

— ¿Y les dejas a Alice para irte a Los Angeles?

En cuanto mi hija escucha su nombre, aleja su atención de la foto y entonces ve a Easton. También le reconoce, y alza su mano izquierda hacia él.

—Hola, cariño —le saluda Easton dulcemente y después cambia su mirada para mí.

—Me voy a verles. ¿Quieres venir? —le pregunto.

—No, gracias. Tengo trabajo por aquí —me responde—. Y el tuyo está en Los Angeles, por cierto.

Decido terminar de subir las escaleras, aunque mi hija proteste y señale las fotos con sus dos manos porque no ha terminado con ellas. Se distrae con Mephisto porque como siempre nos sigue y una vez en su cambiador lo pone muy difícil para que ella, y más tarde yo, nos preparemos para irnos de casa.

La lluvia es intensa, el campus está lleno de estudiantes que se mueven entre clase y clase, y mi hija un día más detesta ir en coche. Creo que el día que conduzca un coche en silencio va a parecerme raro y todo. O cuando salga de uno sin los pitidos en mis orejas.

— ¿Ya? —le pregunto a mi hija cuando le abro su puerta.

Tiene los ojos enrojecidos, lágrimas en sus mejillas, y muerde su labio para darme más pena todavía. Esto de llorar en el coche empieza a ser realmente un vicio. Porque es evidente que ella solo protesta porque por el motivo que sea no le gusta ir en coche. Y viaja como una reina. Juguetes, libros, espejos. Me niego a ponerle una pantalla como quiere Jaxson, como han pedido todos los que alguna vez han venido en nuestro coche, pero al final voy a tener que ceder si de esa forma mi hija se calma un poco.

—Vamos, Me —le digo a mi perro en cuanto abro el maletero para él.

No hace falta que se lo repita. Sabe dónde estamos y reconoce la puerta de esta casa. La pobre Lilian, la ama de llaves de la casa, le mira con un poco de respeto como siempre, pero Lea le acaricia efusivamente antes de salir a recibirnos. Salones blancos con poco talón, vaqueros con rotura en su rodilla derecha, y jersey blanco con rayas negras. Sé que ha dormido lo mismo que yo, pero ella se ve como si se hubiese despertado de un sueño reparador de quince horas.

—Hola —me saluda Lea con una sonrisa cálida.

Y nos abrazamos como si no nos hubiésemos toda la noche, porque ambas lo necesitamos.

—Feliz cumpleaños, cariño mío —felicit a Alice cuando la tiene en sus brazos—. ¿Cómo puede ser que hayas crecido tanto, eh?

Alice le sonrío feliz de verla, pero no dura mucho. Enseguida pide ir al suelo con sus manos de forma insistente. Lea la acompaña con cuidado, un poco sorprendida por la petición, y entonces Alice empieza a moverse.

—*Chica lista.*

Alice ve a Alessandro entonces, y yo también, la verdad. Está apoyado en uno de los sofás del espacio junto al ventanal, con sus brazos cruzados, y claramente esperándonos. Mi hija va a buscarle gateando. Se da más prisa incluso cuando Alessandro se agacha frente al sofá. Y se produce un momento surrealista. Alice hace literalmente dos días ni gateaba, ahora ni te das cuenta de que lo hace de lo rápida que va. Y Alessandro hace unos meses caminaba con dificultades, y ahora se mantiene agachado frente a mi hija un buen rato.

—Es... —susurra Lea a mi lado mientras nos acercamos.

Comprendo que tenga dificultades para encontrar las palabras. No es el caso de bisabuelo y bisnieta, quienes mantienen una conversación que solo se comprende por una parte, pero ambos parecen muy felices. Desde que Alice sabe llamar a Dona que disfruta con ello, pero la adoración que siente por Alessandro es innegable.

—*Hola, chica* —me saluda Alessandro cuando llegamos junto a ellos.

—*Hola* —le correspondo.

—*¿Vienes a dejarnos a la cría y te vas a California?* —me pregunta.

Cuando le miro fijamente como parte de mi respuesta, resiste a mi mirada perfectamente, y hasta parece que se divierte incluso.

—Me imagino que Noah está con su grupo de mañanas. ¿Dónde está Dona? —le pregunto a Lea.

—Está aquí en la salita con Elda Campanaro —me explica y rápidamente miro a Alessandro de nuevo.

—*Lo sabe* —me confirma.

—Y es algo bueno —defiende Lea—. Podemos confiar en ella, y a Dona cada vez le cuesta más salir de casa, o recibir visitas. Que como mínimo Elda pueda hacerlo es bueno.

Y Elda Campanaro es una fantástica amiga de Dona. Lo dejó todo en Nueva York también para mudarse aquí. Ama a Dona como si fuesen hermanas diría yo.

—Voy a... —añade Lea—. Bueno, vamos a la cocina a empezar a preparar algo de comida para más tarde —explica y coge en brazos a Alice—. ¿Tienes hambre, cariño?

Es evidente que intenta dejarnos solos, y Mephisto también les acompaña cuando se van hacia el pasillo que les llevará a la cocina.

—*¿Una copa, chica?* —me ofrece Alessandro.

—*No, gracias* —le respondo—. *Y tengo que conducir de vuelta.*

—*¿Has conducido tú?* —me pregunta sorprendido y se aleja del sofá.

No le respondo, sino que observo cómo sirve dos copas. Una vez más, este hombre hace lo que quiere, y lo peor es que te convence de que es lo que tú también quieres hacer.

—*Lo digo porque ayer te vi y tenías una bota ortopédica en tu pie* —añade divertido—. *De cuando saltaste por el tejado y perseguiste a una mujer muy enferma que quiere hacerte bastante daño.*

—*Estoy bien. Tenemos problemas más graves.*

—*Siéntate* —me invita y señala el sofá—. *Chica, caminas mal todavía, das pasos cortos y sostienes tu peso con la pierna buena* —enumera.

—*Es imposible esconderte algo* —protesto en un susurro y me acomodo en el sofá.

—*Años de vida* —se defiende mientras se acerca a uno de los sillones. Después me mira cuando se ha sentado—. *¿Me lo explicas o no?*

—*Pensaba que Tyler te había informado* —replico.

—*El chico está haciendo su trabajo* —defiende—. *Y ya te he dicho que a tu marido le tengo más lejos, pero sino hablaría con él también. Y me has explicado todo eso de que tenías que cuidar a la cría...*

—*Cierto* —le recuerdo yo.

—*No me ofendas, chica* —me pide—. *Estamos todos dispuestos a ayudar y lo sabes.*

—*No quería ir.*

Ahora se toma un descanso saboreando un sorbo de su copa, pero nunca deja de mirarme. De verdad que a veces da miedo poder hablar con el Jaxson del futuro.

—*Easton lo ha pasado mal con los helicópteros* —añado.

—*Algo me han comentado.*

—*No me había acordado, pero al verle así...* —le explico—. *Me ha venido más tarde, cuando he visto todo el jardín lleno de tréboles* —añado—. *Y entonces la torre. Hay gente que ya ha muerto, gente que va a morir, bomberos que están poniendo en riesgo su vida para salvarles...y fuego.*

—*Tu casa.*

—*La idea de que se queme algo, de verlo, me ha hecho recordar a cuando quemaron mi casa, y entonces nadie se hizo daño. Pero es la idea de la destrucción del fuego. De la gente que está atrapada allí, de las familias que esperan fuera...de...Y, sinceramente, por una vez he pensado que quedarme en casa era la forma de ayudar. No puedo hacer mucho en Los Angeles, aquí como mínimo puedo cuidar de mi hija.*

—*Sé que era difícil para ti, pero tendrías que haber ido* —me explica—. *Eres la señora Zuccarelli y esto es una tragedia, en muchos sentidos. Hay gente de sobras para cuidar de Alice, y sino la buscaremos.*

—*Ya lo sé. Sé que...*

Me detengo cuando escucho mi móvil y lo busco rápidamente en mi bolso. Pero nuevamente no es alguien que está en California ahora mismo.

—*Hola, Benedetta* —saludo.

—*Hola, Eleanor* —me corresponde con su suave voz—. *Lo siento, ¿te llamo en mal momento?*

—*Puedo hablar, tranquila. ¿Va todo bien?*

—*Perdona, es que pensaba que estabas en California y por eso no te he dicho nada desde la mañana.*

—*No estoy allí.*

—*Sí, lo sé.*

—*Sabes que estoy aquí* —adivino—. *Aquí en tu urbanización, me refiero* —especifico.

—*Sí* —me confirma.

—*Y es malo* —pronostico de nuevo.

—*Sí* —repite—. *Al saber que estabas aquí, me ha sorprendido y te llamaba para saber si había ocurrido algo más.*

—*No, tranquila, gracias. Simplemente pensaba que sería de más ayuda aquí cuidando de*

Alice.

—Oh —susurra—. Por supuesto —añade rápidamente.

—Malo de verdad, ¿eh?

—Eleanor.

—Dime.

—Si no tienes a nadie con quien dejar a Alice, sabes que yo puedo cuidar de ella, ¿verdad? —me pregunta—. Que puedo ayudar.

—Lo sé, gracias.

— ¿Estás bien, seguro? —insiste—. Sé que la situación es muy complicada, pero tu voz está rota y tú normalmente eres muy fuerte. Eres de las personas más fuertes que conozco.

—Gracias —le digo y me hace reír un poco—. Estoy bien. Gracias por llamar. Te llamo más tarde, ¿vale?

—Estoy aquí por si necesitas algo.

—Lo mismo digo, señora D’Arcangelo —le correspondo y ahora yo le hago reír un poco a ella.

Cuando pongo mi móvil de nuevo en el bolso, noto la intensa mirada de Alessandro. Otra vez.

— *¿Físicamente estás bien?* —me pregunta.

—Sí —le respondo—. *Creo que voy a buscar a...*

—Eleanor.

A buscar a Dona, pero ella me ha encontrado primero. Me giro entonces y la veo junto a Elda Campanaro. He visto a la nonna apenas hace unas horas, pero parece más débil todavía ahora. Sus piernas se ven muy delgadas, y eso que los pantalones marrones son bastante anchos y no dejan ver su silueta. Dona es de las que lleva collares, brazaletes y pendientes incluso en casa, por eso tiene es enorme collar marrón que destaca encima del jersey color mostaza. Y hoy hace un día frío para finales de marzo, pero aquí se está bien y Dona no necesitaría este largo cárdigan beige.

A su lado, Elda Campanaro se ve muy extravagante. Con su corto pelo rubio peinado hacia atrás con laca, las facciones marcadas del rostro por las veces que esta mujer ha visitado un centro de estética, el labial rojo escarlata en sus labios, la blusa azulada con un enorme lazo en su cuello, o el cinturón plateado con brillantes igual que sus salones plateados. Diría que lo más sencillo que tiene esta mujer ahora mismo son los pantalones negros, pero son igual de estilosos que ella.

Me gustaría ver fotos de cuando estas dos eran jóvenes. De verdad que me gustaría.

—Oh, señora Zuccarelli —saluda Elda Campanaro claramente sorprendida.

—Eleanor —le recuerdo suavemente y me levanto del sofá—. Hola, Elda, ¿cómo estás?

—Con el corazón en esas llamas, la verdad —me explica—. Qué desastre —se lamenta—. Pero aprovechando que nos vemos...

—*Elda, ya tiene suficiente* —le interrumpe Dona en un tono contundente.

—*Por eso mismo, que ya no importa una cosa más* —defiende la mujer.

— ¿Qué ocurre? —pregunto con curiosidad.

Elda Campanaro abre el enorme bolso que lleva y de dentro saca un portafolio rígido en color blanco.

—Ni siquiera ha querido quedárselo —me explica—. Sé que yo no puedo entrometerme.

—*Mentirosa* —susurra Dona.

—Pero se me ha presentado una oportunidad y no voy a desaprovecharla —añade Elda Campanaro ignorándola.

Entonces leo las letras negras del portafolio.

*Ensayo clínico para cáncer de mama en mujeres mayores de 50 años
Grand Riverview General Hospital, Boston, MA*

—Empieza a principios de abril —me explica Elda Campanaro—. Es para pacientes de avanzada edad, compatible si ya han recibido tratamiento, sin metástasis, y conozco personalmente al equipo que lo dirige —añade—. Es el tipo de cáncer, la fase y todo igual al de Dona. La aceptarán si ella quiere. Y se lo dije hace semanas, pero se lo ha callado y me prometió que os lo diría después de la *Incoronazione*.

Cuando miro a Dona, no está feliz con lo que me comparte su amiga. Yo tampoco.

—Ahora dice que es un mal momento —añade Elda Campanaro—. Como si no conociese nuestra vida —dice y me hace reír un poco—. Y sé que no es mi sitio, que habéis buscado los mejores tratamientos, pero se me presentó la oportunidad y no puedo decir que no.

—Gracias, Elda. Lo aprecio mucho —le agradezco de corazón.

—*No me mires así* —se defiende ella con su mejor amiga.

—*Tiene suficiente*.

—*Oh, por favor, tiene veinte años. ¿Qué haríamos tú y yo con su edad?*

—Y agradezco saberlo —añado yo interviniendo—. Así que, después de la *Incoronazione* —le digo a Dona.

—Esto no servirá de nada. El médico me mira ya como si estuviese muerta.

—*Porque tienes un médico que es un idiota* —replica Elda Campanaro.

No soy la única que me río, Alessandro también lo hace.

—*Oh, todavía sigo olvidando que eres tú como siempre* —se lamenta Elda mirándole—. Y no te lo perdono aún.

—*Comprensible* —le dice Alessandro y le sonrío.

—*No va a funcionar esa sonrisa de galán que te ha funcionado siempre* —le avisa y me río porque a Alessandro ciertamente le funciona su sonrisa—. *¿Te acuerdas de ese viaje a ese pueblo de Carolina del Sur?* —le pregunta caminando hacia él—. *¿Cómo se llamaba?*

Aprovecho la ocasión para acercarme más a Dona y ella mira brevemente el portafolio que sostengo antes de mirarme a mí.

—¿Por qué no estás en California? —me pregunta.

Y me guardo mis palabras para más tarde. De todas formas, Elda Campanaro regresa y mira a su mejor amiga con un puchero falso.

—*No empecemos* —le pide a Dona—. *Esto te pasa por contarme que ella siempre os ayuda* —añade con una sonrisa para mí también—. *Además, Dona, sinceramente, estás aquí que si la muerte entrase en esta casa le servirías café con galletas.*

—*De momento, soy la única que acepto que la muerte algún día cruzará esa puerta* —defiende Dona.

—*Enhorabuena, entonces yo no lo acepto.*

Elda Campanaro hoy está...bueno, creo que se contiene mucho con la presencia de otras personas porque no tiene la misma confianza que con su mejor amiga.

—*No lo acepto, Dona, no lo acepto* —insiste—. *No has tenido un problema de salud en tu vida* —añade—. *Bueno, sí, algunos, pero yo he estado muy jodida. Y he fumado toda mi vida, he bebido más de la cuenta también, soy una perezosa y no quiero que estés así. Si hay una posibilidad, si la podemos aprovechar, por pequeña que sea...* —enumera—. *También tengo contactos en otras partes del mundo, pero entiendo que no te irás a otro país para esto. Lo*

entiendo. ¿Pero, Boston? Te conozco desde los catorce. Toda tu vida has antepuesto las necesidades de los demás a las tuyas. Ahora te toca cuidarte a ti.

A Dona le cuesta encontrar las palabras, pero yo estoy emocionada, así que ella tiene que estarlo más.

—Venga, dame un abrazo que no quiero irme así echándote la bronca —le pide.

Ver cómo se abrazan me emociona más.

—No seas una cabezona y hazlo. Voy a venir contigo, vamos a estar bien —le dice Elda mientras todavía se abrazan—. Mira, es que voy hasta a conducir para llevarte a ese faro si hace falta.

—Siempre has conducido muy mal.

—Sí, porque tú, hija mía, no eras un peligro, no —se burla Elda riéndose mientras se separan—. Venga, Alessandro Zuccarelli, dame uno de esos abrazos tuyos —le pide divertida—. Casi una década fumando puros entre lágrimas pensando en ti.

Alessandro sonríe y se nota que está agradecido por la amistad de Elda Campanaro.

—Si mi Augusto viese lo que has hecho —le dice ella mientras se abrazan.

—La paciencia que tenía el pobre Augusto contigo —bromea Alessandro.

Elda Campanaro me hace reír cuando le da un fuerte golpe con su bolso, aunque se ríe también como Alessandro.

—Adiós, cariño, gracias —se despide de mí la extravagante mujer—. Cuidaros mucho y si puedo hacer algo me avisáis.

—Gracias, de verdad —le agradezco y me sonríe porque sabe que me refiero a lo que me ha contado.

En cuanto se va, Alessandro misteriosamente quiere ver un partido aislándose como cuando pretendía estar enfermo.

—Es una buena amiga —le recuerdo a Dona—. Y tú hubieses hecho lo mismo. Por eso sois amigas. ¿Puedo ir al baño y entonces hablamos?

—Sí —me responde.

No saco mi móvil del bolso hasta que estoy tranquila en el baño yo sola. Escribo rápido el mensaje, añadiendo lo que no le he contado por teléfono, y recibo su respuesta casi instantánea.

Benedetta D’Arcangelo: *El placer es siempre mío, señora Zuccarelli. Te mando un abrazo fuerte.*

Solo con eso, me siento igual de afortunada que Dona con Elda Campanaro.

CAPÍTULO 3

Cuando salgo del baño, encuentro a Dona en una habitación en la que hacía días que no estaba. Es una pequeña salita junto al recibidor que ella convirtió en su espacio para pintar. Está lleno de sus cuadros, de lienzos en blanco, de pinturas, y huele fuertemente también.

— ¿Has pintado? —pregunto sorprendida entrando en esta habitación.

—Sí, un poco, antes —me responde—. Para intentar distraerme de todo lo demás, y esa pobre gente atrapada dentro —añade.

Ahora yo intento distraerme con lo que estaba pintado. El lienzo en el caballete no está completo, pero es evidente qué está pintando Dona: un faro. Su base tiene forma de cono, de color blanco, pero me llama la atención la puerta de color rojo que hay en la parte inferior. El mismo tono de rojo es el que tiene la parte superior, con la barandilla, y la cúpula superior. Es precioso. Dona está pintando el cielo detrás de él, y no sé si es un atardecer o un amanecer, pero la luz del color rojo es preciosa. Un rojo anaranjado muy bonito.

— ¿El faro en Massachusetts? —le pregunto.

—Sí —me responde y se agarra a la silla donde pintaba.

El famoso faro por el que Alessandro casi provoca una guerra civil con los Occhionero, porque entonces las familias estaban divididas y Massachusetts era territorio donde los Zuccarelli no eran bienvenidos. Dona me lo explicó ese día hace unos meses, cuando dábamos un paseo por Seattle después de una visita al médico y vimos el cuadro de un faro en una galería de arte.

Cuando ella y Alessandro eran jóvenes e intentaban formar una familia, Dona se frustró muchísimo cada vez que no lo conseguían. La presión por ser la reina Zuccarelli o por la familia de Alessandro no ayudaron en absoluto, y se fueron de Nueva York. Cerca del faro de la pintura, había una mujer que organizaba talleres de lo que hoy en día sería terapia con pintura. Dona me habló con absoluta adoración de ese faro. Era su sitio especial con Alessandro. Regresaron muchas veces, y no siempre con buenas noticias, pero era un lugar muy importante para ellos. También es donde Dona quiere que llevemos sus cenizas el día que muera.

—Te dije que no me gustan mucho los faros, pero este tiene que ser precioso en la vida real —susurro—. El cuadro lo es.

—Sí, es muy bonito.

Busco un sitio donde sentarme entonces, y cuando encuentro otra silla idéntica a la que usa Dona para pintar, la acerco a su lado para sentarme y observar el cuadro. Todavía me impresiona más desde esta perspectiva.

—Según lo que ha comentado Elda, podrías estar cerca de él de nuevo.

—Elda ha abierto demasiado la boca —protesta y se sienta a mi lado.

— ¿Por qué no quieres probarlo?

No me responde en un instante, y cuando la miro, tiene su mirada perdida en el cuadro.

—Sé que Jaxson te ha hablado de más ensayos, y Tyler, y tus médicos. Seguramente Elda también —añado—. Pero este no se lo has mencionado a Jaxson, porque la *Incoronazione* no le hubiese detenido, y Elda parece muy convencida.

—Es solo para darte esperanzas vacías —susurra—. Tengo la edad, los antecedentes, y ya llevo unos cuantos meses con esto. No estoy esperando mi muerte, pero sé que es una posibilidad. Y no quiero irme lejos. Aquí Noah me necesita, estáis vosotros...

—Regresamos todos a casa porque dividirse no había servido, y porque queremos estar

contigo, pero con todo esto, algo me dice que tendremos que irnos a California. Sé que no soy la única que prefiere tenerte lejos si sé que hay algo que puede ayudarte. También nos hemos informado de los pacientes que superan un cáncer como el tuyo.

—Uno entre un millón.

Escuchar sus palabras, y escucharla a ella tan triste, me rompe. También me frustra, porque no sé cómo ayudar, cómo darle fuerzas.

— ¿Cuánto tiempo te ha llevado pintar esto? —le pregunto después de un largo rato.

—Unas tres semanas, hemos estado un poco ocupadas —me recuerda con una sonrisa.

— ¿Cuánto tiempo hace que Elda te habló de este ensayo? —le pregunto.

Aleja de nuevo su mirada hacia el faro.

—Crees en esto, Dona —le explico—. Te conozco —le recuerdo—. No es incompatible con tu fe religiosa —añado—. Es un ensayo diferente, porque no te has alterado con el resto igual que con este. Y además da la casualidad de que es uno de los mejores ensayos de tu tipo de cáncer de mama, de tus condiciones, de tu rango de edad, y cerca de un sitio que para ti es muy especial. Que esté cerca del faro no es lo que va a hacer que te cure, pero sabes que eso sí te da fuerzas a ti para intentarlo. Y por eso empezaste a pintar el cuadro.

Sé que tengo razón, porque baja su mirada a su regazo y cuando gira su cabeza me lo confirma sin decir nada.

—Se reúnen todas las condiciones que te dan una oportunidad para intentarlo, en el sitio más especial que seguramente existe para ti en el mundo —enumero.

—No quiero separarme de vosotros.

—Desgraciadamente empezamos a acostumbrarnos a dividirnos —le explico—. Y podemos coger un avión para venir a verte —añado—. Hay gente que esta mañana se ha ido a trabajar, y hoy ya no regresará a su casa. ¿No merece la pena intentarlo?

Me sonríe un poco y después pone una mano en mi rodilla para darme un suave apretón.

—Lo hablaré con Jaxson —me dice—. ¿Qué te pasa a ti?

—Necesitaba quedarme con Alice. Creo que puedo ayudar más.

—No me creo eso.

—Me costaba ir a Los Angeles por el fuego. Me recuerda a cuando se quemó mi casa, a las familias que van a vivir un duelo muy doloroso y...

—No me creo eso tampoco.

Entonces sube su mano de mi rodilla a mi cabello y peina hacia atrás uno de mis mechones con suavidad.

—Sé que eso ha influido, pero no me lo creo —añade—. Siempre quieres ayudar y no es propio de ti quedarte en casa escondiéndote —defiende—. Además, pareces estar en dolor físico y te comportas de una forma extraña —sigue—. Caminas mal, pero hace unas horas lo hacías bien y no es porque te hayas quitado la bota ortopédica. Cuando te mueves frunces el cejo con dolor. Has entrado aquí y casi lo primero que has hecho ha sido buscarte una silla. Estás muy pálida. Y esta es tu casa siempre, pero es raro en ti que al poco de llegar quieras usar el baño.

Oh Dios.

—Yo también te conozco —defiende usando mis palabras de antes.

Y me causa una sonrisa, que seguramente se hace más grande cuando veo la suya.

—Esta mañana, cuando me he enterado de todo, me ha bajado el período —susurro—. Cada vez que...cada vez desde el aborto es horrible —le explico—. La doctora me dijo que era normal, pero ahora me duele muchísimo, realmente mucho, me mareo, sangro más y mentalmente es...

Baja su mano a mi rodilla de nuevo y me da otro apretón cuando mi voz se rompe.

—He pensado que quedándome en casa ayudaría más con Alice, y realmente no me veía capaz de subirme a un avión, irme allí, la policía, el fuego, todo... —enumero—. Ni me parecía apropiado quejarme o que alguien se preocupase cuando está ocurriendo lo que está ocurriendo.

—Y has venido hasta aquí —se lamenta y echa un suspiro.

—Tu marido me ha llamado.

—¿Por qué no me sorprende? —se pregunta—. ¿Te has tomado algo? ¿Podemos conseguirte lo que necesitas?

—Ha funcionado un rato —le explico.

—¿Por qué no subes arriba y te echas un rato tranquila?

—Tengo que irme a California. Si os podéis quedar con Alice, ya me hacéis un enorme favor.

—Eso no es un favor nunca, pero no estás en condiciones de irte si ya no has ido con ellos antes.

—Benedetta me ha llamado ahora. La señora Zuccarelli debería estar allí.

—De eso ya me encargo yo que suficiente tuve con lo que la señora Zuccarelli debería hacer —defiende—. Descansa un rato porque la extinción de ese incendio no depende de si estás en Oregon o en California.

—Quiero apoyar a Jax, y al resto. Que la policía esté implicada de nuevo es grave.

—Estoy segura de que Jaxson también prefiere que estés en casa descansando —defiende—. Porque Jaxson sabe que debes estar en casa descansando —añade—. Eleanor —me regaña suavemente.

—Algo me dice que tú hiciste algo parecido algún día.

—Eso no significa que me gusta que mi nieta cometa mis propios errores —defiende.

—Pero no puedes echarme la bronca —le recuerdo divertida.

—Soy tu abuela, por supuesto que puedo echarte la bronca —dice con orgullo—. Venga, sube arriba y descansa en alguna cama. Voy a buscarte algo fuerte. Si algo tenemos en esta casa es medicación fuerte.

—Gracias —le agradezco.

Se levanta de su silla entonces, pero yo me quedo en la mía. De hecho, no me voy de esta habitación. En cuanto veo un diván muy acolchado en la esquina junto al ventanal me acerco a él. Es de color verde oscuro, precioso, y es tan grande y tan cómodo como una cama individual. Además, puedo ver cómo llueve encima del lago y es muy relajante. Casi me cuesta mantener mis ojos abiertos. De hecho, cuando los abro de nuevo, sé que me he dormido y que Dona viene a regañarme porque no he ido a una cama. Pero veo demasiado negro.

—Hola, nena.

—Jax —susurro mientras se agacha frente a mí—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila —me calma acariciando mi antebrazo derecho.

—El incendio.

—No está extinguido todavía —me explica—. Pero creen que ya han evacuado a todo el mundo —añade—. Seis muertos por el momento —susurra después de unos segundos.

Por el momento.

—¿Cuánta gente que ha entrado y no ha salido? —le pregunto.

—Trece más —me responde.

Y me cuesta respirar haciendo los cálculos.

—Y... —añado—. Estás aquí —insisto.

—Sí, el inspector es un imbécil de mierda, todavía no pueden saber mucho porque los

bomberos siguen trabajando, prefiero no saber ni cómo estamos en bolsa, pero hemos llegado bien y de momento no hay nada más.

— ¿Habéis regresado todos ya? ¿Qué hora es?

—No, se han quedado.

Mi segunda pregunta queda sin respuesta y entonces él peina mi cabello suavemente.

— ¿Quién ha sido: Alessandro o Dona? —le pregunto.

—La nonna —me responde—. Pero él ya me había llamado antes —susurra—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Estoy bien.

—Nena, estás pálida y no te echas siestas a media mañana, especialmente con lo que está ocurriendo —defiende—. Lo siento, te he visto mal, pero no lo he relacionado con esto y te has adelantado cuatro días.

¿Qué?

—Tengo una aplicación en el móvil —me explica.

—Tienes una aplicación en el móvil para mi ciclo menstrual —repito para confirmar que lo he entendido bien.

—Sí —afirma—. No te asustes. Es porque sé que desde que perdimos al bebé lo pasas peor que antes y esa doctora te dijo que era normal, pero... —me explica—. No te enfades.

—No lo hago.

—Tienes esa mirada.

—La confundes con mi asombro —le corrijo—. No estoy enfadada.

— ¿No?

Alzo mi mano para tirar del cuello de su camisa para que se acerque. Prefiero besarle que usar mis palabras.

—Del uno al diez, ¿cuánto te duele? —me pregunta.

—Diez.

—Nena —protesta—. ¿Qué te has tomado? Voy a buscarte algo más fuerte.

—Placebo —le respondo—. No te rías —añado cuando veo su sonrisa—. Si me das algo fuerte para subir a un avión, podemos pedirselo a Ty y Madison cuando les veamos.

—Ele.

—Te necesitan en California —susurro—. Te agradezco no sabes cuánto que hayas venido, pero tienes que regresar. ¿Es seguro que Alice venga con nosotros?

—No, vamos a dejarla aquí. Es un caos, nena. ¿Estás segura?

—Sí, siento no haber venido antes, y no habértelo dicho.

—Realmente pensaba que querías quedarte por Alice, y porque Easton está rarísimo y sé que no es por lo de los helicópteros, o que querías venir aquí a tranquilizar a la nonna y tener tus charlitas con el nonno.

— ¿Celoso incluso ahora? —le pregunto divertida.

—Oh, disfruta que no veas llamándome para echarme la bronca por lo que sea —se burla.

— ¿Qué culpa tienes tú? —le correspondo riéndome un poco.

Y ya me siento mucho mejor.

.

CAPÍTULO 4

Me despierto desorientada, muy desorientada. Necesito varios minutos para reconocer que estoy en la casa del lago, en alguna de las habitaciones de arriba. Agradezco tener un baño cerca y veo rápidamente dónde está mi bolso y ropa limpia que no es mía. Creo que es de Lea, porque su talla es más parecida a la mía, y hoy la verdad es que agradezco ir de negro.

Me siento un poco mejor con este descanso, pero en cuanto me muevo más caminando hacia las escaleras noto el dolor otra vez. Es una pesadilla.

—No me puedo creer que Ele se esté perdiendo esto.

—Tranquilo, que esta vez lo estoy grabando —dice Lea.

—*Venga, cariño, ve con el nonno* —dice Dona.

Escucho los gritos de Alice entonces, pero mi hija parece feliz. Ahora tengo más curiosidad y casi me olvido del dolor para bajar las escaleras. No soy la única que intenta ver qué ocurre en el pasillo que va del recibidor a ese salón de la vitrina de las fotos. Lilian, la ama de llaves, y Enrico, uno de los fieles trabajadores de Alessandro y Dona, también espían un poco. Ambos me sonrían nerviosamente cuando notan mi presencia, y entonces lo veo.

Jaxson está apoyado contra la pared, Lea a su lado graba con su móvil, Dona la da la mano a Alice y Alice camina con su apoyo hacia Alessandro, quien la espera en el otro lado del pasillo agachado en cuclillas. Evidentemente Mephisto no se pierde esto tampoco.

Alice está caminando.

—Ele, nena —me llama Jaxson—. Mira.

Lo veo. Alice está caminando. Lo hace con el apoyo de Dona porque le da la mano, ahora ambas, pero camina hacia Alessandro. Sus pasos son torpes, pero consigue cruzar el pasillo hasta que se va contenta con su bisabuelo.

—*Chica, no te lances así que vas a romperte los dientes.*

Alice le abraza feliz. Después se gira y alza su mano hacia Dona.

—*¿Otra vez?* —le pregunta Dona—. *¿Vamos a buscar a papà?* —le propone—. *Oh, mira, tu mamma está aquí también. Llámala.*

—Mamma.

Dona no hace falta que se lo repita, mi hija me llama mientras *camina hacia mí*. Es surrealista.

—*¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?* —pregunto con pánico.

—*Esta niña va a ser un terremoto* —dice Alessandro riéndose mientras se incorpora—. *Casi sin gatear y ahora directa a caminar. En cuanto regreséis de Los Angeles va a estar correteando por aquí ella sola ya.*

—*Muchas gracias por la delicadeza que te caracteriza y por dejarle tiempo a mi mujer para procesar esto* —agradece Jaxson con mucho sarcasmo.

—*¿Has empezado a caminar ya?* —le pregunto a mi hija.

Ella manosea mi cara con sus manos un poco antes de alzar su pequeña mano derecha hacia Dona de nuevo.

—*Camina con tu mamma, cariño* —le dice Dona.

Bajo a Alice al suelo y le doy mi mano, pero casi cae de bruces porque lo que ella quiere es darle la mano a su bisabuela. No me molesta en absoluto el rechazo, o que Dona no pueda esconder muy bien su felicidad.

—*Vamos a buscar al nonno otra vez, entonces* —le propone Dona—. *Venga, llámale. Nonno.*

—O-o —repite Alice.

—*Eso es, tartaruga. Ven hacia aquí* —le invita Alessandro agachándose de nuevo.

—¿Estás bien? —me pregunta Jaxson acercándose a mi lado.

—¿Tú?

Para Alice, pronunciar “papà” es complicado fonéticamente, pero ya dice algunas palabras y si no lo hace con claridad es evidente que se refiere a eso. No solo me llama a mí ya, también está la nonna y ahora el nonno.

—¡ME! —grita mi hija.

Me olvidaba de Mephisto, por supuesto.

—*Con cuidado, no seas bruta* —le instruye Dona—. *Acaríciala con cuidado.*

—Sé que la dejáis aquí con nosotros por el motivo que la dejáis —nos dice Lea entonces a Jaxson y a mí—. Pero a ellos dos les va a dar años de vida tenerle aquí.

—No quiero que se cansen, especialmente la nonna —le dice Jaxson.

—Me ofende que creas que voy a dejarles solos mientras tomo el sol en el jardín —le replica Lea con una sonrisa.

—Puedes hacerlo si quieres, pero la previsión es que llueva hasta el viernes —le molesta Jaxson y ella se ríe.

Es difícil despedirse de Alice, también por el motivo en el que lo hacemos, pero hay algo evidente y es que mi hija está muy feliz y va a estarlo también mientras esté en esta casa con todos ellos.

—¿Qué problemas vamos a tener porque yo me he quedado en casa y tú has venido a buscarme? —le pregunto a Jaxson mientras Enrico nos lleva al aeropuerto.

—No le des importancia. Hay cosas bastante más graves ahora mismo. Y por lo visto, la nonna y Elda Campanaro están trabajando en algo. La nonna quiere aprovecharse del maldito cáncer para decir que no estaba bien y que eso no se detiene cuando ocurren otras desgracias —me explica—. La visita de Elda ayuda en eso y nosotros nos hemos dividido porque no todos somos necesarios en California.

—Elda Campanaro es interesante cuando está sola con tu abuela —le explico y sonrío.

—Esa mujer era un peligro cuando era joven y ahora sigue siéndolo —defiende con una sonrisa.

Lo tengo en mi lengua ya, pero me la muerdo. No me encuentro muy bien todavía y ver el jet privado me da vértigo y náuseas también.

—Puedes tomarte algo —insiste Jaxson mientras me acomodo en un sillón del avión un rato más tarde.

—Es un vuelo corto, y prefiero quedarme con lo que me den Tyler o Madison —le explico.

Entonces alzo el mando de la tele apuntando a la pantalla y cobra vida. En pocos instantes encuentro un canal de noticias.

En torno a las ocho de la mañana, hora del pacífico, los bomberos de Los Angeles han recibido la primera alerta de este aparatoso incendio en Downtown Los Angeles. Es la Zuccarelli Tower, con veinticinco plantas de oficinas.

Las causas del incendio se desconocen por el momento. Los equipos de emergencia están trabajando en condiciones de extrema dificultad, dada la intensidad, el tamaño y la extensión de las llamas, además de la altura del edificio. El fuego ha calcinado ya muchas de las plantas de la parte baja del edificio y ha provocado la caída de fragmentos de la fachada.

Los ocupantes de los edificios colindantes también han sido desalojados. Muchas de las

personas evacuadas de la Zuccarelli Tower presentaban síntomas de intoxicación por inhalación de humo según los equipos de emergencia, algunas con heridas de diversa consideración. Todavía se desconoce si hay víctimas mortales.

Jaxson me quita el mando de las manos y apaga el televisor. Después coge dos botellas de agua antes de sentarse a mi lado y en pocos minutos el avión se mueve por la pista. El despegue es horrible, pero un dolor me distrae de otro, así que algo es algo.

—Jax —le llamo en cuanto sobrevolamos unas cuantas nubes ya.

—Dime —me responde alejando su mirada de su móvil.

—Elda Campanaro no ha venido solo para saber cómo estaba tu abuela con todo el revuelo —le explico—. ¿Me acercas mi bolso, por favor? —le pido señalando el sillón que está al otro lado de la mesa.

Lo hace entonces y mira el portafolios blanco cuando se lo entrego.

—Hay un ensayo clínico en Boston. Cree que Dona podría ser una buena candidata, conoce al equipo y hay la posibilidad de que tu abuela forme parte de ello. Acordaron que nos lo dirían después de la *Incoronazione*, pero previsiblemente Elda no ha confiado en que tu abuela lo hiciese.

—Conozco esto —me susurra mirando el portafolios.

—Creo que quiere ir —le explico—. Pero no va a ser ella quien lo pida, especialmente ahora. Y lo siento porque sé que tenemos suficiente, pero empieza en abril —añado.

—Y me vendrá bien la distracción un rato —reflexiona y alza el portafolios mirándolo fijamente.

Después me da un beso rápido en mi mejilla y busco el apoyo de su hombro derecho. Me lo lee todo. La verdad es que volar me da miedo, pero incluso cuando solo entiendo la mitad de lo que lee Jaxson, lo que sí comprendo me aterra. Así que, como persona que realmente no entiende de estas cosas, solo me queda confiar en que ese faro especial le dé fuerzas a Dona una vez más.

CAPÍTULO 5

El largo y amplio pasillo de esta planta brilla muchísimo. Lo hace por las baldosas blancas iluminadas por las luces indirectas que hay en el techo. El pasillo está dividido en arcos dorados, que también resplandecen, y bajo uno de ellos veo a Jaxson hablando animadamente con un señor altísimo y una mujer de mediana edad que sostiene un maletín negro que parece pesado. El grupo de personas con trajes, corbatas, faldas lápiz, camisas y salones formales está formado por una docena de personas.

—Jamás hubiese podido ser uno de estos.

Madison se acomoda a mi lado en el banco acolchado beige y entonces me da una taza.

—Abogados —añade con desprecio—. Ni siquiera me fío de los nuestros.

Eso es realmente un problema, entonces. Porque les necesitamos. Jaxson ha llamado a toda esta gente, quienes ni siquiera pertenecen al mismo bufete de abogados, y han venido desde diversas partes del país. Sé que ahora mismo hay una mujer sobrevolando el Atlántico porque estaba de vacaciones en Europa y está regresando por lo ocurrido.

— ¿Todos pertenecen a las familias? —le pregunto.

—Sí —afirma—. Zucca se fiaría menos si no lo fuesen.

— ¿Hay Patricelli? —añado en un susurro.

—El calvo con el que habla tu marido ahora —me responde en voz baja—. Y la mujer de la camisa roja.

Alzo mi taza para tomar un sorbo de lo que me ha traído, pero me detengo cuando huelo el estridente olor de medicamento y ella me sonrío un poco.

—Desgraciadamente, que te vean tomarte una pastilla no nos ayudaría —me explica y rueda sus ojos—. Y están vigilándote.

—Entonces ir en mallas negras, zapatillas y una sudadera de Jaxson no me ayuda mucho tampoco —susurro y doy un trago a la asquerosa bebida—. Gracias.

—Mi hermano ciertamente no lo aprobaría —defiende—. Pero que hayas venido con lo primero que te has puesto porque en la ropa es en lo último que piensas hoy también nos ayuda —añade—. No eres Zucca, o Letta.

Jaxson sigue en su traje, y Violet va igual de formal que él. No es el caso de Madison, porque ella va en vaqueros y un jersey de algodón simple. Brayden y Tyler hablan animadamente frente a nosotras, en el otro lado del pasillo, y ninguno de los dos ha hecho el esfuerzo de ponerse una camisa como Jaxson. Sé que ambos intentan evitarlo si pueden, pero también lo hacen cuando es necesario. Por lo que...

— ¿Dónde está Grayson?

Hace un buen rato que Jaxson y yo hemos llegado a este hotel en Downtown Los Angeles. Llegar hasta aquí ha sido complicado. El tráfico aéreo está cerrado para no molestar a los equipos de emergencias, aunque las cadenas televisivas sí pueden hacerlo, y el tráfico por carretera en esta ciudad es ampliamente conocido como caótico. Jaxson estaba muy feliz en el coche.

Estamos en el *Atlantis Summit Hotel* por dos motivos: pertenece al grupo de *Zuccarelli International*, y es el más cercano que tenemos de la torre Zuccarelli. Varias manzanas de Downtown LA han sido evacuadas y naturalmente no hay forma de acercarse más a la torre. Pero necesitamos estar cerca y en un sitio seguro sin molestar, por lo que estamos aquí. Todos menos Grayson, porque no le he visto todavía.

—En una habitación, buscando una casa —me explica Madison.

— ¿Qué habitación? —le pregunto—. ¿Qué casa? —añado enseguida.

—Necesitamos un sitio para quedarnos —me responde—. No creo que nos vayamos a casa en unos días. Hay que gestionar esto desde aquí.

—Y pensaba que nos quedábamos precisamente aquí —le digo con confusión.

—Estamos en una torre —me susurra.

Oh. Por supuesto.

—Siempre que hemos venido aquí nos quedábamos en la torre —me explica—. O sino en alguna de las casas en Malibu, y en Paradise Cove creo que tenemos alguna también —añade—. Siempre cerca de la playa, ya que no podemos en casa. Hace unas semanas estuvimos entre la torre y una casa en Malibu.

— ¿Vamos a quedarnos en una casa en Malibu? —pregunto sorprendida.

—Por eso mismo no iremos —defiende con una sonrisa—. El edificio sigue en llamas, hay gente que ha muerto, la policía de por medio, el caos generalizado en la empresa, ¿y nosotros gestionamos esto desde una mansión en Malibu? —añade con ironía—. Aunque tu marido preferiría eso.

—Privacidad —adivino.

—Y con su helicóptero para ahorrarse el horrible tráfico y que le lleve de la casa hasta aquí sin agobios —añade y rueda sus ojos—. Obviamente ahora no puede hacer eso, así que Grayson está buscando una casa. Tiene que estar cerca, tiene que ser grande, pero no puede ser demasiado grande...

—Ya —susurro.

— ¿Quieres que vayamos a buscarle? —me pregunta—. Así descansas un rato.

—Estoy bien —le aseguro—. Pero sí, vamos si quieres. ¿Es buena idea?

—No voy a acercarme mucho a eso —me explica divertida.

— ¿A dónde vais? —pregunta Brayden en cuanto ve que nos incorporamos.

—A buscar a Grayson —le responde Madison.

—Vamos —se apunta Brayden enseguida.

— ¿Podemos hacer algo? —pregunto.

—Nada —me responde—. ¿Estás bien, Len? —añade—. No tienes buena cara.

—Podría haber traído a Alice —me dice Tyler mientras caminamos por el pasillo.

Me giro brevemente, y me imaginaba que me encontraría con la mirada de Jaxson. Le asiento en un gesto rápido y después sigo a mis hermanos porque no sé a dónde voy.

—Está más tranquila en casa —explico.

Aunque ya me arrepiento de no estar con ella, especialmente porque es su cumpleaños. Sé que con todo lo que está pasando, estar triste por no celebrar su cumpleaños en casa tranquilos es de lo más hipócrita. Sé que ella está bien y que nosotros debemos estar aquí. Un buen recordatorio de ello es entrar en la habitación donde está Grayson y ni siquiera verle a él porque la columna de humo que ocupa parte del ventanal es lo único que veo.

Downtown Los Angeles está gris porque uno de sus rascacielos está en llamas. Ahora mismo, el fuego se ha extendido por todo el edificio. Se está quemando todo. Así que no celebrar el cumpleaños de Alice, o esta bonita suite presidencial a la que ni siquiera echo un vistazo, no son importantes. Tyler, Brayden, Madison y yo avanzamos por el pasillo de la habitación hasta que estamos los cuatro frente al enorme ventanal. Las vistas de la ciudad son espectaculares, pero todos tenemos nuestras miradas en lo mismo. Es horroroso.

— ¿Grayson? —le llama Tyler.

—Aquí.

Giro mi cabeza, pero todavía no le veo.

—A vuestra izquierda —añade Grayson—. Girad la esquina.

Camino por la habitación y paso junto a un sofá semicircular negro, un sillón color hueso, y varios muebles de madera oscura. Cuando llego a la esquina, veo un arco de madera separador. Grayson está sentado en un sillón de escritorio color hueso, tiene la mesa llena y está frente a un enorme ventanal con otras vistas de la ciudad.

—No me concentraba viéndolo constantemente —me explica mientras deja el iPad en la mesa.

—Hola —le saludo y le doy un suave apretón en su hombro derecho.

—Hola, E —me corresponde y se agarra a mi mano—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿tú?

—Sabes que casi nunca apruebo que vistas con estas mallas tan antiestéticas —defiende y me causa una sonrisa—. Aunque que lleves la sudadera de tu marido es casi adorable —añade y mi sonrisa se expande—. Pero siempre estás guapa, y ahora mismo no te ves muy bien.

—Me ha bajado la regla, duele, emocionalmente casi más por los recuerdos, pero no parece apropiado convertirlo en un problema hoy, y quedarse con Alice me parecía una forma útil de ayudar.

—Tú y sentirte útil —protesta en un susurro y aleja un poco la silla—. Lo siento —añade con dulzura.

—Me han dicho que estás buscando una casa —le explico y resopla—. ¿Qué?

—No me parece apropiado quejarme porque mi problema es que una casa con cinco habitaciones, jacuzzi, sala de cine y garaje para tres coches no sea lo que busquemos —me explica imitando mis palabras y desbloquea su iPad.

— ¿Puedo ayudar en algo?

—Puedes calmar a tu marido cuando le explique que creo que he encontrado la indicada.

— ¿De qué tengo que distraerle? —le pregunto.

—Vecinos —me explica y se ríe un poco.

Después se incorpora, aunque agacha su cabeza para darme un suave beso.

—Te quiero —susurra.

—Yo también, G —le correspondo agradecida.

Más allá de esta pequeña oficina, hay otro arco y veo una habitación limpia, con mucha luz, en tonos beige y madera clara. Pero sigo a Grayson de regreso con el resto, aunque no están acomodados en el sofá negro. Lo están en otro en color beige frente a una enorme pantalla de televisión colgada en la pared de imitación de este tono suave de madera. Y ahora veo el edificio en llamas por el ventanal, y por la tele.

Imágenes en directo desde Downtown Los Angeles. La torre Zuccarelli sigue ardiendo en un incendio que todavía no está controlado. Son las doce del mediodía aquí en Los Angeles y el incendio ha estado activo desde hace cuatro horas. Las autoridades han confirmado que hay varias personas siendo tratadas por heridas y por el momento todavía no hay una cifra de víctimas mortales confirmada, aunque es probable que ya sean cinco.

—Seis —susurra Madison corrigiendo al reportero—. Ya tenemos filtraciones —se queja.

—Toma —le dice Grayson a Brayden entregándole el iPad—. Creo que he encontrado la casa. Si no te parece buena, avísame y te doy otra. Tienes mis notas aquí también.

No nos hace ningún bien sentarnos frente a la tele y ver una y otra vez las imágenes mientras

escuchamos la misma información y las teorías de los reporteros. Pero es lo único que podemos hacer: esperar. Brayden confirma que la casa que ha encontrado Grayson es una buena opción y en cuanto él ya ha hecho las comprobaciones necesarias, regresa con nosotros. Así estamos cuando Jaxson, Violet y Elise entran en la habitación.

— ¿Cómo ha ido? —pregunta Madison enseguida.

—No me fío ni de nuestros propios abogados —le responde Violet y la morena resopla.

—Elise, tenemos la casa donde podemos quedarnos —le explica Brayden y le da el iPad.

— ¿Dónde? —pregunta Jaxson.

Pero Brayden le entrega el iPad a Elise y no a Jaxson. Ella se ve visiblemente incómoda, por su lealtad a Jaxson obviamente, y finalmente deja que él eche un vistazo a la pantalla.

—Es una broma —le dice Jaxson a Grayson.

—Es lo mejor ahora mismo. Y no te pongas así porque no nos vamos a una cueva.

—Vecinos —protesta Jaxson como había previsto Grayson—. No es el momento de tener vecinos.

—Es el momento de estar a quince minutos de aquí y no en una mansión en Malibu con playa privada —le replica Grayson.

Jaxson le devuelve el iPad a Elise, y después rápidamente viene a sentarse a mi lado. Me da un apretón con su mano en la mía diciéndome mucho, y le sonrío antes de que él frote su cabeza con ambas de sus manos. Es increíble lo rápido que le crece el cabello teniendo en cuenta que casi se rapó al cero en Nueva York. O que empiece a echar de menos un corte que en principio no me gustaba.

— ¿Hay alguna novedad? —pregunta Tyler.

—Seis personas han fallecido —explica Violet y se sienta en el sofá junto a Brayden.

El apoyo físico de Brayden es instantáneo y ella le sonrío antes de continuar.

—Treinta y cinco con heridas leves, diez en condición crítica y uno de ellos entre la vida y la muerte ahora mismo.

Nadie puede decir nada por unos segundos, pensando en todos ellos.

— ¿Y los cuatro sospechosos? —pregunta Tyler valiente como siempre.

—Desaparecidos —le confirma su hermana.

—Si no les encontramos antes que la policía, estamos jodidos —susurra Grayson—. Y además les necesitamos porque ahora mismo son los únicos que pueden llevarnos hasta quien sea que les ha encargado...

El móvil de Elise interrumpe las palabras de Grayson, y ella como siempre se disculpa por ello antes de contestar. En pocos instantes, se acerca a Jaxson.

—Es el jefe Sanders, señor —le explica—. Quiere hablar con usted. Va a realizar una comparecencia ante los medios.

Jaxson resopla y se levanta del sofá. Enseguida le agradece la ayuda a Elise antes de acercarse al ventanal. Es evidente que pierde varios segundos antes de dejar el móvil en la repisa del ventanal y atender la llamada.

—Jefe Sanders —saluda—. Jaxson Zuccarelli —añade.

—Señor Zuccarelli —le corresponde una voz grave que no resulta familiar—. Le llamo para informarle que yo mismo voy a dar un comunicado frente a los medios.

—Muchas gracias por hacérmelo saber. ¿Qué novedades hay?

—Seis fallecidos, treinta y cinco heridos leves, diez en condición crítica, y se espera que la cifra en todos los casos pueda aumentar porque los equipos de emergencia siguen trabajando en las labores de rescate.

— ¿Qué puedo hacer para ayudar? —le pregunta Jaxson—. Tengo entendido que han recibido correctamente las grabaciones de las cámaras de seguridad —añade—. Si necesitan algo más, se lo facilitaremos, por supuesto.

—Muchas gracias —corresponde y noto el tono de voz cortante—. Estamos trabajando también con la lista de personas presentes en el momento del inicio del incendio, y en instantes cercanos. Hay cuatro trabajadores del edificio que, de acuerdo con las grabaciones, son los causantes del incendio, y ninguno de los cuatro ha podido ser localizado todavía porque han abandonado el edificio antes de que la alarma de incendios se activase incluso.

—Mi equipo de seguridad me lo ha comentado, sí. Espero que estén facilitándoles toda la información que tenemos sobre estas cuatro personas.

— ¿Hay algo más que desee comentarme, o aportarnos, señor Zuccarelli?

—Le pido disculpas, jefe Sanders, pero no entiendo muy bien a qué se refiere. Hemos aportado todo lo que tenemos y ofrecido recursos privados de mi empresa para ayudar a los equipos de emergencia o a quienes sean que lo necesiten.

—Su actitud proactiva es una gran ayuda, señor, pero ahora que sabemos que este incidente ha sido provocado, como comprenderá, necesitamos que ofrezca y explique todo lo que tiene. También voy a pedirle que no abandone Los Angeles porque necesitaremos hablar con usted, y me gusta más hacerlo a la forma tradicional y no a través de una pantalla.

—Voy a quedarme aquí, voy a facilitarle mi residencia temporal en cuanto lo tenga arreglado, y por supuesto voy a ayudar en todo lo que sea —defiende Jaxson—. No tengo ningún problema en que contacte conmigo por llamada, o de encontrarnos personalmente. Mi equipo legal y el resto de mi equipo le pondrá en contacto conmigo cuando lo necesite, como ya ha podido comprobar.

—Estaremos en contacto, señor Zuccarelli.

—Siempre a su disposición, jefe Sanders. Muchas gracias por su trabajo.

Jaxson cuelga esa llamada con rabia. Después le devuelve el móvil a Elise y ella le mira esperando órdenes, tan preocupada como nosotros.

— ¿Soy yo el único que cree que este tío tiene un problema personal contigo? —pregunta Tyler.

— ¿De qué te conoce? —le pregunta Grayson a Jaxson—. Además de la tele.

—No le he visto en mi vida —le explica Jaxson con rabia—. Ya han hecho un primer informe y no hay nada que me parezca raro.

—Ya te está culpando de todo esto —dice Tyler—. Que sean trabajadores de empresas tuyas, que ni siquiera diriges tú, no significa que tú seas culpable de esto. Al contrario, eres posible víctima.

—Y que tengas dinero para protegerte no significa que puedan no ofrecerte ayuda —le dice Madison.

— ¿Quién es? —le pido a Jaxson.

—Jack Sanders, jefe de la policía en LAPD —me explica—. Del equipo policial de Los Angeles, el que está en la cima.

—Y el que sale en la tele ahora —susurra Brayden—. Voy a meterles prisa a los equipos —añade levantándose del sofá.

Él no se queda para ver la rueda de prensa, nosotros nos acomodamos y Grayson sube el volumen de la tele. El jefe de policía Jack Sanders se ve un hombre grande, robusto, y espera pacientemente frente a unos cuantos micrófonos. Su cabello es blanco, con una entrada pronunciada en su frente. Sus cejas pobladas y oscuras contrastan con su cabello, y también lo

hacen sus ojos. Viste impecablemente el uniforme negro con todas las insignias variadas, mayormente en dorado. Alza una mano, la derecha, para retocar un poco su corbata y acariciar su corto y grueso bigote oscuro antes de empezar a hablar.

Un poco antes de las ocho de la mañana, la estación central del cuerpo de bomberos de Los Angeles ha recibido el primer aviso de fuego en la torre Zuccarelli. Desde entonces, ha habido una respuesta continua por parte de los equipos de emergencia, principalmente por el cuerpo de bomberos de Los Angeles, pero evidentemente con todos los equipos de emergencia locales y de la zona también involucrados.

Trágicamente, puedo confirmar que al menos seis personas han muerto. Los equipos médicos han confirmado también que treinta y cinco personas han recibido tratamiento médico con heridas leves y diez más están en estado crítico ahora mismo.

El proceso de evacuación y rescate de víctimas está siendo muy largo por la complejidad de acceso al edificio, y lamentablemente se espera que el número de víctimas aumente en las próximas horas a medida que el proceso de extracción avance.

Como todos ustedes pueden imaginar, mis pensamientos y los de todos los compañeros de los equipos de emergencia y respuesta de la ciudad de Los Angeles, y de toda la comunidad, están con todos aquellos afectados por este devastador incendio. Puedo confirmarles también que la investigación está oficialmente abierta y que estos hechos no quedarán impunes. Muchas gracias a todos por su atención.

Confirmando que es un hombre grande cuando se aleja y las cámaras le siguen. No va a contestar a ninguna pregunta, pero los periodistas naturalmente se las hacen y él impasiblemente se va hacia una carpa de los equipos de emergencia.

—Este hombre no me transmite nada bueno —susurra Grayson mirando la pantalla todavía.

—A mí tampoco —le explica Violet—. Y tendrías que verle en persona. Es todavía más insoportable.

Busco a Jaxson entonces. Tiene sus brazos cruzados y mira fijamente su reloj. Nuevamente es el móvil de Elise quien interrumpe este silencio.

—White 320 —contesta en voz baja.

Se aleja hacia el pasillo para encargarse de lo que tenga que hacer como siempre, pero cuando se detiene me asusto. También veo la mirada que le da a Jaxson. Le dice algo más con sus ojos que no comprendo, pero sé que ocurre algo.

—Súbalo en cuanto sea seguro, por favor —pide—. Y asegúrense bien, por favor.

—¿Qué ocurre, Elise? —le pregunta Tyler con la preocupación que tenemos todos.

Tampoco nos tranquiliza en absoluto que Brayden regrese con nosotros, con pasos acelerados y como si ocurriese algo realmente malo. Otra vez hay esa mirada con Jaxson.

—Elise —le llama Jaxson con impaciencia.

—Ha llegado una carta a su nombre, señor —explica Elise—. Ha sido entregada en mano por un mensajero y destaca esencialmente porque presenta un formato algo diferente a cualquier carta.

—Detalles, por favor —le pide Jaxson.

—Me han mandado una foto —interviene Brayden—. Parece una carta antigua, de esas con un sello de cera.

—No es lo usual en estos días, pero hemos recibido unas cuantas con los regalos de Alice —le recuerda Jaxson—. ¿Qué tiene esta de especial?

—Que el sello tiene una P —le responde Brayden—. Y en el sobre hay el escudo de los Patricelli.

Definitivamente no es una carta cualquiera. Creo que ninguno de los que estamos en el sofá puede evitar incorporarse para acercarse a la carta que nos traen en unos minutos. Somos unos cuantos, por lo que es más fácil ponernos alrededor de una mesa y dejar que Jaxson manipule el sobre. Se han asegurado de que puede hacerlo y no me extraña que la llegada de esta carta haya generado interés.

El sobre parece viejo, de ese tono amarillento. Tiene un sello, que parece antiguo también. El nombre del destinatario, que es Jaxson, está escrito en una letra cursiva que cuesta de comprender, en un estilo como el resto. Pero mi mirada se va rápidamente a la esquina superior izquierda, porque el escudo de los Patricelli es fácilmente reconocible.

Cuando Jaxson le da la vuelta al sobre, compruebo con alivio que el sello de cera ya ha sido partido porque alguien ya ha revisado esta carta. Jaxson saca un papel que parece tan antiguo como el resto. La letra de su interior ciertamente es tan ilegible como la del destinatario del sobre.

California
20 de marzo de 2017

Muy honorable señor mío:

Entre las muchas y repetidas enhorabuenas que no dudo recibirá Ud. con motivo del primer cumpleaños de su hija, le suplico que acepte esta mi felicitación, nacida únicamente de la admiración y el afecto que siempre le he tenido.

Bendiga Dios su persona para que por numerosos años pueda Ud. disfrutar de este glorioso día en compañía de su amada esposa, familia, y demás personas de su afecto. Espero que reciba con aceptación mi presente, cuya intención no puede ser otra que una pequeña muestra de mi sincera lealtad hacia su persona.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

- ¿Qué cojones es esto? —se pregunta Madison.
- El regreso al siglo XIV, aparentemente —susurra Brayden a su lado.
- ¿La Orden de los Patricelli? —se pregunta Tyler y mira a su hermana—. ¿Sabes de qué va esto?
- No tengo ni idea —le responde Violet.
- Creo que después de eso todos hacemos lo mismo y miramos a Jaxson. Él, sin embargo, está muy concentrado en la carta todavía y tarda unos segundos en notar nuestra atención.
- Jamás había escuchado esto —nos explica—. O sabía que existía algo...
- Orden de los Patricelli —susurra Madison todavía con incredulidad.
- ¿Me lo dejas, Zucca, por favor? —pide Grayson entonces.
- Recibe el sobre y la carta enseguida. Los estudia por varios minutos y yo lo hago con él. Tiene la misma curiosidad que nosotros, pero lo mira como si supiese algo más.
- ¿Tú sabes algo de esto? —le pregunta Madison y ahora su desconcierto es por otro motivo.
- No —rechaza Grayson todavía fijándose en el sobre, ahora con el ceño fruncido.
- ¿Qué te pasa por la cabeza entonces? —le pregunta Brayden.

— El poco rigor histórico que tienen para aparentar lo que no son —le responde Grayson y entonces nos mira a nosotros—. Están imitando una Orden de Caballería. Lo único que han conservado son las referencias católicas.

— ¿Qué? —le pregunta Tyler desconcertado también.

— Las Órdenes de Caballería se crearon en Europa occidental durante la Edad Media —nos explica Grayson—. En ese entonces la Iglesia Católica impulsó ciertas campañas militares para defender lo que ellos defienden como Tierra Santa y para divulgar la fe cristiana.

— Las Cruzadas —susurra Brayden.

— Exacto —afirma Grayson—. Y fueron un fracaso. Por lo que los nobles feudales crearon las Órdenes de Caballería como una imitación, y le añadieron los valores y los ritos ceremoniales de los caballeros, que eso espero que sí que lo conozcáis.

— Sí —defiende Madison enseguida.

— Estás Órdenes de Caballería tienen un ritual y un significado simbólico que es diferente entre ellas, pero que básicamente reconoce a los caballeros como hombres destacados de honor, por sus valores tanto en la guerra como en su fe católica —sigue Grayson—. Hoy en día siguen existiendo, aunque los caballeros son nombrados caballeros por otro tipo de méritos algo diferente.

— ¿Los Patricelli siguen en el siglo XIV entonces? —pregunta Madison.

— Técnicamente, son anteriores a... —le corrige Grayson, aunque se detiene enseguida—. Están imitándolo. Tendremos que investigar más, pero si nadie sabía que esta Orden existía...El sobre, el papel, hasta creo que está escrito en pluma de verdad o este vocabulario formal son básicamente imitaciones.

— Deja la clase de historia para más tarde y desarrolla esta teoría —le pide Jaxson rápidamente—. Por favor —añade cuando ve que Grayson alza una ceja por él.

— Como todo caballero, el respeto mutuo es algo que casi se da por hecho —explica Grayson—. Esta carta no tiene ese tono. Quien sea que es acaba de decirte que esto es obra suya —añade y señala le enorme ventana y, en concreto, el edificio en llamas—. Y no hay concordancia el cuerpo del texto y el firmante de este.

— Y ahora clase de lengua —susurra Madison—. Lo siento, lo siento.

— La carta está firmada por esta Orden de los Patricelli —explica Grayson—. Eso sería posible, si fuese una petición de algo, una invitación, un...me entendéis —añade—. Pero el cuerpo de la carta está en primera persona.

— No creo que nos hagan el favor de firmar con su nombre—defiende Tyler.

— Pero es un error histórico —defiende Grayson—. Otro más. La fecha está escrita en números, y no debería ser así tampoco. Y California es muy amplio como anotación de lugar.

— Entonces son Patricelli, o pretenden serlo, quieren imitar a una Orden de Caballería de la Edad Media en Europa, pero no lo hacen muy bien —defiende Violet—. Eso sí, sí son buenos en crear un incendio horroroso en un edificio.

— Mis teorías —recuerda Grayson y le entrega el sobre y la carta a Jaxson—. Aunque si no existe esta Orden de los Patricelli, es probable que quien sea que está fingiendo esto no se haya dignado ni a informarse apropiadamente.

— Así que ese libro carísimo que retuvieron en la aduana, que tuvo que venir con esa caja especial, el que casi tuve que coger un avión para ir personalmente a buscarlo, sirvió de algo —susurra Jaxson entonces y escucho enseguida la suave risa de Grayson.

— Te lo he dicho muchas veces, Zucca: invierto bien tu dinero —le explica Grayson y pone sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Mimado —se burla Tyler.

—Elise —le llama Jaxson incorporándose de su silla y ella rápidamente se acerca más a él—. Dile a Easton que quiero cinco líneas de investigación. El inspector Sanders y el cuerpo policial entero de Los Angeles. Los cuatro trabajadores y su entorno. Cualquier Patricelli que se salga de la línea de lo normal. Y esta Orden de los Patricelli o algo parecido.

—Por supuesto, señor —le confirma Elise.

—¿Puedo quedarme con tu iPad, por favor? —le pide Jaxson y ella se lo da—. Gracias.

Después pasa junto al resto del mobiliario para ir a la esquina. Cuando desaparece de mi vista, escucho una puerta, así que previsiblemente se ha encerrado en la habitación.

—¿Cuál es la quinta línea? —se pregunta Tyler.

—Encontrar a Vittoria Milazzo —le respondo y me miran enseguida—. Incluso con todo esto, también va a encontrar tiempo para buscarla.

Su madre biológica.

CAPÍTULO 6

Aunque técnicamente en casa el cae el sol media hora más tarde que en Los Angeles, allí la mayoría de los días oscurece enseguida por las nubes, la lluvia o el mal tiempo en general. Aquí a media tarde el sol resplandece, incluso si ya está descendiendo en el cielo. Eso hace que las calles ajardinadas, con árboles impresionantemente enormes, en su mayoría palmeras, se vean de varios tonos verdes y muy brillantes. Cuando Elise hace girar el coche, Jaxson visiblemente resopla. Echo un vistazo a Grayson a mi lado y pone sus ojos en blanco. Violet tampoco parece descontenta con las vistas, y lo observa todo.

Hay coches aparcados en la calle. Otros están frente a las casas. Hay jardines delanteros vallados con setos, mientras que otros tienen espacios abiertos y cuidados. Algunos vecinos ya han sacado los cubos de la basura. Otros no parecen estar en casa. Veo recordatorios en señales viarias una y otra vez de que este es un espacio residencial, por lo que debemos respetar la velocidad moderada. Por si acaso, hay enormes badenes y este no es el primero que nos encontramos. La verdad es que los necesitan. Veo dos ancianas caminando a marcha rápida por la cuidada acera. Los tres adolescentes que van en bicicleta no tienen prisa alguna. Y los niños que ayudan a su madre a limpiar el coche parecen estar divirtiéndose.

—No te quejes —avisa Grayson a Jaxson.

—No he dicho nada —susurra Jaxson.

—Es una casa valorada en casi seis millones de dólares, Zucca —le explica Violet—. Estamos en uno de los mejores barrios de Los Angeles.

—Vecinos, falta de privacidad, y ahora mismo puedo decir que estos están viendo la tele —añade Jaxson mirando por la ventanilla y señala la casa color yema que dejamos atrás.

Crecí en un barrio muy parecido a este. Quizás las casas no eran tan grandes, pero era esto. Algunos vecinos querían tener más privacidad, otros cuidaban mejor su césped, otros preferían tener un bonito mosaico con piedras, casas más grandes o más pequeñas, más modernas o más antiguas, pero era esto. Los niños jugando, los vecinos saludándose cuando aparcaban el coche, y también criticar la decoración navideña para decidir qué casa era la más horterá. Me gusta este sitio instantáneamente.

Es evidente que Jaxson no comparte el sentimiento. Especialmente cuando Elise gira el volante y subimos a la acera. No avanzamos mucho más antes de que aparque detrás de un coche idéntico al nuestro. Junto a este camino de entrada, está el de la casa vecina.

—No te quejes más —le dice Grayson a Jaxson—. Y deja de agobiarte por los vecinos, porque como mínimo, conocemos a dos y gracias a ellos tenemos esta casa hoy.

— ¡Bri!

El grito de Violet me sorprende, aunque sé que nuestra nueva vecina es una gran amiga suya. A pesar de que Jaxson no esté entusiasmado, Violet está feliz con nuestra residencia temporal en esta ciudad. Mi hermana baja del coche con alegría y no pierde el tiempo observando el entorno como yo. Se dirige a la casa vecina, y no le da un fuerte abrazo a Brayden cuando le ve, porque abraza a una chica alta, con ondas oscuras que se mueven mientras las dos se abrazan con fuerza.

Brina Varallo. Bueno, Sabrina Varallo, pero todos hablan de ella como Brina. A ella no la conozco todavía, pero sí a su madre y a su padre. Arianna y Fabio Varallo estuvieron anoche en la fiesta de Alice, y también vinieron al falso funeral de la zia. Arianna y Violetta Patricelli eran buenas amigas. Sus hijas estaban destinadas a crecer juntas, pero Joe y Cora se encargaron de

cambiar eso. Por lo que es bonito ver que finalmente Violet y Brina sí son amigas que, a pesar de la distancia, se quieren así y se reencuentran con esta alegría. Violet ha tenido un día difícil hoy, así que es agradable verla de esta forma.

— ¿El *Mercedes*? —pregunta Jaxson y cuando le miro veo que se fija en un coche blanco aparcado en el camino de entrada de la casa del otro lado.

—Kellen Sutton y Máximo Antonio de Oliveira —explica Elise—. Compraron la casa en 2014, tienen una compañía juntos de alfombras y tapices. El señor De Oliveira nació en Brasil, nacionalizado desde 2005. El señor Sutton ha vivido toda la vida en Los Angeles. Sin hijos, aunque están en lista de espera de adopción. La madre de el señor Sutton está en una prisión federal en Utah, él no tiene contacto con ella.

— ¿Toda la calle? —le pregunta Jaxson.

—Sí, señor.

Abro la puerta del coche para tomar aire fresco. Necesitamos todas las precauciones, sé que no hemos venido aquí de vacaciones, pero por un instante, solo uno, me gustaría que Jaxson bajase del coche e intentase apreciar que hoy dormiremos en una casa que, solo desde fuera, ya me parece preciosa.

El césped es brillante, y el camino de entrada está cubierto con baldosines de color ladrillo. A Jaxson no le gusta tampoco que Elise podría haber aparcado el coche en el camino de entrada para este, y que está contiguo a la casa de al lado. Esa es grande, en color crema y tejas rojizas en el tejado. La nuestra es blanca, con marcos de las ventanas en color ceniza, un porche a dos aguas y la puerta de un color rojo anaranjado muy bonito. Y, por supuesto, enormes palmeras por todas partes.

—No puede evitarlo —me susurra Grayson situándose a mi lado.

—Buen trabajo —le felicito mirando la casa.

—El mérito no es mío. Conocemos a los propietarios, podemos confiar en ellos, la localización es fantástica, tiene casa de jardín rehabilitada para la seguridad, y además está en venta.

Me alejo un poco de la casa y del coche entonces. Jaxson me mira brevemente cuando sale a la calle también y le sonrío para calmarle. Después observo el reencuentro de dos viejas amigas en el porche. Brayden también parece feliz mientras se acerca.

—Estuvo en la boda —me susurra Grayson colocándose a mi lado de nuevo—. No vino al funeral de la zia porque estaba en otro funeral, el de un buen amigo del novio —añade—. Bueno, ahora creo que prometido ya —dice—. Ahí le tienes.

La puerta de la casa se abre entonces y veo a un chico alto, aunque cuando llega junto a su prometida y Violet no lo parece tanto porque es más bajito que Violet. Ella le abraza a él también, ya es otro que parece feliz, y al final la rubia les abraza a ambos mientras se ríen.

—No pongas esta cara —dice Brayden entonces y le miro—. Llevo horas aquí —le recuerda a Jaxson porque está frente a él—. Es seguro.

Brayden da un paso al lado cuando nota que Violet y nuestros nuevos vecinos se acercan.

—Zucca —saluda la chica con una sonrisa cálida.

Es extraño, pero es como ver a Violet con los ojos marrones, cabello oscuro y piel muy bronceada. Aunque pueda parecer lo contrario, físicamente creo que se parecen incluso. Y sé que es trivial, pero amo sus *Converse* en color fucsia.

—Hola, Bri —le corresponde él y acepta su mano—. Me alegro de verte.

—A mí también, aunque sea por esto —le responde.

—Hola, Justin —añade Jaxson y recibe la mano y una sonrisa del chico.

—Me alegro mucho de verte, Zucca —le dice él y sus ojos pequeños y azules casi se cierran cuando sonríe—. Bienvenidos.

—Gracias por hacerlo posible —le dice Jaxson a Brina—. A Grayson ya le conocéis, y ella es Eleanor —me presenta Jaxson—. Sabrina Varallo y Justin Green.

—Es un honor conocerla, señora Zuccarelli —me dice Brina.

—El placer es mío —le correspondo ofreciéndole mi mano—. Pero solo Eleanor está bien, por favor —le pido y sonrío un poco—. Y gracias por ayudarnos.

—Brina —se presenta.

Ambos me parecen muy agradables y se nota que, a pesar de las circunstancias, Brayden y Violet están felices de verles. Como siempre, son Jaxson y especialmente Grayson quienes moderan más la alegría de reencontrarse con estos conocidos. Me sorprende la reacción de Madison cuando ella y Tyler salen de nuestra casa para estos días. Es evidente que ya se han saludado con Brina y Justin, pero Tyler enseguida charla con ellos cuando vienen con nosotros mientras que Madison apenas dice algo.

—Sé que es un mal momento, Grayson —le dice Brina y el mismo Grayson está sorprendido por sus palabras—. Pero enhorabuena por la revista. Es fabulosa.

—Gracias —le corresponde Grayson—. Ayuda un poco con este día —añade y la chica sonrío—. Y gracias por hacerlo todo tan fácil.

—Es toda vuestra todo el tiempo necesario —le dice ella—. Y, bueno, aunque suene un poco raro, estamos al lado si necesitáis algo —dice y Tyler se ríe un poco.

—Lo mejor de venir aquí de nuevo —le dice Violet mientras se agarra al brazo de su amiga—. Al final vamos a vernos más en tres meses que en diez años. Enséñame la casa.

Es como ver a un grupo de amigos que se reencuentra después de un tiempo. Y es agradable de ver.

—Vale, sí, poneros los tres juntos aquí en el porche —propone Brayden.

—Antes hemos dicho de hacernos la foto cuanto antes, por si acaso —le explica Brina a Violet.

—Mejor —susurra la rubia.

—No me jodas —susurra Jaxson en protesta.

Los dos hermanos Patricelli y Brina posan frente a Brayden, como tres amigos que se sacan una foto cuando se reencuentran después de mucho tiempo, para recordar este momento.

—Zucca —le regaña Grayson suavemente.

—Esto es de locos. Y tu hermana piensa lo mismo —susurra Jaxson—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Una barbacoa en el jardín?— añade—. Puede haber gente, gente en esta calle.

—No hay nadie de las familias en esta calle —le explica Grayson—. Y lo sabes.

—Pero ellos se sacan fotos como si nada, y yo no puedo irme tranquilo sin todo esto —protesta Jaxson en voz baja.

Algo de razón sí tiene, pero creo que es una buena idea estar aquí y que como mínimo los vecinos de al lado sean caras conocidas.

—Han tenido un día tan difícil como tú —le dice Grayson a Jaxson—. Esto es lo que hacen los amigos. Sé que Gianmarco Moretti está por aquí también—añade.

—Trabajando —puntualiza Jaxson.

—Ellos nos hacen un enorme favor, Zucca.

—Podíamos estar perfectamente en otra casa —susurra Jaxson—. Y sé que tú especialmente preferirías estar allí también, y no con las fotos, la barbacoa y...

—Solo porque las únicas personas con las que podría distraerme de un día como el de hoy

están en aquí o en casa —le interrumpe Grayson suavemente—. Easton y Brayden van a trabajar mucho, pero tú y Letta vais a estar al frente y en público. A ella le gusta esto.

—A ella le gusta la casa en Malibu y puede invitar a quien quiera y organizar una barbacoa cada noche —susurra Jaxson.

—Nos conviene esto, Zucca —le dice Grayson—. Y te recuerdo que la familia de Justin tiene un concesionario de coches. Tu distracción está en el garaje.

—Sky...

Pero Grayson se aleja hacia la casa y Jaxson echa un suave suspiro.

—Ya lo sé —me susurra cuando me pongo a su lado.

—Entiendo lo de los vecinos —le explico—. Y la seguridad —añado—. Pero Brayden se ha encargado, Violet realmente apreciará tener una amiga cerca, y no estar aislados nos conviene. Sin olvidar que esta casa no es precisamente un vertedero.

—No es la casa —susurra—. Demasiado blanca, pero bueno, no es esto.

—Lo sé —le digo y me apoyo en su brazo.

Más allá de la casa del *Mercedes* blanco, la contigua es de un color azul con el tejado casi en negro. Frente a ella, en el césped del jardín delantero, hay una mujer que pone una niña que no puede tener más de cuatro años en un cochecito. Se parece mucho al que tiene Jaxson para salir a correr con Alice, que es lo que la mujer previsiblemente hará con la niña.

—Quieres eso —susurro.

—Sí —afirma—. La echo mucho de menos. Pero no puedo quejarme, porque está bien, y los nonni felices con ella...y está en casa —añade—. Hay gente que hoy regresará a una calle como esta, con casas, con vecinos, con los coches, con...con su vida, sin su vida. Su pareja, su hijo, su hermana...y todo porque yo no soy legítimamente Zuccarelli y quien sea de los Patricelli aprovecha eso para empezar la vieja rivalidad de nuevo...

—No es tu culpa, Jaxson.

—Pero es más fácil sin todo esto —añade mirando la calle.

Apoyo mi cabeza en su hombro y entonces noto el movimiento y besa mi frente.

—¿Cómo estás tú?

—Me gustaría una ducha, llamar a Alice y una taza de chocolate caliente —le respondo.

—¿Chocolate caliente con el calor que hace? —me pregunta sorprendido y me río—. ¿Qué?

—Me parece divertido que a la que te alejas un poco del frío ya te parezca que hace calor —le explico y frunce su ceño, por lo que me río más.

Después le abrazo fuerte y consigo una ducha, llamar a Alice y una taza de chocolate caliente.

CAPÍTULO 7

Jaxson casi ha tenido una taquicardia cuando hemos entrado a la que será nuestra habitación por un número indefinido de días. El suelo laminado es de madera oscuro, pero el resto es blanco. Las paredes lo son, la ropa de cama, los cojines, las lamparitas de la mesilla de noche y como mucha diferencia el cabezal y la estructura de la cama son en color beige. Ha elegido el lado izquierdo a pesar de no ser el suyo porque está más cerca de la puerta, y también del vestidor. No me quejo en absoluto porque yo estoy más cerca de un precioso baño y de la terraza.

El baño es blanco. Las baldosas, la bañera, los dos lavabos, las toallas, el marco del espejo y los de las ventanas, las lámparas... absolutamente todo menos los grifos, los apliques y los tiradores de los cajones es de color blanco. Entra una luz preciosa gracias a tres ventanas y me parece de revista de decoración. Grayson también lo ha dicho, así que no exagero. Tiene una doble puerta, algo que me fascina, y toda de cristal. También lo es la puerta de la terraza, y naturalmente Jaxson la detesta y no solo por el sitio al que conduce. El espacio es precioso, sin embargo. Tiene dos sillas de madera, un sofá gris con cojines y plantitas muy bonitas. Las ventanas de las habitaciones de Grayson y Elise dan a esta pequeña terraza, aunque ellos no tienen puertas.

Me acomodo en una de las sillas y entonces doy un sorbo a mi taza de chocolate caliente. Está atardeciendo y los colores del cielo son preciosos. Me he duchado, he podido ver a mi hija por videollamada y ahora me tomo lo que me apetecía desde hace un buen rato. Pero de nuevo uso mi móvil para...para recordarme que no está bien sentirse así de feliz en este momento.

Bradley está en directo desde una zona cercana. Bradley, ¿cuáles son las últimas novedades en lo que se refiere a las tareas de rescate por parte de los equipos de emergencia?

Buenas tardes, Zaid y Phoebe. A esta hora de la tarde ya sabemos que hay confirmadas seis personas fallecidas y desgraciadamente la policía dice que muy probablemente esta cifra puede aumentar. Treinta y cinco personas han sido atendidas en el hospital por heridas leves, y ahora mismo diez personas siguen en condición crítica. Este edificio, como ven, sigue echando humo. Ahora mismo hace unas diez horas que el fuego ha sido decretado y todavía seguimos viendo humo—

—Señora Zuccarelli.

La verdad es que me asusto un poco cuando Elise me llama, y entonces veo que se asoma por la ventana más alejada de mí.

— ¿Está usted bien? ¿Puedo ayudarla en algo?

—Estoy bien. Gracias, Elise —le correspondo—. ¿Necesitas algo tú?

—No, señora, gracias. Le dejo en su descanso, entonces —se despide.

Y desaparece de nuevo hacia su habitación. Elise está aquí en la casa porque la necesitamos, y porque con nosotros va a estar mejor. El jardín de esta casa es amplio y espacioso, pero gran parte de él la ocupa el garaje, una casa de invitados muy pequeña, y una piscina. La casa de invitados es para la seguridad. Tiene dos habitaciones y Jaxson quería seguridad dentro de la propiedad. Es un poco raro ver a esos dos hombres que ahora hablan con él frente a la casita, o el tercero que pasa junto a la piscina siguiendo a Brayden. Por eso Elise está en una habitación junto a la de Grayson. Madi, Tyler, Violet y Bray están en las de este primer piso, pero en la parte delantera. Jaxson va a tener problemas para dormir, pero en esas habitaciones ni siquiera

se hubiese metido en la cama, estoy segura. Me preocupa. Aunque incluso cuando le veo estresado me parece el hombre más atractivo del mundo.

—Qué guapo que es.

Y aparentemente no soy la única que lo piensa.

—En serio, amor, te van a pillar.

La otra voz masculina es diferente. Inclino mi cuerpo hacia la barandilla, pero veo el seto que separa nuestro jardín del de los vecinos, su casa, y nada más.

—¿Cuánta gente hay en esta casa? —pregunta el de antes—. ¿Cuántas habitaciones me dijiste que tenía?

—Yo me meto en casa —le dice el otro.

—Podríamos ir a presentarnos. O ir a saludar a Brina. He visto que se conocen. ¿Te imaginas que...? —añade—. Max, escúchame.

Admito que hago como ellos y cotilleo como puedo. Lo bueno es que yo estoy a un nivel superior al suyo, por lo que sí veo cómo se meten en casa. Uno de ellos es alto, de piel bronceada porque además le veo sin camiseta, y de un corte estilo militar muy parecido al de Jaxson. Le veo de espaldas, pero es una buena espalda. Detrás de él, por lo que imagino que es el que cree que Jaxson es guapo, hay otro hombre más bajito y de una piel blanca que contrasta con la de quien creo que es su novio.

Prefiero no decirle nada a Jaxson sobre los curiosos vecinos cuando en un rato viene a buscarme arriba, porque ya les ha investigado lo suficiente y es capaz de pasarse la noche mirando por la ventana.

—¿Tienes hambre? —me pregunta y sé por qué se detiene junto a la puerta.

—No mucha —le respondo con sinceridad.

Pero me levanto de todas formas porque sé que es la hora de la cena y hay que intentarlo.

—¿Qué tal tu chocolate caliente? —se burla suavemente y me río.

—Delicioso, muchas gracias —le respondo.

A Jaxson esta casa no le gusta, pero a mí la verdad es que me gusta muchísimo. Incluso un pasillo blanco con cuatro cuadros, que claramente están para vender el piso porque nada de esta casa contiene un detalle personal de sus dueños, me gusta.

—¡Nonno! —grita Grayson—. ¡Nonno, no!

Sí, es Grayson. Así que nos acercamos a su habitación.

—No me jodas —protesta Jaxson entrando en ella.

—No empieces —le dice Grayson—. Me ha colgado y no he llamado tantas veces.

—¿Qué? —le pregunta Jaxson—. ¿Has llamado otra vez? Alice está durmiendo ya.

—No es verdad. En casa nunca duerme a estas horas ya.

—Está agotada porque se ha pasado el día gateando y, por lo visto, a Noah le encanta ayudarle a caminar —le explica Jaxson.

—Eso, tú recuérdame que también me estoy perdiendo esto —le felicita Grayson con sarcasmo—. ¿Ahora qué te pasa?

Jaxson alza sus brazos y señala la habitación. Es una habitación preciosa, pero sé por qué está así. Parece ser su única respuesta, porque entonces se mete en lo que creo que es el baño.

—Y yo me veo reflejado en las baldosas —susurra.

El color de la habitación es el marrón, con varias plantas que aportan un toque de verde. El color del baño es el gris en diferentes tonos que se mezclan en los baldosines de las paredes, aunque también hay blanco por todas partes.

—Es precioso —susurro.

— ¿A qué sí? —me pregunta Grayson—. Lo amo. Estoy pensando en cambiar el mío en casa.

Lo más bonito de este baño son los arcos. Hay uno para delimitar el espacio de la ducha, y otro a su lado bajo el cual está la bañera. Todo en un color gris azulado que combinado con el blanco...

—Como tengamos que quedarnos aquí mucho tiempo vas a hacer obras en esta casa —susurra Jaxson mientras sale del baño.

Grayson me mira con preocupación y yo niego con mi cabeza para calmarle. El ambiente abajo está un poco mejor, pero tampoco es como siempre. Tyler está concentrado frente a una sartén. Brayden está sentado en el sofá frente a la tele, aunque le presta atención a su iPad. Madison reparte los cubiertos en la mesa de madera, y Violet sale de la esquina cargando una botella con Elise siguiéndole.

—No digas tonterías, Elise —le regaña la rubia—. Por supuesto que cenas con nosotros. No será ni tu primera vez ni la última.

—Quédate —le dice Jaxson a Elise cuando pasa por su lado para ir hacia Tyler—. ¿No hay cortinas o algo? —pregunta mirando los enormes ventanales que forman la división entre esta enorme estancia y el jardín.

—Brayden te necesita más —le dice Tyler sin alejar la mirada de la sartén tampoco.

Y Jaxson está lejos de las sartenes esta noche. Me vuelvo loca buscando las copas, pero esta cocina hace que me entren ganas de cocinar incluso a mí. La mitad superior de los armarios son blancos, la inferior de un color azul...

—Quiero pintar la cocina de casa en azul cobalto —dice Grayson admirando la cocina.

—No —rechaza Madison pasando por su lado con una jarra llena de agua.

— ¿No cenar con nosotros Brina y Justin? — pregunta Grayson e inspecciona lo que cocina Tyler en la sartén.

—No —rechaza el rubio—. Creo que entienden que necesitábamos un poco de espacio —añade—. Aunque estarás contento por quién está en el baño.

—Hombre, Grayson.

Intento no reírme cuando escucho a Gianmarco Moretti. Grayson no disimula en absoluto que no está feliz de verle. Pero yo abrazo a este buen amigo de la familia como si no le hubiese visto desde hace tiempo, y le vi anoche en la fiesta.

—No esperes un abrazo de mi parte porque jamás serás así de afortunado —le replica Grayson pasando por su lado con los platos en sus manos.

Ya no me parece tan raro verle con nosotros, o cenar con él en la mesa. Y Jaxson está sonriendo de verdad por primera vez en todo el día, porque Gianmarco demuestra ser una vez más el amigo que en Nueva York descubrí que era.

—Puedes quedarte aquí con nosotros —le dice Brayden.

—Tranquilo, estoy bien, y no me apetece mucho dormir esta noche —le explica Gianmarco—. Pero gracias.

—No te satures, y ve con cuidado —le pide Jaxson.

—Hay que encontrarles —le dice Gianmarco—. Es lo único que tenemos. Es que...

Se calla cuando el móvil de Jaxson vibra en la mesa.

—Lo siento, es East —le explica Jaxson—. Dime —añade.

— ¿Por qué no ha venido? —le pregunta Gianmarco a Violet en un susurro.

—Es la pregunta que nos hacemos todos —le responde ella con una media sonrisa.

—Vale, espera, dame dos segundos —pide Jaxson levantándose de la mesa—. Que te pongo en la tele.

Jaxson necesita algo más que unos segundos, pero al final vemos a Easton en la enorme pantalla de la tele.

—Buen provecho —nos desea—. Lo siento, pero...

—¿Has cenado ya? —le pregunto reconociendo su sala de ordenadores.

—Sí —me responde—. ¿Vamos o no?

Grayson se gira en su silla para mirarme, y lo hace con preocupación. Sé que ha reconocido el tono de Easton. Pero no tenemos tiempo para esto porque en la pantalla de la televisión vemos la imagen de un chico joven, cabello corto castaño, ojos oscuros, media sonrisa, y con una camisa negra ajustada.

—Acabo de mandarle todo esto a Elise —explica Easton y en cuanto miro a Elise la veo muy atenta a su iPad que siempre tiene cerca.

—¿Quién es? —pregunta Madison.

—Earnest Santos —responde Easton—. Departamento de Recursos Humanos en Parks & Holland.

—Eso es... —susurra Tyler.

—La farmacéutica que alquila las oficinas de la segunda planta para los departamentos administrativos —le confirma Easton.

—Cenamos con Parks y Holland —le dice Tyler a Violet—. El día antes de regresar a casa.

—Les hemos visto hoy —le explica Violet.

—Para quien no sabemos nada de este tío o la farmacéutica, por favor —interrumpe Grayson.

—Hemos comprobado las entradas y salidas —explica Easton—. Repartidores, carteros, gente que ha salido y ha entrado...pero eran las ocho, la gran mayoría estaba llegando o recién llegados. Earnest Santos ha entrado puntual, a las ocho ya estaba trabajando, pero a las ocho y seis se ha ido. Una compañera de mesa ha dicho que se había dejado algo en su coche. No ha regresado.

—¿Cómplice o le han avisado? —se pregunta Violet.

—Es la única persona que ha salido del edificio antes de que empezase todo —explica Easton—. Bueno, hay dos más, un repartidor y una mujer que ha bajado a fumar.

—¿Fumando ya tan solo empezar la jornada laboral? —pregunta Gianmarco.

—Llevaba en el edificio desde las seis —explica Easton—. Su coartada está comprobada.

—¿Quién es este Santos? —pregunta Brayden entonces.

—Nadie de las familias —le responde Easton—. Pero no está en su casa, no le localizo, y nadie le encuentra. Treinta y tres años, sin información de su estatus marital, no tiene hijos, nacido en Compton. Domicilio actual cerca de Jefferson Park, de alquiler. Como ha dicho la señora Patricelli, no pertenece a ninguna de las cinco familias. Sus trabajos han sido varios, y empezó a trabajar para la farmacéutica hace cuatro años.

—O estaba implicado y se ha echado atrás —dice Madison—. O le han avisado.

—Hay imágenes de él con su móvil antes de salir —explica Easton.

—Sabe algo —defiende Brayden—. ¿En serio no tiene ningún tipo de relación con nosotros?

—Nada que hayamos encontrado por el momento —le responde Easton.

—Me pongo ahora mismo contigo —le dice Brayden—. ¿Tú? —añade para Gianmarco y él le asiente con su cabeza.

—¿Qué podemos hacer el resto? —pregunta Violet.

—Creo que, especialmente tú, tienes más trabajo en otra parte —le responde Easton—. Os dejo cenar, si encontramos algo nuevo os lo mando.

—Gracias, East. Cuídate —le pide Jaxson.

Él se despide en un rápido movimiento de mano, y cuando la pantalla se queda en negro yo sigo mirándola fijamente. Me encuentro con la mirada de Jaxson una vez regreso mi atención a la mesa, y la de Grayson.

— ¿Dónde ayudo yo? —pregunta Tyler—. Vamos a dividirnos, ¿no? ¿Empresa o familia?

Easton, Brayden, Gianmarco, Madison y Tyler se quedan con la familia y la búsqueda de ahora ya cinco personas que pueden ayudarnos, y cuatro de ellas deben pagar por lo que han hecho. Jaxson, Violet, Elise, Grayson y yo nos quedamos con la empresa, y es evidente que Grayson y yo somos básicamente un apoyo.

Tenemos mucho en lo que trabajar, pero después de cenar la sobremesa no nos apetece. Así que cada uno de nosotros se va a sus habitaciones, aunque sé que pocos vamos a poder descansar esta noche. El sonido del cepillo de dientes eléctrico de Jaxson es lo único que escucho cuando me meto en la cama. Desbloqueo mi móvil entonces y encuentro enseguida lo que busco.

El incendio de la torre Zuccarelli minuto a minuto

08:23 PM: El jefe de policía Jack Sanders confirma que la cifra de víctimas mortales ahora es de 12 fallecidos.

08:37 PM: Una de las víctimas en condición crítica ha muerto esta tarde en el Maple Valley Hospital Los Angeles.

No puedo. Me quedan varias actualizaciones, pero no puedo. Tan hipócrita como es, prefiero abrir mi galería de fotos y distraerme. La cantidad de vídeos que me ha mandado especialmente Lea del día de hoy en casa ayudan un poco. O quizás no.

—Ele.

Escucho su tono y cuando alejo la mirada de mi móvil le veo cerrando la puerta del baño con preocupación. Después momentáneamente se cabrea porque la doble puerta es de cristal y hace que está habitación siga teniendo mucha luz incluso cuando ya ha anochecido desde hace unas horas.

— ¿Quieres que busquemos sábanas o algo para poder crear una cortina y cubrir las ventanas? —le pregunto limpiando mi mejilla con mi mano.

—No, da igual —me responde caminando hacia el lado derecho de la cama.

Es raro ver que se acomoda a mi derecha y no a mi izquierda. Lo bueno es que está un poco alejado de las ventanas, lo malo es que no sé si hay mucha diferencia. Sé que para él es un problema, pero poder verle en la penumbra de la habitación o mirar a una de las enormes palmeras del jardín me gusta.

—Dame —me susurra agarrando mi móvil—. Vamos, nena, déjalo —insiste y se lo doy—. Sé que es difícil, pero...—añade y entonces mira la pantalla de mi teléfono.

El vídeo es de Alice caminando con la ayuda de Noah esta misma tarde. Jaxson deja mi móvil, y el suyo, en su mesilla. Después alza su brazo izquierdo y me abraza hacia su cuerpo.

—No me gusta la tradición de no tenerte a ti o a ella en su día —susurro.

—Lo sé —me dice y besa mi frente—. ¿Quieres que venga? ¿Le pido a la zia que venga mañana con ella?

—No —le respondo—. Sé que está mejor en casa.

—Y los nonni con ella.

—Noah es tan dulce —susurro y besa mi cabeza otra vez.

Me abrazo a él, pero no estoy muy cómoda y una vez nos metemos en la cama me giro de lado y me conformo con su brazo. Busco la bonita palmera, intentando calmarme un poco. Sé que

conciliar el sueño va a ser difícil hoy, pero Jaxson es capaz de no dormir en toda la noche y que toda la habitación tenga esta suave luz de la noche, o que podamos ver las casas de los vecinos en la distancia, empeora la situación.

—Lo siento.

—¿Por qué? —le pregunto con confusión y muy sorprendida por esto.

—Por no insistir en que vinieses con nosotros.

—Jax, déjalo —susurro—. No quería venir y...

—Pero me he aprovechado de ello.

Esto me sorprende más. Estoy muy cómoda así como estoy, pero me giro, aunque el movimiento me moleste. Jaxson está mirando fijamente el techo, y reacomoda su brazo cuando yo me muevo.

—No encuentro a Vittoria, ahora no encontramos ni a esos cuatro ni a Earnest Santos —me explica—. Y se me acaban las ideas.

—¿A qué te refieres?

—¿Te acuerdas de cuando Easton ha dicho que Santos nació en Compton?

—Sí —le respondo—. El sitio me parece familiar.

—Porque es ampliamente conocido como una de las ciudades más peligrosas para vivir de todo el país —me explica—. Ha mejorado un poco, pero la fama le precede.

No digo nada para que siga explicándose, pero tarda unos segundos en hacerlo.

—Los *Red Shadows* llevan años instalados en la zona —continúa—. Es un club de motos —especifica—. Mi padre trabajó con ellos durante años.

Ahora necesito que siga porque la historia empieza a tener un rumbo que no me gusta, pero que me intriga.

—Los *Devil's Legion* eran el club más fuerte de la zona —explica—. Y los Patricelli hacían negocios con ellos, cuando no se mataban por lo que fuese —añade y muerde su labio inferior por varios segundos antes de continuar—. Mi padre empezó a apoyar a los *Red Shadows*, y básicamente financió un bando de la guerra mientras los Patricelli el otro. Él siempre contaba la historia como una estrategia de infiltración perfecta, cuando en realidad si no hubiesen asesinado a Violetta Patricelli seguramente no hubiesen ganado esa guerra. Pero al final lo hicieron, los *Devil's Legion* perdieron mucho poder, y consecuentemente los *Red Shadows* eran los nuevos reyes de la zona.

Es evidente que su cabeza le pide una pausa, pero sé que la historia no ha terminado.

—Limpiar todo lo que hicieron mis padres no fue tan fácil como empezar de nuevo y ya está. Especialmente con gente que entonces tenía una buena vida, mientras que yo tenía problemas por todas partes —continúa—. Ellos fueron inteligentes. Mantuvieron su distancia, no causaron mucho alboroto, y la verdad es que no necesitaban mi apoyo en absoluto para entonces. Llevaban años con un poder indiscutible —añade—. Y ahora nuestro trato es como... —susurra—. Yo no les ayudo como mi padre, tampoco recibo sus servicios a cambio, pero no me meto en sus asuntos ni ellos en los míos.

Y ahora la historia tampoco ha acabado.

—Quiero echarles una visita.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—No me queda nada, nena. Tienen contactos en todas partes, se mueven, y controlan especialmente California y la frontera del sur con Mexico. Si los cuatro han escapado, es bastante probable que lo hayan hecho hacia allí.

—¿Qué significa esto? —le pregunto—. Para ti, quiero decir. Porque si les pides ayuda, me

imagino que querrán algo a cambio.

—Por eso no he insistido en que vinieses —confiesa—. No me gusta esconderte cosas, pero sé que no va a gustarte que negocie con ellos.

—Puedo comprenderlo —le explico—. Puedo —insisto gracias a su escepticismo—. No me gusta la idea, pero puedo comprender lo delicada que es la situación. Y me gusta bastante menos que me escondas algo.

—Lo sé. Lo siento —se disculpa y besa mi cabeza.

—¿Puedo venir contigo?

—No —rechaza y escucho su sonrisa.

—¿Vas a ir solo? —le pregunto—. Brayden vendrá contigo, ¿no?

—No —responde—. Elise.

—Elise —repito.

—Es mejor que todo esto quede...

—Oh, nadie lo sabe —noto.

—Nena, no te lo he contado a ti —me recuerda.

—Y entonces me imagino que sin protección —añado y no hace falta que me lo confirme.

—No puedo presentarme con tres coches, seguridad y en traje y corbata. Quiero que me ayuden, y no van a hacerlo si llamo la atención más que ellos incluso. No les gustará que vaya con todos, y alguien no sería de gran ayuda especialmente.

—¿Te refieres a mí?

—Grayson —me responde—. Madi iniciaría una pelea por lo que fuese, Tyler consecuentemente entraría en ello también. A Brayden me lo llevaría, pero Letta me mata si no lo sabe, o si no dejo que ella venga. ¿Letta en un sitio así? ¿Te acuerdas de lo que hacía su abuelo con su madre?

Prácticamente vendía a su propia hija y el beneficio de los compradores era sexual.

—Hay gente de ese sitio...

—Oh Dios —susurro con repugnancia—. Pagaron por ella.

—Sí —afirma—. Violetta Patricelli, ¿y viene su hija? Muy mala idea.

—Entonces solo te quedo yo, porque dudo que Easton venga.

—O que quiera pedírselo, porque no sé qué cojones le ocurre, en serio —protesta en voz baja—. No, nena. Sácatelo de la cabeza.

—Soy buena negociadora.

—Sí, pero también eres un peligro para ti misma, y para mí —defiende—. Lo siento, pero es así.

Sus palabras escuecen.

—Ele.

—Lo sé, sé que te preocuparías por mí y tú ya estás en riesgo si estás solo, o solo con Elise. Pero me gustaría venir, para estar a tu lado, aunque sea, y porque sé que tú siempre me defiendes a mí, pero siempre he querido hacer lo mismo.

—Ele. Siempre cuidas de mí.

—Eso es diferente —susurro—. No pasa nada. ¿Cuándo irás?

—Cuando Elise lo tenga todo preparado.

—¿Ibas a contármelo? —le pregunto—. Aunque finalmente haya venido aquí con vosotros.

—No lo sé —me responde y, aunque duele, agradezco la sinceridad—. La verdad es que seguramente te lo hubiese contado después, para no...

—Oh, por favor, no me digas eso para no preocuparme si no lo sabía —le interrumpo—. ¿Voy

a tener que pensar en cosas así cuando me digas que tienes una reunión con Elise? —le pregunto.

—No.

—Siempre prefiero que me lo cuentes.

Me doy la vuelta de nuevo, porque la verdad es que no estoy nada cómoda. Estoy acostumbrada a dormir hacia ese lado para tenerle cerca, aunque en esta cama eso sea alejarse de él.

—No me enfado —le digo—. Simplemente estoy más cómoda así.

—¿Estás bien? —me pregunta y acaricia mi cintura con una mano.

—No puedo tomarme nada más hasta las diez —le explico.

Sigue con el patrón de movimientos suaves en mi cintura y cierro los ojos porque me siento cansada. No aguanto mucho porque los acontecimientos del día siguen alterándome. Saber que Jaxson planea ir de visita a un club de motoristas, sin nada de protección, y para pedirle ayuda a gente que no presentarías a tu familia, bueno, me pone más nerviosa todavía.

—Elise quiere que vengas.

Esto sí que es una sorpresa.

—Tranquila, no te muevas —susurra cuando ve que intento girarme de nuevo. Y ahora acaricia mi espalda suavemente—. Quiere que vengas porque, aunque yo voy a perder la cabeza, ella cree que tú también conseguirás que no la pierda en otro sentido.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque vas a impedir que negocie con algo que no tengo que negociar, pero que haría ahora mismo. Van a saber que estoy desesperado si vengo solo, y encima para pedir ayuda.

—¿Qué tipo de cosas tendría que impedir que negocies? —le pregunto con miedo.

—Dentro de lo ilegal, lo que moralmente puede justificarse de alguna manera.

—Ejemplo, por favor.

—Financiar armas, personas, equipamiento en general —me explica—. Para justificar que van a necesitarlo para ayudarme —añade—. Aunque sé que van a usarlo también con otros fines.

—¿Qué es lo peor que pueden pedirte?

—Ayudarles a entrar droga en el país con más seguridad de lo que hacen ya, o en los intercambios en el mercado negro.

No me importa si estoy cómoda, me giro porque de todas maneras noto mi cena removiéndose en mi estómago casi.

—¿Harías eso? —le pregunto con miedo.

—Si encontrasen a Vittoria, a esa gente, o a los Patricelli que han organizado esto... —añade y espero con miedo—. Me lo plantearía. Estoy más jodido que nunca, Ele.

—Eso sería complicar todavía más lo que ya tenemos.

—Y por eso Elise quiere que vengas —susurra—. No vas a dejarme hacer eso —añade—. Y sí eres buena negociadora —defiende con una risa suave.

—Háblame de ellos —le pido—. De los *Red Shadows* —añado—. ¿Y eso de sombras rojas es por la sangre...?

—Sí —me confirma.

—Háblame de ellos, por favor —insisto.

Y lo hace. Sabía que dormiría muy poco esta noche, así que como mínimo me preparo para lo que llegará mañana.

CAPÍTULO 8

Buenos días, Mark y Gemma. Estoy aquí en el cordón policial donde podéis ver cómo está ahora mismo la torre Zuccarelli. Las autoridades han confirmado que el incendio está controlado desde las cuatro de la madrugada hora local, pero los restos de humo todavía hacen que el aire aquí en Downtown Los Angeles sea muy denso. Es difícil respirar y todo el cielo está teñido de gris.

—No. Mala idea, nena.

Dejo el cepillo encima de la cama y entonces cojo el mando de la tele para apagarla. Después sigo con mi trabajo, aunque voy a peinarme en el baño.

—Me refería a tu ropa, pero eso también —me explica Jaxson.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —le pregunto.

Me alejo un poco para mirarme mejor al espejo, y al final aprovecho el reflejo de la mampara de la ducha para ello. Zapatillas *Adidas* que ya llevaba ayer, vaqueros negros que estaban en mi armario por cortesía de Grayson, y un jersey de algodón negro también muy simple.

—Que eres una fantasía —me responde entrando en el baño. Después se sienta en el borde de la bañera y me mira—. Como siempre —añade—. Pero si te cambias las zapatillas por unas botas y te pones algo de cuero es casi como si te hubieses disfrazado para ello.

—Voy igual que tú —me defiende mirándole—. Menos las zapatillas blancas, no fuese que el color te diese alergia —me burlo un poco.

—Es...diferente.

—Simplemente dilo: no es la ropa, te arrepientes de que al final venga contigo.

—No —rechaza—. Me arrepentiré de ello cuando quiera matar a alguien por mirarte.

—¿Es un club solo de hombres o algo? ¿Y todos ellos heterosexuales? Porque entonces yo también voy a querer matar a alguien por mirarte. Pero vamos allí por algo más importante —me defiende—. ¿Por qué no llamas a Alice, eh?— le propongo.

Después me acerco a él y le doy un beso rápido antes de salir del baño. No me detengo en la habitación y cuando salgo al rellano enseguida empiezo a bajar las escaleras porque el ruido viene de abajo.

—Lo siento —se disculpa Jaxson siguiéndome—. Y estás hermosa como siempre, nena —añade.

Me detengo en el recibidor y entonces él se acerca con cara de niño bueno.

—Lo siento —insiste—. ¿Té?

Esto se le da bien, y ahora es él quien me da un beso corto.

—Sí, gracias, buen trabajo.

En cuanto giro mi cabeza a la derecha, veo a Brayden sentado en la mesa de comedor, con un portátil delante de él y dejando su móvil a su lado.

—Oh, buenos días —nos saluda cuando nos ve.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Jaxson alejándose de mí.

—No empieces —le pide Brayden y se levanta de la silla.

—Te ven desde la calle —protesta Jaxson—. Tú puedes ver lo que ocurre en la otra parte de la calle.

—A veces me pregunto si te criaste en el desierto y no en una ciudad como Nueva York

como todos nosotros —le replica Brayden.

—Limítate a ocupar la parte trasera de la casa.

—Duermo en una habitación justo encima —se defiende Brayden señalando el techo.

—No me lo recuerdes —susurra Jaxson agobiado y pasa por mi lado de nuevo.

Brayden me mira molesto por su actitud, pero realmente no puedo hacer mucho más para calmar a Jaxson. Y no puedo protestar mucho tampoco porque alguien ha conseguido calcinar una torre de veinticinco plantas en medio de Los Angeles.

— ¿Sabes algo sobre la estructura? —le pregunto a Brayden para distraerle, aunque sea con esto.

—Es seguro para que los bomberos sigan entrando, pero pase lo que pase tu marido va a querer derribarla —me explica.

—Apenas ha dormido —susurro mientras caminamos por el pasillo.

—Ni él ni nadie. Llévatelo a casa y ya nos encargaremos nosotros.

Entiendo su cabreo perfectamente, pero puedo hacer poco ahora mismo para ayudarlo. En la cocina hay unas cuantas personas que tampoco han dormido mucho. Algo me dice que Elise ha estado toda la noche frente a su iPad igual que ahora hace con Jaxson sentado a su lado en la mesa de madera. Tyler cocinó anoche y está cocinando ahora, y creo que lo hace para distraerse, además de porque le gusta asegurarse de que comemos. Madison está a su lado, pelando fruta en un taburete de la isla de la cocina, pero me saluda con su mano porque tiene la boca llena. Violet ayer pasó horas paseándose por el jardín en un traje de dos piezas gris, hoy es un traje con pantalón en azul marino. Y está haciendo lo mismo. Sorprendentemente, Grayson está sentado en el sofá, en pijama y bata de seda como acostumbra a ir a la cama y como jamás le vemos fuera de su habitación. Me sorprende que esté aquí y me preocupo cuando parece cabreado. Creo que no solo le molesta que Gianmarco esté tomándose un café, sentado en un sillón gris de la esquina.

—Buenos días, G —saludo—. ¿Qué te pasa? —pregunto y me sorprende cuando escucho la suave risa de Gianmarco.

—Idiota —le insulta Grayson.

— ¿G? —insisto.

—El nonno está de paseo con A —me explica—. Me ha dicho que regresaría en diez minutos, y ya han pasado veinte —añade.

—Sí, están de paseo —le confirmo.

— ¿Has hablado con ella?— me pregunta.

—Em, bueno, ella ha hablado, pero he entendido poco —le respondo divertida y escucho de nuevo la risa de Gianmarco.

—Es su madre —se defiende el moreno cuando recibe la mala mirada de Grayson—. No vas a morirte si ves a tu niña un poco más tarde.

—El nonno está haciéndolo a propósito —protesta Grayson y se levanta del sofá.

Jaxson también le mira con un poco de miedo cuando él se le acerca.

— ¿Qué tengo que hacer hoy?

—Em, voy a dejarte una lista de llamadas por hacer. Si me ayudas con eso, estará bien.

— ¿Qué hacéis Eleanor y tú?

—Viene conmigo para ayudarme —le explica Jaxson.

—Vengo con vosotros entonces —propone Grayson y se aleja hacia el pasillo.

—Sky, pero no hace falta. Puedes estar por aquí tranquilo...

—No me quites una distracción que el nonno ya está estropeando mi mañana lo suficiente —le pide Grayson.

— ¿Qué le pasa? —pregunta Violet entrando en la cocina entonces.

—El nonno deliberadamente no le deja hablar con Alice —le explica Tyler mientras Violet se acerca a la cocina.

—Pobrecito. ¿Por qué hace eso el nonno? Es evidente que echa de menos a Alice.

—Ayer llamó catorce veces —le explica Madison—. Yo bloquearía su número.

— ¿Catorce veces?— pregunta Violet a Jaxson muy asustada.

—Hablaré con él —le promete Jaxson.

— ¿Alguien ha hablado con Easton?— pregunto entonces.

—Está muy ocupado con no sé qué —me explica Brayden—. Es lo que me ha dicho él —añade y mira a Jaxson—. Pero hasta yo sé que miente.

—Hablaré con él —promete Jaxson de nuevo.

Se nota que no hemos descansado apropiadamente y el desayuno es tenso. Es raro que Easton no esté con nosotros. Es raro que Alice no esté con nosotros. E inconscientemente yo me pregunto dónde está el pienso de Mephisto, cuando ni siquiera necesito darle su desayuno. Así que, aunque lo que vamos a hacer es peligroso, agradezco poder salir de esta casa. O lo agradecería si pudiese hacerlo, pero cuando paso junto a Jaxson él no se levanta del peldaño de las escaleras en el que está sentado.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto.

Entonces noto que está mirando algo por la ventana estrecha junto a la puerta. Concretamente, está espiando a los vecinos. Reconozco a Brina Varallo hablando con dos chicos que parecen tener una edad parecida a la nuestra también.

—En cuanto los cotillas de los vecinos se vayan, nos vamos nosotros —me explica y le miro con curiosidad—. La casa de al lado. Se han acercado a hablar con ella, pero no dejan de mirar hacia aquí.

Cierto, ahora reconozco un poco sus figuras. El chico alto que ayer vi sin camiseta, ahora tiene un jersey de algodón de rayas negras y blancas. Es un chico realmente alto, o quizás me lo parece más porque el otro es bastante bajito. Él viste íntegramente de negro como nosotros, y también en zapatillas blancas como yo.

— ¿Qué hacéis?

Cuando me doy la vuelta, no me sorprende ver a Grayson en un traje de tres piezas en color turquesa.

— ¿Mejor ya? —le pregunta Jaxson, pero sigue mirando a los vecinos.

—Oh, los vecinos —dice Grayson como si les reconociese y le miro sorprendida—. Me ha dejado echarle una mirada a sus fichas —me explica.

No tengo tiempo para decir algo porque la puerta de la casa se abre, y veo que Elise entra en el recibidor y que los dos chicos lo observan desde fuera.

— ¿Se van o no?— le pregunta Jaxson con impaciencia.

—No parecen dispuestos a ello, señor —le explica Elise.

Jaxson echa un suspiro y se pone en pie. Elise enseguida le sigue hacia fuera, y Grayson no pierde el tiempo tampoco. Es un poco raro seguirles y cerrar la puerta. Los demás ya se han ido, pero la casa nunca va a quedarse sola, por lo que tampoco tengo que hacer mucho más que seguir a Jaxson y a Grayson.

Los vecinos de la otra casa están charlando con Brina Varallo junto a su coche, que está al lado del nuestro. De forma evidente, los ojos del chico alto se van a Jaxson y los del otro a Grayson.

—Buenos días —saluda Jaxson.

—Buenos días —le corresponde Brina. Por su mirada, algo me dice que está incómoda con las presentaciones—. Ellos son Max y Kellen —presenta señalando al alto antes y al otro después—. Son los vecinos de la casa contigua a la vuestra. Han visto movimiento y pensaban que ya había vendido la casa.

—Hola, ¿qué tal? Soy Kellen —se presenta el más bajito y le ofrece la mano a Grayson.

Él, que como tantas y tantas veces tiene sus manos escondidas en los bolsillos, le mira fijamente antes de corresponderle.

—Grayson Luzio.

—Jaxson Zuccarelli —añade Jaxson interrumpiendo rápidamente.

Os prometo que Kellen se sonroja cuando Jaxson da un paso hacia ellos. Jaxson y Grayson pueden ser Miss Zuccarelli y Miss Luzio cuando les interesa, pero si no quieren hacer el esfuerzo de disimular un poco su antipatía, no lo hacen.

—Hola, encantada, soy Eleanor —me añado.

Creo que Kellen lo agradece porque se ve nervioso, y Max es la viva imagen de la tranquilidad y la pasividad cuando le saludo.

— ¿Nos hemos visto antes? —le pregunta Kellen a Grayson.

—No lo creo —le responde Grayson muy borde y quiero rodar mis ojos.

—Me suena tu cara.

El gesto de su pareja me sorprende, porque frota su ojo derecho con una mano como si quisiese esconderse por vergüenza ajena.

—Obviamente la suya me suena porque le vi en la tele —se defiende Kellen y mira a Jaxson brevemente—. Pero me pareces familiar.

—Lo recordaría —le dice Grayson.

Kellen sonríe un poco incómodo y me siento mal porque Grayson no lo ha dicho en un buen sentido.

—Tenéis una casa muy bonita —digo yo—. No sé cuánto tiempo estaremos aquí, pero si necesitáis algo llamad al timbre.

Jaxson y Grayson de nuevo no disimulan en absoluto y sé que ambos creen que he perdido la cabeza.

—Muchas gracias, se agradece mucho —me corresponde Kellen.

—El coche está listo, señor —anuncia Elise.

Oh Dios mío, incluso Elise. Sabemos que el coche está listo, como siempre, pero ella le da una salida fácil a Jaxson.

— ¿Vamos? —le pregunta Max a su novio.

—Oh, sí, no queremos molestar —dice Kellen—. Un placer conoceros, y bienvenidos a Franklin Street.

Casi puedo escuchar el “Demasiado tarde” de Jaxson en mi cabeza, o algo muy parecido en la de Grayson.

—Muchas gracias. Es un placer también —les correspondo.

Grayson y Jaxson son educados, pero es para darles dos collejas a veces, en serio. Miran a los chicos mientras se alejan hacia su casa como si sus miradas fuesen escáneres de la seguridad de un aeropuerto o algo.

— ¡Ya me acuerdo!

Incluso yo me sobresalto con el grito de Kellen, así que ellos dos de nuevo disimulan mal.

—Eres Grayson Luzio —añade para Grayson.

Max frota de nuevo su ojo, en un nuevo gesto de vergüenza ajena, y creo que piensa lo

mismo que incluso yo ahora estoy pensando: Grayson ya le ha dicho su nombre.

—*Grace Magazine* —dice—. Me encanta, la amo.

—Muchas gracias. Me alegro de que así sea —le corresponde Grayson de forma diplomática.

—El artículo que escribiste sobre la iluminación indirecta del jardín provocó una fuerte discusión porque he tenido que renovar todo nuestro jardín —explica riéndose y Kellen sonríe un poco.

—No escribo la mayor parte de los artículos —le explica Grayson—. Esencialmente soy editor —añade.

Ahora soy yo la que no disimulo porque tengo que mirarle fijamente.

—Pero gracias por la parte que me corresponde —añade Grayson—. Y lo siento por la discusión.

—¿Vamos, amor? —insiste Max.

—Adiós, ha sido un placer —dice Kellen y se ve un poco afectado.

Ahora Jaxson mira mal a Grayson, pero no pierde mucho tiempo en ello porque sigue escaneando a los vecinos mientras se acercan a su casa.

—Lo siento —se disculpa Brina cuando estamos solos—. Son buena gente, pero son un poco pesados. Y muy cotillas.

—No es tu culpa —le dice Jaxson—. ¿Tú, bien?

—Teletrabajando —le explica ella —Ventajas de trabajar con mi padre —añade y se ríe un poco—. Van a regresar. Ellos dos, digo. He intentado echarles sin que se notase mucho, pero han visto a Tyler y Madison salir y ya han intentado hablar con ellos.

—No es tu culpa —insiste Jaxson.

—Ya, pero tu cara ha salido en la tele bastantes veces y en esta ciudad solo se habla de una cosa —añade—. No te ofendas —dice para Grayson—. Pero que te paren para hablar de tu revista sé que puede molestaros. Y lo siento porque ayer hice lo mismo y sé que no era el momento.

—No tienes nada por lo que disculparte —le dice Grayson—. Y a juzgar por la casa que tienes en venta, me gustaría mucho hablar contigo de decoración porque es evidente que tienes buen gusto.

—Me temo que voy a tener que presentarte a la decoradora, entonces —le dice Brina y me alegro de que por fin Grayson esté cómodo en una conversación normal—. No os molesto yo tampoco. Estoy en casa trabajando, si necesitáis algo, llamad o saltad la valla del jardín. Eso sí, cuidado con mi perro.

¿Tiene un perro? Oh, echo de menos a Mephisto.

—Gracias, Brina —le agradece Jaxson.

Son un poco más amables con ella, pero siguen siendo...

—Lo siento por eso —le susurro a ella cuando Jaxson y Grayson se alejan—. Porque hayan sido un poco bordes con tus vecinos.

—Oh, no te preocupes —me dice con una sonrisa—. Les va bien, son un poco cotillas —insiste—. Además, Grayson y Zucca... —añade—. No sé, siempre han sido un poco así. Tengo fotos de cuando era pequeña con Violet sobretodo, pero la conocí casi de nuevo más tarde, y Zucca estaba con ella. De todo el grupo, ellos dos...

—Siempre parecen estar en su propio mundo —le digo cuando le fallan las palabras y asiente con una sonrisa.

—No te preocupes, pero gracias —me agradece.

—E, ¿vamos o no? —me pregunta Grayson.

Brina se ríe un poco cuando ruedo mis ojos de espaldas al coche.

—Que tengas un buen día —me desea y noto su compasión.

—Gracias, lo mismo digo —le correspondo—. Oye, me gusta tu blusa.

Es de un color rojo intenso con lunares blancos, y lo que me gusta es que parece de satén y la combinación con su cabello del color del chocolate.

—Gracias. Tres dólares en un mercadillo no muy lejos de aquí —me explica y supongo que se ríe por mi cara.

Me encantaba ir a esos sitios con mi madre. La excusa era ir a comprar fruta al mercado semanal, pero siempre terminábamos en un rastro benéfico o algo parecido, para la alegría de mi padre.

—Sé que no estáis de vacaciones, pero podemos ir con Letta un día, y quien más se apunte, claro —me propone.

—Hecho —acepto enseguida.

Después abro la puerta de atrás, pero para mi sorpresa Jaxson está sentado con Grayson.

—Puedes ir delante y vas a poder ver mejor la ciudad —me explica.

Es un poco raro, pero no voy a decir que no porque puedo hacer esto. Así que me acomodo en el asiento de pasajero junto a Elise.

—Y así te escondes un poco del caótico tráfico de la ciudad —se burla Grayson mientras me pongo el cinturón—. ¿Qué hacías tanto rato, E?

—Ser un poco simpática con los vecinos —le explico y entonces me doy giro como puedo—. Algo que tú y tú podríais poner en práctica —añado.

—Podrías haber sido un poco más cordial —le dice Jaxson a Grayson.

—Tú me dices eso —replica Grayson mientras Elise pone el coche en marcha atrás.

—Kellen ha sido amable con tu revista —le recuerdo mientras nos movemos por la amplia calle de casas grandes y aceras ajardinadas.

—No me gusta la gente falsa —defiende Grayson y casi ruedo mis ojos—. Eso de “Oh, ya me acuerdo, eres Grayson Luzio” ha sonado falso —añade—. Sabía perfectamente quién era yo, porque ciertamente parece leer la revista.

—Puede leer tu revista y no reconocerte —le dice Jaxson—. No te ofendas, pero tu foto sale bastante pequeña porque no te gusta tanto que sea *tu revista*.

—Sabía perfectamente quién era yo y ha jugado a pretender que no era así.

—¿Cómo sabías eso exactamente? —le pregunta Jaxson y yo también tengo curiosidad.

—Estabas a mi lado y no te ha mirado ni una sola vez mientras nos acercábamos. ¿Cuándo ha ocurrido eso? —le pregunta—. Jamás. Por lo que sí sabía quién era yo y mi revista.

—O quizás solo intentaba recordar por qué le parecías familiar —replica Jaxson.

—No me echas la charla que tú has sido igual de cordial que yo —dice Grayson con sarcasmo—. Y no tengo la mañana. Apenas he dormido y la charla fácil con los vecinos no me apetecía.

—Eso no ocurriría en un sitio sin vecinos cotillas —susurra Jaxson.

—De acuerdo, sí, estaríamos mejor en Malibu, pero nos conviene quedarnos más cerca.

Agradezco poder reírme, de verdad que lo hago. Y me alegra saber que le causo una sonrisa suave a Elise.

—¿Qué? —preguntan los dos de forma sincronizada.

—Que sois tal para cual —les respondo—. Y a los dos os conviene socializar un poco con los vecinos.

—He sido amable —se defiende Jaxson—. Grayson ha sido peor.

—Por una vez —replica el aludido.

—¿Se puede saber qué te ocurre? ¿Es por el nonno y Alice? —le pregunta Jaxson.

—No.

—Mientes.

—Bueno, sí.

—Sky, ayer llamaste catorce veces.

—¿Cuántas llamaste tú? —replica Grayson—. Ya lo sé, no es mi hija. No hace falta que me lo digas. Ya se te han adelantado Madison y Brayden.

Me giro enseguida que escucho su tono triste. Mira por la ventana, y en este instante presiona sus labios juntos con fuerza.

—G —susurro preocupada.

—Me paso muchas horas con ella, y sé que está bien, en casa, y que no puedo enfadarme por esto con lo que está pasando. Pero precisamente por lo que ha ocurrido, ayer solo quería abrazarla fuerte para aprovechar la oportunidad que yo sí tengo. Y por patético que esto suene, no exagero cuando digo que es lo único bueno que tengo en mi vida. Y me revienta que os burléis de esto, o que me echéis la bronca, o que el nonno por hacerse el gracioso regrese a casa y no me diga nada cuando sabía que estaba esperando.

—No te ha llamado porque han tenido un problema con Noah —le explica Jaxson en un tono suave.

—¿Qué problema? —pregunto preocupada.

—Ha encendido una tele, estaba el edificio con una imagen mía por la mierda de sensacionalismo barato y se ha asustado —me responde.

—¿Está mejor? —le pregunta Grayson enseguida.

—No ha querido ir con su grupo. Le han distraído con Alice —le explica Jaxson—. Por eso no te ha llamado.

—Y decirme esto...

—No querían que nos preocupásemos por algo más —le explica Jaxson.

—No quería él —le corrige Grayson—. Realmente te pareces al nonno —protesta—. Haces lo mismo.

—No me molesta que estés así por Alice, me preocupa —le explica Jaxson—. No puedes basar tu felicidad en ella.

—Vosotros también sois importantes —defiende Grayson—. Todos.

—Ya me entiendes —le dice Jaxson.

—Tú haces exactamente lo mismo —le replica Grayson —Y si no fuese por E, todavía estarías encerrado en tu torre negra sin ventanas —añade.

—Sabes que estamos aquí para ti, G —le digo—. Y que echamos de menos a Alice también, así que entendemos que estés triste.

—Gracias —me agradece—. ¿Puedo venir con vosotros a distraerme?

—Estamos de camino al hotel —le dice Jaxson—. Calculo que con este horrible tráfico llegaremos a eso del 2022 —añade con sarcasmo.

—Me refiero a lo que sea que tengáis planeado hacer hoy —explica Grayson—. Lo que no sabe nadie. Y no es para presumir de ser vuestro favorito, la verdad.

Convenientemente, me doy la vuelta y miro a Elise. Me alegra ser otra sorprendida porque Grayson nos ha pillado.

—Te pareces al nonno —insiste Grayson—. No te ofendas, E, pero eres de más ayuda con lo que yo tengo que hacer hoy que de reuniones con abogados y Zucca.

—Tiene que quedarse aquí —le pide Jaxson.
Y después le cuenta la verdad.

— ¡¿Estáis locos?! —grita Grayson—. Elise, por favor, dime que tú no apoyas esto.

—Lamentándolo mucho, señor Luzio, creo que es una buena opción —le confirma Elise.

— ¿E? —insiste Grayson—. Has perdido la cabeza, Zucca. ¿Los *Red Shadows*? —pregunta —. ¿Lo dices en serio?

— ¿Qué me queda?

—No lo sé, algo que puedas conseguir con dinero, y no gracias a un grupo de motoristas que no te conviene tener cerca —le propone en tono irónico—. Tu padre trabajaba con ellos.

—Él no es su padre —defiendo enseguida.

—No he dicho eso —replica Grayson—. Solo recuerdo que no vamos a hacer lo mismo que él, por nada ni nadie.

—No voy a meterme en algo grande. Por eso viene Ele conmigo —le explica Jaxson.

—Vas a pegarle un tiro al primero que diga que quiere follársela —dice Grayson—. Sabes que siempre eres hermosa, E.

—Em, gracias —le respondo en un susurro.

—Ele va a comportarse y yo también —le dice Jaxson.

—No te lo crees ni tú —le replica Grayson—. Ella va a hacer preguntas, y tú vas a ponerte nervioso solo con las miradas, así que ni me imagino con lo que digan —añade—. Y vais a estar sin seguridad, y en su territorio. Sé que tenéis poco tiempo para vuestras citas y que os superáis en originalidad cada vez, pero esto es demasiado incluso.

—No podemos ir con seguridad. Por eso hacemos todo esto en el hotel —explica Jaxson—. Por eso, y para dejar atrás el coche de la poli que nos sigue.

— ¿Qué? —pregunto preocupada.

—No se gire, señora Zuccarelli —me ordena Elise y me sorprende cuando lo hace—. Llevan un buen rato detrás de nosotros, y es probable que nos graben. Pueden vernos a nosotras por el retrovisor.

— ¿Desde cuándo nos siguen y cómo sabes que es la poli? —pregunta Grayson.

—El coche estaba aparcado en la misma calle —le explica Jaxson—. La de la casa.

¿Qué?

Oh Dios, por eso Jaxson me ha ofrecido ir delante. Él puede hacer lo que quiera desde atrás por las ventanas tintadas.

—Lo siento, nena —se disculpa porque adivina lo que pienso.

—Tranquilo —susurro.

— ¿Por qué nos vigila la policía?

—Los Patricelli no son idiotas, nuestra seguridad no lleva ese coche, y algo me dice que el jefe Sanders quiere hacernos saber que nos tiene muy vigilados —le explica Jaxson.

— ¿Por qué? — se pregunta Grayson—. ¿Qué demonios le hemos hecho a ese señor? Además, ¿la policía de LAPD nos sigue a nosotros? Les hemos dado las grabaciones, hemos colaborado en todo, y que esos cuatro trabajasen para nuestras empresas no significa nada. Es de idiotas pensar que nosotros mismos causaríamos eso.

—Ya te dije que Jack Sanders era idiota —susurra Jaxson—. No hay más coches, ¿no, Elise?

—No, señor —le confirma ella—. ¿Seguimos con destino al hotel?

—Sí, por favor.

—Y tú quieres ir a pedir ayuda a los *Red Shadows* —le dice Grayson.

—Precisamente porque incluso la maldita policía está encima de nosotros necesito a alguien

de la zona que me diga qué cojones ocurre en este departamento si Easton y su equipo no encuentran nada —se defiende Jaxson.

—Vas a pedirle ayuda a un grupo de motoristas que le hacían todo tipo de favores a tu padre, para buscar a los responsables de lo ocurrido, a Vittoria Milazzo, y a que te den algo sucio del departamento de policía de Los Angeles —resume Grayson—. No se me ocurre una forma más rápida de ponerte todavía más en peligro.

Lo que me da miedo es que pienso lo mismo que Grayson.

CAPÍTULO 9

Hacer tiempo en ese hotel de ayer, para que la policía se relaje y para cambiar de vehículo es realmente angustiante. Ayuda poder hablar con Dona, naturalmente sin contarle nada, o escuchar que Alice no parece echarnos de menos tanto como nosotros a ella. Una parte de mí se alegra, la otra la verdad es que me pone un poco triste. Y dejo de pensar en ello cuando tengo que subirme a la parte trasera de una furgoneta de un servicio de lavandería. Lo del hotel era básicamente para esto.

— ¿Vas bien? —me pregunta Jaxson y miro su rostro iluminado por la luz de la pantalla de su móvil.

Estar en la parte trasera de una furgoneta mientras vamos a un sitio peligroso ya no es una primera vez. Me hace pensar en cuando entramos en la antigua casa de los Le Brun sin que nadie lo supiese. Ese día éramos más, hoy somos Jaxson y yo.

— ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le pregunto—. Involucrarnos con esta gente. ¿De verdad pueden encontrar algo que tú no?

—Sí, aunque me cueste admitirlo —me responde—. Todavía puedes quedarte, nena.

—No, quiero ir contigo.

Es una locura, pero quiero ir con él. Aunque mis nervios me provoquen náuseas, o me maree en la parte trasera de esta camioneta a oscuras. Y, de todas formas, cuando Elise detiene el motor de la camioneta, me siento peor todavía.

El sol es muy molesto una vez que Elise abre la puerta trasera, por lo que enseguida me pongo las gafas de sol. Jaxson insiste también en una gorra, pero yo estaría tocando nerviosamente la visera todo el rato y no sería algo bueno.

Lo primero que veo de Compton, California es una calle muy ancha, con apenas coches aparcados en ella o en circulación. La acera de la derecha tiene el césped casi quemado por el sol, con un enorme muro que tiene que delimitar una propiedad grande porque mi vista no consigue localizar alguna puerta o entrada. La acera de la otra calle es simplemente tierra, y hay una enorme valla negra que la resigue. Pero lo que retiene mi atención es la puerta de la entrada a esa propiedad.

Hay una más grande, cerrada, y otra para personas que está abierta. A su lado, hay un hombre apoyado en la valla, fumando, que podría ser Jaxson en unos años. Cuerpo largo, atlético, gafas de sol y ropa íntegramente negra. El chaleco con las insignias es lo que Jaxson no llevaría.

Junto a la entrada, hay una pequeña casa móvil blanca. Tiene sentido verla porque a su lado hay un enorme letrero.

Compton Mobile Park

Mobile Home Park

3241 Oceanside Pathway

Family environment.

310 748 4215

Los *Red Shadows* viven en una comunidad de casas móviles. Fue idea de Joe Zuccarelli. Él compró el terreno y ellos han construido una comunidad con vallas, calles, y su propia organización. Sus miembros pagan alquiler de las casitas, tienen un taller mecánico y, aunque la compra fue legal y pagan bastantes impuestos, lo que ocurre de puertas adentro ya no es todo tan *de ambiente familiar*.

La parte delantera de esta primera casa da un poco de miedo. Hay un montón de muebles que no son de exterior y ninguno de ellos proviene del mismo sitio, pero es una buena zona de vigilancia. Son uno, dos y hasta cinco hombres los que me intimidan desde allí.

Recuerdo lo que hemos hablado con Jaxson y Elise, y les sigo intentando no pensar mucho en ello. Otro hombre enorme viene a apoyar al guardia de la puerta. Alto, musculado de una forma que parece que pueda romper el chaleco con más insignias que el del joven (y solo lleva el chaleco), y con una barba de un tono grisáceo muy larga. A la combinación de vaqueros rotos, botas de moto y todo el conjunto de tatuajes de su piel, se le añade las gafas de sol y un gorro de lana negro. *Un gorro de lana.*

—Buenos días —saluda él precisamente—. ¿Cómo podemos ayudar?

Sus palabras pretenden ser amables, su tono no lo es. El joven se pone nervioso cuando Jaxson alza su mano, aunque es para quitarse su gorra. Tengo que relajarme.

—Lo que ven mis ojos —dice el del gorro de lana y además se quita sus gafas de sol—. Jaxson Zuccarelli.

—Hola.

—Ni te acuerdas, ¿no? —le pregunta y cuando se ríe ni siquiera veo sus dientes por la espesa barba que tiene.

—J Brick. Sargento de Armas —le responde Jaxson—. Y no sé si todavía bebes tequila del que importáis Mexico, pero me gustaría una copa para poder hablar con Deon.

El hombre tiene un cuerpo tres veces el de Jaxson, el apodo de “ladrillo” es obvio, pero cuando Jaxson le contesta en este tono calmado, bueno, asusta a cualquiera y a él también. Los detalles y la memoria prodigiosa ayudan. Por lo que *J Brick* se queda sin palabras, y después nos mira a mí y a Elise. Regresa a mí después.

—Mi mujer —le explica Jaxson y él me asiente con su cabeza.

Entiende que soy intocable. Según Jaxson, esto lo entienden bastante bien.

—¿Y la secretaria? —se burla J Brick.

—Elise White, señor —se presenta Elise.

Ella también causa una reacción en él.

—Espera —le pide J Brick a Jaxson casi en un gruñido.

El más joven es evidente que no entiende nada, y mira especialmente a Jaxson con curiosidad.

—Eres el de la torre que se ha quemado —le dice.

—Sí, mi nombre estaba en la puerta —le replica Jaxson.

Y después soy yo la que en un sitio así provocaría más problemas de los que pretendemos arreglar.

Por suerte, eso parece increíble pero es así, J Brick regresa. Y lo hace con un hombre que debe tener la misma edad, y que parece pequeño a su lado, pero que cuando llega con nosotros compruebo que no lo es. Gorra negra hacia atrás, misma ropa oscura y con el chaleco que tiene parches parecidos con los otros, pero también diferencias, y no veo tinta en su cuerpo exceptuando el faro que tiene tatuado en su garganta. Las rayas del faro se corresponden a la forma de su tráquea. Es escalofriante.

—Jaxson Zuccarelli —dice el nuevo también reconociendo a Jaxson.

Tiene un acento curioso.

—Salazar —le corresponde Jaxson—. Ella es mi esposa, Eleanor Zuccarelli, y mi asistente personal, Elise White.

—¿A qué debemos el honor?— le pregunta y cruza sus brazos.

—¿Puedo o no puedo hablar con Deon? —le corresponde Jaxson—. Y como puedes

comprobar, he venido sin ayuda y sin llamar la atención. Por lo que si me tienes en la puerta esperando, ya no será cosa mía si el vecino de la casa roja de atrás sigue mirando.

Los ojos de los tres se desvían hacia atrás, pero sé que yo no debo girarme. Y Jaxson una vez más da miedo, incluso a mí.

—Bienvenido a lo que nos regalaste por un puñado de dólares —le dice el del faro y se nota que se burla.

—Muchas gracias, una casa preciosa —le replica Jaxson.

Oh Dios mío. Él pierde la cabeza cuando yo se lo digo a los vecinos, pero lo dice él provocando a un grupo de motoristas en su propio territorio y sin nuestra seguridad, pero yo soy la loca.

No se me pasa el detalle que el más joven cierra la puerta cuando entramos en el recinto, y ahora ambas están cerradas. Los cinco hombres del mobiliario peculiar nos miran desde allí sin moverse mucho, pero noto más miradas cuando precisamente nosotros sí que nos movemos.

Esto es realmente una comunidad. Me recuerda muchísimo al sitio donde vivía Vittoria Milazzo en Vermont. Calles formadas por casa móviles, con jardines delimitados con vallas incluso, estilos muy diferentes, y gente, mucha gente curiosa. Pero lo que realmente me recuerda que esto no es una comunidad de casas móviles como otra, es la cantidad de motos que veo. Hay por todas partes.

La estructura de la calle cambia cuando veo una casa. No es una casa móvil, es realmente una casa. El jardín está bien cuidado, tiene flores en las ventanas, un porche con muebles de exterior y no lo que había en la entrada, y mucha gente alrededor.

Mientras nosotros nos acercamos a la casa, noto que no somos los únicos que lo hacemos. Aparece gente por todas partes. Hay una mayoría masculina evidente, pero también hay mujeres, adolescentes, e incluso niños. Realmente una comunidad entera.

Me siento intimidada. Es así. Por lo que intento distraerme con algo que no me dé tanto miedo. Los geranios rojos de las ventanas, y no la mujer de pelo blanco que fuma junto a una maceta. El bonito cojín que hay en una hamaca del porche de esta casa más grande, y no el hombre que tiene tatuajes incluso en su cabeza rapada. El enorme árbol junto a la casa, y no la pareja que estaba besándose sin problema frente a esta gente, pero que ahora nos mira. Y entonces, de entre muchas motos, reconozco una *Café Racer*. Creo que es una Honda además. La parte delantera es blanca, y hay una chica alta junto a ella. Botas, vaqueros negros, y en su caso una chaqueta con insignias. Su largo cabello rizado casi me impide ver su rostro porque es voluminoso. De hecho, solo veo un lado, y ella no me corresponde con una buena mirada. Intento mirar solo la moto.

—Zuccarelli.

El saludo tiene un tono distinto al del resto, pero cuando miro quién llama a Jaxson me siento ansiosa como hasta el momento. Él tendría que tener el apodo de Ladrillo. De hecho, de pared de ladrillos. Dios mío, es como tres Braydens. Jaxson es alto, Brayden es altísimo, este tío es...no encuentro el adjetivo. Tiene un cuerpo ancho, y su forma de caminar es idéntica a la de Rock en *Los 4 fantásticos*. Su cabello es negro, sus ojos más, y su barba es corta, pero muy poblada. La ropa es parecida a la del resto, tiene una colección amplia de tatuajes también, pero en él hay una notable diferencia respecto al resto: le sonrío a Jaxson.

Y Jaxson le sonrío a él.

—Cruz —le corresponde Jaxson.

Atónita, miro cómo se dan la mano y se saludan como viejos conocidos. Después empiezan a hablar en español. Hoy es un buen día para arrepentirse de no haberlo estudiado para entender la animada conversación que me parece surrealista sin ni siquiera entenderla. Y también para

recordar que Jaxson habla este idioma, y que aún sin entenderle y en el peor sitio del mundo, me parece tan sexy.

—Tu esposa —dice el desconocido mirándome en un acento claramente hispánico—. Señora Zuccarelli.

—Él es Pedro Antonio de la Cruz —me explica Jaxson y me regaña con su mirada porque solo con pronunciar este nombre yo ya tengo fantasías y él lo sabe.

—Cruz está bien —me dice el desconocido y me ofrece su mano.

El gesto causa algunas risas, como si se burlasen de él. La gente realmente es idiota. Mi mano se ve minúscula en la suya.

—Eleanor —me presento.

—Y Elise White —añade Jaxson.

—Un placer, señor De la Cruz —le dice Elise.

—Señora —le corresponde el enorme tío.

La gran pregunta: ¿de qué se conocen con Jaxson para que tengan esta complicidad? Y la segunda: ¿por qué no me lo ha dicho antes cuando me ha hablado de toda esta gente?

—Me sorprende verte aquí, la verdad —le dice a Jaxson—. No te gusta este sitio. ¿Tan jodido es?

—Casi puedo oler el humo desde aquí —le responde Jaxson.

—*No sabemos nada, si es a lo que has venido* —le dice y me sorprende muchísimo que lo haga en italiano.

No parece gustar al resto, porque me siento más intimidada ahora.

—*Sé quién lo ha hecho* —le explica Jaxson—. *Quiero encontrarles.*

—Jaxson Zuccarelli.

El tono de nuevo me asusta, y ya he aprendido la lección. No importa si son ancianos, personas que aparentemente puedan parecer inocentes por su edad, pueden ser igual de despiadados que el resto. Y este hombre me provoca escalofríos aunque camina cojo, y tiene el cabello tan blanco que duele mirarle bajo el sol incluso con mis lentes protectoras. Tiene una larga melena peinada hacia atrás, barba grisácea y no puedo decir mucho de sus ojos porque también lleva gafas de sol. Eso sí, negro y cuero por todas partes.

—Admito que pensaba que jamás vería el día que regresarías aquí a pedir ayuda —dice el hombre.

Es Deon, aunque su nombre real no es ese. Máxima autoridad aquí dentro, y con quien Joe Zuccarelli cerró innumerables tratos. Entiendo por qué en pocos segundos.

—Y casado, ni más ni menos —añade con burla mirándome.

Jaxson está a punto de ponerse nervioso con él, porque la relación que este hombre tuvo con su padre causa eso. Así que hago que pierda la cabeza por otro motivo. Me acerco al hombre, asustando a más de uno, y le ofrezco mi mano.

—Eleanor Zuccarelli.

Se quita sus gafas entonces, y por eso puedo ver su repugnante mirada paseando de arriba a abajo mi cuerpo. Cuando sonrío noto que le falta algún diente, que tiene dos de oro, y que necesita urgentemente protector labial.

—Bienvenida, señora Zuccarelli —se burla correspondiéndome.

Presiona demasiado, pero sonrío educadamente.

—¿Quieres que te pida el favor aquí o no? —le pregunta Jaxson y regreso con él.

—Vamos a acomodarnos al porche —propone el hombre pero sigue mirándome a mí—. Adelante, por favor —me invita con una nueva sonrisa.

—Mi mujer, Deon —repite Jaxson.

—Pero tú no vas a hacerme pagar por mirarla —le responde el hombre—. ¿O sí? —se burla mirándole.

Cuando sé que Jaxson va a hacer que todo lo que necesitamos no podamos ni pedirlo, y por un comentario de un repugnante hombre, me agarro fuerte a su brazo y apoyo su cabeza en su hombro.

—Puedes mirar lo que quieras, Deon —le explico y él me corresponde con curiosidad—. Pero debes saber que voy a imaginarme que eres él.

El hombre empieza a reírse a carcajadas que dan tanta repugnancia como todo él, pero sorprendentemente Jaxson se calma un poco.

—He oído a hablar de tu fama —me explica y mira a Jaxson—. Yo también me hubiese casado con ella, chico.

—¿Podemos hablar o no? —le pregunta Jaxson.

—Tienes problemas, lo sé —le dice él—. Pero tenemos tiempo. Vamos a tomarnos algo, incluso alguien puede dejarte una moto para que te des una vuelta. Como los viejos tiempos.

—No, gracias —responde Jaxson.

—¿Señora Zuccarelli? —me ofrece entonces a mí.

Escucho las risas. Cuando giro mi cabeza, veo perfectamente la de la chica de la Honda, la del cabello rizado. Todos sus rizos se mueven con sus carcajadas.

—Esa —pido mirando la moto.

—Oh, vaya, vaya. ¿Cómo no nos has dicho que a tu mujer le gustan las motos? —dice Deon riéndose y escucho los golpes en el hombro de Jaxson.

Jaxson protestaría por el contacto, pero estamos en minoría evidente y en un sitio en que las risas de este hombre pueden convertirse en muchos problemas para nosotros. Pero creo que no dice nada porque me mira con sorpresa, y con terror.

—Y tiene buen gusto la chica —añade Deon—. Firefly, trae tus ruedas.

¿Firefly? ¿En serio? Qué evidente. La chica no parece divertirse en absoluto, y empuja su *Café Racer Honda* lentamente hacia nosotros. Cuando Elise da un paso atrás para dejar sitio, también me mira como si hubiese perdido la cabeza.

Yo solo rezo para que no me falle la memoria.

—Cuidado no te rompas una uña —se burla.

—Gracias —le contesto tranquilamente.

—Esto va a ser divertido —susurra alejándose.

La moto pesa y solo estoy sosteniéndola. Sé que Deon me estudia atentamente por eso, e intento que no se note que hace años que no me subo a una de estas, y que las pocas veces que llevé una, alguien me instruía desde atrás.

—Toda tuya, princesa —me dice Deon con una sonrisa—. A ver qué sabes hacer.

Es algo que Jaxson también se pregunta, y espero que nadie más lo note. Ahora me concentro porque, insisto, rezo para que la memoria no me falle. Pero enciendo la moto y Deon sonrío con aprobación. Es casi cómico que cuando giro el manillar, la gente en esa dirección se aparte casi corriendo. Está bien que me dejen sitio para salir de aquí.

Oh Dios mío.

Tengo que concentrarme en recordar para conducir, pero no he hecho esto por impulsividad o porque haya perdido la cabeza. Jaxson está tan tenso que Deon lo aprovecha, y sabe que venimos a pedir ayuda y presume de ello. La charla fácil de las motos puede ayudar, o ganarme un poco su aprobación. Y además, puedo dar una vuelta por aquí, aunque tenga dos motos siguiéndome

detrás, y ahora seis. Me muevo por las calles casi vacías, y abro bien mis ojos.

Es evidente que nuestra llegada ha generado curiosidad. Pero es casi más interesante comprobar qué gente no ha decidido recibirnos. Hay alguna anciana que me mira desde su casita, sin reconocirme. Hay niños jugando en un jardín, y aquí ya no tienen una infancia pacífica, pero no puedo decir mucho porque no sé cómo va a ser la de mi hija. Pero quizás hay algo...

No tengo esa suerte, y tengo que frenar cuando tres motos cortan mi calle.

—El paseo se ha terminado, princesa —me avisa el chico joven que estaba en la entrada.

Jaxson está pálido cuando regreso frente a la casa. Elise también se alegra de verme. El paseo ha sido demasiado largo para Deon, y por eso ha mandado a su gente a por mí.

—Sabes montar una moto —me dice cuando detengo el motor y no me bajo—. Tienes descaro, le echas huevos aunque tienes miedo, y defiendes a tu marido —añade—. Por lo que sí eres la perfecta señora Zuccarelli, y sé que ese paseo no ha sido improvisado.

Técnicamente sí lo ha sido. Jaxson le ha pedido a Elise que abriese sus ojos. Sabe qué hacen los Red Shadows, pero si hay una prueba de ello aquí mismo, puede usarla a su favor. Esto ha sido más efectivo.

—Sabes que queremos ayuda —dice Jaxson y respiro con alivio.

El paseo en moto ha sido suficiente para mí. Para mi cuerpo, mi mente, y para la salud de Jaxson. Improvisar no le gusta y, aunque creo que he podido ayudar, es suficiente.

—Porque por eso estamos aquí —sigue Jaxson—. Y vas a hacernos pagar por ello, lo cual es justo —añade y Deon cruza sus brazos—. Pero no vamos a cruzar ciertas líneas —le avisa.

—Nosotros nos olvidamos de lo que he visto en mi paseo —explico.

Deon me mira con curiosidad, Jaxson con pánico.

—Y pagamos con dinero tu ayuda —sigue Jaxson—. Depende de ti de cómo quieras invertirlo.

—Parece un trato interesante —le explica Deon—. Uno que no me esperaba de ti. Al final sí que vas a parecerte a tu viejo.

—Si me causas algún problema, voy a financiar a los *Devil's Legion*, van a recuperar su territorio, y tú vas a regalarles todo esto porque vais a tener que huir —añade Jaxson—. Los que decidan quedarse contigo, claro está.

Bueno, Jaxson ya no puede echarme la bronca por el paseo improvisado. Yo ahora puedo echársela a él por amenazar literalmente a este hombre, con toda su comunidad *armada* alrededor, sin que nadie sepa que estamos aquí, y con Elise como nuestra única alidada.

El viejo asqueroso se ríe.

—Adelante, vamos a hablar de lo que necesitáis —nos invita.

Irónicamente, todo es mucho más fluido y relajante una vez ha pasado este primer momento. Dejamos atrás las intimidaciones en la puerta, la espera, las improvisaciones, los retos, y simplemente hacemos un intercambio de favores. Un montón de dinero que prefiero no saber cómo va a usarse, por información que pueda ser útil. Si encuentran a esos cuatro, a Eastern Santos, o cualquier Patricelli involucrado, o a Vittoria, vamos a pagar mucho más.

Y cuando empiezo a respirar un poco mejor porque escucho que la valla metálica se cierra detrás de mí y veo nuestra furgoneta, me falta el aire porque veo una idéntica al otro lado de la calle, y especialmente porque reconozco a quien está apoyado en su capó.

Grayson Luzio en un traje de tres piezas en azul turquesa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Jaxson con angustia.

—Habéis dejado esa furgoneta sin vigilancia mientras estabais dentro —le explica Grayson—. ¿En serio quieres subirte ahora?

Jaxson le sonríe, y Grayson le lanza unas llaves que previsiblemente son de la segunda furgoneta.

—Un placer verle, señor Luzio —le dice Elise abriéndole la puerta trasera—. Gracias por su ayuda.

—Subirme a la parte trasera de una furgoneta de lavandería —protesta Grayson en un susurro.

Lo hago detrás de él, todavía sorprendida por verle aquí, y él mismo enciende la linterna de su móvil. Cuando Jaxson se acomoda en el suelo con nosotros, ninguno de los tres sabe cómo empezar esta conversación.

— ¿Por qué nunca me has contado que sabes conducir una moto? — me pregunta Jaxson.

— ¿Por qué jamás me has dicho que hablas perfectamente español? —le pregunto yo.

Ninguno responde porque Grayson empieza a reírse, y le miramos.

—En serio, necesitáis una cita normal —nos dice—. Urgentemente.

.

CAPÍTULO 10

Lo bueno es que Grayson ha sido bastante más inteligente que nosotros y ha encontrado un fallo en el plan de vuelta. Lo malo es que se lo ha contado a todos. Así que, cuando regresamos al hotel y hacemos lo mismo que antes, la policía vuelve a seguirnos por una razón desconocida, y finalmente llegamos a casa, hay unas cuantas personas que esperan explicaciones. Incluso Easton está en la pantalla del comedor de la cocina.

—¿Sigues celoso? —le pregunto a Jaxson divertida mientras me da una taza de té.

—No estoy celoso —me responde sentándose a mi lado con su café.

—Está muy celoso —confirma Madison burlándose—. ¿Estás celoso porque el novio de Eleanor le enseñó a ir en moto?

—Hace más de una década —puntualizo yo y miro divertida a Jaxson antes de dar un sorbo a mi té.

—Ni siquiera te gusta ir en moto —le dice Brayden—. Y no me puedo creer que a mí no se me haya invitado a eso —añade y me mira—. O que jamás me hayas dicho que sabes ir en moto.

—No me lo ha dicho a mí, te lo dirá a ti —replica Jaxson.

—Está celoso —le provoca Madison.

—Definitivamente —le apoya Tyler con una sonrisa y cruza sus brazos—. Y los dos tenéis demasiada impulsividad y poco cerebro.

—Y con la urgente necesidad de una cita en condiciones —añade Violet.

—Gracias —agradece el apoyo Grayson. Después mira mal a Gianmarco—. ¿De qué te ríes?

—Hubiese pagado muuuucho dinero para ver eso —explica él y frota su cabello con una mano—. Y me ofende que no me hayas invitado tampoco.

—East, ¿ves cómo tienes que venir ya? —le pregunta Brayden mirando la tele—. Te estás perdiendo el señor y la señora Zuccarelli de aventuras y mintiéndonos a todos de nuevo.

—Íbamos a contarle —me defiende.

—No si este no se chiva —replica Madison y señala a Grayson con su cabeza.

—Empiezo a preguntarme por qué eres mi favorito —se burla Jaxson suavemente.

—¿Porque he conducido una furgoneta de lavandería industrial para venir a rescatarte, por ejemplo? —se burla de vuelta Grayson—. ¿De qué te ríes ahora? —añade de nuevo para Gianmarco.

—Hubiese pagado más dinero para verte en un traje de *Hugo Boss* conduciendo una de esas —le explica Gianmarco y no es el único que se ríe.

—*Givenchy* —le corrige rápidamente Grayson y toca el puño de la camisa de su nuevo traje.

—Eso ha sido peligroso —dice Easton y miramos todos la pantalla—. Lo de Zucca y Eleanor.

—Ha sido una locura —añade Brayden y nos regaña con su mirada—. Hubiesen podido mataros.

—No iban a hacer nada —replica Jaxson.

—Sin seguridad, sin ayuda, y solo con Elise —enumera gesticulando con sus dedos—. No te ofendas, Elise.

—Gracias, señor Occhionero —le dice ella con una sonrisa cordial.

—Pero ellos no sabían eso —le explica Jaxson.

—Era bastante evidente —se defiende Madison.

—Hemos venido solos y escondidos, y es algo que ellos han valorado porque a ninguno nos

interesa llamar la atención y yo en esta ciudad empiezo a hacerlo fácilmente —le explica Jaxson—. Pero eso no significaba que nadie supiese dónde estábamos, y ellos no iban a causar tres muertes por una guerra que les saldría muy cara.

—Es que nadie sabía dónde estabais —puntualiza Brayden y ahora mira mal a Grayson.

—Te he avisado —se defiende Grayson.

—Con un mensaje de móvil cuando ellos ya estaban contigo en la furgoneta —especifica Brayden.

—Sigue siendo mi favorito.

—Gracias, Sky —le agradece Jaxson con una sonrisa—. Tú también el mío.

—Oh, no empecemos. Esto es peor que el “nena” —protesta Madison.

—Ha sido muy peligroso —insiste Easton y miramos nuevamente la pantalla.

—Tiene razón —le apoya Tyler—. ¿Y merece la pena pedirle ayuda a los *Red Shadows*?

—Otras veces hemos pagado a otra gente para algo parecido —le explica Jaxson—. Gente que no es tan diferente a ellos. Y teniendo en cuenta que los propios Patricelli han causado lo que han causado, ¿no parece una buena idea buscar ayuda externa?

—A un club involucrado en la trata de personas —le recuerda Tyler.

—Por lo que son buenos encontrando a gente que quiero yo —defiende Jaxson—. O que quizás comprarían a Vittoria, y lo harán ahora porque voy a darles más dinero, que es lo que quieren. Joderme no les ayuda en absoluto.

—No es una buena idea, Zucca —le dice Easton—. Y esto se aleja mucho de quién eres.

—No me toques los cojones —le pide Jaxson—. O si quieres hacerlo, ven y baja hasta aquí. No tienes nada.

—Y no es su culpa —le recuerdo yo y Jaxson me mira mal—. No lo es.

—Pero no tiene nada —me dice—. Y no lo tienes tú —añade para Brayden—, pero tú ni siquiera has dormido —le dice a Violet—, y tenemos a la policía siguiéndonos a saber por qué, una guerra civil con los Patricelli, y encima estamos enjaulados en una casa con vecinos —enumera—. ¿Qué me queda sino pedir ayuda?

—Vas a pagar un precio muy alto por esto —le dice Easton.

—¿Qué cojones te pasa? —le pregunta Brayden—. Vale, ha sido peligroso, pero tiene razón, no es una primera vez. Y tenemos el suficiente poder y dinero todavía como para poder detenerles si esto se descontrola.

—¿Te crees que la policía y los Patricelli son los únicos que saben que estáis en esa casa? —le pregunta Easton—. Pueden venir ahora mismo y mataros a tiros a todos.

—Easton, ya basta —le detengo.

—Es nuestra jodida vida, Easton —le dice Jaxson y se levanta del sofá cabreado—. Es nuestra vida. Es así —añade—. Los Patricelli pueden entrar por esa ventana —le explica señalando el jardín—. Amigos de mi padre como lo era Cavallazzi pueden entrar por esa puerta —enumera—. La policía puede acampar en la misma calle —dice enfadado—. Es que hasta los Delle Donne pueden resucitar y bajar por la jodida chimenea como Papá Noel —añade—. Es nuestra jodida vida. ¿Qué nos queda? Dime algo más. No tenemos nada.

—Estamos todos en peligro.

—¿Qué cojones, East? —le pregunta de nuevo Brayden.

—¿Puedes decirnos de una vez qué te pasa, por favor? —le pregunta Grayson—. Estamos preocupados, y sabemos que no quieres venir por algo.

—Aunque parezca que no haga nada, puedo hacer lo mismo desde casa —replica Easton—. Os llamo si hay algo nuevo.

Y la pantalla se vuelve negra. Jaxson maldice en italiano tan rápido que ni le entiendo. Abre y cierra la puerta que da al jardín con la misma fuerza, y miro con preocupación cómo empieza una llamada telefónica dando vueltas a la piscina.

—En serio, Easton esconde algo y es grave —dice Madison —Hay que sacárselo.

Noto las miradas enseguida.

—Lo he intentado —me defiende.

—Inténtalo más —me pide Madison—. Has ido en moto por un campamento de motoristas como si lo hicieses cada día —añade y acaba con una sonrisa—. Oh, te voy a comprar una moto por tu cumpleaños.

—No me gustan —le explico.

—¿No te gustan? —me pregunta Gianmarco muy sorprendido—. ¿Y aun así...?

—Y después nos quejamos de Zucca —susurra Brayden divertido.

—¿Nos centramos en esto? —pregunta Violet y señala el jardín.

—Habla con él —le pide Brayden a Tyler—. A ver qué hace.

—Algo me dice que pedirle a alguien que investigue a East —le explica Tyler levantándose del sillón—. Esperemos que no sea a los Red Shadows.

Abre la puerta del jardín, pero se detiene antes de salir.

—¿Qué? —pregunta Brayden impaciente.

—Letta, ¿puedes venir? —pregunta su hermano—. Creo que está hablando en ruso, pero no lo sé.

—¿Ruso? —pregunta Grayson sorprendido.

¿Hoy también descubro que habla ruso? Voy a matarle.

—Es ruso —confirma Violet.

—¿Qué dice? —pregunta Grayson.

—¿Habla ruso ella también? —pregunta Gianmarco en un susurro.

—Cállate —le regaña Grayson.

—Está pidiendo que investigue a... —explica Violet.

Creo que se detiene porque Jaxson se gira hacia la casa y nos ve. De hecho, visiblemente se despide y entonces viene hacia nosotros.

—¿Con quién hablas en ruso? —le pregunta Violet—. Puedo ponerme celosa —avisa algo incómoda por haber estado todos espionando.

—A alguien que me debe un favor y que va a decirme qué cojones hizo Easton en Chicago que le hace ser un capullo incluso con ella —explica Jaxson y me mira brevemente.

Cuando le sonrío, espero que se calme, pero es casi lo contrario. Después noto que está fijándose en algo detrás de mí que le causa esta reacción. Es alguien y es Elise.

—El inspector Sanders está en la puerta, señor —anuncia Elise.

—¿Cómo? —le pregunta Violet muy sorprendida.

—¿Por qué no sales por atrás y nos encargamos nosotros? —le propone Tyler a Jaxson—. Zucca, no sé si es el mejor momento que le ofrezcas café y galletas a ese hombre.

—He tratado con la policía antes—defiende Jaxson y mira a Elise—. ¿Ha dicho qué quiere?

—Hablar con usted, señor —le responde ella.

—Invítale a entrar, entonces —le pide Jaxson.

—¿Estamos seguros de que recibirle juntos...? —pregunta Tyler.

Yo tengo mis dudas como el médico rubio. Me acerco a Jaxson, pero casi ni me mira porque la puerta del pasillo le interesa más. Nadie dice nada, por lo que escuchamos a Elise y sus formalidades cuando recibe al inspector Sanders.

Es la primera vez que le veo en persona. Jack Sanders ya no me transmitió algo bueno a través de la pantalla de la tele, o escuchándole cuando hablaba con Jaxson al teléfono. Hoy compruebo que aquí mismo la sensación es la misma. También es más alto de lo que parecía en la tele.

No ha venido solo, por lo que le acompañan dos oficiales vestidos de uniforme. Él es algo más informal con pantalones oscuros, una camisa de un blanco apagado con los botones superiores desabrochados, y una chaqueta de traje que lleva colgada de un brazo. Grayson me lo dirá más tarde, pero que se presente con la chaqueta así es como si quisiera pretender que no le intimidamos, o que no nos respeta como para ponerse la chaqueta apropiadamente o sujetarla de una forma que no sea como si hubiese salido de un bar.

—Buenos días, jefe Sanders —saluda Jaxson.

—Señor Zuccarelli —le corresponde.

En otra vida, este hombre podría ser alguien de los *Red Shadows*. Es un muy corpulento, y con una barriga que casi roza el cuerpo de Jaxson cuando se dan la mano y la mirada de asco por Jaxson ya la tiene también.

— ¿Un café? —le ofrece Jaxson—. Tenemos unas galletas excelentes.

Se está burlando del comentario de Tyler de antes y no sé si es una ayuda precisamente.

—No, no se preocupe. Muchas gracias. No quiero molestarle —le responde—. Parece que he interrumpido algo.

— ¿A qué debemos el honor de la visita, entonces, inspector? —le pregunta Jaxson.

Deberíamos presentarnos. Ofrecerle una silla a él y a sus acompañantes. Pero nadie dice nada y creo que precisamente esto molesta al inspector. De nuevo, no sé si es muy inteligente cabrearle porque parece que ya tiene un evidente rencor hacia Jaxson.

— ¿Por qué no nos sentamos? —ofrezco rápidamente.

—No se preocupe, señora Zuccarelli, se lo agradezco pero esto tenía que ser una visita rápida —me explica el hombre y entonces cruza sus brazos, con la chaqueta colgando de su codo todavía.

En realidad, creo que el inspector Sanders habitualmente usa su cuerpo grande y corpulento para intimidar a la gente. Es cierto que Jaxson físicamente está en desventaja, pero sé que no se siente intimidado tan fácilmente. Tampoco creo que ayude su sonrisa burlona de este momento, pero bueno, podría ser peor.

— ¿Y a qué se debe la visita rápida? —le pregunta Jaxson—. O el seguimiento policial, ya que estamos en ello.

—Señor Zuccarelli, le avisé de que quería estar en contacto con usted y usted sigue implicado en una investigación policial abierta —le responde el inspector Sanders.

—Algo me dice que sus hombres no me siguen por protección, y eso que hay motivos de sobras porque ese incendio fue provocado, seguramente por alguien que intenta destruirme usando muchas vidas inocentes —defiende Jaxson—, pero me siguen como si yo mismo hubiese encendido la primera llama.

—Son cuatro trabajadores de sus empresas que no encontramos por ninguna parte —le corresponde el inspector—. Y algo me dice que usted también está buscándoles.

— ¿Esto es un delito? —le pregunta Jaxson—. Y que esas cuatro personas trabajasen para empresas que son mías, pero que personalmente ni tan solo dirijo o conozco a sus trabajadores, ¿me convierte en culpable de algo?

—Le voy a ser muy sincero, señor Zuccarelli, aquí hay algo que se nos escapa, pero creo que usted ya sabe —le corresponde el inspector—. De la misma forma que conoce muy bien que esas patrullas solo hacen su trabajo, y que puedo contactar con usted como miembro activo de una

investigación policial. Porque tiene un pequeño ejército de abogados, y sabe que lo mejor es que usted nos deje hacer el trabajo a nosotros.

—Trabaja en nombre de la ley, inspector Sanders, no es dueño de ellas.

Jaxson.

—Desgraciadamente, he visto muchos incendios y he participado en muchas investigaciones policiales —añade el inspector, pero lo dice con una sonrisa—. En su caso ocurre algo muy curioso. Normalmente, los supervivientes, especialmente en estos primeros días, apenas pueden procesar lo que han vivido. Pero poco a poco, empiezan a buscar culpables —explica—. La compañía eléctrica, la compañía del gas, su arrendador, el mismo alcalde... —enumera—. O el propietario del edificio en el que trabajan por no procurar un poco más su seguridad.

Por suerte, Jaxson se muerde la lengua. Admito que yo también quiero replicarle a este hombre.

—En su caso, casi parecen agradecidos por haber podido huir por una escalera de emergencia que era una ratonera —añade el jefe Sanders—. Ayer mismo esta gente estaba en un edificio que ardía en llamas, y algunos de ellos están demasiado calmados por haber vivido la peor experiencia de su vida.

—Inspector —interrumpe Tyler y para mi sorpresa se acerca a ofrecerle su mano—. Tyler Patricelli. Soy médico y me parece arriesgado empezar a sacar conclusiones porque, como usted bien ha dicho, apenas han pasado veinticuatro horas. Es probable que una parte de las víctimas ni tan solo comprenda lo que ha ocurrido, y por ese motivo aparentemente parecen calmados.

—Oh, lo lamento, señor Patricelli, por lo que sabíamos usted no ha terminado sus estudios de Medicina en la Zuccarelli University, consecuentemente no ha pasado los requerimientos técnicos específicos, por lo que no es un médico registrado en este país —le corresponde el inspector con una calma y una desfachatez que dejan sin palabras a Tyler y cabrean más a Jaxson.

—¿Está insinuando algo, inspector? —le pregunta Jaxson a regañadientes.

—Eso depende de lo que usted considere como insinuación —le responde él—. ¿Tengo motivos para sospechar que no está siendo la ayuda que defiende ser, sino que está entorpeciendo mi trabajo?

—Esa es una acusación grave —le corresponde Jaxson—. Sus hombres me siguen a todas partes, no es la primera vez que usted me acusa de algo, le he dejado entrar en mi casa, está cuestionando mi voluntad de ayudar, y se presenta aquí como si supiese exactamente qué ocurrió ayer y me considerara culpable de algo.

—Sé que usted no es solo el perfecto empresario americano —defiende el inspector—. Y que dice menos de lo que sabe. ¿Tiene algo más para aportar a la investigación?

—No —responde Jaxson.

—Entonces estaremos en contacto para cuando sí lo tenga. Les deseo un feliz día a todos.

Cuando él y el otro se van con Elise hacia la puerta, me agarro fuerte al brazo de Jaxson para calmarle con mi gesto. No funciona mucho.

—¿Qué demonios ha sido esto? —pregunta Tyler porque como siempre es el primero en recuperar sus palabras.

—Lo lamento. No tenemos nada, señor —se disculpa Elise con Jaxson.

—Tiene que haber algo. Esto es personal —responde Jaxson—. Y que los abogados hagan algo ya. Este tío no puede presentarse así y...

—Enseguida, señor —le corresponde Elise y se aleja de la cocina.

—¿Qué problema tiene este capullo? —se pregunta Madison.

—No lo sabemos —le recuerda Brayden—. Pero hay que averiguarlo rápido. Esto casi me da más miedo que los Patricelli.

Jaxson mira fijamente la pared, y sé que no está concentrado en ella sino que intenta recordar qué motivos puede tener el inspector Sanders para comportarse así. No creo que lo sepa ya cuando nota mi mirada y me corresponde.

—Habla ruso —le pido.

Me mira con confusión, pero después se le escapa una sonrisa involuntaria. No entiendo ni una palabra de lo que me dice, pero sí su mirada.

—Realmente necesitáis una cita —defiende Madison.

—Urgentemente —reitera Grayson de nuevo.

Elijo ser feliz con Jaxson hablándome en ruso porque la actitud de Easton me preocupa demasiado, las nuevas amistades me dan mucho miedo y las visitas inesperadas me parecen escalofrantes.

CAPÍTULO 11

Aunque ya estamos a veinticinco de marzo, técnicamente han pasado seis días desde que dejamos a Alice en casa porque el lunes lo cuento como un día en Los Angeles y no en casa. Seis días. Es un absoluto infierno, y eso que agradezco poder dormir lo poco que puedo dormir sin que ella interrumpa mi sueño. Le echo de menos. A ella, a Mephisto, a todos los que siguen en casa. Pero es especialmente difícil con mi hija.

No puedo quejarme. Está en casa, sus bisabuelos están encantados con ella, e intento pensar que Dona no está aprovechando la ocasión como despedida porque finalmente ha aceptado ir a Boston para ese ensayo. Hay gente que no ha regresado a sus casas. Seis días después del incendio, la torre Zuccarelli está estable, pero Jaxson ya ha decidido que va a derribarla. La presión por parte de la prensa, los inversores, las autoridades que investigan el incendio, los abogados, y naturalmente las propias familias es algo insostenible. Pero, de nuevo, no puedo quejarme. El recuento de personas que perdieron la vida en ese incendio es de veintisiete, y podrían haber sido muchas más. Precisar una cifra de heridos es más difícil, porque cada persona que vivió ese horror va a acodarse para el resto de su vida, pero el grado de las heridas físicas también es diferente. Así que realmente no puedo quejarme.

Pero sí agradezco una distracción, o poder hacer algo para ayudar. Por lo que entro en la habitación de mi nueva jefa. Violet está poniéndose sus zapatos sentada en la enorme cama. Me encantan los pantalones borgoña que se acercan más a un lila oscuro, y la blusa negra es sofisticada como los zapatos de tacón de aguja que está poniéndose.

— ¿Qué hago hoy?

— ¿Alice? —me pregunta ella mirándome.

Me acerco al espejo que hay junto a su puerta y compruebo que mi maquillaje está bien, pero mis ojos están un poco enrojecidos. Sí, no me visto como ella, pero hago un esfuerzo con el maquillaje porque ahora que puedo dormir sin interrupciones de Alice, bueno, no tiene sentido, pero no duermo porque no tengo las interrupciones de Alice.

— ¿Por qué no vais a buscarla? —me pregunta Violet entonces.

—Está mejor en casa.

—Zucca lo dijo el otro día —me recuerda—. Nuestra vida es así, siempre va a ser así.

—Ella no nos echa de menos en absoluto.

— ¿Llorabas porque la echas de menos o por eso? —me pregunta con una sonrisa y me río.

— ¿Qué hago? —le pregunto—. ¿Sigo con lo de ayer?

—Sí —afirma.

—Cuando termine, ¿quieres que organice por bloques prioritario, urgente, y lo que descartamos para más adelante? —le propongo—. Y estoy haciendo una lista con cada proyecto que sale en California por si quieres acercarte o enviar a alguien.

—Sí, por favor —me pide—. ¿Por qué no trabajas oficialmente como mi asistente personal? —me pregunta—. Creo que he encontrado a mi Elise White —añade y me hace reír—. En serio, se te da bien organizar —elogia—. Sorprendentemente.

—Feliz de ayudar —le respondo.

—Gracias —me agradece y se levanta de la cama—. Aunque, bueno, creo que hoy vas a querer ir a los funerales. Hay unos cuantos, por ser sábado y así —añade—. Zucca no te había dicho nada —adivina instantes más tarde.

—Y por eso me gusta trabajar contigo —le digo con una sonrisa—. Entre otros motivos.

—De verdad que a veces me gustaría darle una buena hostia —me explica mientras recoge su bolso del tocador—. Después recuerdo que seguimos viviendo en una casa como esta y todavía aguanta. Y que él también echa de menos a la niña.

Jaxson aguanta sorprendentemente bien, aunque ahora no puedo echarle la bronca por dormir poco y trabajar demasiado porque hago exactamente lo mismo. Quien se toma con un poco de más calma las primeras horas de la mañana es Brayden, aunque sé que ha llegado a casa a las cuatro. Está inmóvil frente al ventanal del salón delantero. Apenas hemos usado este espacio y el comedor formal de la derecha porque Jaxson se pone realmente nervioso cuando ocupamos la parte delantera de la casa. Brayden ha movido un sillón beige del salón, aunque no lo ha girado y por eso se sienta en su respaldo para mirar por la ventana.

—Amore, ¿qué haces? —le pregunta Violet—. Vete a dormir un rato.

—Zucca —dice Brayden con la mirada absorta.

—¿Qué le pasa a Jaxson? —pregunto con curiosidad.

—Que es la criatura más sorprendente que he conocido jamás —me responde.

Violet y yo nos acercamos a él enseguida y miramos por la ventana como hace él. Jaxson, todavía con los pantalones de pijama negros y su camiseta, está en chanclas en el jardín. Del vecino. Del vecino de enfrente. Hablando con él. Con una taza de café en la mano. Y el vecino va en batín, veo su cabello blanco desde aquí, el periódico bajo su brazo, y el perro negro pequeño que corretea por el césped sé que también es suyo.

Solo alejamos la mirada de Jaxson cuando algo rosa nos llama más la atención. Es alguien, naturalmente. De hecho, es Brina Varallo, y los tres la saludamos con la mano mientras se acerca a la puerta. Es Violet quien va a recibirla, y cuando se abrazan repito eso de que estas dos no pueden ser más diferentes físicamente, pero se parecen de todas formas. Brina también me causa una sonrisa. Viste un vestido precioso formal en rosa palo, y dudo que sea del mercadillo que me mencionó, pero si lo es necesito ir urgentemente. Lo que me causa una sonrisa son sus altas botas de tacón negro. Hoy hace un día nublado en Los Angeles, y un poco más templado que los últimos días. Me acuerdo de cuando eso ocurría en Florida y yo aprovechaba para ponerme unas botas. Ahora veo a Brina con unas y me da calor.

—Buenos días —nos saluda—. Oh, sí que me esperabas —le protesta a Violet.

—Que no, que estábamos aquí mirando a Zucca.

—Le he visto hablar con el señor Grissom, sí —dice ella con confusión.

—Estábamos mirando eso. Que hable con él es... —explica Violet—,...es realmente extraño —añade—. Bueno, ¿lista? Y gracias por hacer esto. Si algo necesito es un banco que me ayude ahora.

—Primer sábado de mi vida que no me da pereza trabajar —le explica la morena con una sonrisa—. Y el banco es tuyo —añade divertida—. Vuestro —especifica—. Es lo que le digo a mi jefe cada vez que protesta por algo.

—Trabajar con tu padre tiene que ser divertido —le dice Brayden.

—Sí, la verdad es que sí —acepta ella con una sonrisa—. Oye, por cierto, empiezan a ponerse pesados con lo de cenar algún día. Saben que no es el momento, y no sé si cenar todos y ellos dos será incómodo o algo.

—Para ti en todo caso —se burla Violet—. Amamos a tus padres. Vamos a hacerlo. Aunque tiene que ser en tu casa o en esta, porque no podemos salir ahora mismo a donde vamos siempre.

—¿Qué os parece mañana? —pregunta ella—. En la nuestra.

—Sí, por supuesto —le respondo—. ¿Qué podemos traer?

—Um —reflexiona ella—. Voy a decirle a Justin que encienda la barbacoa, así que si queréis poder traer el postre o algo. Si queréis, eh, sino compro algo porque no quiero cocinar algo.

—Ella no va a cocinar tampoco —dice Brayden divertido y recibe un guantazo por ello.

—No me gusta cocinar, pero puedo traer algo perfectamente —me defiendo.

—Gracias —dice Brina sorprendiéndome—. Por fin una mujer a la que no le gusta cocinar. Dios, por favor, díselo a mi madre a ver si le entra en la cabeza —añade y me hace reír.

Nos despedimos de las dos muy pronto, y como Jaxson sigue muy animado en su conversación con el vecino, yo me voy a la cocina a desayunar. Hoy lo hago por el salón, y abro la preciosa doble puerta de cristal para ello. Solo están Tyler y Grayson. El primero acercándose a la mesa de madera, el segundo ya sentado en una silla con su móvil frente a él. Y, naturalmente, no hace falta decir quién viste un traje de tres piezas y quién sigue en pijama.

— ¿Cuántas veces has visto este video ya? —pregunta Tyler dejando dos platos en la mesa—. Esta mañana —especifica.

—Siete y van a ser ocho —le responde Grayson y entonces le mira—. ¿Dónde está mi hermana?

—Te lo he dicho, con Elise haciendo no sé qué.

— ¿Debería preocuparme? —le pregunta.

—No, es algo de los Luzio porque ella está trabajando en vez de ver por millonésima vez un vídeo de Alice saludándote.

—Por ti —especifica Grayson—. Se ha ido hace un par de horas y ya le echas tanto de menos que me preparas el desayuno sin pedírtelo como haces con ella —añade.

—Oh, mira, Eleanor —dice Tyler cuando me ve—. Buenos días, ¿quieres el desayuno que Grayson no aprecia? —me ofrece.

Pero me río porque Grayson tira de su plato y está claro que lo acepta. Tyler le mira divertido y sé qué espera.

—Gracias, cuñado —se burla Grayson.

—Hay más si quieres —me explica Tyler.

No tengo tanta hambre como ellos, y Brayden creo que agradece que haya dejado algo para él cuando también se sienta en la mesa con nosotros.

— ¿Habéis visto a Zucca? —les pregunta a los otros dos.

—Sí, tío, surrealista —le responde Tyler y se ríen.

—Lo hace por la policía —les explica Grayson mientras mira por octava vez el vídeo.

— ¿El qué? —le pregunta Brayden con confusión—. ¿Otra vez con esto?

—Ocho ahora —le explica Tyler.

—Ocho mil en todo caso —corrige Brayden—. ¿Qué hace por la policía?

—Hablar con ese vecino —le responde Grayson y deja el móvil en la mesa—. Ayer cuando regresamos de casa de los D'Amelio se detuvo en la casa de la esquina, se bajó del coche y se presentó a la vecina.

— ¿Hizo qué? —pregunta Tyler muy sorprendido y yo también lo estoy.

—El otro día estaba hablando con Brina frente a su casa, se acercaron los vecinos del otro lado porque aparcaron el coche, y también estuvo un rato con ellos.

— ¿Por qué? —pregunta Brayden—. ¿Y por qué nos hemos perdido esos momentos históricos?

—Lo hace por la policía —insiste Grayson—. Llevan toda la semana siguiéndonos, especialmente a él.

—Sí, no son discretos —le recuerda Brayden.

—Precisamente —le dice Grayson—. Somos muchos, hay muchos coches, gente que entra y sale de aquí, seguridad que ni siquiera con vaqueros puede disimular, y ni te cuento si se enteran que hay agentes de la policía vigilándonos día y noche.

—¿No pueden hacer algo los abogados? —protesta Brayden.

—Demasiadas justificaciones legales —le explica Tyler.

—Así que está haciendo todo esto para ganarse a los vecinos —le digo a Grayson.

—Y tu marido puede ser una miss cuando le interesa —me recuerda mi mejor amigo.

No hace falta que le dé la razón, y no tengo tiempo para hacerlo porque escuchamos la puerta principal. En pocos instantes, Jaxson entra en la cocina y lo hace con el que creo que era el periódico del vecino.

—Empezábamos a preocuparnos —le dice Brayden—. Podrías habernos dicho que estás intentando que te nombren vecino honorífico de la calle para controlar a la policía —añade—. Pensábamos que simplemente comentabas el día nublado que se presenta hoy y los preparativos de la pretemporada de los Dodgers.

—La carrera de mañana en Fontana —explica Jaxson, aunque me alegra saber que no soy la única que no entiende nada.

Se aleja hacia la cocina para preparar su desayuno también, y el resto le miramos expectantes para que nos dé algo más de información.

—Cup Series —añade—. NASCAR —sigue—. Tengo un equipo, compite mañana en la carrera de California precisamente, en Fontana.

—Sabemos que tienes un equipo —le dice Brayden—. Porque nos gusta esa competición, y porque nos da bastante dinero —añade—. ¿Pero para comentarlo con un vecino? Sigue siendo raro, aunque lo hagas por la poli.

—Están todo el día siguiéndonos —repite Jaxson.

—Esto empieza a ser personal —reflexiona Tyler.

—Esto lleva desde que empezó siendo personal —replica Jaxson.

—¿Qué ha encontrado Easton del departamento? —le pregunta Tyler.

—Lo mismo que nosotros, un montón de mierda —le responde Jaxson—. ¿Pero de Jack Sanders? Es un santo o algo —añade y me mira—. Lo siento, nena.

—Me desespera también —le digo con una sonrisa.

—¿Los *Red Shadows*? —pregunta Grayson.

—Nada —le responde Jaxson con frustración.

Cuando se sienta a mi lado en la mesa, besa mi cabeza suavemente antes de robarme el trozo de beicon que técnicamente he cogido para él. Sabía que si Brayden iba detrás de mí, era probable que Jaxson se quedase sin nada.

—Gracias —me dice porque no es la primera vez que se lo hago.

—No hay de qué —le correspondo—. ¿Por qué no me has comentado nada sobre los funerales?

Y echa un suspiro antes de comerse el trozo que he reservado para él.

—¿Ya empiezan? —pregunta Grayson—. Vengo con vosotros —añade y mira a Tyler—. Porque yo también trabajo. Y tú podrías venir también en representación de los Patricelli.

—Solo me quieres para ponerme un traje y una corbata —le replica Tyler.

—Es que mejoras mucho con ello y procuro para el beneficio de mi hermana —se defiende Grayson.

—No tienes tantas consideraciones para la cuenta bancaria de Zucca —ataca Tyler.

—Te ha jodido, Grayson —le dice Brayden riéndose—. Esta vez te gana él —añade—. Oye,

vengo con vosotros. Occhionero también —propone.

—Podríamos llamar a Easton para tener representación Capuzzo —dice Tyler—. Pero ni para eso vendría.

— ¿Ha averiguado algo ya tu contacto ruso y secreto? —le pregunta Grayson a Jaxson.

—No —responde Jaxson y coge una cucharada de yogur—. No voy a añadir más.

—Ni siquiera tú lo sabes —reflexiona Brayden mirando a Grayson.

—Ella tampoco —dice Tyler y me señala a mí con su cabeza.

—Vamos a hablar de los funerales entonces —propone Jaxson—. Porque sigo sin pensar que es buena idea —añade y me mira.

—Lo he hecho otras veces —me defiendo—. Es importante. Y ya que estamos tan vigilados, si alguien te ve hablando en pijama con el vecino de una carrera de coches, pero no te tomas tu tiempo para dar el pésame, pueden molestarse y lo comprendería.

— ¿Qué culpa tengo de que cuatro Patricelli pierdan la jodida cabeza y provoquen eso? —me pregunta.

—Yo sé que ninguna, pero la policía nos vigila por eso. Puedes pensar que alguien con mucho dolor encontrará una forma irracional de justificarlo también —le explico—. Y de nuevo, lo comprendería.

— ¿En serio quieres ir? —me pregunta.

—Debemos ir —le corrijo—. Subo ya para empezar a arreglarme. ¿Te acabas tú esto, por favor? —le pido y le acerco mi plato.

Escuchamos la puerta de nuevo, y es Gianmarco con un casco de moto en su mano.

— ¿Quieres, Eleanor? —se burla y me río un poco—. A Zucca le alegrarías la mañana.

—Capullo —le insulta Jaxson con una sonrisa—. ¿Dónde estabas?

—Tiene razón —dice Brayden—. Oye, hemos hecho una apuesta para saber cuándo le compra una moto a Len. ¿Entras?

—Ni siquiera apostamos que le va a comprar una, ¿no? —pregunta Gianmarco riéndose.

—No me gustan las motos —insisto—. Os lo dije —añado levantándome de la mesa.

—A Zucca le gustas en una moto —defiende Brayden—. Es motivo suficiente para que te compre una.

— ¿Vas a decir algo, por favor? —le pido a Jaxson divertida—. Oh, no me digas que ya has comprado una.

—No —rechaza para mi alivio.

—No puede decirte lo que está intentando controlar en este momento con la imagen mental de tú en una moto —me explica Gianmarco riéndose mientras se sienta en la mesa, y Brayden y Tyler se ríen con él.

—Puede imaginárselo perfectamente porque es su marido y le conoce mejor que tú —gruñe Grayson.

—Buenos días, flor de mi vida —se burla Gianmarco.

—Ya tengo náuseas —protesta Grayson y aleja el plato con una mano.

—Oye, mañana cenamos en casa de Brina y su novio —le explica Brayden—. ¿Te apuntas? —le pregunta—. Sabes quién es, ¿no?

—Propietaria de la casa en la que duermes —le explica Grayson a Gianmarco con sarcasmo—. Para mi desgracia.

—Brina Varallo —añade Brayden—. Sí la conoces, ¿no? O la habrás visto estos días.

—Sí —afirma Gianmarco—. Pero me voy a la cama ahora, y es probable que por la noche esté fuera. Trabajo mejor por la noche.

—Déjalo y ven con nosotros —le pide Brayden.

—Me lo pensaré, pero trabajo mejor por las noches —añade y mira a Grayson.

— ¿Qué? —le pregunta el aludido de la mirada.

—Estoy esperando tu comentario gracioso.

—No hace falta, solo hay que ver las horas a las que regresas oliendo a tabaco y con la ropa de ayer —le replica Grayson con una mueca falsa—. Me voy a vestir yo también —añade—. Ahórratelo —le ordena a Gianmarco señalándole con un dedo.

—Vas en un traje de tres piezas —le dice él ignorándole.

Me río un poco porque estos dos empiezan a ser muy graciosos juntos, especialmente ahora que me llevo bien con Gianmarco. Pero las risas se detienen cuando escuchamos el móvil de Jaxson. Es algo malo. Cuando los nonni o la zia necesitan algo se comunican con cualquiera de nosotros porque saben que Jaxson necesita todas sus líneas disponibles.

—Dime Elise —contesta Jaxson.

No comprendo muy bien qué ocurre, pero confirmo que será algo que no va a gustarme. Jaxson apenas habla, y el resto esperamos a que esa llamada acabe.

—Hay otra carta —anuncia en unos minutos—. Mismo estilo, misma firma, mismo papel, misma pluma incluso —añade con rabia—. Otro repartidor, sin involucración en las familias, y ha llegado a la oficina provisional...

— ¿Qué dice esta? —pregunta Brayden.

—Palabrerías —responde Jaxson—. Nos la traen ahora.

El desayuno cambia enseguida. Grayson ya no tiene prisa para subir a cambiarse de ropa y tampoco hay esas bromas porque todos esperamos impacientemente esta carta.

—No existe la Orden de los Patricelli —defiende Tyler—. Ni siquiera algo parecido, en cualquiera de las cinco familias.

—Y los Delle Donne —añade Gianmarco y el rubio asiente con su cabeza de acuerdo con él.

Las mejores personas para ayudarnos con la historia de las familias son Alessandro y Dona sin duda alguna. No queríamos involucrarles, pero Dona agradece pensar en otra cosa que no sea el maldito cáncer. Ninguno de los dos sabe algo de esta supuesta Orden de los Patricelli.

Pero es la segunda carta que nos mandan, y uno de los chicos de seguridad que estos días convive con nosotros entra en la cocina un rato más tarde.

—Señores —nos saluda educadamente enseguida.

Jaxson se levanta de su silla para recibirle, a él y al sobre que nos trae. Ese color amarillento otra vez.

—Señores —se despide y se va de nuevo.

Ninguno de los que nos quedamos aquí queremos perder nuestra oportunidad de acercarnos a esta nueva carta.

California

21 de marzo de 2017

Muy honorable señor mío:

Un golpe terrible e inesperado acaba de percutir a toda mi familia en el mayor desconsuelo. Después de décadas de unión y fidelidad con Ud. y sus seres queridos, he sido conocedor de su reciente amistad con el indecente inspector Jack Sanders y el cuerpo de las fuerzas armadas de la ciudad de Los Angeles.

Le ruego humildemente por su perdón a este fiel siervo que le pide disculpas por cualesquiera que hayan sido los actos que han creado esta enemistad hacia mi persona y mi familia. No dude, señor mío, que me siempre me tendrá a su lado y que pediré a Dios que eche su bendición sobre toda su familia.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

— ¿Qué demonios...? —se pregunta Gianmarco.

—Entre la caligrafía y el vocabulario arcaico cuesta incluso de comprender —protesta Brayden.

—Sky —llama Jaxson suavemente.

—Nuevamente la incoherencia del sujeto que escribe la carta y el firmante —explica Grayson—. También escribir el lugar y la fecha de forma incorrecta. De hecho, ni tan solo estamos a 21 de marzo, estamos a 25, pero este fue el día que el inspector estuvo aquí.

—No es como si fuese por el retraso del envío de una carta —protesta Brayden—. Quieren vivir en la Edad Media, pero usan repartidores que escanean el código de barras del paquete con su jodido móvil.

—Es otra burla al honor —sigue Grayson—. Muy honorable señor mío, décadas de unión y fidelidad, fiel siervo, pediré a Dios que eche su bendición sobre toda su familia, muy cordialmente... —lee de la carta—. Es una burla.

— ¿Cómo saben que el inspector ese vino a visitarnos...? —pregunta Tyler.

—El idiota no es precisamente discreto —protesta Gianmarco—. Todo el mundo en las familias sabe que tenemos la policía encima, en la misma calle que vosotros.

—Y de nuevo sin dirección de remitente —añade Grayson—. Es una pena, porque les correspondería y les enseñaría a escribir una carta apropiadamente.

—Puedes escribirme a mí y firmar con un beso tuyo —le molesta Gianmarco y la mueca de Grayson es instantánea.

—Mientras no haya dirección de remitente —añade Grayson y le devuelve la carta a Jaxson—, mi recomendación es que nos olvidemos de esto porque tenemos asuntos más importantes que tratar. Por ejemplo, desterrar a Gianmarco Moretti.

—Gracias, Sky—le agradece Jaxson en un susurro.

—Voy a cambiarme —anuncia Grayson entonces.

Gianmarco iba a molestarle de nuevo, pero Grayson huye y yo le sigo escaleras arriba. Él, por cierto, mira por novena vez el vídeo de Alice saludándole.

Cuando llego a mi habitación, yo también tengo tentaciones de mirar mis propios vídeos, pero uso mi móvil para otra cosa. No importan las cartas, esta repentina Orden de los Patricelli, el inspector Sanders y el odio que nos tiene, o lo que sea. Tengo que llamar.

—Buenos días, Eleanor —me saluda Easton.

— ¿Te he despertado?

—Sí, hace una hora que me he metido en la cama —me explica—. ¿Qué pasa?

Entonces no sabe todavía lo de la segunda carta. Mejor. Y no voy a ser yo quien se lo cuente.

— ¿Estás bien?

—Frustrado de no tener nada. ¿Tú?

—También —añado—. ¿Me cuentas la verdad?

— ¿Puedes dejarlo para cuando haya dormido un par de horas, al menos? —me pide.

Easton me tiene preocupada. Echo de menos a Alice, pero ahora creo que regresaría a casa para comprobar que Easton está bien porque ya sé que mi hija lo está. Pero solo me permito pensar en él mientras me preparo para salir, en cuanto me veo vestida íntegramente de negro y recuerdo por qué motivo, sé que mi prioridad ahora es otra. También la de Tyler, Brayden y Grayson porque me esperan en el recibidor. Me sorprende que no lo haga Jaxson porque hace un buen rato que ya estaba listo.

—Si solo puedo verte en un traje en bodas y funerales, preferiría que fuese en tu boda con mi hermana —le dice Grayson a Tyler.

—Estás guapo, Grayson —elogia Tyler—. Solo tú puedes verte así de bien para ir a un funeral —añade—. Y antes va la boda de Bray con mi hermana. ¿Por qué no le presionas a él?

— ¿Dónde está Jaxson? —pregunto con curiosidad.

—Miss Los Angeles de nuevo —me explica Brayden—. Los vecinos de al lado se han acercado con una tarta. Lleva un buen rato charlando con ellos.

—Los del otro día —me explica Grayson y rueda sus ojos.

— ¿Celoso porque ambos parecen muy encaprichados con tu favorito? —le molesta Tyler.

—No, agradecido porque él les eche y no tenga que hacerlo yo —se defiende Grayson con una mueca.

—Cómo sois —protesto—. Vamos a salir, y saludamos. Se han acercado con una tarta —les recuerdo—. En serio, lleváis demasiados años viviendo sin vecinos.

—Se vive de lujo sin vecinos, Len —defiende Brayden—. Y es divertido ver a Zucca lidiando con los dos. El más bajito está folládoselo con la mirada sin duda alguna.

—Sal a defender a tu león —me molesta Tyler y ruedo mis ojos.

Efectivamente, salgo de casa, pero no para ser grosera, sino porque soy educada. Y compruebo que Kellen mira a Jaxson con capricho, que este está siendo Miss del vecindario de nuevo, y que los vecinos nos han traído una tarta.

—Hola —les saludo.

—Hola —me corresponde Kellen enseguida—. Oh —añade cuando ve al resto que me sigue.

—Max y Kellen han venido a verte, Grayson —le explica Jaxson a Grayson.

—Hola. Gracias por la visita.

Y Grayson les echa mientras les saluda. Es increíble.

—Han venido a invitarte también —añade Jaxson.

Jaxson se está divirtiendo con esto, aunque lo disimula muy bien.

—El otro día creo que te molesté un poco —le dice Kellen a Grayson—. Con todo lo que estaba ocurriendo, no era el momento para hablar contigo de tu revista —añade—. Aunque me encanta, en serio —elogia—. Pero sé que no era el momento, así que he hecho esta tarta para ti.

—Muchas gracias —le agradece Grayson—. Y siempre es agradable recibir elogios, así que no te preocupes —añade—. Pero lamentándolo mucho, no puedo invitarte a entrar para tomarnos un trozo juntos, porque como veis nos vamos de funeral.

Oh Dios mío, Grayson, ibas tan bien.

—Ellos no sabían esto —le digo a Grayson y no me mira muy bien—. Muchas gracias, chicos, de verdad —añado.

—Y se lo he dicho yo —añade Jaxson—. Por lo que a Kellen se le ha ocurrido una idea para vernos más tarde.

— ¿Te apetece tomar una copa con nosotros en *Insanity*?

—*Insanity* —repite Grayson.

— ¿Lo conoces? —le pregunta Kellen.

—Es uno de los clubs más famosos de toda la ciudad —le explica Grayson—. Está en el top número 1 del movimiento LGTBI de Los Angeles.

—Sí, ese. Es muy conocido aquí.

—Lo es —repite Grayson—. No soy de aquí, pero no es mi primera vez aquí.

—Fantástica idea —dice Jaxson.

¿Él cree que es una fantástica idea? En esta ocasión tengo que apoyar a Grayson cuando protesta. O como mínimo, le miro con confusión.

— ¿Sí? —le pregunta Grayson a Jaxson y él asiente con su cabeza.

Jaxson está de acuerdo con esto. Me he perdido algo.

—Podéis venir todos, obviamente —añade Kellen.

—Muchas gracias —agradezco—. Pero estamos teniendo unos días muy complicados, como podéis ver. Grayson sí vendrá, y Jaxson también.

Ahora no solo Grayson tiene una mala mirada, Jaxson da más miedo. Si puede ir Grayson, ciertamente puede ir él.

—Oh, por supuesto —dice Kellen y me ofendería que ni disimulase que babea por Jaxson, pero estoy divirtiéndome demasiado precisamente con él.

—Nena, tengo que hacer esa cosa —me dice Jaxson—. Tú puedes ir con Grayson. Vas a pasártelo bien.

—Has tenido días muy duros, Jax. Te irá bien la desconexión.

—Opino lo mismo —dice Grayson—. ¿A qué hora? —les pregunta a los vecinos—. La verdad es que no hacían falta ni las disculpas ni la tarta, pero me apetece mucho conocer ese sitio y os agradezco mucho el detalle.

Oh, y ahora se pone simpático. Aunque solo sea para fastidiar a Jaxson. Cuando le miro de nuevo a él, comprende por qué he hecho esto. Grayson naturalmente irá protestando, pero sin Jaxson ni tan solo iría.

—Gracias Kellen, y Max —dice Grayson más tarde en este arrebato de simpatía—. Nos vemos a las ocho. Voy a poner la tarta en el frigorífico ahora mismo para que no se estropee.

Y por supuesto que todos entramos de nuevo en casa para acompañarle. En cuanto tenemos la seguridad de la casa, de la cocina de la casa, Grayson deja la tarta en la mesa y mira cabreado a Jaxson. Él a mí.

— ¿Qué? —me defiende inocentemente.

Brayden y Tyler finalmente pueden reírse lo que no han podido reírse en todo este rato.

— ¿En qué demonios estabas pensando? —le pregunta Grayson a Jaxson—. Has empezado tú. Que quieras ser Miss Simpatía con medio vecindario no quiere decir que yo quiera hacer lo mismo.

—Grayson, nos conviene llevarnos bien con ellos —se defiende Jaxson.

—De aquí a que salgamos a tomarnos una copa con ellos hay un buen rato —replica Grayson—. Y ahora de repente organizas mi agenda.

—A veces me pregunto quién está casado con tu marido —me susurra Brayden y me río un poco.

—Te han traído una tarta para disculparse y ya les has echado —regaña Jaxson a Grayson.

—Porque lo único que quieren es entrar en esta casa con la excusa, cotillear, meterse en nuestras vidas, y ya de paso intentar tener alguna colaboración conmigo porque te recuerdo que Kellen, además de estar perdidamente enamorado de ti delante de su novio y tu mujer, tiene unas tiendas de alfombras y tapices en la ciudad.

—A ver, no te ofendas —le dice Jaxson—. Pero la historia que te has montado solo es una

excusa para encerrarte más en tu zona de confort.

—Oh, espera, déjame sentarme en una silla porque tú vas a darme consejos de esto y va a ser divertido —dice Grayson y literalmente se sienta en una silla.

—En eso tiene razón —me susurra Brayden.

—Son simpáticos, son buena gente, y nos interesa tenerles felices.

— ¿En qué momento ir a tomar copas a ese sitio es una buena idea, Zucca? —le pregunta Grayson—. Y te repito que ha sido tu idea y no la de Eleanor —añade y me mira—. Gracias por la ayuda, por cierto —añade con una sonrisa—. Solo por verle a él en ese sitio ya merece la pena ir.

—Quiero ir yo —protesta Brayden.

—Conozco al dueño —le explica Jaxson—. Es seguro.

—Es seguro —repite Grayson con escepticismo—. Nos sigue la policía, tienes a un club de motoristas trabajando para ti mientras involucran tu dinero en algo ilegal seguro, los periodistas persiguiéndote también, la empresa en un caos, las familias en una guerra civil...y es buena idea que tú y yo esta noche salgamos a tomarnos una copa en uno de los sitios más famosos de la comunidad LGTBI+ en Los Angeles.

—Que sepas que es de los más famosos significa que quieres ir —le dice Jaxson en un tono calmado—. Nunca haces esto.

—Y no es un buen momento para hacerlo.

—Nunca va a ser un buen momento mientras sigas justificándolo, con una guerra o no —le explica Jaxson.

—Y tú vas a venir conmigo —nota Grayson.

—Eres mi favorito, no es la mayor locura que he hecho por ti —le dice Jaxson.

—Te amo, pero vas a comprarme un montón de abrigos por esto. Lo sabes, ¿verdad? —le pregunta Grayson y Jaxson sonríe.

—Y la ropa de esta noche —añade—. Puedes elegir la mía incluso.

—Obviamente —replica Grayson.

—Me reafirmo con lo del matrimonio —me susurra Brayden—. Aunque estos dos juntos son algo especial.

Tiene toda la razón del mundo.

CAPÍTULO 12

El día ha sido una mierda, pero a media tarde, Grayson está histérico en la cocina y yo sonrío por ello. No soy una mala amiga, me alegro de verle así, con nervios para esta noche.

— ¿Estás segura de que eso te gusta? —le pregunta Grayson a Madison.

—Por enésima vez, Grayson, sí —le responde su hermana y abre el frigorífico—. Estás muy guapo, Zucca también va a estarlo. Todo va a ir bien.

— ¿Y si cambio por la camisa plateada de *Hèrmes*? —le pregunta Grayson—. Claro que entonces Zucca ya no puede ir con esos vaqueros.

—Voy a ir de negro, ¿no? —le pregunta Jaxson desde la mesa—. Sky.

—Que sí, pero incluso con el único color de tu mundo puedo hacer mis cosas —le responde Grayson.

— ¿Te viste él? —le pregunta Tyler a Jaxson.

— ¿Vais a conjunto? —añade Brayden.

—No es la primera vez que lo hacen —susurra Violet muy concentrada en su iPad.

—Madi, ¿quieres dejar de comer, por favor? —le regaña Grayson.

—Estoy preparándole un sándwich a Ty —le explica Madison—. Y estoy escuchándote.

— ¡Que tu novio se prepare él solo la cena que yo necesito a mi hermana! —protesta Grayson.

—Grayson, no te preocupes —susurra Violet mirando fijamente la pantalla de su iPad y después se gira para centrarse en Grayson—. Va a ir bien. Brina me ha hablado de ese sitio y dice que es una pasada.

—Oh, ¿por qué no vienes? —le pregunta Grayson con desesperación—. Y Brina también —añade—. Y mi hermana si puede alejarse cinco minutos de su novio —dice y Madison rueda sus ojos—. Tú también, E.

—Me gustaría, pero vas a estar mejor con Zucca —le dice Violet.

—A mí me gustaría venir a darte apoyo, pero no me dejan —informa Brayden—. Solo para que conste.

—No puedo —protesta Grayson—. Es una mala idea, no es un buen momento, estamos en una maldita guerra, y hay gente que ha muerto y yo me voy a tomar una copa con vecinos que ni me caen bien. Voy a cancelarlo.

—Grayson —protesta Madison.

—Voy a quitarme esto —dice él alejándose hacia el pasillo.

— ¡Pero ponte otra cosa, lo que sea, y sal esta noche! —le grita Brayden.

—No le molestes —le ordena Madison en un tono contundente.

—Oye —protesta el aludido—. Incluso yo sé que está nervioso porque no está acostumbrado a esto y no voy a burlarme —añade—. Seguramente, es el único de nosotros que no tiene ni un solo amigo.

—Eh —protesto ahora yo.

—Len, eres familia —defiende Brayden—. Siempre lo has sido. Somos amigos también, sí, pero antes somos familia —añade—. Y tú fuiste la novia de su favorito desde antes de ser la novia de su favorito, no sé si me entiendes.

Jaxson sonrío por eso. Después se levanta de la silla, pero Madison le gana y ella se va por el pasillo. Sé que pasa un largo rato, porque Violet y yo seguimos trabajando en algo que nos lleva un tiempo, y es Madison quien regresa antes a la cocina.

—Está llorando y dice que no va —anuncia.

Es lo que necesita Jaxson para salir de aquí casi corriendo. Después Madison se acerca a la mesa, y se sienta en la silla vacía junto a Tyler.

—Sube tú —añade mirándome—. Aunque si ni siquiera quiere ir con su favorito, se me acaban las ideas.

El dolor en sus palabras es evidente, y no solo porque está preocupada por su hermano.

—Tú eres mi favorita —le susurra Tyler agarrándose a una de sus manos.

—Cursi —se burla ella, pero sonrío un poco.

—De verdad que vosotros dos elegís unos momentos...—dice Brayden y empieza a reírse.

Les dejo en la cocina con las risas, pero sé incluso antes de llegar arriba que allí voy a encontrarme con otra cosa.

—Lo he buscado. Creo que ni siquiera has estado alguna vez en la calle que está *Insanity* —defiende Jaxson.

—Me hablaron del sitio el otro día, por la revista, por trabajo...

—¿Y no te apetece ir? Podrías escribir algo.

—Qué conveniente para ti es mi revista a veces.

—Sky...

—No quiero ir. Fin.

—¿Y por qué estás cabreado como si no pudieses ir?

—¿Tú quieres que me vaya a un club que ni siquiera es tuyo, lleno de gente, cuando estamos en una guerra?

—Vengo yo contigo.

—Ya, claro.

—¿Por qué no? Te he dicho que vendría.

—Porque sé por qué lo haces, y no te veo en un sitio de estos.

—Ni yo a ti tampoco —le replica Jaxson—. Nunca has querido.

—Zucca, no tengo el cuerpo para esto, y mi cabeza todavía menos.

—Sébastien no va a regresar.

—No empieces.

—Has detenido tu vida durante diez años. Te has privado de hacer muchas cosas. Te has encerrado hasta tal punto que...

—Oh, tú vas a darme lecciones de eso.

—Ni siquiera yo me aílo como tú.

—Bueno, tú antes de Eleanor salías, y te emborrachabas, y follabas con quien fuese...pero estabas encerrado en tu cabeza de todas formas. ¿Eran tantas las diferencias? —le pregunta—. Y seguirías así si no fuese por Eleanor.

—Ven conmigo esta noche entonces. Hazlo conmigo.

—No.

—¿Vas a rechazar a tu favorito?

—Ya has jugado sucio esta noche.

—Te he comprado tu perfume favorito.

—Has organizado esta encerrona con los vecinos.

—Y no te digo que vayamos allí para que seas su mejor amigo. Pero, no sé, salir, tomar una copa, conocerles un poco...

—¿Te estás escuchando? —le pregunta Grayson—. Pareces ese padre que hace planes para que sus hijos tengan amigos.

—Haría esto por ti sin dudarlo y lo sabes.

—No es necesario.

—Sky, Sébastien no va a...

—Volver. Lo sé.

—Y no te digo que le olvides, o que hagas algo que no quieras, pero puedes salir una noche...

—¿En serio me estás suplicando que te acompañe a un club LGTBI+? ¿Lo dices en serio, Zucca?

—Sí.

—Las cinco familias van a saber que estamos allí.

—¿Y qué?

—Que ya tenemos suficientes problemas.

—Me da igual. Me importas más tú.

—Voy a sobrevivir sin ir a ese club.

—Estás encerrado en tu caparazón desde hace años. Y lo entiendo, de verdad que lo hago, pero Sébastien está muerto, nuestra familia en graves problemas, la empresa ni te cuento, y en medio de una guerra civil. ¿Por qué no quieres probar algo nuevo?

—No.

—¿Es porque sigues sin querer hacer algo que hacías o hubieses hecho con Sébastien?

Mi corazón se detiene, especialmente por el silencio de Grayson.

—Sky...

—Vete.

Ahora me pongo en movimiento. Cuando abro la puerta de la habitación, Jaxson está en un extremo de la cama y Grayson en el otro, llorando. Y cuando me ve, es mucho peor, pero no se aleja de mí cuando me siento frente a él.

—¿Qué? —me pregunta en voz baja.

—Si él va contigo, vas a tener trabajo porque van a intentar quitarte a tu novio —le digo y se ríe un poco—. Pero puedes aprovecharte de ello. Para salir, ir allí, ver cómo es...y él estará contigo.

—¿Tú quieres que tu marido se meta en un sitio como ese? —me pregunta con incredulidad—. Van a entrarle diez tíos, como mínimo.

—Sí, ya, venga, y diez más también —le dice Jaxson con sarcasmo.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras —le responde Jaxson.

—Si te entran diez tíos, me compras un nuevo abrigo de *Burberry* —le propone Grayson—. Y todavía me parece demasiado fácil de conseguir.

—Hecho —acepta Jaxson—. Si son menos de diez, y te gusta este sitio, vamos de nuevo otro día.

—Tendría que haber dicho veinte. Me siento mal aprovechándome de tu cuenta bancaria.

—Tienes práctica en ello —le dice Jaxson con una sonrisa.

—¿Estás tú segura de esto? —me pregunta Grayson divertido.

—No conozco a nadie más que se ponga igual de celoso y de protector si alguien cruza una línea con él —le recuerdo.

—Gracias por prestarme a tu marido —me agradece y me da un sonoro beso en mi mejilla.

—Sí, Sky, yo solo me he ofrecido a ir a un sitio lleno de gente, con poca luz, y donde seguramente habrá demasiado alcohol en la mezcla, y una música horrible... —le dice Jaxson con sarcasmo.

—Celoso —le dice Grayson acercándose a él—. Vamos a vestirme.

Después tira de su mano para que Jaxson se levante de la cama y cuando lo hace se abraza a él de lado. Los dos se van así y también les miro mientras Grayson juega a las muñecas con Jaxson. Esto va a ser divertido.

Mi noche no es ni la mitad de divertida. Hoy echo de menos que Alice me despierte, los ronquidos de Mephisto, y tener a Jaxson en la cama.

—Sht.

Abro la puerta de mi habitación cuando el ruido me despierta y después de comprobar que son las cuatro de la mañana. Entonces veo cómo Jaxson acompaña a Grayson hacia su habitación. Cuando me acerco a ellos, Jaxson me ve enseguida, pero Grayson tarda un poco más.

—E.

—¿Así de bien? —le pregunto divertida.

—Ha sido una pasada —me explica—. La música era de los 90.

—Oh, así que habrá sonado Britney Spears —digo y cuando miro a Jaxson me rueda sus ojos—. ¿Qué tal tú?

—Experiencia interesante —me responde—. ¿Me abres la puerta, por favor?

Abro la puerta y preparo la cama antes de que él acompañe a Grayson para sentarse.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunto a Grayson divertida.

—Los vecinos son muy simpáticos —me explica—. Muy simpáticos —insiste—. Pero creo que a Kellen le gusta demasiado Zucca. Le he recordado que está casado contigo —me explica.

—¿Te va a comprar el abrigo? —le pregunto a Grayson y me sonrío.

—Diez —me responde—. Le han entrado diez tíos. A los tres primeros les he dicho que estaba casado, pero al resto he dejado a entender que estaba casado conmigo —me explica y se ríe él solo—. Ha sido divertido.

—Una locura —dice Jaxson con sarcasmo.

—Ha sido divertido —defiende Grayson—. Y él también se ha puesto celoso. Había un tío que se ha acercado a mí y le ha dicho: “Fuera” —me explica—. Pero en ese tono y con eso que hace con su mirada —añade y después imita a Jaxson.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien —le digo divertida—. ¿Quieres ducharte?

—No me apetece —me explica.

—¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Venga, te ayudo —le propongo.

No coopera mucho, pero finalmente se mete en su cama y pongo bien todas sus almohadas. Cuando beso su cabeza murmura algo que no entiendo, pero me río porque huele muchísimo a Jaxson. Cuando él se agacha para decirle algo, Grayson abre sus ojos y busca su mano.

—Gracias, Zucca —le susurra —Me lo he pasado muy bien —añade—. Y gracias por investigarles y protegerme.

—De nada —le corresponde Jaxson suavemente.

—Eres mi favorito.

—Tú también el mío, Sky —le corresponde él y se ríe—. Duérmete.

Le lanzo un beso antes de seguir a Jaxson y cuando él cierra la puerta echa un suspiro. Intento no reírme hasta que estamos en nuestra habitación.

—¿Noche interesante? —me burlo.

—La próxima vez vas tú —me dice—. Necesito una copa.

—¿Todavía más?

—No he tomado ni agua —me explica acercándose a la cama—. Recuérdame que mañana busque un sitio para hacer un club como estos —añade mientras le sigo—. Es un negocio de la hostia.

Me río mientras le acompaño en la cama y espero impacientemente que siga contándome. Acaricio su espalda cuando se inclina hacia adelante y cuando me mira me río de él. Después me da un rápido beso y me río más.

—Hueles a Grayson —le explico—. Y él olía a ti.

—Nos ha jodido, se ha tomado muy en serio lo de “Es mi marido” —defiende—. Y entonces le entraban conmigo como excusa.

—No les culpo —digo riéndome.

Niega con su cabeza y después frota su corto cabello con sus manos. Yo cruzo mis piernas y le miro divirtiéndome mucho en este momento.

—Se veía feliz —le digo—. Un poco borracho, pero feliz.

—Lo estaba —me explica—. Incluso antes de la última copa que no tenía que haberse tomado. Los vecinos han sido...interesantes. En realidad como mucha gente que hemos conocido.

— ¿Alguno de ellos ha intentado ligar con Grayson y él se ha molestado, o lo han hecho contigo y él se ha puesto celoso?

—Conmigo —me responde con una sonrisa—. Allí he visto que la noche iba a ser larga.

Me río un poco y después me abrazo a su brazo. Mayormente huele a Grayson, por lo que huele muy bien.

—Estaba muy feliz —susurra—. Y si mis padres...

Le miro entonces y después apoyo mi mentón en su brazo para mirarle.

—Hubiesen sido normales —añade—, o si Sébastien no... —sigue—, él seguramente no estaría en el caparazón en el que vive ahora. O como mínimo no sentiría que no puede hacer estas cosas, o muchas otras.

—No puedes cambiar eso, Jax —le digo—. Y sé que él ha agradecido tenerte a su lado, y no solo para presumir de marido.

Esto le hace reír y entonces me mira.

—Me he pasado la noche rechazando tíos y sintiéndome jodidamente intimidado por otros, pero te diviertes, ¿no? —me pregunta riéndose.

—Estaba tranquila. Creo que Grayson es más posesivo que yo —defiendo—. Y bastante más celoso. A mí me hubiese divertido ver cómo intentaban ligar contigo, y qué hacías tú para salir de ello.

—He pasado un mal rato, nena.

—Oh, pobrecito, el ego por las nubes y el niño ha sufrido —me burlo y acaricio su cabello rasposo.

—He hecho un enorme esfuerzo —defiende.

—Y ahora que Grayson está feliz, ¿qué necesitas tú?

—Hacer lo que me han propuesto esta noche, pero contigo —me responde y se inclina hacia mí—. Y escucha esto.

Lo que me susurra me produce escalofríos. De los buenos.

CAPÍTULO 13

Ver esas fotos de Alice y Alessandro con el poni de mi hija me hace sonreír en un descanso que Violet y yo nos tomamos. Es domingo, pero hay que seguir trabajando. Así que agradezco un poco la distracción, y Violet sonríe igual que yo a mi lado en la mesa de madera de la cocina. Sé que no somos las únicas que también tenemos una sonrisa cuando Grayson llega, previsiblemente recién salido de la ducha, en un traje de dos piezas beige precioso.

—Buenos días —se burla Brayden—. Oh, la de años que llevo esperando este momento.

—No empieces —le pide Grayson.

Con una mano frota su frente, con la otra sostiene un enorme vaso de agua.

—No es bueno trasnochar —sigue Tyler—. Necesitamos dormir y nuestro cuerpo está preparado para hacerlo de noche —añade.

—Como mínimo, estás hidratándote —le felicita Brayden.

Los dos se divierten porque eso seguramente es lo que les diría Grayson si fuese a la inversa.

—Hombre —dice Madison sorprendida cuando sale de la despensa con un bote lleno de pasta—. Noche loca, ¿Grayson? —se burla.

—No gritéis tanto —protesta Grayson y se sienta a mi lado en la mesa, con dificultades—. ¿Has visto las fotos de Alice con el poni? —me pregunta y hace una mueca triste.

—Sí —le confirmo con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Tengo el vago recuerdo de tu marido dándome chupitos rosas —me explica y frunce su ceño—. O quizás lo he soñado.

—Y no nos invitáis a ese momento —se lamenta Brayden.

—Señor Luzio.

Elise se acerca por el pasillo, y es otra que hoy también va en traje. Violet y yo estamos trabajando, sí, pero en un cómodo chándal incluso ella.

—El señor Sutton y el señor De Oliveira han salido de su casa y se acercan a la nuestra —explica Elise a toda prisa —Es probable que...

Y escuchamos el timbre.

—Ve mientras intento incorporarme, por favor —le pide Grayson y ella asiente con su cabeza antes de darse la vuelta.

Elise recibe a los invitados mientras Grayson llega hacia el recibidor. Desde aquí escuchamos perfectamente, básicamente porque es nuestro propósito, que Kellen y Max invitan a Grayson a acercarse a la playa a dar una vuelta y tomarse unas copas reparadoras. Grayson lo rechaza, aunque hoy es muy educado y no creo que los vecinos se lo tomen a mal. Después regresa con nosotros.

—Te conviene ir a dar un paseo por Marina del Rey —le dice Brayden—. Y nuevamente te pido que me dejes venir contigo.

— ¿Dónde está Zucca? —pregunta Grayson ignorándole y al final me mira a mí.

—Fuera, en el garaje —le respondo.

—Voy a verle, entonces —me explica y se da la vuelta enseguida.

—Con Gianmarco —añado rápidamente para que lo sepa.

—Voy a verle —defiende con insistencia y sale al jardín.

—No puede ser más posesivo —susurra Violet divertida.

—Con la de tíos que le entraron anoche a Zucca, y me perdí a Grayson echándoles —protesta

Madison y me mira—. Lo siento.

—Precisamente estuve muy tranquila porque tu hermano estaba con él —le recuerdo con una sonrisa y se ríe conmigo.

Y como conozco a Grayson, no soy productiva durante mucho rato más antes de decirle a mi jefa que necesito un descanso. Violet se ríe con lo que puedo encontrarme en el garaje. No sé en qué discusión están Grayson y Gianmarco, pero parecen estar en una como siempre. Jaxson les ignora, agachado frente al capó abierto de uno de nuestros coches. Y mientras me acerco a ellos, escucho el ladrido de un perro. Después veo a Brina, acercándose a la valla blanca que divide el jardín de su casa de la de esta. Hoy nuestra simpática vecina me sorprende porque tiene su cabello liso, los ojos ahumados de su maquillaje destacan, y no sé qué planes tiene para esta mañana de domingo, pero está claro que su plan no es el mío de quedarme en casa con chándal.

—Buenos días —le saludo acercándome a la valla.

Grayson y Gianmarco dejan de discutir, y Jaxson se incorpora. Pero los tres se quedan cerca del coche mientras yo camino hacia Brina.

—Sigue en pie lo de esta noche, ¿no? —le pregunto.

—Por supuesto —me responde—. Oh, hola —añade cuando ve al resto.

—Buenos días, Brina —le saluda Grayson y se acerca.

—¿Estás bien? —le pregunta ella—. Letta me dijo que te fuiste a *Insanity* anoche. Te gustó, ¿eh?

—Fue muy divertido, sí —le confirma Grayson.

Entonces los tres miramos a Jaxson y Gianmarco. No sé por qué, pero me siento incómoda de repente. Y me sorprende que Jaxson levante una mano ligeramente para saludar a Brina.

—Hola.

El saludo de la chica para Gianmarco es lo que hace que todo sea más incómodo. ¿Qué ocurre aquí?

—Hola —le corresponde él.

Y más segundos de incomodidad. No sé si la situación mejora cuando Gianmarco se acerca.

—Me alegro de verte —le dice ella—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —le pregunta Gianmarco.

—Bien, como siempre —le responde ella—. Em, supongo que sabes que esta noche cenamos todos aquí, en casa —le explica ella—. Estás invitado, por supuesto.

—Sí, gracias, me lo comentaron, pero estoy un poco ocupado ahora mismo con todo el follón.

—Puedes venir si quieres. Lo sabes, ¿verdad? Justin tampoco tiene ningún problema.

—Te lo agradezco, pero tengo trabajo —le explica Gianmarco.

—De acuerdo, como quieras —acepta ella—. Ya nos veremos, supongo.

—Sí, lo mismo digo.

Me cuesta despedirme de Brina cuando ella lo hace con todos nosotros. La tensión es tan evidente que no puedo decir muchas palabras. Simplemente miro a Gianmarco, y no soy la única que lo hago.

—¿Vas a decir algo? —le pregunta Grayson.

—Sky.

Que Jaxson le detenga de inmediato hace que las sospechas sean más fuertes.

—¿Tú y Brina Varallo? —añade Grayson para Gianmarco.

—No es de tu incumbencia —le responde el moreno.

—Me costaba respirar de la tensión que hay entre vosotros —defiende Grayson—. Por eso la evitas.

—No hago eso —replica Gianmarco.

—Sí, lo haces —insiste Grayson—. Llevamos una semana viviendo aquí y jamás os habéis visto. Podían ser coincidencias, pero después de esto, sé que no lo son. Y lo de trabajar esta noche es una excusa nefasta.

—Sky, déjalo.

—Métete en tus asuntos —le susurra Gianmarco a Grayson.

—Te ves como un cachorrito sin su madre —añade Grayson—. Es algo inédito. He visto a muchas mujeres con esta cara porque pasas de ellas, no a ti —explica—. ¿Brina Varallo es la única mujer en el mundo que te ha dicho que no?

—Grayson —insiste Jaxson.

—Pues sí, mira —responde Gianmarco sorprendiéndome y se apoya en la valla—. Tuvimos algo, hace muchos años, y cuando pensé que podía ser importante, se lo dije y me explicó que ella solo se divertía conmigo. Que lo que quería era trabajar en el aburrido banco, un marido para preparar barbacoas, la valla blanca en su jardín y los niños —añade y da un par de golpes a la valla para hacerlo más evidente—. Así que sí, me dijo que no, y parece ser que sí está consiguiendo lo que quería.

Oh Dios mío.

—Y ahora puedes burlarte de ello, decirme que me lo merezco...—enumera para Grayson—. O puedes meterte en tus asuntos, que ya tienes suficiente. Porque si quieres yo analizo lo triste que es tu vida si necesitas que Zucca te acompañe de fiesta porque eres incapaz de salir de tu caparazón y te entretienes criticando la vida de los demás para no analizar la tuya.

—Tío —le regaña Jaxson enseguida.

—¿Eh?— insiste Gianmarco con Grayson—. Ya no nos divertimos, ¿no?

Después se aleja de la valla y es evidente que está cabreado.

—Te veo en un rato —se despide de Jaxson alejándose hacia su propio coche.

La policía que nos vigila día y noche, tendría que seguir a Gianmarco para ponerle una multa por exceso de velocidad porque sale del vecindario en un cohete y no en un coche. Jaxson cierra el capó del suyo entonces, y después se apoya en él.

—De acuerdo —acepta Grayson en derrota acercándose—. Muy merecido —defiende—. Pero tenía que saber qué ocurre entre ellos. Y gracias por contármelo, por cierto.

—No tengo ni debo contarte esto —se defiende Jaxson.

—Por avisarme como mínimo.

—Si no estuviésteis todo el día peleándoos por cualquier mierda —añade Jaxson—. ¿Y ahora a dónde vas? —le pregunta cuando Grayson se aleja hacia la calle.

—A buscar a Brina. Si no me lo cuentas tú, voy a pedírselo a ella para no cagarla de nuevo —le responde Grayson.

Jaxson echa un suspiro y se mueve hacia un lado cuando me acerco al coche para apoyarme yo también en él.

—Lo siento por no avisarte —me susurra.

—Es tu amigo, y eso es su vida personal —le recuerdo—. La tensión era insoportable.

—Lo pasó peor de lo que jamás admitirá —me explica—. Le gustaba de verdad. Y además...

Interrumpe sus palabras cuando le llaman por teléfono.

—Dime, Elise —responde y me pongo en alerta.

Si Elise no ha salido de la casa para buscarle, es que está ocupada con algo más. Y en pocos segundos descubro que está relacionado con los *Red Shadows*. Tienen a uno de los cuatro causantes del horrible incendio de la torre Zuccarelli.

—He dicho que me apetecía ir a Marina del Rey y ciertamente era por los barcos —defiende Brayden cuando nos bajamos del coche—. Pero porque no me gusta verlos en cualquier sitio.

Me imagino que una mañana perfecta de domingo para Brayden es estar cerca de algún barco, con lo que le gustan, pero esta especie de puerto me produce escalofríos. Todo es gris, huele a sal, a carburante, y la gente que vemos o nos tiene miedo o se esconde. Los *Red Shadows* no hacen ninguna de las dos cosas. No han venido al completo, y por suerte no veo al asqueroso de Deon. Pero sí al del gorro de lana, que hoy también lleva uno, y el de la gorra del revés, que hoy también lleva una. J Brick, el del apodo de los ladrillos, y Salazar, el del acento extraño. Están acompañados de más gente, pero el único que sonríe al vernos es Cruz, el conocido de Jaxson.

Ahora ya sé de qué se conocen. Jaxson pasaba ratos con él cuando Joe le llevaba de visita con los *Red Shadows*. A mí jamás se me ocurriría traer a Alice a pasar el rato con esta gente, la verdad.

Podría haberme quedado en la casa trabajando con Violet, pero ella misma a pesar del trabajo que tenemos me ha pedido que venga. Creo que es para controlar a Jaxson, y porque Brayden también está con nosotros. Grayson se ha quedado con ella, pero el resto está con nosotros. Y hoy también tenemos refuerzos. Hemos acordado vernos en un sitio neutral, con el mismo número de personas, y para hacer un intercambio. Sí, este sitio da miedo, pero es mejor que su casa y es un sitio neutral.

—Zuccarelli —le saluda Salazar y es el único de su grupo que da un paso adelante.

Jaxson le corresponde, y tengo la necesidad de ir con él, pero me contengo.

—Has traído a tu mujer —añade el hombre para mí.

Puedo ir yo solita a los sitios, gracias.

— ¿Qué habéis traído? — le pregunta Jaxson.

—La mitad del dinero antes, sabes cómo funciona —le pide Salazar.

Jaxson no se gira para dar una indicación con su cabeza. Y Brayden avanza con la mitad del dinero. No se aleja de Jaxson cuando lo entrega. De hecho, casi tapa mi visión cuando los *Red Shadows* traen lo que acabamos de pagar.

Es Teri Tyler.

Teri Tyler trabajaba en una empresa situada en la sexta planta de la Torre Zuccarelli. Es una de las cuatro personas que participaron en la creación de esa masacre. La vi por primera vez en las grabaciones de seguridad, cuando derramaba algo inflamable de su termo para bebidas calientes. Entonces vestía ropa de oficina, su largo cabello liso y oscuro estaba cuidadosamente peinado, y salió de ese edificio cargando un bolso de lujo. Hoy tiene el cabello recogido en una coleta, sin maquillaje, vaqueros y sudadera. Es evidente que intentaba pasar desapercibida, pero los *Red Shadows* le han encontrado. No es una mujer muy alta, pero se ve muy pequeña junto a Cruz cuando él la acerca a Jaxson y Brayden. Es evidente que la mujer les reconoce enseguida por el pánico en sus ojos.

—Hola —le saluda Jaxson en un tono glacial.

Ella es lo suficientemente inteligente como para no decir nada, aunque por su bien deberá hablar en un rato. Brayden se la lleva, y ahora es Tyler quien se acerca para entregar la segunda parte del pago.

—Gracias —agradece Jaxson a Salazar—. ¿Algo más?

— ¿Te parece poco, chico? —le corresponde el de la gorra.

Nos despedimos entonces, con pocas palabras naturalmente, pero sí hay algunos gestos. Me fijo especialmente en Cruz, aunque no porque el tío es enorme. Es porque siempre tiene una mirada amable para Jaxson, y ahora le mira de forma extraña. Como si escondiese algo. Me

reservo mis palabras mientras regresamos a nuestros coches, sobre todo porque Jaxson se ve muy preocupado por algo, y técnicamente, con esta mujer, tenemos una oportunidad que hace un rato no teníamos. Menos dinero también, pero intento no pensar en cómo va a ser usado.

— ¿Estás bien? —le susurro a Jaxson.

—Creo que Cruz miente —me susurra de vuelta—. O estaba incómodo por algo.

—He tenido la misma sensación —le explico y me mira sorprendido—. Y yo no le conozco en absoluto.

— ¿Sí, no? —me pregunta y asiento una vez con mi cabeza—. Saben algo más.

— ¿Por qué no quieren decírtelo? —le pregunto—. Les vamos a pagar igual.

—Aunque todos somos discretos, a ellos les conviene que se sepa que tienen nuestra ayuda de nuevo —me explica—. Con lo que queda de los *Devil's Legion*, y otras bandas rivales —añade—. Saben que van a cobrar igual, pero si lo espacian en el tiempo...

—Es más tiempo que ellos presumen de algo —comprendo.

—Solo reza para que además de toda esta gente, no lo sepa también la maldita policía —me susurra.

CAPÍTULO 14

Se nos acaba el tiempo en Los Angeles. Llevamos una semana y dos días aquí, y necesitamos darnos prisa para regresar a casa. Alguien tiene que hacerlo, porque con la llegada del mes de abril, Dona, Alessandro y la zia van a tener que mudarse a Massachusetts. Y tenemos que saber qué quiere hacer Noah, qué le conviene más, y quién regresa a casa a por Alice. Bueno, quién regresa además de mí porque yo necesito abrazar a mi hija. No es la primera vez que me despierto a mitad de la noche, porque creo que la escucho llorar, y en realidad estoy sola en una cama enorme, y sin Jaxson.

Busco su camiseta negra, que está por el suelo de cualquier forma, y también mi ropa interior y algo más de ropa. Cuando salgo al rellano, enseguida veo a Madison en su pijama sentada en lo más bajo de las escaleras. Ella también ha construido su ropa para dormir previsiblemente con ropa de Tyler.

—Hola —le susurro.

Desearle los buenos días no parece apropiado porque es de noche todavía.

—Hola —me corresponde y me siento a su lado.

—¿Qué haces?

—Tu marido está hablando en ruso de nuevo.

Cuando termina de contármelo, hacemos silencio y, efectivamente, escucho a Jaxson hablando en un idioma que no comprendo.

—Estoy por despertar a Letta y que traduzca —protesta Madison en voz baja—. ¿Qué sabes de la persona que le ayuda?

—No sé nada —le explico y resopla con frustración.

—Me pone enferma cuando hace esto.

Jaxson tampoco parece contento cuando camina por el pasillo y nos encuentra a ella y a mí espiándole.

—No te pongas así que no hemos entendido una palabra —se defiende Madison con orgullo.

—¿Por qué no regresas a la cama, Madison? —le propone Jaxson con mala hostia.

Yo sí me quedo sentada en el escalón, y cuando Jaxson se detiene frente a mí le observo con cuidado. Está realmente enfadado.

—¿También te molesta que no te cuente los detalles? —me pregunta.

—No.

Me mira sorprendido por mi respuesta.

—Tú no has insistido mucho —nota.

—Es un contacto que tienes gracias a Zoey, ¿no? —le pregunto en un susurro.

Me mira fijamente por breves instantes antes de asentir con su cabeza. Tiene sentido, Zoey es la persona que conocemos que vivió en Rusia, y que puede tener contactos que hablen en ruso, aunque vivan aquí como nosotros.

—Entonces no he insistido porque sé que hablar con esta persona te hace pensar en ella —le explico—. Aunque sí me muero porque me lo cuentes —añado y sonrío.

Después me ofrece su mano y me ayuda a incorporarme. Cuando le abrazo, hunde sus manos entre su camiseta y mi piel y me provoca escalofríos.

—Te quiero —susurra.

—Yo también.

Llegamos a la habitación a trompicones, haciendo demasiado ruido para las horas que son, y una vez allí él me quita su ropa que llevo yo, y después hace lo mismo con la suya que lleva él.

Casi me olvido de esa conversación, de esta madrugada, mientras tengo un día muy ocupado bajo las órdenes de Violet. Pero Jaxson lleva demasiado tiempo en el garaje, y ya hace un buen rato que escucho los golpes en el saco de boxeo. Gianmarco está junto a él, también en ropa de deporte y vendas en sus manos, pero parece observar a Jaxson más que hacer otra cosa.

— ¿Me lo cuentas ya o no? —le pregunta—. Bueno, pues sigue destrozando el saco. O cuéntaselo a tu mujer, por ejemplo.

Gianmarco me lo pone muy fácil, y le sonrío por eso cuando él entra en la casa y yo salgo de ella. Jaxson deja de darle golpes al saco cuando me ve.

—Es por la llamada de esta noche —adivino sin problemas—. Dime qué ocurre, por favor.

— ¡Eh!

Me giro sorprendida cuando escucho el grito de Tyler, y además le veo alterado.

—Easton tiene algo.

Es lo que Jaxson necesita para yo deje el tema, y lo que yo necesito para pausarlo por un rato. Desgraciadamente, pagar todo ese dinero y poder interrogar a Teri Tyler, una de las causantes del incendio, no nos sirvió de mucho. Por no decir nada. Así que si Easton tiene algo, son buenas noticias. De hecho, solo por verle a él en la pantalla de la tele ya es algo que me gusta.

Easton está evitándome. La pregunta es por qué, pero cuanto más presiono, peor es. Y se aprovecha de que nuevamente estamos en estados diferentes.

—Ya estamos todos —le avisa Madison—. ¿Qué ocurre?

—No son buenas noticias —explica enseguida Easton—. Hemos encontrado a Paola Ortega.

Paola Ortega es otra de las cuatro personas que iniciaron el fuego, otra trabajadora, otra persona con vínculos estrechos con los Patricelli.

—Está muerta —añade Easton.

Eso definitivamente son malas noticias, y pueden ser peores dependiendo de cómo haya muerto.

—Estaba en México —explica Easton—. Y aquí viene lo complicado —anuncia—. Entró al país en un intercambio de droga —añade—. Los *Red Shadows* estaban implicados en ello.

— ¿Qué? —pregunta Brayden sorprendido.

—Nos han pasado imágenes del mismísimo momento —añade Easton—. Una banda rival que tienen en México —explica—. Los *Red Shadows* le ayudaron a huir del país el mismo día del incendio.

—La madre que les pario —maldice Brayden.

—Llegó viva a Mexico, pero ahora está muerta —explica Easton—. ¿Alguien se atreve a adivinar por qué?

—Los *Red Shadows* recibieron dinero para ayudarla, dinero Patricelli —dice Brayden—. Pero cuando Zucca hizo el trato con ellos más tarde, les interesó más ser nuestro amigo por el poder que les damos haciendo negocios con ellos, mientras que los Patricelli ahora tienen que esconderse en la sombra. La han matado para que no descubramos que estaban en esto desde antes de pedirles ayuda.

—Joder —maldice Tyler.

—No se puede confiar en esa gente —defiende Madison—. Jamás.

—Y saben mucho más de lo que dicen —supone Brayden—. Pero prefieren dárnoslo con cuentagotas porque el dinero lo recibirán igual, pero si las entregas son espaciadas es más tiempo que ellos presumen de nuestra...

—Amistad —propone Violet con mucha repugnancia—. Relación laboral —sugiere también con el mismo sentimiento.

—Juntarse con esa gente nunca es una buena idea —protesta Grayson.

—Ya lo sé —le replica Jaxson.

—No te culpo de nada, Zucca —le dice Grayson suavemente.

—Buen trabajo, Easton.

Y con eso, regresa al jardín y sé que se va otra vez al garaje para golpear el saco de boxeo. Me doy prisa en seguirle, lo prometo, pero cuando llego con él ya está en ello.

—Lo sabías.

Ahora se aleja del saco y este se balancea de lado a lado.

—Es lo que te ha contado tu contacto —añado—. No solo le pediste que investigase a Easton, sino que supervisase su trabajo.

—Sí —afirma—. Pero sigue trabajando perfectamente.

Y golpea el saco de nuevo.

—¿Qué quieres hacer con esto, Jaxson? —le pregunto.

—Iré a ver a Deon.

—Iremos —corrijo enseguida.

—No —rechaza—. Voy a provocar otra guerra que no nos interesa.

—Vengo contigo por lo menos.

—No —repite.

—Jaxson, no vas a ir solo allí. Especialmente si han colaborado con los Patricelli.

—Aparentemente tenemos imágenes del momento que ellos ayudaron a Paola Ortega a huir, y a entrar ilegalmente en otro país —explica—. El jefe Sanders estará feliz con eso.

—El jefe Sanders no es tu amigo precisamente, y si tira de ese hilo, va a llegar a nosotros.

—Pero antes pasa por ellos —defiende—. Y tienen una vida muy acomodada aquí como para ponerla en peligro. Quiero que me cuenten el resto ya, o me busco a alguien más y cuando finacie a otra banda hablarán todo lo que ya se han callado.

—Jaxson.

—Sabíamos que Cruz nos ocultaba algo —me recuerda—. Lo vimos. Tú también.

—Sí —susurro.

—Naturalmente no podía contarme nada, porque vive una mierda de vida con esa gente, pero estaba allí. Así que iré, y me lo contarán.

—Vengo contigo —le pido—. Jaxson, no es discutible. No vas a ir solo —añado—. Te prometo que no digo nada —sigo y alza una ceja—. Puedo hacer eso.

—Tienes que prometerme otra cosa.

Bien, no va a costarme una discusión fea convencerle de que ir juntos es mejor que ir solo.

—¿Qué? —le pregunto.

—No te subas a una moto.

—De acuerdo —acepto—. Sé que es peligroso, y que hoy va a ser peor que la otra vez.

—No, además de eso, lo digo porque verte en una moto me hace pensar en otras cosas —me explica.

Cuando me sonrío, tengo que reírme y acercarme a él para darle un fuerte abrazo.

CAPÍTULO 15

La valla negra de esta comunidad de casas móviles se abre lentamente. Una vez más, Jaxson, Elise y yo estamos aquí de visita. Hoy hay todavía más gente que el otro día. Me siento más intimidada también. Sé que la otra vez no todos los miembros de la comunidad nos conocían. Ahora nos reconocen porque Jaxson ha negociado ya en varias ocasiones con su líder, el presidente vaya, y tenemos una especie de trato. Todos nos beneficiamos de ello, pero la tensión siempre está ahí. En mi caso, son las náuseas cuando veo a Deon, el repugnante presidente de este club, acercándose desde la enorme casa hacia nosotros. Reconozco ya a J. Brick, Salazar y Cruz. Y hoy nuevamente, esa chica de cabello rizado se apoya en la moto que conducí la última vez que estuvimos aquí.

—Zuccarelli —saluda Deon—. Y señora Zuccarelli —añade con una sonrisa.

Me molesta casi más que ignore a Elise como si no estuviese a mi lado.

—Esto es toda una sorpresa —añade.

—¿Lo es? —pregunta Jaxson.

La tensión aumenta con esas pocas palabras, especialmente por el tono de Jaxson. Y se forma el silencio absoluto.

—Pareces tener algún tipo de problema con nosotros —nota Deon mirándole—. Y pensaba que el trato estaba funcionando.

—¿Qué Patricelli te dio dinero para sacar a Paola Ortega del país?

—Estamos buscando a esa mujer, como nos pediste.

—No eres el único con contactos cruzando la frontera, o en Mexico —le explica Jaxson—. Tengo las imágenes de tu gente involucrado en esto.

Cuando Jaxson anuncia esto, veo los cambios en las personas que nos rodean. Buscan sus armas, y se ponen nerviosos.

—Puedes darles la orden —añade Jaxson—. Pero antes de que puedas sacar nuestros cadáveres por la puerta, te aseguro que mi gente va a dejar sombras de sangre en este sitio.

Conozco a Jaxson, le amo, y me da miedo incluso a mí, por lo que sé que hay más gente afectado por sus palabras y, nuevamente, su tono de voz.

—Calma —pide Deon—. Fue un trabajo anterior a tu visita.

—Quién te llamó —repite Jaxson.

—Sabes cómo funciona esto, chico —le dice—. Nos pagaron para eso, y lo hicimos. Los negocios que tengo contigo son diferentes.

—Precisamente porque vuestra lealtad y vuestro trabajo se compran con dinero, deberías haberme contado esto —explica—. O no matar a Paola Ortega para que yo pudiese hablar con ella.

Deon no dice nada, pero J. Brick y Salazar a su lado se ponen muy nerviosos, especialmente el muro de ladrillos.

—Dime qué Patricelli te pagó —insiste Jaxson—. Y dame todo lo que tengas sobre las otras dos personas, el fugitivo de Santos, Vittoria Milazzo y el jefe Sanders —añade—. Déjate de usarlos para aprovecharte de que estamos haciendo tratos con vosotros de nuevo.

—Y sabes que un trato es un trato. Te interesaba esa mujer, pero alguien antes que ti nos pagó por nuestro trabajo, no para llevarte a su lado.

—Toda esta dinámica empieza a ser muy curiosa —dice Jaxson—. Vosotros, que lo tenéis

todo gracias a mi padre, Zuccarelli, trabajáis por Patricelli —añade—. Quizás debería ir a buscar a Skrafer en los *Devil's Legion*, y sería una primera vez que un Zuccarelli colabora con ellos.

En cuanto Jaxson menciona al enemigo, empiezo a tener miedo de verdad.

—¿Te das cuenta del sitio en el que estás, chico? —le pregunta Deon enfadado—. Y con tu mujer, ni más ni menos. ¿No es cierto que tenéis a la futura reina Zuccarelli en Oregon?

Espera, ahora tengo miedo de verdad.

—Te he dicho que sacar nuestros cadáveres de aquí va a ser el menor de tus problemas si cometes el estúpido error —replica Jaxson—. Dame lo que te pedí.

—No trabajamos gratis.

—No te he dicho que lo hagas —le explica Jaxson—. De hecho, no tomas decisiones muy acertadas considerando que creciste en poder con el dinero de mi padre, y no recuerdas que yo tengo bastante más para darte.

Deon resiste a su mirada y a sus palabras. Pero después mira rápidamente a Salazar. El de la gorra, en serio que siempre le veo con la misma, se aleja hacia el círculo de gente a nuestro alrededor. Un pequeño grupo se va con él. La tensión es asfixiante durante varios minutos. Después la gente abre paso porque Salazar llega con dos rehenes: April Cunningham y James Mandy. Son las dos otras personas que colaboraron en el inicio del incendio.

—Paola Ortega avisó a Earnest Santos —explica Deon—. Por lo que entendimos, mantenían una relación sentimental. Ambos están muertos.

Por lo que, ahora mismo, ya sabemos qué ha pasado con las cinco personas que desaparecieron a tiempo de huir del incendio, y sin una coartada que lo justificase.

—Tu madre no está en ningún sitio —añade Deon—. Sabemos que tienes una guerra con los Patricelli por esto —le dice con una sonrisa—. Y es guapa, tiene que valer un buen dinero.

Admiro la fuerza de voluntad de Jaxson en este momento.

—No la hemos encontrado —insiste Deon—. Y en lo que se refiere al jefe Sanders, ojalá tuviésemos algo contra él, pero está limpio. Sorprendentemente, es una persona que está en la cima y que está limpio. Si ha pagado para que así sea, no sabemos cómo llegar a la verdad.

—¿Qué quieres por esto? —le pregunta Jaxson.

—Tu secretaria puede darnos un cheque —se burla notando la presencia de Elise de la peor forma posible.

—Le sugiero que responda con una cantidad detallada de dinero que va a recibir en efectivo, señor Cryrus Erick Bobbie Huddleston —replica Elise.

Oh Dios mío, Elise. Y por supuesto que Jaxson sonríe con orgullo. Me gustaría saber cómo alguien como Deon nace con ese nombre y al final su nombre de carretera es este.

—Asegúrate de incluir en el precio lo que quieres por Cruz —añade Jaxson.

¡¿Qué?! Rápidamente miro al enorme chico alto, musculado, lleno de tatuajes, de cabello corto y barba espesa, y tan sorprendido como yo. La gente a su alrededor no le mira muy bien.

—¿Cruz? —repite Deon y sonríe—. Por supuesto.

—Nombra un precio —le pide Jaxson, pero suena a reto.

—No sé cómo funcionas tú, pero no hago esto con mi propia gente.

—Puedes vender a tu propia gente por dinero sin problema alguno —defiende Jaxson—. Se viene conmigo si así lo quiere.

Deon deja de sonreír y las burlas, y entonces se gira. Sé que Cruz es un tío enorme, el más enorme que he conocido jamás, pero tiene que sentirse intimidado con todos nosotros mirándole.

—Cruz —le llama Deon—. Ven.

Los suyos le miran muy mal cuando se acerca, especialmente J Brick y Salazar.

—Puedes irte si lo deseas —le dice Deon—. Pero sabes qué significa eso. Nos cruzamos contigo, y eres hombre muerto. Te metes en nuestros problemas, y eres hombre muerto. Hablas de nosotros, y eres hombre muerto.

—No lo hagas.

Jaxson me sorprende, pero es evidente que no se lo dice a Cruz. Está mirando a Salazar, y este tiene la mano buscando ya su arma.

—Le matas, y tienes un problema conmigo sin necesidad de hablar su salida —añade Jaxson.

—¿En serio quieres irte con ellos? —le pregunta J Brick.

—Me pedisteis que le mintiese a mi amigo, y mis supuestos amigos están aceptando dinero por mí —le responde Cruz—. ¿En serio me haces la pregunta?

—Piérdete —le susurra Salazar con asco—. Y ponte un apellido italiano o algo —se burla causando las risas de todos.

Cuando Cruz se mueve hacia Jaxson, es evidente que ya ha cambiado de bando.

—Los tratos son tratos, Zuccarelli —le dice Deon a Jaxson—. Hay algo que me gusta de ti, eres más limpio que tu padre —añade—. Y tienes más dinero —nota con una sonrisa.

—Qué Patricelli —insiste Jaxson de nuevo.

—¿Vamos a ser amigos? —le pregunta Deon.

—Voy a mantenerme lejos de ti, tú de mí, y cuando alguno de los dos necesite un favor vamos a pagarlo o a cobrarlo de manera justa —le responde Jaxson—. Eso me parece bien.

—Amando D'Amelio.

¿D'Amelio? Pero si hace nada Tyler o Violet hablaban de esta familia. Como aliados nuestros.

—Vieja gloria Patricelli —añade Deon—. Llevan meses acercándose a nosotros, porque ya no tienen a los *Devil's Legion* para ellos. Hace mucho tiempo que esta guerra estaba en el horno —dice con una sonrisa.

—No tiene ninguna gracia —le dice Jaxson—. Más nombres.

—Solo hemos hecho tratos con él.

—Quién se acercó —especifica Jaxson.

—Gente con apellidos italianos, pero sinceramente, no pregunté mucho y se notaba que ellos no mandaban —le responde Deon.

—Haz la lista, te pagaré por ello, y nos iremos de aquí con un gran trato cerrado para ambos —le ordena Jaxson.

—De acuerdo —acepta—. La verdad, que estéis en una guerra por cuestiones de legitimidad me parece una forma muy absurda para que muera mucha gente —explica—. Está claro que nosotros no seríamos lo que somos sin tu padre, pero ellos tampoco sin ti. Eres una máquina de hacer dinero.

Y ahora elogia a Jaxson. Esto es surrealista.

—Pero yo también tengo mis dudas sobre ti, Zuccarelli —añade—. Y te pido la misma sinceridad que te estoy dando.

Dice el que nos ocultó parte de lo que sabe para seguir aprovechándose de nuestra cercanía.

—Pregunta —le reta Jaxson.

—¿Qué hace el chico Capuzzo con los *Chicago Slayers*?

¡¿QUÉ?!

—Tú negocias con nosotros, y sabemos que Capuzzo lleva meses financiando a los *Chicago Slayers* para que trabajen buscando a su padre.

¡¿QUÉ?!

—Oh vaya —añade y me sonrío—. Parece ser que la señora Zuccarelli no sabía eso —se burla

—. Al final sí que vas a ser como tu padre y ya le escondes secretos a tu mujer.

Ni siquiera he mirado a Jaxson, por lo que no lo hago. Me resisto, y no lo hago. ¿Él lo sabía?

—Chico, sabes que están muy lejos en esa ciudad del viento, pero no nos interesa negociar contigo si alguien de los vuestros negocia con ellos —añade Deon—. No sería la primera vez que nosotros estamos en una guerra para vuestro propio beneficio.

—No van a darte problemas —le asegura Jaxson.

Lo sabía. Jaxson lo sabía. No puedo procesar esto. Los *Chicago Slayers* tienen un nombre que podrían tener los *Red Shadows*, y sé que Easton está buscando a su padre, que está rarísimo, y que hizo de las suyas en Chicago cuando se quedó solo, aunque diga lo contrario. Oh Dios mío.

—Tengo que saber a quién apoyas tú —le dice Deon—. Como te he dicho, sé que tú eres el cerebro y la máquina de hacer dinero. Me interesa saber si tengo tu apoyo mientras el crío ese les paga a esos desgraciados para que le hagan el trabajo sucio.

—Vosotros —le responde Jaxson—. Mientras no jodáis esto.

—Un placer hacer negocios contigo —le dice Deon y me sonrío de nuevo—. Señora Zuccarelli.

Pero cumplo con mi palabra y no digo absolutamente nada, ni siquiera para despedirme. De hecho, salir de aquí es como una nebulosa. Casi no noto la gente que nos mira, la que nos acompaña, los dos rehenes que nos llevamos, o que Cruz viene con nosotros.

—Sube, nena —me pide Jaxson —Aquí no.

—Lo sabías —le susurro.

—Me he enterado esta noche.

La llamada con su contacto ruso. Y la rabia que ha descargado contra ese saco de boxeo. Sabía que esto es grave, pero ahora sé que lo es mucho.

CAPÍTULO 16

Cuando abro mis ojos, me oriento, y observo la habitación con la primera luz de la mañana, pienso en algo rápidamente: en unas horas veré a mi hija. Finalmente. Después de *diez larguísimos días* hoy treinta de marzo regresamos a casa. Sin más información sobre los Patricelli, con todos los causantes del incendio más que interrogados, y sin nada tampoco sobre Vittoria, podemos regresar a casa y tanto la empresa, como la prensa o la imagen pública no pueden dar muchos problemas. Es el momento de regresar a casa. Solo pensar en ello me emociona. Aunque no creo que Jaxson no pueda dormir por los nervios de ver de nuevo a Alice. En su pijama negro, mira fijamente a través de la ventana que hay junto a mi lado de la cama y que tantos problemas le ha dado para dormir. Jaxson necesita regresar a casa para poder dormir y descansar en condiciones.

—Hola —le susurro.

—Hola, nena —me corresponde, aunque no con su mirada.

—Pareces un búho de pie junto a mí mientras duermo —le explico y sonrío.

Después me mira, y entonces se sienta a mi lado. Agradezco la dulce caricia en mi rostro, o que se agache para besar mi cabeza suavemente.

— ¿Easton? —le pregunto y asiente con su cabeza—. ¿Hay algo más?

—No de él —me susurra—. Ha llegado otra carta. Lo siento, estabas dormida y no quería despertarte.

Esto me despierta en pocos instantes. Él mismo me ayuda a incorporarme y después camina hacia su mesilla. Me entrega un sobre idéntico a los tres últimos, y el contenido es igual también en formato y parecido en contenido.

California

29 de marzo de 2017

Muy honorable señor mío:

Mucho siento tener que quejarme nuevamente por sus recientes amistades con las que Ud. está empleando parte de su tiempo, dedicación y buenas intenciones durante su estancia en la urbe de Los Angeles. Muy sensible me ha sido la triste noticia que Ud. se ha visto acompañado por la indecorosa y obscena sociedad de aquellos que asedian nuestros caminos con motocicletas.

Ruego que acepte mis disculpas por mi osadía de suplicarle que se aleje de esos seres del demonio y que me perdone por ser un siervo preocupado por los peligros que acechan a su señor.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

—Es la primera firmada con la fecha correspondiente —me explica—. Ya ni se molestan con eso, la misma palabrería de siempre, y Grayson sigue encontrándole incoherencias.

—Y esto confirma más que los *Red Shadows* trabajaron para ellos —le susurro y asiente con su cabeza—. Y que saben que lo sabemos, por lo que es probable que los mismos *Red Shadows* se lo hayan contado después de nuestra visita de hoy.

—Así es —me confirma.

Meto la carta de nuevo en el sobre y se lo devuelvo todo. Él lo guarda otra vez en su mesilla, pero después se mete en la cama conmigo y lo agradezco. Ninguno de los dos hace el mínimo intento para descansar como tendríamos que hacer, así que nos quedamos en silencio. Estar en una habitación con Jaxson sin Alice es raro, pero estar en una habitación silenciosa con Jaxson es más raro todavía. Mephisto siempre está con nosotros, y ronca sonoramente. Qué ganas de verle mañana, en serio.

—No puedo pensar en esto —me explica—. Involucrarnos con los *Red Shadows* nos ha salido bien al final, pero Easton...

—Finalmente sabemos qué nos ocultaba —susurro y al decirlo noto el escalofrío instantáneo—. Está buscando a su padre de forma muy peligrosa.

—Y por eso se puso así cuando yo negocié con los *Red Shadows* sin consultarlo —me explica con rabia—. Sabía que podíamos estar en graves problemas, y hemos podido estar en graves problemas. Los dos. Nosotros, y él en casa.

—Y no vino para no tener problemas con esa gente —susurro—. Incluso cuando ni siquiera nosotros habíamos hecho el trato con los *Red Shadows*.

—Probablemente —me responde—. Ya no lo sé.

—¿Cómo son los *Chicago Slayers*?

—¿Hay diferencias entre los Zuccarelli y los Occhionero? —me pregunta y ya tengo mi respuesta—. Ayudaban a los Capuzzo, por eso les ha buscado de nuevo. Y ni siquiera puedo cabrearme porque yo he hecho tratos con los *Red Shadows*. Eso le ha ido de cojones.

Le ofrezco mi mano porque se enciende de nuevo por la rabia, y él presiona mis dedos con fuerza.

—¿Hombre o mujer? —le pregunto.

—¿Qué? —me corresponde con confusión.

—Tu contacto con el que hablas en ruso —le explico y se ríe suavemente.

—Mujer.

—¿Rubia o morena? —le pregunto divertida y se ríe más.

—Ninguna de las dos —me responde y se entretiene con mi curiosidad.

Después nos quedamos en silencio, en calma gracias a estas risas.

—Ya sospechaba que los *Red Shadows* estaban jugando conmigo —me explica—. Es lo que hacen. Al final, son mercenarios. No tienen un motivo personal, esto no es una guerra suya, y simplemente aceptan el trabajo de quien mejor les paga —añade—. Estaba cabreado porque supe lo de Easton.

—Podrías habérmelo contado —susurro—. Casi destrozaste el pobre saco que te dejó Justin.

—No quería pelearme contigo —me explica—. Y lo hubiésemos hecho, nena.

—Me preocupa muchísimo que Easton esté haciendo tratos con este tipo de gente, que no se lo haya contado a nadie, y confirma lo que ya sabíamos: que dejarle solo en Chicago fue una mala idea porque la aprovechó para su propia venganza.

—Y además los Capuzzo son la familia que está más tranquila con diferencia —protesta a regañadientes.

—Jaxson.

—Nos habríamos peleado —defiende—. Lo haremos cuando regresemos a casa y le defiendas.

Y no te culpo por hacer eso, sé que vas a hacerlo.

—Después de conocer a los *Red Shadows*, sé lo peligroso que es esto.

—Pero sabes que Easton está mal, que ha tenido un año de mierda y que sigue empeorando. Lo de sus manos con Jenna, la muerte de Vanessa Alonzi, y entonces su prima. Y por supuesto la rabia que le consume porque adoraba el recuerdo de su madre, y ahora gracias al nonno sabe que era como Cora —enumera—. Y le vas a defender porque sabes qué es que el dolor decida por ti.

—Tú también.

—Es diferente. Y tienes esta conexión con él. Casi parece tu hijo, o tu hermano pequeño —añade—. Pero esta gente, aunque vive en estados opuestos del país, si se cruzan por la carretera se matan entre ellos. Y Easton apoya a unos, y yo a otros. Si hubiese sabido esto, ni por asomo les pido ayuda a los *Red Shadows*. Hemos estado en peligro, seguimos en ello, porque él no ha contado la verdad. Y no puedo echarle la bronca por esto, o por negociar con quien no debe, pero es jodidamente estúpido y me cabrea.

—Te duele más que no te haya pedido ayuda y que lo haya hecho por su cuenta —susurro—. También es tu pequeño —le digo con dulzura.

—Será interesante regresar a casa, créeme —me promete.

—¿Se lo vamos a contar al resto?

—No —rechaza y le miro mal—. Dame unos días.

—¿Para que puedas interrogar a Easton hasta que te canses?

Me mira con una ceja alzada porque ya estoy defendiéndole.

—¿Voy a tener que mediar entre vosotros?

—Es probable —me responde y agradezco su sinceridad—. Lo siento.

Me abrazo a él, pidiéndole con mi gesto que regrese a la cama conmigo, y nos pasamos horas entrelazados. Después tenemos que prepararnos para regresar a casa. Parece increíble que finalmente sea posible. Aunque me da un poco de pena despedirme de Brina y Justin. Me hubiese gustado tener la oportunidad de conocerla un poco mejor, y especialmente de indigar un poco más en esta tensión tan insoportable cuando Gianmarco está cerca. Y él está frente a la casa también, pero despidiéndose de nosotros.

—¿Seguro que quieres quedarte? —le pregunta Brayden.

—Me has dado mucho con lo que trabajar —le recuerda Gianmarco divertido—. Hay que vigilar de cerca a estos Patricelli —le susurra.

Estamos haciendo el gran espectáculo frente a la casa. Porque la patrulla del jefe Sanders está vigilándonos también. Hay otra cosa buena de dejar esta ciudad, ellos ya no podrán seguirnos a casa.

—¿No os parece increíble? —nos pregunta Madison—. Mi hermano despidiéndose de los vecinos.

Sus palabras me causan una sonrisa porque hace un buen rato que voy comprobando a Grayson cada pocos minutos. Charla animadamente con Kellen y Max frente a la puerta de su casa, y me alegra que, aun sin tener la oportunidad de convertirse en amigos, sí han podido construir algo bonito estos días. Y me pone contenta ver a Grayson regresando con nosotros con una sonrisa.

—¿Estás? —le pregunta Tyler y él asiente con su cabeza.

—¿No vas a decirle adiós a tu fan número uno? —le molesta Grayson a Jaxson divirtiéndose por el encaprichamiento que tiene Kellen con él.

—Ahora iré —le responde Jaxson con una sonrisa suave.

Su respuesta me sorprende, y la sonrisa es muy falsa.

—Empezad ya, y ahora vengo —añade.

Hay algo raro. El resto empiezan a terminar los preparativos en los coches, pero yo sigo a Jaxson, aunque ya me haya despedido de Kellen y Max.

—Jax —le llamo.

Tengo que detenerle agarrándome a su brazo, y los vecinos nos miran con la curiosidad que les caracteriza.

— ¿Qué ocurre? — le pregunto—. Jaxson —insisto—. Pareces cabreado, y jamás te quejas cuando alguien tiene un capricho por ti. Sea él, Grayson naturalmente, o Adelaide D’Arcangelo.

—Querían usarle —me susurra.

— ¿Qué? —pregunto con confusión.

No me responde. Se aleja de mi agarre y sigue acercándose a la casa.

—Zucca —le saluda Kellen con una enorme sonrisa—. Os echaremos mucho de menos. Regresad pronto.

— ¿Puedo hablar con vosotros, por favor? —les pide Jaxson, pero en realidad es una de sus órdenes—. Dentro.

—Oh, claro —acepta Kellen enseguida.

—Adelante, entrad —añade Max—. ¿Todo bien?

No me extraña que ambos sean unos fieles lectores de la revista de Grayson. Su recibidor podría aparecer en un número sin problema alguno. Pero el idílico espacio deja de serlo cuando Max cierra la puerta de la casa.

—No va a funcionaros —dice Jaxson y yo también estoy confundida por sus palabras—. Usar a Grayson y a su revista.

Oh.

—Tu empresa de alfombras está en la ruina —añade para Kellen—. Lees su revista, le reconociste enseguida, y pensaste que hacerte su amigo iba a conseguir que te mencionase en la revista, para tener una muy buena publicidad y salvar tu negocio.

Estoy sin palabras, Kellen y Max están pálidos, especialmente Kellen.

—Una parte de mi trabajo es comprar, arreglar, y vender empresas —añade Jaxson—. Tenía curiosidad. Tienes a los inversores persiguiéndote, y no te salen las cuentas.

Creo que Kellen ni respira.

—No llaméis a Grayson —les ordena Jaxson—. No os acerquéis a él. Y si volvéis a encontraros, le saludáis cordialmente y os vais. Pero ni siquiera intentéis usarle a él o a su revista para salvar vuestro culo. ¿Me he explicado bien?

Ambos entienden que no deben responder a su pregunta.

—Oh, y tenéis mi número —añade Jaxson—. Usadlo para cuando vendáis la casa —pide—. Para salvar vuestra empresa, y porque es lo que os recomiendo que hagáis ya que tú le engañas, y con un camarero en *Instanity* ni más ni menos —sigue y mira a Max.

Oh Dios mío. Kellen no sabía esto, y cuando mira a Max lo hace sin parpadear casi. Max está rabioso porque Jaxson le ha pillado en otra mentira.

—Con permiso —se despide Jaxson.

No sé si soy capaz de despedirme brevemente. Creo que les dejo en el recibidor de su casa, y que si realmente pretendían usar a Grayson y a su revista, les ha salido muy caro.

—Jax —le llamo mientras nos acercamos a nuestros coches.

Oh Dios mío, Grayson. Va a llevarse una buena decepción.

—Jax, espera —le pido.

Por suerte, se detiene y lo agradezco porque no quiero tener esta conversación con el resto

delante pero necesito tenerla.

—Que tengan problemas económicos no significa que se acercasen a Grayson por interés —le digo con confusión.

—Me metí en su móvil —me susurra—. Supimos enseguida que Max le engañaba. No me fio de la gente que engaña a sus parejas. Si mienten a la persona con la que se supone que quieren compartir su vida, ¿con qué nos mienten al resto? —añade—. Grayson insistió, pero se lo quité de la cabeza porque entonces pensaba que simplemente era...Grayson —añade.

— ¿Cuándo lo averiguaste?

—Esta noche —me susurra—. Sincronización fantástica para evitarle el disgusto a Grayson —añade—. Vámonos ya de esta mierda de sitio, por favor —me pide.

Me agarro a su mano y después beso su antebrazo. Camino a su lado hacia nuestra familia, e intento no pensar en el disgusto que sí se llevará Grayson, porque tenemos que contárselo.

— ¿Qué ha pasado con ser Miss Simpatía del vecindario? —le pregunto a Jaxson en un susurro.

—Mi favorito —responde con orgullo.

Y me causa una sonrisa. Una sonrisa con la que nos vamos a casa.

CAPÍTULO 17

Está lloviendo. Está lloviendo muchísimo. Es algo que me hace muy feliz durante los cinco primeros minutos de regreso a Oregon. Después no me gusta porque la lluvia es tan intensa que tenemos que conducir con precaución extrema y el viaje de camino a la casa de los nonni es más larga. Cuando finalmente aparcamos los coches en su casa, ya no puedo más. Me da igual si llueve y no tengo paraguas, o si mi pie sigue resentido porque en Los Angeles ni un solo día he hecho algo de ejercicio, necesito ver a mi hija. Jaxson podría adelantarme perfectamente, pero viene a mi lado y entramos juntos a la casa.

—Bienvenidos de regreso, señor y señora Zuccarelli.

No sé qué le respondo a Lilian, la ama de llaves, pobrecita. Lamentándolo mucho, después de diez días solo tengo ojos para mi hija. Y Mephisto. Él llega a nosotros antes, corriendo con esa agilidad sorprendente de mi perro para la raza que es. Pero Alice camina hacia nosotros. *Camina*. Todavía no me acostumbro a la idea. La zia le da una mano, pero mi hija viene contenta hacia nosotros. De hecho, es evidente que nos reconoce, porque grita contenta y con la alegría está a punto de caerse porque se balancea demasiado. Es como si nos hubiésemos ido dejando en casa un bebé, y ahora nos agachamos para recibir a una niña. Alice viste con una chaqueta de punto beige y un vestido verde de flores blancas. En su cabeza, tiene dos mini coletas con lazos blancos. Y se lanza a los brazos de Jaxson cuando llega a nosotros. Se ríe cuando le damos besos. Nos babea cuando se mueve contenta y de alguna forma eso son sus besos. Y se agarra con demasiada fuerza a mi cabello, pero ni ese molesto dolor estropea el momento. Estamos con ella y estamos en casa.

— *¿Has estado practicando?* —le pregunta Jaxson—. *Caminas muy bien*.

Ella muerde su labio inferior y después le sonrío. La misma sonrisa encantadora de su padre, por cierto. Por lo que Jaxson se la come a besos, y ahora nuestra niña ríe a carcajadas.

— *¿Le das un beso a la mamma?* —añade Jaxson.

—Mamma —dice Alice alzando sus manos hacia mí.

—Hola —le correspondo abrazándola.

Me incorporo con ella en brazos porque me canso agachada y ella se acomoda sentada en mis antebrazos y me mira con otra sonrisa.

— *¿Has estado bien con los nonni, Noah y la zia?* —le pregunto—. *¿Sí?* —añado y asiente con su cabeza.

Alejo momentáneamente la mirada de mi hija cuando veo a Jaxson abrazándose con Dona. Oh Dios. No estoy preparada para irme de casa y que cuando regrese Dona se vea peor. Más pálida, más delgada, y muchísimo más cansada. La alegría de Jaxson por el reencuentro con Alice se acaba rápido mientras abraza a su abuela. Creo que por eso Alessandro le molesta, y también por eso se deja abrazar un largo rato por la zia.

— ¡Alice!

—Grayson. Hemos dicho que les dábamos veinte minutos.

—Ya no aguanto más. ¿Dónde está mi niña?

Me giro divertida porque sé que se acercan, y entonces veo a Grayson entrando por la puerta, con Brayden siguiéndole detrás para impedir que lo haga.

—Mi A —dice Grayson—. Qué guapa estás, mi amor.

— *¿Quién ha llegado?* —le pregunto a mi hija.

Me cuesta aceptar la idea de que ya tengo que compartir a Alice, pero comprendo la necesidad que tiene Grayson. Le ha echado de menos de corazón.

— ¿Quieres ir con el zio G? —le propongo a mi hija.

—G.

Grayson se detiene en seco y solo ella podría haberlo conseguido con las ganas que tiene de acercarse. Brayden lo hace también, y abre sus ojos exageradamente. Tyler, Madison y Violet, que vienen tranquilamente detrás, no entienden el atasco producido en la puerta.

— ¿Quién es él? —le pregunto a mi hija despacio—. ¿Es el zio G?

—G —repite mi hija y sonríe.

—No me jodas —protesta Brayden.

—Brayden —le regaña enseguida Violet.

—Lo ha dicho. Lo ha dicho —dice Grayson reaccionando finalmente y se acerca a toda prisa—. Ven aquí.

Me río entregándole a mi hija, y miro el bonito reencuentro. Alice está muy feliz de ver a Grayson.

—Ya estoy aquí, mi amor —le dice Grayson feliz—. Y no me voy.

— ¿Qué ha pasado? —pregunta Madison.

—Que sabe decir G —le explica Violet con un puchero de felicidad—. Es adorable.

—No me jodas.

—Madison —le regaña también Violet.

—Estás muy guapa —le dice Grayson a Alice abrazándola—. ¿Quién te ha puesto este vestido con...? —le pregunta—. Mallas —nota con asco acariciando la pierna derecha de Alice.

—La zia —se defiende la misma Lea—. Adelante, por favor —les pide divertida.

Me da un abrazo a mí cuando pasa por mi lado, y finalmente el resto entran en la casa.

—Lleva mallas porque para andar va mejor —le explica Lea a Grayson—. Con medias, resbalaría mucho. Lo mejor es que vaya descalza, pero así no tiene frío en las piernas. ¿Verdad, cariño? —le pregunta a Alice y acaricia su brazo.

—G —le dice mi hija.

Y apoya su cabeza en el hombro de Grayson. Naturalmente él empieza a llorar, y me contagia las lágrimas.

—Lo que nos faltaba —protesta Brayden—. Bueno, vamos a acomodarnos porque Grayson no va a dejárnosla hasta dentro de un par de horas, lo mínimo —añade—. Hola, pequeño zuccaro —saluda a Alice pasando por su lado.

Es obvio que Alice está en su pequeño mundo con Grayson, y él con ella.

—Esto es tu culpa, por cierto —sigue Brayden—. *Hola, nonna* —saluda.

Me giro para mirarle, pero antes encuentro a Jaxson. Con Grayson, es otra persona que Alice llama de forma identificativa, y sigue sin ser a su padre. Pero Jaxson sonríe mirando a Grayson y Alice, y creo que él también podría empezar a llorar.

Me gusta saludar a Alessandro y a Dona, pero mi mirada constantemente se va con Alice y Grayson. Creo que Grayson ni siquiera ha saludado a los nonni, de hecho.

—Oye, ¿dónde está Noah? —pregunta entonces Tyler.

—Sí, eso —le apoya Brayden—. Ya esperábamos no tener un recibimiento de Easton, pero sí pensábamos tener una recibida Capuzzo.

—Está arriba en su habitación —explica Dona.

Esto es raro. Cuando venimos a esta casa, Noah usualmente es el primero en bajar a recibirnos.

— ¿Qué ocurre? —le pregunta Jaxson a Dona—. *¿Y por qué no lo sabemos ya?* —añade para Alessandro.

—*Vamos a sentarnos, ¿eh?* —le propone su abuelo—. *El chico está adaptándose con problemas a la idea de mudarse con vosotros. Es un cambio considerable.*

Noah tiene que venir con nosotros a casa. Básicamente porque Alessandro naturalmente quiere ir con Dona, pero la zia tiene que acompañarles también porque él no va a poder hacerlo en todas las ocasiones. No es conveniente que Noah vaya con ellos, así que lo mejor es que venga con nosotros. Le llevaremos a su grupo de mañanas, estará en casa, y no son tantos cambios. Pero parece que no acepta bien la idea. Y Alessandro, Dona y Lea nos lo cuentan cuando estamos acomodados en el salón de la vitrina de las fotos.

— ¿Puedes dejar que como mínimo le digamos hola, por favor? —le pide Tyler a Grayson mientras se acercan al sofá.

—Dile hola al zio Ty —anima Grayson a Alice.

Ella le sonríe a Tyler, se balancea en los brazos de Grayson contenta de verle, pero no hace más.

—Lo siento —se disculpa Grayson sin arrepentimiento alguno.

—Tengo ganas de darte una hostia, en serio, Grayson —protesta Brayden.

—Hubiese estado bien que ella lo hubiese dicho —se burla Madison.

—Dile hola a la madrina celosa —se burla de vuelta Grayson.

Después se acomoda en el sofá junto a Jaxson. Alice quiere ir en el regazo de su padre enseguida, pero después le da una mano a Grayson y divide sus sonrisas para los dos. No le culpo, está con mis hombres favoritos. Y, por suerte, Mephisto es todo para mí ahora mismo. Agradezco poder acariciarle cuando descubrimos qué le ocurre a Noah.

—*Quiere venir a Boston* —explica Alessandro.

—*No puede hacer eso* —le dice Jaxson enseguida.

—*Ya lo sabemos* —replica él—. *Llevamos diez días explicándoselo* —añade—. *Pero sabe qué ocurre, sin saber los detalles. Quiere venir con nosotros.*

—Es normal —le dice Grayson a Jaxson—. Lleva mucho tiempo con ellos.

—Y mudarse a casa es difícil —añade Madison—. Propia experiencia —susurra.

—*Habla tú con él, por favor* —le pide Dona a Jaxson—. *No quiero que se quede a disgusto.*

Jaxson asiente con su cabeza y después mira a Alice. Ella estaba distraída con los botones de su chaqueta de punto, hasta que nota a su padre. Entonces le sonríe y se pega a su cuerpo en una especie de abrazo.

—*Os ha echado de menos* —añade Dona.

—*Ha estado encantada* —corrige Jaxson.

Después me busca con su mirada y le sonrío.

— ¿Vienes con Noah? —me pide y asiento con mi cabeza.

Grayson quiere a Alice, naturalmente, pero Tyler, y Madison a su lado, agradecen que por fin tengan la oportunidad de saludar a su sobrina. Jaxson y yo les dejamos en este salón, pero nos detenemos en cuanto escuchamos el grito de Alice.

— ¡AAAA!

—Ahora vienen —le explica Tyler.

Pero Alice está en pie en su regazo, agarrándose a su mano con una de las suyas, pero nos señala a nosotros con la otra.

—Vendrán en un ratito —le explica Madison a mi hija y pone bien su vestido.

Cuando le hace cosquillas, Alice se distrae con ella, empieza a reírse y yo os vamos

mucho más tranquilos. Sé que él se pone tan nervioso como yo cuando subimos las escaleras y vemos a Noah en su habitación, sentado en el suelo y apoyado en su cama.

La habitación de Noah es un sitio en el que podrías estar y adivinar fácilmente que es la suya sin saberlo. Parece una habitación de adolescente, porque Noah lo es, pero tiene cosas de niño, porque Noah jamás dejará de serlo. Su cama es demasiado grande, tiene una televisión que personalmente no creo que un niño necesite en su habitación, y el equipo de música funciona ahora mismo porque Noah sabe cómo programarlo. Pero las sábanas de la cama tienen un edredón con dibujos de trenes, Noah está sentado en una alfombra con vías de trenes, tiene cuatro cestas llenas de cosas para construir un circuito de trenes, y todo esto ciertamente podría encontrarse en una habitación de un niño. Lo que siempre me ha gustado más de este espacio es el enorme reloj colgado en el techo, como esos antiguos de las estaciones de trenes.

—Hola, Noah —le saluda Jaxson en un tono calmado.

Él nos mira, pero no está feliz de vernos y eso es una primera vez. Imito a Jaxson cuando nos sentamos en la alfombra, despacio y lejos de la cama para no invadir el espacio personal de Noah. Mueve juguetes de una caja de mimbre a otra. Entonces veo algo de ropa doblada en la cama. Y a su lado una mochila con un montón de cosas.

—¿Qué haces? —le pregunta Jaxson.

—Estoy haciendo mis maletas para irme con la nonna —le responde él.

Y eso es lo que ya había adivinado con lo que tiene en la cama y al verle clasificando sus juguetes. Los que quiere llevarse, y los que se quedan aquí.

—La nonna tiene que ir a Boston con el nonno y la zia —le explica Jaxson tranquilamente—. Y tú puedes venir a casa con nosotros.

—Quiero ir con la nonna —defiende—. Sé que está enferma, Zucca —añade con rabia—. Os pensáis que yo soy tonto, pero yo sé las cosas.

—Nadie te ha dicho eso —le dice Jaxson—. No te lo han dicho, ¿no?

—Sé que no soy tan listo como tú —susurra y pone otra vía de tren en la caja descartada—. Pero yo estoy con la nonna siempre.

—Vamos a ir de visita. Sabes que la nonna necesita irse a Boston.

—¿Y por qué no puedo ir con ella? —le pregunta con rabia mirándole—. La nonna me cuida a mí cuando yo estoy enfermo. Yo quiero cuidarla a ella.

—Lo sé —le dice Jaxson dulcemente—. Pero la nonna necesita los médicos ahora. Y los médicos están en Boston.

—Quiero ir con ella —insiste Noah y regresa su atención a sus juguetes.

—Puedes traer todo esto a casa también.

—No quiero venir a tu casa —le replica Noah sin mirarle.

—Pero nos hace mucha ilusión que vengas —le digo yo—. Y estarás con Alice y con Mephisto.

—Ellos pueden venir a Boston —dice en un susurro y entonces lanza con fuerza otra vía a la caja de los descartes—. Podemos ir yo, la nonna, el nonno, Alice, Mephisto y la zia.

—Es un viaje un poco largo para Alice y Mephisto —le explico.

—Pero yo no soy pequeño ya —defiende—. Yo puedo ir —insiste—. ¿Y por qué no pueden venir los médicos aquí? —le pregunta a Jaxson—. El doctor Conner viene aquí.

—El doctor Conner viene aquí cuando te duele la tripa, o cuando tienes fiebre —le explica Jaxson y lo agradezco porque no tengo ni idea de quién es este médico—. Pero sabes que la nonna necesita muchos médicos ahora, y en Boston hay muchos que son muy buenos.

—Que vengán aquí —exige Noah—. Ella puede curarse y estar aquí conmigo. Y yo puedo ir

con el nonno con el barco. Y a casa de Charlie, y a mi grupo y...

— ¿Por qué no quieres venir con nosotros? —le pregunta Jaxson.

— Porque nunca estáis en casa —le responde Noah enfadado—. Hay mucha gente, y hay mucho ruido. Quiero quedarme aquí —dice—. No. Quiero ir a Boston con la nonna.

— ¿Quieres quedarte aquí en casa? —le pregunta Jaxson.

Noah no levanta la mirada de sus manos, pero yo miro a Jaxson con confusión.

— La nonna tiene que ir a Boston, Noah —le explica Jaxson—. Los médicos no pueden venir aquí. Pero, entiendo que tú tienes tu habitación aquí, tus cosas, te gusta ir a casa de Charlie, y el curso en tu grupo no ha terminado todavía —añade con calma—. Pero no puedes ir a Boston. Así que, entiendo que no quieras venir a casa, ¿pero quedarte aquí? ¿En esta casa?

— ¿Solo? —pregunta Noah mirándole asustado.

— No —rechaza Jaxson—. La nonna, el nonno y la zia tienen que irse a Boston. ¿Con quién quieres quedarte aquí?

— Con Alice y Mephisto —le responde enseguida.

Esto me causa una sonrisa, a Jaxson también.

— No podéis quedaros los tres solos —le explica Jaxson suavemente—. ¿Quieres que Eleanor y yo nos quedemos aquí contigo?

Noah no sabe qué responder, yo no tengo palabras tampoco. Miro a Jaxson para entender qué hace, porque lo que propone es algo importante, pero él tiene su atención en Noah.

— Contigo sí —le responde Noah—. Y con Eleanor —añade para mí y sonríe un poco.

— ¿Quieres que el resto venga también aquí? —le pregunta Jaxson—. A tu casa.

— No —rechaza Noah inmediatamente para mi sorpresa—. Son muchos y no tenemos tantas camas —explica.

— De acuerdo, solo Eleanor y yo —acepta Jaxson.

— Y Alice y Mephisto —puntualiza Noah y Jaxson se ríe un poco.

— Sí, y Alice y Mephisto —le confirma—. Ahora dejas todo esto, ¿y bajas con nosotros? Estamos todos abajo.

— ¿Jugaremos a los trenes después?

— Sí —le responde Jaxson con una sonrisa.

— Vale —dice Noah y asiente con su cabeza—. Pero tengo que recoger esto, porque sino la nonna se enfada porque tengo mi habitación desordenada.

— De acuerdo —acepta Jaxson—. Te esperamos abajo entonces, ¿vale?

Noah asiente con su cabeza, pero ya está distraído de nuevo con sus cajas. Me cuesta encontrar las palabras mientras le dejamos, pero antes de llegar a las escaleras detengo a Jaxson.

— Lo sé —susurra—. Tendría que haberlo hablado contigo —añade.

— No me molesta la idea —le explico—. Me sorprende que sea tuya, la verdad, pero no me molesta —añado—. Odias esta casa.

— Él odia la idea de moverse —me explica—. ¿Cuántas veces lo ha hecho en los últimos años? —añade—. Y cuando nos mudamos aquí, y empezaron a llegar todos, supimos que no era feliz en casa. Demasiada gente, demasiado ruido, demasiados problemas que él no comprende, pero sí comprende. Por eso estaba en ese centro, y feliz. Aquí, con los nonni, tiene su vida. Lo has visto, tampoco quiere ir a Boston. Quiere que todo esté tranquilo como antes. No puedo darle eso, ¿pero una parte?

— Así que nos quedamos aquí —le digo con una sonrisa.

— Lo siento por improvisar y no hablarlo contigo.

— No me molesta —insisto—. Me parece una buena idea —añado—. O quizás echas de

menos vivir en una comunidad con vecinos —me burlo y rueda sus ojos.

—Bueno, como mínimo, hay una que me cae bien —defiende mientras bajamos las escaleras ahora sí—. Benedetta —me recuerda—. Vais a ser vecinas.

—Es verdad —noto contenta.

—Y esta casa te encanta. Siempre lo ha hecho —defiende.

— ¡Zucca!

Antes de llegar al final de las escaleras, Noah se acerca a nosotros.

—Ya está, ya he ordenado mi habitación —le explica a Jaxson con prisas.

— ¿Sí? —le pregunta él sin creerse una palabra.

—Ya podemos jugar a trenes —le explica.

—Jugaremos después —le repite Jaxson—. Sé que la nonna ha cocinado algo bueno, y estamos todos. Vamos a comer algo, y después jugamos.

—Sí, ha preparado *tubetti al pesto* —le explica Noah—. De los grandes, porque yo se lo he pedido —añade.

—Está cocinando, ¿no? —le pregunta Jaxson mientras los dos avanzan por el recibidor.

—Sí. El nonno le dice que no cocine, pero la nonna lo hace. Y entonces el nonno dice que la nonna siempre hace lo que quiere.

Tengo que reírme con su descripción porque puedo imaginarme perfectamente a Alessandro y Dona en esa discusión. Dejo de reír instantáneamente cuando regresamos al salón de la vitrina de las fotos con todos. Alice está de pie, agarrándose a la mesa central entre los sofás y sillones, y va dando vueltas a ella bajo la atenta mirada del resto.

—*Espera, espera, ya verás* —susurra Alessandro.

Alice le mira cuando él habla.

— *¿Qué harás ahora, pequeño terremoto?* —le pregunta su bisabuelo.

Ella le sonríe, y después se acerca a él. Bueno, al sillón junto a él. Sola, sin apoyo, simplemente caminando de forma muy inestable, pero por su cuenta. Ella sola. Se abraza al asiento del sillón vacío junto a Alessandro, y después trepa por él. Ella sola. Cuando está sentada, visiblemente cansada por el esfuerzo, se apoya de lado en el apoyabrazos y mira nuevamente a su bisabuelo.

—*Muy bien* —le felicita él.

Después extiende el brazo hacia ella, con la palma de su mano abierta.

—*Choca* —le pide Alessandro—. *Vamos, choca* —añade y mueve un poco su mano.

Alice se inclina hacia él y con las dos golpea fuertemente a Alessandro. Después se abraza a él cuando Alessandro se inclina hacia ella para darle un abrazo.

— ¿Cuántos días hemos estado fuera? — pregunta Tyler asombrado.

Es una pregunta que también me hago yo.

—Diez —le responde Grayson.

— ¡¿Solo diez?! —repite Tyler.

Y esto también me lo pregunto yo.

— ¿Pero qué habéis puesto en su comida para que esté así? —le pregunta Brayden a la zia—. Si parece que tenga dos años y no uno.

—*Ya os lo dijimos* —le dice Alessandro mientras le hace cosquillas a Alice—. *En cuanto empezase a caminar, haría el resto sin problemas. Su padre hizo lo mismo* —añade—. *Oh, hola* —nos saluda cuando nos ve.

— ¿Habéis visto esto? —nos pregunta Tyler.

Sí, y ahora es Alice quien nos ve a nosotros. Quiere bajar sola del sillón, pero para hacer esto

Alessandro le ayuda. Después Alice se agarra a su mano y camina. Cuando ya tiene a Alessandro lejos, se agarra a la de Dona. De allí a la rodilla de Madison. Después la mesa. De apoyo en apoyo hasta que se siente segura para venir sin nada hacia nosotros.

—*Deja de crecer en diez días* —le pide Jaxson levantándola del suelo para besarla—. *Especialmente si no estamos nosotros* —le susurra.

—Ahora Alice camina —explica Noah—. Se lo he enseñado yo.

—Lo hace muy bien —le dice Jaxson—. Le has enseñado bien —le felicita—. Toma, mamma —añade para mí.

Se lo agradezco, porque necesito abrazar a mi hija. ¿Es posible que pese más también?

—*Estos dos van a tener una crisis nerviosa aquí mismo* —susurra Alessandro con una sonrisa.

—Joder, normal —dice Madison—. Solo han pasado diez días. No son tantos.

—Ahora va a hacer cosas nuevas cada día —le dice Dona y después nos mira—. Está en la mejor edad. Lo aprenden todo sin que te des cuenta —añade y noto la tristeza en su voz y en su mirada.

—Hola, Noah —le saluda Violet—. ¿Dónde estabas?

—Arriba —le responde él y se acerca a ella.

A pesar de lo difícil que me imagino que han sido estos días para Noah, se sienta junto a su hermana y le da un beso y un fuerte abrazo.

—¿Qué haces al final? —le pregunta ella—. ¿Vienes con nosotros?

—No —responde Noah y niega con su cabeza—. ¡ZUCCA Y ELEANOR SE QUEDAN AQUÍ CONMIGO! —grita contento.

—¿¡QUÉ?!

Mientras ellos asimilan la noticia, yo me busco un asiento para poder comprender que me fui a Los Angeles cuando mi hija dio el primer paso, y que ahora ya hace todo lo que hace. No llevo ni una hora en esta casa y mi hija ya no parece mi hija. Alessandro me sonrío desde el sillón a mi lado precisamente con esto.

—*Hola, chica* —me saluda y noto su burla.

—¿*Qué habéis hecho con mi hija?* —le susurro y sonrío.

—*Te avisé que su padre hizo lo mismo. De un día para otro* —añade—. *Así que os quedáis aquí* —me dice y asiento con mi cabeza—. *Buena idea.*

—*No ha sido mía* —le susurro y sé que se sorprende.

—A ver, a ver —pide Tyler y me uno a la otra conversación—. ¿Cómo que os quedáis aquí con Noah?

—Y con Alice y Mephisto —puntualiza Noah.

—Sí —le asegura Jaxson sentado ya junto a Noah en el apoyabrazos del sofá.

—¿Nosotros también? —pregunta Madison con la misma confusión que el resto.

—No —rechaza Noah enseguida.

Es una palabra, pero todos notan el tono que usa Noah.

—Solo Ele y yo vamos a quedarnos con él —explica Jaxson—. Con Alice y Mephisto —añade rápidamente para la tranquilidad del chico—. Noah entiende que no podemos ir todos con la nonna a Boston, pero es verdad que aquí él tiene sus cosas, sus amigos, y en casa siempre hay mucho ruido —añade para el resto básicamente—. Y no se detendrá.

Todos lo saben perfectamente. Hemos regresado a casa, pero la guerra no ha terminado.

—Así que hemos hablado, y vamos a hacer esta opción para que cada uno tenga un poco de lo que quiere —explica Jaxson—. Y en esta casa no hay camas para todos —añade especialmente para el resto.

Podríamos vivir todos juntos en esta casa sin problemas, poner más camas, lo que fuese. Pero esa no es la cuestión. Trasladaríamos el caos de casa aquí, y eso no sería bueno para Noah tampoco.

—Es una gran idea —elogia la zia.

—Nos separamos de nuevo —puntualiza Brayden.

—Es lo mejor para todos —defiende la zia.

—Es una buena idea —apoya Tyler y recibe algunas malas miradas—. Lo es —insiste y mira especialmente a Grayson—. Vendremos de visita.

—No es lo mismo —protesta Grayson y entonces busca a Jaxson—. Me quedo con vosotros —le dice y Jaxson niega con su cabeza—. Esta noche como mínimo —pide Grayson—. Acabamos de regresar y mira todo lo que me he perdido con Alice.

—*Podéis quedaros todos esta noche.*

Y ahora miramos a Dona.

—*Ya lo tenemos todo listo. Podemos comer juntamos, pasamos la tarde por aquí, y podéis dormir todos esta noche. Mañana cada uno tendrá que hacer lo que tiene que hacer* —propone y mira a Noah—. *¿De acuerdo?* —le pregunta y él asiente con su cabeza—. *¿De acuerdo?* —repite para los chicos—. Grayson —insiste.

—*No me gusta el plan* —susurra a regañadientes—. *El de separarnos, pero de acuerdo* —acepta finalmente.

—Si vas a pasarte el día aquí con cualquier excusa —le dice Madison.

—Por supuesto —defiende Grayson y sonrío.

—Señores —saluda Riccardo entrando al salón—. Disculpen la interrupción. El señor Capuzzo ha llegado.

—A buenas horas —susurra Brayden con rencor.

—*Gracias, Riccardo* —le agradece Alessandro.

La llegada de Easton es incómoda. Tengo que comprobar a Jaxson constantemente, y cuando ellos dos se saludan la tensión es insostenible. Pero Jaxson recuerda que no es el momento, por lo que sobrevivimos a esto.

—Hola —me saluda Easton cuando llega a mi sillón.

Después le da una suave caricia a Alice en los mofletes, consiguiendo que mi hija parezca un pez, y ella el sonrío cuando la deja. Easton no dice nada más, simplemente le da un suave apretón en el hombro de Alessandro y sigue para saludar a la nonna.

—*¿Algo?* —me susurra Alessandro y niego con mi cabeza—. *Nosotros tampoco. Incluso me he presentado por sorpresa varias veces* —añade y me río suavemente—. *Nada.*

Algo me dice que cuando Alessandro sepa lo que nos esconde Easton va a estar igual de cabreado que Jaxson.

Ya sabemos a estas alturas que los regresos a casa son complicados. Este también. La tensión con Easton está en todo momento, sutil en algunos momentos, incomodísima en otros. Pero Noah parece estar más tranquilo, mucho más feliz, y creo que al final todos comprendemos que lo que vamos a hacer es lo mejor para él. Y hay que pensar en él. Alice ciertamente disfruta de la atención que hoy tiene sin pedirla. Y por primera vez en diez días, comemos todos en una misma mesa, sin prisas, sin agobios. Aunque sabemos que es solo una pequeña burbuja por todo lo ocurrido. Y por lo que vendrá. Dona está disfrutando de esto como una despedida, y en algún momento empezamos a darnos cuenta. Es como una horrorosa última vez para todo. Tenernos en su casa. Darnos demasiada comida como siempre. Un paseo por el jardín con Jaxson sin que él proteste, mucho. Bañar a Alice. Escoger su pijama. Así que el día es muy agridulce, como todos

los regresos a casa.

El ajeteo de estos momentos en esta casa es considerable. Ha caído la noche, llevamos horas juntos, y es inevitable aceptar que se ha terminado y que tenemos que descansar porque mañana empieza un nuevo día. Hay que buscar almohadas, mantas, pijamas improvisados, un último tazón de leche caliente, cerrar alguna maleta, lo que sea. Pero Dona está en su salita de pintura. Hoy está demasiado ordenada.

Me ve cuando me acerco a ella, pero no dice mucho. Y entonces miro el lienzo colocado en el caballete. Es el cuadro del faro, que ya ha terminado.

— ¿Me mandarás una foto cuando vayas a verlo? —le pido.

—Sí —me responde con una sonrisa suave y asiente con su cabeza—. Me apetece ir —susurra—. Pero no tanto como otras veces.

—Es normal —comprendo—. Pero ya sabes para qué son los faros, ¿no? —añado y sonrío un poco—. Para regresar a casa. Así que úsalo, y esa oportunidad, para regresar con nosotros.

Acaricia el marco que ya tiene el lienzo con sus dos manos, pero fijarme en sus dedos huesudos, en la fragilidad de todo su cuerpo, me pone tan triste.

—Es un camino bonito —me explica—. No está cerca de Boston precisamente. Por tierra no se ve, pero dicen que si resigues la costa, son nueve faros al norte desde Boston, y el décimo, es este.

—No le des ideas a tu nieto que te va a llevar por toda la costa en barco para que veas a los diez —le digo—. Es capaz de intentar comprar los diez si se lo cuentas.

—Cuídamelo, eh —me susurra.

—Bueno, vas a tener que regresar y cocinarle tú el montón de comida que has preparado hoy porque sabes que yo así no puedo cuidarle —le explico y se ríe un poco.

Escuchamos pasos entonces, y cuando Jaxson viene lo hace con Alice en brazos, con su pijama, el chupete y lista para dormir. Ambos están algo alterados. Mephisto tiene sueño.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto.

— ¿Dónde está el león de peluche? —le pregunta Jaxson a Dona.

—Oh, abajo en la lavandería —le responde ella con una sonrisa—. Alguien ayer metió el león donde no debía, y tuvimos que lavarlo.

—Oa —dice Alice con sueño y con dificultades por el chupete.

Frota su ojo con una mano, pero con una mano señala a Dona. Jaxson se acerca, pero Alice no quiere alejarse de él, simplemente estar más cerca de Dona.

—Este te ha quedado bien —le dice Jaxson a su abuela mirando el cuadro.

—Es para Eleanor —le explica Dona sorprendiéndome—. Aunque a ella no le gusten mucho los faros —añade divertida para mí.

—Algún día vas a tener que contarme qué obsesión tienes con los faros —añade y frunce su ceño—. Espera, este en concreto. Siempre pintas el mismo.

Miro a Dona enseguida, y al final ella me corresponde.

—Dame —le pido a él—. Ven, cariño.

Alice sí viene conmigo contenta. Porque de la misma forma que yo necesito dormir a mi hija, Jaxson necesita tener una conversación con su abuela.

CAPÍTULO 18

Los regresos a casa con tu gente no deberían ir acompañados de despedidas. Dos días no han sido suficientes. El sábado 1 de abril, estamos en el recibidor de la casa del lago despidiendo a Dona, Alessandro y Lea.

—Esto es la peor broma de *April Fool's* —protesta Madison.

—Por lo que mi defensa sobre lo inútil que es este día tiene más apoyo que nunca —dice Grayson y mira mal a Brayden.

—Ni siquiera te quejes que este año con esto es más que suficiente.

—Chicos —les calma Lea.

—*¿Por qué no os quedáis un poco más?* —le pide Violet a Dona—. *El fin de semana.*

—*Cariño, ya me cuesta irme de aquí, no me pides que me quede más días con vosotros, por favor* —le corresponde Dona.

—*Además, el lunes empieza el ensayo, nosotros ya tenemos una edad, y vosotros tenéis trabajo* —añade Alessandro—. *Venga, ayudad a terminar de cargar los coches.*

—*Os acompañamos al aeropuerto* —le dice Tyler.

—*¿Yo hablo para las paredes o con mis nietos?* —le pregunta Alessandro—. *Vamos a hacer esto de la forma más calmada. Nos vamos a Masschusetts, y tenéis más dinero que cabeza, por lo que en dos días estaréis acampando en nuestra casa como ya habéis hecho aquí.*

Alessandro protesta ahora, pero es evidente que lo hace porque esto es tan difícil para él como para nosotros.

—Señor.

—*Dime* —responde Alessandro.

Pero es Elise, y no Riccardo, Enrico o Lilian, quienes llamarían así a Alessandro. ¿Qué hace Elise aquí? ¿Cuándo ha llegado?

—¿Qué ocurre? —le pregunta Jaxson.

—Hola, Elise —le saluda Grayson y después le echa una mala mirada a Jaxson.

—Lamento mucho interrumpirles, señor —se disculpa Elise.

Cuando ella misma cierra la puerta de la casa, sé que la despedida ya ha sido interrumpida. Y por algo grave.

—Dilo rápido, Elise, por favor —pide Brayden.

Pero cuando ella duda en hacerlo, y además echa un rápido vistazo y se fija en Noah, sé que es algo grave de verdad.

—Han encontrado una familia en Cape Disappointment Start Park —explica Elise y le da su iPad a Jaxson—. Cerca de la frontera con Washington State.

Cuando Jaxson le echa un vistazo a la pantalla, lo aleja en cuanto Dona se acerca para mirarlo también. Así de grave es.

—Familia Occhionero —le explica Elise a Jaxson—. Welch. Viven en la zona.

—Describe —pide Brayden a Jaxson.

—Familia de cinco en la playa —explica Jaxson—. Tres niños —añade—. Sentados en sillas de playa...—susurra.

—Con ropa de senderismo —explica Elise para Brayden—. Disparo a todos en la cabeza, tienen gorras iguales los cinco —añade—. De color verde, señor.

Oh Dios.

—El padre sostiene un sobre.

Y este es el detalle que hace que sea todo más escalofriante.

—Deja que lo adivine, de la famosa Orden de los Patricelli que ni los Patricelli conocen —susurra Tyler con rencor.

—Sí, señor —le confirma Elise y mira a Jaxson—. Tengo una foto de la carta, y están trasladándola ya aquí.

—Que limpien la zona. Rápido —le dice Jaxson—. ¿Lo ha visto alguien? Es sábado por la mañana. Y por lo que he visto, ¿no hay lluvia allí?

—No, señor.

—Maldito el día que no llueve —protesta Jaxson—. ¿Lo ha visto alguien?

—No, señor. ¿Puedo dar la orden de retirada?

—Sí, por favor. Nos organizamos y...y ahora voy.

—Por supuesto, señor —le corresponde Elise—. Lamento mucho la interrupción.

Pero no tiene nada por lo que disculparse. Hay cinco personas, una familia entera, que ha perdido la vida porque esta Orden de los Patricelli, que ni siquiera sabemos si es realmente un grupo o quiénes son sus integrantes, ha iniciado una guerra.

—*Dame* —le pide Alessandro a Jaxson—. *Dame el iPad, chico. No será algo que no he visto. Por lo que te han dicho, no es aparatoso sino que quiere dar un mensaje. Incluso han escondido el orificio de las balas con unas malditas gorras.*

Pero después es el propio Alessandro quien se aleja con el iPad porque ciertamente Noah no tiene que ver eso.

—La carta —pide Grayson entonces—. Solo quiero ver la carta, por favor.

California

1 de abril de 2017

Muy honorable señor mío:

Si le es permitido a Ud. recibir algún consuelo en este doloroso momento, mi deseo es poder acompañarle en este viaje de cinco almas a los brazos de Dios por una terrible apropiación de algunos. Recordamos con añoranza y con la inocencia de un recuerdo de niñez ese magnífico faro, majestuoso e indestructible que nos lleva de regreso a casa.

Rogamos por tanto al Señor por su eterno descanso y para que les dé fuerzas a Ud. y a su familia en estos tiempos tan difíciles.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

—Las incoherencias de siempre —nota Grayson—. Nuevamente han firmado con la fecha de hoy y es la primera que ha llegado sin un mensajero.

—*¿Hay más fotos?* —le pregunta Alessandro a Jaxson entonces.

—*Supongo, no sé* —le responde.

Pero parece que sí las hay porque los dos las estudian. Brayden se acerca de inmediato.

—*Aquí* —pide Alessandro y señala la pantalla.

—*Un faro* —dice Brayden—. *¿Qué?*

—Es North Head Lighthouse —le explica Alessandro.

—¿Importante para qué? —le pregunta Brayden.

—Es el límite histórico entre territorio Patricelli y Delle Donne —explica Alessandro—. Cuando llegaron, los Patricelli no solo ocuparon California, se extendieron por toda la costa oeste. Oregon y Nevada incluidos, y creo que algo de Utah también.

—Arizona —le corrige Dona—. Que yo sepa, en Utah no.

—Iban subiendo —sigue Alessandro—, pero cuando finalmente llegaron los Delle Donne, se quedaron en Washington. Y empezaron los problemas —añade—. El límite histórico es este faro, que casualmente, está muy cerca de la frontera entre Washington y Oregon.

—Ya tenemos el sobre para confirmar que son ellos —le dice Jaxson—. La maldita Orden.

—¿Tú sabías esto? —le pregunta Alessandro.

—Sí —le responde Jaxson.

—¿Tú? —añade Alessandro para Brayden y él niega con su cabeza—. ¿El resto? —pregunta—. ¿Los propios Patricelli? —sigue y los hermanos es evidente que no sabían nada.

—Sé que la frontera estaba entre Washington y Oregon, no el punto exacto —le explica Lea.

—Tú eres tú —le dice Alessandro a Jaxson—. Seguramente yo te conté esta historia.

—Lo hiciste —le confirma Jaxson—. No me acordaba hasta que has pedido las fotos.

—Quieres decir que es alguien de vuestra generación —nota Brayden para Alessandro.

—O alguien que sabe las viejas historias que contamos nosotros los abuelos —le explica él.

—¿Ahora también atacan aquí? —pregunta Jaxson.

—Es su viejo territorio —le recuerda Alessandro—. Pero hay otra cosa interesante. Se aferran a la vieja gloria Patricelli, a su territorio, y es evidente que es alguien que conoce muy bien los detalles.

—Patriotismo Patricelli, vaya —susurra Tyler.

—Alguien que no estaría en Oregon ahora mismo —le dice Alessandro a Jaxson—. O en Washington.

—Y no son los D'Amelia porque les tenemos vigilados —le dice Jaxson—. Pero alguien ha buscado a otra persona para matar a esta familia. Desde fuera, han encontrado a alguien.

—Es evidente que quien se esconde detrás de los sobres no está ensuciándose en absoluto —defiende Brayden.

—No lo dice por eso —le explica Jaxson.

Este es uno de esos momentos en los que Jaxson y Alessandro están mirándose, de lado, y es como ver una misma persona con unos cuantos años de diferencia.

—Me estás dando motivos para no quedarme en esta casa —le dice Jaxson a Alessandro.

—Piensa, chico —le pide su abuelo—. Este faro, esta playa, este sitio...no es precisamente la Quinta Avenida. Es un sábado de primavera, día familiar, y esta familia estaba de senderismo.

No sé qué dice Jaxson, porque maldice tan rápido en italiano que no le entiendo. Pero sí que le pide a Brayden que vaya con él, y los dos salen de la casa.

—Les conocían —dice Madison—. Alguien sabía que iban a estar allí hoy. Es una familia... cualquiera. Lo que querían era el sitio.

—Y estaba planeado —defiende Alessandro—. Tenían a esa familia localizada. ¿Quién podría saber que van de senderismo allí? Su propia familia, los vecinos, los padres del colegio de los críos, compañeros de trabajo... —añade—. Alguien habrá recibido dinero, alguien se irá de fin de semana y no regresará mañana...

—Ahora que ya no tenemos a los Delle Donne, nosotros mismos nos matamos a tiros —susurra Tyler.

—*Venga, hay trabajo* —nos recuerda Alessandro—. *Voy a hablar con Enrico para que retrase el vuelo, aunque sea unas horas* —le dice a Dona.

Queríamos que Alessandro, Dona y Lea se quedasen un poco más con nosotros. Lo hemos conseguido, porque no les despedimos en la misma puerta del avión hasta las siete de la tarde. Noah está muy triste, el resto, bueno, el resto valoramos que hoy tenemos la oportunidad de decir adiós, a alguien que pronto veremos de nuevo. La familia y amigos de Dennis Welch, Jessica Welch, Bridget Welch, Kathleen Welch y Deborah Welch ya no la tienen.

CAPÍTULO 19

Es muy extraño despertar en esta casa. Es muy extraño pasearse en silencio por esta casa. Es muy extraño que mi hija pida con sus manos bajar al suelo, y darle las mías para ayudarle a caminar. Y es muy extraño que las dos únicas personas desayunando en la cocina sean Jaxson y Grayson. Bueno, Jaxson desayuna, Grayson tiene una taza previsiblemente con café en ella. Uno viste íntegramente de negro, con esas mallas deportivas bajo los pantalones cortos tipo baloncesto, esa combinación que amo. Y el otro viste en un traje de dos piezas, raya diplomática, en un azul marino tan oscuro que parece negro. Y la combinación también la amo.

—Mira cómo camina mi niña —dice Grayson con orgullo.

— ¡AAAAA! —grita Alice contenta en cuanto les ve y recibe la atención.

Le acompaño hasta Jaxson porque veo peligros en todas partes, especialmente en estos taburetes altos de cocina. Ella está muy feliz cuando su padre le ayuda a subirse a su regazo.

—Buenos días —le desea Jaxson en voz baja.

Y les dejo en su rutina mañanera antes de acercarme a Grayson y darle un suave beso.

— ¿Cómo has dormido? —le pregunto divertida—. Noah sigue durmiendo —añado por Jaxson.

Son las siete y media de la mañana. De un domingo. Es lo que me gustaría estar haciendo yo.

—Es raro estar en casa sin vosotros —protesta Grayson en un susurro—. Estar sin vosotros ya es raro, estar en casa sin vosotros me produce malestar incluso.

—Vamos, Me.

Le abro la puerta para que pueda salir al jardín, y dejo listo su desayuno antes de prepararme un té a mí. Alice ya está sentada con Grayson cuando regreso, pero está comiendo del plato de su padre. Su tío inspecciona su ropa con el ceño fruncido.

— ¿Qué he hecho mal? —me burlo mientras me siento en mi taburete.

Los pantalones color coral con el bodi beige de flores me parecen preciosos.

—Me gusta —defiende Grayson—. No se lo he comprado yo.

—Estaban aquí —le explico—. Así que me imagino que la zia o la nonna.

—No empieces —dice Jaxson y cuando le miro está fijándose en Grayson—. Pero si llevamos dos días aquí y has estado todo el rato.

—Por eso mismo, ¿qué más os da que me quede a dormir también si estoy aquí siempre? —nos pregunta—. Además, ¿Tyler y mi hermana? Como si estuviesen de luna de miel. ¿Brayden y Letta? Más de lo mismo. Y de Easton mejor no hablamos porque está rarísimo.

—Voy a tener que pedirte un favor con eso —le dice Jaxson.

— ¿Easton? —pregunta Grayson y él asiente con su cabeza—. ¿Qué favor?

—Que te quedes un rato con Alice y Noah. Haz lo que quieras —le explica Jaxson y le miro con la misma curiosidad yo también—. Tengo que hablar con él. Es mejor que Ele esté presente.

—Jaxson —le regaño suavemente.

—Sabes qué le ocurre —acusa Grayson a Jaxson—. ¿Tan grave como para que Easton necesite a Eleanor? —le pregunta—. No la necesitas tú, la necesita él para defenderse de ti.

—Sí —confirma Jaxson—. ¿Nos ayudas o no?

—Nos pondremos una peli arriba —le explica Grayson—. Es lo único que apetece con esta horrible lluvia, y así puedes gritar lo que quieras.

—Podemos hablar —defiendo yo.

Pero sé que a Jaxson le va a costar controlarse.

Horas más tarde, sigue lloviendo, y estamos esperando a Easton en el recibidor de la casa del lago porque ya ha aparcado su coche en el garaje. Por suerte, Grayson, Alice, Noah y Mephisto hace un buen rato que están arriba entretenidos con una peli.

—Jax.

—Estoy calmado —defiende.

No es verdad. Se pasea dando vueltas, y ya lleva la ropa de deporte, solo le falta empezar a correr. Cuando se detiene, casi es peor porque lo hace para intimidar a Easton mientras entra en la casa.

— ¿Por qué tengo la sensación de que estoy en el colegio y he hecho algo mal? —pregunta Easton nada más entrar.

—Hola, East —le saluda.

—Porque sabes que ya sé lo que has estado haciendo todos estos meses en Chicago —dice Jaxson.

Easton le mira fijamente, porque naturalmente va a dejar que Jaxson le diga lo que sabe. Así que puede haber más de una cosa.

—Estás haciendo tratos con los *Chicago Slayers* para que te busquen a tu padre —le dice Jaxson.

Easton cierra entonces la puerta de casa, y después se apoya en ella.

—Y a mis tíos —explica.

— ¡¿Te has vuelto loco?!

—No lo sé, dímelo tú —le provoca Easton—. Ya que haces exactamente lo mismo.

— ¿Sabes en el lío en que nos podemos meter?

— ¿Por qué tú puedes hacer algo, pero si lo hago yo es un lío y si lo haces tú es la gran solución? —replica Easton.

— ¿Nos sentamos? —interrumpo.

—Si me hubieses dicho que estabas negociando con esa gente, ni nos acercamos a los *Red Shadows*.

—Si me hubieses avisado de que ibas a hacer tratos con ellos, te hubiese detenido. Pero, como siempre, lo hiciste a tu manera, y si no llega a ser por Grayson ni nos enteramos.

—Porque sé el lío en el que podía meterme y no quería involucrarlos a todos.

—Oh, vamos —protesta Easton—. Como si fueses mucho más inteligente que yo. Os vais solos, sin avisar, y ese día os meten un tiro a cada uno y ahora Alice sería huérfana.

—Easton —le regaña enseguida.

—Si lo hubiese sabido, no habríamos ido —repite Jaxson—. Nos la hemos jugado, Easton. A lo grande. Tú apoyabas a unos, nosotros al resto. Esta gente se mata por ir por carreteras del otro —añade—. Es más, todavía podemos tener graves problemas porque hemos ayudado a ambos a la vez.

—Yo hablé con ellos.

—Sin consultarme nada.

—Oh, porque tú organizaste un referéndum para negociar con los *Red Shadows* —se burla Easton—. ¿Decidieron Brayden o Madi que querían involucrarse con esa gente? No, lo decidiste tú.

— ¿Tú nos has consultado tu amistad con los *Slayers*? —le pregunta Jaxson—. Y empezaste tú antes.

—Empezaste tú hace bastantes años.

— ¿Podemos sentarnos, por favor? —pido de nuevo.

— ¿En serio no podías contármelo? —le pregunta Jaxson.

— ¿Qué me hubieses dicho? —le corresponde Easton—. Aquí tienes tu respuesta.

—Son jodidamente peligrosos, Easton. Vamos a encontrarles, pero no así. Es lo que hacía tu padre.

—Y el tuyo —replica Easton.

—Y por eso...

—Y por eso se supone que no lo hacíamos. Pero mira por dónde, tú lo has hecho, y yo también —defiende—. Al final no vamos a ser tan diferentes, ¿no?

—Easton —le regaña.

—No es la manera —dice Jaxson—. No es la manera y lo sabes. Por eso no te lo conté.

—No te lo conté porque sabía que no lo aprobarías —defiende Easton—. Aunque el tiempo ha demostrado que tú harías lo mismo.

—Easton, no me quedó otra.

— ¿Tengo más opciones yo? —le pregunta él ofendido—. Hace más de una década que buscamos a mi padre. ¿Quién le encontró?

Jaxson no le responde.

—No, vamos, dime —insiste Easton—. Porque no fuiste tú, ni nosotros.

—Easton —le regaña—. Ya basta, en serio. Vamos a hablar, no a gritarnos.

—Fue Caroline Capuzzo —responde Jaxson.

—Exacto —defiende Easton—. ¿Y dónde está? Muerta. ¿Y quién la mató? Mi padre. ¿Dónde está él? Ni idea. ¿Dónde están mis tíos? Ni idea tampoco. ¿Cuánto hace? Meses. Años, de hecho. ¿Y qué tenemos? Nada.

—Sigue siendo peligroso.

—Pero tú le has pedido ayuda al mismo tipo de gente para buscar a una mujer que ni siquiera conoces, que quiere matarte, y que es probable que jamás pueda comprender que eres su hijo.

—Easton —le regaña de nuevo.

— ¿Por qué tú puedes hacerlo y yo no? —le pregunta Easton—. Caroline está muerta. La mató delante de mí y se fue. De nuevo.

— ¿Crees que no quiero ayudarte?

—Lo haces, pero no está funcionando. Así que busqué otras ideas.

—Ideas que pueden perjudicarnos a todos.

—Lo que más te jode es que es algo que tú hubieses hecho, y que yo he aprendido de ti.

—East, por favor —le pido—. Vamos, en serio, vamos a sentarnos.

—Y no puedes echarme la bronca —añade ignorándome.

—Lo de los *Red Shadows* te ha sido conveniente —protesta Jaxson.

—Solo demuestra que tú haces lo mismo —le recuerda Easton.

—Podrías habérmelo contado.

— ¿Cuándo lo haces tú, si no te pilla alguien, o te obliga Eleanor? —le pregunta Easton—. Te recuerdo que os escapasteis de la policía y entrasteis desarmados, solos y sin avisar a nadie en un recinto cerrado y lleno de gente que ahora ya sabemos que también ha trabajado para los Patricelli.

—Estamos preocupados, East —le digo—. Llevamos semanas así. Hemos intentado hablar contigo, pero no quieres.

— ¿Te acuerdas de con quién te casaste? —me pregunta.

—No te pases con ella —le regaña Jaxson de inmediato.

—Queremos ayudarte —insisto.

— ¿Por qué cuando lo hago yo es una insensatez y cuando lo haces tú eres el gran héroe que se sacrifica por nosotros? —le pregunta a Jaxson.

—Easton —le detengo

—Porque prefiero que me metan un tiro a mí y no a ti —le responde Jaxson.

—Jax —susurro horrorizada.

—Ha sido un año de mierda, Zucca. Estoy harto de no tener nada —le explica—. Mataron a Vanessa, mataron a Cody, mataron a Caroline, ganamos la guerra contra los Delle Donne y ahora ya estamos en otra.

—Ya lo sé —le dice Jaxson—. Todos tenemos nuestra parte también. Pero estamos intentándolo todo.

—No lo sabes —le dice Easton—. Mírate. Tienes a Eleanor, tienes a Alice, tienes a Grayson que es como vuestro segundo hijo. Tienes al nonno de vuelta, y os pasáis el día peleándoos porque sois iguales, pero es como si hubieses recuperado al único padre que has tenido jamás, y además os entendéis como lo hacíais antes y como le daba rabia a Joe —enumera—. Y ahora encima, aquí en la casita.

—Era lo mejor para Noah —replica Jaxson enfadado.

—Otro que adora el suelo que pisas —susurra Easton.

—No es mi culpa. Me conoció primero, sabes eso.

—Estoy harto de perder, y perder, y perder —defiende Easton—. Tu jodida hermana casi me deja sin manos, sin hacer lo único que se me da bien.

—Easton, no fue culpa de Jaxson —le recuerdo—. Fue Jenna.

—Ya lo sé —replica.

—Tienes muchísimo también —defiende Jaxson—. Nos tienes a nosotros. Ele se desvive por ti, y eso que últimamente la tratas fatal.

—Mira dónde estáis —le dice—. Sois una jodida familia. ¿Se lo cuento a Eleanor y tengo que pedirle que te lo esconda? No hará eso, y no voy a pedirle eso.

—Pero sí puedes hablar conmigo —defiendo—. Y somos una familia. Todos.

—Llevamos meses separándonos —me recuerda—. Ven a casa. En serio, llevan dos días y eso parece villa Occhionero-Patricelli, o villa Patricelli-Luzio dependiendo del momento —añade—. Y está claro que Grayson se pasa más tiempo aquí ya que en casa, es cuestión de horas que traiga sus tropecientas perchas de abrigos.

—Que estemos aquí no significa que no seamos una familia —le recuerdo—. Y precisamente porque también lo hicimos nosotros —añado y miro brevemente a Jaxson—, si nos hubieses contado lo de esa banda, te habríamos ayudado. Queremos hacerlo. Sé que es importante para ti encontrar a tu padre y a tus tíos.

—La venganza está consumiéndote.

—Jaxson —le regaño porque nos estábamos calmando.

— ¿Te estás escuchando?

No sé si ellos escuchan mi suspiro, porque empiezan a gritarse.

— ¡Ya basta! —les interrumpo gritando más—. En serio —insisto—. Dona está en Massachusetts, luchando contra la mierda de cáncer. Ayer estuvimos con los familiares de los Welch, que les mataron a tiros. Hay veintisiete personas que murieron en la torre Zuccarelli, y sus familias van a vivir con ese horror toda su vida.

—Precisamente por eso —me interrumpe Easton—. Caroline vino conmigo —me explica—. Estábamos solos, sin nada, y me ayudó. En pocos meses me dio lo que en años jamás

encontramos. ¿No se lo merece?

—No la conocía tanto, pero dudo que le gustase verte así, consumido por la rabia —le respondo—. A nadie de los que te queremos nos gusta verte así.

—Tú también sabes qué es eso —se defiende—. Sentías tanta rabia cuando descubriste lo del accidente de tus padres que ni le contaste a él que estabas embarazada.

— ¡Te he dicho que no te pases con ella! —le grita Jaxson—. ¡Es demasiado buena contigo!

—Por la jodida pena —replica Easton—. ¿Cuándo empezaste a realmente llevarte bien conmigo? —me pregunta entonces—. Cuando murió Vanessa, por la pena. ¿Por qué Benedetta D’Arcangelo es tu amiga? Por la pena. ¿Por qué quieres ayudar a los niños Sky? Porque te dan pena porque te recuerdan a ti...

— ¡JAXSON!

Le ha dado un puñetazo a Easton. En la nariz, porque le sangra.

—Pídele perdón —le ordena Jaxson—. Pídele perdón por la barbaridad que acabas de decir.

—Hostia puta, Zucca —protesta Easton con dolor—. Pero si sabes que tengo razón. No es malo. Simplemente da demasiado al resto, y entonces pasa lo que pasa.

—No, si vas a ganarte otro —susurra Jaxson con rabia—. Vamos a dejar esto para otro día, ¿eh?

—Perfecto —le replica Easton—. ¿Puedo irme, papà?

—East —susurro con pena.

—Lo siento —se disculpa—. Pero estás con él, y si se pone así por algo que él también haría, y tú le defiendes, estás con él de verdad.

—Vete ya —le ordena Jaxson lentamente.

Duele muchísimo ver que Easton abre la puerta y se va de la casa.

— ¿Qué? —me pregunta Jaxson instantes después.

— ¿En serio tenías que pegarle?

No me responde. Resopla y después se aleja. Está diciendo algo en italiano, pero va demasiado deprisa.

—Eh, si tienes que decirme algo, dime, por favor —le pido.

—Es acojonante —protesta mirándome—. Él puede hacer lo que quiera contigo. Te habla mal, no te llama, te ignora, pasa de ti, te miente...pero sigues defendiéndole. Te dice toda esa mierda, pero es mi culpa por darle una hostia cuando ya le he avisado de que te tratase bien, y no una vez ni dos.

—Eh.

Alzo mi mirada cuando nos interrumpen. Grayson está arriba, apoyado en la barandilla del puente que cruza el recibidor de un lado de la casa al otro. Y parece que lleva un buen rato escuchando. Ahora, sin embargo, baja las escaleras poco a poco.

—Hemos cansado demasiado a Alice antes de la peli, está dormida en la cuna. Noah sigue con ello —explica.

Cuando llega con nosotros, cruza sus brazos.

— ¿También has visto la hostia y vas a echarme la bronca? —le pregunta Jaxson.

—Se la merecía —le responde Grayson y me mira—. Es cierto —insiste.

—Está mal.

—Está muy mal —defiende Grayson—. Posible depresión y en estado avanzado, me atrevo a decir. Pero ayudarle a él no debe destruirlos a vosotros —añade.

—No le da derecho a tratarla así —replica Jaxson.

—No está analizando las consecuencias de ello, precisamente —le explica Grayson—. Venga,

arreglad esto —nos ordena—. Ahora.

Jaxson se mueve antes, pero yo me acerco a él enseguida también.

—Lo siento —se disculpa.

—Yo también —le correspondo.

—Eh —susurra y limpia mi mejilla con dos dedos—. Nena, no te preocupes, le ayudaremos. Y no analiza las consecuencias de lo que ha dicho.

—Una parte de razón tiene —defiendo.

—Eh, no —rechaza con contundencia Grayson y le miramos—. Lo siento por interrumpir.

—Incluso ahora —susurra Jaxson y Grayson hace una mueca.

—No tiene razón —defiende Grayson mirándome—. Empatizas con la pérdida de un ser querido porque el trauma de perder a tu familia hace que ahora valores mucho la que tienes otra vez. Quieres que los niños de Sky tengan una familia, quieres que Benedetta pueda tener la que merece y elige tener, y tienes este cariño con Easton porque eres Zucca también y ambos necesitáis proteger del nido. Easton ha tenido un año difícil, pero no solo lo has hecho, o lo habéis hecho con él.

Le amo. Le amo mucho.

—Además, en todo caso —sigue—. Él tendría que haberme mencionado a mí en primer lugar y no he estado en esa lista —añade—. Y sí, Zucca, puedo cabrearme por eso —le dice y Jaxson se muerde el labio riéndose porque le iba a decir algo así—. Él lo ha dicho, soy prácticamente vuestro segundo hijo.

—No, eres el zio G —le digo imitando a Alice y él sonrío.

—Reconciliación ahora, venga —pide.

Me río porque no me queda otra, y después miro a Jaxson. Grayson tiene la reconciliación que exigía en pocos segundos.

—He dicho reconciliación, no porno en vivo, muchas gracias —protesta cuando tiene suficiente de los besos.

Me abrazo a Jaxson riéndome, y me río más cuando miro a Grayson y le veo de brazos cruzados todavía y negando con su cabeza.

—Ven —le pido.

Abrazar a Jaxson y a Grayson a la vez es lo mejor del mundo.

—¿Puedo quedarme a dormir esta noche? —pide Grayson.

—No —rechaza Jaxson enseguida y nos separamos entre risas.

—¿Por qué no? —protesta con insistencia—. Si de todas formas...

Se detiene cuando el monitor que lleva en la mano se pone en rojo. Alice está llorando.

—No —rechaza Grayson de repente—. Besa a tu mujer un poco más. Si no puedo quedarme a dormir, vas a dejarme a tu hija todo lo que quiera.

—Pero si estás aquí todo el día —le molesta Jaxson.

Después me abraza de nuevo. Cuando Grayson baja con Alice y Mephisto, nos encuentra en el sofá junto al ventanal. Y naturalmente protesta porque Jaxson y yo estamos besándonos de una forma que jamás habíamos hecho en este sofá.

—Me voy a correr —anuncia Jaxson para mi sorpresa—. ¿*Vienes conmigo?* —le pregunta a Alice.

—Aaa —responde ella.

—¿A correr? —repetimos Grayson y yo casi de forma sincronizada.

—No hay gimnasio en esta casa y necesito correr un rato —explica mientras se levanta con Alice—. ¿*Vas a venir conmigo?*

—No trajimos el cochecito de correr —le explico—. El otro no te irá tan bien.

Mephisto no lleva nada bien tener que separarse de Alice. Yo me preparo otro té y Grayson otro café, pero mientras nos acomodamos nuevamente en el sofá que ahora Grayson no quiere ni mirar, la puerta de casa se abre. Con Jaxson y Alice.

—¿Ya? —pregunto extrañada.

—Maldita comunidad —protesta cerrando la puerta.

Él cierra la puerta de un portazo, mi hija ni se inmuta y me saluda con su mano cuando me ve.

—¿Es que no tienen vida propia? —sigue Jaxson—. Nena, no puedo hacerlo —me explica—. No sé cómo ibas a dar paseos con Benedetta por aquí, porque es como estar en un desfile de moda. Toda la gente analizándote.

—Cuando tu abuelo sale, lo hace en ese bosque cercano que te contó —le explico.

—O regresas a casa a tu querido gimnasio —le propone Grayson.

—Eso vamos a hacer —acepta Jaxson—. Solo para entrenar un rato —puntualiza para Grayson.

—Deja a Alice conmigo —le pido a Jaxson—. Hazlo —insisto—. Vas a darle golpes a un saco de boxeo. Aunque tú puedas hacer todo el ruido que quieras y tu hija ni se inmute, prefiero que se quede conmigo.

—Voy a poner máquinas abajo —me explica alejándose hacia las escaleras.

—Yo conduzco.

Se detiene para mirar a Grayson.

—¿Qué?

—¿Tú conducir? —le pregunta Jaxson.

—Me enseñaste tú, capullo.

—Te enseñó el nonno.

—Pero si te decía esto ibas a protestar, ¿o no es así? —replica Grayson—. Además, me pasé más horas en un coche contigo. Haz lo que tengas que hacer y te llevo.

Cuando Jaxson desaparece por el pasillo de arriba, miro a Grayson con un poco de tristeza porque pensaba que se quedaría con nosotros un rato más.

—Si encuentra a Easton antes, no va a necesitar el gimnasio —me recuerda.

—Oh Dios.

—Olvídate del tema —me dice levantándose del sillón.

—Oooo-aaao —le grita Alice.

—Sí, cariño —le dice Grayson y se agacha frente al carro para darle besos—. No te preocupes, regreso en un rato. Ni papà va a poder separarme de ti.

La verdad es que me quedo un poco más tranquila cuando Jaxson y Grayson se van juntos.

CAPÍTULO 18

En mi nuevo baño tengo un tocador, por lo que ahora mismo estoy sentada en la silla y observo a Alice. Mi hija está sentada en la mesa de mármol, y Grayson ya ha disfrutado de las fotos que le he mandado. De hecho, él está deseando que su ahijada en unos años tenga el mismo interés por un tubo de máscara de pestañas como en estos instantes.

—Gracias —le agradezco cuando me lo da.

No ha terminado todavía, sin embargo. Ahora coge su cepillo con esas hebras tan suaves y se peina ella misma. Bueno, hace el intento, pero algo es algo.

—Gracias —repito cuando también me lo da—. ¿Ya estás lista? —le pregunto intentando no reírme—. Tenemos que ir a llevar al zio Noah.

Me mira fijamente, hasta que su peto azul con flores blancas le gusta más. Entonces toca las flores, murmurando algo que para mí no tiene sentido.

—Una flor —le enseño —Otra flor.

Está fascinada por las flores de su peto. Otra cosa que alguien le ha comprado mientras estábamos fuera porque no me acuerdo de esto. Eso sí, con ello y una jersey de algodón blanco mi hija está monísima. Y lo siento, no puedo ser objetiva porque soy su madre.

— ¿Nos vamos, Me? —le pregunto a mi perro.

El pobre ya ha visto que la sesión de peluquería y maquillaje de mi hija iba para rato, por lo que se ha acomodado en la alfombra de la bañera. Se levanta para seguirnos, y me avanza cuando llegamos a las escaleras y ve movimiento en el recibidor.

— ¡AAAAA!

—Sí, ya vamos, ya vamos —calmo a mi hija—. Vamos a buscar a papà y le decimos adiós —le propongo—. Ah, aquí está.

Jaxson habla animadamente con Cruz junto al ventanal del jardín. Dios mío, lo que cambia este chico con un traje. Parece otro sin el chaleco, los tatuajes a la vista o las botas de cuero. Eso sí, es igual de enorme. Y creo que no se acostumbra a la corbata porque toca su nudo mientras nos acercamos.

— ¿Ya estáis? —me pregunta Jaxson.

—En cuanto Noah termine en el baño —le explico—. Hola, Cruz —saludo—. ¿Feliz de cambiar los rayos de sol de California por la lluvia de Oregon? —le pregunto y sonrío por mi sarcasmo.

—Nena, no llueve tanto —se burla Jaxson.

— ¡Bueno, ya lo tenemos!

Me giro sorprendida cuando escucho la voz, y entonces veo a Brayden alejándose de las escaleras que bajan al garaje. Viste en ropa deportiva muy parecida a la de Jaxson, pero naturalmente con más colorido.

—Hola, Len —me saluda—. Buenos días.

—Hola —le correspondo feliz de verle—. ¿Qué haces aquí?

—Estrenar el nuevo gimnasio —me responde—. Tío, pero quítate la corbata —añade riéndose y veo una sonrisa de Cruz—. ¿En serio irás que vaya con una? —le pregunta a Jaxson.

—No —responde Jaxson y Cruz le mira con curiosidad—. Lo siento, era una imagen que necesitaba ver.

—Te das cuenta de a quién has vacilado, ¿verdad? —le pregunta Brayden riéndose—. Hola,

tío —añade para Cruz.

Sorprendentemente, estos dos chocan de manos. Y sé que no se conocían antes.

— ¿Cómo no me contaste antes que conocías a alguien que sabe luchar apropiadamente? —le pregunta Brayden a Jaxson.

—Porque entonces tú lucharías con él —le responde Jaxson—. Que es por lo que estás aquí.

—Pareces pequeño y todo —se burla Brayden.

—Oye, ¿y yo qué soy entonces? —protesto.

—Una hormiguita —me responde Brayden con una sonrisa—. Y tú un pequeño zuccaro —añade para Alice—. Ven aquí.

Mi hija se va muy feliz con el zio Bray. De hecho, creo que le enseña las flores de su peto porque las toca de nuevo.

— ¿Nuevo gimnasio? —le pregunto a Jaxson—. Jax.

—Nena, si tenemos que vivir aquí, voy a hacer unos cambios. Y antes de que protestes, en una hora llegan para cubrir como sea esos enormes ventanales de la habitación.

— ¿Se lo has preguntado a tus abuelos? —le pido—. No me digas que la casa la pagaste tú —le aviso.

—Es que la pagué yo. Y la nonna tiene como hasta julio mínimo en Boston, que es lo que dura todo el ensayo.

—Mira, nos vamos a dejar a Noah, y tú haz lo que quieras —le digo y Brayden me entrega a Alice muy divertido por esto—. Después acuérdate de que me voy a ver a Benedetta. Y que Violet viene esta tarde para trabajar juntas en algo.

—Mi prometida quiere casarse contigo, Len. Contrólate un poco —se burla Brayden y ahora yo me divierto con él.

—Que te diviertas —me desea Jaxson con una sonrisa suave.

—Tú también —le deseo y le beso rápidamente.

Se divierte en este preciso momento besándome todo lo que quiere. Por suerte, Alice nos separa y me salva de mi bochorno. Después llamo a Noah para meterle prisa para irnos y, en un instante, cargando el coche, Alice en su silla, mi termo con té en el posavasos, Noah corriendo con prisas...bueno, estoy en Florida, pero yo soy mi padre en una mañana de colegio. No es exactamente lo mismo, pero se parece.

— ¿Quieres venir conmigo delante? —le pregunto a Noah.

—No, yo tengo que ir detrás. Así Alice no llora —me explica.

—Cariño, Alice va a llorar sí o sí —le digo con dulzura—. Pero gracias.

Le ayudo con su puerta y después me preparo yo. A dos calles de la casa, me gustaría detener el coche para sacar una foto. Noah le da una mano a Alice. Mi hija se aferra a él. Y no llora. No soy principiante, o no tanto, pero este truco ya lo he probado yo y no funciona. Con Noah sí. Alice no dice nada. Al contrario, se ríe si Noah le dice cosas. Es fascinante lo selectiva que es mi hija para ciertas cosas. Y una cosa es segura, quiero a Noah en mi coche siempre. Qué gustazo viajar con Alice en el coche y que no lllore.

Noah ha tenido una educación en varios centros, en varias ciudades, y naturalmente un poco diferente a la que yo tuve. Ahora mismo, cada mañana él asiste a un centro para jóvenes con discapacidad funcional. Tienen entre 16 y 30 años, y la mayor parte del tiempo realizan actividades físicas muy diversas. La verdad es que lo conozco poco, pero sé que Jaxson especialmente se ha asegurado que es lo mejor que puede tener Noah. La prueba de ello es que él se va del coche tan feliz, un lunes a primera hora de la mañana.

Mi hija cambia radicalmente cuando Noah ya no está en el coche. Y llora todo el camino de

regreso a la urbanización, con tráfico incluido. Solo me divierto cuando a pocas calles de llegar a casa de Benedetta, me doy cuenta de que veo su coche. Ella también ha ido a dejar a Beatrice y Adelaide al colegio. La gran diferencia es que su Massimiliano no berrea en el coche como mi hija. Y que yo voy en mallas y zapatillas, y ella en un conjunto de chaqueta y falda en color azul marino, con zapatos blancos de tacón y su lazo en la cabeza.

Nuevamente, mi hija es muy selectiva cuando la dejo junto a Massimiliano y Francesca. De esta forma, puedo darle un buen abrazo a mi mejor amiga.

—Me alegro mucho de verte —me susurra.

—Yo también. Te he echado de menos —le correspondo—. Pero ahora somos vecinas —añado y cuando nos separamos me doy cuenta de lo mucho que sonrío—. Oh Dios, Alice.

Mi hija ya está en pie, agarrada al sofá, y caminando hacia la mesilla porque ha visto un florero con flores que ha llamado su atención. Por suerte, llego a ella antes de que haya algún daño.

—¿Camina? —me pregunta Benedetta muy sorprendida.

—Corre —le corrijo—. Diez días sin ella, y ya tengo una niña y no un bebé.

—Oooo —protesta Alice señalando el jarrón.

—No, cariño, eso se rompe. Puedes miraras, pero no tocarlas —le explico—. Vamos, le darás tu regalo de cumpleaños a Massi.

—Eleanor —se queja Benedetta—. No hace falta.

—Nos lo perdimos, no nos hemos olvidado —le aviso.

Mi hija quiere la bolsa del regalo, y a ella sí le hacía falta lo que hemos traído para estar entretenida. Aunque sea para Massimiliano, sabía que todos se divertirían con eso. Y me da la oportunidad para ponerme al día con mi mejor amiga, finalmente juntas y no por teléfono.

—Toma —me dice Benedetta entregándome mi plato—. Y encima también has comprado pastelitos.

—Porque necesitaba un descanso de mi hija berreando en el coche —me defiendo—. Eso sí, va Noah con ella y no dice nada.

Sonríe divertida y entonces cojo mi pastelito del pequeño plato con detalles azules. Cuando tengo el dulce en mi boca, veo el dibujo del faro azul e inmediatamente pienso en Dona.

—¿Estás bien? —me pregunta Benedetta y asiento con mi cabeza.

—¿Qué me he perdido?

—Las familias Patricelli tienen miedo.

—De tu vida —especifico—. Me paso el día pensando en Patricelli, lo siento.

—Oh —susurra y entonces coge su taza—. Bueno, no mucho. Solo han sido diez días.

—¿Las pesadillas de Beatrice?

—Siguen ahí —me responde—. Me preocupa que sean tan frecuentes, o que cuando se despierte necesite mucho rato para comprender que...—explica—. Que su padre no vendrá.

—¿Vas a llevarla para que hable con algún profesional? —le pregunto—. Grayson sabría, pero es demasiado personal, creo.

—Me da miedo —me explica—. La veo tan delicada —susurra y mira a sus niños—. Tiene que salir bien, y sé que están en un estado muy frágil. No sé cómo buscarlo, y no me fio mucho de lo que encuentro en Internet.

—No conozco a nadie, pero si quieres se lo pido a Jaxson y estará entretenido un rato.

—¿Cómo le ha ido vivir con vecinos? —me pregunta divertida.

—Vamos a decir que la experiencia le ha ayudado a comprender que los vecinos que tenemos ahora están muy lejos —le explico y sonrío—. Y antes incluso tu vieja casa le parecía demasiado

cerca, con el lago de por medio.

— ¿Y Grayson?

Cuando le cuento lo que ocurrió con Kellen y Max, sé que se pone triste de verdad. No me considero una persona con muchos amigos, pero ambos, Benedetta y Grayson, necesitarían ampliar un poco su círculo social. Y realmente lo deseo para ambos, porque son de esas personas que, no importa el rato que estés con ellos, siempre te alegran el día.

— ¿Durmiendo en el coche? —me pregunta Jaxson cuando entro en la cocina de la casa del lago con Alice fuera de combate en mis brazos.

—Porque le ha quitado el regalo de cumpleaños a Massi durante toda la mañana —le explico

—. ¿La subes arriba, por favor? —le pido—. Quiero ir al baño antes de irme a por Noah.

— ¿Vas tú?

—Tienes esa videoconferencia ahora a las tres, ¿no?

—No me lo recuerdes —me explica y traslado a Alice a sus brazos—. Inversores cabreados. Qué feliz tarde de lunes —protesta—. Lo siento, sé que hay gente que ha muerto en el incendio —añade rápidamente.

— ¿Puedo hacer algo para ayudar?

— ¿Te deja Letta?— bromea.

Nos vamos de la cocina los dos, los tres con Mephisto, pero ambos nos detenemos cuando vemos a Grayson quitándose uno de sus largos abrigos en el recibidor.

—Sky —le llama Jaxson.

—Oh, hola —nos saluda Grayson—. Estáis aquí.

—Sí —afirma Jaxson—. ¿Qué haces tú aquí? —le pregunta—. ¿No tenías una reunión en Portland?

—De la que acabo de salir —le explica Grayson—. Me ha ido bien, gracias. Noto cierto rechazo en tu tono. Como si te molestase verme.

—No me molesta verte.

—Entonces he venido aquí porque tengo hambre, hace horas que no he comido, y he pensado que sería una buena idea ponerme al día con mis mejores amigos.

—Bueno, pongo la niña a dormir y tengo una videoconferencia. Ele se va a buscar a Noah, si quieres ir con ella.

— ¿Has comido algo? —me pregunta Grayson y niego con mi cabeza lentamente—. Perfecto, entonces preparo algo y quizás Noah también tiene hambre. ¿Qué tenéis en el frigorífico?

—No lo sé —le responde Jaxson—. Dímelo tú. Hiciste la compra ayer, por lo visto.

—Bueno, claro. Nosotros en casa tenemos a Meyers, y cuando hicimos el menú pensamos en vosotros también —explica Grayson—. Noto ese tono de nuevo —le avisa acercándose—. De nada —agradece con sarcasmo.

—Hola, G —le saludo cuando llega a mi lado.

—Hola, E —me corresponde y besa mi mejilla rápidamente—. Gracias por ser una persona en esta casa que se alegra de verme.

Jaxson rueda sus ojos y se va arriba con Alice. Yo miro con preocupación a Grayson. Bromeamos mucho con ello, pero está aquí cada día a todas horas.

CAPÍTULO 21

A pesar de que hace una semana que regresamos a casa, y por lo tanto una semana durmiendo en esta habitación, todavía no me acostumbro a la idea. Es la que normalmente usa la zia y es la más grande de todas porque es la habitación principal. Alessandro y Dona prefirieron quedarse abajo para ahorrarse las escaleras, y de todas formas ya tienen un baño también para ellos. Nuestra habitación temporal es inmensa.

Como mínimo, Jaxson está feliz porque finalmente dormimos cada uno en nuestro lado de la cama habitual. Cuando abres la puerta de la habitación, hay un enorme sillón con reposapiés que es fantástico para dormir a Alice. A su lado, hay una chimenea con una televisión colgada en la pared de encima. Por supuesto, me encantaría tener esto en casa, la chimenea, me refiero. Frente a ella, al otro lado de la enorme habitación, está la cama con una impresionante estructura de madera y dos mesillas de noche que parecen de comedor. Es como una cama medieval, muy alta, y me encanta. El sofá blanco junto al triple ventanal, el central en forma de arco, también es muy cómodo para dormir a Alice. Jaxson está frente a ello con el mando en su mano, y no el de la tele.

— ¿Quieres dejarlo ya? —le pregunto divertida—. El sistema de las persianas funciona perfectamente. Y por cierto, no avisaste a la nonna.

—Soy su nieto. Me deja hacer lo que quiera —defiende y por fin deja el mando en su sitio.

Y aunque no fuera el caso, que lo es, Jaxson lo haría de todas formas.

— ¿Ya estás preparada? —le pregunto a mi hija.

Mephisto está a los pies de la cama, Alice está sentada rodeada de almohadas, tomándose un biberón y con el cuento de buenas noches a su lado. Porque a mi hija lo único que le queda es cambiarse el pañal ella sola y ponerse el pijama. Dona y Alessandro siempre explican que Jaxson era muy independiente cuando era niño, y ahora, por lo que Alice ciertamente es hija suya.

Me acomodo con Alice y ella me señala el cuento en cuanto estoy a su lado. No sabe hablar mucho, pero pedir las cosas ya lo hace. Y quiere este cuento para dormirse, como ha pedido durante toda la semana. Se lo compramos en Los Angeles y desde que se lo dimos que no ha querido otra cosa para dormir. La verdad, es un alivio porque incluso yo empezaba a aborrecer a *101 dálmatas*, pero este ya me lo sé de memoria casi. Es precioso, en la portada mayormente hay unas cortinas de color morado que me gustan mucho. Aparentemente, hay una colección entera para niños de libros así. Se llaman *Good Night*, y cada libro es de un sitio diferente. Vi el de California también, pero nos llevamos el de Los Angeles.

—Oooh —señala Alice muy contenta cuando ve el globo rojo.

—Sí, un globo —le confirmo—. Buenas tardes, Santa Monica Pier, donde hay mucho ajeteo —leo.

Alice decide cuando quiere pasar de página y la siguiente le gusta todavía más.

—Buenas tardes, niños de Venice Beach. ¿Os gusta jugar en la playa?

Alice se vuelve loca señalando a los niños, las sombrillas de playa, y especialmente el agente de policía que va en un quad.

—Hola, jefe de policía —leo —Hola, socorrista —sigo.

—Hola, jefe Sanders —susurra Jaxson como hace cada noche en esta página.

El libro está muy bien porque evoluciona como el día. Primero saludas a muchos sitios

conocidos de Los Angeles, y después les das las buenas noches a otros. La página con muchas estrellas también gusta a mi hija.

—Buenas noches, Griffith Observatory. ¿Te gusta mirar a las estrellas? —leo para Alice.

Es un libro bonito, entretenido, las ilustraciones son bonitas, pero lo mejor es que cada noche consigue dormir a mi hija. Alice aguanta hasta la última página, y después cae dormida a mis brazos. Como cada noche, Jaxson la lleva a su cuna, pero hoy también me acerco a ellos. Ojalá un libro a mí me dejase así. Lo necesito.

—¿Me esperas despierto si me doy una ducha rápida? —le pido a Jaxson.

—Sí —afirma—. No tengo sueño. Voy a poner la tele un rato.

El enorme baño es una fantasía, y más que una ducha lo que me apetece es el jacuzzi, pero prefiero estar un rato con Jaxson, aunque sea con el telediario de fondo o un aburrido documental de economía. Para mi sorpresa, la tele está apagada y Jaxson está en la cama leyendo: el cuento de Alice.

—¿Te lo leo también a ti a ver si te duermes? —me burlo.

Le deseo las buenas noches a Mephisto apropiadamente, bebo un poco de agua, pongo a cargar mi móvil, me subo a la cama, y aun así Jaxson todavía no me ha respondido cuando llego a su lado.

—¿Jax?— le llamo asustada—. ¿Qué ocurre?

—Santa Monica Pier, Venice Beach, Walk of Fame, Griffith Observatory...

—¿Qué ocurre?

—No hemos estado en ninguno —me responde y me mira—. Le hemos comprado un libro a nuestra hija de sitios que ni siquiera hemos visitado. Ha ocurrido otra vez.

—Jax, no nos fuimos a Los Angeles para hacer turismo.

—Ni a Londres, ni a París, ni a Montecarlo, ni a Nueva York...

—¿Tú querías hacer turismo en Nueva York? —le pregunto—. ¿O hacer turismo en general? —añado.

—Sí —responde—. Lo haría.

—Jax —le susurro y entonces señalo la página del cuento que tiene abierta—. Estos niños jugando a la pelota te pondrían histérico, sus padres más. Te quejarías de esas dos jubiladas escuchando la radio a un volumen demasiado alto. Le dirías algo demasiado fuerte a dos adolescentes que jugando a palas te darían con la pelota —añado señalando los personajes del cuento—. Y todo esto mientras algún Patricelli se escondería aquí —añado señalando la casita del vigilante de playa—. Y con la patrulla del jefe Sanders siguiéndonos.

—Ni uno, nena, ni uno. Diez días en Los Angeles y no visitamos ni uno.

—No era el momento y lo sabes.

—Jamás va a ser el momento. No nos vamos de viaje a...

—Ya lo sé —le susurro—. Pero es así. No vamos a dejar a Alice con tus abuelos para irnos a Los Angeles a una boda, o con amigos, o a un concierto, o de viaje, o lo que sea. Y sabes eso desde hace más tiempo que yo incluso.

—No sé por qué lo aceptas tan bien —protesta—. Y ella crece —añade y mira la cuna—. Demasiado rápido.

—Porque es nuestra vida. Y me gusta —defiendo—. Y ahora, aunque no tengo sueño, estoy cansada, y mañana tengo un día largo. ¿Podemos dejar esto, y me cuentas otro tipo de cuento?

Esto le hace sonreír. Y deja el de Alice en el colchón antes de inclinarse hacia mí. Ni siquiera estoy besándole cuando le llaman. Está quitándose la camiseta cuando le llaman de nuevo. Voy a por la suya cuando le llaman por tercera vez. Tiene que contestar.

Y lo hace en ruso.

No entiendo absolutamente nada, pero sé que es ruso. Pone bien su camiseta, se incorpora, y después se levanta de la cama y empieza a pasear por la habitación. No sé cuánto rato habla por teléfono o qué le dicen, pero sé que es algo malo. Se sienta a los pies de la cama cuando finaliza la llamada, y el detalle crucial es que acaricia a Mephisto casi sin darse cuenta de ello.

—Jax —le llamo.

Me muevo por el colchón hasta estar a su lado cuando no responde.

— ¿Qué ha pasado? —le pregunto—. ¿Era tu contacto? —añado y asiente con su cabeza—. ¿Tiene algo? ¿Es de Easton?

—Los Welch.

La familia que la Orden de los Patricelli asesinó y colocó en esas sillas de playa.

—Ha encontrado quién lo hizo —explica—. La familia que les vendió, y la familia que pagó por el asesinato.

— ¿Les conoces?

—Tú también, estuvieron en la Incoronazione —me explica.

— ¿Quiénes? —le pregunto—. ¿Patricelli? —sigo y asiente con su cabeza.

—James Lamendola —me explica —Me fumé un puro con él —añade y después me mira—. Tenía una asesoría legal en la torre.

— ¿Él mismo...?

—Es miembro de la maldita Orden, eso seguro —defiende y rápidamente acaricio su antebrazo nuevamente—. Tiene cuatro hijos —añade—. El mayor tiene diez.

Oh Dios.

— ¿Cómo te ayudo? —le pregunto.

—Em, tengo que... —susurra—. Tengo que llamar a Elise, y a Brayden. Hay que ir con cuidado, porque ahora mismo siguen en su casa. Si se sabe algo, huirán. De hecho, es la prueba de que forman parte de la Orden. La gente que trabaja para ellos, después del trabajo huye. Ellos están en su casa, y esta tarde han ido a un partido de béisbol de una de las hijas.

—Está bien. Avísales, pensad en algo y podemos hacerlo. Podemos ir con prudencia —le digo.

Después me acerco a él y le beso. Es un tipo de beso tan diferente al de hace escasos minutos. Y Jaxson ni siquiera se ve un poco mejor cuando se levanta de la cama una vez más. Entonces mira algo detrás de mí, y cuando me giro le veo a él recogiendo el cuento de Alice.

—Al final podremos hacer turismo —susurra con rabia—. ¿Sabes dónde está su casa? —me pregunta.

Entonces pasa las páginas hasta que llega a la de Griffith Observatory.

—Está en la colina bajo esto —me explica y me entrega el cuento—, ¿De verdad sigues pensando que tenemos una buena vida?

Miro el dibujo que tanto ama mi hija por las estrellas. Y escucho a su padre alejándose hacia la puerta.

—Jax —le detengo y me mira—. ¿Tiene más años que nosotros o menos?

— ¿Quién? —pregunta desconcertado.

—Tu contacto —le explico—. La mujer pelirroja con la que hablas en ruso —añado.

Esto le causa una sonrisa.

—Menos —me responde.

—Espera —le pido—. ¿Qué tú o que yo? Porque tú y yo nos llevamos unos cuantos —le recuerdo y sonrío más.

— ¿Estás siendo tú misma de nuevo y vas a empezar finalmente con el interrogatorio? —se burla—. Menos que tú.

—Vaya —susurro sorprendida.

Después cierro el cuento de Alice y me muevo por la cama para meterme bajo las sábanas de nuevo.

—Y yo sintiéndome útil jugando a las secretarias con Violet —protesto.

Escucho los pasos de Jaxson, y cuando alzo la mirada veo su sonrisa. Después apoya sus manos en el colchón, se inclina hacia mí y me besa.

—Gracias —me susurra.

—Regresa pronto —le pido—. Y sí me gusta la vida que tengo contigo.

—A mí también —me corresponde.

Y nuevamente se aleja hacia la puerta, pero esta vez se va de verdad. Con el silencio de la habitación, sin contar los ronquidos de Mephisto, noto el primer escalofrío. Después miro fijamente el cuento de mi hija. Sí, no tenemos viajes normales, ni traemos regalos porque queramos compartir con ella un sitio que nos gustó, pero hoy la tengo en su cuna, en nuestra casa, nuestra familia está bien, y es algo que los Lamendola ya no tienen.

CAPÍTULO 20

Ha dejado de llover, finalmente, pero el cielo está tan gris que parece que esté anocheciendo, cuando todavía nos quedan unas horas para eso. Me distraigo momentáneamente mirando el lago en calma, aunque por el rabillo del ojo veo el reloj en mi pantalla de ordenador. Y con eso me doy cuenta de que llevo casi media hora sin poder hacer nada. Al final de la mesa, está la trona de mi hija, vacía claro. Pero a su alrededor hay todos sus libros favoritos. Ni el de Los Angeles, ni *101 dálmatas*, ni el que le compramos en Londres de la Reina persiguiendo a su sombrero han funcionado para tenerla tranquila. Por ese motivo, nuestro espacio de trabajo cada vez se reduce más y el suyo de juego crece por días. Vamos ampliando las partes de la valla de colores, y las piezas que forman la alfombra de mi hija. Tiene cosas para entretenerse durante un largo rato. Incluso Mephisto está dentro con ella, el pobre rodeado de peluches, pero ni con él tiene suficiente. Prefiere mantenerse en pie, bien agarrada a la valla, e intentando escapar de aquí como sea. No voy a dejar a mi hija encerrada aquí todo el día, ¿pero un ratito? El truco antes funcionaba.

—Tranquila —le pido en cuanto empieza con el llanto.

Al final, tengo que abrirle la pequeña puerta a Mephisto y saco a mi hija de aquí también. Estamos en la habitación de pintura de Dona. La ordenó tanto, que era la habitación más fácil de adaptar a un espacio que define muy bien la conciliación laboral-familiar. Guardamos sus cosas en el armario, quitamos lo que podíamos quitar y, de hecho, solo hemos conservado el precioso diván verde oscuro junto al ventanal. Me siento en él, con mi hija a mis pies, pero Alice rápidamente tiene otras ideas: dar la vuelta al diván caminando es una de ellas. O gatear, porque puede hacerlo en su espacio, pero es más divertido hacerlo por fuera donde yo tengo que vigilar que no se dé un golpe con la mesa, con la silla, o que los cables de lo que sea se queden en su sitio y no en las manos de mi hija.

—Alice —le llamo y me mira—. No —le explico porque ya tenía otra mala idea.

—No —repite ella y niega con su cabeza, porque yo habré hecho lo mismo.

Aun así lo intenta de nuevo, y protesto cuando le alejo.

—Eleanor.

Cruz ocupa todo el marco de la puerta. De hecho, por suerte esta casa tiene puertas inusualmente grandes, porque yo creo que si fuesen de un tamaño normal él no pasaría de frente.

—Madion y Violet están aquí —me explica.

Eso es una sorpresa. La visita, no la actitud de Cruz. Este chico lleva una semana con nosotros, a mí apenas me conoce, pero le pedí que yo era Eleanor y que nos dejásemos de formalismos. Gracias a Dios no es como Elise y sabe entender que me siento mucho más cómoda de esta manera.

—Perdona —me disculpo con Cruz cuando mi hija empieza a gatear rápidamente hacia una esquina de la falsa chimenea—. ¿Puedes abrirles la puerta, por favor?

—Ningún problema —me responde—. No te aburres con ella, eh.

—Te la dejo un rato si la quieres —susurro y se ríe un poco.

De verdad que me gusta este chico. También agradezco mucho su ayuda. Alessandro y Dona se fueron con la zia, y con el resto de personal de la casa. Son muchos años con ellos, son gente que está preocupadísima por Dona, y me parecía cruel pedirles que se quedasen, además de que ellos también necesitan un grupo de apoyo. Jaxson quería que Meyers se quedase en casa, puedo

imaginarme por qué, así que solo estamos con Cruz, y Elise está por aquí a todas horas también.

—Este tío hace que Bray parezca una hormiga.

El susurro de Violet me hace sonreír y muy pronto las veo a las dos. Sin los abrigos ya, pero cargadas de bolsas. Que Madison vista en un conjunto de algodón cómodo con zapatillas, que van a ser de alguna tienda famosa aunque ella quiera ir como informal, no me sorprende tanto. A Violet últimamente la veo siempre como se viste para trabajar, en la oficina. Sí, veo los tacones, pero también los vaqueros anchos, el jersey floral, un bolso muy pequeño y su cabello y extensiones recogidos en una alta coleta. Y las bolsas, muchas bolsas.

—Hola —les saludo realmente sorprendida de verlas.

—Hola, Len —me saluda Violet—. Hola, cariño.

Alice ya les ha visto desde hace rato, pero es cuando Violet se agacha que se pone en marcha. Gatea porque sabe que va más rápida, hasta que se agarra a la mano de Violet para incorporarse y darle una especie de abrazo. Es un cabezón contra la nariz de su tía, pero Violet está feliz de todas formas.

—Eso es, dale un abrazo a tu madrina oficial —susurra Violet.

Madison se ríe, deja las bolsas en el suelo, y cuando se agacha también mi hija tiene la atención de su otra tía.

—¿Vienes con tu madrina favorita? —le pregunta ofreciéndole sus manos.

Alice se va con ella con una sonrisa, para la mala suerte de Violet.

—¿Va todo bien? —le pregunto a ella cuando se incorpora y se acerca a mí.

—Sí, hemos estado en Seattle y veníamos a traerle unas cosas —me explica—. Lo siento, para ella —añade y me río.

—No hacía falta —le digo mientras recibo las bolsas.

—Por supuesto que hacía falta —defiende—. He entrado en esa tienda por este —añade y busca entre las bolsas.

Es un vestido azul marino de tirantes gruesos, con dos corazones como bolsillos del mismo color. Violet me enseña el jersey de algodón a rayas marineras que va con él, y lo que realmente le gusta: las medias blancas que tienen el diseño de unos zapatos azules en los pies.

—Es adorable —reconozco—. ¿Y el resto? —le pregunto divertida.

—Cuatro cosas para cambiar un poco el armario —me explica—. Tengo que aprovechar cuando no tengo a Grayson cerca, o no me deja comprar nada.

—Oh, ¿qué es esto?

Me estoy perdiendo a mi hija, que también tiene más bolsas. Madison se ha sentado en el suelo, con ella encima de una rodilla, y está ayudándola a abrir una bolsa. Incluso han traído los regalos con papel de color amarillo.

—Ooooooooooh —dice mi hija golpeando una caja de cartón.

—Las primeras impresiones deben ser buenas —susurra su tía riéndose—. Vamos a abrirlo, espera.

Madison le ayuda porque Alice está impaciente. Me acerco para verlo mejor yo también y descubro que es un conjunto de juguetes de madera, de alimentos en concreto. Alice le fascina la zanahoria, como las reales, y casi le hace daño a Madison con ella.

—Mira, ya verás —le explica Madison y le enseña un tenedor de madera—. Tienen imanes, pero si lo cortas así —le instruye para ayudarla.

Cuando Alice descubre que puede cortar la zanahoria en tres, y después juntar las piezas, se distrae ella sola por primera vez en la tarde.

—Gracias —le agradezco—. Tiene una juguetería entera y aun así no hay forma de poder

hacer tres llamadas —susurro con rabia.

— ¿Día difícil? —me pregunta Violet divertida—. No te agobies, Len —añade—. Desde que he hablado contigo antes que no he hecho nada más. Y Madi también ha tenido un día difícil.

—Te ha servido de excusa para irte de compras —le recuerda Madison mientras se une a nosotras—. Muy bien —felicitó a Alice cuando ella le enseña el tomate dividido en dos.

— ¿Qué te ha pasado? —le pregunto preocupada.

—Nada, una tontería —me responde Madison—. No estaba tan mal, pero ella quería ir de compras.

—Mi hermano es un bocazas —me explica Violet—. Y tú sí estabas mal porque has estado de mal humor todo el día.

—Por las tiendas de juguetes —replica Madison y me mira—. Quería un carro de ir a la compra —me explica—. Yo tenía uno, ahora que ella camina es un buen juguete para fortalecer los movimientos...no sé, algo educativo y no tanta ropa —se burla y Violet rueda sus ojos.

—Hemos encontrado carritos —le dice Violet—. Hemos estado en siete jugueterías diferentes.

— ¿Sabes de qué color eran los carros? —me pregunta Madison—. Rosa, o lila, o morado, o cualquier variante de estas. No voy a entrar en la asociación del rosa con las niñas, pero es evidente que existe, por lo que ¿por qué los carritos son rosas?

—Así todo el día —me susurra Violet—. Y hemos encontrado modelos diferentes —le recuerda a Madison.

—Ruedas rojas, carro amarillo y manillar verde. No soy mi hermano, pero eso me duele a los ojos incluso a mí —replica Madison.

—Esto es muy bonito —elogio mirando con lo que juega mi hija—. Y ciertamente me parece educativo.

—A ver si así se aficiona un poco más a la cocina y no como su madre —se burla Violet y me río.

— ¿Estás mejor? —le pregunto a Madison.

—Era una tontería —me explica—. ¿Qué haces tú? —añade y observa la habitación con el ceño fruncido—. ¿Qué había antes aquí?

—La habitación de pintar —le explico—. Como mínimo, Jaxson sí pidió permiso con esto.

— ¿Dónde está, por cierto? —me pregunta Violet.

—Ha ido a buscar a Noah. Supongo que...

Me callo cuando le llaman por teléfono.

—Hola, amor, dime —le responde previsiblemente a Brayden—. Estamos con Len y Alice —explica—. No lo sé —añade y me mira—. Que si hacemos algo esta noche —me pregunta.

— ¿Esta noche? —repito con confusión—. ¿Pasa algo?

—Es viernes —me explica.

—Sí —afirmo todavía un poco perdida.

—Cenamos juntos, ¿no? —me pregunta—. ¿Pillan algo de camino? —añade.

—Dile que pasen por Boilling Grove —le pide Madison—. Que hace un montón que no como allí.

—No, dice que Grayson trae algo de un nuevo restaurante —explica Violet—. Pero Bray va a Ranch Queens para pillar algo para él.

—Lo mismo para mí, por favor —le pide Madison—. A saber qué va a traer mi hermano.

—Fusión tailandesa con peruana —explica Violet y Madison hace una mueca—. Dice que te trae algo —añade—. ¿Len? —me pregunta entonces—. ¿Cenamos, sí, no? ¿Quieres lo de Grayson, otra cosa?

—Em, no sé, no le ha hablado con Jaxson, pero sí, claro, podemos cenar todos. A mí me apetece probar lo que traiga Grayson.

—Dice Bray que a Zucca le compra algo él —me explica—. Vale, amore, ¿vas tú entonces? —añade—. Aquí os esperamos.

—Necesito ir al baño —dice Madison alejándose.

—Uh-uh-uh —dice Alice muy emocionada en su propio juego.

Mi hija sigue entusiasmada con esta comida de madera horas más tarde. De la misma forma que lo está su zia Violet mientras pone la mesa, o su zio Brayden y su zio Tyler frente a la tele comentando la pretemporada de algún deporte. Por el contrario, la alegría de mi hija contrasta con el rechazo de su zia Madison.

—No voy a comerme eso, Grayson —defiende mirando lo que Grayson está emplatando ahora mismo.

—Yo de verdad que no entiendo que siempre tengamos que comer lo mismo —protesta Grayson—. O italiano.

—La mejor cocina del mundo con diferencia —le interrumpe Madison.

—O algo cocinado en una barbacoa —sigue Grayson—. Hay que probar cosas nuevas.

—Y voy a probarlo —defiende su hermana—. Pero tengo hambre.

—¿Easton? —le pregunto en un susurro a Violet junto al frigorífico.

Ella niega con su cabeza y entonces se aleja. Preparo la jarra con agua, pero me aísla de la felicidad de todos ellos porque estoy muy preocupada por Easton. Lo último que me queda, y que voy a hacer pronto, es ir a casa y perseguirle hasta que hable conmigo.

—Hola.

Todos corresponden a Jaxson y a Noah con alegría, pero rápidamente veo que ellos dos no están con el mismo buen humor.

—Yo no como eso, Sky —le protesta Jaxson a Grayson—. ¿Celebramos algo?

—No —le responde Madison y se come una patata frita—. ¿Por qué?

—Estáis todos aquí —le explica él.

—Es viernes —le dice ella—. Llevo toda la semana persiguiendo a mi familia política.

—Oh, mírala ella, admitiendo finalmente que su familia política son los Patricelli —se burla Brayden—. ¿Qué pasa, Noah?

—Hola —le saluda él.

Cuando viene a mi lado me da un beso, pero es rápido y miro extrañada cómo se acerca al frigorífico.

—¿Cruz no cena con nosotros? —le pregunta Brayden a Jaxson.

—No, tiene la noche libre —le responde Jaxson—. Es viernes.

—Pero le molesta que nosotros vengamos a cenar —protesta Madison en un susurro—. Por un día que podemos hacerlo.

—Pero si estáis cada día aquí —le dice Jaxson—. A todas horas.

—Es raro estar en casa sin vosotros —defiende Violet—. Y tu mujer es la mejor secretaria que he tenido jamás.

—Es raro de cojones que con lo desorganizada que eres puedas ser una buena secretaria —me molesta Madison y le lanzo una servilleta de papel.

—Zucca.

Noah llama mi atención de nuevo, porque hay algo raro en él.

—¿Puedo subir a mi habitación hasta la hora de cenar? —le pide.

—Sí —le responde él enseguida—. Baja en un rato para ayudar a acabar de poner la mesa.

—Vale —acepta él y se va.

Jaxson se acerca a mí entonces, y no es solo para saludarme.

—Ha salido así, no sé —me explica—. Algo pasa, pero no quiere contármelo.

— ¡AAAAAAA! —grita Alice.

—*Hola, mi amor, ahora vengo* —le calma.

Pero Alice empieza a protestar por el arnés de la trona, la trona en sí, y estar demasiado lejos de su padre.

— ¿Qué ocurre con los hermanos Capuzzo últimamente? —se pregunta Brayden mientras yo ya salgo de la cocina.

Lo de Easton lo dejo para más tarde, porque ahora me preocupa Noah. Subo las escaleras con calma, para dejarle unos minutos más a solas, y cuando entro en su habitación está sentado en su cama, comiéndose el yogurt que se ha subido. Sé que como mínimo no le molesta que le acompañe a su lado.

— ¿Qué te ha pasado hoy? —le pregunto—. ¿Te lo has pasado bien?

—Hemos plantado tomates para el verano —me explica.

—Eso te gusta —noto con confusión.

A Noah le gustan las plantas, la jardinería en general. De hecho, Dona le pidió que regase sus plantas y Noah lo hace sin que tengas que recordárselo casi, por lo que es realmente importante para él.

—Con la nonna —puntualiza.

— ¿Quieres que le llamemos? —le pregunto cuando veo que hoy le echa especialmente de menos.

—La he llamado con Zucca —me explica—. Está contenta porque cuido de sus plantas.

—Lo haces muy bien —le felicito.

Pero sigue habiendo algo que le molesta, y ni Dona ha podido calmarle. Le hago mil preguntas, estamos ratos en silencio, pero hoy me cuesta sacarle la verdad.

—Mañana es sábado —le recuerdo—. ¿Quieres que invitemos a Charlie aquí un rato? —le pregunto refiriéndome a su amigo del final de esta misma calle.

—No puede —me explica—. Está con su padre jugando al tenis.

Aquí noto la rabia.

— ¿Quieres jugar tú también? —le explico—. Yo soy un poco mala, pero podemos ir a casa y sé que Zucca jugará contigo.

Es rarísimo llamar a Jax así, pero con Noah es mejor, especialmente si está alterado como ahora.

—Quiero que Zucca juegue conmigo, y con Charlie, y Mark —me explica—. Mark es el padre de Charlie —añade, aunque ahora ya conozco a ese simpático señor.

— ¿Se lo has preguntado? —añado con miedo.

Y ya sé que la respuesta es no, la de Jaxson, me refiero. Sé que Charlie juega con sus padres al mismo club de tenis de la urbanización, ese en el que yo iba para estar con Benedetta y sus hijas. Jaxson le habrá dicho a Noah que pueden ir a casa a jugar, con Tyler que ama al tenis como ellos, o alguien más. Pero Noah no quiere el tenis en sí, quiere lo que tiene Charlie.

—Voy a hablar con Zucca, y...

Me interrumpe alguien que da dos golpes a la puerta, y es el mismo Jaxson. Algo va mal. Noah no quiere acercarse, pero yo sí me levanto de la cama.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Easton ha encontrado sicarios de la Orden, o suponemos —me explica—. Nos ignora, está

de un humor insoportable, pero trabaja el doble que nadie —añade—. Tenemos que irnos. Está cerca de la frontera con California, así que regreso para dormir.

—De acuerdo.

Después se aleja cuando ve que quiero salir al pasillo y cerrar la puerta de Noah.

—¿Qué le pasa? —me pregunta.

—¿Le has dicho que no a ir al tenis con Charlie y su padre?

—¿Qué? —me pregunta confundido—. Si apenas ha hablado conmigo. Hemos llamado a la nonna para que le calmase, y ni eso.

—Dice que no quieres ir al tenis con él, Charlie y su padre —explica—. ¿Se lo dijiste en algún otro momento? —pregunto en pocos segundos—. Jaxson —protesto.

—¿Qué? —se defiende—. No vamos a ir.

—Jax, le hace ilusión. Iría yo, pero no soy tan buena al tenis y quiere ir contigo.

—Le dije que iríamos a casa, Ty se apunta seguro, y Brayden, o Letta. Hacemos un torneo con copas si quiere, pero no ese sitio —protesta—. Nena, estamos aquí, en esta mierda de comunidad, y no puedo ni salir a pasear a Mephisto. No me voy a meter en ese club de tenis, no sé ni cómo pudiste aguantarlo tú.

—Jax, le hace ilusión. Está triste por esto. No quiere jugar al tenis con vosotros, quiere hacerlo como lo hace su amigo.

—Díselo a Tyler, o a Letta.

—Ayer mismo te quejabas porque no hacíamos cosas normales con Alice —le recuerdo—. ¿Vas a hacer lo mismo que con Noah? —le pregunto—. No vendrás a los recitales, nada de partidos de algún deporte, ni fiestas de cumpleaños, ni...

—Ele, ¿podemos hablar de esto en otro momento, por favor?

—Hay gente suficiente para encargarse de lo que ha encontrado Easton —defiendo—. Y Noah está así por todo esto.

—Créeme, no va a disfrutar en absoluto cuando nuestro partido parezca la final de Wimbledon.

—Estará contigo, que es lo que quiere —defiendo—. ¿Qué ha encontrado Easton?

—Sicarios.

—¿Alguno tiene hermanos? —le pregunto y me mira con confusión—. Porque jamás van a poder jugar al tenis un sábado por la mañana con ellos y tú sí puedes hacerlo mañana.

—Eso es chantaje emocional —protesta.

—¿Funciona?

—Sí —acepta a regañadientes.

Entonces me besa, y me estoy riendo en el proceso.

—No sé cómo te lo haces para salirte siempre con la tuya —protesta.

—Dice el que ha sacado el cuadro que había en esta pared —noto mirando la vacía pared.

¿Por qué hasta ahora no me he dado cuenta?

—Me daba mal rollo. Era un bodegón de casa de fantasmas —protesta y abre la puerta de Noah.

—Lo pintó tu abuela —le recuerdo—. ¿Se lo has consultado?

Cuando cierra la puerta ya sé su respuesta.

CAPÍTULO 23

—Joder con la casita de los abuelos.

Es inmediato. Leo me hace reír y lo agradezco muchísimo. Está siendo un día complicado. Alice ha tenido una noche difícil, la mañana no ha sido muy buena, e incluso con todo lo que me ha dado Violet para hoy me siento frustrada porque no he podido hacer ni la mitad. Así que ver a Leo ahora mismo me hace feliz. Su cabello está largo, la sudadera roja es estridente, pero muy moderna, ciertamente para vestir y no para practicar deporte, y los pantalones negros son ajustados y el color hace que sus zapatillas blancas destaquen.

—Adelante —le invito y cierro la puerta tras de mí.

—Hola, ¿cómo estás? —me pregunta.

—¿Bien y tú?

Le abrazo entonces, y es rápido con su siguiente pregunta.

—¿Quién es el oso enorme que fuma frente a la otra puerta?

—Nueva seguridad —le susurro de vuelta divertida—. Se llama Cruz, es muy agradable.

—Será lo que tú quieras —me dice mientras nos separamos—, pero sopla hacia mí y me lleva al hospital.

—Pasa, venga —le invito y seguimos avanzando.

Me río con sus reacciones mientras descubre el resto de la casa, y especialmente mientras le preparo un café en la cocina y él echa un vistazo al jardín.

—¿Piscina? ¿Pista de golf? —exclama—. ¿Quién pone una pista de golf frente a un lago? —añade con el ceño fruncido.

—Lo mismo pensé yo —le explico entregándole su taza—. Salimos al porche con la chimenea, o dame dos minutos y recojo esto.

—Es una mezcla interesante —me explica mirando la mesa redonda de la cocina.

—Es lo que significa trabajar con tu hija de un año que no se detiene ni tres minutos —le explico.

—¿Dónde está?

—Durmiendo, gracias a Dios —susurro y se ríe—. Jaxson está en la otra parte, pero en una videollamada. Supongo que saldrá en algún momento.

—Y me asustará hasta la muerte apareciendo de la nada como hace siempre —dice divertido.

—Buenos días, Leonardo —imito a Jaxson y Leo se ríe.

—¿Cómo le va? —me pregunta—. Está jodida la cosa si estás trabajando en la empresa.

—Dice el que también trabaja en ella —le recuerdo divertida—. Siéntate. ¿Quieres comer algo?

—No, tranquila —me responde.

—Vamos haciendo —le explico sentándome a su lado—. Es un poco raro todo.

—Es extraño verles a todos por el campus menos a vosotros —me explica con una sonrisa—. Hay teorías.

—Solo para ahorrarme los rumores del campus ya me gusta vivir aquí —le digo divertida—. Es raro, pero estamos bien. Era lo mejor para Noah, Jaxson después de esos días en LA aguanta mejor de lo que hubiese antes, y de todas formas siempre están todos por aquí.

—¿Y esto? —me pregunta y señala algunas carpetas de *Zuccarelli International*.

—Me hace sentir productiva —le explico—. Cuando mi hija me deja, claro —añado—. Ha

sido empezar a caminar y es imposible hacer algo, o que esté quieta mientras tú haces algo —añado—. Cuéntame tú.

—En la empresa de tu marido se está bien —me explica divertido.

—¿Qué tal te va para los exámenes?

—Mañanas en la oficina, tardes en la biblioteca —me responde y rueda sus ojos.

Los exámenes de final de semestre, y de final de curso consecuentemente, se acercan. Y Leo se graduará en mayo.

—¿Es raro? —le pregunto y me mira sorprendido mientras lame la espuma de su café en sus labios—. Que quizás sean tus últimos exámenes en la ZU.

—Un poco —me responde.

—¿Van a serlo?

—No lo sé todavía. Son los últimos han sido siempre, eso seguro. David y Harry se van —me explica—. Mucha gente que conozco lo hará.

David Michelle se gradúa, Harry Baker después de su graduación se va a Nueva York para seguir con la Escuela de Leyes. Información cortesía del aburrimiento de Jaxson Zuccarelli, por cierto. Leo tiene varias opciones. Puede seguir estudiando, y puede hacerlo en la ZU, o en otras universidades.

—Me están llegando ofertas del extranjero —me explica—. A mí.

—¿Por qué me lo dices en ese tono?

—Porque mi jefa me comenta muchos programas últimamente —me explica—. Aunque quiere que me quede.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Es dinero que gano —me explica—. Podría seguir estudiando por aquí, está cerca de casa, y conservo un trabajo que me da experiencia.

—Sería raro tenerte lejos —le confirmo.

—Pero toda mi vida he estado en Oregon —defiende—. A veces me apetece cambiar, pero tengo que pensármelo mejor —añade—. Y sí, ya sé que se me acaba el tiempo.

—Tienes tiempo. Y sino, puedes retrasar el semestre hasta primavera, y seguir trabajando en la revista mientras te lo piensas —le recuerdo y realmente se ve agobiado por el tema.

—Pasarela en el lago —dice entonces y me giro para mirar por la ventana—. ¿Lo dices en serio?

—¿Quieres salir a dar un paseo?

Es evidente que la conversación de su futuro académico le preocupa. Al final, es un estudiante a punto de graduarse que tiene que centrarse en el presente, sus últimos exámenes, pero ya pensando en lo que está por venir. Leo buscaba la distracción que esta casa le ofrece ampliamente. Y mientras bajamos las escaleras hacia la parte baja del jardín, Jaxson sale del gimnasio con ropa deportiva.

—Buenos días, Leonardo —saluda.

—Joder —protesta Leo tan sorprendido como yo—. ¿Ves que siempre hace lo mismo? —me susurra.

Jaxson lo escucha perfectamente, y además se divierte como hace siempre también.

—¿Qué haces aquí abajo? —le pregunto.

—Cruz y yo hemos bajado un rato —me explica—. La niña sigue durmiendo arriba.

—Vamos a dar una vuelta por el jardín, eh —le informo y asiente con su cabeza.

La mayor parte de los días, cuando estos dos entrenan dejan alguna puerta abierta. Los vecinos tienen que escuchar los golpes al saco, o cómo luchan.

—Dios —susurra Leo después de un rato acomodados en el jardín—. Tengo que ir al gimnasio.

— ¿Qué? —pregunto extrañada y me giro—. Ah —añado y me doy la vuelta rápidamente de nuevo.

—Tu marido parece una hormiga a su lado —añade y hace una mueca—. Eso ha tenido que doler.

—Intento no verlo —le explico.

Sé que están entrenando, que Cruz va con cuidado, que Jaxson ama luchar con él, pero de verdad que sufro con ello. Y en este momento, Leo pide todos los detalles. De ese tema saltamos a otro, y me gusta ponerme al día con un buen amigo. De hecho, me da pena cuando tiene que irse, aunque sé que a él le espera una tarde larga de estudio, y a mí una larga también por diferentes motivos con mi hija en cuanto se despierte de la siesta.

— ¿Le digo adiós a tu marido o...? —me pregunta Leo en la puerta.

Después alza su mirada y ve que Jaxson baja las escaleras. Duchado, con ropa limpia, y con las llaves de algún coche en sus manos tintineando mientras juega con su llavero. Todavía no es la hora de ir a por Noah, así que se va a otra parte.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto porque no trae buena cara.

—Easton —me responde—. Me he cansado de esta mierda —añade.

—Jax.

—Se pasa el día durmiendo, las noches trabajando, apenas habla con el resto, les ignora, te ignora a ti... —enumera.

—Voy a ir yo —le digo.

—No. Bray dice que es imposible hablar con él.

—Ya has entrenado —le recuerdo y echa un suspiro de frustración—. ¿Me llevas? —le pregunto a Leo y asiente con su cabeza sin decir nada.

—Nena —protesta Jaxson—. Cruz viene contigo —añade enseguida.

—Le esperamos fuera —le explico—. ¿Vas tú a por Noah?

Espero que se calme. Leo, en cambio, no lo está cuando salimos en su coche hacia la ZU.

— ¿Estás bien? —le pregunto.

—Es raro que me sigan dos coches —me explica—. ¿Cómo te acostumbras a que te escolten a todos lados?

—Primero protestas, después lo vas integrando, entonces te salvan la vida o te ayudan en algo, y al final ni te das cuenta y agradeces que te sigan —le explico—. Más o menos —añado divertida y se ríe.

—Es una locura. De verdad que...

Se calla cuando suena mi móvil, y yo me asusto cuando es Jaxson.

—Dime —respondo.

—La Orden ha vuelto —me explica—. Han detonado una casa, aquí en Oregon.

— ¿Víctimas? —pregunto con miedo y Leo me mira más nervioso que hace unos instantes.

—Una —me responde—. Familia Capuzzo. Y hay otra carta.

— ¿Puedes leérmela, por favor? —le pido.

California

12 de abril de 2017

Muy honorable señor mío:

Muy afligido recibo la triste noticia de la pérdida grande que ha tenido Ud. de un buen hombre que ha pagado por los pecados de los demás.

Ruego a Dios por su alma, por la de Ud. y su familia, y por todos aquellos que viven rodeados de peligros e inseguridades para que gocen de salud y de felicidad hasta el día de su muerte.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

— ¿Quieres que regrese para que vayas tú? —le ofrezco a Jaxson.

—No —me responde—. Lo gestionan Brayden y el resto.

—Perfecta ocasión para que Easton tenga que hablar conmigo.

—No —rechaza—. Va a estar ocupado y va a usarlo.

—Tiene a un equipo entero que puede trabajar por él, y tú la famosa chica que nadie conoce —defiendo y se ríe un poco—. Gracias por llamarme.

—Ve con cuidado, nena.

Leo comprende que mi humor cambia radicalmente. Agradezco muchísimo su compañía ahora mismo, y me distraigo bastante mientras vamos hacia la ZU. Otra vez la Orden de los Patricelli. Otra vez alguien que ha perdido la vida porque ellos quieren esta guerra. Y otra vez de regreso a este campus, pero ahora sí que lo veo diferente. Es casi tan raro como estar en casa.

— ¿Vas a estar bien? —me pregunta Leo cuando me bajo de su coche.

Echa un vistazo a los dos que nos han seguido, especialmente cuando Cruz sale de uno de ellos.

—Sí —le respondo a mi amigo—. Gracias por traerme. Que tengas una buena tarde de estudio.

—Tú también, que tengas...—me corresponde—. Suerte —añade porque ya sabe que no voy a tener una buena tarde.

Es rarísimo estar en casa. Parece como si hubiesen pasado años desde la última vez que estuve aquí, o que Meyers me abrió la puerta.

—Bienvenida de regreso, señora Zuccarelli —me saluda el educado mayordomo.

—Me alegro de verte de nuevo, Meyers —le correspondo—. ¿Cómo estás?

—Lamentablemente, no como nos gustaría a todos, me parece, señora —me responde—. ¿Cómo puedo ayudarle?

— ¿Quién está en casa?

Oh, el arco de la escalera. Esta casa está silenciosa. Lo echo de menos, de verdad que echo de menos vivir aquí. Un poquito, como mínimo.

—El señor Luzio está en el establo, señora —me explica Meyers—. El señor Occhionero, el señor Patricelli, la señora Patricelli y la señora Luzio han salido en dirección...

Cuando le miro y le asiento comprende que sé a dónde han ido.

— ¿Easton?

Escucho el golpe fuerte en la cocina entonces.

—En la cocina, señora Zuccarelli —me responde Meyers—. Con su permiso.

—Gracia, Meyers.

Me acerco a la cocina por la puerta de arriba. Sin entrar en ella, me quedo aquí y observo a Easton. Descalzo, pantalones de chándal gris, camiseta negra, cabello demasiado largo, ¿y barba?

Easton no tiene buena barba, por lo que básicamente tiene como pedazos de ella. ¿Es posible que esté más delgado también? Y tiene un iPad roto frente a él en la encimera.

—Easton.

Gira solo su cabeza, y me da miedo. No solo por el hematoma junto a su nariz, la consecuencia física del puñetazo de Jaxson, sino por todo su aspecto. Su mirada. Su rabia.

—Vaya por Dios.

Y sus burlas.

—Hola —le saludo.

—¿Quién te manda? —me pregunta.

—Nadie. He venido porque he querido.

—Pero si no vienes ya por aquí —me recuerda—. Y si tu marido no te esconde las cosas como siempre, o como a todos, acaban de matar a uno de los nuestros.

—Ya lo sé.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a verte —le respondo—. Esto no puede seguir así. Tú no puedes seguir así.

—¿Y qué más quieres? Si me tenéis controlado todo el día —replica—. Meyers es mi niñera...

—No le faltes el respeto a Meyers.

—¿Quién quería un mayordomo inglés con chaqué? —me pregunta—. Tu marido. Se ha ido de casa, ¿por qué no se lo lleva?

—Porque Meyers ha estado cuidando de esta casa mientras todos hemos estado fuera, ya se lo conoce todo, y esta también es su casa. Así que no le faltes el respeto.

—Es mi niñera y lo sabes. Tu marido tiene una obsesión con el control, y eso también lo sabes. Por eso tiene a ese contacto ruso que... —enumera—. Sí, también lo sé —se interrumpe a sí mismo—. Yo no sé ni su nombre, pero Zucca le tiene trabajando para que me vigile a mí día y noche. Ha intentado hasta meterse en mi sistema.

—¿Podemos hablar de forma calmada, por favor?

—¿Vas a echarme la bronca por algo que hace tu marido también?

—No he venido a echarte la bronca. He venido porque ya no sabemos cómo ayudarte —defiendo—. No quieres a nadie a tu lado.

—Vamos a ver. Grayson está todo el día fuera, y si está aquí solo habla de la niña cuando se pasa el día con ella. Madi y Tyler siguen en su jodida luna de miel. Brayden y Letta organizando su boda en medio del caos.

—Grayson también tiene mucho ahora —le explico.

—Ah, espera, claro, el favorito —se burla.

—No te pases —le ordeno—. Tampoco está bien y puedes entender por qué. ¿Tyler y Madison no crees que merecen estar bien? Han sobrevivido al infierno. Y me parece muy bien que Brayden, quien tiene trabajo de sobras, y Violet, que está salvando la empresa, encuentren momentos para organizar su boda. Porque se lo merecen y les va bien. Y si no puedes preocuparte por todos ellos, o estar feliz por ellos, realmente tenemos que hablar.

—Pero si tú eres la primera que te has ido —replica—. Estás jugando a las casitas con Zucca, Noah, la niña y el perro.

—Nos hemos mudado por Noah, eh —le recuerdo—. Puedes comprender que él está muy preocupado por la nonna, que los cambios le alteran más que a nosotros, y que si como mínimo podíamos darle algo de lo que ya conoce con Jaxson y yo en casa, se lo daríamos.

—Pero si te encanta, por favor —replica—. Si ya sé que hasta Zucca habla con los vecinos —

añade—. Y tiene a ese motorista con él, pero oye, yo soy el inconsciente.

—Lo de Cruz es diferente. Se conocen de hace años.

—Otra cosa que nadie sabía —se burla.

—Easton, criticas que nos hayamos mudado por Noah, pero eres el primero que no quiere venir de visita, que no quiere venir a cenar, que...

— ¿Para ver cómo jugáis a las casitas? No, gracias.

—Te lo dije, no importa si estamos viviendo en casas diferentes, seguimos siendo una familia.

—Eso es divertido —susurra riéndose—. Media familia buscando a una mujer a la que habría que meterle dos tiros, pero mi padre sigue libre y venga, a seguir.

— ¿Estás escuchando lo que dices? —le pregunto preocupada—. Easton, no puedes seguir así. Estoy aquí para ayudarte.

—Estás aquí porque te doy pena, y porque tu marido ya no sabe qué más hacer conmigo y te usa. Y tú haces lo que quiere él, o lo que quiere quien sea —enumera—. Pero si estás hasta trabajando en la empresa, Eleanor.

—Si contestases a mis llamadas, o no me ignorases, o no me alejaras de tu vida, sabrías que finalmente me siento bien porque puedo ayudar en algo.

— ¿Jugando a ser la secretaria de Violet? —me pregunta—. Puedes hacer mucho más. Muchísimo más.

— ¿Ahora me elogias? —le pregunto desconcertada por su actitud—. Easton, solo quiero ayudarte. Y Jaxson también.

—Zucca quiere controlarme, que es diferente.

—No es verdad —replico—. Te habría echado la bronca por lo que hiciste, pero después te hubiese ayudado a salir de ahí. Siempre lo hace. Lo habríamos hecho todos.

—Hace diez años que estamos buscando a mi padre —me explica—. Mi prima lo encontró en tres semanas. ¿En serio crees que tu marido con el dinero que tiene no puede encontrarlo?

—Lo que insinúas es muy grave —le aviso.

—Piensa un poco. Y además piensa en sus referentes. ¿Me vas a decir que no es capaz de encontrar a mi padre y mentirme al respeto? Diría algo así para protegerme y mierdas, ¿pero no sería capaz?

—Easton, basta.

— ¿No haría lo mismo su amado nonno? —me pregunta.

—Jaxson jamás haría algo para hacerte daño a propósito. Y sabe perfectamente que necesitas encontrar a tu padre.

—Hace lo que quiere, Eleanor. Lo que quiere. Y tú antes todavía tenías un poco de personalidad y le ponías en su sitio, pero ahora eres como él, vives en la casita del matrimonio feliz, y hasta eres otra hormiga en la colonia de *Zuccarelli International* —me explica—. Gracias por la visita, pero ahórratela. No vienes aquí como mi hermana, vienes porque tienes que arreglar un problema para el señor Zuccarelli. Sigo trabajando como siempre, así que no te preocupes.

—Easton.

—Vete a tu casita de la valla blanca —me susurra con rencor.

Y sale al jardín, descalzo, sin un jersey, pero es que no puedo hacer nada para seguirle. Sé que tampoco debo. Le observo, eso sí, y me cuesta darme cuenta de que están llamándome.

—Hola.

—Nena —susurra Jaxson de respuesta.

Rápidamente subo mi mirada y encuentro la cámara.

—Estoy bien.

— ¿Qué te ha dicho?

—No pasa nada, Jax —le respondo—. Pero hay que hacer algo. Ya no sé qué más hacer.

—Ven a casa. Cruz te lleva.

Y me voy a casa. Extrañamente, ya no me siento bienvenida en la mía.

CAPÍTULO 24

Veo un precioso color rojo que con los rayos de sol de domingo de primavera hace que sea un color realmente hermoso. Pero es un color que me hace feliz porque lo veo en un vestido de Benedetta.

—Madre mía, el talento desaprovechado que tiene esta mujer —se lamenta Grayson a mi lado.

—Grayson —le regaña suavemente.

—Solo quiero saludarla.

Por suerte, Benedetta se ve feliz de estar con Grayson. Se nota que ambos elogian la ropa de otro, y cuando me acerco al coche de Benedetta, compruebo que, efectivamente, hablan de ropa.

—Estas mangas de obispo —dice Grayson contento mientras acaricia suavemente un brazo de Benedetta—. El detalle de los botones a un lado y el cuello me encanta —añade.

—Muchas gracias, señor Luzio —agradece Benedetta y cuando le asiente veo su lazo en la cabeza—. Buenos días.

—Buenos días —le correspondo—. Ya estoy.

Ella me sonríe un poco, y después veo el pánico en su mirada. Me asusto enseguida porque hacía días que no la veía así. Después recuerdo quién seguramente estará por detrás de mí buscando su coche: Cruz. Durante mucho tiempo, Benedetta tuvo a dos hombres grandes como él que le seguían a todas partes.

—Tranquila —le digo a Benedetta—. Es amigo de Jaxson. Es Cruz. Te hablé de él, ¿te acuerdas? —le pregunto.

Alguien ha hablado con Cruz, eso seguro. Cada vez que le he presentado a alguien en estas últimas semanas, él mismo se acerca. La mayoría hemos descubierto que da miedo cuando le ves, pero que es muy cercano cuando le conoces. Hoy se queda a cierta distancia de nosotros.

—Ella es Benedetta D’Arcangelo, Cruz —le explico.

—Un placer conocerla, señora D’Arcangelo.

—El placer es mío —le corresponde Benedetta casi sin voz.

¿Es conveniente que Cruz también sea católico? Para Jaxson muchísimo. Le hice prometer que no se lo inventaba, pero el propio Cruz me contó que es cierto. Así que hoy nos sigue en el otro coche.

—Es mejor que conduzcas tú —me dice Benedetta—. Ya sabes que no conduzco muy bien.

—Lo haces perfectamente —defiendo—. ¿Estás más tranquila si yo lo hago?

—Sí, por favor.

Me entrega las llaves y entonces me despido de Grayson. En pocos minutos me acomodo en el asiento del conductor del enorme coche familiar, y saludo a dos de mis D’Arcangelo favoritas.

—Hola, Ele —me saluda contenta Beatrice.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —le pregunto.

— ¿Zucca no viene? —me pregunta Adelaide enseguida.

Aunque Benedetta siempre lo pase mal con la adoración absoluta que siente su hija por mi marido, ahora creo que le viene bien para distraerse del mal rato de recuerdos que ha tenido por conocer a Cruz. Y después de haber saludado a las pequeñas, me pongo en marcha y nos vamos a misa juntas. Es muy divertido esto de ser vecinas.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto a Benedetta antes de salir de la urbanización incluso—. ¿Te estás fijando en los pendientes? —añado—. Los ha elegido Grayson. Está por aquí cada dos por

tres jugando a las muñecas conmigo.

—No, no es eso —me responde—. Aunque son preciosos. El señor Luzio tiene un gusto exquisito.

—A veces creo que vosotros dos en otra vida erais hilo y aguja —le susurro y se ríe un poco—. ¿Qué pasa entonces?

— ¿Estás bien? —me pregunta—. ¿Sigues preocupada por la discusión con Easton?

—Se me acaban las ideas —le explico—. Anoche tampoco vino a cenar, ni el viernes. Estoy por buscar ayuda profesional. Pero si no quiere ni verme, ¿cómo le propongo de buscar ayuda?

—Si no quiere dejarse ayudar es difícil, sí —acuerda conmigo—. Lo lamento mucho, Eleanor.

—Gracias.

Easton no me deja dormir. No estoy cansada por el trabajo que hay en la empresa, por perseguir a mi hija a todas partes todo el día, por el miedo de lo que pueda hacer la Orden de los Patricelli, por el progreso de Dona en su ensayo, es por Easton. Sé que me está afectando. No quiere hablar conmigo, ni verme, ni venir a cenar con nosotros. No quiere ver a Jaxson, el resto dice que en casa les ignora, y con la única que parece tener una relación más o menos normal es con Dona. Así que un rato con Benedetta es lo que necesito.

Admito que me da un poco de miedo regresar a la catedral de Santa Teresa. Jaxson no quería que viniese, como siempre, pero esta vez porque yo no he regresado aquí desde que esos sicarios intentaron matarme. También porque este sitio ya me hace pensar en Dona. Y obviamente porque estamos en guerra, contra nosotros mismos, y en los fieles asistentes a esta misa hay bastantes miembros de las familias. Me imaginaba que venir aquí sería agotador para saludar a toda la gente que quiere asegurarme que nos apoyan.

Me equivocaba.

Ir con Cruz a misa tiene sus efectos. La gente duda en acercarse, muchos no lo hacen, y mantienen su distancia. La verdad es que hoy lo agradezco muchísimo. Y de esta forma, Benedetta y yo llegamos al transepto derecho sin problemas. Enseguida me pone triste ver el sitio en el banco que siempre ocupa Dona. Tampoco están sus amigas. Con Elda era evidente porque se ha ido a Massachusetts, pero Rosa Sinacore y Flavia Renzo tendrían que estar por aquí. Empiezo a asustarme, porque es raro en ellas, hasta que las veo en otro banco y me despido de Benedetta momentáneamente.

—Es muy raro estar sin ellas allí, señora Zuccarelli —me explica Rosa Sinacore.

— ¿Tengo que ganarte de nuevo al póker para que me llames Eleanor de nuevo? —le pregunto en un susurro mientras caminamos por la nave lateral.

—Echamos de menos esas tardes de póker —confiesa Flavia Renzo con una sonrisa triste—. Si no fuese un viaje tan largo, y mi salud me dejase, iría a verla.

— ¿Cómo está? —me pregunta Rosa Sinacore—. Porque tengo la sensación de que nos miente para protegernos.

—Es un tratamiento muy intenso —le explico—. La verdad es que los efectos secundarios están siendo bastante molestos. Hay días mejores y otros peores, pero está luchando con todo lo que puede y eso es bueno.

—No se merece esto —defiende Rosa Sinacore—. Ella no.

Estoy de acuerdo con ella. Y la charla con estas dos amigas de Dona hace que yo todavía le eche más de menos. Hablé anoche con ella, pero voy a llamarla hoy de nuevo. Intento no abusar, porque somos muchos los que al final estamos pendiente de ella, pero lo necesito. Hoy, aunque no se lo voy a admitir a Jaxson, venir aquí me hace daño.

—Te veo pronto —se despide Benedetta cuando llegamos a la escalinata después de un largo

rato.

— ¿No me llevas a...?

Y entonces ella desvía su mirada y yo alzo la mía. Frente a la catedral, en su sitio casi reservado, está Jaxson presumiendo de coche. Realmente ama el *Porsche Speedster* negro que le regalé. Y apoyarse en él, saludar educadamente, y ser el centro de atención le encanta. La verdad es que finalmente hace un día soleado, pero esas gafas de sol son para mejorar todo el conjunto. El traje negro más de lo mismo.

—Hola —me saluda cuando llego a su lado.

Por suerte, sabe comportarse. No se aleja del coche y no me besa. Es lo que haría normalmente, para pavonearse más.

—Hola —le correspondo divertida—. ¿Qué haces aquí?

— ¿Damos una vuelta?

— ¿Qué ocurre?

—Que necesito que ocurra algo para tener una cita contigo —me responde—. Simplemente quiero ir a dar una vuelta.

Asiento con mi cabeza y entonces él se incorpora. Me abre la puerta del pasajero, pero me detengo cuando llego hasta aquí. Entonces yo le beso, pero interrumpo el beso que él quería.

—Hola —le saludo de nuevo.

—Hola, nena —me corresponde con una sonrisa.

Y me cierra la puerta también cuando estoy acomodada. Yo me busco mis propias gafas de sol para intentar esconder un poco mi bochorno cuando nos vamos de aquí haciendo demasiado ruido. Una vez ya estamos solos, entonces sí disfruto de él en este coche. No sé a dónde quiere ir, pero no importa. Si Alice está bien en casa con Grayson y Noah, podemos hacer lo que quiera.

Me cuesta un rato adivinar a dónde vamos. Pero no mucho después de dejar Portland, ya lo sé.

—Jaxson —le llamo cuando se hace todavía más evidente.

—Ya no sé qué más hacer para que estés un poco contenta —me explica—. Me está cabreando Easton, ahora de verdad.

Dejamos atrás las carreteras transitadas, y empezamos a ver barrios residenciales, con casas que cada vez están más alejadas las unas de las otras. Al final, veo la valla blanca y la casa azul.

Sky.

—Voy a esconder el coche para que Gibbs no sepa que estamos aquí —me propone Jaxson—. Te veo dentro.

—De acuerdo —le respondo y abro la puerta.

Pero no me bajo del coche, me giro y le miro.

—No tienes que arreglarlo todo siempre —le explico—. Y estar contigo ya hace que todo sea mejor.

—Cursi —se burla y me río—. Lo mismo digo, nena.

Me inclino hacia él para darle un beso, aunque la postura sea incomodísima, y después salgo del coche para que él pueda esconderlo. Admito que cuando subo las escaleras del porche me siento un poco nerviosa, y lo estoy más cuando Ceyonne abre la puerta. Esta mujer y su ropa colorida, siempre me hacen sonreír.

—Adelante, pasa —me invita después de saludarnos—. Perry está con los mayores, organizados todos con los chicos porque tienen partidos y cosas. Los pequeños y yo estamos en el porche, aprovechando el primer día de primavera que tenemos.

—Por lo único que todavía seguiría en Los Angeles —le explico—. El tiempo. Y porque no fui a visitar Sky LA.

—Creo que tenías cosas más importantes.

Se hace raro que no esté la adorable Natalie. Ni tampoco los tres hermanos Fraser. El chico nuevo que llegó hace unos meses apenas me conoce, y no quiere acercarse mucho a mí. Eli, la niña que no quiere ser adoptada, está jugando un partido de béisbol. Pero ver de nuevo a Ethan y Elliot Keys me hace muy feliz.

—Hola, Ele —me saluda feliz Elliot.

Y que se acuerden de mí, quieran verme y me reciban con sonrisas me hace realmente feliz.

—Hola, cariño —le saludo y cuando le doy un beso me río.

Me río mucho porque limpia su mejilla como lo harían tantos y tantos niños, lo que demuestra que por fin ya puede ser uno.

—¿Qué hacéis?

—Estamos construyendo un castillo de arena —me explica Ethan—. Es muy grande ya.

—¿Quieres verlo? —me pregunta Elliot.

Grayson se horrorizaría si me viese metida en el arenal con los tacones, las medias y el vestido carísimo que hoy estreno. Yo repito que soy muy feliz ahora mismo.

—Ele.

Dejo de darle golpes al cubo con la pala cuando Jaxson me llama. Está apoyado en la barandilla del porche, y es evidente que hace rato que nos observa.

—Ash y Gibbs han llegado —me explica—. Será mejor que te escondas.

Tengo que buscarme un nuevo sitio para hacerlo, y casi me quedo sin tiempo precisamente por eso. Así que al final, me quedo con el tradicional escondite de detrás de la puerta.

—Te lo juro, tío, es idiota. Es que no...

—Gibbs, esa boca.

—¡Joder! —grita asustado y se da la vuelta rápidamente—. Hostia puta, Eleanor —añade cuando ve que soy yo—. Y por supuesto que tú lo sabías.

¿Es probable que Ash haya crecido todavía más desde que le vi en la *Incoronazione* de Alice? Creo que sí. Choco mi puño con el suyo y empiezo a sentirme realmente pequeña a su lado. Este crío algún día será como Cruz, estoy segura.

—No tiene gracia —me dice Gibbs—. Casi me matas.

—Pobrecito —me burlo.

—Algún día voy a hacértelo yo a ti —me amenaza señalándome.

—¿Estás amenazando a mi mujer, Gibbs?

—¡Hostia! —grita Gibbs porque no ve a Jaxson acercándose por el pasillo—. El otro —protesta cuando ve a Jaxson—. ¿Qué os he hecho?

Incluso Jaxson empieza a parecer pequeño junto a Ash cuando se dan la mano, y chocan de puños, y hacen esas cosas raras. Jax no hace lo mismo con Gibbs, porque le despeina suavemente.

—Has perdido, ¿eh? —le molesta Jaxson.

—Jaxson —le regaño enseguida.

Pero Jaxson sigue molestándole mientras les sigue a la cocina. Esos tres juntos son algo especial. Les sigo fuera yo también, y me siento en una silla del porche para observar bien. Elliot y Ethan se acercan rápidamente a Ash. Es curioso porque el adolescente es enorme, pero no es la primera vez que noto que cada niño de la casa le adora, incluso los que llegaron aquí con mucho miedo. Cuando llegan Perry, con Eli y el resto, la dinámica se repite. Y una vez más me río cuando Eli convence a Jaxson de que es una buena niña, y más de la mitad de la historia son mentiras porque ella no quiere comer pescado o no se porta tan bien como dice.

—Pero mírale —se burla Gibbs mirando a Jaxson—. Si ha venido en traje y corbata.

—Todavía con ello voy a darte una paliza. Lo sabes, ¿verdad?

—Venga, listo —le replica Gibbs con un balón de fútbol en la mano—. A ver si eres capaz de ganar a mi equipo en traje.

—Te acuerdas de quién es, ¿verdad? —le pregunta Perry riéndose.

— ¡Niño Sky 1! —presume Gibbs señalándose a sí mismo y tengo que reírme.

— ¡Lo dice porque yo te enseñé a jugar al futbol! —le grita Jaxson—. Venga, chicos.

Naturalmente que Eli va con él. La niña también tiene un cierto apego con Jaxson. Si algún día está en el mismo sitio con Adelaide D’Arcangelo y Jaxson, eso puede hasta ser peligroso incluso. Y porque Grayson no se pone celoso de un par de niñas, que sino...

—Me ha llamado y me ha dicho que no estás muy bien —me explica Ceyonne entonces.

Miro cómo se sienta a mi lado, y con curiosidad. No por la taza de café que trae, sino por las carpetas.

—Son tiempos difíciles —le explico—. Y estoy agotada porque Alice ya camina y ahora hay que perseguirla a todas partes —añado y se ríe un poco—. Voy a traerla un día aquí y ya verás si te cansa más ella o todo el grupo.

—Cuando quieras —acepta sin problemas.

Después me acomodo bien en la silla, porque ya tengo la suficiente confianza como para descalzarme, o cruzar mis piernas y apoyarme bien en el respaldo. El partido de futbol que empieza, cuando finalmente lo hace, es entretenido.

—Se preocupa demasiado —le explico a Ceyonne mirando cómo Jaxson y Gibbs ya se pelean—. Todos tenemos lo nuestro.

—Dice que te sientes culpable porque ahora ya no vienes, y dedicas más tiempo a la familia, a la empresa, o a tu hija.

Esto me hace sonreír. Ceyonne me cayó bien desde el primer día por ser así.

—Sabes que soy entrometida —defiende cuando la miro—. Toma.

Empuja el montón de carpetas hacia mí entonces.

— ¿Qué quieres que haga con esto? —le pregunto.

—Ya lo has hecho —me explica—. Abre —añade—. Vas a ver todo lo que haces cuando crees que no haces nada.

—Soy la señora Zuccarelli —susurro—. Es un nombre.

—No —rechaza—. Te lo dije una vez. Tú puedes dar visibilidad, pero es nuestro trabajo seleccionar a los adoptantes —añade—. Todos estos niños han sido adoptados desde que tú empezaste a implicarte con Sky.

— ¿Qué hago, Ceyonne? ¿Vengo un día cada tres meses?

—Por primera vez en la historia de las familias los niños Sky fueron invitados esenciales a una *Incoronazione*.

—Y eso ha sido criticado por propaganda —le recuerdo.

—Me da igual —me explica con una sonrisa—. Y a ti también debería darte igual —añade—. Que piensen lo que quieran. Has puesto Sky en cada conversación de las familias.

—Y lo han usado negativamente —le recuerdo—. Filippa Carchidi —añado.

—Sí, pero esa mujer también te comentó que Sky Nueva York necesita otra casa.

—Y su dinero va a pagar por esa casa.

—Y el de tanta gente que está donando a Sky, muchos por primera vez en su vida —defiende—. Me da igual si lo hacen para impresionarte. Tú no necesitas ese dinero, pero hay un montón de niños que van a tener una vida muy diferente gracias a eso. Te lo repito de nuevo, deja que nosotros nos encarguemos de dividir a la gente que quiere impresionarte, y a la que gracias a ti se

han atrevido a dar un paso que puede cambiar muchas vidas.

Bajo mi mirada a las carpetas de nuevo. Son unas cuantas.

—Eleanor —me llama de nuevo Ceyonne y le miro—. No te lo tomes a mal, ¿vale? —añade y asiento con mi cabeza—. No es imprescindible que trabajes cada día en Sky, o que te encargues de todo —añade—. No te sientas culpable si no vienes, si no estás por aquí, lo que sea.

—Gracias.

—Y trae a esa niña que tienes, algún día —me pide divertida.

Lo haré. Hoy disfruto de una mañana de domingo en esta casa cargada de esperanza, y de algunos niños que han pedido un partido.

—Oh, cállate —protesta Gibbs.

Jaxson está provocándole haciéndose el nudo de la corbata frente a él.

—Gracias por la gorra, Zucca —le agradece Ash entonces.

No he visto ni la mitad de sitios emblemáticos de Los Angeles, pero estuvimos en varias tiendas de recuerdos para traer cosas para nuestra niña y todos ellos.

—De nada —le agradece Jaxson y se despiden de nuevo con esa encajada de manos suya—. A algunos les irá bien para esconder un poco su cara de perdedores.

— ¿Por qué no te vas a tu casa? —le pregunta Gibbs con asco—. Pero antes voy a darle un abrazo a tu mujer —añade—. Eleanor —me llama con una sonrisa.

—Adiós, Gibbs —me despido riéndome de él.

Presiona a Jaxson con nuestro abrazo que no se termina, pero a mí me encanta. Y me voy de esta casa, con una sonrisa.

—Ele —me llama Jaxson mientras abro la puerta del *Speedster*.

—Dime —le respondo.

—Deja la empresa.

— ¿Qué? —le pregunto con confusión.

—Haz algo con niños. Lo que quieras —me explica—. Como si quieres una guardería como tu madre. Pero haz algo con niños.

—Jax —protesto y me meto en el coche.

Él no me imita, así que le miro.

—Nena, Violet dice que quiere casarse contigo, pero te brillan los ojos cuando hablas de Sky —añade.

—Estoy bien —defiendo—. Vamos.

Y realmente me voy feliz de este sitio. Como siempre.

CAPÍTULO 25

Parece que finalmente la primavera está acomodándose en Oregon. Hoy hace un día soleado, por lo que el inmenso jet de color blanco brilla, con una bonita franja gris que nada tiene que ver con el asfalto de la pista. Los aviones me dan miedo, por lo que no me gustan, pero incluso yo sé que este es nuevo.

—Gracias, Cruz —le agradece Jaxson en cuanto el chico detiene nuestro coche cerca de la aeronave—. Nos vemos a la vuelta. Cualquier cosa, me llamas.

—Que disfrutéis de estos días —nos desea.

Ellos dos se bajan del coche enseguida, yo admiro un poco más el avión antes de recoger mi bolso y salir. Es realmente grande. También veo algunos de nuestros coches junto al nuestro, como el *Porsche* color manzana de Madison, y parecen de juguete.

— ¡Zucca!

Escucho el grito de Brayden perfectamente, a pesar del ruido que ya hace el avión. Baja las escaleras con agilidad, por lo que el traqueteo del metal no dura mucho.

—Te has pasado con el regalo de cumpleaños —añade Brayden cuando llega junto a nosotros.

—Necesitábamos otro avión. Me lo recuerdas constantemente —le explica Jaxson—. Toma, coje —añade y le da una maleta.

—Deja eso —rechaza Brayden.

Jaxson está incómodo en pocos segundos no solo porque tiene las manos ocupadas, sino porque Brayden le abraza y no está acostumbrado a ello. Así que intenta salir de ahí rápido, y sube las escaleras huyendo prácticamente.

—Hola, Len —me saluda Brayden y rápidamente se ofrece a coger mi bolsa—. ¿Te gusta mi regalo de cumpleaños? —se burla porque ya sabe la respuesta—. Lo es diga lo que diga tu marido. Simplemente usa la excusa de que necesitábamos otro para no decir que es mi regalo.

Me creo eso de Jaxson perfectamente. Y lo que voy a regalarle a Brayden en unos días va a ser una tontería comparado con semejante avión. Subo las escaleras con cuidado, y después de saludar a los pilotos y la azafata que me esperan en la cima, entro en el nuevo juguete de Brayden. Es imposible que no sea su regalo de cumpleaños.

El interior del jet es básicamente blanco.

O como mínimo, en tonos claros. Sillones en crema, cojines en beige, persianas de las ventanillas en gris perla. Es verdad que las televisiones, los acabados y partes de los sofás o las mesas son en tonos oscuros, pero esto parece una nave futurista.

La cocina tiene una barra con la encimera negra, pero el resto es blanco exceptuando la cafetera metalizada. Ya la han estrenado, porque toda la aeronave huele a café. Junto a la cocina, a la izquierda hay un sillón vacío, a la derecha una televisión. A cada lado de ellos hay un sofá, el de la izquierda recto y el de la derecha en forma de L. Dos mesillas plegables frente a ellos, un sillón en la izquierda y entonces una especie de arco que divide otra parte del avión. Aquí es donde está mi familia.

Es gracioso porque la mesa es grande, y mayormente está ocupada por comida. Pero es comida falsa. Ese juego de comida de madera con imanes que Madison le regaló a Alice ha sido todo un acierto. Mi hija ama jugar a cortar las frutas, juntarlas, y a veces puede estarse un largo rato entretenida intentando juntar media zanahoria con medio calabacín. Como madre es el juego perfecto, y nos lo llevamos hoy también.

En la mesa caben siete personas perfectamente, alrededor de ella en sofás o asientos. Noah, Tyler y Violet están en el sofá. Los dos primeros mirando un iPad con un juego en él, y ella previsiblemente trabajando para aprovechar hasta el último momento. Madison está en un asiento, tomándose el café que huele muchísimo, y Grayson está en el fondo, con Alice en su regazo y Mephisto echado en medio del pasillo, como siempre. Sé quién me falta.

—Gracias —le agradezco a Brayden cuando deja mi bolsa en el asiento junto a Madison—. ¿Easton?

—Llega tarde —me explica y después se aleja hacia el fondo del pasillo.

—AAA.

—*Ya vengo, Alice* —le explica Jaxson sentándose junto a Grayson.

Alice cambia feliz de regazo y entonces lo noto. Jaxson y yo hemos dejado a Alice y Noah en casa mientras teníamos que hacer unos encargos de última hora para el viaje. Mi hija no iba con la ropa que lleva ahora.

—No protestes, E —me avisa Grayson—. Se ha manchado comiendo, y la he cambiado.

—Soy testigo de que por una vez dice la verdad —susurra Madison y da un trago a su café.

—*Estás guapa* —elogia Jaxson y Alice le sonríe.

Tiene razón, pero Grayson no solo le ha cambiado de ropa porque se haya manchado. Lo que me ha llamado la atención es que no reconozco el vestido verde de tirantes con botones ni el jersey de algodón rosa con motivos florales. Las medias rosas lo pongo en duda, la verdad.

—De acuerdo, E, de acuerdo —acepta Grayson en derrota—. Quería hacerle un regalo, se me hace raro.

— ¿El qué? —le pregunta Jaxson con precaución por la respuesta que pueda darnos Grayson.

—Es día 20 —explica Grayson.

20 de abril, sí. Por eso estamos aquí. Porque en tres días es el cumpleaños de Brayden y nos vamos todos a Massachusetts a celebrarlo con Dona, Alessandro y Lea.

—Hoy cumple 13 meses —añade Grayson.

— ¿Alguien puede decirle, por favor, que celebrar cada mes ya era demasiado, pero después del año de vida todavía más? —pregunta Madison y resopla.

— ¿Serviría de algo? —le dice Tyler y los dos se ríen a la vez.

—Cursis incluso ahora —protesta Grayson—. No es para tanto —añade para Jaxson y yo—. Es un vestido, se ha manchado y necesitaba ropa limpia. Además, tengo buen gusto y está muy guapa.

Me acerco a mi hija para saludarla, aunque está demasiada ocupada con su padre y no me hace mucho caso. Tristemente mi perro no parece entusiasmado conmigo tampoco, así que me acomodo en el asiento junto a Madison donde Bray ha dejado mi bolsa.

— ¿Ha dicho cuándo vendría? —pregunta Jaxson y todos saben de quién habla.

—Está de camino ya —le explica Tyler.

—Necesitas hacer algo —le dice Violet a Jaxson y cierra la tapa de la funda de su iPad—. Te lo digo en serio, Zucca, ya no sabemos qué más hacer.

—Y es insostenible vivir con él —añade Grayson—. ¿Puedo...?

—No —le interrumpe Jaxson enseguida—. Ya no sé qué más hacer. Ni siquiera escucha a Ele ya. Y la verdad, a estas alturas, ya ni merece que Ele intente ayudarle —defiende y me mira—. No lo hace.

—Está mal —le recuerdo—. Y...

Me detengo cuando escucho el ruido. No es el del avión, el de la cafetera que está preparando otro café, o el de mi hija feliz de poder estar con su padre. Es el de un coche que hace mucho

ruido. Creo que, incluso Madison y yo con una mesa de por medio, intentamos inclinarnos hacia las ventanillas todo lo que podemos.

Veo el color azul cielo intenso enseguida. Brilla muchísimo. El coche corre, hace ruido y es muy bajito. Tiene una forma de coche deportivo, casi de coche de carreras. La mitad delantera es en color azul, la segunda parte negra.

— ¿Desde cuándo tiene un *Bugatti Chiron*? —pregunta Brayden.

—Desde hace tres meses —responde Jaxson.

Es el único que no está pendiente de la ventana.

— ¿Qué? —pregunta Madison con confusión.

—El coche es horrible —nota Grayson.

— ¿Cómo sabes tú eso? —pregunta Brayden a Jaxson—. Ni siquiera vives en casa ya. Y no es un coche que pueda esconder fácilmente.

—No estaba en casa —le explica Jaxson—. Se lo regalaron los Triscari.

— ¿Quiénes? —pregunta Grayson con confusión.

—Familia Capuzzo —le explica Violet sorprendiéndome—. Una buena familia Capuzzo, como se puede comprobar.

— ¿Cómo sabes tú eso? —repite Brayden para Jaxson.

—Se lo regalaron cuando estuvo en Chicago. Ha hecho que lo trajesen y le llegó ayer —explica Jaxson.

—Algo me dice que no es otro regalo de cumpleaños para mí —dice Brayden.

—No, quiere tocarme los cojones —responde Jaxson y se levanta del sillón.

—Jax —le detengo.

—*Ve con la mamma* —le dice a Alice.

Ella naturalmente es ajena al mal rollo que está formándose, y viene feliz a mis brazos. Realmente me gusta tenerla conmigo, pero tengo miedo de su padre, en concreto, de lo que pueda hacer.

—Zucca, cálmate —le pide Tyler—. Será peor y vamos a estar encerrados aquí durante horas.

Tengo más miedo cuando veo a Easton, por cómo veo a Easton. ¿Se ha duchado si quiera? Porque su cabello es una locura. El chándal no lo critico porque yo voy igual, pero es como si las piezas no encajasen.

—Hola —saluda secamente.

—Hola, East —le saluda Violet enseguida—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Tan tarde llego?

Tiro de la manga del jersey de Jaxson porque iba a replicarle. Easton ve el gesto, y cuando resopla hace que sea todo peor.

— ¿Libre? —pregunta señalando el asiento individual junto a uno de los sofás.

Es evidente que quiere poner distancia. Nosotros estamos todos agrupados en la mesa, hay sitio de sobras para que se una, pero prefiere estar solo. Duele mucho.

—Hola, Easton —le saluda Noah.

— ¿Qué tal? —le corresponde su hermano y deja una mochila negra encima del asiento—. ¿Qué haces?

—Jugando al parchís con Tyler. ¿Quieres?

—Tengo trabajo —le explica Easton—. Jugamos más tarde tú y yo.

— ¿Trabajo? —repite Jaxson.

—Sí, estamos en guerra —le responde Easton.

—Vamos a ver una peli juntos —le explica Violet—. ¿Te unes?

— ¿Desde cuándo vemos una peli? —responde él—. Si vamos a estar la mitad del viaje discutiendo para ver qué ponemos, y no vamos a ver ni la una cuarta parte.

Se sienta entonces en el asiento, y abre su mochila en su regazo para sacar un iPad.

— ¿Qué? —añade cuando nota que seguimos observándole.

— ¿Nuevo coche? —le pregunta Jaxson.

—Sí, ya lo sabes —le responde Easton—. Me tienes vigilado todo el día.

—Bueno, si nos ignoras a todos y ni siquiera te disculpas por llegar tarde o haces el esfuerzo de estar con tu familia cuando se te invita a unirte a nosotros, tengo que saber qué haces con tu vida de alguna manera, ¿no? —le corresponde Jaxson en un tono demasiado calmado.

—Zucca, avisa de que nos vamos —le pide Tyler.

—Tu contacto en Nueva York puede darte toda la información sobre mi vida —le responde Easton—. Sí, le he encontrado. Hablas en ruso para que no te entendamos, se protege lo suyo, pero todavía soy más bueno.

—Voy yo a dar el aviso —susurra Brayden avanzando por el pasillo—. Cálmate —le ordena a Easton cuando pasa por su lado.

—Pero si es él que tiene a ese con quien habla ruso controlándome a cada paso que doy —replica Easton y saca unos auriculares de su mochila también.

— ¿Café? —pregunta Violet.

—Por favor —le responde Madison enseguida, aunque tiene ella todavía—. Zucca, siéntate —añade para Jaxson.

Se intercambian los sitios, e intento tranquilizar a Jaxson con mi mirada cuando me corresponde. No lo consigo, así que Alice regresa con su padre.

—*Espera, mi amor* —le pide a ella segundos más tarde—. *No, no es para ti* —le explica cuando Alice quiere quitarle el móvil.

Y Jaxson responde en ruso.

Veo el sutil gesto de Tyler con su hermana porque sabe que Violet también entiende este idioma y quiere un traductor. Violet está escuchando con el ceño fruncido, muy concentrada. Abro mis brazos de nuevo cuando Alice regresa conmigo, aunque no quiere en absoluto.

—AAAAA —grita descontenta.

—Espera que papà tiene que hablar por teléfono —le explico.

Jaxson cruza el pasillo y se aleja.

—No me mires así, Grayson —replica Easton entonces—. No he hecho nada. He ido de casa, a hacer un encargo, y de allí al aeropuerto como os he dicho. El encargo era que tenía que recoger el coche. Su contacto puede comprobar lo que quiera.

—Bray —llama Jaxson cuando él sale de la cabina del avión.

Y los dos se van hacia las escaleras. Brayden es el primero en regresar, y parece contento.

—Tenemos a los sicarios que detonaron la casa —nos explica.

Eso es algo bueno. Al final, ya he aprendido a aceptar que es algo bueno. Es gente que mató a ese hombre que estaba en su casa. Es gente que recibió dinero para hacerlo. Es gente que tuvo ese encargo de parte de la Orden de los Patricelli. Por lo que es gente que puede decirnos algo.

Easton lanza su mochila al suelo y el iPad encima de ella.

— ¿Qué cojones te pasa ya? —le pregunta Brayden y Easton se levanta del asiento—. ¿Otra vez? —le pregunta.

Descubro que mi asiento es rotatorio cuando sigo el movimiento de Easton hacia al fondo del avión, previsiblemente al baño.

—Está mal de verdad —defiende Grayson—. En serio, hay que hacer algo. Puede estar triste,

puede estar con rabia, puede tener un año de mierda —añade—. Lo siento, mi amor, no me escuches —se disculpa rápidamente con Alice—. Pero esto es más. Yo tengo motivos de sobras para estar así, y no estoy así.

—Es por el contacto de Zucca —le dice Violet.

—¿Qué pasa? —pregunto yo.

—Que se pone así cada vez que esa persona encuentra algo —explica Madison—. Es como si estuviese compitiendo con él, o con ella.

—Zucca no ayuda nada con ese secretismo —dice Tyler mirándome—. Si nos dijese algo más...

—Creo que el trato es que le ayudan si no dice nada de su identidad —explico—. No la sé ni yo —añado enseguida.

—Regreso enseguida —se despide Brayden para irse de nuevo con Jaxson.

—AAAA —grita Alice señalándole.

—El zio Bray ahora vuelve —le explico.

—AAAAA —insiste.

Cuando ve que no hacemos lo que quiere, empieza a moverse para ir al suelo. Bueno, vamos a cansarla un poco entonces. Yo voy a tener la gran suerte de dormir como una marmota porque mi pastilla empezará a tener su efecto en un rato, pero el resto pueden tener un viaje entretenido con ella.

Este avión es muy moderno, nuevo y todo lo que quieras, pero no está preparado para la seguridad de mi hija. Así que voy detrás de ella, anticipándome en todo momento porque veo peligros que ella naturalmente no. La azafata que está preparando café le dice cosas, mi hija se hace la simpática como siempre, y si fuese por ella se metería en la cabina de los pilotos también. Cuando le obligo a darnos la vuelta, Easton ya ha regresado a su asiento. Lo ha girado, por lo que da la espalda a la mesa, ha recuperado su iPad y tiene puestos enormes auriculares. Cuando le miro, me doy cuenta de que está fijándose en Alice. Eso sí, en cuanto nota mi mirada, cierra sus ojos y no los abre cuando pasamos por su lado.

—¿Estás bien? —me susurra Grayson cuando me siento a su lado.

—La medicación empieza a hacer efecto —le explico y me es imposible evitar un bostezo.

—Ven aquí —le dice Madison a mi hija.

Alice se va feliz con su tía, especialmente cuando ella le entretiene con la comida de madera.

—¿Qué lees? —le pregunto a Grayson y me apoyo en su hombro.

—*To the Lighthouse* —me responde enseñándome su libro—. De Virginia Woolf.

El viaje a Boston sé que es incómodo, y lo sé incluso yo que me lo paso mayormente dormitando o directamente durmiendo. Es evidente que Easton intenta poner distancia con todos nosotros, algo difícil de hacer en un avión, así que en cuanto aterrizamos en Massachusetts no quiere compartir un coche. Prefiere ir con el coche de seguridad que nos espera. Eso hace que Jaxson ya esté cabreado y, consecuentemente, cuando nos acercamos a la casa donde ahora viven temporalmente Dona, Alessandro y Lea, no deja de resoplar.

—Ya tendrías que estar acostumbrado, Zucca —defiende Grayson a su lado—. Vives en un barrio residencial ahora, no muy diferente a este.

La verdad es que Grayson tiene toda la razón. De hecho, la única gran diferencia, es que cuando me bajo del coche frente a una casa enorme de un gris azulado puedo hacer una cosa que en Oregon no: huelo el mar.

A Jaxson la valla de la entrada le parece demasiado baja, el jardín demasiado pequeño, y las casas vecinas demasiado cerca. Yo apenas puedo fijarme en la bonita casa, y este tono gris

azulado es precioso, porque frente a uno de los dos garajes hay un coche rojo precioso.

—Un *Bronco* del 69 —dice Brayden y acaricia el capó rojo del coche—. ¿Convertible? —añade mirando la parte superior color hueso.

—Sí —le responde la zia todavía abrazando a Tyler con un brazo—. Tu nonno siempre quiso uno.

Entonces, aunque sin alejarse de su sobrino, es evidente que empieza a buscar a alguien. Sé a quién, porque sigue hablando cuando se da cuenta de que Jaxson ha entrado en la casa ya, con Alice y Mephisto. Sé que necesita tener a su abuela para él, aunque sea por unos minutos.

—Estaba aquí cuando llegamos —explica Lea—. No conozco muy bien los detalles, pero este coche es importante para vuestros abuelos. Creo que Jaxson quiso conseguir que Alessandro pudiese acompañar de alguna manera a vuestra abuela.

—Sí, parece algo que haría un tío que me regala un avión por mi cumpleaños —le dice Brayden y nos reímos todos con la cara que pone Lea.

— ¿Entramos ya? —pregunta Grayson—. Aunque solo sea para que me enseñes esta hermosa casa —le dice a Lea.

Ciertamente es una casa hermosa, y no solo por el bonito aspecto y color que tiene por fuera. El recibidor es acogedor, y tiene un ancho pasillo. No hay puertas por ninguna parte. Es evidente que incluso Grayson entiende que estamos dejando unos minutos más a Jaxson y Dona, porque él estudia con todo detalle el salón con una mesa de billar mientras Brayden y Madison ya se retan mutuamente.

Seguimos avanzando por el pasillo central y entonces descubro que la parte trasera de la casa es la más bonita. Llegamos a un espacio abierto con una alfombra marrón y con un sofá beige y dos sillones de la misma tapicería de frente con una mesa de café en el medio. A la derecha hay un arco, y puedo ver algo de una cocina con mucho blanco, mucho azul y cristales. A la izquierda localizo finalmente a Dona y Alessandro gracias a los gritos de Alice. Y todo ello con vistas al océano, las de un porche y el contorno de la costa. Tengo el olor de la sal metido en mi nariz, veo el océano por fin después de un tiempo, y esta casa en estilo decorativo se parece muchísimo a la que me vio crecer. Pero la felicidad momentánea de una casa desconocida que me da calidez es eso, momentánea.

A la izquierda, como he dicho, localizo a Dona y Alessandro gracias a los gritos de Alice. Jaxson está con ellos, aunque ni idea de dónde está Mephisto. Los tres adultos se sientan en un conjunto de cuatro sillones del gris azulado de la fachada de la casa. Forman un círculo alrededor de una mesa de café circular también. Al fondo hay enormes ventanales con vistas al mar. En la otra pared una inmensa chimenea eléctrica que parece muy real. Me cuesta integrar los detalles de este nuevo sitio cuando veo a Alice con Dona. Alice se retuerce en su regazo, riéndose, y está un poco despeinada pero sigue siendo mi hija. A Dona me cuesta reconocerla. Antes estaba delegada, ahora casi puedo ver sus huesos. Su cabello también es diferente ahora. Me lo enseñó por video llamada, pero no es lo mismo. Está más rubio, tiene más volumen, su flequillo cubre parte de su frente y parece muy real, pero no es el suyo. Violet le dijo dónde podía conseguir una buena peluca.

Los cambios en Dona me impresionan, porque por teléfono no es lo mismo. Sin embargo, mi sangre se hiela cuando veo a Alessandro. Él también está más delgado, más cansado, y casi puedo sentir el dolor de Dona mirándole a él. El suyo también es devastador.

Lo intentamos, realmente lo hacemos, pero creo que es imposible que Dona no se dé cuenta de que verla así nos impacta a todos. Lo único bueno de esto es que Easton parece ser él de nuevo cuando abraza a su abuela. Jaxson también es el de siempre mirándoles. O Alessandro, cuando le

da un suave golpe en el hombro y le ordena con su cabeza que le siga. Sé que ha sido una orden, y Alessandro se lo lleva hacia el porche.

—Estás contenta, eh —le digo a mi hija cuando tengo mi turno.

Es la única que no se ha separado de Dona desde que la ha visto. Está de pie frente a ella, aunque abrazada a sus rodillas y agarrada a ellas, por lo que dudo que se separe de su nonna por el momento.

—Me envías fotos y vídeos cada día y aun así la veo tan cambiada —se queja Dona con tristeza.

—La que está cambiada es tu casa —le explico y beso suavemente su huesuda mejilla—. ¿Ya sabes la última que ha hecho tu nieto?

—No pensaba que aguantase tanto —confiesa divertida y me río—. Gracias —me susurra cuando beso su otra mejilla—. ¿Tenéis hambre ya?— pregunta para el resto—. Tendremos que preparar algo —añade para Lea.

—Tranquila que lo tengo todo organizado —le explica Lea.

—*Olvídate de cocinar, nonna* —le pide Tyler y se sienta en un sillón—. Qué comodidad —añade con alivio.

—*Estaréis cansados* —dice Dona—. *Ya hemos pensado cómo vamos a organizarnos para dormir* —añade—. *Cariño, espera, que tengo que levantarme.*

—*No te preocupes, ya nos dividimos* —le tranquiliza Violet.

—Os enseño vuestras habitaciones —propone Lea.

—Quiero verlas todas, por favor —pide Grayson—. Qué buen gusto tengo eligiendo casas —presume.

—Hay que admitir que gastas demasiado dinero, pero sabes cómo invertirlo —admite Tyler levantándose del sillón.

La casa es bonita, pero mientras ellos se van para explorarla, yo aprovecho mi ocasión de quedarme a solas con Dona, aunque ella y mi hija estén en su propio mundo.

— ¿Estás bien?—le pregunto a Dona.

Es una pregunta extraña para hacerle a ella, quizás por eso me mira sorprendida.

—No me dejan hacer nada —protesta—. Ni ducharme sola puedo ya.

—Has pasado toda tu vida cuidando de ellos —le recuerdo—. Creo que lo único bueno de todo esto es que tienen la oportunidad, una real, de agradecértelo —añado—. Es algo que me sorprendió mucho cuando les conocí, que casi se peleasen por ayudarse.

—Lo sé, sé que soy afortunada —susurra.

—Espera a regresar a casa y ver lo que ha hecho tu nieto, entonces te agobiarás de verdad —le explico—. A mí me saca de quicio.

— ¿Qué tal os va la vida de casados? —me pregunta con una sonrisa.

—Desde el minuto uno he tenido una vida así con Jaxson —le corrijo.

—Nunca habéis vivido solos como ahora —me recuerda—. Bueno, la tenéis a ella —susurra acariciando suavemente el cabello de Alice—. Y sé que tenéis nueva seguridad, pero no está el resto.

—Sigue siendo extraño —le explico—. Pero es muy agradable. Y quitando los momentos en que descubro que Jaxson ha hecho algo, nos peleamos porque no lo ha consultado contigo, y todo eso...bien —añado y se ríe un poco.

Alice reclama más atención de su nonna entonces, y ella le ayuda a subir para que mi hija pueda darle un abrazo en condiciones. Quizás no puede hablar, pero es evidente que ha echado de menos a Dona porque ahora mismo está muy feliz de verla.

—*Ven, voy a darte una cosita que te compré el otro día* —le explica a mi hija en tono cómplice.

No puedo regañar a Dona como hago con Grayson porque, además de que tampoco funcionaría, me sabe mal y es una abuela. Tiene un derecho no escrito a malcriar a su bisnieta. Pero es evidente que no puede incorporarse con Alice, o sin Alice. Al final, acepta mi mano y después mi hija acepta la de su abuela. No se alejan mucho. Entre este pequeño salón y el de los sofás beige, hay un mueble bajo en color blanco con muchos cajones. Alice está más interesada en los cajones que en nada, hasta que Dona le da una bolsa. Espero que no sea nada frágil porque mi hija arrastra la bolsa de regreso hacia el sillón y después está un largo rato entretenida con la pequeña caja de cartón. Tengo interés porque ni en la caja hay una pista de lo que puede ser. En contraste, el interés de mi hija se convierte en frustración hasta que Dona finalmente abre la caja por ella. Y entonces mi hija tiene un juguete de madera más a su colección. Es un faro, que se construye por piezas. Parece artesanal, por eso la caja no me daba pistas, y a mi hija le encanta. Me parece bonito porque está formado por círculos que se superponen en una torre, unos en color madera y los otros en rojo.

—Se parece un poco al tuyo, ¿no? —le pregunto a Dona.

—Algo —me confirma con una sonrisa.

—Sabes que voy a querer que me lo enseñes, ¿verdad?

—Estoy muy débil para un viaje de dos horas ida y vuelta, para caminar por la arena una media hora larga, y quizás cojo un resfriado porque allí siempre hace viento —me explica sorprendiéndome.

De verdad que no comprendo sus palabras.

—Es lo que me dicen —me explica.

—¿Quién?—le pregunto.

—Mi marido, por lo que tu marido le apoya, Lea, los médicos...la única que me llevaría sería Elda, pero realmente no debería coger un coche —añade y se ríe en la última parte.

—¿A cuánto dices que está de aquí? —le pregunto.

—Hora, hora y media de ida, y lo mismo de vuelta —me explica y miro mi reloj.

—No tienes que cocinar, ¿verdad? Porque yo tampoco —le pregunto y se ríe un poco—. Dame dos minutos.

—Buena suerte con los dos Zuccarelli —me susurra divertida mientras me alejo hacia los ventanales.

El patio trasero de esta casa es inmenso. Está a diferentes niveles incluso, con un montón de mobiliario de jardín. En serio, no creo que haya suficiente horas al día, semana o mes para aprovechar cada mesa, cada sofá, cada sitio perfecto para observar la preciosa bahía. Pero no veo a Jaxson y a Alessandro hasta que bajo las escaleras blancas. También veo a Mephisto, finalmente, porque está olfateando el contorno de la valla que divide nuestro jardín con el de los vecinos. Jaxson y Alessandro están sentados en dos sillas blancas, una al lado de la otra y con preciosas vistas del océano. Aunque ninguno de los dos mira el agua oscura y preciosa. Alessandro con su gorra, ambos con gafas de sol, de lado, charlando animadamente, y una vez más parecen auténticos clones con edades diferentes.

—*Hola, chica* —me saluda Alessandro.

Todavía no he tenido la oportunidad de corresponderle, así que cuando se levanta de la silla me acerco y le doy un rápido abrazo. De todas formas, él prefiere que choquemos con nuestros puños y casi me rompe mis nudillos como siempre.

—*Estábamos hablando de Easton* —me explica Alessandro—. *Hay que buscar ayuda*

externa. No puede tratarte como lo hace si quieres ayudarle.

—*De acuerdo* —acepto—. Oye, em, *Dona y yo nos vamos* —añado y ambos tienen la misma mirada de desaprobación—. *Cojo el coche rojo, ¿eh?* —añado para Alessandro.

—*¿A dónde?* —me pregunta él.

—*Al faro* —le responde Jaxson en un susurro—. Nena, no es buena idea. No está para hacer esto.

—*¿Y para qué vino aquí?* —le respondo.

—Por uno de los mejores tratamientos que hay en su tipo de cáncer —me responde.

—Ensayo —le corrijo—. Y considerando que tiene que encontrar fuerzas para incluso caminar, creo que sabes que aceptó venir aquí por el faro y nada más —le explico.

—Es un viaje largo para ella ahora —defiende—. No puedes llegar al faro con el coche, hace frío, y lo que menos le conviene es pillar algo.

—Llevamos media hora en casa y todo el mundo le ha recordado que ya no puede cocinarnos, que ya no puede enseñarnos la casa, que se cansa, que está más delgada... —enumero.

—*Me parece una buena idea.*

No es la primera vez que Alessandro Zuccarelli me sorprende con sus intervenciones. Pero admito que no me esperaba su apoyo ahora mismo.

—*¿Una buena idea?* —repite Jaxson con incredulidad—. *No, no lo es.*

—*Le llevaría yo si pudiese* —le explica Alessandro.

—*Tienes las peores ideas siempre, normalmente apoyas a mi mujer con todo, y te gusta llevarle la contraria a todo el mundo y especialmente a mí, pero esto me sorprende* —le corresponde Jaxson.

—*Lo necesita, Jaxson* —le explica Alessandro—. *Lo necesita de verdad.*

Jaxson le mira interrogándole con su mirada, yo la verdad es que lo hago muy preocupada. Y espero que, de la misma forma que yo voy a intentar ayudar a Dona, Jaxson lo haga con Alessandro.

Incluso cuando sé que este viaje es bueno para Dona, no soy tan inconsciente como para ir con la capota del coche bajada. Es un convertible y sería precioso sin el techo color hueso, pero Dona no puede enfermar más de lo que ya está. El coche hace un ruido increíble, se sacude como si fuese a romperse en un montón de piezas, pero tiene un encanto especial. Y me muero por saber por qué es importante para ellos. Pero no es el momento.

—*¿Vas bien?* —le pregunto a Dona.

Asiente con su cabeza, distraída con el paisaje. Y por eso no es un buen momento. La mayor parte del viaje se nota que Dona no quiere hablar. Quiere disfrutar de esto, mirar por su ventana, y la verdad es que yo disfruto mucho conduciendo este coche.

—Ale siempre quiso un coche rojo —me explica de repente.

—Se nota que es su color favorito —le digo divertida—. *¿Lo tuvo? El coche.*

—Sí —afirma—. Nos lo robaron la primera semana —añade riéndose y le acompaño—. Jamás le encontramos.

—La verdad es que es un coche precioso —noto.

—Sí —afirma—. Después ya todo se complicó y... —añade en unos minutos—. Este no es nuevo tampoco.

—Parece estar muy bien conservado, pero se nota que no es el último modelo de *Ford* —noto divertida.

—No, me refiero a que Jaxson no lo ha comprado ahora —me explica—. Lo compró hace años. Cada vez que me hablaba de él me sentía miserable por no contarle la verdad.

Jaxson lo compró cuando Alessandro ya no podía conducir.

—Ahora me arrepiento de no habérselo contado todo antes —susurra—. Vittoria Milazzo está otra vez desaparecida, y está en peligro si alguien la encuentra, y es un peligro si ella nos encuentra a nosotros.

—No es tu culpa —le digo—. La vuestra —específico.

—Les hubiese visto juntos con este coche —me dice con la voz rota—. Quise con todas mis fuerzas tener nietos, pero Jenna...Jenna fue de Ale desde el minuto uno. Y Jaxson también. Ale tiene esa cosa con los niños.

—Dona, ya sabemos por qué lo hicisteis, y ya nadie os guarda rencor para nada. Lo habéis dado todo por ellos.

—No quiero irme —confiesa con dolor—. No quiero perderme sus vidas —añade—. Sé que los abuelos no podemos quedarnos para siempre, pero un poco más, ahora que Alessandro está con...

No puede seguir porque se le saltan las lágrimas, y yo tengo que respirar con calma y recordarme a mí misma que debo concentrarme porque estoy conduciendo.

—No está funcionando, eh —susurro.

—De momento, no —me explica—. Y a veces me pregunto qué hago aquí. Cada vez estoy peor, y ni siquiera puedo estar con vosotros. Estoy perdiendo tiempo que no puedo perder.

—Te avisaron de que el primer mes era duro, porque la medicación que están dándote es muy fuerte —le explico—. Pero puedes curarte.

—A veces creo que Dios me está castigando por todo lo que he hecho —me susurra—. Estoy enfadada con él también. Elda me acompañaría a misa y no quiero ni verla por la tele.

—Es raro ir a la catedral sin ti —le explico—. Muy raro.

Noto su suave caricia en mi pierna, y después está callada por unos minutos. De hecho, está callada por el resto del viaje. Una parte de mí lo agradece, porque conducir estaba empezando a ser complicado, pero me duele verla así, tan triste. Dona normalmente no tiene problema alguno para hablar, para llenar silencios incómodos, para hacer que todo parezca mejor, aunque no lo sea. Pero esta maldita enfermedad está llevándose incluso eso.

Casi dos horas después, llegamos todo lo cerca que puedo aparcar del faro de Sugarcane. Allí está, el famoso faro que es tan importante para Dona. Está lejos todavía, pero parece enorme. Solo veo su cúpula roja, con parte de la base blanca, y desde aquí ya sé que Dona lo dibuja y lo pinta casi como si fuese una fotografía. El faro me parece familiar y jamás he estado aquí.

—Te he traído hasta aquí, no protestes —le aviso cuando pongo la silla de ruedas delante de ella.

—Va a ser complicado llevarme por la arena —me dice divertida.

Le ayudo a sentarse y entonces la empujo. No estamos en un sitio muy concurrido, pero sí hay algunas personas. Entre ellas, Riccardo y Enrico, porque necesitamos dos personas muy discretas en este momento, y ellos dos son los mejores candidatos. Elise, por una vez, está en Oregon y espero que esté descansando como sí sé que lo hará Cruz.

Acercarse al faro no es nada fácil. Lo peor es la arena, porque una silla de ruedas con arena de playa es una combinación horrible.

—Puedo caminar —defiende Dona—. Vas a hacerte más daño tú que yo —añade riéndose un poco.

—Puedo hacerlo —le aseguro.

No puedo prometérselo porque esto es complicado. Hasta que tengo una idea. Me quito mi cinturón para tirar de la silla. Dona me hace reír, y pierdo fuerzas, así que es una idea bastante

desastrosa.

—Podríamos pedirle ayuda a Riccardo y Enrico —me propone—. Algo me dice que se divierten con el espectáculo que estamos haciendo.

—No sería lo mismo —digo con esfuerzos.

No conozco tanto a estos dos hombres, pero sí que han hecho auténticas locuras para cuidar de Alessandro y Dona. Si no están ofreciendo su ayuda ya es que, como yo, creen que esta distracción es justo lo que necesita Dona. No esperaba cansarme tanto, pero oye, reírnos nos reímos un rato. Y finalmente, llegamos al faro de Sugarcane.

Gracias al cuadro que me regaló Dona, y a los otros que ido encontrando en la casa a lo largo de estas semanas, es como si no fuese mi primera vez viendo este impresionante faro. Es enorme, muy alto. La base en su día original era blanca, pero ahora está un poco descolorida. El rojo anaranjado de la cúpula no sé cómo era entonces, pero hoy sigue siendo un color muy fuerte. Lo que más me gusta es la puerta del mismo color, y que Dona también pinta en sus cuadros. Oh, y el banco que hay junto a él, con impresionantes vistas del acantilado que tenemos debajo y de las olas que se rompen contra las rocas.

No sé cuánto tiempo estamos sentadas en este banco, sin decirnos nada, escuchando el ruido del océano, el de las gaviotas, y ambas protegidas con la gruesa manta que hemos traído para Dona, pero que yo al final también uso con ella.

—Jaxson ha comprado el faro.

Le miro enseguida que me dice esto, y cuando me corresponde se ríe un poco.

—Bueno, no debería sorprenderme tanto —susurro y se ríe un poco más.

—No es suyo formalmente —me explica—. Ha hecho como hizo con la catedral —añade—. El faro es del gobierno local, pero como puedes apreciar necesita mucho dinero para restaurarlo un poco —añade—. La generosa donación viene con algunas condiciones.

—Me parece otra excentricidad de las tuyas —le correspondo—. Pero si me lo hubiese contado, seguramente le hubiese apoyado para hacerlo.

—Cuídamelo, ¿vale? —me pide—. Y al resto —añade con lágrimas en sus ojos ya.

—Dona...

—Sabes por qué acepté venir para este tratamiento —me explica—. Ya no sirve de nada que confíe en mis médicos, en la ciencia, que le rece a Dios o que ore por un milagro —añade—. Sé que me voy y necesitaba decirle adiós a este sitio.

—No digas eso —le pido con dificultades.

—Hace unos años tenía mucho miedo —me explica—. Te juro que ahora mismo estoy tranquila, de verdad —añade—. Con nuestra vida, siempre pensaba que algún día podía ocurrir algo y me daba pánico irme —añade—. Pero ahora estoy tranquila.

—Por enésima vez, no me gusta ser vuestra heredera —susurro.

—Lo eres desde el día que mi nieto me habló de ti, y vi lo feliz que era —me confiesa.

—Dona —protesto con lágrimas en mis ojos.

—Sé que tienes un fuerte trauma por no haber podido despedirte de tu familia —me explica y noto su mano agarrándose a la mía—. Me da mucha rabia perderme lo que me voy a perder, pero te lo prometo, no hay nada en el mundo como poder decir adiós y sentirte en paz. Estoy así ahora. Venir aquí era lo último que me faltaba.

—No me gusta alegrarme por esto —me quejo.

Después me acerco más a ella, aunque es ella quien se apoya en mí. Me gusta poder hacer eso por ella, pero que ahora sea así, cuando para mí siempre ha sido un referente y una enorme ayuda en mi vida, duele.

— ¿Quieres saber qué hacía Alessandro para que dejase de llorar cuando veníamos aquí? — me pregunta.

—No —le respondo y se ríe un poco por mi enfado—. Sí —confieso porque amo sus historias.

—Me cantaba una canción de mis favoritoas —me explica.

Se ríe un poco más cuando me resisto a la necesidad de preguntarle qué canción.

—*Can't Take My Eyes Off You* —añade—. Y, con todos mis respetos por la gente que lo ha versionado, nadie la ha cantado como Frankie Valli.

—Fue la canción de bodas de mis padres —susurro.

— ¿De verdad? —me pregunta y entonces me da un achuchón más fuerte con sus brazos todavía abrazándome—. ¿Ves por qué tenías que estar en nuestras vidas?

Esto me hace reír de verdad, y le devuelvo el achuchón. Después me alejo un poco porque necesito quitarme la manta de encima. No puedo usar mi móvil si no lo hago. Pongo la canción, y después abrazo fuerte a mi abuela.

—No quiero que te vayas —susurro—. Pero bailaré por ti con él, te lo prometo. Con los dos.

—Gracias.

Y en un sitio especial, escucho una canción especial, con una persona más especial todavía.

CAPÍTULO 26

El domingo 23 de abril es un día importante para nuestra familia: es el cumpleaños de Brayden. Eso a mi hija no le importa en absoluto porque nos ha despertado antes del amanecer, casi. Jaxson se la ha llevado para que yo pudiese dormir un rato más, pero no lo he conseguido y por eso bajo las escaleras de esta casa de Massachusetts con cuidado para no hacer ruido.

La casa está en silencio, pero cuando llego abajo escucho algo de ruido en la cocina. Me detengo cuando no quiero acercarme mucho más para no interrumpir el momento. Violet y Dona también se han levantado pronto, y además parece que llevan un buen rato aquí. Hay algo en lo que abuela y nieta se parecen mucho: ambas ya tienen maquillaje, joyas y zapatos a estas horas de la mañana. Y están preparando algo muy especial, y que huele muy bien.

—Eso es —felicit a Dona sentada en una silla alta de la encimera de la cocina—. *Mézclalo con cuidado.*

—*El niño solo quiere una tarta de chocolate, pero es complicada, eh* —protesta Violet y Dona ya tiene una débil sonrisa.

—*Lo estás haciendo bien.*

—*¿Me ayudas a romper más tabletas?* —le pide Violet.

A Dona le gusta esto. Este año es evidente que ya no tiene fuerzas para hornearle una tarta de cumpleaños a Brayden ella sola como ha hecho tantas veces. Enseñarle su receta a Violet sé que es especial para ella, pero que mi hermana le pida ayuda y le involucre en todo el proceso le hace feliz.

No quiero interrumpir el momento en la cocina, por lo que intento buscar a mi hija sin tener que pasar por allí. Es difícil porque es un espacio muy abierto y el eje central de la casa. Jaxson y Alice no están en ningún salón de esta planta baja, así que solo me queda algo: que estén fuera.

A pesar de ser mediados de abril, la temperatura aquí, en Massachusetts y en una casa que está frente al océano es realmente baja. Lo que da más sensación de frío es el aire. Hay dos a los que no les importa en absoluto el aire fresco de la mañana. Alice corretea por el césped, como si esto de caminar llevase meses haciéndolo, y Noah se divierte más cuidando de ella. Tienen que estar aquí desde hace un buen rato porque Mephisto ya se ha sentado y les observa sin intención alguna de moverse. Jaxson y Alessandro también parecen muy bien acomodados en la mesa redonda, con tazas frente a ellos que sé que contienen café. Me apoyo en la barandilla para observarles, también sin querer interrumpirles, porque hoy empieza un día familiar y se agradece.

La visita a Massachusetts tenía dos objetivos: estar con Dona y celebrar el cumpleaños de Brayden. Pero ya hemos hecho más. Después de dividirnos por las cuatro ciudades, decidimos que lo siguiente para frenar esta guerra sería visitarlas una por una. Ahora que ya estamos en guerra, es especialmente importante que lo hagamos. Y debemos hacerlo en el orden que no provoque más problemas. Después de los meses en Nueva York, de nuestra visita obligada a Los Angeles por los Patricelli, lo suyo hubiese sido regresar a Nueva York para estar con los Luzio. Pero técnicamente ya estuvimos allí, así que la siguiente ciudad es Boston por los Occhionero. Esta vez yo también he ido de visita oficial como señora Zuccarelli, y he acompañado a Violet cuando la empresa lo necesitaba. No sé qué me pone más nerviosa, la verdad.

—*Así que no quieres quedarte con nosotros* —dice entonces Alessandro y se lo dice a su nieto.

—No —responde Noah—. *Estoy bien con Zucca y Ele, y tengo que cuidar de Alice.*

—*Lo haces bien* —le felicita Alessandro y Noah se siente orgulloso por ello—. *Me alegro de que te quedases con ellos.*

—*Zucca juega a trenes conmigo* —le explica Noah—. *Y también nos ponemos tus películas con caballos.*

—*Muy educativo* —dice Jaxson con el sarcasmo que Noah no puede apreciar, pero sí Alessandro.

—*Y Ele es muy divertida* —añade Noah.

—*Algo me dice que Eleanor te malcría demasiado* —dice Alessandro.

—No —rechaza Noah pero incluso él se ríe porque sabe que es verdad—. *Pero no cocina tan bien como la nonna.*

Me cuesta no reírme de esto para que no me pillen.

—La familia perfecta.

Esto no me divierte en absoluto. Escucho el rencor, la rabia, y reconozco la voz. Me aferro bien a la barandilla del porche para mirar hacia abajo, y entonces descubro que Easton está debajo, sentado en una silla y observando lo mismo que yo. Y me ve en este momento.

—Y tú espiando conversaciones —añade mirándome.

—Hola —le saludo—. ¿No puedes dormir tampoco?

—Prefiero mirar a la familia feliz.

Me alejo de la barandilla enseguida, además de que me mareo un poco. Pero cuando bajo las escaleras, Easton ya está huyendo. Se ha levantado de su silla y camina hacia la parte delantera de la casa. Finalmente Jaxson me ve, y le pido con mi mano que se detenga. Sé que no le gusta hacerme caso.

—Easton —le llamo siguiéndole.

—Déjame, Eleanor.

—No —rechazo apresurándome—. Easton, tenemos que hablar.

—Enserio, Eleanor, déjame —me pide y me mira—. No quiero pelearme contigo, no quiero que tu marido me dé otra hostia, simplemente vamos a sobrevivir a esta mierda como podamos.

—¿Esta mierda?— repito—. ¿Te refieres al cumpleaños de Brayden?

—Tú más que nadie podrías que entender que no me apetece una mierda estar aquí. ¿O te has olvidado de qué día es mañana?

—No.

—Ya —se burla.

—No, Easton, no me he olvidado. Aunque actúes como si fueses el único que echa de menos a Vanessa, no me he olvidado de ella y sé que mañana hace un año que murió.

—Que la mataron —me recuerda—. Por ser tu guardia. Y no te acuerdas de ella. Has seguido con tu vida. Ahora tienes a un motorista como tu nueva sombra —añade y se ríe—. Un jodido motorista con nosotros. Pero oye, después soy yo el que provoca a la gente y nos pone en problemas.

—Easton, me acuerdo de ella —le explico—. Y me acuerdo del dolor, de la rabia, y de la impotencia. Me acuerdo de no querer celebrar nada —añado—. Y me ha costado años querer celebrar algo, intentar vivir mi vida de nuevo.

—¿Pero qué dices? Tienes a tu marido, a tu hija, al perro, ahora tienes a Noah también, la casita... —enumera—. Pero si sé que Zucca ha ido a jugar al tenis con el padre del amigo de Noah —añade—. Zucca, en un club de tenis lleno de gente que besa el suelo por él —insiste.

—¿Por qué no puedes valorar el esfuerzo que hace por tu hermano?

—Oh, sí, es el mejor. Es el mejor del mundo y puede hacer lo que le da la gana y aún así siempre lo hace bien, siempre hace lo correcto.

— ¿Te estás escuchando, Easton? Estás hablando de Jaxson. Es evidente que estás en un mal momento de tu vida, que tienes mucho, que no debimos dejarte solo en Chicago...

— ¿Solo? Pero si me vigilaba todo el día. No confía en mí, los Capuzzo son su familia. Él es el rey de todo.

—Easton, estás hablando de Jaxson —insisto—. Y queremos ayudarte. Estás echándonos a todos, injustamente además, pero lo entendemos. Estás en un sitio difícil y lo entendemos.

— ¿Entiendes el qué, Eleanor?

—Perdí a mis padres y a mi hermana en menos de cuarenta y ocho horas —le recuerdo—. Sé que estás mal, pero no eres el único que sabe qué es perder a alguien. Aquí, en esta casa, todos más o menos hemos perdido a alguien importante. Y todos entendemos que ahora estás viviendo algo difícil, por eso queremos ayudar.

— ¿Pero que no entiendes que quiero hacerlo solo? —me pregunta—. Quiero que me dejéis en paz. No quiero tus charlas, no quiero la vigilancia de tu marido, no quiero a Tyler diciéndome que tengo que dormir más, quiero que me dejéis en paz.

—No vamos a hacer esto. Estamos preocupados.

—Preocúpate por alguien más.

—No quieres nuestra ayuda, eso está claro. ¿Por qué no pides ayuda a alguien más?

— ¿Por qué no dejas que yo tome esa decisión? —me pregunta—. Ah, no, espera, que tú y tu marido sois los peores metomentodos que conozco.

—*Easton, es suficiente.*

Sé quién interrumpe la conversación. Me sorprende que sea Alessandro, porque no es Jaxson, pero al mismo tiempo tampoco me sorprende tanto.

—Por supuesto —susurra Easton con rabia.

Esta vez, cuando se aleja, no le sigo. Le miro preocupada hasta que desaparece de mi vista. Soy incapaz de moverme, por eso escucho cómo Alessandro sí lo hace y se acerca a mi lado.

—*Tu marido está tan cabreado que le he dejado con los críos porque sino hubiésemos empezado el cumpleaños de Brayden a hostias, y es algo que ni él ni Donatella merecen* —me explica Alessandro—. *Es evidente que Easton está muy agobiado porque tu marido le vigila más que nunca.*

—*Es como que lo empeora* —susurro—. *Pero no puedo decirle que se detenga, porque Easton apenas habla con nadie y tengo miedo.*

—*Esta rabia no es normal* —me explica—. *Ha adelgazado, su piel no se ve bien, está histérico porque pasa una mosca, y si no le conociese en absoluto y alguien me dice que él hace esas cartitas de la Orden de los Patricelli me lo creería.*

—*Nos ocurre a muchos* —susurro—. *Pasa algo en tu vida, generalmente malo, y no eres capaz de procesarlo en ese momento. Primero sigues adelante, quieres ser fuerte, y cuando crees que lo has superado...caes y es peor. Easton ha tenido un año complicado.*

—*Todos hemos tenido un año complicado* —defiende—. *La mujer de mi vida es porbable que ni siquiera viva para verano. No me educaron para que hablase de mis sentimientos, pero ni siquiera ahora echaría a mi familia como él lo hace. El chico dice que contigo es especialmente cruel.*

—*Porque sigo insistiendo* —susurro—. *No me conformo con un “Se le pasará” o “Algún día apreciará lo que tiene”. Si algo sabemos es que no podemos garantizar que lo que tenemos hoy también lo tendremos mañana. Es quizás el último cumpleaños que celebraremos con Dona, y*

mira cómo está. Ni siquiera se da cuenta de que Alice anda, o todos los avances que hace.

—Has perdido peso desde la última vez que te vi —me explica—. El chico dice que duermes mal, que trabajas con la empresa hasta el desgaste físico...

—Por una vez que hago algo útil.

—Sí, esos pensamientos también —me regaña—. ¿Sabes qué es lo que me ha enseñado la mierda de cáncer? —me pregunta—. Que no puedo salvar a Donatella. Y créeme, el esfuerzo que está haciendo este fin de semana es algo sobrehumano. Pero lo intenta. Está luchando. ¿Easton? Él solo está cabreado. Antes de que te destruya a ti también, o al resto, busca otro tipo de ayuda.

—No puedo obligarle a nada —susurro.

—Chica, tu marido sí puede. El único motivo por el cual no lo ha hecho es porque deja que hagas esto a tu manera para no hacerte más daño a ti —me explica—. Quieres ayudarlo por las buenas, pero está claro que no quiere y que además os hace daño a todos. Habrá que pensar en algo más.

—¿Tiene que ser hoy? —le pregunto mirándole finalmente.

—No —rechaza—. Vamos —me anima.

—Gracias —le agradezco—. Y por impedir que Jaxson viniese.

—Sabes que he disfrutado con ello —defiende y me río mientras nos acercamos a la casa de nuevo.

Sé que habrá disfrutado demasiado, pero, por una vez, Jaxson no parece molesto. Al contrario, parece agradecido cuando regresa junto a su abuelo. También lo está porque él empieza a jugar con Noah y Alice, corriendo como un niño más.

—Me estoy cansando de esto, Ele —me explica—. Puedo entender que no quiera nuestra ayuda, pero no voy a dejar que siga haciendo esto cada vez que intentas ayudarlo.

—¿Qué nos queda? —le pregunto—. ¿Le obligo a ir a terapia? ¿Le llevamos a dónde? —añado—. Ya tienes pensado algo —susurro.

—No va a gustarte —me explica.

—¿Por qué? —pregunto con miedo.

—Porque él no va a salirse con la suya, y esto se pondrá feo.

—Sinceramente, ya no sé qué más hacer —admito en derrota—. Así que ayúdale como puedas.

Me acompaña hacia su cuerpo y me abrazo a él mientras miro a Alessandro disfrutando mucho con sus nietos, y ellos con él. Alice grita demasiado, y va a despertar a toda la casa, pero es imposible no sonreír viendo a mi hija ser tan feliz con su bisabuelo. Hay algo que podría mejorarlo, y es que Grayson se acerque para jugar con ellos. Pero veo qué sostiene en su mano: un sobre.

—Bray todavía no lo sabe —nos explica—. ¿Estás bien, E?

—Sí, gracias —le susurro.

Agradezco la distracción de mi discusión con Easton, pero me hubiese conformado con otra cosa para ello.

—No va a gustarte —me explica.

California

23 de abril de 2017

Muy honorable señor mío:

Desearle el día del cumpleaños de su leal súbdito el señor Occhionero toda suerte de

bendiciones, motivo de mi carta, para que disfruten de tan placentero día en el lejano estado de Massachusetts. Guardo un dulce recuerdo de la relación de respeto y admiración mutua de dos familias alejadas por las tierras del hombre y por voluntad de Dios.

Reciba Ud. este cordial saludo de mi familia con la más sincera voluntad de desearle un próspero nuevo año bendecido con salud, éxitos y el beneplácito del Señor.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

CAPÍTULO 27

La luz de la vela quema mientras escucho la lluvia. Voy a tener que cambiar la posición de esta mesa, porque me distraigo observando cómo la lluvia cae en el lago. 25 de abril y llueve torrencialmente en Oregon. Qué extraño. La verdad es que la vela se agradece, porque tengo las luces encendidas y aún así las diez de la mañana parecen las cinco de la tarde. Pero la vela, igual que la lluvia en el lago, me distrae. Me hace pensar en Dona, porque nos detuvimos en esta tienda de recuerdos y compramos dos velas como esta. Nos parecieron originales, en forma de faro blanco y negro con la propia vela formando la cúpula. Ahora me ponen un poco triste. Regresamos ayer a casa y ya quiero irme de nuevo a Massachusetts. El montón de carpetas que tengo en la mesa, la sexta carta que hemos recibido de la Orden de los Patricelli, Easton, o lo que sea, no parecen ni siquiera importantes si pienso en Dona. Así que se lo pido a la vela, se lo pido al cuadro del faro que Jaxson colgó en la pared, a Dios, a mis padres porque confío que me protegen: Dona tiene que quedarse con nosotros.

—Señora Zuccarelli.

Me asusto un poco, la verdad, y me doy la vuelta con la misma silla.

—Lamento la interrupción, señora —añade Elise.

—Hola —le saludo y hoy además todavía no le había visto—. ¿Qué ocurre?

—La señora D'Arcangelo está aquí, señora —me explica.

—Por favor, invítala a venir —le pido—. Gracias, Elise.

—Señora.

Ni siquiera tengo energías para pelearme con Elise. De hecho, la visita de Benedetta me alegra muchísimo en este momento. Me sorprende cuando Elise le acompaña hasta aquí, no por Elise, sino por Benedetta. Creo que es imposible ver a Benedetta en un estado que no sea de elegancia pura. Pero sí sé reconocer que puede ir impecable, y aun así verse mal. Le entrega a Elise sus guantes blancos y el largo abrigo azul marino. Veo el lazo del mismo color en la cima de su cabeza, porque viste un conjunto que parece de dos piezas del mismo color. El azul marino ya me parece uno de los colores más elegantes que existen, a ella le queda espectacular, pero además el corte clásico de las prendas, los detalles en dorado en el cuello, o que ella sepa caminar como una auténtica modelo hacen que realmente se ve impecable. Y aún así, se ve triste.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto levantándome de la mesa.

—Perdona por venir sin avisar. Quería saludarte después de vuestro regreso.

—Benedetta —insisto.

Entonces lo noto. Beatrice y Adelaide están en el colegio, estamos a martes. Pero ni Francesca ni Massimiliano acompañan a sus hermanas mayores. Y Benedetta ha venido sola. Le abrazo enseguida no solo para saludarla, sino porque ahora ya sé por qué se ve triste.

—Mi terapeuta está intentando que le haga caso y me separe un poco más de los niños —me explica en un hilo de voz.

Toca nerviosamente el cuello de su vestido, peina su cabello y se asegura que su lazo esté en su sitio. Sí, está realmente angustiada por la separación.

—Eso está bien —le explico—. Echarles de menos también —le recuerdo—. Mi hija no me ha dejado dormir desde las cinco, ahora por fin estoy sola, y la echo de menos y eso que está abajo en el gimnasio con su padre —añado y sonrío un poco—. La maternidad tiene estas cosas.

—Massimiliano ha llorado —me explica—. No llora nunca.

—Eres una afortunada en eso y lo sabes —le recuerdo y sonrío un poco antes de asentir con su cabeza—. ¿Quieres sentarte? —le invito y señalo el diván verde oscuro junto al ventanal—. Es lo más cómodo que vas a probar jamás.

Va a necesitar un poco más para relajarse, porque se sienta en el diván de una forma tensa y con sus pies en el suelo, pero poco a poco.

—Tengo que hacer otras cosas —añade—. No puedo aferrarme a mis hijos, ni puedo estar con ellos todo el día —me explica—. Incluso yo sé ver que eso no es bueno ni para ellos ni para mí.

—Y has hecho bien en venir de visita —le recuerdo—. Si te hace sentir mejor, realmente aprecio que hayas venido.

— ¿Easton o Donatella?

—Ambos —le confirmo—. Bueno, un poco todo, la verdad —añado y sonrío—. Ojalá hubiese empezado a colaborar en la empresa antes —le explico y acaricio una carpeta—. Es aburridísimo, pero me distrae mucho.

— ¿Puedo ayudarte en algo? —se ofrece.

—Si quieres —le respondo—. Ven entonces.

Yo soy la primera que no hago nada muy importante para la empresa, así que encontramos algo que Benedetta también pueda hacer. En cuanto tiene la distracción, se relaja al instante.

—Tendrías que hacer algo con tu ropa —le explico y ella alza su mirada y el subrayador amarillo—. Diseñar para otros —especifico—. Es casi injusto que te veas así de bien siempre —añado y sonrío un poco.

—No puedo alejarme de mis hijos ni por unas horas sin que me falte el aire, Eleanor —me recuerda—. No soy buena para los negocios.

—Eres buena diseñando ropa. Otra gente puede hacer el resto —le explico—. Créeme —añado—. He estado observando varias empresas con las que colaboramos. El que tiene el nombre en ella no siempre es el que hace lo más importante.

—Tendrías que hacer algo con niños.

—No me cambies de tema —protesto.

—Es un poco extraño que ambas estemos haciendo lo que hacemos ahora —me recuerda—. Aunque tú sí tengas tu nombre en todo esto, tu apellido como mínimo.

—Así puedo ayudar más.

—Yo puedo ayudar más pensando en mis hijos, y ahora tengo suficiente con ello.

—No quería molestarte, solo es una idea.

—No me has molestado, en absoluto —me explica con una sonrisa.

Me mira fijamente y aguanto la mirada, pero en algún momento empezamos a reírnos las dos. La verdad es que es un poco cómico que ambas estemos trabajando en esto. Dejo de reírme cuando escucho el trueno, y Benedetta se paraliza.

— ¿No te gusta escuchar truenos? —le pregunto.

—No —me susurra—. ¿Y si...?

Rápidamente cojo mi móvil, y después de desbloquearlo se lo doy.

—Pon alguna canción que te guste —le pido—. No conozco mucho tus gustos musicales —añado—. Y te llamarán si algo va mal.

—De acuerdo —acepta y cuando recibe mi móvil lo hace con dedos temblorosos.

No sé por qué, pero no me sorprende en absoluto que la primera canción que elija sea *Can't Help Falling in Love*. Pero después de esa, le siguen otras que me hacen conocer un poco mejor a mi mejor amiga. Ella se distrae, hace los deberes que le ha puesto su terapeuta, y yo trabajo en mejor compañía.

—Elise, soy yo, no necesito presentación.

Grayson. Escucho sus pasos, y antes de que llegue con nosotras sé que tiene un par de carísimos zapatos italianos. No me equivoco. Son de un color muy oscuro, casi negro, pero podrían ser de un azul muy oscuro porque es el color de su abrigo. La pieza es larga, baja más allá de sus rodillas, y me parece muy apropiada para el día de lluvia. Los guantes negros de cuero son elegantes como el sombrero que sostiene con sus manos protegidos con ellos.

—Hola, G —le saludo—. Qué guapo.

—Buenos días, señor Luzio —le saluda Benedetta y se incorpora de su silla.

—No hace falta que se moleste, señora D’Arcangelo —le corresponde Grayson.

Incluso yo noto que esto es demasiado formal incluso para estos dos, que insisten con esto de los apellidos.

—¿Qué ocurre? —le pregunto preocupada y yo también me incorporo.

—Nada, E —me responde, pero la sonrisa es forzada—. Solo he venido a saludarte. Elise ya me ha dicho que Alice está con Zucca abajo.

—Sí, podemos ir a buscarla —le digo—. O tú puedes si quieres estar con ella —añado—. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias, E. De verdad, solo he venido a saludar —me explica.

Nos vimos ayer, no ha venido solo a saludarme.

—Os dejo, que estáis ocupadas —añado a toda prisa—. Te llamo más tarde.

—Grayson, espera —le pido.

—Buenos días.

Esto todavía me asusta más. Cuando Grayson se pone formal, todo lo que puede y más, es para esconder todavía más sus sentimientos. Ocurre algo y necesito saber qué es.

—Me parece que le ha molestado que yo esté aquí —me explica Benedetta—. Quizás yo debería...

—Quedarte —le interrumpo—. Ahora vuelvo —añado caminando hacia la puerta. Pero me detengo y la miro—. No te vayas —le ordeno.

Tengo que darme prisa para impedir que Grayson haga esto.

—Grayson, espera —le pido ya en el recibidor—. G, por favor.

Se detiene junto a la puerta, y Elise no se la abre sino que se aleja rápidamente hacia las escaleras del sótano.

—No te vayas —le pido a mi mejor amigo cuando se da la vuelta.

—No quiero molestar.

—Sabes que jamás lo haces.

—Eso ha cambiado ahora —defiende—. Tú eres más sutil, Zucca siempre se queja que estoy aquí cada día.

—G, vi a Jaxson cuando te fuiste de casa. Créeme, quiere que vengas cada día. Me parece que injustamente te lo dice tanto para que no parezca que él te echa igual de menos —le explico—. Y yo también. Por favor, no te vayas.

—Regresaré más tarde. Estás con Benedetta.

—¿Y cuándo has tenido que irte porque ella está aquí? —le pregunto—. ¿O cuándo quieres irte? Si empezáis a hablar en ese idioma que yo no conozco.

—Es tu amiga.

—Hemos hablado de esto muchas veces. Si le dices una oportunidad, me robarías a mi mejor amiga y yo me quedaría sin mejor amigo —le explico—. Una oportunidad real.

Se acerca a mí entonces y cuando le tengo delante, con esta ropa preciosa, el perfume caro y

su cara bonita, bueno, como siempre me siento como una cría a su lado con mallas y sudadera.

—E, te lo agradezco, pero no sientas compasión por mí, por favor.

—No me digas tú eso —le correspondo—. Tengo suficiente con Easton. No te pido que te quedes por pena. Es más, sé que el día que no te protejas con las charlas de moda como un escudo y no como algo de unión, voy a arrepentirme de insistir en juntaros.

—Sé que Zucca hizo algo con Kellen y Max.

No me esperaba esto, pero reacciono con calma.

—No tengo muchos amigos, pero me extraña que ellos se despidiesen de mí prometiendo que estaríamos en contacto y que todavía no sepa nada, o que Kellen ni conteste a mis mensajes. Y sé que Zucca les investigó, así que debe haber algo.

—Querían usarte por la revista —confieso y asiente con su cabeza aceptando con decepción la noticia.

Después se lo cuento todo.

—¿En serio Zucca les dijo eso? —me pregunta y me hace reír.

—¿De verdad te sorprende? —le correspondo—. Te lo digo en serio, nos gusta que vengas y es raro estar sin ti. Pero es Jaxson, se tatuó el caballo de ajedrez porque eso le hace menos daño que hablar de lo que siente, incluso contigo.

—¿Puedes repetírmelo, por favor? —me pide y me río más.

—Mi favorito —le digo en el mismo tono que usó Jaxson.

—Ahora me sabe mal estrenar este carísimo abrigo gracias a él —susurra para nada arrepentido.

—Ponte el sombrero —le pido y me mira extrañado—. Por favor.

Entonces lo hace y resoplo de inmediato.

—¿Qué? —me pregunta con confusión.

—Es injusto que siempre te veas así de bien —le explico—. Tú y Benedetta.

Deja de sonreír enseguida.

—Ha notado que no te ha gustado verla aquí —le explico—. No ha estado bien —añado—. Y no está teniendo un buen día tampoco. Está practicando eso de separarse de sus hijos, y es difícil para ella. Le vendría bien un poco de distracción, y he intentado convencerla de que tiene que diseñar de verdad, pero no hay manera.

—Es demasiado pronto —me explica—. Lo hará cuando esté preparada. Y yo me aseguraré de invertir dinero en ello porque voy a hacerme muy rico.

—¿Para qué? Si tu objetivo en la vida es arruinar a mi marido —me burlo.

Se ríe conmigo y después abre sus brazos. Le abrazo con fuerza, y me siento segura y feliz con él cerca. Me siento como en casa también. Y admito que me divierto un poco cuando Grayson regresa conmigo y tiene que pasar el mal rato de disculparse con Benedetta.

—Soy un poco territorial con mis favoritos, señora D'Arcangelo.

Que admita eso hace que me muerda el labio con fuerza para no reírme de él.

—Pero le pido disculpas porque es injusto ser territorial con alguien que ama y cuida de mi mejor amiga como usted hace —añade Grayson—. Y porque es difícil serlo con una persona a la que no puedo criticar. Normalmente uso la ropa para tener una buena excusa para alejar a la gente de mí, y es imposible hacer eso con usted.

Benedetta sonrío un poco entonces, avergonzada también.

—No tiene nada por lo que disculparse, señor Luzio —le corresponde ella—. Comprendo que mi felicidad por tener a Eleanor como mi vecina, convive con el hecho de que ahora usted está un poco más lejos. La verdad es que personalmente también me gustaría mucho que usted se

mudase aquí para tenerle más cerca también.

—No se preocupe, estoy aquí de visita constantemente y le prometo que me hace feliz que usted también esté cerca.

Eso está mucho mejor, y realmente me hace muy feliz.

—A veces —les interrumpo cuando también llega el silencio—, me gustaría recordaros a ambos que estamos en el siglo XXI.

—Para según qué cosas, especialmente en moda, ojalá nos hubiésemos quedado en el siglo anterior —defiende Grayson y cuando mira a Benedetta ella asiente de acuerdo.

— ¿Café, Grayson?— le propongo.

—Por favor —me responde.

Admito que preparo el café con cierta lentitud, para que ellos tengan un poco más de tiempo a solas. Así que cuando regreso, están acomodados y charlando en ese tono formal que me pone un poco histérica. Grayson ha traído una silla que no estaba aquí, y sentados los dos de lado, de verdad que parecen un matrimonio sacado de los años sesenta.

—E, ya sabemos qué vamos a hacer los tres juntos —me explica Grayson cuando regreso con ellos.

—Miedo me das —susurro.

—Vamos a hacer un colegio.

Sabía que me daba miedo, no que casi me hiciese tirar la taza de café al suelo. Grayson me la quita de las manos con una sonrisa, y después vuelve a sentarse en la silla como si nada.

—Repite eso, por favor —le pido y me siento en mi silla.

—Vamos a hacer un colegio —me explica—. La *Zuccarelli School*.

Cuando miro a Benedetta, a ella esto le parece bastante normal. He hecho el café sin prisas, pero estos dos no han estado solos tanto rato como para tener estas ideas.

—Piénsalo bien —sigue Grayson—. Alice va a necesitar un colegio.

—Y vamos a crear el nuestro —susurro.

—Por supuesto. Tú, la señora D'Arcangelo, y yo.

Bueno, quieren hacer un colegio juntos, pero todavía siguen con los formalismos.

—Elaborad esta idea, por favor —les pido a ambos.

—El día que Alice vaya al colegio, Zucca va a volverse loco —me explica Grayson—. Y consecuentemente, tú vas a volverte loca. Porque ningún colegio en el mundo va a parecerle lo suficiente bueno, lo suficiente seguro y lo suficiente perfecto para su niña.

—Ni a ti —le explico—. Que sois los dos iguales en ese sentido.

—Bueno, por eso ha sido mi idea —defiende—. Porque quiero el colegio perfecto para mi niña. Podemos comprar uno, porque Zucca hará eso. Necesitamos controlarlo todo.

—Sé que Alice ha hecho progresos en las últimas semanas, pero no estoy preparada para imaginármela en un colegio —le explico.

—El tiempo pasa rápido. La señora D'Arcangelo puede asegurártelo.

Y Benedetta ahora asiente de acuerdo con él.

— ¿Por qué comprar un colegio cuando podemos construir uno y hacerlo nuestro desde la primera piedra? —me pregunta Grayson—. Eso lleva más tiempo todavía.

—Obras y todo —susurro.

—Ambas sois madres, así que podéis imaginar qué colegio queréis para vuestros hijos —explica Grayson—. Yo tengo mis estudios en psicología infantil, que de algo servirán para pensar en una buena idea de colegio y de educación —añade—. A ti te encantan los niños.

—De ahí a construir un colegio a medida para mi hija... —defiendo.

—Te gustan los niños y si estamos con este proyecto deberás hacer algo pensando en niños, y no en... —replica y señala las carpetas en mi mesa con una mueca de disgusto—. Y los niños de Sky naturalmente irían a ese colegio, los de aquí como mínimo, más tarde ya podemos pensar en otras sedes.

—Frena, frena, frena —le pido.

—Es perfecto, E —añade sin escucharme—. Ella va a pensar en un proyecto propio, pero seguirá siendo para sus hijos, así que son dos cosas combinadas que le gustan —añade y mira a Benedetta, recibiendo su inmediata aprobación—. Tú necesitas trabajar con niños, tienes una hija, y algún día tendrás que llevarla a algún colegio. Y yo, bueno, ¿cómo no voy a ser el favorito de tu hija si diseño un colegio para ella?

—Grayson, es demasiado, y demasiado pronto.

—Voy a ahorrarte futuras discusiones con Zucca —defiende—. Créeme, es mejor que pague por todo esto y que me deje hacer lo que quiera, a que empecéis a ver colegios uno tras otro, compre uno, quiera reformarlo entero...

—Vale, para —le pido porque me agobia solo con la idea.

—Y lo haríamos los tres juntos —defiende Grayson—. ¿No sería especial?

—Es demasiado y lo sabes —le explico y miro a Benedetta—. ¿En serio te parece buena idea?

—El tiempo sí pasa muy rápido, Eleanor —defiende—. Casi sin que te des cuenta, Alice va a ser como Beatrice y Adelaide. Y créeme, el colegio perfecto no existe.

—Pero si lo creamos nosotros... —le dice Grayson y ella sonríe cómplice.

—¿Por qué no diseñáis ropa juntos y os dedicáis a eso? —les propongo.

—Poco a poco, E —me pide Grayson.

—¿Te hace ilusión? —le pregunto a Benedetta.

—Es algo con los niños, pero es algo diferente —defiende un poco nerviosa—. Y naturalmente solo me ofrezco como apoyo, el proyecto es vuestro.

—Ni hablar —rechaza Grayson—. Necesito su apoyo en el consejo directivo. El buen gusto no es algo que se consiga fácilmente, y se necesita buen gusto también para construir un colegio.

—Os he dejado solos cinco minutos —noto asustada—. No sé...

Me detengo cuando escucho los pasos y después veo a Jaxson. De negro, sudado porque se nota que ha trabajado en el gimnasio, y cargando una botella de agua.

—Hola —saluda.

No puede estar sorprendido de ver a ninguno de los dos porque Elise le habrá avisado.

—Escucha esto, Zucca —le dice Grayson.

—Sí, escucha —susurro.

—No quieres apostar conmigo que va a darme todo su apoyo —me avisa Grayson divertido.

—Mi favorito —me defiende imitando a Jaxson y se ríe.

—Hola, señora D'Arcangelo —le saluda Jaxson—. ¿Divirtiéndose con estos dos, o buscando la manera de huir de ellos?

—Buenos días, señor Zuccarelli —le corresponde Benedetta con una tímida sonrisa.

—¿Qué tengo que escuchar? —le pregunta Jaxson a Grayson.

—Vamos a crear un colegio. La *Zuccarelli School* —defiende—. Si tenemos ya la universidad, vamos a hacer el resto —le propone—. La señora D'Arcangelo ofrece su experiencia como madre que ya tiene niñas en el colegio, y su buen gusto, claro. Tu mujer finalmente dedicará su tiempo a un proyecto que esté relacionado con los niños, y al fin y al cabo, será el colegio de vuestros hijos y no deja de ser una empresa más, si insiste en trabajar aburriéndose —añade y señala la mesa—. Yo puedo aportar lo que tengo de mis estudios, mi

buen gusto, y naturalmente me gano el título de tío favorito no solo de vuestros hijos sino de los que van a llegar en un futuro con el resto —añade—. Tú aportas el dinero, como siempre, pero es para tu hija.

Jaxson le estudia fijamente, pero tengo miedo de su mirada.

—Sé que has hecho locuras —le digo y me mira.

Ahora tengo más miedo.

—Jax, es... —le digo y veo la sonrisa, en sus ojos y en sus labios.

—Empieza ya —le dice a Grayson—. No hay tanto tiempo. Y quiero que sea nuevo, desde cero, todo. Absolutamente todo.

—Jaxson —protesto.

—Nena, necesitamos un colegio —defiende—. Y tiene razón, tenemos la universidad, al final es otra empresa, y necesitamos... —añade y mira a Grayson—. Necesitas lo mejor. Lo mejor de verdad, Sky.

Oh Dios.

—Empezad ya —insiste Jaxson y entonces se agacha hacia mí—. No protestes.

—Eres el primer padre del mundo que dice “Necesito un colegio para mi hija” y eso significa construir uno desde cero —protesto en efecto.

—También voy a ser el primero que no voy a tener que buscar un colegio para mi hija —defiende—. Y necesitamos la seguridad, nena. La necesitamos.

—Mi mañana estaba siendo tranquilita —me quejo.

Me da un beso rápido y después se aleja, previsiblemente para ir a la ducha. Cuando miro a Grayson, sonrío inocentemente.

—Soy su favorito, E. Y te he dicho que no sería difícil convencerle —presume.

—Esto es el mayor capricho que te ha dado jamás —defiendo.

—Y encima se queja —le dice a Benedetta—. Es para su hija —añade y Benedetta sonrío—. Vamos a ser socios, señora D’Arcangelo —le explica y le ofrece su mano—. Y será todo un placer.

—Todo un honor, señor Luzio —le corresponde Benedetta aceptando el gesto.

—Eso es mío —protesto en voz baja.

—Por cierto, ¿qué música suena? —pregunta Grayson entonces.

—Benedetta estaba enseñándome algunas de sus canciones favoritas —le explico y señalo mi móvil.

—Buen gusto también para la música —susurra Grayson con aprobación unos segundos más tarde—. Mis favoritas están por aquí también —añade—. Oh, esta.

Me inclino hacia la mesa, pero él le enseña el móvil a Benedetta y ella sonrío cuando ve algo en la pantalla.

—Celosa —se burla Grayson y me lo enseña a mí.

Somethin’ Stupid.

—Es de mis favoritas —explica Grayson.

—Encabeza mi lista también, señor Luzio —le confirma Benedetta.

—Oh, te vas a reír con la historia, E —me dice de repente Grayson—. Me obsesioné con ella cuando salió la versión de Robbie Williams y Nicole Kidman —añade y ve la sonrisa de Benedetta—. ¿Usted también?

—En mi opinión, es de las versiones que sí me gustan.

—Así es —concuerta con ella Grayson—. Aunque nadie como Frank y Nancy —añade y Benedetta asiente con su cabeza—. Y me da mucha rabia cuando critican que eran padre e hija

cantando una de las mejores canciones románticas que existen.

—Siempre lo he visto como un padre y una hija que compartían algo precioso, no por el propio significado de la canción.

—Gracias —agradece Grayson con evidente alivio por el apoyo.

—¿Con qué voy a reírme? —interrumpo divertida.

—Oh, sí, perdona —se disculpa recordando que se ha detenido en su historia—. Me obsesioné muchísimo con la canción, y quería que alguien la cantase conmigo. Puedes adivinar quién fue.

Jaxson.

—También sabe tocarla al piano gracias a mí —presume—. Porque insistí hasta que se la aprendió —susurra y me río con él.

Grayson no puede dejar de sonreír por el recuerdo. Sorprendentemente, a Benedetta se le saltan las lágrimas.

—Oh, señora D’Arcangelo, no quería ponerle triste —le dice Grayson apenado.

—No, me parece un recuerdo precioso, señor Luzio —le explica ella.

Ambos sacan pañuelos bordados en dos segundos, y se ríen por la coincidencia. Almas gemelas, de verdad.

—¿Por qué es especial esta canción para usted? Si me permite la pregunta.

Oh Dios.

—Me hace pensar en mis padres —explica ella con una sonrisa cálida—. Me acuerdo de ellos bailándola antes de que mi madre enfermase —añade—. Siempre quise que fuese mi canción de boda.

—Algo me dice que el idiota de su marido impidió eso —susurra Grayson y le regaña con mi mirada—. ¿Qué? Se puede hablar mal de los muertos —defiende—. Mis disculpas por ser grosero con sus sentimientos, señora D’Arcangelo.

—Mi suegra —le explica ella—. Fue ella —añade y se ríe un poco cuando Grayson rueda sus ojos—. Es curioso, porque siempre imaginé que algún día bailaríamos esta canción, y creo que jamás la he bailado.

—¿Baila usted con la misma elegancia con la que hace el resto de cosas? —le pregunta Grayson y ella se ruboriza un poco.

—Hace muchos años que no lo he hecho, señor Luzio.

Muerdo mi labio cuando Grayson le ofrece su mano, y ella le mira sorprendida por el gesto. A mí no me sorprende en absoluto. Grayson es Grayson. Y en unos minutos, ellos dos bailan una canción preciosa.

—No, no se reprima, por favor —pide Grayson entonces—. Canta usted tan bien. Y además, hace años que no la he cantado con nadie —añade—. Espere.

Se detienen entonces, y Grayson lo hace en un movimiento tan rápido que le causa una sonrisa inmediata a ella.

—E, ponla desde el principio —me pide Grayson antes de mirar de nuevo a su compañera de baile—. Señora D’Arcangelo —añade y le ofrece su mano.

—Señor Luzio —le susurra ella cohibida.

Oficialmente, son las dos personas en mi vida que, hagan lo que hagan, siempre parecerán dos muñecos de una tarta de bodas. Y mis mejores amigos.

CAPÍTULO 27

Sé que hay dos personas que ahora mismo disfrutarían de este momento, y ambas jamás van a poder tener la oportunidad de hacerlo. Alice se mira a sí misma en el espejo, de vez en cuando babeándolo en el proceso también, y yo intento recoger su cabello en dos pequeñas coletas. Aparta mis manos con la suya cada vez que me acerco, por lo que comprendo que no quiere peinarse así. Prefiere observarse a sí misma en el espejo, y yo la miro a ella.

El vestido en color turquesa me hace recordar, muy apropiadamente, a las playas de Florida. La raya naranja del borde de la falda y el centro del escote es de un tono llamativo. Veo el dibujo del delfín en la parte derecha de la falda y leo las letras del vestido aunque mi hija no deje de moverse. Es un vestido de los Dolphins. Sé que mi padre le hubiese comprado la equipación de su equipo favortio de la NFL para su nieta. Y Cody prometió que lo haría. Ninguno de los dos tiene la oportunidad de hacerlo.

Por increíble que parezca, y mi hija me lo recuerda con lo mucho que ha cambiado, ya hace un año que perdimos a Cody. Hoy se cumple un año. A veces es como si hubiese ido hace mucho tiempo, por todas las cosas que se ha perdido, y otras es como si ayer mismo todavía leuviésemos en casa. A él no le tengo, pero me alegra de sí tener al resto.

—Pequeño zuccaro. Qué guapa vas.

—Ooooooh —grita Alice cuando ve que tenemos invitados a cenar.

—Espera un momento —le pido a mi hija abriendo la puerta de protección de las escaleras—. Ahora. Ve con el zio Bray.

No ayuda que Brayden precisamente le anime a correr más. Mi hija cruza el recibidor de la casa del lago sin problemas y se lanza un poco demasiado temprano a los brazos de su tío. Gracias a Dios, Brayden es rápido.

—Déjame verte —le pide Brayden agachado frente a ella—. Oh, ¿qué es esto?

—Oh-aa —le explica Alice señalando el delfín de su vestido.

—¿Es un delfín? —le pregunta Brayden.

—Oh, por favor —se queja Grayson y sale de la cocina.

—Ni una palabra —le avisa Tyler sentado en el sillón—. A Cody le encantaría verla así.

—Y yo protestaría al respeto —se defiende Grayson.

—G —le llama Alice y se ríe.

Brayden le ofrece la mano a mi hija, pero ella rápidamente se desentiende y se va feliz con su padrino.

—Mi niña guapa —le recibe Grayson y la alza en sus brazos—. Siempre estás hermosa con lo que te pongas, pero no vamos a convertir esto en una costumbre —le explica y acaricia el uniforme.

—Esta monísima —defiende Violet—. Parece una pequeña animadora.

— ¡AAAAAAA! —grita mi hija.

—¿Cenamos o qué? —pregunta Jaxson saliendo de la cocina.

—Jamás pensé que te vería con un delantal —se burla Brayden.

—No convirtamos eso tampoco en una costumbre —pide Grayson con una mueca—. Tengo que comprarte uno en condiciones.

—No digas mucho que tú lo único que haces también es lo que sea en la barbacoa —se defiende Jaxson con Brayden.

—Hubiésemos venido antes a ayudar —ofrece Violet y bosteza—. ¿Qué? Estoy cansada, pero me vendría bien cocinar un rato para distraerme.

—Por eso he cocinado yo —le explica Jaxson.

—Mejor que Len, eso seguro —se burla Brayden para provocarme y recibe un pellizco de mi parte.

—Listo, que yo también he hecho algo —me defiendo.

— ¿Eleanor ha cocinado? —pregunta Madison y segundos más tarde la veo saliendo de la cocina.

—Sí, Noah y yo hemos preparado algo, pero no puedo decírtelo para no estropear la sorpresa —replico—. Por increíble que os parezca a todos, puedo leer una receta de cocina e intentar hacer algo.

— ¿Comestible? —me provoca Brayden de nuevo.

—Sí, porque...

Jaxson deja de mirarme, y ahora es el único que no se divierte a mi costa. Sería el primero en hacerlo, así que me extraña. Cuando me giro, veo a Cruz acercándose, y el resto también hacen silencio al notarlo. Quizás por eso escuchamos el fuerte sonido del coche.

— ¿Easton? —se pregunta Violet—. ¿Es su coche no?

—Sí lo parece —le responde Tyler—. ¿Bray?

—Lo es —confirma el moreno—. ¿Viene? —me pregunta a mí entonces—. ¿Le has convencido al final?

—Dijo que se lo pensaría —le explico.

Aunque llamé a Easton para contarle que haríamos esta cena y para invitarle, me dijo que se lo pensaría porque no le apetecía nada. No presioné mucho más porque estoy harta de pelearme con él cada vez que hablamos, así que realmente me sorprende que esté aquí. El ruido del coche tenía que ser de ese *Bugatti* azul que tiene ahora, porque unos minutos más tarde, Cruz abre la puerta y Easton entra en casa. Me asusta verle. De verdad que lo hace. Ahora puede tener un coche que vale millones, pero él se ve como si hiciese una semana que no se duchase, viviese en la calle, y en general todo el aspecto de higiene y cuidado personal lo tuviese descuidado. Es evidente que hace cero esfuerzos para verse bien. Eso a algunos a veces les sale bien, lo de Jaxson cada mañana da una rabia increíble, pero no es el caso de Easton ahora mismo.

— ¿Qué pasa? —nos pregunta nada más llegar.

—Estábamos a punto de sentarnos —le explico enseguida—. Jaxson ha encendido la barbacoa y ya tenemos la mesa preparada —añado y miro al mencionado—. ¿Verdad?

Jaxson no responde, de hecho ni me mira, porque ahora él y Easton se miran fijamente el uno al otro.

—Y Eleanor ha cocinado —añade Tyler.

Easton me mira a mí de nuevo, con el ceño fruncido esta vez.

— ¿Algo comestible? —me pregunta.

—Sí, gracioso —me burlo—. Venga, vamos.

—Espera, espera que vas a caerte, A —pide Grayson mientras deja a mi hija en el suelo—. Dame tu mano y vamos a cenar.

Madison se ríe cuando Alice aparta de un manotazo la oferta de Grayson, y entonces mi hija se va directa a la vitrina junto a la pared. Se frustra cuando tira del cajón y no puede abrirlo.

—Alice, no —le explico.

Me mira enseguida y niego con mi cabeza. Es difícil no reírse cuando ella me imita.

—No —repito.

—No —me imita.

—No se abre —le explico—. Papà ha cerrado eso.

—AAA.

A ella no le importa en absoluto y lo intenta de nuevo.

—Ven aquí, pequeño terremoto —le dice Madison y la aleja de la vitrina. Alice empieza a patallar y a llorar en protesta—. Camina tú, pero a la cocina —le explica su tía dejándola en el suelo nuevamente.

Ella no tiene estas mismas ideas, por lo que Madison va a estar entretenida para guiarla hacia allí. Poco a poco, todos lo hacemos, aunque es verdad que yo no doy ni un paso. Jaxson tampoco.

—Hola —me saluda Easton y es evidente que ignora a Jaxson.

—Hola —le correspondo—. Gracias por venir.

—Bueno, no creo que una cena pensando un rato en Cody le traiga de vuelta, pero te lo debía porque sé que me pasé el otro día.

—Y el otro antes que ese —susurra Jaxson.

—Jax —le pido para que no presione más las cosas—. Gracias —le agradezco a Easton—. Vamos.

— ¡Zucca!

No sé si Noah baja las escaleras en el mejor o en el peor momento.

—Oh, hola Easton —saluda cuando le ve—. ¿Qué te ha pasado?

—Hola —le responde Easton e intenta sonreír—. Nada, ¿por?

—Te ves mal —le responde Noah con una sinceridad arrolladora y se aleja hacia Jaxson—. Zucca, ¿me ayudas? —le pide y le da un cuaderno de comic por estrenar.

— ¿Es el nuevo? —le pregunta Jaxson como si no lo supiese, y se lo ha comprado él.

Noah se lleva a Jaxson, distraídos ambos por el cómic, y eso es lo bueno. Pero Easton se ve peor que hace unos minutos, y eso es lo malo.

—Ven, vamos a la cocina con todos —le propongo.

Me sigue detrás, pero me detengo cuando noto que ya no lo hace. De hecho, mira el techo de la casa y da una vuelta sobre sí mismo.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Es raro que los nonni no estén aquí —me explica.

—Sí, un poco —le confirmo—. Me ha costado acostumbrarme. ¿Vamos?

Se pone en marcha entonces, y cuando pasa por mi lado le miro de más cerca. Noah tiene razón porque su hermano no se ve bien.

— ¿Cerveza, East? —le ofrece Violet.

—No —responde él ya en la cocina.

Me asusto muchísimo cuando noto a alguien detrás de mí. Pensaba que Tyler ya estaba con ellos. Y ahora que me fijo bien, no se ve tan mal como Easton, pero tampoco parece estar como siempre.

—Mi cabeza va a estallar —me explica—. No me encuentro muy bien por eso. No te preocupes.

—Puedo enseñarte lo que tenemos por si quieres tomarte algo —le ofrezco.

—Él está peor —me dice mirando hacia la cocina.

No necesito girarme para saber de quién habla.

—Zucca me pidió que vigilase de cerca lo que tenemos en casa —me explica en voz baja—. La medicación.

Empiezo a encontrarme mal yo también.

—Easton se comporta de una forma que empieza a no ser tan normal —me explica—. Está enfadado con el mundo, le sale el duelo porque tú ya sabes que cerca de los aniversarios es jodido, y además viene su cumpleaños que iba con el de Vanessa, y todo lo de Caroline Capuzzo...

—Sí —susurro porque lo comprendo perfectamente.

—Pero esto es más —añade—. Tiene es coche que no podemos localizar, porque lo ha gestionado él desde el principio. Se pasa el día medio durmiendo, las noches en el ordenador, y todo él...

—¿Y? —le pregunto.

—Ni se ha acercado a la clínica del sótano —me confirma—. Pero hay algo que no me gusta. Se lo dije a Zucca, si ya ni siquiera quiere dejarse ayudar por ti, lo siguiente va a ser intervenir, aunque él no lo quiera.

—¿Eso sería mejor o peor? Porque a veces creo que le presionamos demasiado —le explico.

—Bueno, tu marido no es exactamente una ayuda —acepta en un susurro—. Pero le vigila porque tiene miedo y ahora mismo conseguimos más de lo que hace gracias a eso, que gracias a él.

—Como mínimo ha venido a la cena —defiendo y sonrío un poco—. ¿Qué?

—¿Qué te ha dicho tu marido que hacía hoy a las siete de la mañana? —me pregunta y le miro con confusión—. Ha venido a echarle la bronca —me explica—. Le ha dicho que si no quería hacer esto por Cody, porque no quiere recordarlo de esta manera, que lo hiciese por ti. Estos dos ahora son como el día y la noche, pero parece que todavía están de acuerdo en algo.

Oh Dios.

—Vamos —me anima Tyler abrazándome con un brazo—. Que quiero añadir una gastroenteritis a mi migraña gracias a tus dotes culinarias.

—Sois lo peor —me quejo riéndome por fin.

Noah quería cenar en la cocina, y ahora entiendo por qué. Es un espacio más pequeño, la mesa se ve un poco llena con tantos platos para todos, pero se forma un pequeño grupo muy bonito. Noah les mira de uno a otro con una sonrisa mientras charlan animadamente. Jaxson emplatando lo que ha cocinado en la barbacoa, Madison comiendo patatas fritas sentada en un taburete, Grayson a su lado tomando una copa de vino, Violet ahora es quien persigue a mi hija, Brayden está en la mesa ya, y Mephisto a su lado delata que el moreno le está dando comida precisamente a mi perro. Es fácil de ver que Easton es el que se aleja de todo esto, porque está frente al frigorífico observando lo que tenemos allí con imanes.

—Tercer cajón —le explico a Tyler señalando los armarios de la derecha—. A ver si hay algo que puede ayudarte con tu dolor de cabeza.

—A cenar —anuncia Jaxson.

—A cenaaaaar —le imita Noah para todos y ellos pretenden escucharle a él y no a Jaxson.

—No, yo a tu lado, no, gracias —pide Tyler segundos más tarde y se aleja de Brayden—. Ni contigo —añade para Violet—. Lo siento, Letta.

—Pobre Tyler, está traumatizado —se burla Madison.

—Letta lo ha pasado peor —defiende Brayden.

—Aquí sentada, cariño —le explica Violet a mi hija mientras la pone en la trona—. No, no, no —añade cuando protesta.

—¿Ves? Ni nos escucha —añade Brayden.

—¿Quieres dejarlo ya? —le pide Violet riéndose.

—Ha sido mucho peor para Ty —defiende Grayson sentándose.

—Como compensación, dejamos que mañana elijas el restaurante tú —se burla Brayden con Tyler.

—Eso, recuérdame que estoy más solo que nadie —protesta Grayson.

—Te he dicho que te vengas —le dice Brayden—. Es más, lo de mañana fue tu idea.

—Porque finalmente los cuatro estáis juntos, en un sentido de que podéis hacer una cena de parejitas —defiende Grayson—. Podéis ir a *Butlers* —añade para Tyler.

—No, si vamos a un sitio de esos pijos, tú vienes para que pueda quejarme con alguien —le dice Tyler—. Vaya mierda comida compraste anoche, en serio.

—Así todo el día.

Me sorprende con el susurro de Easton cuando se sienta a mi lado.

— ¿El qué? —le pregunto.

—Esto —defiende en voz baja también—. Sabes a qué me refiero. Te ves miserable por no saber de qué hablan.

—Alice, cariño —se lamenta Violet cuando el llanto.

Me levanto enseguida de mi silla, y lo escucho.

—Salvada por tu hija —susurra Easton.

—Voy yo, Ele —se ofrece Noah.

—Gracias, Noah —le agradezco y me acerco a la encimera.

Jaxson sigue ahí, pero no parece concentrado con la cocina.

— ¿Estás bien? —le pregunto en voz baja.

—Sí —afirma—. ¿Llevas esto, por favor? —me pide.

—Se ha callado —nota Brayden cuando regreso a la mesa.

—Es que a Alice le gusta el mando de la tele —le explica Noah.

Se ve orgulloso junto a la trona, porque le ha dado el actual juguete favorito de mi hija. Lo descubrimos por error, cuando ella cogió el mando de la tele. Le entretiene hasta tal punto que un día estuvo una hora de reloj sentada en la trona con eso. Así que buscamos uno sin pilas y ahora es nuestra salvación en momentos como este.

—Se parece un montón a ti, así concentrada —le dice Madison a Jaxson cuando él viene a la mesa.

—Se parece un montón a él siempre —le corrijo y entonces miro a Noah cuando se acerca a mí.

— ¿Puedo beber una limonada con la cena? —me pregunta en voz baja.

—Te has tomado una antes —le recuerdo—. Y te he pedido que eligieses si la querías antes o ahora para la cena. Y has elegido antes.

— ¿Y no puedo dos? —me pregunta—. Por favor —insiste y es difícil mantenerse firme.

—No —le susurro.

El puchero que hace todavía lo pone más difícil, pero consigo resistirme. Me es imposible no reírme cuando veo que se acerca a Jaxson.

— ¿Qué te ha dicho Ele? —le pregunta él segundos más tarde.

—No —le responde Noah apenado.

—Entonces sabes qué es —le explica Jaxson—. Puedes echarle una rodaja de limón en tu vaso —le recuerda.

— ¿Y mañana podré, Ele? —me pregunta Noah acercándose a mí de nuevo—. Para mi excursión.

—Sí —le respondo.

— ¿Y puedo traer también las golosinas? —me pregunta.

—Ya están en tu mochila —le recuerdo—. Vamos a cenar.

— ¿Quién me lleva? —pregunta sentándose junto a Jaxson—. ¿Vamos con el Aston? —le pide emocionado.

—Te lleva Ele —le explica Jaxson.

— ¿Yo? —pregunto sorprendida.

—Sí, nena —me responde—. Tengo dentista a las nueve. Te lo dije.

— ¿Sí? —le pregunto con dudas.

Alza una ceja y se ríe con mi frustración. Jaxson no me mentiría con esto, pero yo sí puedo olvidar fácilmente algo que él no.

—Míralo en la pizarra —me reta.

Y se ríe porque no me fío y me acerco al frigorífico.

—Toma ya —digo feliz—. No está apuntado.

— ¿Cómo que no? —pregunta realmente sorprendido y se levanta de su silla—. Es imposible.

—Ven, listo —le animo y señalo la pizarra—. No pone nada.

—Mañana es lunes, nena, no martes —me recuerda.

Me alejo de su beso en mi mejilla porque sigue burlándose de mí. Por supuesto que tiene razón.

— ¿Puedes llevarle? —me pregunta.

—Sí —le respondo—. G, vamos a tener que...

Me detengo a media frase cuando busco a Grayson y le encuentro. Básicamente me detengo por cómo me mira, nos mira. Él y el resto de la mesa.

— ¿Qué? —pregunto.

—Es como ver el futuro —me explica Tyler con una sonrisa.

—Adoptadme —pide Madison—. En serio.

— ¿Qué os pasa ahora? —les pregunta Jaxson regresando a la mesa.

—Es como todo muy.... —le explica Tyler.

—Doméstico —ofrece Brayden cuando se queda sin la palabra indicada—. Y familiar.

—Es exactamente como sabíamos que iban a ser —defiende Violet y nos mira.

—Esto es raro —les aviso mientras me siento en mi silla—. Vamos a cenar, eh. Y quiero que me contéis por qué Tyler no quiere ni acercarse a Violet y Brayden.

Podía imaginarme el motivo, pero la historia es mucho más divertida. Teniendo en cuenta que Easton apenas habla, come o interactúa en general con nosotros, y que echamos mucho de menos a Cody especialmente hoy, creo que la cena va especialmente bien.

Y jamás puedes decir eso.

A Easton le llaman cuando ya estamos probando las famosas galletas que he hecho con Noah, y que no van a intoxicar a nadie, por cierto. Se levanta de la mesa y se aleja hacia el salón de la vitrina llena de fotos familiares. Segundos más tarde, Jaxson recibe una llamada, y él se va por el otro pasillo.

—Esto va a acabar mal algún día, te lo juro —susurra Brayden.

— ¿Y qué tenemos que hacer? —le pregunta Violet—. Si no quiere dejarse ayudar, ¿qué hacemos?

—Estamos llegando a un punto que ya da igual si no quiere dejarse ayudar —defiende Tyler.

—Será peor y lo sabes —le dice Madison—. Y Zucca no ayuda.

—Hace lo que puede —defiende Grayson enseguida.

—Son hermanos —dice Noah pintando en el mismo cuaderno que Violet—. No tendrían que

pelearse.

—Ya cariño, pero los hermanos también pueden pelearse —le explica Violet.

—Yo no quiero enfadarme así contigo —defiende Noah mirándola con el ceño fruncido.

—Ni yo contigo —le corresponde ella—. Pero...

Se detiene cuando uno de los dos regresa. Es Easton.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Tyler, como era de esperar.

—Tenemos información sobre tu carta de cumpleaños —le explica Easton, pero a Brayden—.

Creo que podemos hacer algo.

—Bien —felicitaba Brayden enseguida—. Eso es bueno.

Sí son buenas noticias, pero cuando Jaxson regresa a la cocina, también lo hace la tensión y la incomodidad. Especialmente porque él y Easton se miran fijamente, y son los únicos que están en pie.

—Easton ha encontrado información sobre la carta de mi cumpleaños —explica Brayden y ahora es él quien intenta relajar la situación.

—Ya lo sabe —dice Easton con puro odio—. Le han llamado. Ese contacto ruso que tiene.

—Sí —afirma Jaxson enseguida.

—Entonces tengo la noche libre. Qué maravilla —defiende Easton y el sarcasmo es evidente.

—¿Libre? Tenemos trabajo —dice Brayden y lo intenta de nuevo.

Se pone en pie incluso, acercándose para estar entre los dos. Brayden es una buena barrera visual, pero ni eso detiene a Jaxson y Easton. Me agota. De verdad que esto me agota y me desespera.

—Tú tienes trabajo —defiende Easton—. Porque a ti nadie te lo va a quitar.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —le pregunta Jaxson.

—Joder, Zucca —se queja Madison en un susurro.

—Vamos a trabajar juntos, eh —pide Violet enseguida.

—Eso ya no se hace ahora —defiende Easton—. Y yo de ti vigilaría, porque cuando él no esté satisfecho contigo, va a ponerte a alguien para que haga lo que haces tú en la empresa.

—Contrólate —le pide Brayden.

—¿Yo? —replica Easton—. ¿O él?

—Tú te encargas —le explico a Easton levantándome de la mesa—. Es tu equipo.

—¿Alguien vigila a Brayden con el suyo? —me pregunta—. ¿Alguien supervisa que Violet no la cague cerrando acuerdos? —añade—. ¿Alguien le pedirá explicaciones a Tyler si tiene que coserme puntos en mi brazo?

—No, y a ti tampoco —defiendo—. Jaxson ha pedido una segunda opinión, pero es tu equipo y tu trabajo —añado y miro a Jaxson para recordárselo también—. Y naturalmente si podemos ayudarte lo haremos —le digo a Easton.

—Déjalo —me pide—. En serio, déjalo. Porque sabes perfectamente que tengo razón y aun así sigues apoyándole a él. Quédate aquí con él, con la mierda galletas...

El golpe es fuerte. Brayden tiene que hacer fuerza para detener a Jaxson.

—Sí, dame otra hostia, ¿por qué no? —se burla Easton.

—No le presiones, joder, que te estoy ahorrando precisamente esto —le pide Brayden—. Cálmate, Zucca.

—Easton, no te enfades —le pide Noah.

—Ni se te ocurra —le avisa Madison enseguida, y no lo hace al último hermano Capuzzo que ha hablado.

—Somos una familia, y tenemos que estar bien para que la nonna se cure —añade Noah.

—Esto no es una familia.

Brayden agradece la ayuda de Madison, la verdad, porque Easton se va de la cocina como si nada, pero eso provoca más a Jaxson.

—E, déjalo —me pide Grayson.

No puedo hacer esto. No puedo. Así que sigo a Easton hacia el recibidor.

—Easton —le detengo.

— ¿Qué? —me pregunta—. ¿En serio no puedes entender que esté cabreado? —añade—. Tiene a alguien que nadie conoce controlándome, supervisando el trabajo de mi equipo...

—Easton, necesitas ayuda, en serio.

— ¿Yo necesito ayuda? ¿Por qué no te ocupas de las tendencias obsesivas de tu marido?

—Voy a hablar con él más tarde —le explico y resopla.

—No vas a hacer una mierda. Lo único que haces son estas absurdas cenas que solo ponen en evidencia que lo hacemos por Noah —defiende con rabia—. Ni siquiera lo niegues. Estás horneando galletas, por Dios, solo te falta organizar un club de lectura.

—No me dejas ayudarte. Y quiero hacerlo. Todos queremos. Somos tu familia.

— ¿Pero qué dices? Si ni siquiera trabajamos juntos ya, ¿qué vamos a ser familia? —me pregunta—. ¿Qué no te ves? En serio, abre tus ojos. Lo has visto antes. No tienes ni idea de lo que ocurre en casa, pero es normal, ahora vives aquí en el barrio residencial con tu familia. Es normal que te pierdas lo que te pierdes, y aún así te molesta. Pero si te fuiste tú.

—Por un buen motivo —le recuerdo—. Y estamos a veinte minutos de casa. Eres el único que no ha querido venir, pero el resto sí lo ha hecho y es como siempre.

— ¿Por qué tengo que venir yo? —me pregunta—. ¿Porque el señor Zuccarelli vive aquí y tenemos que girar todos a su alrededor?

—Ni siquiera respondes mis llamadas —le recuerdo—. Sinceramente, Easton, ya no tengo más ideas para intentar ayudarte.

— ¿Haces algo? —me pregunta—. O dices que haces algo. Porque es lo que haces —defiende—. Mira esta cena. En honor a Cody —añade burlándose.

—Sí, lo es. Te lo he dicho muchas veces ya, no eres el único que tiene derecho a echar de menos a alguien y hay muchas formas de hacerlo.

—Esta cena no ha sido en honor a Cody. De lo único que ha servido es para que veas que en casa la vida sigue sin vosotros, y para que nosotros veamos el jodido futuro que ya es el presente. Tú y Zucca jugando a las casitas con vuestros niños, el perro y... —añade y entonces mira las escaleras—. Y esta puta mierda —añade y golpea la puerta protectora que Jaxson puso por Alice.

—También ha servido para que veas que alejándote de nosotros es peor —susurro y me mira—. Has visto que Alice camina mucho más que antes, que es más independiente, que dice palabras nuevas, y que naturalmente Jaxson puso todo esto por la casa para protegerla. Y no lo hizo ayer ni la semana pasada —defiendo—. Eres tú el primero que empezó a alejarse de nosotros y se me acaban las ideas para ayudarte.

—Haz tu vida, Eleanor —me pide—. Ya lo haces. Así que no será tan difícil. Sigue con tu vida y déjame en paz.

—Vete.

Sorprendentemente, no es Jaxson. Es Madison.

—Pero si lo pensáis todos —defiende Easton—. Ahora estáis así bromeando y abre otra botella de vino, pero les habéis criticado por irse cada día. ¿Y Grayson? Os burláis todos, pero tiene toda la razón del mundo. Le usan para cuidar de su hija, y ni siquiera dejan que viva aquí cuando hay habitaciones de sobras.

—Vete —repite Madison—. Y van a llevarte, no estás en condiciones de conducir.

— ¿Qué? —pregunta Easton—. Oh, fantástico —añade cuando ve a Cruz junto a la puerta—. Ahora también tengo guardaespaldas. Gracias, señor Zuccarelli —se burla.

—Vete —insiste Madison.

Easton sabe que no puede escapar de Cruz ni aunque lo quiera, pero me siento mal por Cruz porque le espera un viaje intenso. Cuando Madison acaricia mi brazo, es como si regresase de nuevo al recibidor.

—Esto tiene que acabar —me susurra.

—Termina esta misma noche.

Brayden ha tenido que pedir mucha ayuda para contener a Jaxson. Sé que todos nos han escuchado cuando vienen al recibidor. Bueno, me falta Violet.

—Se ha llevado a Noah y Alice a ver la tele un rato —me explica Brayden.

Le asiento con mi cabeza para darle las gracias y entonces miro a Jaxson.

—No me mires así.

— ¿Así cómo? —le pido.

—Como si fuese mi jodida culpa.

—Vamos a... —dice Grayson.

— ¿Quién es? —le pregunto a Jaxson—. Sabes a quién me refiero. No es otra pregunta, no es el juego de si es rubia o morena... —añado—. Dinos quién es ella.

— ¿Ella? —pregunta Madison con confusión.

—Su contacto es una chica, menos años que yo, hablan en ruso, y la conoce por Zoey —explico, pero mirando a Jaxson—. Se está creando una absurda competición insostenible.

—No están compitiendo —defiende.

—Zucca, compiten —le dice Brayden—. Easton se cabrea que no veas cuando tu contacto se avanza a su equipo. Y en eso tengo que darle la razón.

—Le pediste ayuda para saber qué hizo en Chicago —le recuerdo a Jaxson—. No para que fuese su sustituto.

—Es que es la hostia, en serio —protesta alejándose—. Te trata como la mierda y sigues defendiéndole.

—Estoy intentando ayudar, y no es precisamente una ayuda que le quites el trabajo. Con eso le decimos que no confiamos en él, y le alejamos más.

—Defiéndelo más —susurra con sarcasmo.

—Zucca —le detiene Grayson—. Es normal que lo haga.

— ¿Es normal que ella se deje pisotear por él? —le pregunta Jaxson—. Porque es lo que hace —añade y me mira—. Nena, no lo quiero, pero está descargando la rabia que tiene por mí contigo.

—Detén eso entonces —le pide Brayden—. ¿Quién es tu contacto? En serio, en vez de pedirle ayuda, que trabajen juntos.

—No —rechaza Jaxson.

—Entonces estás evidenciando que no confías en Easton —le dice Grayson.

— ¿Es que podemos confiar en él? —le pregunta Madison—. Porque ni siquiera puede conducir ese coche nuevo que tiene.

— ¿Y por qué lo tiene? —le pregunta Jaxson—. Porque no es nuestro, no podemos localizarlo...

—Está haciendo esto porque le presionamos —le explico.

—Le presiono —me corrije—. Dime, vamos. Es mi culpa.

—Jamás voy a decir eso —susurro.

—No soy una ayuda —defiende—. ¿Él lo es? ¿En serio voy a dejar que él se encargue? ¿A confiar en él?

— ¿Qué hizo en Chicago?

Miro a Jaxson, pero al final no me queda otra que corresponder a Tyler.

— ¿Qué hizo en Chicago? —repite.

—Se metió con los *Chicago Slayers* —le responde Jaxson.

— ¡¿QUÉ?! —gritan todos.

— ¿Puedo confiar en él? —le pregunta Tyler a Jaxson.

— ¿Ha estado en contacto con ellos? —le pregunta Tyler a Jaxson—. ¿Y me lo dices ahora?

— ¿Qué relación tienes tú con esa gentuza? —le pregunta Grayson.

—Hostia puta, Zucca —protesta Tyler.

—Estoy vigilándole —se defiende Jaxson.

— ¿El qué? —le pregunto yo.

Sé que no va a gustarme porque le cuesta mirarme.

—Esto no es normal —me explica—. No está mal, Ele, está muy mal. Y sí, no puedo confiar en él ahora mismo —añade—. Todos hemos intentado ayudarle. Tú estás que ni duermes por él. Y no quiere nuestra ayuda.

—Está mal.

—Ele, estamos todos mal —defiende—. Por el contrario de lo que dice él, hoy todos sí hemos pensado mucho en Cody. Y sé que lo que más hemos pensado es en todo lo que se ha perdido en este año. Han pasado cosas muy buenas, muchas, pero las malas son muy malas. Ni siquiera estamos todos, pero empieza a hacer el recuento de lo que nos ha ocurrido solo a nosotros —añade y nos señala—. Y no digo que lo de Vanessa Alonzi no fuese importante, o que Caroline Capuzzo no se convirtiese realmente en su prima cuando estuvieron juntos, o que no comprenda la necesidad que tiene de encontrar a su padre, porque lo hago. Todos menos tú lo hacemos.

—Y no estamos así —me susurra Madison.

— ¿Y? —le pido porque me estoy poniendo muy nerviosa.

—Está metiéndose algo, Ele —me explica Jaxson—. No sabemos el qué, pero esto no es normal.

— ¿Qué? —pregunta Grayson sin voz.

— ¿Lo dices en serio? —añade Brayden.

—Lo sabríamos si lo consiguiese en casa —me explica Jaxson—. Por eso Ane le tiene vigilado.

¿Ane? ¿Cómo? No puedo entender esto.

—Le tengo vigilado en todo momento —añade Jaxson.

Cuando lo dice miro de nuevo a Tyler, por lo que me ha dicho antes.

—No podemos ser su sombra —me explica—. Créeme, he estado hasta en su habitación. Es un desastre, pero él no es idiota. Lo sorprendente es que sí sigue trabajando como siempre.

—Drogas —repito y miro a Jaxson.

— ¿Cómo te enteras de esto tú que ni vives en casa y yo no lo sé? —le pregunta Brayden.

—No ahora —le pide Tyler.

—No sé qué es —me explica Jaxson—. Pero no es normal. Y si no quiere nuestra ayuda, lo siento, pero te lo dije, nena, no voy a dejar que te haga más daño. Voy a meterle en una clínica arrastrándole con cadenas si hace falta.

—Una clínica —susurro totalmente colapsada—. Pero... —añado—. ¿Es por Chicago?

—No te sientas culpable por dejarle solo.

—Es que lo sabía. No era buena idea —le digo mientras se acerca.

—Ya sé que querías ir —me dice despacio y cuando llega a mi lado peina mi cabello hacia atrás.

—Tenemos que hacer algo.

—Ya lo sé —me susurra.

—Pero hoy, esta noche. Ahora.

—Tranquila —añade y me abraza.

— ¿Por qué no me dijiste nada? —le pregunto abrazándole fuerte.

—Para ahorrarte esto, nena. Y porque si tú le metes en una clínica, no puedo prometerte que tu relación con él vuelva a ser la de siempre. Conmigo ya está cabreado.

Le abrazo muy fuerte.

CAPÍTULO 29

No debería estar haciendo lo que estoy haciendo. Debería haber cancelado mis planes. Tenía que llevar a Noah, eso sí, porque a pesar de cómo acabó la cena de ayer hoy estaba emocionado por su excursión. Pero después tendría que haber cancelado mis planes con Grayson.

—Concéntrate, E —me regaña—. Estás perdiendo tus riendas. De acuerdo que tu caballo va solo, pero necesitas acompañarle.

Corrijo la posición de mis manos y entonces cojo aire. Empieza mayo, el buen tiempo se acerca finalmente, el bosque está precioso, y estoy con mi mejor amigo, pero ese dolor en el pecho no se va. Y no es porque apenas no haya dormido.

—¿Quién lo hubiese dicho? —añade Grayson—. Tú y yo montando a caballo juntos.

Me saca una sonrisa con eso y entonces le miro. La verdad es que parece surrealista. También noto lo diferentes que nos vemos, y no porque mi Hackamore parezca un elefante junto a su delicada Chanel. Estos dos van para rodar un anuncio, y nosotros de paseo matutino.

—Deja de sentirte culpable —me pide—. Easton necesita ayuda, se la vamos a dar, pero no puedes paralizar tu vida porque va a ser un proceso muy largo.

—No lo vi.

—Y deja de castigarte. Tenemos suficiente con tu marido —añade—. Le ha presionado por vigilarle del miedo que tiene que haga otra locura, como lo de los *Chicago Slayers* —defiende—. Y deja de repetir que tendrías que haber ido a Chicago.

—¿Qué es más importante: que las familias protesten por ello, o esto?

—Ya ha pasado, E. Mira adelante, y no solo porque estés montando a caballo —me pide con una sonrisa suave—. Vamos a pensar en esta misteriosa Ane.

—No sabemos nada de ella —le recuerdo.

—Pero hoy vamos a conocerla.

—¿Crees que eso es buena idea? —le pregunto—. Porque sé que East va a cabrearse más.

Finalmente vamos a saber cómo es el contacto que ayuda a Jaxson, algo más de que hablan en ruso, es una chica, menos años que todos nosotros, y no es ni rubia ni morena.

—Zucca se lo debe —me explica Grayson—. Y desgraciadamente ahora Easton se cabrea por todo.

Corrijo la posición de mis manos de nuevo, aunque lo estropeo cuando acaricio el cuello de Hackamore suavemente. Me gusta ir con él, me gusta poder compartir algo con Grayson, me gusta dar un paseo, y el suave balanceo de mi cuerpo cuando Hackamore se mueve antes me daba miedo, pero ahora me parece un masaje relajante. Hoy no me tranquilizo en absoluto.

—No deberíamos habernos ido de casa —susurro.

—E.

—Es verdad —defiendo—. Noah se hubiese acostumbrado. Le llevaríamos igual cada mañana, incluso Jaxson jugaría esos partidos de tenis que detesta, hornearíamos galletas, o lo que sea —susurro—. Pero si hubiésemos estado en casa...

—E, es probable que Easton no empezase aquí, sino en Chicago.

—Es que tampoco tendríamos que habernos dividido.

—Eso va a ser nuestra vida algún día, E. Nos guste, o no lo haga —defiendo y le miro—. Tú también te has dado cuenta. Lo odio, estoy en contra y me he resistido todo lo que he podido, pero ayer Easton tenía razón en más cosas. Algún día vamos a vivir todos por nuestra cuenta, y

nos perderemos cosas que no son tan importantes, pero que nos perderemos porque ya no viviremos juntos.

—Puedes mudarte con nosotros —le digo—. Tendrías que haberlo hecho. Si te echamos de menos.

—Ya, pero, será así —me explica con una sonrisa—. Y admite que te gusta.

Acaricio de nuevo el cuello de Hackamore, después peino un poco su crin y disfruto de las vistas de las primeras flores de mayo en Oregon.

—Sí —afirmo—. Me gusta.

—Ya lo sé, lo vi en Los Angeles. Zucca también, por eso tuvo esa idea. Lo hizo por Noah, pero por ti también —defiende—. Jamás vamos a tener una vida normal, pero lo que tienes ahora viviendo con Zucca, Noah, Alice y vuestro perro es lo más parecido a ello.

—Y me gusta —repito y le miro—. Pero sigue siendo extraño. Y creo que me gustó la idea también para probarlo. Nunca he vivido solo con Jaxson. Me daba miedo que...

—¿Te aburririeses con tu marido? —me pregunta divertido.

—Eso es difícil con Jax, sí —admito riéndome—. No, me daba miedo que fuese diferente y no me gustase.

—Pero lo hace. Y está bien —me explica y echa un suspiro—. Es vuestra vida. Será así. Mi hermana y Tyler ya han vivido juntos, y es evidente que si tienen que irse solos lo harán sean cuales sean las circunstancias. A Letta y Brayden les llegará el momento también algún día. El futuro de Easton para mí siempre fue más abierto...

—Tú también lo tendrás —defiendo.

—No quiero hacer amigos porque siento pánico, cuando los hago me usan, y se me acaba el mundo si me separo de mis favoritos, o actuo como si Alice fuese mi hija cuando no lo es —enumera burlándose.

—Quiero que tengas tu vida, pero si algún día vivimos juntos contigo, sé que me va a encantar —defiendo—. Lo hicimos un poco en Nueva York. Y no repitas de nuevo tu teoría de los equipos si no te incluyes en el nuestro.

Esto le hace sonreír y entonces gira su cabeza y me mira.

—Nunca se sabe —defiendo—. Mira dónde estás.

Me río con él e intentamos disfrutar de nuestra mañana juntos. Echo de menos las clases de Alessandro, pero tener este ratito con Grayson me llena muchísimo. También me da más fuerzas para lo que vendrá ahora.

Cuando Grayson y yo regresamos a casa, lo hacemos a la nuestra, a casa de verdad. Es evidente que no somos los únicos que esperamos a alguien, porque por eso encontramos al resto en el recibidor. Madison está sentada en la alfombra, seguramente agotada de jugar con mi hija. Por eso ahora es Tyler quien impide que Alice no abra cajones de una casa que, bueno, no está preparada y eso evidencia más que ya no vivimos aquí. Brayden está sentado en las propias escaleras, con ropa de deporte, pero está tomándose uno de esos batidos de proteína. Y Violet está en el banco como si estuviese en su oficina. Lo que más me llama la atención, sin embargo, es que suena una canción que me encanta: *I'm Gonna Be (500 miles)*.

—¿Qué hacéis? —les pregunto.

—Planear mi boda —me responde Violet—. Nuestra —corrige enseguida mirando a Brayden y él se ríe.

—Traidora —protesta Grayson.

—Necesitaba la distracción —se defiende Violet—. ¿Os gusta la canción?

—Me encanta —le respondo.

— ¿Para qué? —pregunta Grayson.

—Voy a entrar así —le explica Brayden y se ríe del horror de Grayson.

Brayden deja sus risas cuando escuchamos la puerta. No es la principal, la que tenemos muy controlada, sino que es una de arriba. Y cuando alzo mi mirada veo a Easton acercándose a las escaleras. Se ve peor que ayer, y muerdo mi lengua con fuerza.

—Son las doce —dice él—. ¿Viene Zucca o no?

—Estará a punto de llegar —le explica Tyler.

—No le servirá de nada —avisa Easton bajando las escaleras—. Demasiado tarde para las presentaciones.

—East, si es así de buena, nos interesa que nos ayude —le explica Brayden—. Sigue siendo tu equipo.

—Díselo al señor Zuccarelli —se burla Easton.

—Señores.

Gracias a Dios por Meyers y su intervención. De verdad que no puede llegar en mejor momento, aunque se acerca para anunciar que Jaxson ha llegado. Eso significa que finalmente vamos a saber quién le ayuda.

He hecho pocas preguntas sobre ella. Tendría que haber hecho más.

Jaxson llega a casa con una cría. Sé que él es alto, pero ella se ve realmente pequeña a su lado. Creo que es más bajita que Elise, quien también está aquí y lo observa todo con mirada de halcón como siempre.

¿Ella es la persona que ayuda a Jaxson?

Le pregunté si era más pequeña que nosotros. Cuando me dijo que sí, tendría que haberle preguntado por cuántos años menos. De verdad que se ve como si tuviese la edad de Ash y Gibbs, más la del segundo porque el primero parece que tenga la de Jaxson. La chica además de bajita tiene una figura tan delicada. No es ni morena ni rubia, es pelirroja. Su cabello es largo, en ondas despeinadas, y de un tono cobrizo precioso. Realmente precioso. Quizás esta preciosa melena de león hace que su rostro parezca más pequeño. Tiene cara de niña, de verdad. Cuerpo de niña también. Camiseta roja, vaqueros, zapatillas, y cuando peina su cabello hacia atrás veo un pendiente de aro que yo me ponía en...en el instituto.

En este preciso momento la canción llega a la famosa parte del *Da da da (da da da)*. No sé quién detiene la música cuando esta canción era lo único que escuchábamos.

—Tiene que ser una jodida broma.

Ahora echo de menos la canción.

—Easton —le regaña Jaxson.

— ¡AAAAA!

Por suerte, mi hija puede romper la tensión momentáneamente. Tyler no reacciona a tiempo, y no la persigue cuando Alice corre hacia Jaxson. Mephisto sigue a mi hija, y con él cerca, la chica todavía se ve más pequeña.

Ella no le mira con miedo.

Jaxson recoge a Alice en sus brazos y sé que entonces empieza a hablar en ruso. Solo comprendo el nombre de mi hija y el de mi perro. Instantes después, Jaxson deja a Alice en el suelo y ella corretea hacia su adorado zio G. Grayson presumiría en otro momento, pero ahora mismo está ocupado con la chica como el resto de nosotros.

—Ella es Anežka Vik —presenta Jaxson para nosotros—. Estará ayudando al equipo de Easton.

—Se lo queda, te refieres —le dice precisamente Easton.

—No, te ayuda —le corrige Jaxson—. Y creo que no hace falta que te demuestre que no tienes a nadie así de bueno en tu equipo ahora mismo.

—Tenías suficiente conmigo —le explica Easton—. Un placer —añade para la pobre chica y ni disimula su mentira—. ¿Ves este pasillo de aquí? Al fondo a la derecha hay una puerta, vas a trabajar muy bien desde allí.

—Es suficiente —le avisa Jaxson.

—Por si no está claro, renuncio —le explica Easton—. Y haz lo que quieras con los Capuzzo. Me da igual.

—Detente —le ordena Jaxson—. Lo digo en serio, Easton —añade cuando él pasa por su lado—. Easton.

—Déjame en paz, ya tienes a mi sustituta —le dice Easton alejándose hacia el arco de las escaleras.

Jaxson le sigue, la pobre chica lo hace con su mirada, y rápidamente se da cuenta de que se ha quedado sola con todos nosotros. Sola sin el apoyo de Jaxson, claro. Mira a Violet cuando ella empieza a acercarse. Me acuerdo de la primera vez que conocí a mi hermana. Madison daba miedo, pero Violet es más alta, más robusta y si va vestida de oficina como ahora impone todavía más.

La chica no le tiene miedo.

No sé qué dice Violet en ruso entonces, pero ofrece su mano y creo entender su nombre, así que se está presentando. Aunque pudiese entender ruso, no sería capaz de comprender qué le dice la chica. Habla en un tono de voz tan suave que casi parecen susurros. Pero instantáneamente Violet sonríe, y esto es difícil de conseguir en una primera impresión. Debería ir a por Jaxson y Easton, pero soy incapaz de alejar mi mirada de ellas dos hablando en este idioma desconocido para mí.

—Joder, qué fantasía —susurra Brayden.

Cuando le miro, descubro que no soy la única que lo hace.

—Letta, imbéciles —añade—. No entiendo una palabra y es lo más erótico que he visto jamás.

—Sigues hablando de mi hermana —le susurra Tyler.

El coche les interrumpe. El ruido de ese nuevo coche que tiene Easton es muy distintivo. Jaxson regresa dando un portazo, y por si el gesto no fuese suficiente, cuando viene con nosotros le veo cabreadísimo.

—¿Se ha ido? —le pregunta Tyler.

—Van a seguirle —le responde Jaxson y entonces mira de nuevo a la chica.

Otra vez le habla en ruso, esta vez con Violet interviniendo. La chica tiene que alzar su cabeza para mirarlos, está en un sitio nuevo, y si sabe algo de cómo funcionamos tiene que sentirse intimidada aquí en casa.

No lo parece en absoluto.

—Lo siento —se disculpa entonces Jaxson—. Ane habla en inglés también, pero me ayuda a practicar mi ruso —añade y la chica le sonríe un poco—. Ya te he hablado de ellos. Él es Brayden, Grayson, Madison, Tyler y Eleanor.

—Bienvenida, Anežka —le saluda Tyler—. ¿Lo he pronunciado bien?— le pregunta con una sonrisa.

—Sí, señor Patricelli —le contesta ella, nuevamente en un hilo de voz muy suave—. Puede llamarme Ane, si lo prefiere. Es un honor conocerle.

—Tyler está bien entonces —le dice él.

—Así que conoces a Zoey.

Miro mal a Grayson, y no soy la única.

—Sí, señor Luzio —le responde la chica y sonríe—. Es un placer conocerle, finalmente.

Oh. Interesante. El *finalmente* es muy interesante. Grayson lo nota también.

—¿Zoey te ha hablado de mí? —le pregunta.

—Sí, señor Luzio. Es usted el favorito del señor y la señora Zuccarelli —explica ella en este tono de voz tan hipnótico—. Y el de su hija —añade y baja su mirada.

—Es territorial, posesivo, descarado, orgulloso y a veces incluso hasta maleducado —le explica Jaxson—. Sky.

—Bienvenida a Oregon, señorita Vik —le saluda Grayson y asiente con su cabeza—. Y tiene usted la información correcta.

—A juzgar por lo que sabemos que hace, conoce hasta tu número de zapatos —le recuerda Tyler—. Cállate ya.

La chica sonríe con eso.

En serio, parece no tener miedo ni sentirse intimidada. Es admirable.

—¿Lo sabe? —le pregunta Grayson.

Creo que no tiene más preguntas cuando la chica le da la respuesta, y es la correcta. Jaxson parece muy orgulloso de ella, Violet está impresionada, y el resto intentamos no reírnos del pobre Grayson.

—Bienvenida —le dice Brayden—. Y lo siento por todo esto, pero sí sabemos lo que puedes hacer, así que sé que ya agradecemos mucho tu ayuda.

—Estoy deseando trabajar con usted, señor Occhionero —le corresponde ella—. Y felicidades por su compromiso.

Tengo el presentimiento de que Elise va a amar a esta chica. Es que hasta se parecen. Y cuando busco rápidamente a Elise, y la encuentro bajo el arco de las escaleras, tiene la misma mirada de orgullo que Jaxson. Después veo cómo pone una mano en el bolsillo de sus pantalones. Le cambia el rostro al segundo de contestar la llamada.

—Señor.

Ahora es el turno de Jaxson para dejar el orgullo para más tarde. Habla con Elise en susurros, hasta que pone ambas de sus manos en su nuca y mira al techo. Entonces sé que algo va mal de verdad.

—¿Qué? —pregunta Brayden.

—Ha huido —le explica Jaxson todavía mirando al techo—. Se ha ido.

—¿Easton? —pregunta Madison—. ¿No le seguían? Va con un coche que no es precisamente fácil de esconder.

—¿Por qué te crees que va con el maldito *Bugatti*? —le pregunta Jaxson.

Entonces baja su mirada de nuevo, y le mira a ella en concreto.

—No puedo localizarlo porque no es uno de nuestros coches, y corre bastante más que cualquiera de nuestros coches —le explica.

—Algo podremos hacer —le dice Madison acercándose.

—Esto era una mala idea —protesta Brayden.

—No ayudas —le reprocha Tyler.

Easton se ha ido. Creo que me falta el aire. Elise no tiene tiempo a hacer todo lo que le piden, Jaxson huye hacia la sala de ordenadores, Alice está en el medio, como si nada, jugando con la corbata de Grayson, él alterado, Tyler también, Madison más...

—Eleanor.

Y esa voz hipnótica de nuevo. Pero ahora dice mi nombre. Me considero una persona de

mediana estatura, ni muy alta ni muy baja, pero Anežka Vik tiene un cuerpo realmente pequeño. En serio, ¿cuántos años tiene?

— ¿Está bien que te llame Eleanor? —me pregunta—. Es que Zoey me dijo que lo preferías.

Tiene un tono de voz muy suave y un acento muy fuerte. Es una contradicción en sí, pero la combinación es hipnótica.

—Señora Zuccarelli —susurra.

—No, no —rechazo—. Eleanor está bien. Perdona. Y lo siento por esta bienvenida, eh... ¿Qué puedo...?

—Creo que sé cómo encontrar al señor Capuzzo.

No me sale la siguiente pregunta. Me enseña un móvil, pero casi me fijo más en lo pequeña que parece su mano. Es como que le cuesta sostenerlo incluso. Después veo el punto amarillo que se mueve.

—Con todo mi respeto para el señor Zuccarelli —me dice y le miro con confusión—, le dije que esto no era buena idea. El señor Capuzzo ahora es una persona muy inestable y yo soy la menos indicada para poder ayudarle. Me imaginaba que al verme haría...eso.

—Realmente nos has estudiado —susurro—. Da miedo lo que puedes conseguir con un ordenador.

—A él al que más. Zoey me advirtió que el señor Luzio era muy posesivo y que me preparase algo para caerle bien el primer día, que así sería más fácil.

—Le has impresionado —le felicito riéndome un poco—. Tienes a Easton —añado mirando la pantalla y el punto amarillo.

—Sí —afirma—. Tiene un sistema muy bueno, muy protegido, pero...

—Has conseguido entrar —adivino.

—Sí, a parte de él. Vi que estaba cerrándolo y protegiéndolo cada vez más. Y cuando el señor Zuccarelli me ha explicado que hoy vendría aquí...pensaba que haría eso y huiría. El coche estaba fuera en la puerta.

— ¿Cómo estás rastreando el coche? —le pregunto sorprendida—. O a Easton.

—Desgraciadamente es el coche —me explica y le miro con confusión—. Se dará cuenta pronto —añade—. Pero no sé si puedo...—dice y mira el grupo—. Em, Zoey dijo que son un grupo muy unido.

— ¿Hablas con ella todavía?— le pregunto.

Cuando me mira, soy capaz nuevamente de leerla. Creo que está bien conmigo, y que no va a darme la respuesta.

—Zoey te habló de mis preguntas —adivino y sonrío un poco.

—Lo siento —se disculpa.

—Jaxson —le llamo—. Jax.

Es normal que Anežka Vik se sienta intimidada. En cuanto el resto saben lo que tiene, hay una mezcla de admiración y necesidad de conocerla que no ayuda en absoluto. Elise tiene que dar la orden a los equipos, hay que ir lo más rápido posible porque Easton tiene un coche que corre mucho, pero no podemos agobiarle para que no se dé cuenta de que sabemos dónde está...La verdad es que es una bienvenida que la pobre chica va a recordar durante un tiempo.

Pero ella está muy tranquila.

De hecho, Brayden le hace preguntas, y ella contesta. Elise se acerca con su iPad, y ella le pide que se lo deje. Grayson nuevamente se pavonea porque cualquier persona desconocida causa eso, y ella le mira como si le admirase sin sentirse intimidada por él. Me parece tan hipnótico como su voz.

—Ele.

Jaxson se acerca con Alice. Mi hija rápidamente pide con sus manos venir conmigo, pero admito que le hago poco caso.

—Tranquila —me susurra Jaxson y peina mi cabello con una mano y el de Alice con la otra—. Vamos a encontrarle. Y te lo prometo, en cuanto le tenga, si hace falta yo me voy con él a una clínica, pero sea lo que sea, se acaba hoy.

— ¿Cuántos años tiene?

Me mira con confusión por unos instantes. No es la primera vez que, en una situación de caos, yo le hago una sola pregunta sobre la persona que lleva semanas ayudándole, ayudándonos.

—Diecisiete.

Seguramente, nuestra única esperanza de encontrar a Easton ahora mismo es una chica de diecisiete años que, sin haberle conocido personalmente, ha anticipado que iba a huir y se ha asegurado de que ahora podamos localizar su coche.

La primera impresión de Anežka Vik es algo que yo también voy a recordar para siempre.

CAPÍTULO 30

Es domingo y es demasiado temprano para estar en el porche. Pero me siento en un cómodo sillón, con mi taza de té caliente en mis manos y una gruesa manta para protegerme un poco de la temperatura fresca de primera hora de la mañana. El lago está en calma, y también las casas que le rodean. Un día más me fijo en la antigua residencia D'Arcangelo, vacía, aunque pronto estará en el mercado y espero que algún día alguien pueda ser feliz en ese sitio, finalmente.

Easton se fue el lunes. Se dio cuenta de que le habíamos localizado demasiado pronto. Y le perdimos. Encontramos el extravagante coche, pero no a él. Ni siquiera cuando se fue con su prima Caroline Capuzzo a buscar a su padre sentí tanto miedo, porque entonces como mínimo ella estaba con él, y se comunicaba con nosotros cada cuarenta y ocho horas. Han pasado siete días desde la última vez que supimos algo de él.

Giro un poco mi cuerpo cuando escucho la puerta corredera, y entonces veo a Jaxson. No va nada preparado para pasar un rato en el porche, y creo que hace cinco minutos todavía dormía en la cama. Descalzo, pantalones de pijama negros, camiseta negra, marca del cojín en su mejilla derecha, y esa mirada. También me sorprende porque deja una bolsa que reconozco en la mesa frente a mí.

—Buenos días —me saluda y me besa brevemente.

—Buenos días —le correspondo—. ¿Y esto? —añado mirando la bolsa.

Son los pastelitos que tanto me gustan de esa pastelería en Portland.

—Una de las pocas ventajas de esta casa —me explica sentándose a mi lado—. Estamos más cerca de ese sitio.

Los pastelitos están calientes todavía, y él tiene la marca del cojín en su mejilla.

—A Elise le viene de camino —susurra confesándolo.

—¿Tiene algo? —le pregunto esperanzada.

Es incluso demasiado temprano para Elise. Bueno, no, no lo es, pero no es demasiado temprano para tener algo de Easton.

—No —me responde.

Coge un extremo de la manta para protegerse el también de este aire fresco, y entonces apoya sus piernas en la mesa y su cabeza en el respaldo del sillón.

—Lo siento —añade.

—¿Por qué te disculpas? —le pregunto.

—No teníamos que habernos separado —me explica—. Tendríamos que haber ido juntos a las cuatro ciudades, sin separarnos, y los Patricelli no hubiesen tenido estos meses para...

—Hubiesen podido quemar la torre antes —le explico—. Independientemente de lo que hicimos o dejamos de hacer.

—Ya, pero solo para que Easton no se quedase solo en Chicago, tendríamos que haber estado juntos —añade—. Y tiene razón. Noah podría haberse adaptado a vivir en casa, le hubiésemos traído con su amigo, o al tenis, o lo que sea...

—Jaxson, no te culpes por algo que no depende de ti.

—Le empujé. No confiaba en él, por eso le pedí a Ane que me ayudase, y...

—No hagas esto —le pido y me mira—. Por favor.

Saca su brazo de debajo la manta y entonces peina el mechón que ha caído de mi coleta. Cuando repite el patrón, casi quiero cerrar mis ojos. Pero tengo mis pastelitos, y jamás voy a

rechazar un desayuno con Jaxson y pastelitos.

— ¿A qué hora viene Benedetta? —me pregunta en un rato.

—No vendrá —le explico.

— ¿Por qué? —me pregunta—. ¿No vas con ella a misa? —añade y niego con mi cabeza—. Ele.

— ¿Tú vas a quejarte porque no voy a misa? —le pregunto divertida.

—Sé que te gusta, y que es importante para ti —defiende.

—No me apetece.

— ¿Qué te apetece hacer?

—Comer pastelitos —le respondo y me regaña con su mirada—. No lo sé. Tu hija va a tenerme entretenida de alguna forma, eso seguro.

— ¿Mi hija? —me molesta con una sonrisa.

Precisamente Alice interrumpe nuestra conversación. Gracias al monitor, comprobamos que empieza a despertarse, hacer ruidos, y gritar de felicidad cuando Mephisto se acerca a su cuna y ella puede acariciarle entre los barrotes. Esta felicidad será momentánea, porque pronto protestará porque no puede salir de la cuna. Hemos tenido que bajar el colchón para que le sea imposible saltar, algo que intenta cada día. Lo hace ahora.

—Tu hija —le confirmo a Jaxson.

Sonríe mientras se quita la manta de encima y entonces se levanta para ir con Alice. Así empieza otra mañana. La verdad es que no importa si es una mañana de domingo o de jueves, esta semana han sido exactamente lo mismo. Nada de Easton, y demasiado tiempo para pensar. Quizás, lo diferente de hoy es que desayuno pastelitos y Noah se viste para ir a jugar al tenis.

—Le llevo y vengo —me explica Jaxson entrando en la cocina.

— ¿No vas con él a jugar? —le pregunto sorprendida, y efectivamente no le veo con la ropa para jugar al tenis.

Esto sí que es una verdadera pena.

—No, nena —rechaza—. Tranquila —añade enseguida—. Lo organizamos así. Te veo en un rato.

—AAAAAA —grita Alice y golpea la mesa de su trona con ambas manos.

—*A ti también* —le dice su padre y besa rápidamente su cabeza.

Alice protesta lo suyo viendo que Jaxson se aleja. De hecho, esta niña empieza a asustarme porque cuando la bajo de la trona quiere irse por la misma puerta que se ha ido su padre, y es evidente que está buscándole. La parte positiva es que mi hija se cansa porque esta casa es muy grande, y todavía estamos buscando a Jaxson cuando él, de hecho, regresa a casa.

— *¿Todavía vas en pijama?* —le pregunta Jaxson agachado frente a ella—. *¿A estas horas?*

—Estábamos ocupadas buscándote, papà —le explico y Jaxson me mira divertido.

—*Ya estoy aquí* —le dice a Alice y besa su cuello.

Si mi hija no le entiende, es evidente que ni disimula que su persona favorita en el mundo es su padre. No puedo quejarme porque ver esto me hace feliz.

— *¿Vamos a dar una vuelta?* —le pregunta Jaxson y me mira.

— ¿A dónde?

—A dar una vuelta —repite y le miro fijamente—. Cogemos el coche, buscamos un sitio sin vecinos cotillas...

—Ir a dar una vuelta en coche con tu hija —repito.

No es exactamente la definición de una relajante mañana de domingo. De hecho, en cuanto Jaxson, Alice, Mephisto y yo estamos en el *Range*, no hemos salido ni de la urbanización y mi

hija ya berrea, Mephisto quiere abrirse él solito la puerta del maletero, Jaxson quiere dar la vuelta y yo quiero poner la música a tope. Pero no hacemos esto. Nos alejamos de aquí, nos vamos hacia Portland y no me cuesta mucho rato más adivinar a dónde quiere ir Jaxson.

La casita lila de mi cumpleaños.

Jaxson me regaló esta minúscula casita junto al río Willamette el año pasado. La idea era tener un sitio de paz, lejos de todo y, aunque no es precisamente una casa grande, sería un buen sitio para poner cosas de mi familia, de mis padres, de Kate, de mi infancia, de todo lo que estaba en Florida, vaya.

No sé si es el mejor sitio para venir hoy, la verdad. Estar aquí me pone emocional. Pero entonces, Alice hoy puede caminar por el camino de tierra. Mephisto se divierte mucho entre los árboles. Y cuando veo la casita lila, aunque el día esté nublado y el tono sea demasiado suave, me siento muy feliz.

—Tendría que haberla comprado más grande —susurra Jaxson cuando estamos dentro.

Hay cajas y cajas, con un montón de cosas todavía por revisar. Tengo que dosificar mi tiempo aquí, y ni siquiera todo está aquí. Pero necesito echarle un vistazo sin prisas, porque hasta lo más simple me afecta. Oh, y es el peor sitio para una niña de un año y dos meses que no se detiene dos segundos desde que empezó a andar. Jaxson tiene entretenimiento para toda la mañana y yo abro una caja que contiene, y lo siento por quien sea que las compró, unas horribles copas. Son feas de verdad. Las meto en la caja de nuevo, y esta la dejo junto a la puerta porque hoy mismo se van de aquí.

La siguiente caja se queda sin duda, y contiene lo que hoy hace saltar mis primeras lágrimas. Es una vieja cartera de mi madre, que huele a cuero y a su colonia, que está realmente vieja, e imagino que la usaba cuando Kate y yo éramos pequeñas a juzgar por las fotos de carnet que hay de nosotras en ella. De hecho, en la mía yo debía ser de la edad de Alice más o menos.

—Se parece a ti —defiende Jaxson cuando se lo enseño.

—Jax, cociné durante nueve meses un clon tuyo —replico divertida—. No sé qué parecido le ves, la verdad.

—Los ojos.

—Es casi definitivo que tu hija se quede con tus ojos azules —le recuerdo.

—La forma —defiende.

No estoy de acuerdo en absoluto. De hecho, todo el mundo que nos conoce a ambos dice que Alice se parece muchísimo a él.

—Como voy a olvidarme de ello —le explico a Jaxson y me mira con confusión—, por favor recuérdame que un día de estos consiga una foto de carnet de ella. O díselo a Grayson.

—De acuerdo —acepta con una sonrisa—. *Eh, espera* —añade para nuestra hija cuando se interesa por una caja llena de libros—. *Toma, mira, esta de aquí está vacía* —le explica enseñándole otra caja.

¿Qué tendrán las cajas vacías de cartón y los niños?

—*Mira, ya verás* —sigue Jaxson—. *Quitamos esto* —añade y saca una caja metálica de dentro—. *Y aquí tienes una para ti sola.*

Alice agarra una de las solapas de la caja y tira de ella. El ruido del cartón le encanta. Entonces me fijo en la caja metálica que Jaxson ha sacado. Es un poco rara, y jamás la había visto. Alargada, con las juntas un poco oxidadas ya, y de un color gris muy feo. Cuando la abro, descubro un montón de CD allí dentro. Todos son de mi madre.

Busco un sitio junto a la pared, porque necesito sentarme y prefiero apoyarme en ella también. Y entonces saco auténticas reliquias de esta caja.

— ¿Te ha roto algo? —me pregunta Jaxson entonces y le miro—. La caja —añade.

—No, está bien. Son viejos CD que grababa mi madre —le explico—. ¿Te imaginas hacer esto ahora? —añado y sonrío un poco.

— ¿Qué música escuchaba? —me pregunta.

Saco el primero que sale de aquí, y están todos tan juntos que cuesta un poco.

Viaje a Key Biscayne, 1991

—Tu madre dibujaba bien —elogia Jaxson mientras ambos miramos el dibujo que mi madre dibujó en la carátula.

—Otro talento no heredado —susurro divertida y le doy la vuelta al CD.

—Sí tienes buen gusto musical como ella —defiende—. ¿Lo escuchamos? —me propone—. Encontraste el equipo de música, ¿no?

—Creo que está en un armario de la cocina —le explico y me mira con rechazo—. Es para el polvo —me defiende riéndome.

La primera canción que suena es una que le encantaba a mi padre más que a mi madre. Bueno, tengo el recuerdo de él en el coche mientras cantaba *You Got It*.

—Esta es buena —defiende Jaxson—. A la nonna le gusta Roy Orbison.

— ¿Cómo está hoy? —le pregunto.

—Mareada por la medicación —me explica alejándose del equipo de música—. Y está hinchándose por ella también.

—Sí, lo noté ayer —acuerdo con él—. Pero es parte del tratamiento, ¿no?

—A veces creo que sería mejor que regresasen y que estuviesen con nosotros en casa —defiende—. *Quieta, vas a caerte* —le pide a Alice cuando intenta trepar por el cartón—. ¿*Ya te has cansado de la caja*?

No parece ser así, desaparece de mi vista cuando creo que se sienta y escucho los arañazos de felicidad al cartón.

—No se lo habrás dicho —añado para Jaxson—. A tu abuela.

—Los efectos secundarios son brutales, está al otro lado del país, y no hay garantía alguna de que todo esto funcione.

—Es un tratamiento de tres meses y apenas ha alcanzado el primero —le recuerdo.

—La viste cuando estuvimos allí. Ella misma lo sabe, se despidió de mí como si no fuésemos a vernos de nuevo, y sé que hizo lo mismo con todos —defiende—. Solo quiso ir allí por el maldito faro.

—Oye —le regaño.

—*Lo siento, no aprendas estas palabrotas* —le dice a nuestra hija.

—Es un sitio especial —añado yo—. ¿Quieres que...?

Me detengo cuando escucho los repetitivos golpes en la puerta por encima de la música. Cruz y los equipos de seguridad están fuera, así que...

—Zucca. ¿Puedo entrar?

Es precisamente Cruz, y por supuesto que Jaxson enseguida le da permiso para hacerlo. Pero antes de que pueda preguntar algo, le llaman por teléfono. Y me levanto rápidamente del suelo.

— ¿Easton? —le pregunto a Cruz.

—No, lo siento, Eleanor —se disculpa.

Pero está aquí para traernos malas noticias.

— ¿La nonna? —le pregunto.

Jaxson habla con Elise, lo sé enseguida.

—No, es Lea Patricelli —me explica Cruz—. Ella está bien —añade cuando le miro con

preocupación—. Estaba en su coche, el equipo de seguridad ha notado que les seguían, y ha habido un intento de secuestro. Todo el mundo está bien —me explica—. Están bien —insiste—. No se han hecho daño y tenemos a uno de ellos.

Me giro cuando escucho la voz de Elise en el altavoz, seguramente porque Jaxson necesita echarle un vistazo a la pantalla de su móvil. Está como si leyese algo, de hecho.

— ¿Otra carta? —le pregunto a Cruz.

—Sí —afirma.

La maldita Orden de los Patricelli.

California

7 de mayo de 2017

Muy honorable señor mío:

Recibí esta mañana la alarmante comunicación en cuanto al angustioso acontecimiento que ha vivido la Sra. Lea Patricelli en el lejano estado de Massachusetts. Celebro con mi más sincera enhorabuena su pronta recuperación de este angustiante suceso.

No pudiendo hacer más por mi parte, acepte Ud. mis oraciones a Dios de este su afectísimo servidor.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

Sin duda alguna, la séptima carta ha sido un horrible recordatorio de que seguimos en guerra y de que esta Orden de los Patricelli es quien insiste en que continúe. Y todavía no hemos descubierto quién está detrás de esta idea, de esta organización que envía cartas antiguas, firma con sellos de cera y utiliza un vocabulario clásico como si fuese una organización de siglos atrás cuando ha aparecido en nuestras vidas de la noche a la mañana prácticamente.

Y por fin anochece en casa. Los domingos siempre son un día que Noah ama, pero la sobresaturación de emociones y actividad física hacen que a las siete tenga sueño ya. No es el caso de mi hija, porque hoy además del cuento de Los Angeles, hemos tenido que añadir a la lista de lectura el de los dálmatas, y tres veces. Pero ha caído y bajo las escaleras con la satisfacción de que este día por fin empieza a tener su fin.

Me detengo en uno de los escalones cuando veo a Cruz sosteniendo un jarrón con un enorme ramo de lirios blancos. Es una imagen inusual, y una primera vez. Cuando él me ve a mí, tengo la sensación de que no le gusta que yo haya visto esto.

— ¿Esta fastidiosa Orden de nuevo? —le pregunto.

—Em, no —rechaza—. Estaba en una habitación, pero lo cambio y...

— ¿Qué ocurre? —le pregunto y sigo bajando las escaleras.

Realmente creo que no quería que yo viese esto, y entonces me fijo en su mirada en apuros. Después descubro que Jaxson acaba de llegar al recibidor también, pero por el pasillo de la cocina donde le he dejado hace un largo rato.

— ¿Qué pasa? —le pregunto a él.

Ve el gesto que la hace a Cruz con un asentimiento de cabeza, como si le tranquilizase por lo que fuese. Cuando él deja el ramo en una mesa, me acerco enseguida. También escucho los

susurros de disculpa, y como Jaxson le calma de nuevo antes de que él y yo nos quedemos solos. Solos con este enorme ramo.

No es de la Orden, pero sí hay un sobre. Y cuando lo abro, leo una letra que no me parece familiar.

*Una vez me contaste que tu madre se casó con un ramo de lirios blancos.
Sé que la echas de menos, pero también sé que está muy orgullosa de la madre que tú eres.*

*Que disfrutes mucho de este día y de lo mejor que vas a tener en tu vida.
Te quiero mucho,*

Tu nonna

No es la letra de Dona, ¿pero me manda un ramo de lirios blancos? ¿Y por mi madre? ¿Qué..?

Miro a Jaxson, y entonces me sonrío un poco y se apoya en la mesa. ¿Mi mala memoria me ha fallado? No, hoy no es... Es domingo, de mayo, normal y...

—Primer domingo de mayo —me susurra Jaxson—. Feliz día de la madre, nena.

Oh Dios.

—Eh —añade y rápidamente se agarra a mi mano derecha.

Los pastelitos, ir a la casa, todos los recuerdos de mis padres...

—Lo siento —se disculpa—. He visto que no te acordabas —añade—. Y de todas formas, no necesitas un día para que te celebremos, eres la mejor madre del mundo todo el año, sé que echas de menos a la tuya, y me imaginaba que si ni te habías acordado por lo de Easton, tampoco hubieses querido celebrarlo.

—Tu memoria perfecta podría darle algo a mi memoria nefasta —me quejo y sonrío—. Esperemos que Alice se quede con la tuya —añado—. No protestes —me adelanto porque siempre lo hace.

—El día ha sido más caótico de lo que ya era —defiende—. Y te dije una vez que todos estos días en el fondo son para comercializar con algo más, y para hacer mucho daño.

—Si me lo hubieses dicho, también habríamos estado juntos —le recuerdo—. Este año no solo has pensado en Cora.

Echa un suspiro casi de inmediato y veo su dolor en su mirada. Vittoria Milazzo sigue desaparecida, y con ella cada oportunidad que puede tener Jaxson de conocer a su madre biológica.

—No quiero hablar de ella —me explica.

—Está bien, lo entiendo —le aseguro—. Y te lo agradezco, pero todavía prefiero que me cuentes las cosas. En especial porque ya es demasiado tarde para llamar a tu abuela, y necesito hacerlo por este precioso ramo —añado mirando los lirios blancos.

—Lo siento —repito.

—Solo tú podrías conseguir celebrar el día de la madre conmigo sin que yo me enterase de ello —digo riéndome mientras toco una de estas flores blancas.

—No he celebrado nada —defiende y cuando le miro sonrío angelicalmente—. ¿Puedo ahora?

—¿Qué has hecho? —pregunto con miedo.

—Sabes que me contengo con los regalos —defiende y casi me río.

—Dice el que quiere construirle a su hija un colegio desde cero —le recuerdo.

—El año pasado me controlé mucho.

Ese libro en blanco de *Cómo ser una buena madre* firmado por mí misma como autora para que lo llene de recuerdos de Alice es uno de los mejores regalos que he recibido jamás. Por el apoyo total que él me daba como madre, esencialmente, y por el recuerdo que Alice algún día podrá tener.

— ¿Qué has hecho? —repito.

Aparentemente lo lleva encima. De hecho, en su cartera. La abre y entonces saca una foto de carnet. Es de él con Alice, realmente preciosa, y me la da. Es justo lo que hemos hablado esta mañana... Alice en la foto lleva el mismo vestido que hoy llevaba. Que Jaxson tenga una camiseta negra no es destacable, pero ella tiene el mismo vestido.

— ¿Cuándo has hecho esto? —le pregunto.

Con todo lo ocurrido con la zia, hemos regresado a casa y solo hemos salido para ir a por Noah. De hecho, he ido yo a buscarle.

—Es de hoy —añado.

—Y no es algo excéntrico, es improvisar que siempre dices que me viene bien...

—Jaxson —le interrumpo.

—No te enfades.

Empezamos bien. Miro su mano con curiosidad cuando me la ofrece. No es para que le devuelva la foto, sino que me acompaña al sótano. He interrumpido a Cruz bajando otro ramo a aquí, porque veo algunos más.

—Soy la única que me he olvidado, ¿no? —le pregunto.

—Sigues siendo madre para el resto de tu vida —me recuerda.

—Oh Dios mío.

Y Jaxson decía que este año no había sido excéntrico. Porque tener un fotomatón en el sótano de casa es lo más normal del mundo.

—Mi regalo realmente eran los pastelitos y pasar un rato en la casa —me explica—. Bueno, quería comprarte una moto, pero eso hubiese sido un regalo para mí —añade y me río—. Me has dado la idea. Así puedes llevarnos siempre como hacía tu madre. La nonna también lo hacía, de hecho, y le he mandado una copia a ella.

— ¿Esta es tu idea de improvisar? —le pregunto divertida.

Pero lo consigue, como siempre. Me río, me hace muy feliz, y en un día complicado por el recuerdo de mi madre, por el bebé que perdimos, por Easton, por la Orden de los Patricelli, por la enfermedad de Dona, y por todo lo demás, él consigue que valore lo más importante que tengo: una hija con él, que me convirtió en madre a mí.

La charla por tener un fotomatón en el sótano me la ahorro porque pasamos un rato divertidísimo. Y él maldice su propia idea porque le agoto con tantas fotos.

CAPÍTULO 31

La casa está silenciosa mientras camino por el pasillo. Compruebo que Noah está durmiendo tranquilo, y hago lo mismo con Alice cuando llego a la habitación. Me gustaría poder observar el lago desde la cama, algo que en esta habitación podía hacerse, pero tendré que conformarme con el libro. Grayson me ha dejado *To The Lighthouse*, y es mi única esperanza ahora mismo para que me entre el sueño mientras espero a Jaxson.

Pero me meto en la cama, me giro para alcanzar mi mesilla de noche, y entonces veo el despertador. 9 de mayo. Últimas horas de este día. Es el noveno desde que Easton se fue de casa, también es el cumpleaños de Vanessa. Y consecuentemente, en pocas horas será el de Easton.

Pienso a menudo en Vanessa, hoy ha sido constante, pero admito que mi cabeza se va a Easton. Desgraciadamente ella ya no puede vivir, y ahora sufro por la vida de él. No hay forma de encontrarle. Así que tampoco hay forma de dormir. Grayson me recomendó este libro, y ahora dejo de mirar el reloj porque sé lo perjudicial que es para mí. No me causa la sonrisa que sí tengo cuando abro el libro y veo mi marcapáginas favorito. El domingo, Jaxson y yo estuvimos en ese fotomaton todo lo que yo quise, pero ayer hicimos más con Alice los tres juntos. Como he dicho, mi marca páginas favorito.

El libro me gusta, pero no me distrae. Mi cabeza regresa a Easton, a Vanessa, a... ¿Cuánto rato hace que Jaxson me ha dicho que ya subía a la cama?

Mephisto levanta la cabeza de su colchón cuando ve que yo me levanto del mío. No me sorprende su falta de interés en seguirme. Pero sí me sorprende bajar a la cocina y que Jaxson esté sentado en uno de los taburetes, hablando en ruso. Cruz está a su lado, así que si él también sabe hablar en ruso es un detalle que hasta ahora desconocía.

Espera, es Anežka Vik.

—Hola —me saluda Jaxson.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto preocupada.

Cruz tiene un iPad en sus manos, Jaxson dice algo en ruso antes de colgar su llamada.

—No le ha encontrado —me avisa Jaxson enseguida.

— ¿Tiene algo?

—Sí —afirma—. Estamos buscando lo que sea que Easton hizo en Chicago —me recuerda y asiento con mi cabeza—. Ane ha encontrado esto.

Cruz me enseña el iPad, y entonces lo veo. Veo el maldito coche azul que odio con todas mis fuerzas. Easton se baja de él y se acerca a una puerta metálica. La abre y entra a donde sea que es esto.

—Es la puerta trasera de un edificio de oficinas que tenemos en Chicago —me explica Jaxson—. No la torre.

—Si entra por la puerta trasera es por algo —comprendo y asiento con su cabeza—. ¿Qué tipo de oficinas?

—De empresas variadas —explica—. Estamos revisando las imágenes de seguridad, pero...

—Easton puede manipularlas —adivino de nuevo y vuelvo a asentir con su cabeza.

—No hay imágenes de él dentro del edificio —me explica—. De hecho, solo tenemos esto y no es gracias a nuestras cámaras. Es raro, pero se olvidó de esto.

Anežka Vik con diecisiete años realmente te hace sentir como si no supieses hacer nada.

—Si no hay imágenes de él dentro del edificio de ese día, porque él las borró, es por algo que

no quería que supiésemos —añade Jaxson—. Por algo que hizo allí.

Cruz entonces me da una hoja de papel. Después de echarle un vistazo rápido a ella, mi mirada es para él otra vez y hace una mueca. La lista de personas trabajando aquí es larga.

—Es algo, ¿no? —pregunto.

—A primera hora van a ir planta por planta, oficina por oficina, hasta que hayamos preguntado a todo el mundo si ese día se vieron con Easton —me explica Jaxson—. Pero no te emociones, por favor.

—Ha modificado las imágenes de seguridad por algo —defiendo.

—Y espero que sea por algo importante, pero también podría no ser nada.

Con lo que puedo, me paso la noche buscando algo de esta lista. Jaxson no puede regañarme porque él hace lo mismo, pero sí me convence para que lo hagamos desde la cama. Supongo que, en algún momento, me duermo y cuando me despierto soy la única que sigue aquí.

Las diez y media de la mañana.

No me gusta nada saber qué hora es. Espero que Jaxson haya llevado a Noah hace unas horas, me imagino que también está con Alice, pero lo que me fastidia de verdad es despertarme y haberme perdido cualquier detalle que hayamos podido conseguir de esa lista de personas. Y es una sorpresa bajar a la cocina y encontrármelos a todos. Tyler está preparando algo con una sartén, Violet sirve café, Brayden y Jaxson miran algo en un iPad sentados en la mesa, y Grayson persigue a mi hija porque ella está explorando esta cocina un día más.

—Buenos días, E —me saluda precisamente él.

Ni siquiera me he tomado un vaso de agua o he lavado mis dientes, así que no creo que mi respuesta sea muy elocuente. Eso sí, mi mirada para Jaxson dice mucho.

—Tranquila. No te has perdido nada —me asegura—. Y has dormido más de tres horas por primera vez en diez días.

—¿Y por qué estáis aquí? —le pregunto al resto.

—Porque echas de menos mis tostadas francesas —me responde Tyler—. Y porque estábamos en casa igual que vosotros, y es más fácil esperar juntos.

—Y para que Grayson tuviese su dosis de primera hora de la mañana con Alice —se burla Brayden y el aludido le rueda los ojos.

—Te lo prometo, nena —susurra Jaxson levantándose de la silla—. No te has perdido nada.

—¿Tenemos algo?

—No —me responde—. Mucha información, sí, pero todavía nada. Teníamos que esperar a la mañana para empezar a llamar.

—Ya tenemos suficientes problemas porque Easton está a saber dónde —susurra Brayden—. Y escapó de su propia seguridad.

—Puede estar muerto —le recuerdo.

Alejo una silla de la mesa para mí y entonces me siento en ella. Sé que necesito dormir y que mi cuerpo agradece estas horas, pero el dolor de cabeza de ahora mismo es insostenible. Jaxson se agacha a mi lado, apoyando sus brazos en mis piernas, y es entonces cuando me doy cuenta de que solo tengo una de sus camisetas negras. Con dos dedos acaricia suavemente mi muslo desnudo, con una sonrisa y, aunque en otro momento conseguiría avergonzarme para su diversión, hoy no lo hace.

—Vamos a encontrarle, ¿de acuerdo? —defiendo.

Lo repite constantemente, pero le falta una parte vital a esa promesa: vamos a encontrarle vivo. Porque ahora sufro por lo que sea que está tomando, porque haya regresado con los Chicago Slayers, por si la Orden de los Patricelli le encuentra antes que nosotros, por...

—AAAAAAA.

Solo Alice consigue que pueda alejar la mirada de Jaxson. Grayson deja ir su mano y entonces ella corretea feliz hacia nosotros. Como siempre, ama lanzarse a los brazos de su padre y hoy calcula bien la distancia.

—*Dale los buenos días a la mamma* —le propone Jaxson ayudándola.

—*Mamma* —repite Alice mientras su padre la lleva hacia mí.

La siento en mi regazo y me alegra que, por unos minutos, me deje sostenerla. Debo admitir que lo hace porque se entretiene con el cuello de la camiseta de Jaxson.

—Buenos días —le deseo también a él.

—Buenos días, nena —me corresponde.

Con el beso sí disfruta avergonzándome, pero la verdad es que hoy y ahora necesitaba unos buenos días así. Me sobra la parte en la que Jaxson se aleja de mí porque nota a alguien. Y alguien que puede interrumpirnos así sin problema alguno es Elise White.

—Lo tenemos, señor —confirma—. Sabemos qué hacía el señor Capuzzo en ese edificio —añade rápidamente.

Prefiero tener a Easton que saber qué hace o deja de hacer. Ya me aseguraré yo de que me lo cuente, esta vez de verdad. Pero Elise repite una vez más que no saben dónde está él. Se acerca con su iPad, y con ella lo hacen también el resto porque no quieren perderse nada.

—Buenos días, señora —me saluda brevemente y se sienta en la silla de mi lado.

Sí, voy con la camiseta de mi marido, sin pantalones, cabello hecho un desastre, legañas en mis ojos y mal aliento, pero ella todavía insiste con esto.

—Buenos días —le correspondo y sonrío un poco antes de desbloquear su iPad.

Lo que veo enseguida es la foto de una mujer. Parece una imagen corporativa, como estas de tu curriculum o empresa. Es una mujer a la que me cuesta ponerle una edad, pero creo que está entre la zia y los nonni, y más cerca de la zia. Cabello largo y oscuro, tez bronceada, camisa blanca casi demasiado blanca y con el cuello abierto, falda lápiz en verde azulado y ella tiene escondidas sus manos en los bolsillos de esta, piernas cruzadas y salones de oficina. Se apoya en una pared blanca y sonrío, así que quizás simplemente está posando como modelo.

—Es la doctora Simone Faro —explica Elise—. Psiquiatra. Tiene su oficina en el edificio. Acaban de contactar con ella y dice que se reunió con el señor Capuzzo no solo en el día de las imágenes, sino cada semana que él estuvo en Chicago.

—¿Qué? —pregunta Brayden sorprendido.

—Ha estado hablando con alguien —nota Grayson.

—¿Qué sabemos de ella? —pregunta Violet.

—Los Faro son una buena familia Capuzzo —dice Brayden—. ¿Verdad? —añade para Jaxson y él asiente con su cabeza—. ¿Qué sabes tú de ella?

—No sé nada de ella —le responde Jaxson—. Simplemente conozco a la familia, y no personalmente tampoco —añade y mira Elise—. Me imagino que no ha dicho eso de la confidencialidad de paciente.

—Sí lo ha hecho, señor —defiende Elise.

—Incluso yo sé que eso desaparece si se le ordena que cuente qué hacían ella y Easton —le dice Madison—. Es una Faro antes que una psiquiatra —añade.

—La doctora Faro ha explicado que no va hablar de sus sesiones con el señor Capuzzo con nadie —comenta Elise—. Dice que el señor Capuzzo lo pidió en cada uno de sus encuentros.

—Me da igual lo que diga Easton —defiende Jaxson—. Especialmente ahora. Porque la teoría que tengo no me está gustando.

—Entonces sí la conoces —le dice Brayden.

—No lo hace —defiende Grayson—. Pero esta mujer es una persona que puede conseguir medicación para Easton. Esa medicación, en dosis erróneas puede empeorar el comportamiento de Easton, alterarle demasiado, convertirle en una persona vulnerable a cualquier tipo de manipulación mental y, lo más grave, puede ser muy adictiva.

—Y le cuentas tu vida —susurra Madison—. Lo haces con cualquier médico, pero es que estos están únicamente para esto.

—Hostia puta —maldice Brayden.

—La niña —le regaña Violet al instante—. ¿Qué más sabemos sobre ella, además de que no quiere contarnos nada?

—Traedla —le ordena Jaxson a Elise—. Invéntate lo que quieras, pero no puede usar la protección de confidencialidad de paciente. Cada profesional de la familia que tiene eso sabe que vamos por delante.

—La doctora Faro sí desea hablar con usted, señor —le explica Elise—. Con usted y la señora Zuccarelli —añade y me mira brevemente.

— ¿No quiere decirnos lo que sabe sobre Easton, pero quiere hablar con ellos? —le pregunta Violet—. Esto es una trampa —añade para Jaxson mirándole.

— ¿Por qué? —le pregunta a Jaxson—. Sabe que tenemos formas de obligarle a cooperar. ¿Graba sus sesiones?

—La señorita Vik y el equipo ya están en ello ahora mismo, señor —le explica Elise—. Sin embargo, de momento, no tienen nada sobre el señor Capuzzo.

—Ha modificado las imágenes de seguridad de todo el edificio —le recuerda Brayden a Jaxson—. Dudo que le dejase grabarle a él, o que tengamos fácil acceso a ello.

—Podemos llamarla —le propongo a Jaxson—. Videollamada si lo prefiere.

—Lamento comunicarle que la doctora no hablará si no es personalmente con ustedes, señora —me explica Elise.

— ¿Quieres averiguar si habla o no habla en cuanto la tengamos en el sótano? —pregunta Brayden—. No me jodas, nena —añade cuando Violet le regaña—. No puede exigir una mierda.

—Voy a negociar con ella —le dice Jaxson a Elise y alza su mano.

—Por supuesto, señor —le corresponde ella.

Saca su móvil, llama a no sé quién, y entonces se lo da a Jaxson.

—En altavoz —pide Madison y se lo agradecemos todos.

—Buenos días.

La voz femenina es desconocida.

—Buenos días, ¿la doctora Faro, por favor?

—Sí, soy yo, señor Zuccarelli.

—Entonces sí sabe quién soy —añade Jaxson—. Ahora necesito saber por qué solo puede hablar con mi mujer y conmigo, y no puede ser por teléfono.

—El señor Capuzzo me pidió que nunca detallase nuestras sesiones con alguien que no fuese usted y la señora Zuccarelli, y fue especialmente insistente con la señora Zuccarelli.

Noto las miradas, pero me cruzo con la de Grayson y veo su mueca. Esto es algo que encaja con Easton.

—Soy consciente de que esta llamada y cualquier encuentro con usted va a ser analizado y el señor Capuzzo me pidió que por ese motivo nunca comentase nuestras sesiones por llamada telefónica, o cualquier otro medio electrónico.

—Súbase un avión y venga entonces —le pide Jaxson—. Y es una orden, doctora Faro.

—No puedo hacer eso, señor —le corresponde ella—. Ahora mismo estoy hablando con usted, pero si subo a un avión para venir a Oregon, no es precisamente la forma más discreta de poder hablar. Y el señor Capuzzo exigió discreción por seguridad.

—¿La suya o la de él?

—Ambas, señor —responde ella.

—¿Sugiere que mi mujer y yo vengamos a verla a usted a Chicago? —le pregunta Jaxson.

—Mi hija Audrey Faro ahora mismo está en el *Rush University Medical Center*, de la Universidad de Illinois —explica la doctora y no comprendo el sentido de sus palabras—. Puedo llamarla, o ustedes si lo prefieren, y ella estará con ustedes todo el tiempo que nosotros podamos en hablar con seguridad.

¿Ofrece a su propia hija como prueba de que podemos confiar en ella?

—Su hija —repite Jaxson.

—Sí, señor —repite—. Ella sabe que tuve varias sesiones con el señor Capuzzo. Naturalmente no conoce el contenido de esas, pero sí que esto algún día podía ocurrir. Le ofrezco a mi hija para demostrarle que lo único que necesito es un espacio seguro para hablar, porque el señor Capuzzo dio indicaciones claras de no hacerlo nunca de otra forma que no fuese presencial, y siempre con el señor y la señora Zuccarelli, aunque, repito, insistió mucho en la señora Zuccarelli.

—Va a tener que darme algo más, doctora —le explica Jaxson—. Porque no la conozco, dice que estuvo con mi hermano, pero no tengo pruebas de ello, quiere que nosotros viajemos a Chicago, mi mujer tiene que venir y conocerá que soy bastante protector con ella...

Ruedo mis ojos porque es inevitable. Veo la suave sonrisa de Grayson porque él intenta no reírse tampoco por el romanticismo de Jaxson, y especialmente sus momentos.

—Y ofrecerme a su hija no me parece suficiente, porque sin conocerla de nada, no sé si elogiar su lealtad o cuestionar su capacidad como madre —añade Jaxson.

—Lo comprendo, señor —le corresponde ella—. ¿Le parece prueba suficiente que le explique dónde descansa la señorita Vanessa Alonzi?

Jaxson me mira a mí entonces y ya estoy correspondiendo su mirada. Esto es importante. Por las caras de Tyler, Madison o Violet, es probable que esta doctora tenga información que ni ellos tienen.

—Isla de Santa Cruz, California —añade la doctora.

—Enseguida enviamos protección para usted y para su hija, doctora —le explica Jaxson—. ¿Algo más que quiera contarnos ahora?

—Por su seguridad y la mía, les pido que vengan a Chicago con la máxima discreción posible, señor.

—Le informaremos en breve de los detalles. Muchas gracias.

—Hasta pronto, señor.

Cuando Jaxson cuelga la llamada, necesitamos unos segundos para que alguien diga algo.

—Es un sitio precioso.

Por supuesto que es Tyler, y además estoy de acuerdo con él.

—Si sabe esto, es que Easton realmente ha hablado con ella —añade.

—Ella puede haberle hecho hablar —le recuerda Madison.

—Opciones —pide Violet—. Porque esto es peligroso, muy peligroso.

—¿Nos queda otra? —le corresponde Grayson—. Habla de sesiones en plural, y es evidente que de forma voluntaria o coaccionada, Easton ha hablado con ella. Ahora ya sabemos que Easton en Chicago hizo mucho más de lo que dijo que hizo. Esta mujer en este instante quizás es

la única persona que sabe algo, o que puede ayudarnos a encontrarle a él. Sus peticiones me parecen arriesgadas, pero me creo que Easton le pidiese hablar en persona, no confiar en mucha gente, y jamás hacerlo por teléfono.

—Y que Ele estuviese siempre —susurra Jaxson—. Pero voy a matarle de todas formas en cuanto le vea de nuevo —protesta.

—Podéis entrar en Chicago con un perfil bajo —le dice Brayden—. En eso no veo el problema. Pero sigue pareciéndome muy arriesgado.

—Nos ha entregado a su propia hija —recuerda Madison—. O es una muy mala madre o...

—Señor —llama Elise—. Mis disculpas, señora Luzio.

—Siempre puedes interrumpir, Elise —le recuerda ella—. Especialmente si tienes tu iPad —añade—. Eso es siempre —dice y Elise sonríe un poco.

—La hija de la doctora, Audrey Faro, estuvo en el mismo colegio que Caroline Capuzzo. El detalle es importante.

—Eso no sé si tomármelo como algo bueno, o malo —susurra Brayden—. Sí, es evidente que Caroline Capuzzo estaba de nuestra parte, pero el mismo colegio significa que esta doctora y los tíos de Easton en algún momento se cruzaron.

—Que intenten que ella hable más que la madre —le pide Jaxson a Elise—. No puede aferrarse a lo de médico paciente, y es más joven.

—Enseguida, señor.

—Joder con Easton, en serio —protesta Brayden.

—Oooh-oooh-ohhh —canta Alice y da golpes fuertes a la mesa.

—No escuches al zio Bray, mi amor —le pide Grayson—. Es muy malhablado.

Miro a Jaxson, y entonces le veo de brazos cruzados mirando la mesa con la misma concentración que nuestra hija. En algún momento nota mi mirada.

—No voy a quedarme —le aviso.

—Sé que no vas a hacerlo —me corresponde—. Iba a decirte que te prepares para irnos. No me importa que vayas con mi camiseta, pero sé que a tú sí, nena.

Y nuevamente elige el peor momento para la sonrisa coqueta, el descaro y ser el hombre más atractivo que conozco.

CAPÍTULO 32

Las casualidades de la vida tienen algo que a veces me pregunto si realmente son casualidades. Easton lleva fuera de casa diez días y no hemos sabido nada de él. Pero hoy, 10 de mayo, en su cumpleaños, estamos volando a su ciudad natal porque tenemos más de lo que hemos tenido en este tiempo. Eso sí, lo admito, tengo miedo. Tengo miedo de que sea una trampa, tengo miedo de que los *Chicago Slayers* descubran que estamos aquí, o la maldita Orden de los Patricelli, o quien sea. Pero esencialmente tengo miedo de lo que la doctora Faro pueda contarnos, y que sea la verdad.

Tampoco estoy muy cómoda en este avión. Tan blanco, tan nuevo, y demasiado grande. El otro día para ir a Massachusetts lo llenábamos enseguida, pero hoy escucho demasiado el motor y no me gusta. Ya he bajado mis ventanillas, estoy echada en el sofá, me he quitado esos zapatos que Grayson ha insistido que me pusiese y precisamente me relajo frotando el borde de la falda de mi vestido negro que también ha elegido él. Cuando giro mi cabeza y veo ese sillón en el que Easton nos ignoró viaje de ida y vuelta, es peor.

Así que me pongo nuevamente mis auriculares, intentando no pensar que las únicas personas que nos acompañan son Elise y Cruz en la mesa, que hemos dejado a Alice en casa, y que tenemos que confiar abiertamente...Sí, prefiero la música la verdad. Y paso de canción a la siguiente antes de apoyar mi cabeza en el respaldo y cerrar mis ojos. Solo los abro de nuevo cuando noto algo y entonces veo a Jaxson cerca de mí. Muevo mis piernas para que pueda sentarse en el sofá y después me quito un auricular.

— ¿Por qué no te tomas algo? —me pide—. Nos queda un rato todavía, nena.

—Quiero estar bien —le explico—. El nuevo avión tampoco me gusta, pero puedo sobrevivir al viaje —defiendo con una sonrisa.

—Como quieras —susurra y apoya su espalda en el respaldo—. ¿Qué escuchas? —me pregunta y le doy el auricular que me he quitado.

La mueca es instantánea, y no me sorprende. No me esperaba que le gustase *Feels Like Home*.

—Corrijo eso que te dije sobre que tienes buen gusto musical —me explica quitándose el auricular—. Es deprimente, nena.

—Lo sé —susurro—. Y no me gusta —le explico—. Vi una caja de cosas de Kate el domingo —le explico—. La canción sale en una peli que le gustaba mucho y vi el DVD...

—*How To Lose a Guy in 10 Days* —dice sorprendiéndome.

—Sí —afirmo divertida—. Tampoco pensaba que te gustase —añado riéndome.

— ¿Te gusta a ti? —me corresponde con incredulidad también.

—No —le confirmo—. Kate. Y mi madre, las dos de hecho.

Asiente con su cabeza y después peina un mechón de mi cabello.

—Grayson —me explica él—. No le nombres la película, por favor. Cada cierto tiempo tiene una obsesión con ella, que me vuelve loco a mí.

—Me haces dudar —le explico y me mira con confusión—. Teniendo en cuenta que eres fan de Britney Spears gracias a él, quizás también amas esta peli y no quieres confesármelo.

Se ríe un poco y después se agacha hacia mí para besarme. Se aleja en cuanto escucha los pasos, y entonces también vemos a Elise acercándose. Cuando le entrega el iPad a Jaxson, yo también me quito mi auricular y me incorporo un poco.

—Ya han hablado con Audrey Faro —explica Elise—. Si cuenta la verdad, ya sabemos por

qué el señor Capuzzo contactó con la doctora Faro.

En el vídeo aparece una chica que comprendo que sea hija de la doctora porque veo el parecido entre ellas. Sí parece una estudiante universitaria, tiene un largo cabello rizado de un tono oscuro como el de la madre, y me fijo especialmente en el manto de pecas en su nariz porque no deja de tocarse esta con una mano. Es evidente que está nerviosa, lo normal porque está siendo interrogada, y su voz también suena entrecortada cuando habla.

El señor Capuzzo se acercó a hablar conmigo a mediados de enero. Él sabía que yo estudié con Caro...con Caroline Capuzzo. Es su prima, es mi mejor amiga...Era...Y me contó la verdad, la verdad sobre ella. Se lo agradecí mucho porque necesitaba saberlo y...y se notaba que Caro...que Caroline se lo había pedido. A él tampoco le vi muy bien, y con todo lo que ocurría... no sé, le debía mucho. Caro era mi mejor amiga. Le dije que si podía ayudarle yo a él que me avisase, y le vi mal...Mi madre es psiquiatra, así que...te juro que no sé de qué hablaron. Mi madre no me cuenta nada, es una buena profesional...

Está desbordada. Si lo finge, es realmente buena en ello. La voz, los gestos, la desesperación, el miedo...parece muy real.

—Gracias, Elise —le agradece Jaxson devolviéndole el iPad.

—Les avisaré si tenemos alguna novedad, o si el equipo puede corroborar que la historia es verídica —ofrece—. Señores —se despide.

Me apoyo de nuevo en el sofá y me acomodo bien. Jaxson sube mis piernas a su regazo para acercarse a mí y entonces empieza a dibujar patrones en mis medias oscuras.

—No me dijo nada —susurro y me mira—. No me lo contó. Sé que soy la primera que siempre me quejo cuando lo controlas absolutamente todo, pero... —añado—. Bueno, cuando Bray se hizo la vasectomía, supe que era importante y que por eso él te pidió ayuda que fuese con un buen profesional, como le interesa a cada paciente, pero además uno que no contase a nadie que el líder Occhionero quiso esa intervención.

—Ya lo sé —susurra.

—Debería alegrarme de que él buscase ayuda si sintió que necesitaba eso.

—Y no te sientas triste porque no te lo contó —añade.

—Nos dividimos, y yo le llamaba en Nueva York, pero con todo...

—Ele, te le digo yo y es raro, pero no puedes vigilarle todo el día —me explica—. Mira todo lo que ha hecho sin que nadie lo supiese.

—Tendría que haberlo notado, o haber...

—Ele —me detiene—. Ya hago yo eso por los dos. Le he vigilado hasta que se fue de casa y a saber dónde está —añade—. Tú has estado allí por él incluso cuando no se lo merecía.

—Sí lo hace —susurro y me cuesta controlar mis lágrimas—. Necesita ayuda. Y no la de una psiquiatra...aunque bueno, si necesita esta ayuda lo comprendo, pero necesita...

—Tranquila —me dice con calma y acaricia mi rodilla—. Incluso él sabe que no vamos a perderle de vista en cuanto le encontremos.

—¿Y si le ha pasado algo? Está solo y...

—Le encontraremos —susurra.

Pero de nuevo no puede prometerme cómo le encontraremos.

—Dame tu móvil y te pongo algo de música un poco menos deprimente —me pide y se lo doy.

Cuando me lo devuelve, leo el nombre de la canción y no lo reconozco. Sí al grupo, o me parece familiar vaya. *Sultans of Swing* de los Dire Straits. Y esto sí se corresponde un poco más

al estilo de Jaxson. También me gusta de inmediato, y no admito cuántas veces escucho la canción antes de llegar a Chicago.

Nunca antes había estado en la ciudad del viento. Cuando me bajo del avión, bueno, hace viento. Es suave, pero es fresco también. Y veo el cielo con más nubes que en Oregon, y eso es algo.

— ¿Esto es ser discretos? —le pregunto a Jaxson cuando veo dos enormes coches esperándonos, y dos hombres frente a ellos.

—No tengo un *Honda Civic* a prueba de balas, nena —me explica.

Son dos *Cadillac* negros, y los reconozco porque son idénticos a los coches que usábamos en Nueva York. Ciertamente no son discretos, pero cuando me subo a uno de ellos me siento segura.

— ¿Alguna vez había conducido en Chicago, señor De la Cruz? —le pregunta Elise y se pone el cinturón.

—No, señora White —le responde Cruz.

—Le indicaré el camino entonces.

Aunque Cruz fuese de Chicago, Elise también le indicaría el camino. Intento relajarme, pero ahora no me parece adecuado usar el truco de la música. Distraerme mirando por la ventanilla, observando un paisaje que para mí es desconocido, tampoco funciona. Sí ayuda un poco que Jaxson sostenga un iPad y trabaje con él con la misma mano, porque la otra me la da a mí.

Sé por qué hemos venido a Chicago, por quién, en concreto. Es mucho lo que ahora mismo tenemos que gestionar, pero en cuanto nos acercamos a la ciudad, y el tráfico es denso como en cualquiera, pienso en alguien a quien no tuve la oportunidad de conocer mucho: Silver Blue. Nació aquí. En esta ciudad. Y todavía no sabemos cómo acabó con los Delle Donne, pero me pregunta si ella seguiría viviendo aquí de no haberse cruzado nunca en su camino.

No sé en qué parte de Chicago estamos, pero lo que sí noto es que llevamos ya una hora en el coche. Jaxson está concentrado en la información que tiene el iPad, Cruz conduciendo y Elise guiándole por estas calles con un tráfico especialmente denso. Sé que empezamos a acercarnos a nuestro destino cuando Cruz desvía el coche por indicaciones de Elise hacia una calle más tranquila. Hay hileras de casas una al lado de la otra, de estilos diferentes pero ninguna de más de dos pisos. La calle es de doble sentido, pero apenas nos cruzamos con alguien.

Cruz aparca nuestro coche detrás de un sedán azul de cuatro puertas. La casa a la que vamos es la blanca. Como todas las de esta calle, su exterior parece muy cuidado, tiene una forma estrecha y no es especialmente alta. También noto el ligero movimiento en una cortina de un ventanal de la parte frontal.

Es una de esas veces en las que espero a que Jaxson baje del coche y me agarro a su mano cuando me la ofrece. No me alejo de él mientras caminamos por la acera hacia el jardín delantero vallado. Elise va delante de nosotros, y subimos tras ella la decena de escalones hasta llegar frente a una puerta negra. Nadie llama, pero nos abren.

Esta es la casa de la doctora Faro. Ahora vive sola, aunque hace unos años también vivía con su hija, y hace diez con su marido, quien falleció como consecuencia de una parada cardíaca. Se nota que la casa ha sido renovada recientemente porque todo se ve muy nuevo. El estilo es demasiado minimalista y moderno para mi gusto, y Jaxson la odia porque la gama cromática básicamente es el gris ceniza con la madera de tono claro, aunque hay lo suyo también en acero, metales y el color negro.

La doctora Faro ahora mismo está en su casa bajo arresto domiciliario. Tal y como ella ha ofrecido, su hija está en otro sitio y ella tiene a un equipo de seguridad que ha revisado su casa

de arriba abajo. Y personalmente, me parece que está muy tranquila sentada en la mesa del comedor cuando nos ve llegar.

La foto corporativa que he visto de la doctora Faro hace unas horas podría ser una foto actual del día de hoy. Su cabello oscuro y largo está peinado de la misma manera, también tiene una camisa blanca con el cuello abierto, falda lápiz en color marrón y salones de oficina. Está sentada en una de las sillas de la mesa de comedor, y cuando se levanta la mujer que está a su lado en la pared da un paso.

—Vamos a dejar a los señores Zuccarelli con la doctora Faro, por favor —ordena Elise para toda la gente que está por aquí.

La doctora mira cómo esta gente sale de su casa, y creo que siente algo de miedo. Ciertamente no se levanta de nuevo cuando nos acercamos a la mesa, algo que quiere hacer para saludarnos.

—Doctora Faro —le saluda Elise—. Elise White —se presenta—. Y él es el señor De la Cruz.

Por órdenes de Jaxson, Cruz ahora intenta intimidar de verdad a la pobre mujer. Está funcionando.

—Le sugiero que no se deje ni un detalle, que no nos haga perder el tiempo, y que valore la oportunidad que se le está concediendo —añade Elise—. Le recuerdo que la política de confidencialidad de profesional y paciente no existe si el señor y la señora Zuccarelli necesitan su colaboración —le explica—. El señor y la señora Zuccarelli —nos presenta entonces.

La doctora asiente con su cabeza, el único movimiento que se atreve a hacer, y no dice nada cuando nos sentamos frente a ella en la mesa. A pesar de que la casa en estilo me parece muy fría, sentarnos así en su mesa de comedor me parece algo muy íntimo. Y si esta mujer tiene algo de Easton, lo que sea, personalmente creo que intimidarla no es lo mejor que podemos hacer.

—Hola —le saludo.

—Buenos días, señora Zuccarelli —me corresponde—. Un placer.

—Gracias por ayudarnos. Comprenderá que tenemos algunas preguntas —añado.

—Sí, señora —me responde.

Sus ojos son de un color chocolate muy bonito.

—¿Cuándo fue la primera vez que estuvo en contacto con mi hermano? —le pregunta Jaxson.

Seguramente por eso Easton me quería aquí, Jaxson a veces pierde sus modales y no nos ayuda en absoluto.

—El trece de enero, señor.

Las imágenes que tenemos de Easton, son del diecinueve. Nos separamos para irnos a las diferentes ciudades el doce de enero, por lo que Easton fue realmente rápido.

—Elabore, por favor —pide Jaxson y no ha recuperado sus modales, sino que da órdenes educadamente.

—Mi hija Aubrey me explicó que había recibido la visita del señor Capuzzo y que él estaba interesado en conocerme. Lo que sé es que el señor Capuzzo contactó con ella porque le había prometido a su prima Caroline Capuzzo que lo haría para contarle que había fallecido. Mi hija y Caroline...—añade—. Bueno, Caroline estuvo aquí muchas veces.

Ella también parece afectada por la muerte de Caroline Capuzzo, y como en el caso de su hija, me parece real.

—Conocemos la amistad de su hija con Caroline Capuzzo —le explica Jaxson—. ¿Eso se extendía a los padres de ella?

—No, señor —le responde la doctora—. Hace años que no les veo, y jamás han estado en mi casa, o cerca de mi familia —le responde ella—. Solo conocí a Caroline.

—¿Por qué mi hermano se acercó a usted? —le pregunta Jaxson.

—Mi hija quería agradecerle que le diese la paz que necesitaba.

—Pero usted devolvió el favor —nota Jaxson.

—Mi hija me avisó de que el señor Capuzzo parecía necesitar ayuda profesional, le pareció una forma más adecuada que un regalo material que el señor Capuzzo puede conseguir fácilmente.

—Así que no es que le pagase en metálico por las sesiones para no dejar rastro electrónico, trabajó gratis para él —defiende Jaxson.

—La política de confidencialidad de profesional y paciente no es lo único que cambia, señor —defiende la doctora—. Es el líder Capuzzo. En mi opinión profesional vi muy necesario que empezásemos con nuestras sesiones, y naturalmente accedí a que fuese en secreto y de forma gratuita porque sé las connotaciones negativas que puede tener mi profesión, o mi relación profesional con el señor Capuzzo.

No le tiene miedo a Jaxson, eso seguro. A Jaxson a veces esto le gusta, le hace admirar a alguien, pero si la doctora cruza una línea será malo.

—Así que usted y mi hermano empezaron con sus sesiones, en secreto, sin coste alguno, con las grabaciones de seguridad modificadas... —enumera Jaxson—. Pero en su oficina.

—El señor Capuzzo no podía venir aquí, hubiese sido peor —defiende ella—. Pero en ese edificio hay muchas empresas que pertenecen a la familia Capuzzo, a la suya también, y era más fácil.

—Y aun así a nosotros nos quería en su casa —le dice Jaxson—. Hemos sido discretos, pero existe el riesgo de que se sepa que estamos aquí.

—Le he pedido discreción por el bien de mi familia, y por lo mencionado, por el bien de la suya, señor —corresponde la doctora—. Fui invitada a la boda de los padres del señor Capuzzo, estuve en su *Il benvenuto* y en su *Incoronazione*. Envié regalos de cumpleaños y he sido leal al señor Capuzzo y las cinco familias toda mi vida —defiende—. Pero era solo eso, el señor Capuzzo. Ahora le he conocido mejor. Me temo que sé por qué ha huido, pero espero y confío que si él descubre que ustedes están aquí, y puede hacerlo incluso con nuestra discreción, regrese a casa con ustedes.

Esta mujer parece genuinamente preocupada por Easton.

—¿Cuántas veces ha estado con mi hermano en esas sesiones?

—Diez sesiones de una hora —responde ella—. El señor Capuzzo estuvo unas cinco semanas en Chicago, si no me equivoco, y le vi dos veces por semana.

Eso son muchas horas.

—No van a encontrar nada en mi oficina —añade—. Aunque nos reuníamos allí porque para él era más fácil venir a visitar un edificio lleno de empresas Capuzzo, solo usábamos el espacio para esta parte de la historia. El señor Capuzzo se aseguró de eliminar su presencia de otra forma y yo jamás dejaba nada que pudiese detallar nuestras sesiones en mi oficina.

—Doctora Faro, la coincidencia de su hija con Caroline Capuzzo encaja muy bien en la historia —le explica Jaxson—. Y es cierto que conoce un detalle sobre Vanessa Alonzi que poca gente sabe. Pero no tengo ninguna prueba de que usted y mi hermano se reunieron, y la necesito porque para eso hemos venido hasta aquí. No hay nada en su casa, en su oficina, en sus ordenadores...

—En la cocina, hay un libro de recetas con cien ensaladas —explica ella confundíendome más todavía—. En su interior no hay ninguna receta de cocina, sino mis notas de las sesiones con el señor Capuzzo. Parte de los ejercicios eran unas cartas, y podrá reconocer su letra. En las cartas también anotamos la fecha y el sitio.

Elise se mueve para comprobarlo, y creo que antes de que llegue a la cocina, me parece que la doctora Faro dice la verdad. Lo comprobamos en pocos minutos.

—Empiece de nuevo por el principio —le pide Jaxson cuando él mismo comprueba la letra de Easton.

—Esto es suyo si lo quieren —explica la doctora cuando Jaxson me da el libro—. Pero en mi opinión profesional les recomiendo que no lo lean. Forma parte de la sesión privada de su hermano, y mi experiencia profesional me dice que ni él desea que ustedes lean esto, ni puede ser bueno para su relación.

—El señor y la señora Zuccarelli tienen el derecho de revisar hasta la última miga de pan de esta casa, doctora Faro —le recuerda Elise—. Y como le ha ordenado el señor Zuccarelli, empiece de nuevo por el principio.

Elise a veces es demasiado, y este es uno de los momentos. Le doy el libro de recetas y creo que por mi mirada sabe qué pienso.

—Lo primero que le pregunté al señor Capuzzo ese trece de enero, en nuestra primera sesión, es a quién iba a llamar al salir de mi oficina para contarle que había dado el primer paso para pedir ayuda —explica la doctora—. Fue usted, señora Zuccarelli.

Easton me eligió a mí. Pero no lo hizo.

—En nuestra segunda sesión supe ver que no había llamado a nadie —añade—, pero casi en cada vez que nos vimos, repitió su nombre y el suyo, señor Zuccarelli, reiteradamente —explica—. De hecho, no me sorprendió en absoluto que me pidiese que si algún día tenía que hablar con alguien de nuestros encuentros fuese con ustedes.

Oh Dios.

—La ventaja que tuve con el señor Capuzzo —sigue—, aunque también puede ser considerado inconveniente, es que yo conocía una parte de su vida. La parte pública. Y solo con eso, supe que el señor Capuzzo llegó a mi consulta con una larga lista de asuntos con los que tratar.

“Le pedí que hiciese una lista con diez. Los que él consideraba más importantes. La lista la encontrarán en el libro si finalmente desean leer mis notas. La idea era empezar cada sesión con un tema diferente, pero los diez temas aparecieron en las tres primeras.”

—Su padre —dice Jaxson entonces—, mis padres, el abandono en Nueva York, ser el más pequeño de todos, la presión de destacar en informática, conectar con un hermano que era un desconocido, Vanessa Alonzi, la adoración extrema que siente por Eleanor, Caroline Capuzzo, y descubrir que su madre no es quien toda la vida había soñado que era.

Jaxson me da miedo. También deja sin palabras a la doctora, porque ella necesita unos segundos para reaccionar.

—Casi los diez —le felicita la doctora—. En orden cronológico, porque es lo normal en estos casos, ordenar tus preocupaciones como se ordena tu vida en años...—añade—. En la lista del señor Capuzzo había una persona que no supone realmente una preocupación para él —le explica—. Ciertamente el señor Capuzzo siente un amor muy fuerte por usted, señora Zuccarelli —añade—. Le considera un gran apoyo en su vida.

Easton.

—Pero eso no es algo que él crea que debe gestionar, porque básicamente es algo que le ayuda a gestionar el resto —defiende y mira a Jaxson—. El señor Capuzzo eligió nueve, pero es un número que a mí no me gusta y el diez es un número más fácil en mi terapia. Y, de hecho, el punto diez se lo dije yo en la mitad de nuestras sesiones, cuando él ya confiaba más en mí.

—¿Cuál es el punto diez, entonces? —le pregunta Jaxson.

—La enorme presión que siente para que usted se sienta orgulloso de él y darle las gracias por la vida que tiene.

Oh Dios mío. Mi corazón se rompe por Easton, pero Jaxson ahora mismo está... Y ahora entiendo las palabras de la doctora. Era mucho mejor que nosotros no supiésemos los detalles de sus sesiones. Jaxson no necesitaba saber eso.

—En varias ocasiones tuve que detener al señor Capuzzo porque me hablaba más de ustedes dos que de él mismo —sigue la doctora—. Comprendí fácilmente que ustedes para él representan un apoyo importantísimo en su vida. Él no recuerda a sus padres. Creo que lo que recuerda es distorsionado, y ahora mismo él se da cuenta de que no puede ni confiar en sus propios recuerdos. Siente una rabia y un recor inmenso por su padre, la falta de una figura paterna fuerte que le defiendese cuando era un niño, y toda la adoración del recuerdo de su madre, como usted bien ha comentado, señor Zuccarelli, ahora mismo está muy confusa.

Jaxson se apoya en la silla y es evidente que empieza a respirar con dificultades.

—De todo el grupo, el señor Capuzzo es muy consciente de que es el pequeño —sigue la doctora—. Es algo que le ha marcado mucho.

—Siempre ha sido igual que el resto —susurra Jaxson—. Y me arrepentí mil veces de no llevármelo de Nueva York.

—Él es consciente de esto, señor —le confirma la doctora—. Pero es una cuestión matemática. La diferencia de edad entre él y el resto es mayor, y especialmente no ahora, sino en el pasado —añade y me mira—. Perdón, señora, me refiero a cuando todos ellos eran niños. Creo recordar que usted y el señor Capuzzo nacieron en el mismo año.

—Lo comprendo, no pasa nada. Y sí, hasta yo siempre dije que era el pequeño —susurro.

—Siempre ha formado parte de la familia como cualquiera —defiende Jaxson.

—Pero fue el más pequeño en el momento de perder a sus padres, señor —le recuerda la doctora—. Sus padres adoptivos no fueron exactamente un referente o un apoyo —añade y Jaxson resopla—. Pero sí lo fue su hermano mayor. Él habla con alivio del momento en que todos se encontraron en Oregon —sigue y me mira—. Y ha repetido en varias ocasiones que usted completó la familia. Por lo que ustedes, ambos, para él casi se han convertido en una figura...paternal y maternal, o de referencia, de guía de la familia...

No era consciente de que estoy llorando hasta que Elise no se acerca y me da un pañuelo de papel.

—¿Y ni siquiera con esto pudo usted llamarnos? —le pregunta Jaxson.

Acerca su mano a mi regazo, y me aferro a él con la que no sostengo el pañuelo de papel.

—El señor Capuzzo es adulto, es mi paciente, y si no fuese él yo ahora mismo no estaría discutiendo detalles de su vida privada con ustedes.

—Ya, pero es el señor Capuzzo —le recuerda Jaxson—. Y estaba mal, usted lo vio, notó que él no decía nada a nadie, que se protegía hasta para eliminar grabaciones de seguridad, ¿y no avisó a nadie?

—Es mi paciente.

—Estamos hablando del señor Capuzzo —le recuerda Jaxson—. Estamos hablando del líder de una familia, de una persona que está en la cima de nuestra organización jerárquica, que si está así de mal es más vulnerable que nunca, ¿y no dijo nada?

—Señor Zuccarelli, con todos mis respetos, pero con todo lo que me ha hablado de usted el señor Capuzzo, y con lo poco que he visto en este rato, si yo hubiese traicionado la confianza del señor Capuzzo y hubiese hablado con usted, muy probablemente usted hubiese reaccionado de esta misma manera con él, él hubiese respondido a ello de la misma forma, hubiese dejado de

hablar conmigo, y el problema seguiría en el mismo sitio.

—Estamos hablando de mi hermano, doctora Faro —defiende Jaxson—. Mi hermano. Me da igual su moral, su ética laboral, o el juramento de medicina —enumera—. Usted me dice que mi hermano está mal, yo hablo con él, y me da igual si se cabrea o no me habla jamás, hubiese estado en casa y no haciendo a saber qué aquí en Chicago y ahora no estaría donde a saber que está ahora.

Pero nuevamente la doctora Faro no le tiene miedo a Jaxson. Ni siquiera cuando se levanta cabreado para pasearse por su salón.

—¿Le recetó medicación? —le pregunta Jaxson.

—No, señor.

—Tiene un paciente en este cuadro médico de jodida locura, ¿y no le receta medicación?

—El señor Capuzzo no quiso tomar medicación y, aunque yo se lo recomendé, es el paciente quien lo elige en su caso, señor —explica la doctora.

—¿Y por qué no quería? —le pregunta Jaxson.

—No puedo conseguirle la medicación de forma legal sin dejar una huella de ello —responde la doctora—. Y conseguirla de forma ilegal es muy peligroso.

Jaxson frota su cabello con sus dos manos y escucho su ajetreada respiración mientras da vueltas. Empiezo a preocuparme de verdad por él.

—Pero usted lo ha dicho —añade Jaxson y se detiene para mirar a la doctora—. Es su diagnóstico. Siente una presión horrible en hacerlo bien, en protegernos a todos, en ser parte de la familia.

Y puede hablar de él mismo con las mismas palabras.

—Pero si esto se descubre —sigue Jaxson—, si esto se descubre tenemos un problema porque usted también ha recordado que las connotaciones negativas que tiene la salud mental empeoran en su caso porque es el señor Capuzzo.

—Así es, señor —confirma la doctora.

—Pero él vino a su consulta porque sabía que necesitaba la ayuda, que tenía que arreglar... esto —sigue Jaxson—. Lo habla con usted, hace los ejercicios que le propone, o las cartas, o lo que sea...—añade—, pero le falta la parte imprescindible, y es la jodida medicación. Era evidente que no la conseguiría con una prescripción suya en la farmacia. Pero iba a conseguirla.

Oh no, por favor, no. Pero Jaxson me mira, y frota su boca con una mano antes de echar un suspiro. No lo dirá por si la doctora no lo sabe, pero yo le entiendo. Ya sabemos que Easton ha tratado con los *Chicago Slayers*. Y esta gente puede conseguirle este tipo de cosas.

—Los *Slayers*.

Esto sí que me sorprende de verdad. La doctora Faro lo sabe.

—Buscar a su padre es una prioridad en su vida —añade la doctora para Jaxson—. La necesidad de venganza por la muerte de su prima es algo que ahora mismo es muy fuerte en su vida. Realmente es una prioridad. Compartió sus ideas conmigo.

—No, si todavía usted misma le presentó a esa gente —susurra Jaxson con rabia.

—Le advertí de manera reiterada que no dejase que la venganza tomase decisiones peligrosas para él. Caroline no regresará.

—Bueno, sabe ya que esta mierda de consejo profesional es eso, una mierda —le dice Jaxson.

—Jax —susurro.

Se lo digo por él. Está alteradísimo.

—Porque tiene contacto con los *Slayers* —defiende Jaxson sin escucharme—. Y ellos le pueden conseguir lo que quiera. El problema es que está tan mal, y no se lo dijo a nadie, que a

saber qué cojones se tomó. Porque le podían decir que era algo, y puede ser lo que esa gente quiera.

Oh Dios mío.

—Y esto, doctora Faro, era evitable —defiende Jaxson—. Usted me llama, es que no hace ni falta que me cuente los detalles, pero me llama, y me dice que mi hermano me necesita. Y yo le consigo la medicación, la buena, y ya de paso una profesional que es lo que él merece.

—No es su responsabilidad arreglar a su hermano —replica la doctora—. Sé que es el verbo que emplea, o uno parecido —añade—. Precisamente el señor Capuzzo siente esa necesidad de que usted se sienta orgulloso para descargarle de la responsabilidad que usted tiene con sus hermanos.

—No me analice —le ordena Jaxson—. Le juro que mi hermano jamás será paciente suyo de nuevo, pero no me analice.

—De corazón se lo digo, señor Zuccarelli, pero creo que el señor Capuzzo debe tomar sus propias decisiones.

—Mire dónde está el señor Capuzzo con sus decisiones —se burla Jaxson—. A saber dónde, con quién, y yo, sin tener un título en la pared como usted, sé que ahora mismo tiene una fuerte adición a lo que sea que se está metiendo en su cuerpo —añade—. Y repito, todo esto era evitable. De hecho, es que podría desterrarla por esto, doctora Faro.

—En mi opinión, creo que avisarle a usted no habría impedido esto —explica ella.

Tiene valor, eso seguro.

—Llevo treinta años tratando con pacientes —sigue—. Si cada vez que uno de ellos toma una mala decisión, se equivoca, o no hace lo que creo que le conviene, yo me sintiese culpable por ello, ahora mi hija sería huérfana. Les doy mi ayuda, les escucho, les aconsejo como mejor sé, pero al final del día, depende de ellos aceptar eso. Por ese motivo la salud mental es tan delicada, porque exclusivamente depende de uno mismo.

—Una mierda —replica Jaxson—. Usted como profesional puede hacer lo que quiera, pero yo como su hermano te aseguro que cuando le vea de nuevo voy a ayudarle de verdad.

—¿Qué ocurre si no funciona?

—Doctora Faro, le pido que modere su tono y sus palabras con el señor Zuccarelli —defiende Elise enseguida.

—¿Qué ocurre si el señor Capuzzo no quiere su ayuda? —añade la doctora ignorando a Elise.

De verdad que tiene valentía porque ignorar a Elise cuando defiende a Jaxson es algo importante.

—¿Le encierra en una clínica de desintoxicación? —le pregunta la doctora a Jaxson—. Si quiere le cuento mi experiencia profesional, pero me parece que ya conoce qué voy a decirle. No servirá de nada. El señor Capuzzo ahora mismo necesita el apoyo de su familia, de las personas que están siempre a su lado, pero si usted le castiga por no hablar con usted, le encierra por no saber gestionar mejor sus acciones, lo único que va a conseguir es que se enfade más...

Y ya ha huido. Miro a Jaxson y nota mi mirada. Ya hemos hecho esto. Hemos ofrecido nuestra ayuda, y le hemos presionado demasiado. Por lo que se fue. Y ahora es peor.

—Tendría que habernos avisado —le reprocha Jaxson.

—Como miembro de la familia Capuzzo y conscientemente de la Zuccarelli, sí, seguramente —le responde ella—. Con la discreción que el asunto merece, claro está, pero sí, hubiese sido una buena idea.

—¿Y qué cojones hizo?

—No tratarle como el señor Capuzzo —responde ella—. Sino como mi paciente. Alguien que

confiaba en mí, que hablaba conmigo, que me pedía ayuda. En mi opinión, enseguida vi que el señor Capuzzo necesitaba esas sesiones, pero no soy tan buena como para gestionar sus preocupaciones por él. Nuestro trabajo es enseñar a que él pueda gestionarlo.

—Mire dónde está —le dice Jaxson—. No, mejor, dígame dónde está.

—No lo sé, señor Zuccarelli —le explica ella—. Y realmente espero que él descubra de alguna forma que ustedes están aquí, para que regrese a casa.

—¿Eso no le cabreará más? —le pregunto yo—. Que estemos aquí.

—Sabrá que el señor Zuccarelli ahora mismo se siente muy culpable, que usted está muy preocupada, y que ambos desearían hacer lo que fuese para que regresase a casa —enumera mirándome—. Son su mayor apoyo. Regresará para que ustedes no tengan que estar viviendo lo que viven ahora.

Oh Dios mío, mi cabeza va a estallar. Y entonces me giro porque Jaxson está llorando. Está llorando aquí mismo.

—Esa primera pregunta que le hice —le explica la doctora—. Es siempre lo que mejor me ha funcionado en mi trabajo. Pido a qué persona le contarás que estás empezando algo importante, para saber qué persona es importante para mis pacientes.

—Otro consejo que no sirvió de nada —susurra Jaxson y me rompe verle así.

—Me sirvió para desarrollar lo que a lo largo de nuestras sesiones intenté transmitirle al señor Capuzzo —explica ella—. Él les mencionó a ustedes muchas, muchísimas veces. Es evidente que les considera la parte esencial de su familia, que comprende que su vida, tanto la suya como la que tienen en conjunto, les tiene a ustedes en el eje central.

—Nunca queremos esto —susurra Jaxson—. Solo porque fui el mayor, y ella es más buena que nadie que he conocido jamás —añade y me mira brevemente.

—Pero es así, señor Zuccarelli —defiende la doctora—. Y es algo muy bueno.

—¿Bueno? No llevamos aquí ni una hora y algo me dice que ya sabe que Easton no es el único que necesita jodida terapia.

—Cada uno tenemos nuestra vida y nuestras cosas, señor —le dice ella con una sonrisa suave—. Y sí, es bueno. El señor Capuzzo habla siempre de su familia, de sus hermanos, siempre usa el plural. Nuestra casa, nuestro viaje, nuestra idea, nuestro plan... —enumera—. Tiene un punto de apoyo muy importante, y por experiencia puedo asegurarle que desgraciadamente eso no siempre es así, y es lo más importante.

—Usted ha dicho que depende de sí mismo y sus elecciones —le recuerda Jaxson.

—Porque es una persona, no un coche teledirigido —defiende la doctora—. Él tiene que tomar sus decisiones, buenas o malas, y de la misma manera que se celebran las buenas, hay que intentar arreglar las malas. ¿Usted celebra sus logros solo, o desea compartirlos con alguien?

Elise tiene que acercarse con otro pañuelo para mí.

—Él tiene el apoyo y lo sabe —sigue la doctora—. Realmente espero que su visita aquí no solo les ayude a ustedes a comprender un poco mejor al señor Capuzzo, sino a que él regrese a pedir ayuda a quien tiene que pedirla.

—¿No a la terapia? —le pregunta Jaxson y ella se ríe un poco.

—Sí, personalmente creo que su hermano necesita terapia, buena medicación, y mucho tiempo —explica ella—. Pero es un poco más fácil con una familia como la suya cerca.

—¿Ni idea de dónde puede estar? —le pregunta Jaxson.

—No, señor, lo siento mucho —le responde ella.

—De esa lista... —añade Jaxson y coge aire para alejar sus lágrimas—. ¿Qué es lo que más le preocupa? Porque hay cosas que podemos situar geográficamente. Lo hemos revisado todo a

estas alturas, pero...

La doctora no le responde cuando él se queda en silencio. Creo que me da miedo porque ya sé la respuesta.

Que Jaxson se sienta orgulloso de él y darle las gracias.

Pero ahora Jaxson y Easton llevan meses peleándose, presionándose el uno al otro. Easton sabe que se ha equivocado porque no nos ha dicho nada, porque se juntó con los *Chicago Slayers*, y además ahora toma algo que no sabemos qué es, pero que se ha convertido en una auténtica droga.

Hará lo que sea para intentar arreglar esto.

CAPÍTULO 33

El baño de la doctora Faro no parece ni real. Es como esas maquetas 3D. Está tan limpio, tan ordenado y se ve tan nuevo que es como si fuese o la maqueta o un decorado. Pero necesitaba estos minutos para mí. Todavía se nota que he llorado, pero he podido calmarme y refrescarme un poco. Cuando me acerco nuevamente al salón, tengo un poco de miedo.

La doctora Faro ya no está sentada, sino que se ha levantado y está frente a Jaxson. Él le escucha de brazos cruzados, asintiendo lentamente con su cabeza, y parece mucho más calmado también.

—Todavía no sé si puedo confiar en usted, la verdad —explica Jaxson cuando llego con ellos—, pero creo que su preocupación por mi hermano es genuina, y aprecio eso.

—Comprendo perfectamente sus reticencias, señor —le corresponde ella con una sonrisa suave—. Si puedo hacer algo más para ayudar, puede encontrarme.

—Su hija estará con usted pronto —le asegura Jaxson.

Entonces le ofrece su mano, y la doctora le asiente una vez con su cabeza antes de corresponderle el gesto.

—Ha sido un placer conocerle —le dice—. Señora Zuccarelli —añade para mí.

—Si se pone en contacto con usted, tiene que avisarnos —le explico mientras le ofrezco mi mano—. Es un orden, doctora.

—Sí, señora —me responde y corresponde el gesto.

—Gracias por atendernos —le agradezco.

Salgo de su casa con el cuerpo revuelto, la cabeza funcionando demasiado, y agotada. De verdad que en cuanto me subo al enorme *Cadillac* negro quiero cerrar mis ojos y descansar. No lo hago, después de ponerme el cinturón miro a Jaxson. Él tiene su mirada fija en el respaldo de Elise y, de hecho, solo escucho la voz de ella antes de que Cruz encienda el coche. Y nos vamos de esta calle.

—Jax —susurro.

Gira su cabeza para mirarme, y después creo que intenta sonreírme, aunque sea de lado. En pocos segundos, extiende su brazo hacia mí y me aferro a su mano. Ya casi no me acuerdo de lo que tenía que decirle.

—Cuando le encontremos —le explico—, tenemos que...

—No nos alejaremos de él —susurra—. Te lo prometo.

—Gracias —le agradezco.

No dejo ir su mano, pero si la conversación para más tarde. Tampoco soy capaz de cerrar mis ojos. Miro por mi ventanilla una ciudad que desconozco, y que no voy a conocer porque ya nos vamos de camino al aeropuerto.

Sé que el rato en coche es largo, pero me parece especialmente largo. Necesito regresar a casa, abrazar a mi hija, estar con los míos, y encontrar a Easton. Necesito a Easton de manera urgente.

—¿Ocurre algo? —pregunta Jaxson en rato.

Le miro enseguida, pero no me lo dice a mí. Se lo pregunta a Elise y Cruz.

—Creo que nos siguen, Zucca —le explica Cruz—. SUV roja, una *Hyundai* creo.

¡¿Qué?! Me doy la vuelta de inmediato y Jaxson hace lo mismo. Veo una SUV roja un par de coches detrás.

—¿Coche rojo? —pregunta Jaxson—. Esto es atrevido —añade con burla.

—Vamos a desviarnos para intentar comprobarlo —le explica Elise a Cruz—. Voy a indicarle el camino, señor De la Cruz. Y déjeme recordarle que necesitamos contactar con el segundo coche, y que a partir de este momento “Zucca” es el señor Zuccarelli.

Elise y sus formalidades. Como si ella no le llamase Zucca también. Se pone en contacto con el segundo coche, y en cuanto Cruz empieza a seguir sus indicaciones, comprobamos que, efectivamente, el coche rojo nos sigue. Por lo que tenemos que dividirnos, y descubrir si nos sigue a nosotros o elige seguir al otro coche. Es esta segunda opción.

—Al aeropuerto, rápido —le pide Elise a Cruz—. Yo le indico, señor De la Cruz —añade.

Cruz sigue las indicaciones de Elise durante un largo rato. El problema es que la SUV roja todavía sigue al otro coche.

—Lamento comunicarle, señora White, que la pick-up gris también parece tener las mismas ideas —le explica Cruz.

Se nota que se burla de los formalismos y además los usa porque nos escuchan, pero no puedo divertirme ahora mismo. ¿Otro coche nos sigue?

—Y el vehículo idéntico que va detrás también —añade Cruz.

—Mierda —protesta Jaxson—. ¿Cuánto rato nos falta?

—Media hora, pero el tráfico está peor que antes, señor —le responde Elise—. ¿Pido refuerzos?

—No —rechaza Jaxson—. Esto significaría decirle a más gente que estamos aquí, y si saben que estamos aquí, es gracias a una lista reducida. Encabezada por la buena doctora.

—Jax —susurro—. Su preocupación por Easton parecía real.

—Filippa Carchidi también era una anciana muy amable que daba pena por su soledad —me recuerda—. Lo siento —se disculpa enseguida—. Lo siento —repite—. Solo no puedo descartar a la doctora, especialmente porque pocas personas saben que estamos aquí.

—Zucca.

—Señor Zuccarelli —le corrige Elise en un susurro.

—Hay una tercera, mujer —se queja Cruz—. Mismo color, mismo coche.

—Primero en rojo y ahora con tres furgonetas idénticas. No le tienen miedo a nada.

—Tienen un logo en ellas, creo, señor —explica Elise—. Tiene una J y una R en ello, me parece.

Jaxson maldice en italiano, en voz baja, y de forma rápida. Cuando maldice en italiano es malo, cuando maldice en italiano y no comprendo nada sé que es algo grave.

—J and R Auto Service Center —dice Jaxson.

Cruz resopla, Elise se gira en su asiento para mirar a Jaxson. Creo que los tres saben por qué esto es importante, así que busco mis respuestas.

—*Slayers* —me susurra Jaxson—. Jagger y Reese —añade—. Miembros fundadores de los *Chicago Slayers*. Tienen un taller mecánico.

Oh Dios mío. Los *Chicago Slayers* saben que estamos aquí, y que este es nuestro coche.

—No salga de una calle principal, de una carretera o de una vía transitada —le ordena Elise a Cruz—. Mantenga su velocidad lo más cerca del límite sin sobrepasarlo...

—Elise —le detiene Jaxson—. Sabe lo que se hace.

—También es un ex miembro de una banda rival de los *Slayers* —susurra Elise—. Y no me gusta lo que he encontrado sobre usted, señor De la Cruz.

—¿Qué parte? —le pregunta él—. Se lo pregunto genuinamente, señora White —añade y de nuevo está ahí la burla.

—Elise, déjalo —le ordena Jaxson—. Vamos a concentrarnos en llegar a ese avión.

Intento no pensar en las furgonetas que nos siguen. Ni en todo lo que nos ha dicho la doctora Faro. Ni en preguntarme si ella está implicada en esto. Ni en si la gente que nos sigue sabe dónde está Easton. Y así salimos de las calles más céntricas de Chicago y nos vamos hacia el aeropuerto donde hemos aterrizado no hace tantas horas. En algún momento llegamos a la I-55. Es exactamente lo que necesitamos, una carretera con otros vehículos para no quedarnos solos con las tres furgonetas que nos siguen. El problema es que cuando estamos allí, lo escucho.

Realmente es como una manada de insectos que hace mucho, mucho, mucho ruido.

—Te juro que voy a matarle en cuanto le vea —protesta Jaxson.

—Confirmación de que son los *Slayers* —explica Cruz.

—Hay cámaras de tráfico por todas partes, es una zona de fácil acceso para la policía...— enumera Elise.

—Esas motos corren más —le dice Cruz.

—¿Qué tipo de acercamiento es este?

—El de “te acompañamos al aeropuerto porque no te queremos en nuestra ciudad” —le explica Cruz—. No muy hospitalario si tenemos que detenernos, la verdad.

—Entonces no detenga el coche y llévenos al aeropuerto.

—Ele —me susurra Jaxson y le miro—. Tranquila.

—Nos persigue una banda de motoristas, con los que Easton ha hecho tratos, y ellos...

—Sht —me susurra y me da su mano.

—Esto es bueno, ¿no? —le pregunto—. Tengo que ver el lado bueno de esto —añado y me mira con el ceño fruncido—. Easton va a saber que estamos aquí. Si la doctora tiene razón, regresará a casa.

—Esperemos que así sea.

Por favor que sea así.

CAPÍTULO 34

No fue como deseábamos. No funcionó. Conseguimos llegar al aeropuerto, intimidados por una banda de motoristas, pero sin problemas. Nos subimos a ese avión, dejamos Chicago atrás y regresamos a casa. Nosotros lo hicimos, Easton no. Y cuando llegamos a Oregon, teníamos una carta esperándonos. Por lo que nuestra visita a Chicago fue ruidosa como esas motos, y desgraciadamente no hubo respuesta de Easton.

California

10 de mayo de 2017

Muy honorable señor mío:

Mucho siento el tener que escribirle estas líneas para transmitirle nuevamente mi intranquilidad al saber que trató con otra indecente y deshonesto sociedad de aquellos que asedian los caminos de la ciudad del viento con motocicletas. Su conducta de Ud. me parece reprehensible, puesto que Ud. presume de hombre formal y de digno honor.

Debo decir a Ud. que su comportamiento me incomodó muchísimo y que me hago preocupado por el bienestar de Ud. y de su familia.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

Apenas hay un claro de luz en el cielo cuando me siento en la silla frente a la mesa. Eso se debe a dos motivos: es muy temprano todavía, y además está lloviendo. Por suerte, el telediario de primera hora de la mañana está anunciando que para las nueve de la mañana la lluvia ya se habría ido de la zona de Portland.

Es un mal día para esto, aunque mi cariño por la lluvia, los truenos y el mal tiempo haya crecido a lo largo de estos años. Pero sé que los graduados de la clase 2013-2017 de la *Zuccarelli University* y todos sus familiares, amigos y la gente que con tanta dedicación organiza un día como el de hoy preferirían que el tiempo ayudase un poco en un día tan especial. Hace ya tres días que empezaron todos los actos de la semana de la graduación, pero hoy es el día más importante de todos ellos.

Hubiese sido también mi día de graduación si todo hubiese sido como me imaginé que sería en cuanto llegué a Oregon.

Esperaba haberme acostumbrado a esa constante lluvia y al frío en invierno. Esperaba tener un grupo de amigos con los que celebrar este día. Esperaba llevarme un buen título universitario que me abriría muchas puertas en el mundo laboral. Esperaba dejar de sentirme triste constantemente. Esperaba poder empezar de nuevo, tener otra oportunidad porque mi vida era demasiado corta como para irme con mis padres y Kate.

Pero también sabía que ningún familiar me aplaudiría cuando me diesen el diploma, ni viajaría por todo el país para compartir este día conmigo. Eso lo sabía con certeza. Pero jamás imaginé que este día sería así para mí.

No voy a graduarme. De hecho, no estoy ni estudiando. Es más, la última vez que asistí a una clase ni siquiera era para algo que vine a estudiar a la ZU. Por lo que no tengo que celebrar este día y, si lo hiciera, no solo no tendría a mi familia conmigo sino que tampoco tendría a un grupo de amigos. El diploma no lo necesito. Mi vida laboral no existe. Mis preocupaciones por la vida adulta, bueno, unas ya hace días que las tengo y otras jamás voy a tenerlas.

Oh, y estoy casada a efectos reales y legales, tengo una hija, tengo un montón de hermanos, tengo una tía, tengo dos abuelos, y soy la señora Zuccarelli. También he matado, he sido cómplice de la muerte, he participado en cosas de las que moralmente no debería presumir, y además volvería a hacerlo de nuevo.

Esa tristeza ha desaparecido. Vine aquí buscando oxígeno y no solo lo encontré en los bosques que hay por todas partes. Soy una persona muy diferente, el dolor por la pérdida de mi familia también ha cambiado mucho, y no solo tengo una vida completamente nueva, sino que también comprendo muchas cosas que antes comprendía de forma distinta. La verdad es que cuando echo un vistazo a este panfleto, a los apuntes en mi libreta o el mapa de la universidad, siento una mezcla extraña de sentimientos. A veces es como si hubiese llegado aquí hace dos días, y me pregunto cómo es posible que mi vida haya cambiado tanto y que ahora un día como el de hoy, algo que esperas desde que empiezas la universidad, ya no sea un día importante para mí. Pero la verdad es que tengo mucho más de lo que vine a buscar a Oregon, y me alegra saber que al final no me quedo con un diploma, sino con mucho más.

Cojo el panfleto de mi mesa una vez más, pero al final me decanto por ojear un poco más el cuaderno cuidado hasta el último detalle.

*Zuccarelli School
Commencement Guide 2017*

De verdad, me parece surrealista imaginar que algún día hubiese vivido un día así, con instrucciones para recoger mi ropa, con mapas de acceso al campus, con un programa detallado para toda la semana, o con entradas para comprar para mi familia. Cuando lo dejo en la mesa de nuevo, me reafirmo con lo de que me parece surrealista.

Hace apenas unas semanas esto todavía era el espacio especial para pintar de Dona. Ahora es una especie de oficina con una sala de juegos. Y no hay carpetas o bolígrafos en la alfombra de colores, pero sí que encuentro un chupete de Alice junto a la libreta que he estado usando estos días. Carpetas de la empresa de mi familia y cosas de mi hija junto a todos estos documentos de la semana de la graduación.

—Ele.

Giro mi silla un poco y entonces veo a Jaxson junto a la puerta. Frota su rostro con una mano, todavía con sus ojos entreabiertos, y cuando se acerca a mí se nota que mi única luz encendida de la mesa le molesta.

— ¿Trabajando a las cinco de la mañana y con el canal de noticias en la tele? —me pregunta —. Empiezo a pensar que pasas demasiado tiempo conmigo, nena.

Me hace reír un poco y entonces aparta algo de mi mesa para apoyarse en ella. Ve el desorden y frunce el ceño por la combinación de biberón vacío, vela aromática, libretas, botella de agua, taza de café que no es ni mía, iPad, teclado de ordenador que ni se ve...

—No, sigues siendo tú —susurra y me río ahora sí—. ¿Qué haces?

—No puedo dormir.

—Si te tomases algo.

—No —rechazo firmemente.

—Nena, no vas a poder seguir mucho más sin dormir, comer, descansar o distraerte cinco minutos.

—Tú lo has hecho muchos años —defiendo—. Lo haces.

— ¿Easton? —me pregunta y asiento con mi cabeza—. Si le hubiese pasado algo, lo sabríamos. Lo sabes, ¿verdad?

—O no —contradigo y entonces acaricio el borde del panfleto con mi índice.

—Le estamos buscando por todas partes. Y si alguien...

—Podría estar muerto, solo, y nadie lo sabría —susurro—. Han pasado dieciocho días, si alguien le tuviese, ya lo hubiese dicho. Les gusta presumir.

—Por lo que puede estar bien.

—No está bien ni en casa —replico.

—Eh —susurra y le miro—. Necesitas comer, dormir algo, descansar lo que puedas, y mantenerte positiva. Tú haces esto, ¿te acuerdas?

Asiento con mi cabeza y después la apoyo en el respaldo de la silla. Quizás acaba de despertarse, intenta animarme y pensar en positivo, pero él está igual que yo. Yo me culpo de no haber pausado todo en mi vida para ayudar a Easton. Él de empujarle más a huir de nuestra ayuda. Y además ha estado toda la semana ocupado con la graduación. El resto solo iremos hoy, pero él tuvo actos y ceremonias el martes, ayer y hoy el día se presenta igual de intenso.

Ha habido tres graduaciones desde que vivo en Oregon. La primera, cuando estábamos organizando la boda y, aunque Jaxson sí tuvo que asistir, me acuerdo de lo que me molestó esa semana porque apenas le vi. El año pasado pude asistir. Fue horrible. No se acababa nunca y ver a todas esas familias celebrando este día me ponía triste. Quizás era porque yo era una madre primeriza de pocos meses, y estaba físicamente agotada. También porque el hecho de haberme convertido en madre sin la mía y sin que mis padres o Kate lo viesen me afectó mucho entonces. Y esencialmente porque mi familia estaba rota en ese momento. Cody había muerto unas semanas atrás, pensábamos que la zia también lo había hecho y apenas estábamos comprendiendo que ella estaba viva, y por si fuese poco, Madison y Tyler habían causado su propio destierro tan solo una semana antes. Así que no tengo un buen recuerdo de ese día.

Sí me sorprende ver a Brayden en este traje formal cuando llegamos a casa, a nuestra casa. Me acuerdo de verle en la toga formal de graduación, con el birrete reservado para los miembros de la facultad y no los estudiantes. Pero hoy va con el traje de mañana, y sigo observándole mientras camino por el recibidor.

—Sin reírse que tú vas a ir igual —avisa Brayden y entonces se pone un sombrero de copa.

Miedo me da Grayson si Brayden va en sombrero de copa. El traje de mañana, con el chaqué, los pantalones grises y todo el resto no es para tanto, y Brayden sabe llevarlo bien, pero el sombrero de copa es demasiado.

—Como mínimo, te ha dejado ir con una corbata naranja —le digo a Brayden.

Y eso es algo raro.

—Tengo esa suerte, para su desgracia —me explica, aunque no comprendo sus palabras—. El color de la Escuela de Ingeniería es el naranja —añade y se quita el sombrero—. Grayson no puede hacer mucho para cambiarlo.

Y entonces veo el distintivo del emblema de dicha escuela en su pecho, y también es naranja. A su lado está el de la universidad, en dorado como si fuese de oro.

—Oh, hola, Len. No sabía que ya habíais llegado.

Violet tampoco viste con las ropas formales. A ella también la vi con ellas el año pasado, y el otro antes que este. Eso sí, está más guapa con el vestido de un azul verdoso, como el de los

pavos reales, y a diferencia de su prometido ella ya lleva el sombrero puesto. Inclinado hacia su derecha, con flores encima y debajo, y destaca mucho con sus rizos rubios recogidos de una manera tan elegante como el resto del atuendo. También veo el distintivo en su pecho: en un tono de azul más claro, y el dorado.

—Qué guapa —elogio.

—Gracias —me agradece y sorprendentemente no me quita un ojo cuando me da un beso—. ¿Dónde está tu hija, ahora que Grayson sigue ocupado?

Me hace reír con su susurro.

—Se ha dormido en el coche —le explico—. Jaxson está fuera con Cruz y Meyers.

— ¿Mala noche?

— ¿Alguien tiene una de las buenas? —le correspondo y ella frota mi brazo—. Bueno, voy a vestirme porque me siento casi desnuda en mallas con vosotros dos preparados para ir a una boda o algo.

Ellos quieren salir de casa y yo me adentro en ella. Subo las escaleras despacio y mi mirada se va rápidamente a una puerta cerrada. La de Easton. Me acerco a ella, pero no me atrevo a entrar en su habitación. Sé que han revisado cada rincón de este sitio, y aún así nada nos ha ayudado a encontrarle a él.

—Grayson, en serio, esto es demasiado.

—Necesitas un sombrero.

Otra discusión familiar de los hermanos Luzio. Sin entrar en la habitación de Grayson, ya sé que ella no quiere ponerse algo que él insiste que debe vestir.

—No puedes ir sin sombrero —defiende Grayson y me causa una sonrisa—. Además, vas de verde. Esto puede ayudarnos porque tu novio es Patricelli y te recuerdo que seguimos en guerra con parte de ellos.

—Eso no te da el derecho a vestirme como si nos fuésemos al Royal Ascott, y sabes que yo prefiero estar con los caballos que tomando champán con sombreros esperpénticos.

— ¿No puedes comprender que debes ir así? De verdad, Madi, no es tan difícil y no vas a morirte por ir unas horas con esto.

Así que ellos también van como Brayden y Violet, y nuevamente me parece extraño. El año pasado Madison no estaba en casa, pero sí Grayson. Me sorprendió que él fuese el primero en querer ponerse la ropa formal de una graduación. Pero defendió la tradición y el rito académico hasta convencerme incluso a mí de ello.

Y empiezo a sospechar por qué este año ninguno de ellos usa esas togas.

Bueno, sé que Jaxson lo hará. Lleva tres días en actos de graduación y no solo se ha puesto el traje de tres piezas que tanto le gusta, y a mí más. Pero Tyler al parecer hará como el resto. Escucho la puerta tras de mí, y entonces le veo a él saliendo de la habitación que comparte con Madison. Un traje casi idéntico al de Brayden, sombrero de copa en mano, y corbata verde.

—Hola —me saluda sorprendido—. ¿Estás...?

No termina su frase porque nadie en esta casa está bien ahora mismo. Me sonrío un poco, y me acerco a él hasta que ambos nos detenemos frente a las escaleras.

—Es raro no tenerle por aquí —me explica y se apoya en la barandilla.

Después mira detrás de mí y me giro nuevamente para ver la puerta cerrada de la habitación de Easton.

—Era así cuando nos fuimos, ¿no? —añade.

—Por lo que puedes comprender que jamás vais a irlos otra vez —le explico y sonrío un poco—. ¿Por qué vas vestido así?

—Porque para mi desgracia, Grayson puede jugar a las muñecas conmigo, y gracias a él todos no la cagamos con la corbata del color equivocado o la chaqueta de noche durante un acto de mañana —me responde.

—Sin tu ropa de graduación —le explico—. Y no me vengas con eso de que no te gradúas hoy. Sé que Jaxson va vestido con esa toga y todas esas distinciones.

—Es el Presidente —me recuerda mirándome—. Máxima autoridad responsable de la universidad.

—Tyler —insisto y echa un suspiro.

—Somos parte de la junta administrativa, somos graduados de la universidad, y estamos en el comité de Alumni —enumera.

—Pero yo no —susurro.

—Eres parte de la junta administrativa —me recuerda.

—A la cual jamás he asistido.

—Has asistido cada día porque has cenado con nosotros, y solo somos nosotros. Zucca no quiere a nadie más dentro, y por un buen motivo —añade y cuando me mira echa otro suspiro—. Grayson va a darte esto —me explica y toca el broche dorado—. Pero no puedes ir con la toga, el birrete o...

—Porque técnicamente no me he graduado —digo como ya había medio adivinado—. Jaxson no quiere que sea la única que vista diferente.

—Habrá otra gente en el escenario, o por allí que no va con...—defiende, pero se detiene con mi mirada—. Fue Grayson quien se lo dijo.

—No tenéis que hacer esto.

—No es tan importante.

—Algo me dice que bajo la toga vestirías algo cómodo —le digo divertida y sonrío—. Es lo que haría yo —añado—. Gracias.

Y esta vez sí me acerco a la habitación de Grayson. Es raro ver las puertas de la nuestra cerradas, pero lo dejo para más tarde. Cuando entro en la habitación de mi mejor amigo, veo el caos y el desorden. Sigo escuchando la discusión hasta que me meto en el vestidor. Porque naturalmente ambos hermanos Luzio se detienen y se giran en cuanto ven mi reflejo en el espejo.

—E, ya estás aquí —dice Grayson contento—. Oh, no has dormido —me regaña.

—No mucho —le confirmo.

Cuando me fijo en Madison, puedo adivinar por qué no quiere el vestido formal entallado, el sombrero ladeado como el de Violet, los zapatos de tacón...

—Puedes quitarte esto —le explico—. Y ponerte la toga con una camiseta debajo.

—¿Qué? —me pregunta Grayson con confusión—. No, no puede, vamos...

—Vais así por mí —defiendo—. No me importa ser la única que no va con toga o birrete.

—¿De verdad? —me pregunta Madison y después mira a su mellizo—. Lo siento, te quiero mucho, pero odio esto.

—Madison —protesta Grayson mientras ella se acerca a mí.

También se quita el sombrero en el proceso y me río de su alivio. Grayson no parece sentir lo mismo. Escucho la música mientras me acerco a él y entonces veo el control remoto encima de la isla del vestidor. Rápidamente busco una canción que de inmediato le causa una sonrisa, aunque intente luchar contra ello. *Dancing In The Moonlight* siempre va a hacer que piense en él.

—Venga, juega a las muñecas conmigo —le propongo—. Te prometo que no voy a protestar —añado—. Mucho —específico y sonrío más.

—E.

—Te lo agradezco, pero no me importa —le digo y beso su mejilla suavemente—. ¿Qué me tienes preparado?

El color no era muy difícil de adivinar, aunque Grayson ha elegido un vestido azul marino que puede confundirse con negro, pero que es azul marino. Es de estilo militar y eso me gusta, con botones dorados que no solo me parecen elegantes sino que son un guiño a la universidad y a mi familia. Me cuesta mantener mi promesa de no protestar cuando tiene a todo un equipo para mí y juegan con mi cabello y mi rostro bajo las indicaciones de Grayson. Al final, el recogido me gusta, el maquillaje esconde que esta noche apenas he dormido, y el vestido es precioso.

—Has prometido que no protestarías —me recuerda Grayson.

Y por eso muerdo mi lengua, y después mi labio. Está colocándose el sombrero y...

—Está difícil cumplir con tu palabra, eh —se burla—. Oh, fantástica. Déjame sacarte una foto para mandársela a Benedetta. Tenía razón, y este te queda fantástico.

Ah, que Benedetta también lo sabía. No sé si alegrarme porque estos dos se mandan mensajes de texto, o preocuparme de que tengan nuevas maneras para torturarme.

—Gira tu cabeza —me pide—. De perfil, E —protesta.

— ¿Quieres que vayamos al establo y me sacas una foto con Hackamore? ¿Quizás necesito una sombrilla de encaje?

—Muy graciosa —se burla—. Otra más —pide—. Muy bien, gracias. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

No le contesto porque prefiero no hacerlo. Mientras él está ocupado mandándole las fotos a Benedetta, yo también cojo mi móvil. Vamos bien de tiempo, pero me fijo enseguida en la notificación de la aplicación con el logo rosa.

—Esto no es negro.

Jaxson me asusta, me asusta de verdad y tengo que agarrarme al respaldo del sillón. Entonces escucho sus pasos y cuando me giro le veo en el conjunto formal de graduación. Tiene unos cuantos broches en su pecho porque se ha graduado en unas cuantas escuelas, y tiene mucho dorado también, pero esencialmente viste de negro.

—Es azul negruzco, Zucca —defiende Grayson—. La palabra en sí indica la presencia de negro. Es un evento de día, no un funeral, y el dorado de los botones destaca muchísimo —añade—. Ahora puedes elogiar mi trabajo y la belleza de tu mujer, muchas gracias.

—Estás hermosa, nena —me dice Jaxson con una sonrisa.

—Tú también —le correspondo—. ¿Dónde está Alice?

—Están todos abajo con ella dándole el desayuno —me explica.

—Tengo que ir a verla —defiende rápidamente Grayson—. No estropees mi trabajo, Zucca —le ordena cuando pasa por su lado—. ¡Lo digo en serio!

Miro a Jaxson mientras se acerca y cuando puedo hacerlo alzo una mano y acaricio el suave tacto de su toga. No lleva el birrete todavía, pero sé que le queda bien. La multitud de broches en su pecho me hace sonreír.

—No tenías que hacerlo —susurro y sabe a qué me refiero—. No me importa. Y sé que tú no puedes no ir así, aunque algo me dice que intentaste encontrar una manera.

—Grayson no me dejó —me explica y presiono mis labios para no reírme.

Acaricio los broches, su cuello, parte de su capucha dorada y después le miro.

—Me alegro —le explico—. Me gusta verte así.

Tengo que alejarme un poco de él cuando busca algo bajo su toga. Después saca una caja negra muy pequeña, que parece de joyería, pero sé lo que contiene. El broche dorado como parte de la Junta Administrativa de la *Zuccarelli University*. Lo más irónico es que hoy no me gradúo,

sino que estoy en uno de los órganos más importantes de la universidad sin ni siquiera saber en qué consiste.

—No protestes —susurra Jaxson mientras pone mi broche.

Lo acaricia suavemente cuando ya está en mi lado izquierdo, pero se detiene cuando mi escalofrío es muy visible. Después solo mueve su mirada hacia mí. Y la misma mano la mueve hacia mi cuello. Giro mi cabeza hacia un lado cuando tengo el segundo escalofrío, y él se divierte con esto porque sonrío. Tiene una sonrisa bonita, pero es casi mejor escucharla.

—Eres tan hermosa, nena —susurra—. Sé que odias cuando Grayson juega a las muñecas contigo, y te prefiero en casa y en la cama, pero tu vestido, tus tacones, este sombrero...

—Ridículo —le recuerdo.

—No lo es —defiende—. Aunque me dan ganas de quitártelo por otro motivo —susurra.

—No puedes —le recuerdo divertida—. Grayson va a enfadarse contigo —añado y resopla—. Y tengo un montón de horquillas —confieso y me divierto mientras él observa mi cabello—. Vas a tardar un rato en quitármelas una a una.

—Estás siendo mala —me regaña.

—Has empezado tú primero —me defiendo.

—¿Zucca? ¿E?

—¿Por qué no he cerrado la puerta con llave? —se lamenta Jaxson en un susurro.

—¿Zucca? ¿E?

—Estamos en tu habitación —le responde Jaxson y da un paso atrás—. Nos has dejado aquí. Grayson abre del todo la puerta y entonces nos mira.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Jaxson.

—Nada —le responde Grayson—. Pero me alegra saber que no estabais haciendo lo que me imaginaba que hacíais —defiende mirándonos—. ¿Interrumpo algo? —pregunta divirtiéndose muchísimo.

—No —responde Jaxson acercándose a él—. Lo hubieses hecho si ella no llevase cien millones de horquillas en el pelo —protesta y me río.

—¿Esto es lo que te detiene? —le pregunta Grayson riéndose.

Jaxson deja de caminar cuando está junto a la puerta. Entonces se gira y le mira muy mal.

—Quiero decir —susurra Grayson intentando controlar su risa—, no me parece el mayor obstáculo.

—Eh, ¿nos vamos o qué? —grita Tyler, creo—. Es la hora ya.

—Sí —le responde Grayson y se ríe más de Jaxson cuando pasa por su lado—. Vamos a avanzarnos nosotros, Ty. Zucca y Eleanor necesitan hablar de algo con Meyers porque Alice no ha tenido una buena noche.

—De acuerdo. Te esperamos en el coche. Vienes con nosotros, ¿no?

Grayson se gira entonces, casi de forma teatral y su toga vuela con el movimiento.

—Esto te va a costar un abrigo de *Burberry* de la nueva temporada —le susurra a Jaxson.

—Elige dos —le susurra de vuelta Jaxson y Grayson sonrío—. Y adiós.

—Os veo en un rato —se despide Grayson alegremente—. Oh, y Zucca.

—No voy a despeinarla —le promete Jaxson—. No mucho —susurra para mí y me río.

—No, eso es una promesa en vano —le explica Grayson—. Me refería a no en mi habitación, muchas gracias —añade con una mueca—. Adiós, E.

—¿Grayson bajas o qué? —pregunta Tyler.

—Ya voy, pesado, ya voy —protesta Grayson alejándose y le pierdo.

Entiendo la petición de Grayson, pero dejo mis zapatos en su habitación y ya siento alivio solo

con eso. Jaxson me mira fijamente cuando el sombrero va fuera también, y eso que necesito un rato porque sacármelo no es fácil.

—No puedo, nena, lo siento, no puedo —se disculpa acercándose rápidamente a mí.

Grayson tenía razón porque la promesa de Jaxson estaba vacía. El sonido de las horquillas metálicas impactando con todo me hace sonreír, especialmente porque sé cómo luce mi cabello cuando Jaxson deshace el recogido: ondulado.

—Y yo durante años planchándome el cabello porque odiaba no tenerlo liso como una cortina —susurro divertida.

—Nena, eres una fantasía —elogia y me besa de nuevo.

Nos cuesta un poco, pero sí cumplimos la otra promesa y nos vamos de esta habitación.

CAPÍTULO 35

Es raro estar aquí. La oscuridad de esta habitación, que sería total si no fuese por la luz de la mesilla de Jaxson. Nuestra cama. Las sábanas negras. Todo. No lo sé, es algo especial. Abrazo mi almohada y se siente bien poder hacerlo. Es raro no tener la cuna de Alice, ni la cama de Mephisto, o que mi mesilla de noche esté tan limpia y ordenada.

—Nena —susurra Jaxson tras de mí y me abraza.

—Unos minutos más —le pido y miro mi despertador.

Tendríamos que darnos prisa, especialmente porque no sé qué voy a hacer con mi cabello y necesito comprobar si mi vestido está presentable.

—¿Estás bien? —me pregunta y entonces apoya su mentón en mi hombro.

—Sí —susurro—. Muy bien.

—¿Me cuentas ahora por qué estás mintiendo, por favor? —pide.

Sus manos bajan a mi cintura, y me acompaña para que me dé la vuelta y le mire. La sábana se desliza por mi brazo, y Jaxson además la mueve hacia un lado. Después se acerca más a mí y se inclina para besar suavemente mi costado derecho. Me hace cosquillas mientras sube dejando un rastro de besos, y me río hasta que llega a mis labios y los uso para algo más placentero.

—Por favor —pide.

—Eso es juego sucio —le recuerdo—. Y ahora estoy mejor que antes.

—Ele —insiste—. No estoy quejándome, pero me ha sorprendido. También que Grayson haya colaborado con tanta facilidad, teniendo en cuenta que sabía de sobras que iba a estropear su trabajo —defiende y lo demuestra cuando hunde una mano hasta que sus yemas masajean mi cuero cabelludo suavemente—. Así que sé que ocurre algo, y me gustaría que también lo hablastes conmigo. Siempre llegas tarde, pero no te gusta llegar tarde. Vamos a ir allí, más que probablemente seremos los últimos en llegar, y sabes que hasta Bray dirá algo porque no va a creerse la excusa de Grayson. ¿Es eso? ¿No quieres ir?

—Sí quiero —susurro—. Leo se gradúa hoy.

—Tú tendrías que haberte graduado hoy también.

—No es eso.

—Cuéntame qué es.

—Estoy bien. No he hablado de nada con Grayson, por cierto, y ahora sí tendríamos que irnos porque vamos a llegar tarde de verdad.

—Ele —protesta.

Cuando bajo mi mirada se acerca, y besa mi frente reiteradamente. Después apoya su cabeza junto a la mía en mi almohada y me mira. La luz de esta habitación es especial y había echado momentos así con él.

—Ahora con Grayson he recibido una notificación de esa aplicación que tengo en mi móvil para controlar mi ciclo —le explico.

No puedo mantenerle la mirada.

—¿Ele? —me llama y acaricia mi mejilla cuando cae la primera lágrima.

—Te lo cuento como es y lo siento si doy demasiado directa.

—Dime —me pide y noto el tono de súplica.

—Me ha avisado de que pronto tendré mi periodo de nuevo —le explico—. Y...y no sé, pero...pero te he visto y quería arrancarte la ropa. En serio, es que no podía pensar en otra cosa.

Quería que estuviésemos solos, en esta habitación, y quedarme embarazada...y...

Me abraza cuando me fallan las palabras porque lloro demasiado. Casi me ahogo contra su piel, pero me siento bien. Lloro hasta que me duele el abdomen, el pecho y las mandíbulas por llorar con la boca abierta. Mi cabello es un desastre y ahora sé que también he estropeado mi maquillaje, y no importa el fijador o lo que sea que me han puesto.

—Mierda, la graduación —protesto y necesito comprobar la hora urgentemente.

—Eleanor —me detiene Jaxson cuando intento darme la vuelta—. Deja eso, nena.

—No —susurro y limpio mi mejilla con una mano—. Lo siento. La graduación, Easton desaparecido y en las condiciones en las que está, la Orden de los Patricelli, el...

—Ele —me interrumpe—. Tranquila.

—No tenemos tiempo para hablar de esto —le recuerdo—. Más tarde, te lo prometo. Y lo siento por...

—Ele —repite—. Tenemos tiempo —añade y acaricia mi cabeza suavemente—. Respira tranquila, nena. Si estás desnuda, me gusta que tiembles frenéticamente por otro motivo y no porque lloras.

Esto me hace reír un poco y él sonríe.

—Eso es —me felicita—. Tranquila.

—Lo siento por elegir este momento.

—Jamás vas a verme quejándome por esto —me recuerda con una sonrisa.

—Ya, pero...

—Ele, respira —me interrumpe—. ¿Respiras tranquila y hablo yo? —me propone y asiento con mi cabeza—. No te disculpes ni por el momento, ni mucho menos por querer quitarme la ropa desesperadamente. Es un elogio, nena.

Me hace sonreír un poco, pero pongo mi mano en mi pecho porque realmente me duele y estoy cansada de llorar.

—Tampoco te sientas culpable, porque que no te lo diga no quiere decir que la mitad de veces no quiera hacer lo mismo contigo —añade—. Te recuerdo que tuve que esconder mi jodida erección delante de una banda de motoristas porque tú ibas en moto.

—Eso fue divertido —digo riéndome.

—¿Y era el momento? ¿A qué no? —me pregunta—. Pero no podía pensar en otra cosa, y debía pensar en otra cosa no por una larguísima graduación que por suerte se termina hoy, sino por nuestra propia seguridad.

—Ya, pero...

—Tú respiras, yo hablo —me recuerda suavemente y acaricia mi mandíbula derecha cuando con una mano yo hago lo mismo—. ¿Duele? —me pregunta y asiento con mi cabeza—. Sabes que no solo lloras por esto, ¿verdad?

—Sí —susurro.

—Es demasiado. Y no estás sola —defiende—. Pero que ocurran muchas cosas en nuestra vida no significa que no puedan ocurrir más, o que tú debas ordenarlas por un orden prioritario y centrarte solo en las que tú consideras más importante.

—No es el momento para esto.

—¿Cancelo lo de hoy y será el momento para esto? —me propone.

—No puedes hacerlo. Es literalmente tu universidad. Y tienes que dar un discurso, varios, y...

—Ele, el año que estuvimos en Florida vigilándote ni siquiera estábamos aquí para la graduación —me recuerda—. Tyler puede dar el discurso, de hecho, porque además lo usaríamos con la estúpida guerra con los Patricelli.

—No —susurro—. Lo he leído —añado—. Es un buen discurso.

—Me importas más tú, nena.

—Ya, gracias, y por eso no es el momento —defiendo y presiono mis labios cuando las lágrimas regresan.

—Ele, has visto tu móvil, has pensado en algo, y hemos acabado en la cama. No me gusta verte así, pero no voy a protestar en absoluto por lo que hemos hecho antes.

Llevo un buen rato llorando, pero me cuesta calmarme o contener mis lágrimas. Mis labios escuecen ya también, así que presionarlos juntos es molesto de verdad.

—Quiero tener un hijo contigo, nena, lo sabes —me susurra—. Otro —añade con una sonrisa y separo mis labios para imitarle—. Pero acordamos que tú me avisarías cuando quisieras intentarlo, porque sé que perder al bebé fue muy difícil para ti —me recuerda—. Me hubiese gustado enterarme de otra forma...

—Ya, lo siento...

—Pero no por mí —me detiene suavemente—. Por ti. No quería este dolor para ti —defiende—. Aunque creo que te salen más cosas, y es lo normal. Desde que se fue Easton que apenas has dormido, comido, o descansado apropiadamente.

—No te enfades —susurro.

—No me enfado. Bueno, en todo caso, la mayor parte del tiempo me enfado conmigo mismo para no atarlo a esta casa con cadenas si era necesario —me explica.

—No es tu culpa.

—Tuya tampoco, pero ni comes ni duermes —defiende—. Duermes menos que yo, nena, y eso es decir algo.

—Creo que no es el único que necesita terapia —susurro—. Sé que no crees en esto...

—Sí creo en ello.

—No lo haces —replico divertida.

—¿Quieres que busquemos a alguien? —me pregunta.

—No lo sé —susurro y me acerco a él.

Después me apoyo en su cuerpo y cierro mis ojos. Desearía poder dormirme así, con él, en casa, solos.

—¿Le pido a Elise que programe una cita con tu ginecóloga? —me pregunta—. Porque quiero tener un hijo contigo, nena, pero estás medicándote para que no ocurra precisamente.

—Lo sé —susurro—. Es estúpido. Pero también estaba medicándome cuando me quedé embarazada de Alice.

Me agarro más a su brazo y entonces disfruto de sus suaves besos. En serio, podría dormirme, pero abro mis ojos cuando escucho el fuerte ruido. Ha sonado aquí mismo.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Creo que son truenos —me explica.

Lo escuchamos de nuevo, y suena muy fuerte otra vez.

—Déjame salir —me pide.

No me gusta quedarme sin su apoyo o su cercanía, pero me conformo con una almohada y cubro mi cuerpo con las sábanas.

—Son truenos, nena —me confirma cuando ya está en la salita—. Joder.

Busco algo de ropa para ponerme, pero es algo difícil ahora mismo, así que cojo la manta de los pies de la cama y me la llevo. Cuando llego junto a Jaxson escucho otro trueno y veo la tormenta. Está allí, pero se acerca porque los árboles del jardín se mueven violentamente por el viento. Escucho el ruido también. Y veo los rayos. Está anocheciendo como si llegase la noche, y

no son ni las nueve de la mañana.

—Elise.

Me giro cuando escucho a Jaxson y le veo junto al sofá, desnudo como hace rato que está, pero hablando por teléfono ya.

—Cancélalo todo —añade—. Mañana, si este loco tiempo lo permite.

Dieciocho de mayo y parece que se acabe el mundo. Pero así es la vida en Oregon. Y gracias a eso regresamos a la cama y pierdo la manta antes de meterme bajo las sábanas de nuevo. Lo siento mucho por los graduados, por cada persona que ha puesto trabajo e ilusión en este día, pero yo consigo exactamente lo que necesitaba, y puedo tener. Un día en la cama con Jaxson sin que nada más importe.

Bueno, Alice lo hace.

Pero dormir en nuestra cama, juntos, con Alice, y Mephisto roncando también por aquí, es realmente lo que me hace muy feliz, a pesar de no sentirme realmente así.

CAPÍTULO 35

El sol brilla. De verdad que lo hace, y apenas ha empezado el día. Pero es un nuevo día y parece que hoy los graduados de la *Zuccarelli University* de este año, sus familiares y todo el personal académico podrán disfrutar de un bonito día. Y una vez más estoy en la habitación de Grayson mientras él coloca mi sombrero. Es el mismo que ayer, pero con otro vestido. También me he reído un poco cuando al equipo de belleza les ha dicho que prefería un semi recogido.

—Gracias —le agradezco.

— ¿Por qué? —me pregunta con curiosidad y entonces se mira a un espejo.

Quizás va a ponerse la toga formal, pero bajo ella va a vestir el traje de tres piezas de mañana y va a hacerlo de forma impecable.

—Porque has encontrado otro vestido, porque ayer nos ayudaste, y porque no has presionado mucho.

—E —dice y se da la vuelta para no mirarme a través de un espejo—. Estoy preocupado por ti. Estás adelgazando a minutos, prácticamente —me explica—. Y lo sé porque tengo tus medidas —añade enseguida—. Sé que desde que Easton se fue que estás pasándolo mal, especialmente desde que sabemos más detalles de lo que no nos contó.

—Todos tenemos algo en esta casa —le recuerdo.

—Eso no es significativo en el tema —defiende y se acerca a mí—. Me alegro de que ayer te quedases con Zucca, y confío en tu palabra para estar tranquilo porque no hicisteis nada aquí.

—Nada —le confirmo y sonrío.

—Pero has dormido, Zucca dice que más de lo que has hecho en todo el mes, te ves un poco mejor y, aunque mi hermana proteste porque no podéis dejar de tocaros en toooooooooooooo el día.... —añade burlándose y me río—, soy vuestro favorito, prefiero estar muy incómodo, porque literal que me echáis de mi propia habitación, pero verte así.

—Gracias, G —le susurro—. Y por ayudarme con todo, y siempre.

— ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Emocionalmente no puedo ahora o voy a estropear esto —le explico y señalo mi cara—. Pero, ayer necesitaba hablar con Jaxson y...

—Me alegro de que entonces tuvieses esto —me susurra con una sonrisa—. Y la verdad es que me ha gustado teneros a todos en casa esta noche.

—A mí también —le correspondo—. Aunque cuando me he despertado hoy no sabía muy bien dónde estaba.

Me ofrece su mano para incorporarme de la silla y después también le abrazo fuerte. Él ha dormido con Alice esta noche, por lo que entiendo que también esté feliz de tenernos en casa. O que ahora no quiera dejarla con Meyers y Cruz porque nosotros tenemos una mañana intensa.

Escucho el ruido y la música antes de salir de nuestros coches. Es música de marcha, de la banda, y todo esto me recuerda a la graduación a la que sí asistí: la de mi instituto. Claro que, si algo aprendí en mi primer día en el campus es que en la *Zuccarelli University* no es una universidad normal. Un día como el de hoy, el más importante para los estudiantes y para la institución académica, también es diferente aquí.

Las graduaciones de la ZU se celebran en el *Commencement Park*, cuyo nombre es muy apropiado para la ocasión. Es un parque enorme, con gradas formando un perfecto óvalo, y

donde los familiares de los graduados vivirán un momento muy importante de sus vidas. En el centro, hay las sillas que ocuparán los casi seis mil graduados. Frente a ellos está el enorme escenario, y el año pasado me sentí intimidada allí, por lo que dudo que este sea muy diferente.

Nuestros coches se detienen en el parte trasera del escenario y no muy lejos del espacio habilitado para toda la comunidad académica y administrativa de la universidad. Me siento intimidada, y es uno de esos días en los que agradezco mucho que Jaxson me ofrezca su mano para salir del coche. En cuanto lo hago, el ruido y la música estilo banda es más evidente, pero casualidades de la vida o no, la voz masculina del altavoz está dando la bienvenida a los asistentes a este día.

Bienvenidos a la ceremonia del acto de graduación de la clase 2017 de la Zuccarelli University

Es uno de los avisos y, mientras me reúno con mi familia frente a los coches, escuchamos lo mismo otra vez. Esto significa que el acto en sí está a punto de empezar, pero no tendré la suerte de estar en mi silla. Sí, me siento intimidada con la idea del escenario frente a tantas personas, pero saludar a decanos, profesores, personal administrativo y la charla fácil es mucho peor.

Por favor, dirijan su atención al extremo sur indicado con las banderas doradas y denles la bienvenida a la clase 2017 de la Zuccarelli University.

Los aplausos están un poco amortiguados en esta parte trasera, pero se escuchan. Y lo admito, ahora siento un poco de nostalgia. Me acuerdo de mis padres gritando y aplaudiendo por mí, y de lo mucho que intentaba que nadie supiese que, especialmente mi padre, el de la enorme cámara de fotos, era mi padre.

Ahora entrarán al parque para su vuelta de reconocimiento, los candidatos a graduación de las doce escuelas de la Zuccarelli University.

La voz lo repite de nuevo, para que los familiares y amigos se orienten y sepan por dónde saldrán los futuros graduados. Yo me acerco a la enorme carpa con mi familia y bajo la atenta mirada del cuerpo académico y administrativo.

Casi me tropiezo cuando escucho la canción. Esa canción. La de la graduación, pero que oficialmente se llama *Pomp and Circumstance*.

—No voy a sacármela de la cabeza en todo el día —susurra Madison a mi lado.

—Ten paciencia porque la marcha dura más de una hora —le recuerda Grayson.

Es el tiempo que se necesita para que todos los futuros graduados ocupen sus asientos.

Demos la bienvenida a los candidatos de la Zuccarelli Arts & Science School.

Al ritmo de esta marcha, los futuros graduados desfilan dando una vuelta de reconocimiento por el estadio. Lo hacen agrupados en las doce escuelas, en orden alfabético, por lo que van a estar una hora como mínimo para hacerlo todos y ocupar sus asientos.

Es el tiempo que nosotros vamos a estar charlando con el cuerpo académico y administrativo. Con enormes diferencias, me recuerda también un poco a la charla formal de la *Incoronazione*. Pierdo de vista a mis hermanos muy pronto, y no me separo de Jaxson mientras él me presenta a un montón de gente. Por suerte, a algunos de ellos ya les conozco.

La doctora Hattersley viste con la toga negra decorada mayormente en tonos verdes, porque es

el color de la escuela de medicina. Con lo moderna que es esta mujer, admito que esta vestimenta tan formal le pone muchos años. Me alegro de poder charlar con ella, de la calma que transmite con su forma de hablar tan pausada, y mientras estoy con ella veo a alguien que es casi lo opuesto: mi profesor de italiano Matteo Scalisi.

En cuanto me ve, le sonrío y él se despidió de las personas con las que habla. Parece que la doctora y él no se conocen, pero en cuanto les presento, ella discretamente se aleja. Quizás lo hace para dejarnos solos, pero creo que también huye de mi antiguo profesor. Él y yo no solo dábamos paseos mientras yo mejoraba mi fluidez en el idioma, sino que aprendí mucho más y disfruté mucho de su compañía. Hoy no viste con una toga porque no todo el personal académico o administrativo de la ZU lo hace. Y a pesar de que va en un traje de mañana formal y no uno de sus coloridos trajes, su corbata es de color lima.

—*Me alegro tanto de verle, señora Zuccarelli.*

—*Yo también. Y me gustaría que no hubiese pasado tanto tiempo desde que nos vimos por última vez. Discúlpeme. Estos últimos meses han sido...caóticos.*

—*Puedo comprenderlo perfectamente. No se preocupe.*

—*¿Cómo está? ¿Cómo están sus nietos?*

Desde que le conocí supe que es un abuelo orgulloso y me gusta su compañía también en un día como hoy. Especialmente en un día en el que noto tantas miradas de tantos rostros desconocidos.

Charlando con el profesor Scalini, sin embargo, reconozco a alguien que hace mucho tiempo que no veía, y que siempre vi en una clase. El soldado polaco, o la capitana polaca, mi antigua profesora con el apodo que Leo le puso, por su fuerte carácter y porque su apellido era casi impronunciable. Parece mentira que un tiempo atrás ambos estuviésemos en su clase, y que ahora él se gradúe y ella me asienta con su cabeza cuando me reconoce.

Ojalá pudiese estarme todo el rato charlando con este amable señor, pero debo saludar a otra gente, aunque no la conozca de nada, también para no acaparar al profesor. Así que me acerco a Tyler cuando veo que está con alguien que también reconozco: Henry Walker, mi antiguo profesor de Financiación Empresarial. Él sí viste con la toga, y mientras me acerco y saludo a todo quien me cruzo, también me acuerdo de esas aburridas clases, esos más aburridos trabajos, y lo que me costaba concentrarme en su asignatura.

—Es un placer verle de nuevo, señora Zuccarelli —me dice mi antiguo profesor de economía.

—El placer es mío también, gracias, profesor Walker —le correspondo y le ofrezco mi mano—. Y enhorabuena, futuro decano —susurro.

Me sonrío feliz por una noticia como esta. El próximo curso, Henry Walker será el decano de la *Zuccarelli Business School*. Cómo nos cambia la vida a todos. Hace unos años en su clase, y ahora le felicito como señora Zuccarelli porque será el nuevo decano de la facultad.

—Pelota —me susurra Tyler cuando el profesor se aleja—.¿Ya sabe que Zucca hizo ese trabajo por ti? —me pregunta.

—Sí —me defiendo divertida.

Pero la verdad es que ver al profesor Walker también me ha traído viejos recuerdos y, en su caso, no siempre buenos. Esa vez que Jaxson entregó un trabajo por mí, lo hizo porque yo no quería pedirle ayuda en una asignatura que para él era casi aburrida. Fue cuando yo estaba embarazada, y a días lo negaba, a otros pretendía que no era real, solo porque Jaxson y yo no estábamos bien. Y ahora lo quiero, y...

—Ele.

Cuando alzo mi mirada no solo tengo a Tyler a mi lado, y preocupado, sino que también está

Jaxson.

—Hola —le saludo—. ¿Todo bien? —añado para ambos.

—Os dejo —se despide Tyler con una mirada rara.

— ¿Tú estás bien? —me pregunta Jaxson en un susurro.

—Sí —afirmo—. Me está gustando ver a mis antiguos profesores, aunque siga siendo muy raro —le confieso—. Nos mira todo el mundo —añado notándolo—. Más que antes —susurro.

—Porque he dejado a la decana de la escuela dental y tres profesores más con la palabra en la boca y he venido aquí —me explica—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un zumo? —me propone—. Estás pálida, nena.

—Un zumo me gustaría, por favor —le respondo.

— ¿De qué lo quieres? —añade y me ofrece su brazo—. ¿Naranja? ¿Manzana? ¿Piña?

Y rápidamente pienso en otro de mis antiguos profesores, pero a este no voy a encontrarle aquí, por suerte. Bueno, por suerte o por desgracia, porque me encantaría decirle cuatro cosas.

Kenneth Luzio.

Mi primer profesor de economía en la ZU, el tío de Grayson y Madison, y quien me drogó con un zumo de piña. Intento no pensar mucho más en él mientras Jaxson me consigue un zumo de naranja, pero es inevitable. Y tampoco es el único de mis antiguos profesores al que no recuerdo con cariño, ni me entristece no poder saludarles hoy. Aria Anderson, mi profesora de Periodismo Digital. Fue la primera profesora de la ZU que conocí, y me gustaría recordarla solo por eso, pero el recuerdo de ella celosa, toda su historia con Jax...sí, no me da pena no saludarla hoy. Quien sí merecería estar aquí son Elena Belmond y Olivier Labelle, mis antiguos profesores de Teorías de la Comunicación y Comunicación y Opinión Pública. Cuando pienso en su muerte, en su asesinato orquestado por Jenna, siento tristeza porque no solo no están aquí, sino tampoco están viviendo su vida en común.

— ¿Mejor? —me pregunta Jaxson después de unos minutos con mi zumo.

—Sí, gracias —le respondo—. Lo siento por asustarte y detener tu conversación.

Se acerca a mí, pero cuando creo que lo hace para darme un suave beso en mi mejilla, que por cierto me pone nerviosa de todas formas, descubro que solo quiere susurrarme algo al oído.

—La decana de la escuela dental es una señora muy aburrida —me confiesa—. Así que gracias por detener eso.

Le sonrío, pero después noto otra vez las miradas y me siento tan avergonzada. Me alegra tener la distracción de ver a lo lejos otra cara conocida, que charla con un hombre alto con un sombrero de copa. Me costaría reconocerla en otro sitio porque ha cambiado de peinado de forma radical y ahora es morena. Pero es Rikki Turner, mi simpática profesora de Sociedad de la Información. Me acuerdo del primer día de clases, cuando se subió a su mesa como si todos fuésemos amigos.

—Madre mía —susurra Grayson uniéndose a nosotros—. Que empiece ya esto —añade—. Estoy agobiándome con los recuerdos, me reafirmo en lo de que no voy a volver a una clase, y me agota la gente que me elogia por mi revista y no sabe ni de qué va —susurra.

—Quédate un rato conmigo y así Jax deja de preocuparse y se va a ser Miss Zuccarelli —le propongo a Grayson y Jaxson intenta esconder una sonrisa.

— ¿Estás bien? —me pregunta Grayson cuando Jaxson se aleja.

—Un poco abrumada también —le explico—. Y me siento un poco rara —susurro—. De estudiante a miembro de la Junta de Supervisores con el mismo apellido de la universidad.

—Eso es triunfar en la ZU —se burla y me río un poco—. Es normal, E. ¿Pero eres feliz?

—Mucho —le respondo—. En conjunto —especifico y él me sonrío comprendiéndolo

perfectamente.

Conocer a miembros del profesorado o del personal administrativo porque Grayson me los presenta es muy divertido. Siempre tiene algún comentario personal, que me cuenta solo a mí básicamente, y me relajo instantáneamente como siempre consigue él.

No sé cuánto tiempo estamos en esta carpa, mientras escucho de fondo el ruido de la banda, o el maestro de ceremonias por los altavoces. A mí me parece más de una hora, y Brayden me lo confirma en cuanto nuevamente estamos solos, sin las miradas.

—Una hora y treinta y siete minutos para sentarse —protesta—. ¿Cada año es más largo o solo me lo parece a mí?

—Eso es bueno —defiende Tyler y no recibe apoyo—. Si es más largo, significa más graduados, por lo que son más estudiantes.

—No necesariamente —le dice Violet y mira a Jaxson—. ¿Cuántos son este año?

—5.321 —le responde.

Por suerte, no tenemos que presenciar cómo todos ellos reciben su diploma. De hecho, en esta ceremonia nadie va a recibir uno. Formalmente serán graduados, pero por suerte no habrá la procesión que sí recuerdo de mi instituto.

En el acto formal de hoy para todos los candidatos a graduación, primero entran ellos con la vuelta de reconocimiento y en orden de las doce escuelas, y entonces esperan al siguiente paso.

Por favor, pónganse en pie y recibamos al cuerpo académico de la Zuccarelli University, el organismo administrativo de la Zuccarelli University, y los miembros de la corporación de la Zuccarelli University.

Por eso estamos solos. El escenario es lo suficientemente enorme como para que todos ellos tengan su sitio, pero la primera fila está reservada.

—Y yo me quejaba de las entradas a la cafetería —susurro y Brayden se ríe de mí.

Esto fue, con diferencia, lo peor del año pasado. Porque sé que el anunciador va a mencionar a la Junta de Supervisores, pero después va a decir nuestros nombres. Uno por uno.

—La verdad es que no eché de menos esto el año pasado —susurra Madison.

—Nos viene bien —defiende Violet.

— ¿Algo por lo que preocuparnos? —pregunta Grayson.

—Además de que todo el mundo pregunta por Easton.... —susurra Brayden.

—Señores.

El aviso de Elise me pone histérica, y cuando me acerco a Jaxson recuerdo que no puedo agarrarme a su mano porque voy a ir delante de él.

Por favor, pónganse en pie para dar la bienvenida a la Junta de Supervisores de la Zuccarelli University: Brayden Occhionero, Violet Patricelli, Tyler Patricelli, Madison Luzio, Grayson Luzio, Eleanor Zuccarelli, y el presidente de la Zuccarelli University, Jaxson Zuccarelli.

Los nombres por el altavoz, la música del himno de la ZU, los aplausos, la gente, o el contraste del interior de la carpa y los pasillos oscuros, con el día soleado que hace hoy. Es demasiado. Por suerte, nosotros no hacemos vuelta de reconocimiento, ni salimos por un lateral de esta especie de estadio. Sino que nuestra puerta está situada en la parte trasera del escenario. Claro que, bajar escaleras bajo la mirada cercana de los profesionales de la universidad, los futuros graduados y sus familiares impresiona también.

No tiene sentido alguno que yo, que ahora ni siquiera doy un triste paseo por el campus, tenga

un asiento a primera fila con las mejores vistas. Y este es uno de esos momentos que Jaxson detesta, no solo por los peligros que ve por todas partes, sino porque todos nosotros damos la espalda al profesorado y al personal administrativo de la ZU. Como mínimo, estoy sentada con Grayson a mi izquierda y Jaxson a mi derecha, y eso siempre es bueno. Al otro lado de Jaxson está el decano de la ZU, Michael Cole.

Mi presentación oficial con el decano Cole fue algo que ambos recordaremos durante un tiempo. Me acerqué a su oficina por sorpresa, él me regaló una caja de todas las cosas, y no fue hasta más tarde que descubrí que en realidad es un gran aliado, un buen amigo de la familia, y además alguien que echa mucho de menos a Alessandro Zuccarelli. Seguramente, de su generación, los únicos Zuccarelli y Patricelli que fueron amigos. Nos interesa tener un decano Patricelli, ahora más que nunca, y es agradable saber que él sigue de nuestra parte.

Michael Cole no era el decano cuando llegué. Y ahora mismo me doy cuenta de que he conocido tres decanos de la ZU y los tres encuentros fueron curiosos. En mi primer día aquí, me hice pasar por la profesora Baker y conocí a la entonces decana de la universidad, bajo las burlas de todo el personal administrativo que trabaja en el edificio principal del campus, donde están las oficinas del decano de la universidad. Y la decana Vivian Bailey no se tomó muy bien mi primera acción en la ZU. Meses más tarde, descubrí que ella y Joe Zuccarelli tuvieron una vieja historia, y su hijo Kevin Bailey estuvo implicado en ese secuestro del sótano justo antes de mi primer *Thanksgiving* en Oregon. Después de la muerte de la decana, llegó su sustituto: Jeremy Accardi. Fue cómplice de Jenna. Por lo que cuando conocí a Michael Cole, con su regalo de la caja además, los precedentes no eran buenos.

Por favor, pónganse en pie para cantar el himno nacional.

Dejo el programa en mi silla cuando me pongo en pie y en pocos segundos la orquesta y el coro de la ZU interpretan el himno. E incluso el himno me recuerda a mi graduación del instituto, y me hace pensar que mis padres y Kate estarían en esas gradas animándome.

Los fundadores de la ZU, cuando decidieron cómo iba a ser el rito de la graduación de la universidad, dejaron anotado que después del himno nacional de los Estados Unidos de América, el cura de la universidad era quien daba la bienvenida a los asistentes con una plegaria colectiva. Hace años que eso se eliminó, y es evidente que de no ser así Jaxson también habría roto con esta tradición. Así que es el decano Cole quien se acerca al atril después del himno.

—Buenos días a todos —saluda—. Por favor, pueden sentarse.

Y nos acomodamos todos en nuestros asientos. Grayson y Jaxson se ponen sus birretes de nuevo, como tanta gente, y tengo la urgencia de poner bien la borla dorada de Jax mientras él mismo no se da cuenta.

—Buenos días y enhorabuena a los graduados de la clase 2017.

Los aplausos duran un par de minutos. Y entonces empiezan los discursos de profesores, de invitados y de algunos alumnos. El mismo decano llama a los doce decanos de las doce escuelas de la universidad. Cada uno de ellos, dice unas palabras para los candidatos de esa escuela y oficialmente les convierte en graduados de la Zuccarelli University.

Pienso en David Michelle cuando los estudiantes de la *Zuccarelli Arts & Science School* celebran su día. Ese chico al que conocí gracias a Leo, en la clase de Kenneth Luzio ni más ni menos, y que me cayó bien enseguida por su personalidad sociable y abierta. Su novia también lo hizo, Lauren, pero se fue de la ZU sin decir adiós y hoy obviamente no se gradúa en su clase.

Admito que, a la mitad del acto de graduación, aplaudo efusivamente a los recién graduados de una de las escuelas: la *Zuccarelli Journalism School*. Leo está allí, entre todos ellos, y me lo

imagino gritando y despidiéndose de una etapa de su vida. Vine hasta aquí, crucé todo el país, de hecho, para vivir el momento que veo frente a mis ojos, pero que no tengo. Es muy raro, pero sé que no debía estar allí, y si pudiese elegirlo otra vez, tomaría el mismo camino.

Tengo un mal recuerdo cuando pienso en Harry Baker porque los estudiantes de la *Zuccarelli Law School* se levantan de sus asientos al ser llamados por su decano. El día que le conocí su apellido me causó una sonrisa porque yo días atrás había pretendido ser la profesora Baker. Su aspecto físico me recordaba tanto a Ron de las películas de Harry Potter. Y entonces descubrí que, a pesar de ser muy tímido con la mayoría, era un amigo atento y bueno con los suyos. Me pregunto cómo sería nuestra amistad hoy si mi vida hubiese sido diferente.

No asociaría a Juliana Harris con la *Zuccarelli International and Public Affairs School* cuando su decano llama a los estudiantes de esta. Pero es que veo su imagen en la pantalla gigante. No fue la más simpática en recibirme a la ZU, y su obsesión con Jaxson era claramente enfermiza, pero verla en la pantalla me trae recuerdos de mi vida.

La última escuela de la lista es la *Zuccarelli Veterinary Medicine School*. Aplaudo efusivamente porque, finalmente, es la última, pero pienso en Ava Moore enseguida. Ava, la simpática chica que me acogió en su grupo de amigos. Me pregunto si hoy no se arrepiente de haberlo hecho. Estropeé su relación con Leo, abandonó toda su vida aquí, y se fue de una de las mejores universidades del país y del mundo. No sé nada de su vida, y realmente me parece extraño que ella no esté aquí graduándose hoy.

No están aquí tampoco Lena ni Kaitlin. Se fueron después de ese horrible segundo año en la ZU, cuando perdieron a una buena amiga. Alessandra Park, la chica que fue asesinada porque yo le dejé un abrigo en un día de lluvia. Es inevitable pensar en ellas, y en que las tres estarían aquí si yo jamás hubiese llegado a la ZU.

Con todos ustedes, el presidente de la Zuccarelli University: el señor Jaxson Zuccarelli.

No soy la única que se levanta de su silla para aplaudir a Jaxson. Ya he escuchado el discurso y sé que además de ser fantástico, voy a ver nuevamente a Miss Zuccarelli. Es un buen motivo para aplaudir con una sonrisa en mis labios, antes de sentarme en mi silla.

—Buenos días a todos —saluda.

Los aplausos le interrumpen, y escucho los gritos, vamos a decirlo: mayormente femeninos, que recibe Jaxson. La verdad es que verle en las pantallas gigantes es un placer incluso para mí que le tengo todos los días.

—Mi más sincera enhorabuena a los recién graduados de la clase 2017.

Él mismo inicia los aplausos ahora, y le acompañamos todos.

—Espero que estéis todos disfrutando de una maravillosa semana de celebración, que como no podía ser de otra manera, también ha tenido la clásica tormenta del norte de Oregon.

Como he dicho, Miss Zuccarelli. No es lo que dice, es la forma de hacerlo, y se gana la simpatía de todo el mundo.

—Quiero saludaros a todos vosotros. —dice para su público cercano—. Pero también me gustaría felicitar a las madres, padres, parejas, amigos y todas las personas importantes de vuestra vida que hoy están aquí celebrando con todos vosotros este día.

“Pero especialmente me gustaría dar la enhorabuena, y lo digo de corazón, a todos aquellos que por muchos motivos variados no pueden estar aquí físicamente hoy. Este es un día muy importante en vuestras vidas, y por experiencia personal, sé que muchos de vosotros echáis de menos a gente muy importante en vuestras vidas que no puede celebrar este día como vosotros desearíais. Desde aquí, les felicito también por acompañaros y estar presentes en vuestro tiempo

en la *Zuccarelli University*.”

El aplaudo es emocional para mucha gente, y se nota por los vitores que interrumpen a Jaxson. Esto para mí ya me emociona, y mientras Jaxson habla del futuro, de las vivencias, de cerrar una etapa, de empezar otra y todos los tópicos de un discurso de graduación, sé que no tengo esta vida.

Y quizás hoy no recibo un diploma, pero ya tengo muchísimo más.

CAPÍTULO 37

Más de tres horas de ceremonia de graduación, y al salir hemos estado casi dos horas más en la carpa, con comida y bebidas. Es normal que todos queramos ponerle fin a ello, y que nos reunamos frente a nuestros coches otra vez para alejarnos de la charla formal con todo el personal académico y administrativo.

—Me voy a casa —anuncia Grayson en un susurro y le miramos todos.

—Alice está bien —le aseguro—. De hecho, echándose una siesta por lo que me ha contado Meyers.

—Ya no puedo más —se queja.

—Aguenta —le pide Jaxson—. Nos vemos después —añade para el resto y me mira—. ¿Vamos?

—Sí —afirmo—. ¿Cómo se va desde aquí?

—Elise nos lleva.

—¿Vais a ir en coche? —pregunta Violet—. Si está todo cerrado.

—Oh Dios —susurra Tyler y se ríe.

Veo el carro de golf negro con el logo dorado de la universidad. Hay unos cuantos como estos, pero jamás los usamos. Hoy están trabajando todos para trasladar a estudiantes, familiares o asistentes con movilidad reducida que lo necesiten.

—Podíamos caminar perfectamente —defiendo.

—Tú sí, él no —me explica Brayden riéndose—. Lo tuyo no tiene nombre —añade para Jaxson.

—¿Dónde me consigo uno? —se pregunta Madison en un susurro.

Jaxson y yo nos despedimos de nuestra familia entonces y le sigo hacia el carro. Tampoco me sorprende tanto que le haya pedido uno a Elise.

—Señora Zuccarelli —me saluda ella.

—Conduces tú —le explico—. Conduce Elise —añado para Jaxson—. Por favor —le pido a ella.

—Sí, señora —me responde.

—No me gusta ir a contramarcha —protesta Jaxson mientras me ofrece su mano para subir.

—Ve delante con ella —le propongo.

Hace una mueca divertida porque no tiene ningún problema en ir con Elise, pero prefiere estar a mi lado. Me río de mi gruñón favorito mientras damos un paseo por el campus. Está todo precioso. Las banderas, la música que suena por todas partes, y la gente que se mueve de un sitio a otro para seguir celebrando este día.

Nosotros nos vamos a la Ceremonia de Entrega de Diplomas de la *Zuccarelli School of Journalism*. Es una sorpresa para Leo, porque me hacía ilusión verle recibir su diploma. Jaxson se opuso enseguida, amparándose en la seguridad y no sé qué más, hasta que descubrí que lo hacía para evitar otro momento en el que voy a pensar: esta podría ser mi vida.

El teatro donde los graduados de la escuela de periodismo y sus familiares están reuniéndose para otro acto de graduación es enorme, pero parece pequeño en cuanto subo al escenario, esta vez detrás de Jaxson, por suerte. También disfruto de ahorrarme la presentación en público, de encontrar mi silla mientras todo el mundo lo hace, aunque hay cierta incomodidad saludando a muchos profesores.

Sé en qué sección del teatro se sienta Leo, de hecho, sé hasta en qué asiento, por lo que es fácil encontrarle. No sabía nada, así que está sorprendido y parece que la sorpresa le gusta a juzgar por su enorme sonrisa.

—Él es Miss Zuccarelli —me susurra Jaxson—. Medio campus sabe su nombre gracias a ti.

—No seas malo —le regaña en voz baja.

El proceso de sentarse es larguísimo. Jaxson saluda a cada persona del escenario, consecuentemente me presenta a mí las que no conozco, y estamos en esta charla formal durante un buen rato. Hasta que escucho la música de banda y las luces del resto del teatro se apagan. Los focos del escenario me intimidan un poco. Claro que, es mucho peor lo que hace el decano de esta escuela, a quien jamás había visto por cierto. Después de dar la bienvenida y felicitar a los recién graduados, añade:

—Es un honor para mí y para todos mis compañeros, que hoy nos acompañen el señor y la señora Zuccarelli.

Jaxson y yo tenemos que levantarnos rápidamente de nuestros asientos en medio de los aplausos. Localizo rápidamente a Leo de nuevo, y se divierte muchísimo con mi bochorno. Por suerte, esta ceremonia es bastante más corta, aun así, cada uno de los graduados de todos los niveles y de toda la escuela son llamados uno por uno. Jaxson y yo llevamos un buen rato de pie saludando a cada persona que sube al escenario y recibe su diploma. Pero admito que quise hacer esto solo por un nombre de esa larga lista.

—Leonardo Lawrence Miller.

Hay que reconocer que Leo es de los que se lleva más aplausos de toda la ceremonia. Cuando sube al escenario, lo hace con alegría, la borla de su birrete se balancea con la misma, y sonrío mientras encaja de manos con varios de sus profesores y recibe su diploma. Al final de la larga fila, estamos Jaxson y yo.

—Leonardo —le saluda Jaxson porque incluso ahora sigue con esto—. Enhorabuena —añade y le ofrece su mano.

—Em, gracias, Zucca —le corresponde él.

Leo se gradúa hoy, pero creo que siempre va a estar así de incómodo con Jaxson.

—Enhorabuena —le felicito y le doy mi mano.

—Gracias, señora Zuccarelli —me agradece divertido.

—No me habías contado que tu segundo nombre es Lawrence —le susurro.

—No pensaba que era necesario cuando mi universidad lleva tu apellido —me corresponde y me río mientras se aleja.

Es una ceremonia larga y emotiva para aquellos que hoy se gradúan y sus familiares. Cuando finaliza, Jaxson sigue siendo Miss Zuccarelli, por lo que incluso salir de este recinto es un proceso lento. Y una vez fuera, es casi imposible localizar a Leo, pero por suerte, él me encuentra antes a mí.

—Ahora sí —le digo divertida—. Ven aquí, graduado.

Me sonrío mientras me abraza, y cuando casi me como la borla de su birrete en el proceso, se lo quita y nos abrazamos de nuevo.

—Enhorabuena —le felicito cuando nos separamos.

—No sabía que vendrías —me acusa divertido.

—Pequeña sorpresa de graduación —le explico—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Agarra su birrete con ambas manos, y yo juego con las mías entrelazándolas también. Noto las miradas de otros graduados, y también la de Jaxson mientras habla con dos profesores.

—Es raro, eh —susurro.

—Un poco —me confirma—. Cuando te conocí no hubiese imaginado que algún día me entregarías mi diploma —me explica—. O que me iría de aquí con un billete de avión casi.

— ¿Un billete de avión? —repito.

—Sí —afirma.

Entonces frunce su ceño, pero soy yo la que estoy confundida.

—Pensaba que ese era tu regalo de graduación —añade—. El vuestro. Y, aunque no puedo cabrearme por esto, bueno, lo hago un poco.

— ¿De qué hablas?

—Antes de venir aquí, casi en la puerta, de hecho, se ha acercado un reclutador —me explica—. Ya sabes, la gente que está aquí pescando estudiantes. Empresarios.

—Sí —afirmo.

—Lo primero que he notado es su acento, porque parece ese mayordomo que tenéis en casa —me explica—. Se ha presentado, me ha explicado que se ha interesado en mi expediente, que sabe que he trabajado en la revista y que conoce a mi jefa... —enumera—. En serio no sabes nada.

—No —le confirmo.

— ¿Entonces es verdad? —me pregunta—. Es que pensaba que era tu marido.

— ¿Qué más ha ocurrido?

—Aparentemente mi jefa le ha hablado bien de mí. Él trabaja para *Titan Media UK* y me ofrece prácticas remuneradas, con la posibilidad de obtener un contrato con ellos en seis meses.

— ¿Reino Unido? —le pregunto y asiente con su cabeza.

—Londres —me explica—. Mis padres estaban delante, y casi han dicho que sí por mí —añade—. Es una ciudad carísima, y acabo de graduarme, y aunque las prácticas son remuneradas, bueno, sabes cómo funciona.

Técnicamente hablando, no. Pero lo comprendo.

—El alojamiento lo cubre la compañía —me explica—. Por lo visto, están reclutando a mucha gente que les interesa tener a largo plazo, y enseñarles desde cero cómo trabajan.

—Eso es bueno.

—Eso es muy bueno —me explica—. Casi demasiado bueno. Y que este hombre conozca a mi jefa, y ella ya sabes...

Miro a Jaxson y me encuentro rápidamente con su mirada, porque ni siquiera disimula que está pendiente de nuestra conversación. Algo debe entender, porque se despide de sus acompañantes y empieza a venir.

— ¿Tú no sabías...?

Leo se detiene cuando ve que Jaxson se acerca.

—Leonardo.

—Hola, eh...Zucca —le dice—. Se hace rarísimo que ya no te llame Intocable como el resto del campus...

—Se agradece —le dice Jaxson tan formal como siempre.

—Jax —le regaña enseguida—. Leo estaba contándome la buena oferta que ha recibido para trabajar en Londres.

—Mucha lluvia, café malo y la comida peor —le explica a Leo—. Pero la ciudad es bonita.

—Jaxson —insisto—. ¿Has intervenido de alguna manera en esta oferta? —le pregunto y reconozco mi tono.

—No conozco personalmente tu expediente académico —le explica a Leo—. Y hay muchos

estudiantes, y muchos reclutadores.

—Sí, ha sido cosa suya —le confirmo a Leo en cuanto Jaxson dice esto—. Yo no tenía ni idea, pero me alegro mucho por ti y parece una buena oportunidad.

—Es una buena oportunidad —defiende él y mira a Jaxson—. Pero no tenías por qué...

—¿Hacerlo? —finaliza Jaxson—. Mira a tu alrededor, los estudiantes verdaderamente inteligentes están usando el día de su graduación como escaparate, porque saben que eso va a serles más productivo que escuchar aburridísimos discursos.

—El tuyo ha estado bien —le dice Leo.

—He metido cada tópico de graduación posible y por haber —defiende Jaxson.

Y Leo se ríe un poco, antes de asentir con su cabeza. Cuando se da cuenta de que Jaxson no está en el mismo buen humor, se detiene con pánico, y es entonces cuando Jaxson sonrío. Después le ofrece su mano.

—Enhorabuena. Te lo mereces —le felicita Jaxson.

—No entiendo por qué lo has hecho, pero gracias —le explica Leo correspondiéndole—. No tengo un expediente académico tan brillante, y sé que él también sabe que tú me conseguiste ese trabajo solo por ser amigo de Eleanor.

—Entonces entiendes por qué lo he hecho —le explica Jaxson—. Eres un buen amigo de Eleanor. Eres el único que se ha quedado a su lado, y sé que no lo has hecho por unas prácticas remuneradas en Portland o el trabajo de los sueños de cualquier recién graduado en periodismo.

Leo se queda sin palabras como yo.

—Nuestra vida ha afectado mucho a la tuya —añade Jaxson—, pero te quedaste por ella. Y solo porque estuvieses a su lado cuando nació nuestra hija, ya debería haber hecho todo esto, pero es que además tú has hecho mucho más. Me cuesta una llamada conseguirte eso en Londres, sé que tú has renunciado a mucho más por Eleanor.

Si no ayudo a Leo, le costará decir algo. Incluso yo todavía no me acostumbro a cuando Jaxson hace estas cosas.

—Tiene una peculiar forma de dar las gracias —añado yo—. Y le gusta mucho competir conmigo y que mi regalo de graduación sea algo tan siempre como sorprenderte en la entrega de diplomas —añado y Leo sonrío un poco.

—Con el *Aston Martin* también me conformaba —le dice Leo y Jaxson sonrío de nuevo—. Gracias.

—Cómpratelo tú mismo en Londres —le susurra Jaxson y me río un poco—. Vendremos de visita para comprar té para Ele.

—Eso es lo que le vamos a decir a él —le recuerdo.

—Nena —me regaña.

—Es verdad —susurro y miro a Leo—. Será raro no tenerte cerca.

—No sabía muy bien qué hacer ahora, pero no me imaginaba que realmente se me acaba el tiempo aquí —me explica—. Es muy raro.

—Tú también puedes venir de visita —le recuerdo.

Nos miramos el uno al otro, él vestido como un graduado, con un diploma y un futuro laboral en Londres de sueño. Yo soy la señora Zuccarelli, con mi hija en casa, mi hermano desaparecido, un montón de problemas, y una familia que jamás pensé que tendría de nuevo. Leo siempre ha sido mi anclaje en la ZU, en por qué vine aquí, en mi vida antes de los Zuccarelli, y la verdad es que, aunque sé que será una gran oportunidad para él, me da un poco de pena.

—Te echaré de menos —le susurro mientras le abrazo.

—Voy a decirte adiós otro día, eh —me avisa.

—Leonardo, es suficiente.

Leo se aleja tan rápido de mí que casi me empuja. Miro a Jaxson cabreada, y entonces él le sonrío a Leo.

—Enhorabuena —repite todavía con su sonrisa mientras le ofrece su mano.

—Joder —susurra Leo asustado mientras le corresponde.

Escucho el claxon entonces. No es muy ruidoso, pero es seguido y molesta. Entonces veo un carro de golf negro muy parecido al que hemos usado nosotros.

—Admito que también echaré de menos esos desfiles de coches —dice Leo—, pero estáis bajando el nivel —añade y hasta Jaxson se ríe.

— ¿Quién es? —le pregunto a él.

— ¿Tú quién crees?

Grayson Luzio. Entre el carrito que conduce y el ruido que hace con él, aparca cerca de nosotros con un gran público observándole. Y Grayson desfila hacia nosotros como el modelo de pasarela que conocí en mi primer día en la ZU.

—Leonardo —saluda—. Enhorabuena.

—G —le regaño enseguida—. ¿Va todo bien? —añado con una sonrisa.

—Sí, he venido a buscarte —me explica—. Alice está fantástica.

—Sabemos eso —le susurra Jaxson—. Sky —le regaña.

— ¿Qué? Solo vengo de visita.

—No te preocupes, mis padres y mis tíos me esperan para comer algo —nos explica Leo y hasta él se divierte con la actitud de Grayson—. Nos vemos pronto.

—Aquí, antes de que te vayas —puntualizo y sonrío.

— ¿A dónde se va? —pregunta Grayson en cuanto Leo se aleja.

Se acerca a otros de sus compañeros, uniéndose a la alegría de gritos, fotos, vitores y promesas de una buena celebración que está alargándose toda la semana.

— ¿Incluso hoy, Sky? —le regaña Jaxson.

—Solo he venido a veros —defiende Grayson—. Y, además, iba a esperarme a que E terminase para ir con ella a un sitio.

— ¿Conmigo? —le pregunto sorprendida—. ¿A dónde?

—Sorpresa.

— ¿Te recuerdo lo que pasó la primera vez que me fui de paseo contigo y era sorpresa? —le propongo.

—No saldremos del campus —me promete y mira a Jaxson—. Puedes venir si quieres, o hacer cosas aburridas.

—Trabajar, Grayson, trabajar —le susurra Jaxson y me mira—. Diviértete, y buena suerte.

Se acerca entonces y sé que me paraliza.

— ¿Todavía con esto, nena? —se burla.

Giro mi cabeza para ofrecerle me mejilla, por lo que se ríe más, y no sirve de nada porque al final me besa como él quiere.

—Estoy aquí delante —nos recuerda Grayson.

—Con cuidado —le pide Jaxson entonces—. Y no me interrumpas.

— ¿Me compras otro abrigo de *Burberry*? —se burla Grayson acordándose de ayer—. Vamos, E.

Jaxson nos acompaña hasta el carrito, e incluso que me ofrezca su mano para subir me avergüenza. En serio, todo el mundo está mirándonos, y Grayson no ayuda en absoluto con el claxon y su impaciencia para moverse por un campus lleno de gente.

— ¿Me lo cuentas ya? —le pregunto—. Por favor.

—He revisado la lista de graduados —me explica—. Y en un rato empieza la ceremonia de entrega de diplomas de la escuela de negocios.

¿A quién conozco que se gradúe hoy y que lo haga en esta escuela? Es casi más extraño que Grayson se interese por alguno de sus graduados. Sigue con el misterio de su sorpresa mientras nos movemos por el campus. De hecho, nos estamos alejando hacia la puerta. Pasamos junto a muchos graduados y sus familiares y amigos, pero la verdadera multitud se concentra frente al primer polideportivo que ves en cuanto llegas a la ZU. Ese donde vi por primera vez a Grayson.

—La escuela de negocios tiene su ceremonia de entrega de diplomas aquí —me explica Grayson.

Detiene el carro en un lado de la carretera, pero naturalmente somos el foco de todas las miradas porque destacamos con nuestro medio de transporte.

—Adivina quién se gradúa hoy aquí —me explica—. A veces las casualidades de la vida tienen una forma curiosa de divertirme.

—Los graduados de la escuela de negocios —propongo con mucha confusión—. ¿Me lo cuentas ya? —le pido riéndome.

—Alex Jason, Ben Smith, Jonathan Pierce, Mark Jacobs y Sam Collins.

Esos nombres...

Espera...

— ¿Quiere entregarles su diploma, profesora Baker? —me pregunta Grayson divertido.

Me río con él, y no me importan las miradas porque el viejo recuerdo llega a mí. Los cinco idiotas que se burlaron de Grayson, y que le llevaron las maletas al campus a la profesora Baker. En esta carretera también conocí a Grayson, y cuando le miro ahora, me parece imposible que apenas hayan pasado casi tres años.

—Sabes que no tiene sentido alguno que tú estuvieses aquí con todos ellos, ¿verdad? —le pregunto—. He pensado en ello otras veces, y sigo sin comprenderlo.

—Esta es una historia para otro día —me susurra—. ¿Nos divertimos un poco con ellos?

—No —rechazo—. Gracias —añado con una sonrisa—. ¿Vamos a casa con Alice? He tenido suficiente y sé que eres el único que puede escaquearse de un día como este.

—Enseguida, profesora Baker.

Y me río mientras nos miran, nos alejamos, y Grayson disfruta pavoneándose con su carro de golf. Cruzamos la ZU sin prisa, porque no podemos tenerla hoy, y me fijo en cada detalle. Las banderas, las farolas, la música, las celebraciones, las fotos grupales, los gritos, las familias, y la extraña combinación de un día como este: la alegría de haber conseguido algo muy importante y del futuro que empieza, y la tristeza de cerrar una etapa y decir adiós.

Me alegra no tener que vivir este día de esta forma. Sí, quizás tendría un diploma, y amigos, e intentaría conseguir un buen trabajo con alguno de los reclutadores, y me iría a una fiesta...pero hay algo que deseaba mucho tener cuando vine aquí, y que no pensaba que la ZU pudiese darme: una familia.

Grayson y yo, bueno, yo especialmente, nos quitamos las ropas formales en cuanto llegamos a casa. Me paso lo que queda de día con mi mejor amigo, recordando mis primeros días en la ZU, pero con Alice y Mephisto en el jardín de nuestra casa. Madison es la primera que huye de las celebraciones, y previsiblemente Tyler no llega mucho más tarde que ella. A media tarde, Grayson y yo nos vamos a Portland, pero no de paseo fatídico, sino a buscar a Noah. A pesar de no querer vivir aquí, estuvo feliz ayer y lo está hoy con toda nuestra familia. Brayden se cansa cuando básicamente tiene hambre, mucha hambre, y no es una sorpresa que anochezca y que ni

Violet ni Jaxson hayan regresado a casa. Improvisamos una cena en el porche, Alice es la gran estrella de la noche, y disfruto de una buena copa de vino italiano que me sirve Brayden.

— ¿Estás bien? —me pregunta él mismo en un susurro cuando me la da.

—Sí.

—Es raro, eh —añade sentándose a mi lado—. Jamás hubieses pensado que tu día de no-graduación iba a ser así.

—La verdad es que no —admito—. Pero me falta Easton.

—Ya lo sé —susurra y me da un suave apretón en mi rodilla—. Le encontraremos.

La cuestión es cómo vamos a hacerlo o cuándo. El diecinueve de mayo para los recién graduados va a ser una fecha que recordarán para siempre. Hoy para mí solo hace diecinueve días que no sé nada de uno de mis hermanos.

—No, no, no, no —protesta Brayden entonces sorprendiéndome.

Me giro para saber qué le preocupa y entonces veo a Meyers. Otra de las malditas cartas.

California

19 de mayo de 2017

Muy honorable señor mío:

No puedo menos de darle la más sincera felicitación por los gloriosos acontecimientos celebrados en motivo de los nuevos graduados de su universidad. Le imploro que acepte mi humilde admiración por su cumplimiento como miembro de esta nuestra sociedad en la educación y la formación de las nuevas generaciones.

He percatado en la notable ausencia del Sr. Easton Capuzzo en las festividades de hoy y aprovecho esta misiva para interesarme con preocupación por su persona. Recibí noticias tuyas que me angustiaron mucho y desde entonces he rogado por su alma y sus intereses.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

—Easton —susurro.

—No tienen nada de él —me explica Brayden—. Solo es palabrería.

—Creo que tiene razón, E —me dice Grayson con compasión—. Hacen esto. Ni siquiera firman con un nombre real, o lo envían con un remitente. Al principio esperaban incluso unos días para mandar estas cartas, y siempre después de algo que provocaron ellos. Pero no creo que estuviesen implicados en eso en Chicago con los Slayers, y hoy solo han mandado esto para seguir con su juego.

Rápidamente miro a Meyers con preocupación.

—El señor y la señora Patricelli han sido informados, señora —anuncia.

—Voy a asegurarme de que nadie del equipo ha hablado más de lo que pueden hablar —propone Brayden.

—No será necesario que ellos no digan nada —defiende Tyler—. Que nadie vea a Easton durante días no es sospechoso, pero ni siquiera con los Delle Donne no dejamos de venir.

—Vosotros dos no estábais el año pasado —les recuerda Brayden a él y a Madison.

—Y fue difícil incluso cuando todo el mundo sabía por qué —susurro.

—Vamos a olvidarnos de esta Orden o lo que sea y sus cartitas que no entiende nadie — propone Madison con evidente burla.

—Cartitas o no, lo de la Torre Zuccarelli en LA no se ha terminado ni por asombro —defiende Tyler—. Y que Easton se haya perdido lo de hoy no ayuda tampoco.

—Porque contar la verdad... —susurro.

—El líder Luzio ha huído —me recuerda Madison—. Ese discurso durará hasta que alguien lo asocie con los Chicago Slayers, de allí a sus negocios, y en algún momento descubrirán la verdad. Es así, pero no podemos permitirnos que alguien descubra esto. Nada de esto.

Personalmente, cada vez que veo otra carta siento ese miedo. Si la de hoy solo es para jugar con nosotros, será la primera que no ha venido acompañada de algo peligroso para nosotros.

— ¿Alguien quiere algo? —ofrezco levantándome de la mesa después de un rato.

—No, gracias E —me responde Grayson enseguida y veo perfectamente cómo me mira.

No necesito otra copa de vino, aunque me gustaría, la verdad, así que preparo una jarra de té frío.

—Nena.

Casi dejo escurrir los cubitos de hielo por la encimera del susto que me da Jaxson. Me sonrío disculpándose y entonces se apoya en la puerta de la cocina.

— ¿Cuándo has llegado? —le pregunto cuando me recupero.

—Ahora. Estaba con Elise —me responde—. No es Easton —me avisa enseguida.

Pongo finalmente los cubitos en la jarra y entonces le miro de nuevo.

—Deja a la pobre mujer descansar, que ya ha trabajado toda la semana a tu ritmo —le pido.

—Necesitaba que me hiciese un favor —me explica—. Toma, es para ti.

Me ofrece un sobre y le miro mal, por lo que él lo balancea haciendo algo de ruido.

—No protestes —me susurra.

—Si es un regalo, te recuerdo que no me he graduado.

—No necesito eventos para hacerte regalos —defiende—. Y no es un regalo. De hecho, aunque le he pedido a Elise que imprimiese una copia, es algo que hice hace mucho tiempo. Y no lo hice ni yo personalmente.

Esto me tiene intrigada, y sonrío porque lo sabe. Limpio mis manos con el paño y después me acerco a él y me entrega el sobre. Veo el logo de la ZU.

Oficina de admisiones

— ¿Qué es esto? —le pregunto sorprendida y abro el sobre—. Jax, hablamos sobre lo de estudiar...

— ¿Puedes abrir el sobre sin protestar?— me pide con desesperación—. Te gustará.

—Eso es tu excusa para todo —le recuerdo divertida mientras saco un papel cuidadosamente doblado y lo extiendo frente a mí.

Zuccarelli University Oficina de admisiones

— ¿Qué es? —repito con confusión.

Esta mi nombre, es una carta de aceptación...Espera, yo recibí una de estas.

—Mira la fecha, nena —me pide.

20 de marzo de 2014

—Es la misma carta que recibiste tú —me confirma—. La misma de verdad. Elise ha imprimido una copia, pero es la tuya.

Y la recibí un 20 de marzo, sin saber que dos años más tarde, en ese mismo día, iba a tener una hija. Una hija con Jaxson.

—¿En serio? —le pregunto sorprendida—. ¿Es real de verdad?

—Sí —me responde con una sonrisa—. Eso no puedo cambiarlo, nena —me recuerda riéndose—. De hecho, no todas las cartas de admisión de ese año se mandaron ese día. Y confieso que yo no tuve nada que ver, porque no me encargué personalmente.

—El 20 de marzo —susurro y sonrío más.

—Sé que cuando recibiste esto no era para que tu vida en la ZU fuese la vida que tenemos ahora —añade—, y que técnicamente nuestra vida juntos ni siquiera empezó con esta carta —sigue y me río un poco—, pero la recibiste ese día, que además sería uno de los importantes, y ese día mi vida también cambió de alguna forma.

—No me hagas llorar —le pido en un susurro—. Sabes que lloro por todo ahora. Es terrorismo emocional.

Sonríe mientras me acerco a él y abre sus brazos enseguida. Creo que destrozo un poco la carta, pero le pediré otra copia a Elise y soy capaz de enmarcarla y colgarla en la pared.

—Sé que llevas todo el día pensando en que ya no tengo este día —le susurro a Jaxson—. Pero no me importa. Te juro que no. Prefiero mil veces lo que tenemos. No tengo el título que vienes a buscar cuando llegas a la ZU, pero gracias a ti tengo a mi familia y te juro que eso es mucho más importante. Y algo que pensaba que no tendría jamás.

—Te quiero mucho —susurra abrazándome más fuerte.

Y por supuesto que ya estoy llorando.

—¿Por qué no me lo has contado nunca? —le pregunto y sorbo mi nariz.

—No me di cuenta —me explica.

Me separo un poco de él y limpio mi rostro con mi mano mientras le miro. Espero que me explique más detalles de la bonita coincidencia.

—Te lo prometo, no me di cuenta —añade con una sonrisa.

—¿Quién...?

—Grayson —me responde—. Y según él, motivo número “dos mil setecientos lo que sea” por ser nuestro favorito.

Me río con él y entonces me giro para mirar al porche. El resto siguen animados con la cena, Alice o las historietas de Noah, pero Grayson nos mira fijamente desde su sitio y alza su copa de vino ligeramente. Después entiendo perfectamente lo que vocaliza en silencio.

Favorito.

Me río abrazándome a Jaxson y después nuestro favorito ve cómo le beso.

CAPÍTULO 38

El dolor es lo que me despierta. Me doblo en la cama cuando el retortijón fuerte golpea mi estómago. Cierro mis ojos con fuerza, pero esto no ayuda mucho. Así que intento orientarme. La habitación oscura, los ronquidos de Mephisto...

— ¿Ele? —me susurra Jaxson—. ¿Estás bien?

—Sí —le respondo—. Ahora vuelvo.

Busco a tientas mi móvil. No voy a encender la linterna, con la luz que emite la pantalla ya tengo suficiente para no tropezar con la cuna de Alice, pisar a Mephisto y poder llegar hasta el baño. Abro las luces de este cuando ya tengo la puerta cerrada, y me agarro al pomo por estos horribles calambres.

Odio ser mujer en este momento.

De verdad, lo odio profundamente. El dolor, el mareo que tengo, y la decepción. No sé qué mierdas decía esa aplicación, pero o ella está mal, o lo estoy yo. Tengo este malestar premenstrual porque mi período está aquí de nuevo.

Y lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas.

Tampoco me gusta estar en un baño, el que sea, y sentarme contra las baldosas de la pared, abrazando mis piernas para calmar el dolor. No es el dolor quien produce mis escalofríos, son los recuerdos.

— ¿Ele? —llama Jaxson y esta vez se nota que está tan despierto como yo—. Nena, ¿estás bien?

—No —susurro.

—Entro —me avisa.

Y cuando lo hace, no alzo mi mirada porque estoy concentrada en algo más importante.

—Eh —susurra.

Se agacha a mi lado, y escucho el ruido del plástico porque ni me he molestado en lanzar el envoltorio de la compresa en la papelería. Como he dicho, tengo algo más importante que hacer.

—Eh, sht —repite y se sienta a mi lado—. Nena.

—Estoy borrando esta maldita aplicación que no funciona —le explico—. Ya te tengo a ti, y la tuya espero que funcione mejor, o soy yo que tengo una locura de ciclos y...

—Ele —me susurra y me quita el móvil de las manos suavemente—. Déjalo, nena.

Le miro entonces, y pone mi móvil junto al envoltorio.

—Ven aquí —me invita en un susurro.

Me muevo para estar entre sus piernas y me apoyo en su pecho. Al final tengo que cerrar mis ojos porque un triste envoltorio me hace tanto daño.

—Estoy aquí contigo —me susurra y besa mi cabeza reiteradamente—. ¿Duele? —me pregunta—. Físicamente —añade de inmediato.

—Sí.

— ¿Quieres meterte en la bañera? —me propone—. Y mientras se llena voy a buscarte algo para que te tomes.

—No te vayas —le pido y cierro mis ojos junto a su cuello.

—No me voy, nena, te lo prometo —me corresponde y me abraza más fuerte—. Estoy aquí contigo.

Me calmo con su compañía, como tantas y tantas veces. Cuando finalmente abro mis ojos, la

luz estridente del baño me molesta y mis labios escuecen un poco. Pero sé que necesito tranquilizarme, y sé que puedo hacerlo. La cercanía de Jaxson ayuda, y me gusta reseguir el último de sus tatuajes con mi dedo. La verdad es que la pieza de ajedrez del caballo en su costado en honor a Grayson es mi segundo favorito.

—No es la aplicación. Soy yo, ¿no? —le pregunto cuando puedo hablar sin tartamudear—. Dime, por favor. Sé que lo sabes. Sé que lo sabes mejor que yo.

—Sí —afirma—. Tus ciclos están acortándose y son muy irregulares —añade—. La doctora te avisó de esto.

—Han pasado...

—Ya lo sé —susurra cuando no puedo hablar—. Tranquila. ¿Un poco mejor?

—Sí —afirmo.

—¿Te apetece la bañera?

—Mucho. Pero quiero quedarme así —le explico y escucho su sonrisa.

Aunque los dos sabemos que cuanto antes esté bajo el agua caliente, antes me voy a sentir mejor. Así que tengo que dejar que se levante y me quedo junto a la pared mirándole.

—Ele —me llama cuando ve que lloro de nuevo.

—Estoy bien —le aseguro e intento sonreír—. Gracias.

No se acerca porque sabe que será peor, y me duele verle a él también sufriendo con todo esto. Jaxson quiere arreglar todos y cada uno de mis problemas, y lo bueno es que muchas veces lo consigue, pero esta no es una de ellas. Mirarle es casi hipnótico, pero escucho la vibración a mi lado. Y cuando miro mi móvil, la llamada entrante es de un número muy largo que no tengo guardado en la agenda. Jaxson me mira al instante, y yo reacciono antes que él.

—¿Hola? —saludo y carraspeo un poco porque apenas tengo voz—. ¿Hola? —añado.

—Eleanor.

—Easton.

Oh Dios.

—Easton —repito.

—Hola —me saluda.

Escucho mucho ruido ambiental.

—¿Dónde estás? ¿Dónde...?

—Tranquila. Estoy bien —me responde.

Jaxson sale del baño de inmediato.

—Jax, es East...

—Lo sabe —me interrumpe Easton—. Bueno, va a saberlo —se corrige—. Llamaré a la chica rusa.

—¿Dónde estás?

—Prefiero que trabajen ellos y hablar contigo.

—¿Dónde estás? —repito.

—Solo dale...

Alzo mi mirada cuando escucho los pasos apresurados de Jaxson.

—Dile que no se mueva —me pide—. Lo digo en serio.

—Te lo he dicho —me susurra Easton y Jaxson se aleja de nuevo—. Tienen tu móvil vigilado, Eleanor. Sabes eso.

—¿Dónde estás?

—Panamá —me explica—. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? ¿Se puede saber...?

—Estás llorando.
—Porque estoy hablando contigo.
—No, llorabas antes. Por eso no te he dicho nada cuando has respondido. Estabas llorando ya.
— ¿En serio tenemos que hablar de esto?
—Es más fácil que hablar del resto —me susurra—. Y me interesa más.
— ¿Qué haces en Panamá? ¿Por qué no me has llamado antes?
—Lo siento.
—Esto no me sirve ahora —le aviso.
—Ya.
—Ven a casa.
—Lo haré.
—Lo digo de verdad, Easton.
—Lo haré —repite—. Te lo juro, Eleanor.
—Y no vas a irte de nuevo.
—Lo sé.
—No voy a perderte de vista en mucho tiempo.
—Lo sé —repite y escucho su sonrisa—. Tu marido será peor, y la chica esa que es jodidamente buena.
—Pero no es para vigilarte. Es porque queremos estar contigo.
—Yo también. Lo siento.
— ¿Por qué no me contaste...? —le pregunto entre sollozos—. No...
—No lo sé —me responde—. Bueno, quería hacerlo solo, entonces fue peor, y quería arreglarlo solo y...
—Pero no estás solo. Nos tienes a todos. Me tienes a mí.
—Ya lo sé. Siento haberme ido sin decirte nada, o no llamar antes.
—No es solo eso —susurro—. Jaxson y yo estuvimos en Chicago. Hemos hablado con la doctora Faro. Sé que...
—Lo sabes todo —adivina—. Entonces lo siento por no habértelo contado yo todo. Pero no podía.
— ¿Qué es? —le pregunto—. No nos lo contó todo.
—No quiero hacerlo por teléfono.
— ¡Entonces ven a casa! —le grito.
Por suerte, escucho el silencio porque no he despertado a Alice. Mephisto sí lo ha hecho, y mientras sollozo él se acerca a mí. Se sienta casi encima de mis piernas cruzadas, y tengo que colocarme un poco mejor para estar cómoda.
—Lo siento mucho.
—Yo también —susurro llorando.
— ¿Por qué? —me pregunta y se ríe—. La he cagado a lo grande, más que nunca, y sé que te he provocado problemas con Zucca porque me has defendido.
— ¿Has estado pendiente de nosotros?
—No —rechaza enseguida—. Te conozco. ¿Lo has hecho o no?
—Sí —susurro.
—Lo siento por eso también.
— ¿Por qué te fuiste?
—Porque hice un trato. Y mi premio era conseguir algo importante.
— ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no me hace especial ilusión presentarte a mi padre —me responde—. Pero lo harás en cuanto Zucca me mande un avión.

— ¿Qué? —le pregunto en un susurro—. ¿Le has encontrado?

—Sí —afirma y entonces se ríe—. Llevo este tiempo con él.

— ¿Qué? —repito.

—Pero ahora que le tengo, no sé ni qué hacer con él, así que voy a dejar que Zucca se encargue de todo y lo arregle como siempre hace.

—East...

—Me imagino qué te habrá dicho la buena doctora —susurra con sarcasmo.

—Jaxson se siente muy orgulloso de ti, y te considera parte de la familia como a cualquiera. La única razón por la que le pidió ayuda a esa chica es porque tampoco sabe cómo gestionar sus sentimientos y necesitaba encontrar una manera de poder ayudarte.

—Otra vez está arreglando mis problemas. Sí, finalmente he conseguido a mi padre, pero él va a tener que arreglarlo todo por mí. De nuevo.

—Eso es algo para apreciar —susurro—. Y no lo hace para que le des las gracias.

—Ya lo sé —dice y él también sorbe por su nariz—. Pero quería hacer algo por mi cuenta por una vez y que me saliese bien. Y necesitaba encontrar a mi padre.

— ¿Cómo te sientes ahora?

—Caroline no va a regresar —me responde—. Y ella me lo dijo. Me avisó de que la rabia y la venganza me consumirían. Pero mira a Zucca. Lleva años con eso, y puede tener una familia, y a ti, y la empresa, y...

—Porque estamos todos con él —le recuerdo—. Es lo que aprendí con vosotros, lo que envidiaba cuando os veía. Easton, van a pelearse para decidir quién viene a buscarte. Y sí, van a echarte la bronca, pero arreglaremos lo que sea y lo que nos importa de verdad es ayudarte a ti.

Se queda en silencio, pero sé que el dolor puede escucharse y es lo que escucho ahora. Incluso este silencio duele. Duele mucho.

—Te quiero muchísimo —susurro—. Siempre vas a ser mi hermano pequeño, digas lo que digas —añado y se ríe un poco conmigo.

—Yo también —me corresponde.

—Ven a casa.

—Te veo en unas horas.

Es lo mejor que puede decirme. Por primera vez en veinte días, no duermo porque la felicidad no me deja. Saber que en pocas horas podremos abrazar a Easton y tenerle en casa con nosotros me mantiene despierta. Y Jaxson se ríe un poco de mí cuando amanece, empieza un nuevo día, y puedo decirles a nuestros hermanos que Easton ya está de camino. Le he dicho a Easton que iban a pelearse por recibirle en el aeropuerto, pero la verdad es que lo que también tenía claro es que yo les acompañaría. Y, de hecho, todos hemos subido a los coches. Solo Grayson se ha quedado en casa, porque Noah no podía ver este momento. Y no me refiero a cómo el avión aterriza.

—Día a día, ¿vale? —me propone Jaxson y me acompaña con un brazo a su cuerpo.

—Sí —le respondo—. ¿Qué sabes?

—Nada —susurra, pero debe notar mi mirada—. Le he visto por videollamada. Está...bueno, algo diferente.

Y ahora solo tengo ojos para la puerta del avión. La espera se hace larga, muy larga, pero ya no es nada en comparación a los últimos veinte días. Y finalmente ocurre, Easton regresa con nosotros.

Jaxson me había avisado, pero sé que estrujo los dedos de su mano derecha cuando veo a

Easton. Nos mira desde la cima de las escaleras, y podría fijarme en la suerte que tiene porque su cabello crece tan rápido que su flequillo largo se mueve con el aire. Pero precisamente gracias al aire esa camiseta gris que lleva se aferra a su cuerpo: y veo lo delgado que está. Baja las escaleras del avión poco a poco, con la mirada baja y agarrado a la barandilla. Creo que cojea. También parece como si de un momento a otro estuviese a punto de perder los vaqueros.

—Ve —me susurra Jaxson.

Creo que hasta me da un sutil empujón, y lo necesitaba. Entonces corro hacia Easton porque en cuanto le abrace no voy a soltarle más. Pero cuando le abrazo me fijo demasiado en lo mucho que noto sus huesos bajo su ropa.

—Hola —me susurra.

—No me hagas esto jamás —le ordeno abrazándole fuerte.

Me corresponde también y cuando apoyo mi cabeza en su hombro no es nada cómodo.

—Me alegre de verte —me susurra.

Limpio mis labios con mi lengua y entonces me separo un poco de él. La camiseta gris ha visto mejores días, esta barba que nunca le crece de manera uniforme, pero su tez está pálida, sus pómulos demasiado marcados, es que hasta sus cejas son demasiado huesudas, este cabello necesita una urgente ducha y...

—Tienes un pendiente —susurro llorando mientras acaricio su lóbulo izquierdo.

—Larga historia —susurra de vuelta.

Sorbo mis mocos, limpio mis lágrimas con mi mano, y no sirve de nada. Quizás ha regresado a casa, pero le miro a los ojos y sé que está perdido.

—Em, toma —me dice entonces.

Mueve su brazo hacia atrás y me fijo en el movimiento. En serio, ha perdido mucho peso y no...no se ve bien. Me sorprende cuando saca algo naranja de su bolsillo trasero, de hecho, es algo de ropa. Y descubro que es una camiseta de la talla de Alice como recuerdo de Panamá.

—No va a servir para justificar tu viaje —le aviso.

—Ya, pero es día 20 y sé que Grayson sigue con esas estúpidas fiestas de tu hija —defiende con algo de sonrisa—. Y cada vez que se la pongas, puedes echarme la bronca por irme.

Esto me hace reír, y le abrazo de nuevo. Easton y yo somos casi de la misma altura, pero ahora él me parece tan pequeño, tan frágil, y lloro por la impotencia de no haber sabido protegerle, evitar este viaje, y por supuesto todo lo demás.

—¿Tienes tus respuestas con tu padre? —le pregunto.

—Ni la mitad de ellas —me responde y resopla.

—No estoy echándote la bronca —le explico—. No en este momento.

—Si la pregunta es si todo esto ha servido para algo: sí. Pero si me convenía: no lo sé. Está aquí y que Zucca haga con él lo que quiera.

—Lo siento mucho —susurro.

Se gira entonces y tengo que hacerlo con él porque deshace un poco nuestro abrazo. Cuando mira al hombre que está en la cima de las escaleras, también le asiente con su cabeza. Instantes más tarde, veo por primera vez a Ernesto Catallo. Si Easton y Noah no hubiesen nacido en la familia Capuzzo, seguramente tendrían el apellido de su padre, pero la heredera era Nicoletta Capuzzo. Él...bueno, es Easton con algunos años más. Jamás pensarías que es una mala persona, y sé que lo es. Es de esas personas que tienen cara de buenas personas, que parecen nobles, inocentes. Camina enmanillado y escoltado, y custodiado por dos hombres que parecen enormes a su lado.

Ernesto Catallo viste con vaqueros y camiseta como su hijo, su cabello es grisáceo y está

corto, y tiene unas gafas de montura metálica que no son muy grandes. Te lo podrías imaginar vendiendo billetes de tren, o en el mostrador de un banco, o como el adorable profesor de matemáticas que hace que no puedas odiar la asignatura porque amas al profesor. Easton se parece muchísimo a él.

—*Papà, Eleanor. Eleanor, papà* —susurra Easton con rencor cuando pasan por nuestro lado.

No le digo nada a ese hombre. Cuando me mira, transmite de nuevo esa inocencia, pero sé que de inocente no tiene nada.

—Primera vez que me alegro de ver al malnacido este —escucho a Brayden.

—Ya empezáis a ser unos cuantos al otro lado —se burla Madison.

Toda nuestra familia no pierde de vista a Ernesto Catallo mientras le escoltan al coche. Camina con los hombros caídos, la mirada al suelo, y otra vez en esa pose de víctima inocente. Pero su propio hijo está como está por buscarle por todo el mundo.

—¿Vamos a casa? —le ofrezco a Easton.

—Sí —me responde—. Pero tengo que darte otra cosa —añade.

—No han pasado tantos días. Puedes imaginarte que Alice sigue siendo una niña malcriada por sus tíos, y su padre —le explico—. Por lo que no es necesario recuperar tiempo perdido.

Sonríe un poco, pero yo pierdo mi propia sonrisa cuando saca un bote naranja de otro de sus bolsillos. Parece un bote de medicamentos.

—¿Qué es? —le pregunto.

—No lo que pone en la etiqueta, eso seguro —me susurra—. Pero es lo último que me queda, y si no consigo más, tú vas a echarme de casa.

Noto que mi mano tiembla cuando recibo el bote y entonces lo giro para leer la etiqueta.

—Día a día, ¿vale? —le propongo como me ha dicho Jaxson—. De momento, nos vamos a casa.

Y nos vamos a casa.

CAPÍTULO 39

Easton está exhausto. Hace rato que duerme en esta camilla, pero necesitaría días enteros de descanso. Y aun así sé que no es suficiente. Él mismo ha accedido a que la doctora Hattersley le hiciese todas las pruebas que quisiese. Su única condición es que no quería a Madison ni a Tyler, porque sabe qué va a decirme la doctora a mí. Yo de alguna forma también lo sé, y al mismo tiempo el desconocimiento me ahoga. Solo alejo mi mirada del rostro pálido y huesudo cuando noto la suave vibración junto a mí.

Benedetta: *Mi corazón está contigo siempre, ya lo sabes. Espero que esto te ayude, porque a mí me cuesta encontrar las palabras.*

Benedetta: *«Aunque camine por valles sombríos no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan» SALMOS 23:4.*

Me causa una sonrisa y le mando un mensaje. La vi hace tan solo tres días, pero le echo de menos como si no le hubiese visto en años. El problema es que la calma que me ofrece esta mujer no me dura mucho. La doctora Hattersley regresa conmigo, y lo hace con unas carpetas que sé qué contienen. Con cuidado, se sienta a mi lado en el otro sillón, y después me da lo que me ha traído.

—No son fármacos antidepresivos —adivino perfectamente.

—No —me confirma.

—¿Hay alguna buena noticia o todo es malo? —le pregunto con dificultades porque me falla la voz.

—No es recomendable quitarle todo lo que su cuerpo necesita, porque realmente lo necesita al haberse acostumbrado a ello —me explica—. Personalmente no soy partidaria de los procesos de desintoxicación con técnicas así de drásticas.

—Pero lo necesita —susurro—. Desintoxicarse.

—Sí, señora —me confirma—. La buena noticia que me pedía es que, a lo largo de mi carrera, he visto a unas cuantas personas con adiciones muy variadas, no solo con fármacos o drogas en un sentido que todos imaginamos, sino con algo...menos extendido popularmente, vamos a decirlo así —añade—. Muchos de ellos tienen que luchar contra algo muy poderoso sin nadie que les apoye. Familia, pareja, amigos, gente de su entorno...les ponen la etiqueta de adictos y aquí se termina, y en muchos casos está justificado, debo añadir también. La buena noticia es que el señor Capuzzo no está solo. Con eso ya tiene mucho, aunque no lo parezca.

—Gracias por su ayuda —le agradezco—. Y por...por su discreción —añado.

No quiero saber lo que pone en estas carpetas. Bueno, sí, pero me da miedo conocer los detalles. Pero hay algo que está claro: nadie puede tener estos mismos detalles. Estamos en guerra con una sección de los Patricelli que podríamos decir que se ha independizado, esta maldita orden. Los problemas en la empresa siguen dos meses más tarde de ese terrible incendio. La investigación policial sigue abierta. Lo último que necesitamos es que se sepa que el señor Capuzzo necesita esta mierda, y que la ha conseguido gracias a quien la ha conseguido.

En contraste con la silenciosa clínica, sé que si abro la puerta del fondo del garaje voy a encontrar gritos. No lo hago, pero de todas maneras la puerta se abre y veo a Brayden.

—¿Qué te han dicho? —me pregunta cuando ve mis carpetas.

—Nada bueno. ¿Tú?

—Nada que me sirva —me responde—. Siempre me ha fastidiado que se vea como un contable aburrido como si no fuese capaz ni de matar una mosca. Pero va a hablar. Easton está en esta mierda por buscarle, así que hablará. Te juro que hablará.

—¿Quién está allí ahora?

—Nadie —me responde mientras nos encontramos—. Por lo visto, Grayson sigue con estas fiestas del día 20. Aunque empiezo a entender que lo hace para tener algo que celebrar en nuestras vidas.

—Vamos entonces. Easton va a dormir un buen rato todavía.

—Si me lo hubiese dicho —susurra lamentándose—. Le tengo ganas a su padre como si fuese el mío, hostia.

—Luchamos nuestras batallas como podemos.

—No quiero ni saber qué hay en estas carpetas que tienes, Len —se defiende subiendo las escaleras—. Y no me voy a Chicago a decirles cuatro cosas a los *Chicago Slayers* porque ya tenemos otras guerras.

Sé que no es el único. Grayson lo ha conseguido de nuevo. El pastel, el desayuno alegre en el porche, Mephisto corriendo, Tyler y Noah jugando a fútbol en el jardín, Alice siendo el centro de atención de sus dos tías sentada en la mesa frente a ellas...pero me ven a mí con las carpetas, y la fiesta se detiene.

Jaxson alza su mano antes de que llegue a su lado, pero no le doy lo que quiere. Me siento con ellos y esperamos a que Tyler convenza a Noah de jugar solo porque él quiere estar aquí también.

—¿Qué dicen? —me pregunta él mismo mientras se sienta a mi lado.

Sé que se sorprende cuando no se lo doy.

—Que le pida a la doctora Hattersley que se encargue de ello sabía que lo único que le daría es tiempo —defiende Tyler.

—Te lo voy a dar, pero antes... —le explico y cojo aire—. Es malo, y lo ha conseguido gracias a los *Chicago Slayers*.

—Le han drogado ellos —me corrige Violet.

—Sí, pero no quiere que empecemos una guerra con ellos porque no quiere causar más problemas. Hizo un trato con ellos, y esto no formaba parte de ello. Tomó una mala decisión que ha sido...

—Ele, le han drogado —explica Jaxson—. En esos botes no hay lo que él buscaba.

—Y él podría haber comprobado que así era —le recuerdo—. Pero no lo hizo porque no quería que lo supiésemos. Así que no quiere una guerra porque él no nos contase nada, y porque sabe que puede morir gente porque él pidió ayuda a la persona equivocada.

—Es comprensible, Zucca —le dice Grayson—. Pero tenemos que saber a qué nos enfrentamos.

—Y os lo daré —repito—. Pero no habrá guerra con los *Chicago Slayers* —añado y miro especialmente a Jaxson.

—No está para...

—Eso es lo que no vas a decirle —le interrumpo—. Especialmente porque ha hecho todo esto para demostrar que puede hacerlo solo, y es evidente que le ha salido muy mal. La culpa está ahogándole, él no está en condiciones de empezar una guerra, y no quiere que nosotros lo hagamos por él.

—Sin olvidarnos de la maldita Orden... —susurra Tyler.

—Y de Vittoria —añado para Jaxson—. De la nonna. De todos los problemas. De la empresa entera. De la investigación policial.

—Y ahora Ernesto Catallo —sigue Madison y resopla—. Bueno, uno menos. Algo positivo tenemos que sacar de esto.

—¿A qué precio? —le pregunta Violet—. Porque Easton no es Easton.

—¿Alguien puede culparle? —le pregunta Madison—. No, en serio. ¿Alguien puede hacerlo? Porque aquí, quien más o quien menos, ha cometido verdaderas estupideces. Y problemas con papá, menos Eleanor, tenemos todos.

—Jaxson —le pido.

—Sigue insistiendo en que le protejas —susurra—. De acuerdo, de acuerdo —añade enseguida—. No voy a hacer nada. Pero voy a ahorrarme viajes a Chicago, y espero no encontrarme con uno de ellos otra vez porque...

—Jaxson —le interrumpo.

—Te lo prometo —me corresponde y alza su mano de nuevo.

Le entrego las carpetas y el desayuno acaba de estropearse por completo. Soy la única que como algo porque realmente necesito comer, y se acaba la alegría porque hasta Noah se cansa de jugar en el jardín y pide ver la tele un rato. Así nos encuentra Easton. Y sé que no somos precisamente una buena compañía hoy, pero él se ve peor.

Me asusta su aspecto físico, de verdad que lo hace. Se acerca a nosotros despacio, y se agarra a la silla para sentarse como si realmente dependiese de su apoyo.

—Vamos —nos anima—. ¿Quién empieza?

Violet hace ruido con su silla cuando se levanta y entonces se acerca a él. Creo que el propio Easton se sorprende como nosotros cuando la rubia le abraza.

—Si te refieres a darte abrazos, me pido primera antes de que Len te monopolice de nuevo —le explica Violet y veo la sonrisa de Easton.

—Lo digo en serio —defiende él.

Violet también le besa, y después no regresa a su silla sino que se queda más cerca de Easton.

—Tienes a tu padre —le dice Brayden.

—Sí —afirma Easton.

—El hijo de perra sigue pareciendo un contable —añade Brayden con una sonrisa y se la contagia a Easton.

—Oh-oh —dice Alice sentada en la mesa frente a Madison ahora, pero con su cuerpo girado hacia Easton.

—Dile, hola zio East —le instruye la morena.

Mi hija saluda a Easton con su mano y después se pone en movimiento. Grayson y Tyler tienen que correr para quitar de en medio las tazas y platos porque mi hija gatea de extremo a extremo de la mesa.

—Hola —le saluda Easton.

—Hola —imita Alice para sorpresa de él.

—¿Le das un beso al zio East? —le propone Violet—. Así. Mua —le instruye con la mano.

Alice le imita, y Easton sonrío más. Después él se acerca a ella, y cuando hace cosquillas en su barriga ella se ríe. Hasta que ve a Jaxson de nuevo y gatea toda la mesa de vuelta, buscando el cariño de su padre.

—No, el café es mío —le explica Jaxson cuando ella va a por su taza.

—AAA.

—Sí, lo sé. Pero no puedes. Aquí, sentada.

Jaxson le acompaña para que ella se siente en la mesa frente a él. No va a durar mucho.

—AAA —grita con sus brazos extendidos.

Y se lanza hacia su padre tanto si él está preparado como si no.

—No te has perdido tanto —le explica Tyler a Easton—. Hacemos lo que ella quiere, para desgracia de Eleanor cada día se parece más a Zucca, y para nuestra desgracia pasa demasiado tiempo con Grayson.

—Tyler sigue siendo un idiota —añade Grayson—. Y él y mi hermana siguen en una luna de miel permanente, que empieza a ser desesperante.

—Estás disfrutando planeando dos bodas a la vez —acusa Easton con una sonrisa y Grayson confiesa lo mencionado con otra sonrisa.

—¿Y la nonna? —pregunta Easton.

Nadie se atreve a responderle. Es irónico que mi móvil vibrando encima de la mesa sea la única respuesta. Y digo que es irónico porque es Alessandro. Siento verdadero pánico cuando respondo.

—Hola.

—Hola, chica —me saluda.

—Easton acaba de despertarse. ¿Quieres que te lo pase?

—¿Quién es? —pregunta Madison en un susurro.

—El nonno —responde Jaxson—. ¿Qué va mal? —me pregunta a mí.

—Dile al chico que se calme —me pide Alessandro.

—Alessandro —insisto porque quiero preguntarle lo mismo que Jaxson—. *Me estás asustando.*

—Pon el altavoz —me pide Tyler a mi lado.

—Donatella quiere hablar contigo —añade rápidamente Alessandro.

Y por eso no pongo el altavoz.

—Hola —me saluda Dona con un hilo de voz.

—Hola —le correspondo.

El resto saben que ya no hablo con Alessandro por el cambio de idioma.

—Estoy bien —añade Dona enseguida—, pero ahora que Easton está en casa, me gustaría que vinieseis todos.

—Dímelo, por favor —le pido.

—El martes por la mañana, los médicos me dirán si el tratamiento está funcionando o no —me explica—. Me gustaría que estuvieseis aquí.

—De acuerdo, lo organizamos y mañana estamos allí.

—Pon el altavoz —me pide ahora Jaxson.

—Sé que no van a ser buenas noticias, Eleanor —me susurra Dona y su voz se rompe—. Y sé que tenéis mucho ahora, pero me gustaría...

—Estaremos allí—le prometo—. Venimos esta noche si quieres.

—No, no, em... —dice y se queda sin palabras—. No puedo ahora mismo... —confiesa—. El martes.

Y por eso quiere hablar conmigo, para que les detenga. Me pide estar sola y tranquila, sin que nosotros lleguemos hoy, con el ajetreo, el ruido, y los agobios de exprimir cada segundo con ella. Sabe que lo hacemos con buenas intenciones, pero hasta yo vi lo mucho que se cansa intentando ser fuerte por todos nosotros incluso ahora.

—No te preocupes, estaremos todos allí mañana —le prometo—. ¿Qué te parece si te esperamos en el faro, eh?

—Gracias —me agradece con dificultades y sé que está llorando.

—Oye por cierto, ¿qué tiempo hace? Para cogerle ropa a Alice.

Se ríe con esto y es lo que pretendía.

—Adiós, cariño mío. Te veo el martes si Dios quiere.

—Adiós —le susurro de vuelta.

Cuando dejo mi móvil en la mesa, algunos están cabreados, y otros más.

—No te enfades —le pido a Jaxson.

—Siguen usándote para que te encargues de todo —protesta—. Y no es justo.

—Todos lo hacemos.

Rápidamente miro a Easton y entonces él apoya sus codos en la mesa y su cabeza en sus manos.

—Pero tú necesitas que alguien te ayude en eso —añade.

— ¿Qué ocurre? —me pregunta Tyler.

—El martes le dicen si el tratamiento está funcionando o no —explico—. Le gustaría que estuviésemos allí.

—Vamos ahora —defiende Brayden.

—No, nos quiere cerca, pero no allí —le corrijo—. No vamos a ir ahora para que se estrese si no puede hacernos la cena, o para que estemos constantemente ayudándola en todo —defiendo—. Ni iremos mañana a agobiarla más todavía, o el martes con su médico. Lo agradece todo, pero podemos imaginarnos que le añade más presión.

— ¿Y qué hacemos? —protesta Jaxson—. ¿Esperar? —añade—. Y en ese faro.

—Sí —defiendo.

—Me he perdido esto del faro —susurra Easton.

—Tú y todos —le explica Violet.

—Iremos allí —le explico a Jaxson—. Es un sitio especial para ella. Cogemos unas sillas, organizaremos un picnic.

— ¿Para celebrar que se muere? —me pregunta.

—Para estar con ella en un sitio especial para ella y apoyarla digan lo que digan los médicos.

—No voy a ir a un picnic en la playa para celebrar que el maldito cáncer se la lleva —defiendo con rabia.

—Ahora entiendo por qué le han llamado a ella —susurra Violet.

—Sí, vamos a ir —le explico a Jaxson—. Vamos a ir y vamos a estar con ella pase lo que pase. Vamos a dejar que la zia vaya con ella, que Alessandro esté cerca y sea de los primeros en estar a su lado, y nosotros vamos a organizar el resto.

—Es una buena idea.

Y nuevamente todos miramos a Easton.

— ¿Irnos a la playa a celebrar que se muere? —le pregunta Brayden.

—Hacer lo que ella quiere —le corrige Easton.

—No voy a irme de maldito picnic —me avisa Jaxson y se levanta—. Toma —añade entregándome a Alice.

—Jaxson.

—Preparad las maletas. Nos vamos en cuanto tengan el avión —añade para el resto.

Echo un suspiro cuando se va cabreado, y ni siquiera voy a decirle nada por el portazo que da que casi se carga el marco de la puerta.

—No vamos a ir —aviso al resto.

—Ya lo sabemos —me dice Tyler—. No te han llamado a ti de todos por nada. Ya nos has

convencido, y a él vas a calmarle en un rato.

—Bueno, ya que estamos así... —dice Easton y le miramos de nuevo—. Ya tenéis todo esto —añade mirando las carpetas—. Yo sí me voy a ver a la nonna, y pase lo que pase, tendré que irme después.

—Una mierda —replica Brayden—. Estoy hasta los cojones de dividirnos.

—La niña —le regaña Grayson.

—Pero si está acostumbrada a todo ya, y sino, vamos a aceptar que algún día lo hará. Porque esta es nuestra vida, y seguirá siéndolo cuando ella tenga la corona en la cabeza.

—Bray —le regaña suavemente Violet.

—No es justo —protesta Brayden—. Tu maldito padre —añade para Easton—. El vuestro —sigue para los mellizos—. El mío. Toda la mierda de gente...o les matamos nosotros, o no hay forma de que se mueran. Y la nonna, la nonna...

—Vamos a esperar al martes—pide Tyler.

—No me jodas, Ty —protesta Brayden—. Admiro tu positivismo siempre, tío, pero eres médico. Nos vamos a Massachusetts, pero nos está pidiendo que nos vayamos a su funeral y lo sabes.

—Somos su familia —defiende Tyler—. Aunque últimamente lo único bueno que nos haya pasado sean Alice y tu boda con mi hermana...

—La tuya con la mía irá después —susurra Grayson y se ríe cuando Tyler le mira mal—. Para aportar algo positivo yo también.

—Y tu revista —añado yo.

—Y otras cosas —defiende Tyler—. Estamos aquí, estamos juntos, y vamos a meterle dos tiros a tu padre, a celebrar cada mes de Alice como si fuese indispensable, y a estar contigo —añade mirando a Easton.

—Me voy después de haber visto a la nonna —le dice Easton.

—Y me parece bien.

—¿Cómo que te parece bien? —repite Violet.

—No puedes ayudarme con esto, Letta —le dice Easton—. En serio, te lo agradezco, pero ya habéis hecho demasiado...

—Y haremos más —le interrumpe Madison—. Porque vamos a supervisar todo tu tratamiento.

Easton sonríe con esto, agradecido y también algo incómodo. Yo me levanto con Alice, y él aleja sus manos de la mesa cuando ve que me acerco.

—Te quedas con el zio East un rato mientras busco a papà —le explico a mi hija.

—AAA.

—Sí, con el zio East un rato —le repito mientras la siento en el regazo de Easton.

Después les abrazo a ambos.

—Como si ella fuese a dejar que te vayas lejos —susurra Madison.

Y Madison tiene razón. Estemos donde estemos en el mundo, siempre juntos. Siempre.

CAPÍTULO 40

Admito que he babeado unas cuantas veces observando a Jaxson, descalzo, solo en pantalones de deporte, sudando y con sus manos vendadas, con guantes o sin nada mientras le daba golpes al saco de boxeo. De verdad, es una fantasía y me permito el honor de disfrutar de ella. Pero hoy no me gusta verle así.

Me nota perfectamente cuando entro en el gimnasio, pero no deja de golpear al saco. Me siento en una silla sin decir nada, y escucho el golpeo constante y su esfuerzo por hacerlo.

—Lo sé.

Abraza el saco para detenerle y entonces echa un suspiro.

—Sé que te lo piden a ti precisamente porque yo ya estaría en ese avión —añade—. Y no sabes lo que me gusta que mis abuelos confíen así en ti, y que te hayan tratado como su nieta desde el minuto uno. Además que entiendo que agobiamos a la nonna, y yo el que más. Pero no me gusta celebrar la muerte, no de la nonna.

—Jax, te quiere a su lado para saber lo que le dicen.

—Nena, le he visto, tú también, y no hace falta ser médicos para ver que se va —dice con dificultades—. Y sé que ella también piensa eso, y es otro motivo más por el cual te ha llamado a ti —añade—. ¿Me equivoco?

—No —susurro.

Apoya su cabeza contra el saco y ahora escucho más su respiración acelerada. También la puerta, y rápidamente miro hacia allí. De todos los que esperaba que bajasen, el último que habría dicho es Easton.

—Hola —le dice especialmente a Jaxson.

—Hola —le corresponde demasiado borde y le miro mal por eso.

—¿Necesitas algo? —le pregunto a Easton.

—No, he bajado a detenerle a él —me explica y mira a Jaxson.

—No me toques los cojones, East —protesta Jaxson y se aleja del saco.

—Bueno, sé que ella me ha defendido incluso ahora —le dice Easton—. Y vas a cabrearte por algo que todos aprovechamos.

—Unos más que otros —susurra Jaxson.

—Jaxson —le regaño enseguida—. No pasa nada —le digo a Easton.

—Necesito tu ayuda —le pide Easton a Jaxson.

Ahora miro fijamente a Jaxson para intentar frenarle con mi mirada. Él, como mínimo, lo único que hace es corresponder a Easton.

—La he cagado de verdad —añade Easton—. Y sé que he añadido otro problema más en la lista.

—La nonna y tú sois prioridad —defiendo yo enseguida.

—Lo mío era evitable —replica.

—Tienes a tu padre en casa —le recuerda Jaxson—. Al final lo has conseguido.

—Sé que a un precio muy caro.

—No voy a echarte la bronca por esto —le dice Jaxson—. He hecho lo mismo mil veces.

—Ya, pero te sale bien —susurra Easton.

—No siempre —corrige él.

—Vamos, Zucca, te sale bien. Y si no te sale bien, encuentras la manera para que parezca que

sale bien —defiende—. Os he preocupado a todos, no os conté ni la mitad de lo que hice en Chicago, me junté con la gente que no debía porque estaba cegado por la venganza, y ahora no puedo vivir sin unas jodidas pastillas que me hacen estar mal, pero sin ellas estoy peor.

—Solo me joden dos cosas —le explica Jaxson—. Una, lo mal que lo ha pasado Eleanor.

—Jaxson —le detengo.

—No pasa nada —me susurra Easton—. Era el único que todavía no me lo había dicho. Y siempre has sido delgada, pero ahora lo estás mucho, y duermes menos que él —añade y señala a Jaxson con su cabeza.

—Te lo dije cuando te fuiste con tu prima —sigue Jaxson.

—Jaxson —le detengo.

—Vete, haz lo que tengas que hacer porque lo entiendo, pero jamás rompas el contacto con nosotros y pide ayuda si la necesitas —añade—. Y sí, sé que no puedo decirte esto porque yo hago lo mismo. Así que si no quieres contármelo a mí, como mínimo díselo a ella —pide señalándome—. Y no voy a cabrearme si ella me lo esconde.

—Mucho —puntualizo y me río cuando me mira mal.

—Vale —acepta Easton y me mira—. Lo siento mucho.

—Déjalo —susurro—. Sí, me han salido canas ya creo, pero hay más cosas. Muchas más cosas. Lo que me importa es que estés en casa, y que estemos hablando.

—Ese es el segundo motivo —dice Jaxson—. Que fueses a hablar con la doctora Faro.

—Jax, está bien pedir ayuda y está bien hablar con un profesional.

—Me parece muy bien si es lo que necesita, pero que se lo diga a alguien. Porque...

—Ella no me dio las pastillas —le explica Easton.

—Ya nos lo contó —le dice Jaxson—. Pero ella te dio la idea de qué pastillas necesitabas. Y para no dejar rastro, o que yo no me enterase, las conseguiste gracias a esa gente —añade—. Pero los *Chicago Slayers* van a cobrar lo mismo, y te joden más si te dan lo que te han dado.

—Ya lo sé.

—Díselo a ella —repite Jaxson señalándome—. Si lo hace todo el mundo ya. Por lo que díselo a ella, porque...

—Ya lo sé —interrumpe Easton.

—East, voy a matar a cualquiera de los *Slayers* que se cruce en mi camino y que estuviese al corriente de esto —le dice Jaxson y hasta a mí me causa terror—. Y si nos vamos a la guerra, pues nos vamos a la guerra porque esta es nuestra jodida vida. Pero no le pidas ayuda a cualquier desconocido porque...

—Ya lo sé. Sé que la he cagado, sé que necesito ayuda, y ahora tengo lo que buscaba. De hecho, haz lo que quieras con mi padre. Haz lo que quieras con los Capuzzo. Haz lo que quieras con el equipo, porque ya tienes a esa cría para que se encargue ella. Haz lo que quieras...

— ¡No quiero hacer lo que quiera! ¡Esto es una jodida familia y si yo hago lo que quiero va a ser la familia que quería mi padre!

— ¡Pero es lo único bueno que hicieron tus padres en su vida! ¡Y ojalá hubiese sabido antes de mi madre, porque Joe y Cora me hicieron el favor de mi vida! —le grita Easton—. ¡Y sí, haces lo que quieres siempre! ¡Pero mira lo bien que nos ha ido! ¡Mira la vida que tenemos gracias a ti!

— ¡No lo hice por mí, Easton! ¡Lo hice por todos! ¡Y esto te incluye a ti! —le contesta Jaxson—. No busqué a nadie para sustituirte, ¡pedí ayuda porque no sabía cómo ayudarte!

— ¡Yo no sabía cómo pedirte ayuda! ¡Me di cuenta de que la había cagado cuando ya era demasiado tarde! ¿Sabes lo difícil que es cagarla cuando tú siempre lo haces todo bien?

— ¿Todo bien? —repite Jaxson—. ¡Deja de ponerme alas de ángel! ¡La he cagado a lo grande, Easton! ¡Y sé lo que se siente cuando la cagas y no tienes a nadie! ¡Pero tú nos tienes a nosotros siempre!

— ¡Tú también nos has tenido siempre! ¡Siempre hemos querido ayudarte porque nos salvaste! ¡Nos salvaste y de no ser así estaríamos todos muertos ya! ¡Si no estamos locos como Joe y Cora es porque tú nos salvaste!

— ¡No tienes que darme las gracias por nada! ¡No te metas esta jodida presión!

— ¡Te doy las gracias si quiero! ¡Y tú te metes la misma presión!

— ¡Porque eres mi hermano! ¡Y no quiero enterarme de que necesitas ayuda después de una jodida doctora, una banda de motoristas que solo quiere usarte, o quien sea!

— ¡Tú nunca no nos pides ayuda tampoco! ¡Por una vez quería hacerlo bien, sin tu ayuda, sin que tengas que encargarte de todo!

— ¡Pero voy a encargarme de eso porque eres mi jodido hermano!

— ¡Pero tienes tu vida ahora! ¡Y esto tiene que acabarse algún día!

Los dos se calman de forma instantánea. Subo mis pies a la silla y abrazo mis piernas mientras les observo. Se miran fijamente, recuperando el aire que les falta.

— ¿Qué? —le pregunta Jaxson.

—Esto va a acabarse algún día, Zucca.

— ¿Qué? —repite Jaxson.

—Esto, vivir juntos, estar siempre juntos...

— ¿De qué cojones hablas?

—Eleanor y tú ya ni vivís en casa.

— ¿Otra vez con esto? —le pregunta Jaxson—. Te lo hemos dicho mil veces, estamos aquí al lado, es temporal, y es por Noah. Además, Grayson se pasa la mitad del tiempo allí, el resto viene a comer, a trabajar, a lo que sea...

—Ya, pero se acabará —le explica Easton—. Bueno, con Grayson no lo sé, porque realmente no le veo viviendo sin vosotros. ¿Pero el resto? Da igual que estemos a cinco minutos, que seamos vecinos, que...

— ¿De qué hablas? —repite Jaxson.

—No vamos a vivir siempre juntos.

—No nos hemos mudado definitivamente —le recuerda Jaxson—. Ni en el otro hemisferio.

—Pero algún día llegará —defiende Easton—. Venga, Zucca. Lo sabes. ¿Vamos a vivir juntos también cuando tengamos cuarenta años, o sesenta si llegamos a eso? —añade—. ¿Vuestros hijos, los que van a tener Bray y Letta cuando se animen de una vez a adoptar a un niño...?

—No he pensado en ello —le responde Jaxson—. Además, hay sitio de sobras y a Grayson no le faltan excusas para hacer obras.

—Pero se acabará algún día. Es la vida. Y tú tendrás suficiente con Alice, y con el resto de niños que tendréis algún día —añade—. ¿Vas a estar pendiente de ellos, de tu familia, y también de nosotros? Vas a acabar loco y no es justo.

—No nos vamos a ninguna parte —defiende Jaxson.

—Pero ocurrirá. Solo quería saber que podría hacerlo, que podría hacerlo sin tu ayuda, que...

—Detente —le interrumpe Jaxson—. Esto podría ocurrir algún día, pero la verdad, ni ahora, ni en dos meses, ni en dos años —añade y cuando me mira le sonrío de acuerdo—. Es que si hace falta nos montamos una jodida urbanización nosotros mismos si alguien tiene la necesidad de tener su casita.

—Vamos, Zucca, que lo hemos visto todos. Eres la persona que menos quiere jugar a las

casitas, pero se te da fantásticamente, y además eres muy bueno en ello —protesta Easton

—Pero es que si esto ocurre, seguiré en tu vida, y yo en la tuya, y Ele en la tuya, y nosotros en la de Tyler, y Alice en la de todos... —enumera—. Siempre. Y te lo repito, a estas alturas Ele y yo somos los que más nos aproximamos al prototipo establecido de familia normal bla bla bla... y no nos vamos.

Cuando me mira de nuevo, niego con mi cabeza para apoyarle en ello.

—En serio, es que no —defiende Jaxson—. Es que mira cómo está Grayson, que todo el día está en casa. Mira cómo está ella, que ni duerme ni come —añade mirándome y ahora no le doy mi apoyo—. Cuando Madi y Ty estuvieron fuera fue el jodido infierno.

—De acuerdo.

—Así que sácate ya esas ideas de la cabeza.

—De acuerdo.

—No me des la razón para dármele —replica Jaxson.

—No te la doy. Me ha quedado claro que hacerle daño a tu mujer es una idea peligrosa.

—Jax también te ha echado de menos —intervengo finalmente—. Y no te irás muy lejos —le aviso.

—De acuerdo —repito ahora para mí.

—No vamos a separarnos —le explico—. Pase lo que pase. Podemos separarnos porque Noah lo necesita, o porque tenemos que hacer el tour de las familias...

Esto les hace reír a ambos, porque yo me reí también cuando me lo dijo Leo esa vez.

—Pero siempre estamos juntos, ¿de acuerdo?

—Ya te encargarás tú de que ocurra —me susurra Easton—. La heredera.

—No empecemos de nuevo —les pido—. Vamos arriba a celebrar los catorce meses de mi hija con alguna extravagancia que Grayson tendrá preparada y el martes estaremos en Massachusetts.

—Al picnic en la playa —protesta Jaxson en un susurro.

—A estar con nuestra familia —le corrijo—. ¿Ya? —le pregunto y asiente con su cabeza—. ¿Ya también? —repito para Easton.

—¿Vas a hacer que nos abracemos o algo...? —se burla de mí.

—Sí, podéis hacer esto mientras reorganizamos lo de arriba —le explico y me levanto de la silla—. O sino os matáis a hostias, lo que queráis, pero arreglad esto ya porque tú necesitas centrarte en algo importante —añado mirando a Easton—, y la nonna nos necesita. El nonno también.

—Para darle hostias a este prefiero ir a ver a su padre —me dice Jaxson.

No es mi ideal de que pasen tiempo juntos, pero se quedan en el gimnasio sin gritarse. Y algo es algo.

CAPÍTULO 40

El día soleado en la costa de Massachusetts se agradece, pero el aire es frío. Lo primero que hago cuando llego a la playa es acercarme a ese faro. Hay algunos turistas por aquí, y le sacan fotos a esta preciosidad. No es una sorpresa que Jaxson no quiera subir con nosotros, pero el resto lo hacemos, incluso Noah y Alice parecen contentos una vez estamos en la cúpula roja.

—Este sitio es precioso —susurra Brayden—. Es una mierda que ya no me guste.

—A alguien le gusta todavía menos —dice Madison y señala la playa.

La imagen de Jaxson con todas nuestras cosas en la arena es cómica. Ha protestado desde antes de salir de casa, y ha sido peor cuando ha visto las sillas de playa, las sombrillas, los juguetes para la arena de Alice y Noah, o las cestas y neveras portátiles que hemos traído.

—Si se confirma lo peor, va a volverse loco —susurra Grayson.

—Ya te tiene a ti para eso —le molesta Tyler, pero Grayson se ríe también porque nota que el rubio solo lo ha hecho para sacarnos una sonrisa.

Tenemos nuestros momentos. Hasta yo he tenido uno de estos porque intento pensar en positivo, intento creer en lo importante que es este sitio para Dona, pero me vengo abajo. Y realmente le pido al faro de Sugarcrane que nos acompañe en la celebración de algo bueno.

—Ya estamos aquí —le dice Grayson a Jaxson cuando regresamos, aunque nos ha visto perfectamente—. A tu hija le han encantado las vistas.

—AAA —dice Alice contenta cuando Grayson la pone en los brazos de Jaxson.

—¿Por qué no juegas con ella un rato en lo que nosotros acabamos de preparar esto?

—Demasiado quizás, ¿no? —le pregunta Jaxson—. ¿Para qué demonios necesitamos el champán?

—Lenguaje —le regaña Grayson—. Lo necesitamos porque pase lo que pase hoy, vamos a brindar porque estamos juntos. Y sí, vamos a celebrarlo.

—No me vengas de nuevo con la mierda de que hay culturas que celebran la muerte —le ordena Jaxson—. No me importa, no voy a celebrar nada.

—Zucca, por favor —protesta Grayson—. Tu hija de un año está en tus brazos y está aprendiendo a hablar, ¿puedes cuidar tu lenguaje?

—Esto sí que lo había echado de menos.

Easton les interrumpe, y le miramos mientras se sienta en una de las sillas.

—El matrimonio de la casa —añade y nos reímos con él—. Vamos, Grayson, está cagado como nosotros, deja que hable como quiera. Y de todas formas, es una batalla imposible. Nosotros crecimos así y tampoco hablamos tan mal.

—Me pones histérico a veces —le dice Grayson a Jaxson y se aleja hacia una bolsa con comida.

—Lo mismo digo.

—Sigues siendo mi favorito —le replica.

—Y tú también —contesta Jaxson con la misma contundencia—. Pero esto parece un set para tu revista.

—Está muy bonito —defiende Violet.

—Está para que le saquen una foto con el faro al fondo —replica Madison—. Todo combinado con el mismo rojo.

—Mira, ya que sacas el tema —le responde Grayson—. Las sombrillas, las sillas y la cúpula

del faro no son de color rojo. Es un rojo anaranjado.

—No ayudas, Grayson —le susurra Tyler—. No ayudas.

—Y resulta que es el color al que el nonno llama el “*rojo, rojo*” —sigue Grayson ignorándole—. Y él también está en el infierno. Así que he preparado todo esto con un color que les tranquilice a ambos, porque sí, los colores hacen eso e influyen mucho en el estado de ánimo. No curan el cáncer, pero pueden hacer algo para el alma.

—A mí me gusta —dice Violet y se sienta en una silla también.

—Está muy bonito, G —elogio yo enseguida.

—Y lo está —defiende Jaxson—. Tienes un jodido talento para esto, Sky. ¿Pero aquí? ¿Tan cerca? No me gusta... Hay turistas, hay...

—¿Mejor si nos movemos media milla hacia allí? —le pregunta Grayson señalando la parte de la playa lejana al faro.

—Sí —afirma Jaxson—. Vamos a estar más tranquilos, y más seguros también.

—Nos movemos entonces —le propone Grayson—. Venga, a trabajar.

—Haced lo que queráis, pero decidiros ya —pide Brayden y coge dos neveras a la vez.

—Vamos a ello —dice Tyler ayudando enseguida también.

Grayson y Jaxson se miran como si todavía quisiesen pelearse un rato más, pero mi mejor amigo se acerca y besa la mejilla de Jax suavemente.

—Estoy aquí contigo.

—Y yo contigo, Sky —le corresponde Jaxson en un susurro.

—Y yo os declaro marido y mujer —se burla Madison mientras coge una silla.

Es fácil adivinar por qué Jaxson quiere alejarse del faro y la gente que lo visita. Además de porque no le gusta estar en espacios públicos porque no disfruta de ellos y les ve peligros en todas partes, no quiere estar rodeado de gente si Dona no tiene buenas noticias para nosotros.

Tengo que admitir que lo intento. Vigilo que mi hija no se coma mucha arena, ayudo con las sillas, y no echo muchos vistazos a mi reloj. Pero cuando veo a Dona en la playa, mi corazón se detiene. A ojos del mundo, Dona se agarra al brazo de Alessandro para acompañarle. En realidad, Alessandro es casi como si arrastrase a Dona hacia nosotros. La zia va con ellos, y cuesta encontrar un momento en el que no se vea bien, pero incluso ella está rodeada de tristeza.

Dona...Dona está más delgada todavía, camina con sus hombros caídos, lleva un bastón incluso, y su ropa, su peluca y todo está perfecto como siempre, pero por una vez no puede esconderlo.

—Jax —susurro.

Está mirando el océano, y sus ojos son del mismo azul.

—Se va —susurra de vuelta—. Se va.

Me agarro a su brazo libre, y cuando Alice me ve más cerca se aproxima a mí y me da un buen cabezazo. No duele en absoluto. No mientras veo cómo Alessandro, Dona y Lea caminan hacia nosotros.

—*Hola* —nos saluda Alessandro.

—¡Oo! —grita Alice contenta al verle.

Patalea en brazos de Jaxson, y él está tan absorto que ni se da cuenta, ni nota el dolor tampoco. Yo ayudo a mi hija.

—¡Nonna! —grita Noah feliz de verla—. ¡Zia!

Alice corretea por la arena, y es algo difícil, por lo que se cae como tantas veces ya desde que hemos llegado.

—*Ven aquí, tartaruga* —le dice Alessandro agachándose—. *Ven aquí con tu nonno* —le

anima mientras le ofrece sus manos.

Alice se levanta como puede y después corre de nuevo. Es una niña feliz con su bisabuelo. Su padre está llorando cuando le miro de nuevo.

—*Qué guapa estás con este vestido* —le dice Alessandro a mi hija cuando la tiene en brazos.

— ¡AAA! —grita Alice pataleando para alejarse ya del abrazo.

—*Esto no es muy bonito por tu parte* —le dice Alessandro agachándose otra vez—. *¿Qué quieres?*

— ¡AAA! —grita Alice de nuevo caminando inestablemente por la arena.

—*No nos habías dicho que ha aparecido a llamarte* —le dice Alessandro a Jaxson entonces. ¿Qué?

— *¿De qué cojones hablas?* —le pregunta Jaxson con malhumor mientras sigue llorando y ahora se acerca a nuestra hija como ella a él.

Le ofrece su mano a Alice para que se estabilice, y ella con su otra pequeña mano también se aferra al pantalón negro de Jaxson para buscar un apoyo.

—*Acaba de llamarte papà* —le dice Alessandro a Jaxson.

—Oh —susurra Grayson a mi lado—. Es verdad. Espera, lleva meses diciendo AAA y pensaba que simplemente parloteaba, pero si creo recordar que tú...

— ¿Qué cojones dices tú también, Sky? —le pregunta Jaxson muy alterado—. *Espera, espera* —le pide a Alice cuando ella camina nuevamente hacia Alessandro.

—*Chica lista* —le felicita él mientras le recibe con alegría de nuevo.

—Que alguien diga algo ya —pide Brayden.

—*Hola, cariño* —escucho a Dona.

—*No, dilo ya* —le ordena Brayden—. *Dilo ya porque...*

Brayden está desesperado, pero el ruido fuerte no es su grito. Su grito no puede hacer que me tambalee, y me lleve a Jaxson conmigo. El dolor en el hueso de mi cadera es agudo, pero el ruido me asusta más. Y los llantos de mi hija. O el pitido horrible en mis orejas.

— ¿Ele? —me llama Jaxson.

Busca mi rostro con sus manos, yo palpo el suyo con las mías.

— ¿Estás bien?

— ¿Qué...? ¿Alice...?

Se incorpora más rápido que yo. Veo una silla del revés. Violet abraza su cuerpo en la arena. Brayden está encima de ella, hablándole. Madison sacude el hombro de Easton. Jaxson el de Grayson cuando pasa por su lado, y Grayson asiente mientras se quita la corbata. El ruido de nuevo. Y los gritos. Noah está gritando. Alice está llorando.

— ¡Nonna!

Alice. ¿Dónde está Alice? Intento ponerme en pie, pero me cuesta. Así que me agarro a la silla que tengo cerca, está de lado, pero me sirve de apoyo para girarme.

Y entonces veo el rojo.

Es el rojo del faro, pero de las llamas. No hay nada de la cúpula. La base está partida. Y hay llamas. Gritos. Humo. Llamas. Gritos. Humo. Llamas.

—E.

Me cuesta orientarme. Grayson se ha quitado la corbata. Uf, eso es una primera vez.

—E —me llama de nuevo y se agacha frente a mí.

—Alice —susurro—. ¿Dónde...?

—Hostia puta.

Es Tyler.

— ¿Estáis bien? —pregunta—. Eh, ¿estáis bien?

Me aferro a la mano que me ofrece Grayson, y cuando me incorporo me balanceo con él.

— ¿Te mantienes en pie? —me pregunta con sus manos en mis hombros.

—Sí. ¿Estás bien?

—Creo que sí —me explica.

Lea me lo confirma cuando veo cómo abraza a Noah. Alessandro está agachado junto a Dona, Jaxson con él, Alice entre ellos llorando. Ambos Zuccarelli deben estar preguntándole lo mismo a Dona, y ella asiente con su cabeza.

—Está bien —me explica Jaxson dándome a Alice—. Está bien —repite—. ¿Tú? —añade y asiento con mi cabeza.

— ¿Tú? —le correspondo protegiendo a Alice contra mi cuerpo.

—Comprueba que todos lo estén. Elise tiene que estar de camino ya.

—Allí.

Solo Elise White correría por una playa llena de bolas de fuego, con un faro semiderruido que sigue lanzando piedras. Por nosotros.

— ¿Estás bien? —le pregunta a Jaxson cuando llega con nosotros.

—Señora Zuccarelli.

Y solo Elise haría esto ahora también. Me doy la vuelta, con Alice incontroladamente llorando en mis brazos. Madison habla con Tyler mientras frota su cabeza. La zia sigue intentando calmar a Noah como hago yo con mi hija. Grayson le dice algo a Brayden, y los dos están cerca de Violet. Ella está sentada en una silla, con algo blanco en su mano. Espera, es una especie de venda.

— ¿Estáis bien? —les pregunto cuando estoy con ellos—. ¿Todos?

—Solo me he cortado con las malditas copas —me explica Violet—. ¿Qué ha pasado?

— ¿Quién sabía que estábamos aquí? —pregunta Grayson.

— ¿Nos vamos? —pregunta Madison.

—No podemos —le responde Brayden—. Esto ha sido provocado, y hay gente que nos ha visto en esta playa. En especial con la mierda de sombrillas rojas.

—Lo siento —se disculpa Grayson.

—No es tu culpa —le interrumpe Brayden—. Pero tenemos que quedarnos aquí. Que no se mueva nadie.

—Tranquila, princesa —le dice Tyler a Alice acariciando su espalda.

—Tenemos que... —le digo con pánico.

—Lo sé —comprende—. Pero nos toca esperar a que venga alguien. Irnos es peor.

—Tranquila, tranquila —le susurro a mi hija y le abrazo más fuerte—. No pasa nada.

— ¿Es Elise? —pregunta Brayden entonces.

— ¿A alguien le funciona el móvil? —pregunta Tyler.

— ¿Easton? —pregunto yo.

—Estaba aquí —dice Madison—. ¿Dónde...?

—Allí —me explica Violet y hace una mueca cuando señala algo con la mano de la venda improvisada.

Está más cerca de la orilla, y mirando fijamente el destruido faro de fuego. Se gira cuando escucha el llanto de Alice cada vez más cerca.

—East —le llamo de todas formas—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Vosotras?

—Sí —le respondo.

Distraídamente alza su mano para acariciar la espalda de Alice, pero ella tampoco se calma con él. Me cuesta comprender lo que dice Easton entonces.

— ¡¿Qué?! —le grito—. ¡Habla más fuerte!

—Que por algo él siempre se encarga de todo.

Y entonces me doy cuenta de que no está mirando el faro, sino que mira a Jaxson hablando con Elise, también a gritos.

—Le tratamos de paranoico, de exagerado, pero mira dónde teníamos las sillas antes.

Está lleno de piedras del faro. Casi ni se ve la arena.

—Estaríamos todos muertos ahora mismo —defiende—. Como esa gente —añade—. Están gritando porque se mueren.

—East.

—Solo porque él antepone la seguridad de todos antes que nada —añade—. No quiero irme de casa. No quiero que esto se acabe.

—East, mírame.

Lo hace entonces, y dejo de respirar cuando veo el rojo. No es ni rojo anaranjado, ni rojo de lo que sea, ni el de las llamas, o el del faro. Es el rojo de la sangre. Tiene una brecha enorme en su cabeza y la sangre cae por el lado izquierdo de su rostro.

—No quiero que esto se acabe —repite.

—Easton —le llamo agarrándome a su brazo como puedo—. ¡Easton!

Le pierdo. Se escurre entre mis dedos. El llanto de mi hija. Mis gritos. Los de Tyler. Los de Brayden. Los de Jaxson cuando llega. Los de Alessandro.

Esto no puede estar pasando.

epílogo

Easton está en el hospital, con un montón de grapas en la cabeza y con una conmoción que va a conseguir que le vigilemos todavía más de lo que ya íbamos a hacer. Violet no ha necesitado puntos, pero ese corte en la mano le molestará durante días. El resto estamos bien. Estamos vivos. Noah ha necesitado horas para calmarse. De hecho, ha necesitado ayuda médica para hacerlo. Alice ha necesitado tiempo, y se ha dormido en mis brazos con sus manos en la cabeza, enseñándome lo que le hacía daño. El resto estamos...bueno, escucho muy bien el pitido, pero me ha costado hablar con la policía.

Porque hemos hablado con la policía.

Con la policía, con los equipos médicos, y con tantas personas que ya no sé si estoy mareada por lo ocurrido o por hablar con tanta gente. Hay prensa por todos lados, y se habla de un ataque terrorista. Hay equipos de emergencia desplazados hasta la zona, y los bomberos siguen trabajando en la extinción del incendio provocado por la explosión.

No sé cuánta gente ha perdido su vida aquí hoy, pero hay víctimas mortales. Y Easton estaba en estado de choque, pero tenía razón: si Jaxson no hubiese insistido en alejarnos del faro, de los turistas, y movernos a un sitio más alejado de la playa: todos nosotros estaríamos en esa lista de víctimas mortales.

Por ese motivo, sé que cuando Elise llama a la puerta de la habitación, y entra porque está abierta, viene para explicarme por qué hubiésemos estado en la lista si no hubiese sido por Jaxson.

Sonríe cuando ve a Alice durmiendo pacíficamente encima de la cama. No tengo energías para montar su cuna, y ella está felizmente dormida abrazada a su perro. Mephisto, nuevamente, ha demostrado que es un ser emocional, más inteligente que cualquiera, y no ha movido ni una pestaña casi desde que ha podido estar con Alice.

—El señor ya viene de camino —me explica Elise—. Con el señor Occhionero y el señor Patricelli, por supuesto.

—Gracias —le agradezco—. ¿Qué más ocurre?

Me entrega su iPad y ella misma lo desbloquea. La maldita Orden de los Patricelli.

California

23 de mayo de 2017

Muy honorable señor mío:

Penetrado del más profundo dolor, participo a Ud. la desastrosa noticia de la pérdida de la familia Zuccarelli que pasó a gozar de mejor vida la mañana del día 23 de este mismo mes.

Ruego a Ud. que le pida también a Dios el eterno descanso de esta familia que nos ha dejado por este fatídico infortunio del día de hoy.

Se despide, muy cordialmente:

La Orden de los Patricelli

—Ni tan solo se han dignado a cambiarla —susurro—. ¿O van a intentarlo de nuevo?

Elise sabe que no es una pregunta que deba responder, y de todas formas tampoco puede ayudarme mucho. Le devuelvo su iPad y ella me sonrío con mucha compasión.

—Gracias, Elise —le susurro.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señora?

—Llamarme por mi nombre —le respondo—. Pero no vas a hacer eso, así que puedes seguir haciendo todo lo que haces por nosotros que, como siempre, es mucho.

—Un honor, señora —se despide y se aleja.

Me levanto de la cama entonces porque necesito caminar, aunque sea hasta la ventana. Esta preciosa casa, que como el faro ya han sido manchados. Manchados de sangre, humo y cenizas. La maldita obsesión que tiene la Orden de los Patricelli en destruirlo todo con fuego.

Me acerco al ventanal, y casi de inmediato sé quién está en el porche redondo. La elegancia no se pierde nunca, y menos si eres Donatella Zuccarelli. Eso y que tiene una manta amarilla rodeando su cuerpo. Está sentada en una de las sillas alrededor de ese brasero cuadrado y bajo de diseño. Tiene unas perfectas vistas del océano, de la bahía, pero su mirada está fija en el iPad que tiene en su regazo. Y sé qué mira: la destrucción de su faro.

—Hola.

Me giro cuando escucho la suave voz, y entonces veo a Grayson entrando en la habitación.

—Zucca ya viene, ¿no? —me pregunta e intenta sonreír.

—Sí —afirmo.

—Acaba de llamarme Madi —me explica acercándose—. Dice que Easton empieza a despertarse. ¿Quieres que me quede yo y así vas a verle?

—Tengo que ver a Jaxson antes —le susurro y asiente con su cabeza comprendiéndolo.

Echa un rápido vistazo a Alice, y la sonrisa todavía le dura cuando viene a mi lado. Hasta que mira por la ventana.

—Al final no lo sabemos —me susurra—. Pero no puedo acercarme. No soy capaz de interiorizar algo más ahora mismo. Y en el fondo, he intentado distraer a Zucca, pero sé que se va.

—Si no se va por el cáncer, la pena le matará—susurro.

—El faro era así de importante, ¿eh?

—Sí —afirmo—. ¿Te quedas un rato vigilando a Alice?

—Por favor, déjame hacerlo —me suplica.

Le doy un fuerte abrazo, y después salgo de la habitación. Los pisos superiores están silenciosos, pero abajo es otra historia. Es que hasta escucho a Alessandro trabajando con ellos. Pero no puedo. Sé que esto es un desastre, y que nosotros estamos vivos porque Jaxson toma precauciones extremas con nuestra seguridad. Pero no puedo.

Me alejo del ruido porque tengo suficiente con el pitido que sigo escuchando. Me voy a la cocina y después abro la puerta trasera. El porche es un silencioso contraste. Me acerco a Dona con calma, pero está tan concentrada en su iPad, que creo que ni nota que me acerco. Me doy cuenta de que está llorando, y confirmo que está viendo un canal de noticias con el faro quemándose frente a sus ojos una vez más.

Ataque terrorista en el faro Sugarcane en Massachusetts

—Hola —le saludo.

—Hola, cariño —me corresponde.

Bloquea su iPad, y limpia sus lágrimas con un pañuelo bordado mientras yo muevo una silla

para ponerla a su lado. Después me acomodo con ella y la miro. Su mano izquierda rápidamente busca mi rodilla, y yo me aferro a sus dedos huesudos.

—Lo siento por insistir —le susurro.

— ¿Por qué? —me pregunta y se nota que está emocionada.

—Por insistir tanto —le explico—. Al final le contaste la historia a Jaxson, y como dijiste una vez, en cuanto él lo supo se involucró, y no ha podido comprarlo, pero donó el dinero suficiente como si lo fuese. Si yo no hubiese insistido tanto, ahora tu faro seguiría en pie.

—Cariño —susurra—. No es tu culpa. Ni la de tu excéntrico marido que regala faros porque tiene problemas para ser creativo después de tantos años —añade y me hace reír un poco.

—Ya, pero de todas formas —digo yo también emocionada.

—Necesitaba decir adiós, y lo he hecho.

—No me sueltes algo de que va a ser bonito tener tus cenizas y las del faro todas juntas, por favor —le digo prácticamente llorando.

—No —rechaza con una sonrisa entre lágrimas—. Necesitaba decirle adiós a él —añade.

¿Qué? No entiendo nada.

—Sé que todos habéis venido hasta aquí protestando, porque era mi funeral en vida —me explica—. Tú no, pero gran parte del resto sí, y tu marido por supuesto.

—Un poco —susurro—. Me siento culpable por eso también.

— ¿Qué me dijiste que haríamos frente a ese faro todos juntos? —me pregunta—. Cuanto te hablé de él por primera vez.

No entiendo su pregunta. Pero es como si una pequeña voz me diese la respuesta. Una pequeña voz cargada de esperanza. Como la sonrisa de Dona. Como su mirada. Está llorando, pero está sonriendo.

— ¿Qué? —le pregunto sin poder formar otra palabra.

—Está funcionando —me explica emocionada—. Está funcionando.

Está funcionando.

—Me han dicho que está funcionando —me explica—. Dicen que estoy muy débil —añade y coge aire—. Que es un tratamiento tan invasivo que me ha dejado...me ha dejado jodida de otros sitios —sigue y se ríe un poco—. Pero creen que está funcionando.

Está funcionando.

— ¿Está funcionando? —le pregunto y asiente una vez con su cabeza.

Ella ya no es la única que llora en este momento.

— ¿Lo dices en serio? —le pregunto—. Pero...pero...

¿Cómo que está funcionando?

—Lo hace —me confirma—. Y al final ni yo me lo creí, pero tú me lo dijiste ese día. Que estaríamos juntos en el faro para celebrar que iba a curarme. Y...y era verdad. Era eso.

Está funcionando. Incluso en mi cabeza sueno repetitiva, así que cuando se lo pregunto a Dona otra vez sé que lo soy. Pero ella sonrío, llora, y asiente con su cabeza.

—Te vas a curar —digo llorando.

—Es lo más probable, sí —me explica.

—Te vas a curar —repito y me falta el aire ya.

—Parece que sí —me susurra y sonrío.

—Oh Dios —digo y sé que escucho mi propia respiración acelerada—. Está...

—Sí —susurra con una sonrisa bañada en lágrimas—. Así que, cariño, no te preocupes por un faro. Algo me dice que tu marido va a querer reconstruirlo piedra por piedra, y voy a tener la oportunidad de regañarle por sus excentricidades.

Dudo que mucha gente haya visto un faro ardiendo, y ahora mismo calcinado. Dudo que esta misma gente haya llorado de felicidad con un faro en llamas. Y sé que no todos los pacientes de cáncer y sus familiares reciben estas maravillosas noticias. Pero yo lo hago, todo, por lo que abrazo a mi abuela fuerte.

Y en ese instante, aunque solo sea un instante, no importan la muerte, la violencia, las peligrosas amistades, los nuevos problemas, la guerra civil, la búsqueda imposible de una persona, el duelo constante de un bebé, Easton o la mismísima Orden de los Patricelli.

Donatella Zuccarelli no se va a ninguna parte.

nota del autor

Querido lector:

Me parece increíble que esta sea la décima vez que hayas llegado al final de un libro de la saga de *Los Zuccarelli*. Gracias, muchísimas gracias, por creer en esta historia y sus personajes y por apoyarme a mí para contártela. Gracias de corazón por tu cariño en estos diez libros.

El número diez es un número que impresiona. Tuve en mente que este libro iba a ser el décimo desde el principio, y por eso pensé en el título del libro antes de empezar a escribir el primer capítulo. Es la primera y única vez que me ha ocurrido a lo largo de la saga y me gusta poder hacerle honor al número diez también de esta manera. Como ya conocerás por otros libros, cuando quiero hacer un homenaje hay pequeños detalles por todas partes del libro para que así sea. El número diez se repite en muchísimas ocasiones, pero te doy algunos ejemplos ahora. El décimo es el faro de Dona después de otros nueve más desde la ciudad de Boston en dirección norte. Si sumas la cifra total de graduados de la promoción que se gradúa en la ZU en este libro (son 5.321) te saldrá diez. Los Zuccarelli están diez días en Los Angeles. Y en este libro aparecen diez faros mencionados de una forma u otra, y te reto a que los encuentres todos.

Evidentemente el faro también es un concepto muy importante del libro. Este libro ya tenía su portada/cubierta preparada, aunque sin su color, desde que supimos que Dona está enferma. Quería que “su libro” tuviese ese faro que a ella tantas y tantas veces le ha acompañado. Algunos de vosotros cuando compartí la imagen en redes sociales y visteis el faro me escribisteis enseguida porque asociasteis ese faro a Dona. Qué feliz me hace saber que le tenéis tanto cariño a la saga que ya os fijáis en estos detalles. Y efectivamente era por Dona. Aunque en el libro se mencionen diez faros de una forma u otra, el más importante es el faro de Dona.

Voy a empezar con el comentario del libro como hago siempre, pero hoy quiero hacerlo por el final. Donatella Zuccarelli no se va a ninguna parte. Creo que es de los finales que más me gustan de toda la saga. Escribí el epílogo mucho antes de terminar el libro, algo inédito también, porque ya sabía que Dona iba a tener su oportunidad. Realísticamente, sé que muchos pensaréis que esto es un milagro que solo ocurre en los libros. Y seguramente así sea. Dona tiene antecedentes familiares, está en una franja de edad complicada para este tipo de enfermedad, y el estado de esta es avanzado y con un pronóstico no muy favorable. Pero si os digo la verdad, necesito que su tratamiento funcione, necesito que se recupere, y necesito aprovecharme de que esto es ficción y es un libro. Los Zuccarelli acaban de salvar su vida solo porque Jaxson ha querido mover unas cuantas sillas, por lo que milagros así ya hemos visto unos cuantos.

De verdad que necesitaba que Dona esté respondiendo favorablemente al tratamiento. Y es un deseo personal, pero sé que todos lo deseáis. A lo largo de estos años el mensaje que más me habéis hecho llegar es el de: “Por favor, que no le ocurra nada a Mephisto”. Desde que Dona está enferma, he recibido muchos también como este, pero con ella. Sé que como los Zuccarelli, muchos de vosotros visteis el faro en la portada y en el título, empezasteis los primeros capítulos, y naturalmente fuisteis algo realistas y comprendisteis que los Zuccarelli al final del libro se iban a un funeral con vida. Pero no podía escribir eso. No ahora, por lo menos. Cuando escribí que Dona padecía cáncer, sin saberlo yo entonces, mi abuelo estaba viviendo el mismo infierno. Y

entonces él se fue. Si hubiese escrito el libro ocho unos meses más tarde de lo que hice, no sé si Dona hubiese estado enferma. Amo a todos los personajes con un cariño especial para cada uno de ellos, pero sin duda, los que tienen más anécdotas, más detalles de construcción, más parecido en general con alguien que existió de verdad son Alessandro y Dona. Perder a Dona en este libro no sé qué hubiese podido significar para mí, pero no podía explorar ese camino. Una vez dicho esto, también es verdad que “la cura” de Dona, aunque puede tener mucho de milagrosa, no será instantánea ni fácil. Lo que está claro es que Donatella Zuccarelli no se va a ninguna parte, y eso es lo importante.

Y ahora sí, vamos con el resto. La verdad es que como os conté en redes sociales escribí este libro en cuestión de dos escasas semanas. Físicamente fue agotador, mentalmente estaba tan metida en el libro que sé que iba como un zombi por la vida, pero fue un auténtico regalo. Supe el título antes de empezar, y la cubierta, y escribir capítulo tras capítulo fue muy fácil. Cuando terminé, como hago siempre, dejé el libro guardado unos meses y me olvidé de él. Y antes de empezar a releerlo para corregirlo y editarlo, pensé que quizás era un libro demasiado suave en el que no pasaba mucho. Qué equivocada que estaba. Quizás no es de los más violentos como otros de la saga, pero hay tantos detalles.

El incendio de la torre Zuccarelli en Los Angeles. Me imagino ese momento y me dan escalofríos. Aunque en el libro tiene mucha importancia esencialmente en los primeros capítulos, es algo que realmente afectará a los Zuccarelli por mucho más tiempo. Y entre todo lo que ese incendio implica, está ese viaje a Los Angeles. Hay que admitir que cada vez que los Zuccarelli viajan conjuntamente a California no tienen unas idílicas vacaciones tomando el sol rodeados de palmeras. Como he dicho, los Zuccarelli solo están diez días en Los Angeles y en esos diez días pasa absolutamente de todo. Además del terrible incendio, enseguida conocemos también al jefe de policía Jack Sanders. ¿Os suena ese nombre? Porque lo elegisteis vosotros en redes sociales y me hace tanta ilusión que así fuera (gracias de nuevo, por cierto). ¿Qué le ocurre a ese hombre con los Zuccarelli? Porque está claro que hay un problema personal, aunque deberemos esperar para saber cuál. Y ahora hay otra investigación policial abierta en la que los Zuccarelli están implicados, por lo que eso no puede ser bueno. Lo siento por no poder deciros mucho más.

En Los Angeles también vemos a los Zuccarelli viviendo en un barrio residencial. Y, aunque Jaxson se ponga histérico, es un lujoso barrio con casas que no son precisamente pequeñas. Conocemos a los vecinos, Brina Varallo y su prometido Justin. También elegisteis el nombre de Brina hace unos meses, aunque iba a ser un personaje del noveno libro que al final eliminé. Pero me guardé el nombre y en este libro hemos conocido a esta chica. Me gustó la interacción de ella con los Zuccarelli porque aporta algo de “normalidad” en ellos y me gustan los personajes que consiguen eso. Sin olvidarnos de que ella y Gianmarco Moretti tuvieron algo que no acabó muy bien para él esencialmente. Ese también es un camino interesante, pero para otro día.

En ese mismo barrio residencial de LA conocimos a Max y Kellen. Vosotros elegisteis los nombres también, y esto fue algo realmente gracioso. Desde que empezamos con este juego de elegir nombres jamás ha habido un empate técnico, hasta que os propuse Max y Kellen. Y como necesitaba dos, al final ambos se quedaron. Me hacía mucha ilusión que participaseis en la elección de estos dos nombres porque iban a ser dos personajes que ayudarían a construir uno de los momentos que más me gustan de este libro, y de toda la saga: la noche de fiesta de Grayson y Jaxson. Ese capítulo tenía que ir en el noveno libro, pero ya os he dicho unas cuantas veces

que tuve que eliminar muchísimos capítulos entonces. Me guardé este, que inicialmente ocurría en Nueva York y en otro contexto por trama también, pero lo incluí en cuanto vi que Max y Kellen podían darme esa oportunidad. Amé ese capítulo, escribirlo, y tendría que haber incluido a Grayson o Jaxson como narradores para poder vivirlo internamente. Algún día.

En California también conocemos a los *Red Shadows*. Os avisé de que las motos iban a ser importantes en este libro, y no solo las que corren por las carreteras de California. Los *Red Shadows* nos dan la oportunidad de saber algo más del tipo de tratos que hacía Joe Zuccarelli, y de lo que quiere alejarse Jaxson, aunque al final las diferencias no son tantas. Es evidente que no podemos decir que Jaxson busca lo mismo que Joe, pero ahora los *Red Shadows* ya forman parte de la saga y todavía es pronto para valorar su importancia en ella.

Y, por supuesto, antes, durante y después de este viaje conocemos a la Orden de los Patricelli. ¿Quién es? ¿Quiénes son? ¿Están realmente en California por ser Patricelli? ¿Son Patricelli? ¿Por qué mandan cartas? ¿Por qué usan ese lenguaje? No puedo deciros mucho porque no quiero estropearos esta trama, pero lo que está claro es que no solo viven en el siglo XIV como dice Brayden. Son un peligro real y, por el momento, lo que evidencian es una guerra civil entre Zuccarelli y Patricelli. Explorar este camino está siendo muuuuuuy interesante y, ahora que ya sabéis que ya he escrito #Zuccarelli11, os prometo que tendréis más detalles en el próximo libro.

Alice en este libro también ha hecho muchos progresos. El tiempo pasa muy rápido aunque no nos demos cuenta y los niños crecen. Mi abuela siempre me pregunta que si Alice ya va al colegio cuando me ve escribiendo y se ríe cuando le digo que todavía es una niña de un año y escasos meses. Pero también descubrimos algo muy importante en este libro: la *Zuccarelli School* será una realidad algún día. Qué ganas tenía de contaros esto, y además al final esta idea aparece en uno de mis capítulos favoritos del libro. Benedetta aparece poco en este libro, pero me encanta que lo haga en uno de los capítulos más importantes. Y Grayson tenía que ser el creador de la idea, y estar metido en este proyecto. Es algo que pensé hace mucho, mucho, mucho tiempo y Grayson siempre fue el que tenía la idea. Me gusta mucho que él, Benedetta y Eleanor tengan que trabajar juntos en esto, y me hace ilusión que podáis verlo pronto.

Y mientras ellos tres ya hablan del futuro colegio Zuccarelli, de alguna manera decimos adiós a la universidad. No es que la ZU ya no exista, pero sí se acaba una etapa, para así decirlo. Leo, y el resto de alumnos de la misma promoción de Ele, se han graduado. Los capítulos de la graduación fueron muy especiales. Me dieron la oportunidad de recordar o de saludar a muchos personajes que están relacionados con la ZU, con la antigua etapa de Ele como estudiante, y con el propio inicio de esta saga. El momento entre Jaxson y Leo después de la ceremonia cuando Jaxson confiesa abiertamente que le ha conseguido el trabajo en Londres a Leo con una llamada es de mis momentos favoritos de este libro. Y no le decimos adiós a Leo, pero sí a una etapa de esta historia que se va con él. Como se repite tantas veces en esos capítulos, Eleanor no se ha graduado y el día que llegó a la ZU no se imaginó que su día de graduación se convertiría en lo que fue. Pero creo que es evidente que prefiere la vida que no pudo imaginar porque ni siquiera sabía que podía tenerla. Y el detalle de la carta de aceptación que recibió el 20 de marzo...podéis ir a comprobar vuestro primer libro de la saga y veréis que esto estaba planeado desde hace muchísimo tiempo. Es otro momento más de esos capítulos de la graduación, y hay tantos en tan poco espacio. La idea de Grayson con el carro de golf, el recuerdo de la profesora Baker...y sí, no tiene sentido que Grayson y Eleanor “se conociesen” como lo hicieron. Pero como dice

Grayson, eso es una historia para otro día.

En este libro también conocemos algo más a un personaje que ya lleva un tiempo con nosotros: Noah. Y además él me regaló la oportunidad de que Jaxson y Eleanor fuesen lo más “domésticos” que han sido jamás desde que les conocemos. En este libro ellos dos, con Alice y Mephisto se mudan con Noah para estar juntos. Es lo más parecido a una vida “normal” por así decirlo y me dio la oportunidad de jugar mucho con estos personajes. De poder conocer un poco más a Noah, de ver en otra ocasión que el adolescente adora a Jaxson por ser el primero de la familia a quien conoció y se acuerda de ello, de divertirme con Jaxson cuando tiene que hacer auténticos sacrificios por la felicidad de Noah, de la rutina doméstica entre Jax y Ele, de esas cenas con momentos divertidos que son pequeñas pinceladas del futuro...No sé si a vosotros os ha gustado, pero a mí me encantó escribir eso. Y, como ha ocurrido con otros momentos de la saga que parecían también algo sin trascendencia (el centro comercial en *La reina de azúcar*, por ejemplo), esto que hemos visto con Jaxson y Eleanor “jugando a las casitas” tiene más importancia de lo que aparentemente parezca. También está muy conectado con la parte más oscura de este libro: Easton.

Me cuesta hablar de Easton. Esencialmente porque es la primera vez que escribo esta nota de autor cuando ya tengo el siguiente libro escrito y tengo que morder mi lengua y prestar mucha atención para no estropearos la lectura. Construir a Easton en este libro ha sido un proceso muy interesante. Y especialmente su relación con Jaxson y con Eleanor fue algo que recuerdo con mucha intensidad. Gracias a la doctora Faro (uno de los diez faros de los que os hablaba, por cierto) conocemos más detalles de lo que Easton siente con Eleanor y con Jaxson. Esto le convierte en una terrible profesional por una parte, pero es una fiel Capuzzo y que ella hable con Jaxson y Eleanor y les cuente todo eso fue realmente necesario en este libro y en la historia. La presión que siente Easton por la vida que Jaxson les ha conseguido a todos es algo que ya hemos visto en momentos de la saga, porque no solo él elogia a Jaxson. Y es algo que Jaxson realmente detesta. Un auténtico círculo del que nadie sabe cómo salir. Cada vez que estos dos se han peleado en este libro, casi cada vez que han hablado, de hecho, ha hecho evidente que ninguno de los dos sabe comunicarse apropiadamente y que necesitan hablar mucho. La adoración de Ele y East también ha sido algo evidente desde los últimos libros. Ele realmente tiene casi un instinto maternal con Easton, o de hermana mayor, y Easton considera que ella es alguien crucial en su vida. Y ellos dos también tienen que hablar mucho.

De forma no intencionada, pero sí evidente, desde hace unos libros que siempre os digo que hay un personaje que destaca más que el resto. Alessandro en *Herederas de la herradura en el hielo*, Jaxson en *Avenida de lo que fue y del porvenir*, por ejemplo, y este iba a ser el libro de Dona. Lo es, porque lo del faro y la frase final es lo más importante del libro, pero en parte, este libro también es de Easton. Finalmente ha encontrado a su padre, y lo ha traído a casa. Ha conseguido eso gracias a la ayuda de los *Chicago Slayers*, y como dice él, ¿ha merecido la pena? Ahora mismo, yo personalmente no creo que sea así. Easton no solo ha hecho tratos que son peligrosos, especialmente porque lo hizo sin decirle nada a nadie, y cuando Jaxson hizo lo mismo con una banda rival, eso es realmente peligroso. Pero es que además se ha auto medicado, y eso es siempre peligroso. Las pastillas que se ha tomado le han creado una adicción severa y necesita urgentemente ayuda. Lo bueno es que él mismo lo reconoce y ha pedido ayuda, lo malo es que es una adicción y eso es lo más peligroso de todo lo que ha ocurrido en este décimo libro. Me gustaría poder deciros más, especialmente porque sé que no va a gustaros que despidamos a

este libro sin saber qué ocurre ahora con Easton.

Antes de terminar, voy a mencionar rápidamente algunos temas que quizás están algo más escondidos, pero que prometo que no olvido. Vittoria Milazzo, la madre biológica de Jaxson que sigue desaparecida porque nadie es capaz de encontrarla. Eleanor y Jaxson y su deseo de tener otro bebé, especialmente ella. La boda Patricelli-Occhionero u Occhionero-Patricelli que sigue allí, aunque la espera se me hace larga incluso a mí, y esta guerra con los Patricelli es evidente que solo retrasa el enlace todavía más. El proyecto Sky, casi sin mención en este libro, pero con ese capítulo divertido del partido de fútbol con los niños. Madison y Tyler en su feliz luna de miel y con sus momentos más románticos en la peor situación posible (y lo que yo me divierto con estos dos). Grayson actuando como si la vida fuese tan maravillosa como sus revistas, encerrado en su caparazón, incapaz de vivir sin Jaxson, Eleanor y especialmente Alice, y que desgraciadamente el paso que ha dado en este libro ha provocado un retroceso porque Max y Kellen querían usarle. Y creo que no me dejo nada más, pero es probable que lo haga porque ya sabéis que siempre tengo problemas para no escribir libros larguísimos y ojalá poder incluirlo todo y sin límite alguno.

Os propongo que intentemos quedarnos con lo que dice Eleanor al final del libro, con algunas notas mías: “Y en ese instante, aunque solo sea un instante, no importan la muerte, la violencia, las peligrosas amistades (*Red Shadows* y *Chicago Slayers*), los nuevos problemas (investigación policial y todos los ataques), la guerra civil (Patricelli-Zuccarelli), la búsqueda imposible de una persona (Vittoria Milazzo), el duelo constante de un bebé (otra trama de este libro que quizás es algo más sutil, pero que tiene una importancia enoorme que ni Eleanor ni Jaxson le han dado en los últimos meses de la saga), Easton (y eso sí que es grave) o la mismísima Orden de los Patricelli (mucha carta, pero sin firmar con remitente). Donatella Zuccarelli no se va a ninguna parte.”

Intentemos quedarnos con lo bueno. Con las buenas noticias que desgraciadamente a menudo solo ocurren en los libros y las películas. Y recordemos que los Zuccarelli siempre defienden que tienen que estar juntos, que eso es lo importante, y que, al final de este libro, tienen algo que no siempre está asegurado: están todos juntos. Ya sabéis que el libro once ya está escrito, y el doce lo estará en cuanto me recupere un poco y me olvide de que ahora mismo escribir un libro es una locura que no puedo permitirme. Como siempre os digo, tranquilos que queda Zuccarelli para rato.

Y muy pronto tendréis toda la saga en formato papel. Esto es algo que me hace tantísima ilusión y finalmente voy a poder contaros los detalles muy pronto. Os recomiendo que estéis pendientes de mis redes sociales porque en cuanto todos hayamos tenido un tiempo para disfrutar de este décimo libro y darle el cariño que merece, vamos a vivir juntos ese sueño.

Os conté que empecé el 2022 de la peor forma. De hecho, ha sido el peor año de mi vida con diferencia. No me creo que ya haya pasado un año desde que perdí a mi Alessandro. Todavía no me he recuperado de eso, y como le decía a él, mi mundo ha cambiado para siempre. Pero cuando tuve que posponer la publicación del octavo libro, y empecé el 2022 sin ganas de escribir, sin ganas de hacer absolutamente nada, jamás hubiese pensado que terminaría el año siendo feliz. Porque como los Zuccarelli, elijo quedarme con lo bueno. Aunque fuese porque publiqué el octavo libro un mes más tarde, consecuentemente este 2022 he publicado tres libros

Zuccarelli. He escrito dos de ellos, y espero que no se me ocurra la loca idea de empezar a escribir otro antes de fin de año porque no sé si podría hacerlo, pero no puedo prometer nada porque me conozco. Y además de todo esto, en este 2022 me he animado a dar el último empujón a los libros en formato papel. Es algo en lo que llevo trabajando un par de años ya, pero irónicamente en el año que no he tenido ganas para nada, he encontrado la motivación para cumplir el sueño de mi vida. Así que me quedo con esto, con lo bueno, y deseo que el 2023 no solo me haga feliz a mí con mis libros en papel sino que todos vosotros también lo seáis leyendo cada uno de los libros de la saga de *Los Zuccarelli*.

Una vez más, gracias por apoyarme en estos diez libros, por amar a todos estos personajes, y por seguir confiando en su historia. Os deseo a todos una Feliz No-Navidad y que tengáis una buena entrada al año nuevo. Gracias a todos vosotros yo voy a acabar el año con una ilusión inmensa y, aunque se avecinan unos días llenos de aniversarios difíciles, de recuerdos tristes, y de vacíos en la mesa, me quedo con lo bueno. Con vuestro apoyo, con vuestro cariño para los Zuccarelli, y con la ilusión que compartimos para que muy pronto tengáis los diez libros literalmente en vuestras manos.

Gracias por hacer que el peor año de mi vida se haya convertido en uno que también me ha hecho muy feliz.

Cuidaros mucho y nos vemos muy pronto.

Un saludo,

Mar B. Prat

Página web: www.marbprat.com

Instagram: @thezuccarelli

Facebook: /TheZuccarelli

Twitter: @TheZuccarelli

Goodreads: Mar B. Prat

Wattpad: @marbprat

libros de la saga

La saga de *Los Zuccarelli* contiene los siguientes títulos por orden cronológico de publicación y de lectura:

1. *Los Zuccarelli*, publicado el 20 de junio de 2018.
2. *Sangre de una estrella violeta*, publicado el 20 de diciembre de 2018.
3. *Setenta millones de mariposas*, publicado el 20 de junio de 2019.
4. *La reina de azúcar*, publicado el 20 de diciembre de 2019.
5. *Aunque él no lo sepa*, publicado el 20 de junio de 2020.
6. *Sonata nº7 en sol menor «El informante»*, publicado el 20 de diciembre de 2020.
7. *La catedral de los ilegítimos*, publicado el 20 de junio de 2021. Está formado por tres libros:
 1. *Si escondes un doble secreto*
 2. *Busca la catedral de los ilegítimos*
 3. *Y podrás regresar a casa*
8. *Heredera de la herradura en el hielo*, publicado el 20 de enero de 2022.
9. *Avenida de lo que fue y del porvenir*, publicado el 20 de junio de 2022.
10. *La Orden del décimo faro*, publicado el 20 de diciembre de 2022